

Nominada al premio Hugo a la Mejor Novela
Mejor libro de ciencia ficción del año de Amazon



IAN M.
BANKS

EL ALGEBRISTA

Una obra del autor de 'Pensad en Flebas' y 'El jugador'

Lectulandia

Una *space opera* de escala verdaderamente épica, tan compleja, turbulenta, extravagante y espectacular como es gigante en que se desarrolla

4034 de. C: Respaldo por los mercatoria, miembros de una orden religiosa y militar de la que apenas sabe nada, Fassin Taak viaja hasta un gigante gaseoso en la periferia de la galaxia, en busca de un secreto que ha permanecido oculto durante quinientos millones de años. Los habitantes del planeta Nasqueron resultan ser unos seres decadentes que viven sumidos en un estado de barbarie superdesarrollada, acumulando información desordenada, dando caza a sus propios hijos y librando absurdas batallas. Pero ese parece ser el menor de los problemas de Fassin Taak: debe descubrir el secreto en un tiempo limitado, o estallará una guerra que absorberá todo lo que ha conocido y amado alguna vez.

Iain Banks es uno de los escritores más innovadores de la narrativa británica actual. Además de sus grandes éxitos en el campo de la ciencia ficción, encarnados en la serie de "La Cultura", es autor de otras novelas de prestigio como *Aire muerto*, *El puente* o *La fábrica de avispas*.

Lectulandia

Iain M. Banks

El algebrista

Solaris Ficción - 114

ePub r1.0

orhi 02.08.16

Título original: *The Algebraist*
Iain M. Banks, 2004
Traducción: Juan José Llanos Collado
Imagen de cubierta: NASA

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para los MacLennan: Andy, Fiona, Duncan,
Nicol, Catriona y Robin*

Prólogo

Tengo una historia que contaros. Tiene muchos principios, y tal vez un final. Tal vez no. Los principios y los finales son cosas contingentes, de todas formas; son intenciones, estratagemas. ¿Dónde comienza realmente una historia? Siempre hay un contexto, siempre hay una épica mayor que la engloba, siempre hay algo previo a los acontecimientos descritos, a menos que empecemos todas las historias con: ¡Bang! ¡Expansión! Ssss..., y a continuación detallemos toda la subsiguiente historia del universo antes de ponernos, al fin, con el relato en cuestión. Del mismo modo, ningún final es definitivo, a menos que sea el fin de todas las cosas...

No obstante, tengo una historia que contaros. Mi papel en ella fue insignificante y no he pensado siquiera en presentarme con algo tan presuntuoso como un nombre propio. No obstante, estuve allí, al principio mismo de uno de esos principios...

Desde el aire, según dicen, la Casa de Otoño parece un gigantesco copo de nieve de color gris y rosa, medio engastado en las ondulaciones de estas verdes colinas. Descansa en la escarpadura larga y poco profunda que forma el límite sur de las mesetas tropicales septentrionales. En el lado norte de la casa se extienden los diversos jardines simétricos y rústicos que es mi deber y mi placer atender. Un poco más lejos, siguiendo la escarpadura, yacen las extensas ruinas de un templo derruido, que según se cree construyó una especie llamada los rehlide. (6 ar., gravemente mermados o extintos, según a qué autoridad decida uno dar crédito. En cualquier caso, desaparecidos hace mucho tiempo).

Las grandes columnas blancas del templo antaño se elevaban alrededor de un centenar de metros en nuestra atmósfera, pero ahora yacen derrumbadas y sepultadas, vastos tubos veteados y aflautados de piedra maciza semienterrados en el terreno de turba baldío que nos rodea. Los extremos más alejados de las columnas caídas (que debieron venirse abajo lentamente, pero de un modo portentoso, en nuestra gravedad subestándar) abrieron grandes zanjas alargadas en la tierra, como cráteres, creando largos terraplenes dobles con bordes bulbosos redondeados. Durante los numerosos milenios que han transcurrido desde su súbita creación, estos altos ribazos se han desgastado lentamente debido a la erosión y a los numerosos temblores de tierra de poca intensidad de nuestro mundo, de modo que el terreno se ha vuelto a desplomar, rellenando las amplias zanjas donde yacen los extremos de las columnas; lo único visible es una sucesión de suaves ondas en la superficie de la tierra, como una serie de pequeños valles anchurosos, en cuyos límites más alejados surgen las extensiones insepultas de las pilastras, como si fueran los pálidos huesos expuestos de nuestra pequeña luna planeta.

Al caer una columna, y rodar por un valle fluvial poco profundo, formó una suerte de presa cilíndrica y angulosa, por encima de la cual se derrama el agua, que se canaliza por uno de los surcos, de varios metros de profundidad, que embellecen la extensión del fuste, y luego fluye hasta los restos del capitel preciosamente esculpido y una serie de pequeñas y elegantes cataratas que terminan en un profundo estanque

justo al otro lado de los setos altos y densos que indican el límite más alejado de nuestros jardines. Desde aquí la corriente se guía y se controla, de modo que parte de sus aguas se dirigen a la profunda cisterna que hay junto a la casa, que proporciona la cabecera de nuestras fuentes de gravedad, mientras que el resto forma el arroyo que sucesivamente discurre con intensidad, se convierte en un torrente, describe un amplio movimiento y serpentea hasta los lagos ornamentales y el foso parcial que rodea la casa misma.

Yo me encontraba sumergido hasta la cintura en las aguas borboteantes, en una parte del arroyo de acusada pendiente, haciendo frente a la corriente con tres extremidades, rodeado de hierbajos y goteantes ramas de exerrodonndendros, podando y chapodando una maraña de matojos especialmente recalcitrante en torno a un pasto elevado de hierbarrena francamente ralo (básicamente un experimento noble pero fallido, que intentaba persuadir a esta variedad notoriamente tupida para que... ah: puede que me venza el entusiasmo, y divague: olvidad la hierbarrena) cuando el joven amo, que regresaba de su paseo matutino, silbando, con las manos entrelazadas a la espalda, por los altos jardines de roca, se detuvo en el sendero de gravilla que transcurría por encima de mí y me sonrió. Yo me volví y levanté la vista, sin dejar de cortar, y asentí con toda la formalidad que me permitía mi postura un tanto incómoda.

La luz del sol caía a raudales del cielo púrpura visible entre la curva del horizonte oriental (colinas, calima) y la enorme mole descollante del gigante gaseoso Nasqueron, que llenaba la mayor parte del cielo (abigarrado con todos los colores del espectro por debajo del amarillo chillón, con un sinnúmero de motas, por todas partes dividido y marcado con salvajes garabatos líquidos). Un espejo síncrono situado casi encima de nosotros trazaba una fina línea de color blanco amarillento por los mayores puntos tormentosos de Nasqueron, que se desplazaba pesadamente por el cielo, como un cardenal de color marrón anaranjado del tamaño de mil lunas.

—Buenos días, jardinero jefe.

—Buenos días, observador Taak.

—¿Cómo están nuestros jardines?

—En general sanos, diría yo. En buena forma para la primavera. —Podría haber procedido a ofrecerle muchos más detalles, naturalmente, pero esperé a elucidar si el observador Taak se limitaba a complacerse con un discurso fático. Él hizo un ademán con la cabeza en dirección al torrente de agua que rompía en torno a mis miembros inferiores.

—¿Estás bien ahí dentro, J.J.? Parece un poco violento.

—Estoy bien sujeto y anclado, gracias, observador Taak. —Vacilé (y durante la pausa oí que alguien pequeño y ligero ascendía corriendo los escalones de piedra hasta el sendero de gravilla, un poco más lejos, siguiendo el jardín), y a continuación, como el observador Taak seguía mirándome, exhortante, añadí:

—El flujo ha subido porque las bombas inferiores están en marcha, poniendo las aguas en circulación, para que así podamos limpiar los hierbajos flotantes de uno de

los lagos. —La personita que se acercaba alcanzó la superficie desgranada del sendero a veinte metros de distancia, y siguió corriendo, esparciendo la gravilla.

—Entiendo. No pensaba que hubiera llovido tanto últimamente. —Asintió—. Bueno, sigue así, J.J. —dijo, y se volvió para marcharse, y entonces vio a la que corría hacia él. Yo sospechaba, por el ritmo de sus pasos apresurados, que se trataba de la muchacha Zab. Zab todavía está en edad de correr siempre de un sitio a otro a menos que se lo prohíba un adulto. Sin embargo, me pareció detectar una urgencia intencionada en sus andares. El observador Taak sonrió y frunció el ceño al mismo tiempo cuando la muchacha se detuvo frente a él, derrapando en la gravilla, se puso la palma de la mano en el pecho de su peto amarillo y se inclinó para aspirar un par de bocanadas profundas y exageradas (largos rizos de color rosa se arremolinaron y danzaron en torno a su rostro) antes de aspirar una bocanada mayor aún y erguirse para decir:

—¡Tío Fassin! ¡El abuelo Slovius dice que vuelves a salir en una comunitarjeta y que si te veo tengo que decirte que vayas a verle inmediatamente!

—¿Eso dice? —dijo el observador Taak, riendo. Se inclinó y cogió a la muchacha por las axilas, elevando su rostro a la altura del suyo, con las botitas de color rosa colgando a la altura de la cintura de sus calzones.

—Sí, eso dice —le dijo ella, y sorbió por la nariz. Bajó la vista y me vio—. ¡Oh! ¡Hola, J.J.!

—Buenos días, Zab.

—Bueno —dijo el observador Taak, alzando más a la niña, dándole la vuelta y bajándola para que se sentara sobre sus hombros—, será mejor que vayamos a ver qué quiere el viejo, ¿verdad? —Empezó a recorrer el sendero que conducía a la casa—. ¿Estás bien ahí arriba?

Ella le puso las manos sobre la frente y dijo:

—*Sip*.

—Bueno, esta vez, ten cuidado con las ramas.

—¡Ten cuidado tú con las ramas! —dijo Zab, pasando los dedos por los rizos castaños del observador Taak. Se volvió para despedirse de mí agitando la mano—. ¡Adiós, J.J.!

—Adiós —exclamé yo, mientras bajaban los escalones.

—No, ten cuidado tú con las ramas, jovencita.

—¡No, ten cuidado tú con las ramas!

—No, ten cuidado tú con las ramas.

—No, ten cuidado tú con las ramas...

1

La Casa de Otoño

Había pensado que estaría a salvo aquí fuera, que no sería más que otra mota ennegrecida y congelada en el vasto velo de escombros helados que envuelven el perímetro exterior del sistema como un sudario helado y mortecino de tejido. Pero se había equivocado y no estaba a salvo.

Se tendió, rotando despacio, y observó indefenso que los rayos de búsqueda destellaban a lo lejos, en las motas áridas y picadas, y supo que su destino estaba sellado. Los inquisitivos zarcillos de coherencia eran casi demasiado rápidos para advertirlos, parecían demasiado efímeros para percibirlos, apenas tocaban, ni daban luz, pero hacían su trabajo al no encontrar nada donde no había nada que encontrar. Solo carbón, residuo y agua helada, dura como el hierro: antigua, muerta, y (si no se la perturbaba) inofensiva.

Cada vez que se apagaban los láseres, sentía que crecía su esperanza, y pensaba, contra toda razón, que sus perseguidores se darían por vencidos, admitirían la derrota, se marcharían y lo dejarían en paz, orbitando allí para siempre. O tal vez podría retroceder hasta la solitaria eternidad del exilio inferior a la velocidad de la luz, o adentrarse a la deriva en un sueño suspendido, o... O también podría (y eso era lo que ellos temían, por supuesto, por eso le daban caza) conspirar, planear, agruparse, hacer, acelerar, construir, multiplicar, acumular y... ¡atacar!... Reclamar la venganza que sin duda le correspondía, y cobrar el precio que todos sus enemigos merecían pagar, según cualquier álgebra de justicia, bajo cualquier sol imaginable, por su intolerancia, su salvajismo, su generacidio.

Entonces reaparecieron los rayos aguja, irradiando a intervalos la escoria helada, negra como el hollín, de otro montón de detritos de color negro percebe, un poco más lejos, o un poco más cerca, pero siempre con un orden rápido y meticuloso, una precisión militarista, y un sistema cansino y burocrático.

A juzgar por las anteriores estelas de luz, había al menos tres naves. ¿Cuántas tendrían? ¿Cuántas podrían dedicar a su búsqueda? No importaba, en realidad. Podrían tardar un momento, un mes o un milenio en encontrar a su presa, pero era evidente que sabían dónde buscar, y que no se detendrían hasta que hubieran encontrado lo que buscaban o se convencieran de que allí no había nada.

El hecho de encontrarse en un peligro tan evidente, y de que su escondite, aunque enorme, fuera casi el primer sitio donde habían decidido buscarlo, le aterrorizaba, no solo porque no quisiera morir, ni porque lo seleccionaran como era sabido que seleccionaban a los de su especie antes de exterminar a sus víctimas, sino porque si no se encontraba a salvo en aquel lugar, donde había asumido que lo estaría, entonces, dado que muchos de los de su especie habían hecho la misma ascensión, ninguno de ellos estaría a salvo.

Querida Razón, puede que no estemos a salvo en ninguna parte.

Todos sus estudios, todos sus pensamientos, todas las grandes cosas que podrían haber sido, todos los frutos del cambio de la gran revelación que podría haber tenido, cuya verdad ya nunca sabría, y nunca podría contar. Todo, todo para nada. Podía

elegir entre irse con elegancia, o no, pero no podía elegir no irse.

Era imposible dejar de elegir la muerte.

Los rayos aguja procedentes de las naves aguja se encendieron y apagaron a lo lejos, en las distancias heladas, y por fin pudo ver el patrón de estos, discernir la batida de cintilaciones de cada nave frente a las demás, y reconocer de este modo la forma de las redes de búsqueda, que le permitían observar, indefenso, cómo la lenta extensión de aquella interrogación mortal se acercaba cada vez más, arrastrándose lentamente.

El archimandrita Luciferos, sacerdote guerrero del culto famélico de Leseo 9 IV y gobernante en la práctica de ciento diecisiete sistemas estelares, más de cuarenta planetas habitados, numerosos hábitats artificiales inmóviles de importancia y varios cientos de miles de acorazados civiles, que era alto almirante ejecutivo del Escuadrón del Ala Oculta de la Flota Ambiental de los Cuatrocientos Sesenta y Ocho (Det.) y que antaño fuera representante humano/no humano rotacional del triunvirato para el Conjunto Epifanía Cinco en la Asamblea Galáctica Suprema, antes del último Caos prolongado y de los últimos retumbos apagados de la Cascada Desconexión, varios años atrás había decapitado al que fuera su mayor enemigo, el cabecilla rebelde Stinausin, había conectado su cabeza sin demora a un mecanismo de soporte vital prolongado y la había colgado boca abajo del techo de su despampanante estudio en el muro exterior de la Ciudadela Escarpada, con vistas a la ciudad Junch y la bahía Farabay, hacia la muesca brumosa y vertical del Espacio Fuerza, para utilizar la cabeza de su adversario como *punching ball* cuando le apeteciera, lo que sucedía bastante a menudo.

Luciferos tenía el cabello largo y liso, de un negro lustroso, y una palidez natural que le habían aumentado hábilmente de modo que su piel pareciese casi blanca. Sus ojos eran artificialmente grandes, pero lo bastante cercanos a las posibilidades congénitas como para que la gente no pudiera estar segura de si estaban aumentados también. El blanco que debería haber tras los iris negros era de color rojo, intenso y lívido, y le habían sustituido cuidadosamente todos los dientes por diamantes puros, lúcidos, que conferían a su boca una apariencia que iba desde la ausencia de dientes, extraña y medieval, hasta un brillo resplandeciente y llamativo, dependiendo por completo del ángulo y de la luz.

En un artista callejero o un actor, estas desviaciones fisiológicas podrían haber sido graciosas, hasta un poco desesperadas; en alguien que blandía el poder que poseía Luciferos, podían ser realmente perturbadoras, hasta terroríficas. El mismo efecto, de mal gusto y terrorífico a partes iguales, podía atribuirse a su nombre, que no era el que le habían dado al nacer. Luciferos era un nombre de su elección, escogido por el parecido fonético con el de una deidad terrestre largamente despreciada, que la mayoría de los humanos (bueno, la mayoría de los rHumanos,^[1]

por lo menos) recordaban vagamente de sus estudios de historia, aunque probablemente no pudieran precisar cuándo habían oído la palabra.

También gracias a la manipulación genética, el archimandrita era, y había sido durante algún tiempo, un hombre alto y fornido, con una fuerza considerable en la mitad superior de su cuerpo, y cuando golpeaba con furia (y rara vez golpeaba de otro modo) producía un efecto formidable. El líder rebelde cuya cabeza ahora colgaba boca abajo del techo de Luciferos le había causado al archimandrita enormes dificultades políticas y militares antes de ser derrotado, dificultades que en ocasiones habían rayado en humillaciones, y Luciferos todavía sentía un profundo resentimiento hacia el traidor, un resentimiento que se convertía en furia fácilmente, indefectiblemente, cuando miraba el rostro del hombre, por muy magullado y ensangrentado que este estuviera (las funciones curativas aumentadas de la cabeza eran rápidas, pero no instantáneas), y así, probablemente el archimandrita seguía aporreando y machacando la cabeza de Stinausin con el mismo entusiasmo que cuando la colgase allí, años atrás.

Stinausin, que había soportado este tratamiento durante apenas un mes antes de volverse completamente loco, al que le habían cosido la boca para que dejara de escupir al archimandrita, ni siquiera podía darse muerte; los sensores, los tubos, las microbombas y los biocircuitos le impedían tomar una salida tan fácil. Pero aunque no hubiese tenido esas irrelevantes limitaciones, no podría haber insultado a Luciferos, ni intentado tragarse la lengua, pues le habían arrancado ese órgano al cortarle la cabeza.

Aunque ya había perdido el juicio por completo, a veces, después de una sesión de entrenamiento especialmente intensa con el archimandrita, cuando hilillos de sangre resbalaban de los labios partidos del que antaño fuera cabecilla rebelde, de su nariz fracturada en repetidas ocasiones, y de sus ojos y orejas hinchados, Stinausin lloraba. Luciferos lo encontraba especialmente gratificante, y a veces se detenía, respirando con dificultad y secándose con una toalla, para observar cómo las lágrimas diluían la sangre de la incorpórea cabeza invertida y caían en un amplio plato de ducha de cerámica dispuesto en el suelo.

Últimamente, empero, el archimandrita tenía un nuevo compañero de juegos con el que divertirse, y en ocasiones visitaba la cámara, situada varios niveles por debajo de su estudio, donde estaba retenido el asesino sin nombre cuyos propios dientes le estaban matando lentamente.

El asesino era un varón humano corpulento, de aspecto poderoso y leonino, al que habían enviado sin otras armas que sus dientes especialmente afilados, con los que sin duda quien le enviara había esperado que le arrancase la garganta al archimandrita de un mordisco. Eso es lo que había intentado seis meses antes, durante una cena ceremonial ofrecida allí mismo, en el palacio del precipicio, en honor del presidente del Sistema, un cargo estrictamente honorario que Luciferos siempre se aseguraba de que ocupase alguien de avanzada edad y facultades mermadas. El aspirante a asesino

solo había fracasado en el cumplimiento de su misión gracias a la seguridad personal del archimandrita, una fuerza enérgica y en gran medida secreta, cuya previsión rayaba en la paranoia.

El asesino frustrado había sido sometido a una tortura rutinaria, aunque salvaje, y luego a un meticuloso interrogatorio, bajo la influencia de diversas drogas y agentes electrobiológicos, pero no había confesado nada útil. Era evidente que unos técnicos de interrogación por lo menos tan capaces como los que comandaba el archimandrita le habían borrado cuidadosamente cualquier conocimiento que pudiera incriminar a quien le hubiese enviado. Sus controladores ni siquiera se habían molestado en implantarle recuerdos falsos para incriminar a alguien cercano a la corte y al archimandrita, como era habitual en esos casos.

Luciferos, que era uno de esos seres deplorables, un sádico psicópata con una imaginación fértil, había decretado que el castigo final del asesino fuera que sus propios dientes (que eran las armas con que le habían enviado, después de todo) le causaran la muerte. Así pues, le arrancaron los cuatro caninos, los sometieron a ingeniería biológica para convertirlos en colmillos que crecieran sin cesar, y se los volvieron a insertar. Estos grandes colmillos, del grosor de un dedo, habían surgido de los huesos de sus mandíbulas superior e inferior, perforando la carne de los labios, y habían seguido creciendo de forma inexorable. El juego inferior se arqueó por encima de la cabeza y al cabo de varios meses de extensión llegó a tocar el cuero cabelludo cerca de la coronilla, mientras que el juego superior creció describiendo una trayectoria pareja, similar a una cimitarra, bajo su cuello, y tardó aproximadamente el mismo tiempo en llegar a la piel junto a la base de la garganta.

Genéticamente alterados para que no dejaran de crecer ni siquiera cuando encontrasen esta resistencia, ambos juegos de dientes habían empezado a penetrar en el cuerpo del asesino: un par se abrió paso a la fuerza, lentamente, a través de las placas óseas del cráneo; el otro juego entró con mucha más facilidad en los tejidos blandos de la zona inferior del cuello. Los colmillos que se hundían en el cuello del asesino le causaban un gran dolor, pero no constituían una amenaza mortal inmediata; si se les dejaba seguir su curso, con el tiempo volverían a aparecer por la nuca. Los colmillos que le horadaban el cráneo en busca de su cerebro eran los que habrían de producirle una muerte agónica dentro de poco, tal vez un mes.

El infeliz asesino sin nombre no había podido hacer nada por evitarlo porque estaba inmóvil e indefenso, ceñido contra el muro de la cámara con correas y grilletes de grueso hierro inoxidable, con sus funciones nutricionales y corporales atendidas por diversos tubos e implantes. También le habían cosido la boca, como a Stinausin. Durante los primeros meses de su cautiverio, los ojos del asesino habían seguido a Luciferos por la cámara con una mirada acusadora y fiera que el archimandrita había encontrado irritante al cabo del tiempo, de modo que también había hecho que le zurcieran los ojos.

Sin embargo, sus oídos y su mente todavía funcionaban, según le habían

asegurado a Luciferos, y a veces le divertía bajar para ver con sus propios ojos el progreso de los dientes en el cuerpo de la criatura. En estas ocasiones, como había cautivado a su público, por así decir, aunque este fuera discreto por necesidad, a veces le gustaba hablar con el asesino frustrado.

—Buenos días —dijo Luciferos en tono cordial, mientras la puerta del ascensor se cerraba con estruendo tras él. El archimandrita pensaba en aquella cámara, situada en las profundidades excavadas bajo su estudio, como en su guarida. Allí, además del asesino sin nombre, guardaba recuerdos surtidos de antiguas campañas, botín de sus numerosas victorias, obras de arte saqueadas de una docena de sistemas estelares, una colección de armas, tanto ceremoniales como de gran potencia, varias criaturas encerradas en jaulas o en tanques, y las cabezas acumuladas y bien muertas de sus mayores enemigos y adversarios, aquellos cuyo fin no había sido tan absoluto que convirtiera sus restos mortales en radiación, polvo, cieno o tiras de carne y esquirlas de hueso (o el equivalente alienígena de este) imposibles de identificar.

Luciferos se dirigió a un tanque profundo y seco semienterrado en el suelo y miró al Devorador Recóndito de su interior, que estaba tendido en el suelo sin moverse, hecho un ovillo. Se puso un grueso guante que le llegaba hasta el codo, introdujo el brazo en un gran tarro que descansaba en el amplio antepecho del tanque, a la altura de la cintura, y arrojó un puñado de gruesas sanguijuelas gigantes negras al interior del tanque.

—¿Cómo estás? ¿Sigues bien? ¿Humm? —preguntó.

Un observador no habría podido asegurar si el archimandrita hablaba con el varón humano aprisionado contra el muro, con el Devorador Recóndito, que ya no estaba inmóvil, sino que había alzado su cabeza ciega, de un marrón reluciente, y olisqueaba el aire mientras su cuerpo elongado y segmentado se retorció de expectación, o a decir verdad con las sanguijuelas gigantes, que cayeron al suelo musgoso del tanque con un golpe sordo, una tras otra, y de inmediato empezaron a recorrer la superficie, flexionándose con una suerte de movimiento sinuoso hacia el rincón más cercano, lo más lejos posible del Devorador Recóndito. La enorme masa marrón del Devorador empezó a arrastrarse hacia ellas, y comenzaron a escalar las paredes verticales acristaladas del tanque, encaramándose unas a otras, pero volvían a resbalar en cuanto intentaban subir de nuevo.

Luciferos se quitó el guante y miró en derredor del espacio abovedado y sutilmente iluminado. La cámara era un lugar cómodo y tranquilo en el interior del precipicio, sin ventanas ni pozos de luz, y allí se sentía a salvo y relajado. Echó un vistazo a la forma oscura y alargada del cuerpo suspendido del asesino y dijo:

—En ningún sitio se esta tan bien como en casa, eh, ¿verdad? —El archimandrita hasta sonrió, aunque no había nadie a quien sonreír.

Hubo un sonido chirriante y un pesado golpe en el interior del tanque, seguidos del sonido de lamentos tan agudos que eran casi inaudibles. Luciferos se volvió a observar cómo el Devorador Recóndito despedazaba a las gigantescas sanguijuelas y

se las comía, agitando con violencia su gran cabeza de motas marrones y arrojando trozos de carne negra y pegajosa al exterior del tanque. En una ocasión, había lanzado fuera del tanque a una sanguijuela viva, y casi había acertado al archimandrita; Luciferos había perseguido a la sanguijuela herida con una daga, abriendo profundas hendiduras en el suelo de granito rojo oscuro al asestar tajos y cortes a la criatura.

Cuando se acabó el espectáculo del tanque, el archimandrita volvió a dirigirse al asesino. Volvió a ponerse el guante, cogió otra sanguijuela gigante del tarro y se acercó con parsimonia al hombre sujeto al muro.

—¿Se acuerda de su casa, señor asesino? —le preguntó mientras se aproximaba—. ¿Tiene algún recuerdo de ella en la cabeza, hummm? ¿De su casa, de su madre, de sus amigos? —Se detuvo frente a él—. ¿Algo de eso? —Agitaba el morro húmedo y anhelante de la sanguijuela frente al rostro del asesino mientras hablaba. Se percibieron el uno al otro: la criatura fría que se retorció en la mano del archimandrita se extendió para intentar adherirse a la cara del hombre, y este, que aspiraba el aire por las aletas de la nariz, apartó la cabeza tanto como pudo, intentando al parecer encogerse contra el muro que tenía a sus espaldas (no era la primera sanguijuela gigante que había conocido). Los colmillos que se hundían en su pecho le impedían apartar mucho la cabeza.

Luciferos siguió los movimientos de cabeza del asesino con la sanguijuela, manteniéndola frente a su rostro ligeramente peludo y leonino, permitiéndole oler su masa temblorosa y esforzada.

—¿O le arrancaron todos esos recuerdos cuando le limpiaron, antes de mandarle a que intentase matarme? ¿Eh? ¿Han desaparecido todos? ¿Eh? ¿Eh? —Permitió que el extremo de la boca de la sanguijuela gigante le rozara la nariz, provocándole estremecimientos y espasmos, así como un pequeño gimoteo aterrorizado—. ¿Qué, eh? ¿Te acuerdas de tu casa, colega? ¿Un lugar agradable, un lugar donde te sientes sano y salvo con gente en quien confías, y que a lo mejor hasta te quiere? ¿Qué dices? ¿Eh? ¿Eh? Venga. —El hombre intentó apartar aún más la cabeza, tensando la piel fruncida en torno a las punciones del pecho, y una de estas empezó a sangrar. La gigantesca sanguijuela se estremeció en la mano de Luciferos, alargando aún más la boca recubierta de mucosa, intentando aprehender la carne del varón humano. Entonces, antes de que la sanguijuela pudiera adherirse con firmeza, el archimandrita la apartó y la sostuvo con su brazo medio extendido, donde la criatura se balanceó y se retorció con energía, presa de lo que parecía verdadera frustración.

»Este es mi hogar, señor asesino —dijo Luciferos—. Mi casa, mi refugio, que has... invadido, asaltado, deshonrado con tu... tu conspiración. Tu intentona —le tembló la voz al añadir—: Te invité a mi casa, te invité a mi mesa como... como han hecho los anfitriones con sus huéspedes desde hace diez mil años humanos, y tú... lo único que querías era hacerme daño, matarme. Aquí, en mi hogar, donde debería sentirme más seguro que en ningún sitio —El archimandrita meneó la cabeza ante tanta ingratitud. El asesino frustrado no tenía sino un trapo sucio para tapar su

desnudez. Luciferos se lo quitó, y el infeliz volvió a estremecerse. Luciferos lo observó con atención—. Sí que te han dejado hecho una pena, ¿verdad? —Observó cómo temblaban y se estremecían los muslos del asesino frustrado. Soltó el taparrabos, que cayó al suelo; un sirviente volvería a ponérselo al día siguiente.

»Me gusta mi hogar, de veras —le aseguró con suavidad—. Cuanto he tenido que hacer, solo lo he hecho para que las cosas fueran más seguras, para que mi hogar fuese más seguro, para que todos estuvieran más seguros —Agitó la sanguijuela gigante hacia los restos de los genitales del prisionero, pero la sanguijuela parecía apática, y el hombre exhausto. Hasta el archimandrita encontraba que la situación ya no era tan divertida. Se volvió bruscamente y se dirigió al tarro que descansaba en la barandilla del tanque, arrojó la sanguijuela en su interior y se quitó el grueso guante.

»Y ahora tengo que irme de casa, señor asesino —dijo Luciferos, y suspiró. Contempló la forma alargada y enrollada del Devorador Recóndito, que estaba otra vez inmóvil. Había cambiado de color, del marrón había pasado al verde amarillento, adoptando el color del musgo en el que reposaba. Lo único que quedaba de las sanguijuelas gigantes eran puntos y manchas negras en las paredes, y un vago olor almizcleño que el archimandrita había aprendido a identificar como el de la sangre de otra especie. Se volvió a mirar al asesino—. Sí, tengo que irme muy lejos, y durante mucho tiempo, y parece que no tengo elección. —Empezó a acercarse lentamente al hombre—. Porque no se puede delegar todo, porque al final, especialmente cuando se trata de las cosas más importantes, no se puede confiar plenamente en nadie. Porque a veces, especialmente cuando te vas muy lejos y las comunicaciones son tan lentas, lo mejor es estar ahí. ¿Qué te parece? ¿Eh? Tiene gracia, ¿no crees? Tantos años trabajando para que este lugar sea seguro y ahora tengo que irme, para intentar que sea todavía más seguro, todavía más poderoso, todavía mejor. —Volvió a acercarse al hombre y le dio unos golpecitos en uno de los colmillos arqueados que se clavaban en su cráneo—. Y todo por gente como tú, que me odia, que no escucha, que no hace lo que se le dice, que no sabe lo que le conviene. —Agarró el colmillo y tiró con fuerza de él. El hombre maulló por la nariz, sufriendo.

»Bueno, la verdad es que no —rectificó Luciferos, que se encogió de hombros y le soltó—. Se podría discutir si esto de verdad hará que estemos más seguros o no. Voy a ese... ese sistema... Ulubis, o como se llame, porque puede que allí haya algo de valor, porque mis consejeros lo aconsejan y mi gente de inteligencia tiene inteligencia en ese sentido. Nadie está seguro, por supuesto, nunca se puede estarlo. Pero sí que parecen extraordinariamente agitados al respecto. —El archimandrita volvió a suspirar, más profundamente—. Y como soy tan impresionable, voy a hacer lo que sugieren. ¿Crees que hago lo correcto? —Se interrumpió, como si esperase una respuesta—. ¿Lo crees? Es decir, me doy cuenta de que a lo mejor no serías completamente sincero conmigo aunque tuvieras una opinión, pero de todas formas... ¿No? ¿Seguro? —Recorrió la línea de una cicatriz en un lado del abdomen del hombre, preguntándose distraídamente si sería una de las que le habían infligido sus

propios inquisidores. Parecía un poco tosca y profunda para ser obra suya. La respiración del asesino fracasado era rápida y superficial, pero este no daba muestras de estar escuchando siquiera. Detrás de su boca sellada, sus mandíbulas parecían moverse.

»Verás, por una vez yo tampoco estoy absolutamente seguro, y me vendría bien un consejo. A lo mejor lo que estamos planeando no hace que todos estemos más seguros en absoluto. Pero hay que intentarlo. Así son las cosas, ¿eh? —Le propinó una bofetada, sin fuerza, pero el hombre se estremeció de todas formas—. Pero no te preocupes. Tú también puedes venir. Es una gran flota invasora. Hay sitio de sobra. —Miró en torno a la cámara—. De todas formas, me parece que pasas demasiado tiempo aquí encerrado; te vendría bien salir más. —El archimandrita Luciferos sonrió, aunque seguía sin haber nadie a quien sonreír—. Después de tantas molestias lamentaría perderme tu muerte. Sí, ¿por qué no vienes conmigo? A Ulubis, a Nasqueron.

Un día de la subestación de Desuso II, el tío de Fassin Taak convocó a su a veces problemático sobrino a la cámara del Olvido Provisional.

—Sobrino.

—Tío. ¿Deseabas verme?

—Hummm.

Fassin Taak esperó cortésmente. Últimamente no era extraño que tío Slovius guardara silencio durante un tiempo, reflexionando, al parecer, incluso después de un diálogo tan simple y técnicamente redundante, como si se hubieran dado el uno al otro algo profundo y realmente inesperado en que pensar. Fassin no estaba seguro de si ese hábito indicaba que su tío se tomaba su deber con una seriedad especial y solemne, o significaba simplemente que el viejo empezaba a chochar. En cualquier caso, tío Slovius había sido el paterfamilias de la septa de observadores Bantrabal durante casi tres siglos, o catorce, según cómo se calculara el paso del tiempo, y en general se consideraba que se había ganado el derecho a que le complacieran en estas cuestiones.

Como buen sobrino, devoto miembro de la familia y leal oficial del claustro, Fassin respetaba a su tío por principios y por cariño, aunque era consciente de que su actitud podía estar influenciada por el hecho de que, según las costumbres de su familia y las reglas de su casta, la antigüedad y la deferencia que en la actualidad se concedían a su tío habrían de recaer sobre él algún día. La pausa continuó. Fassin hizo una leve reverencia.

—Tío, ¿puedo sentarme?

—¿Eh? Oh, sí. —Tío Slovius alzó una mano semejante a una aleta y la agitó vagamente—. Por favor, siéntate.

—Gracias.

Fassin Taak se remangó los calzones de paseo, recogió las amplias mangas de su camisa y se sentó decorosamente junto al gran estanque circular, lleno de un líquido azul luminoso que humeaba suavemente, donde flotaba su tío. Hacía varios años que tío Slovius había asumido la forma de una morsa. Una morsa de color rosado y beis, relativamente esbelta, cuyos colmillos solo eran un poco más largos que el dedo corazón de un hombre, pero una morsa al fin y al cabo. Las manos que antaño poseyera tío Slovius habían desaparecido: ahora eran aletas, al final de dos brazos delgados, más bien desiguales y de aspecto ineficaz. Sus dedos eran poco más que rabitos, festones que ribeteaban los extremos de sus aletas. Abrió la boca para hablar, pero en ese momento uno de los sirvientes domésticos, un varón humano con uniforme negro, se acercó, y se arrodilló al borde del estanque para susurrarle algo al oído. El sirviente mantenía su coleta fuera del agua con una mano llena de anillos. Las ropas oscuras, el pelo largo y los anillos indicaban que se trataba de uno de los criados de mayor antigüedad. Fassin se dijo que debía saber su nombre, pero no pudo recordarlo de inmediato.

Miró en derredor de la sala. La cámara del Olvido Provisional era una de las partes de la casa que rara vez se utilizaban, y solo entraba en acción, por así decir, en estas ocasiones, cuando se acercaba el deceso de un anciano miembro de la familia. El estanque ocupaba la mayor parte del suelo de la sala, grande y vagamente semicircular, con paredes de ágata tan finas que parecían translúcidas, taraceadas con vetas de plata apagada por el tiempo. Aquella cúpula formaba parte de un ala en forma de burbuja de la Casa de Otoño familiar, situada en el continente Doce de la rocosa luna planeta 'glantina, que orbitaba la llamativa masa de remolinos nubosos del gigante gaseoso Nasqueron como un grano de pimienta alrededor de un balón de fútbol. Una pequeña porción de la inmensa superficie del planeta era visible a través de la sección central transparente del techo de la cúpula, situada directamente sobre Fassin y su tío.

En la parte de Nasqueron que veía Fassin era de día: ostentaba un caótico paisaje nuboso de color escarlata, naranja y marrón oxidado, y las sombras acumuladas producían una luz de color rojo intenso que surcaba el cielo violeta de la atmósfera apenas respirable de 'glantina y atravesaba la cúspide de vidrio de la cúpula, contribuyendo a iluminar la cámara y el estanque de debajo, donde el sirviente de negro atuendo sostenía a tío Slovius mientras sorbía de un vaso de precipitación una sustancia que igual podía haber sido un refresco que una medicina. Algunas gotas del líquido claro se escaparon de la boca de tío Slovius, resbalaron por su barbilla entrecana hasta los pliegues de su cuello y gotearon en el estanque azul, donde unas ondas elevadas se agitaron en la gravedad subestándar. Tío Slovius profirió unos gruñidos quedos, con los ojos cerrados.

Fassin apartó la vista. Otro sirviente se acercó a él para ofrecerle una bandeja de bebidas y dulces, pero él sonrió y levantó una mano en señal de rechazo, y el sirviente hizo una reverencia y se retiró. Fassin clavó la mirada cortésmente en el

techo de la cúpula y la vista del gigante gaseoso, mientras observaba por el rabillo del ojo cómo el sirviente que atendía a su tío le limpiaba los labios al anciano con una servilleta pulcramente doblada.

Magistral, inconsciente, moviéndose de un modo casi imperceptible, con una especie de serenidad tumultuosa, Nasqueron giraba sobre ellos como una enorme brasa brillante suspendida en el cielo.

El gigante gaseoso era el planeta más grande del sistema Ulubis, situado en un remoto margen de la Corriente Cuaternaria, uno de los arrecifes de zarcillos meridionales, en la periferia de la galaxia, a cincuenta y cinco mil años de distancia del centro nominal de esta, lo más lejos que se podía llegar dentro de la gran lente.

Había distintos niveles de lejanía, sobre todo en la actual era de posguerra, y el sistema Ulubis estaba clasificado como el quinto infierno en todos ellos. Pero el hecho de encontrarse en los límites más apartados de la galaxia, suspendido muy por debajo del plano galáctico, donde los últimos vestigios de estrellas y gas daban paso al vacío que se extendía al otro lado, no significaba necesariamente que un lugar fuera inaccesible, siempre y cuando estuviera próximo a un portal arterial.

Las arterias, los conductos, así como los portales que constituían sus entradas y salidas, lo eran todo en la comunidad galáctica; representaban la diferencia entre arrastrarse a todas partes por debajo de la velocidad de la luz y hacer transiciones casi instantáneas de un sistema estelar a otro. Su repercusión en la importancia, la economía y hasta la moral de un sistema era igualmente dramática y veloz. Sin uno, era como si estuvieras atrapado en un pueblecito, en un valle aburrido y embarrado, y pudieras quedarte allí toda la vida. Una vez se emplazaba el portal de un conducto, era como si de pronto formarás parte de una ciudad inmensa y reluciente, llena de energía, de vida y de promesas.

El único modo de conseguir un portal arterial que condujese de un sitio a otro era meterlo en una nave espacial y transportarlo de un sitio a otro físicamente, por debajo de la velocidad de la luz, anclando el otro extremo, por lo general, al comienzo del trayecto. Lo que significaba que si tu conducto era destruido (y podían ser destruidos: en teoría, en cualquier punto de su extensión; en la práctica, solo en sus extremos, en los portales) volvías de repente a la casilla de salida, volvías a estar atrapado en tu aislado pueblecito.

El sistema Ulubis se había conectado por vez primera al resto de la galaxia hacía más de tres billones de años, durante lo que entonces se conocía como la Nueva Era. Era un sistema relativamente joven, de reciente formación, pues solo tenía unos cuantos billones de años, pero ya albergaba una vida muy diversa. Su conexión arterial había formado parte del Segundo Complejo, el segundo intento serio por parte de la comunidad galáctica de formar una red integrada de conductos. Había perdido esa conexión durante el revuelo de un billón de años de duración del Largo Colapso, la guerra de las Tempestades, la Dispersión de la Anarquía y la crisis de los Informorta, y después, al igual que la mayor parte de la galaxia civilizada, se había

sumido en un sopor semejante a un coma bajo el peso del Segundo Caos, también conocido como el Caos Primordial, una época en la que solo había sobrevivido la población de moradores de Nasqueron. Los moradores, que se contaban en el metatipo de especies conocido como los lentos, operaban en una escala de tiempo distinta, y no le concedían mucha importancia al hecho de tardar varios cientos de miles de años en desplazarse del punto A al punto B; un billón de años inconsecuentes no era más que un largo sabático para ellos, según declaraban.

Seguidamente a la Tercera Era de la Diáspora (y muchas otras cosas, además: la historia galáctica no era lo que se dice simple en ninguna escala), otro conducto volvió a conectar a Ulubis, que pasó a formar parte del Tercer Complejo. Esa arteria duró setenta millones de años pacíficos y productivos, en el transcurso de los cuales aparecieron y desaparecieron diversas especies rápidas, ninguna de las cuales era nativa de Ulubis, de modo que solo los moradores podían ofrecer un testimonio consistente sobre el lento transcurso de la vida y los acontecimientos. El Colapso Arterial había vuelto a sumir a Ulubis en la soledad, al igual que al noventa y cinco por ciento de la galaxia conectada. Otros portales y conductos desaparecieron durante la guerra de los Nuevos Rápidos y la guerra de las Máquinas, y tan solo el establecimiento de los mercatoria, al menos según la estimación de quienes lo controlaban, trajo consigo una paz duradera y el principio del Cuarto Complejo.

Ulubis había vuelto a conectarse en los albores de aquel proceso lento e incipiente, y durante seis mil años esta última arteria convirtió al sistema en un lugar de fácil acceso en la comunidad galáctica, que se recuperaba poco a poco. Sin embargo, este conducto también había sido destruido, y durante más de un cuarto de milenio el punto de acceso operativo más próximo a Ulubis había estado a nada menos que doscientos catorce años de distancia en la creciente densidad de la corriente en Zenerre. Esto habría de cambiar en diecisiete años más o menos, cuando la desembocadura del portal que en la actualidad se transportaba al sistema Ulubis a velocidades relativistas, a bordo de la ingeniera *Est-taun Zhiffir*, arribara y se emplazara, probablemente en el mismo lugar donde había estado el antiguo portal, en uno de los puntos Lagrange cercanos a Sepekte, el planeta principal del sistema Ulubis. Por el momento, no obstante, Ulubis, a pesar de su importancia como centro de estudios de los moradores, seguía siendo un lugar remoto, cronológica y físicamente.

Tío Slovius despidió al sirviente con una aleta y se incorporó apoyándose en la horquilla en forma de «Y» que sostenía su cabeza y sus hombros por encima de la brillante superficie azul del estanque. El sirviente (Fassin lo reconoció ahora como Guime, el segundo servidor de mayor rango de su tío) se volvió e intentó ayudar a Slovius en aquella maniobra. Sin embargo, Slovius siseó, chasqueó la lengua y le abofeteó con una aleta. Guime esquivó con facilidad el golpe lento y débil y volvió a retroceder, haciendo una reverencia. Se quedó en las proximidades, junto a la pared. Slovius se esforzó para sacar de la piscina la parte superior de su cuerpo, agitando

perezosamente el torso, rematado en una cola, bajo las ondas luminiscentes.

Fassin, sentado con las piernas cruzadas, empezó a levantarse.

—Tío, ¿queréis que...?

—¡No! —gritó su tío, exasperado, mientras intentaba en vano impulsarse hacia arriba por la horquilla—. ¡Me gustaría que la gente dejara de fastidiar, eso es todo! —Slovius volvió la cabeza al decir esto, intentando mirar a Guime, pero solo consiguió resbalar de nuevo hacia el líquido, de modo que se encontró en una posición todavía más horizontal que al principio. Chapoteó en la superficie del estanque—. ¡Mira! ¿Ves lo que has hecho? ¡Idiota entrometido! —Exhaló un profundo suspiro y se recostó en las ondas fluctuantes, en apariencia exhausto, con la mirada perdida—. Puedes ajustarme, Guime, como desees —dijo con voz queda, en tono resignado.

Guime se arrodilló sobre los azulejos, detrás de él, metió las manos bajo las axilas de Slovius y puso a su amo sobre la horquilla, hasta que la cabeza y los hombros de este estuvieron casi en posición vertical. Slovius se aposentó allí, y asintió enérgicamente. Guime volvió a retirarse a su puesto junto a la pared.

—Así pues, sobrino —dijo Slovius, cruzando las aletas sobre la extensión de su pecho sin pelo. Levantó la vista hacia la cúspide transparente de la cúpula.

Fassin sonrió.

—¿Sí, tío?

Slovius pareció vacilar. Miró a su sobrino.

—Tus... tus estudios, Fassin. ¿Cómo están progresando?

—Satisfactoriamente, señor. En la cuestión del *Tranche Xonju* todavía es muy pronto, por supuesto.

—*Hummm*. Pronto —repitió tío Slovius. Parecía pensativo, con la mirada perdida en la distancia otra vez. Fassin suspiró suavemente. Estaba claro que aquello iba a llevar algún tiempo.

Fassin Taak era un observador lento en la corte de los moradores de Nasqueron. Los moradores (moradores de gigante gaseoso, para concederles una denominación más completa... moradores de gigante gaseoso omnipresentes neutrales optimistas de primer orden de taxonomía climática, para otorgarles una especificidad todavía más dolorosamente completa) eran criaturas de gran tamaño y extraordinaria edad, que habitaban una civilización muy antigua, de complejidad delirante y vasta topología, distribuida por las capas de nubes que envolvían el enorme gigante gaseoso, cuya escala era tan formidable como mudable su aerografía.

Los moradores, al menos en su forma madura, pensaban despacio. Vivían despacio, evolucionaban despacio, viajaban despacio, y casi todo lo que hacían, lo hacían despacio. Se creía que podían combatir muy deprisa, pero, según se podía determinar, no habían tenido que hacerlo desde mucho tiempo atrás. Esto implicaba que podían pensar deprisa cuando les placía, pero al parecer no les placía casi nunca, de modo que se entendía que pensaban despacio. Era indiscutible que en sus últimos años (eones) conversaban despacio, tanto que una simple pregunta que se hiciera

antes del desayuno tal vez no obtuviera respuesta hasta después de la cena. Fassin pensó que tío Slovius, mientras flotaba en su estanque, que estaba otra vez en calma, con una expresión fascinada en su rostro hinchado y colmilludo, parecía decidido a emular ese ritmo de conversación.

—El *Tranche Xonju* se refiere a... —dijo Slovius de repente.

—Poesía esotérica, mitos de la Diáspora y diversos embrollos históricos —respondió Fassin.

—¿Historias de qué épocas?

—La mayoría todavía no se han fechado, tío. Algunas a lo mejor no pueden fecharse nunca, y posiblemente forman parte de los mitos. Los únicos relatos fácilmente identificables son muy recientes y según parece están relacionados sobre todo con acontecimientos locales que se produjeron durante la guerra de las Máquinas.

Tío Slovius asintió lentamente, produciendo pequeñas ondas.

—La guerra de las Máquinas. Interesante.

—Pensaba ocuparme de esos relatos primero.

—Sí, buena idea —dijo Slovius.

—Gracias, tío.

Slovius volvió a callarse. Un temblor de tierra retumbó lejanamente a su alrededor, produciendo diminutos anillos concéntricos en el líquido del estanque.

La civilización que abarcaba a los moradores de Nasqueron, así como a toda la flora y fauna concomitante, no constituía sino un fragmento microscópico de la Diáspora de los Moradores, la metacivilización (algunos dirían postcivilización) extendida por toda la galaxia que, por cuanto se sabía, había precedido a todos los imperios, culturas, diásporas, civilizaciones, federaciones, consorcios, comunidades, unidades, ligas, confederaciones, afiliaciones y entidades de esta u otra naturaleza en general.

En otras palabras, los moradores habían estado presentes durante la mayor parte de la vida de la galaxia. Esto les hacía cuanto menos inusuales, y posiblemente únicos. También les convertía, si uno se acercaba a ellos con la debida deferencia y cuidado, y les trataba con respeto y paciencia, en un recurso precioso. Porque tenían buena memoria y bibliotecas aún mejores. O por lo menos tenían memoria retentiva y bibliotecas muy grandes.

La memoria de los moradores, así como sus bibliotecas, casi siempre resultaba estar llena de absurdos absolutos, mitos extraños, imágenes incomprensibles, símbolos indescifrables y ecuaciones sin sentido, además de caprichosas colecciones de números, cartas, pictogramas, holófonos, sononemas, quimiglifos, actinomas y sensata variegata, todo ello revuelto y mezclado sin orden ni concierto, o bien siguiendo pautas tan abstrusas que era imposible desentrañarlas, procedentes de una confusa miscelánea de millones de millones de civilizaciones completamente distintas y sin relación de categoría, la gran mayoría de las cuales habían

desaparecido tiempo atrás y se habían convertido en polvo o radiación.

No obstante, en todo ese flujo de caos, propaganda, distorsión, necedad y extrañeza, había pepitas de realidades, filones de hechos, ríos helados de historia largamente olvidada, volúmenes enteros de exobiografías, y madejas y tejidos de verdades. Había sido el trabajo de toda una vida para personas como el observador jefe Slovius, y era el trabajo de toda una vida para personas como el observador jefe en ciernes Fassin Taak, reunirse con los moradores y parlamentar con ellos, adaptarse a su lenguaje, sus pensamientos y su metabolismo, para flotar, volar, lanzarse en picado y remontar el vuelo con ellos entre las nubes de Nasqueron (a veces virtualmente, de lejos, a veces literalmente), y por medio de sus conversaciones, de sus estudios, de sus notas y sus análisis, comprender cuanto pudieran de lo que dijeran sus antiguos y sosegados anfitriones, de todo a cuanto les permitieran acceder, y así enriquecer e ilustrar a la mayor y más rápida metacivilización que en la actualidad habitaba la galaxia.

—¿Y, ah, Jaal? —Slovius miró a su sobrino, que se sorprendió tanto que el varón mayor añadió—: La, oh, ¿cómo se llama...? Tonderon. Sí. La muchacha de los Tonderon. Todavía estáis prometidos, ¿verdad?

Fassin sonrió.

—En efecto, lo estamos, tío —dijo—. Vuelve de Pirrintipiti esta tarde. Espero reunirme con ella en el puerto.

—¿Y todavía estás... —Slovius hizo un ademán con una aleta— satisfecho?

—¿Satisfecho, tío? —preguntó Fassin.

—¿Eres feliz con ella? ¿Con la perspectiva de que sea tu esposa?

—Por supuesto, tío.

—¿Y ella contigo?

—Bueno, eso espero. Eso creo.

Slovius miró a su sobrino, sosteniendo su mirada durante un momento.

—*Mm-hummm*. Entiendo. Por supuesto. Bueno. —Slovius empleó una de sus aletas para echarse un poco de brillante líquido azul sobre la parte superior del pecho, como si tuviera frío—. ¿Cuándo os casáis?

—La fecha está fijada para Todos los Santos, Jocosos III —dijo Fassin—. Dentro de algo menos de medio año, en tiempo corporal.

—Entiendo —dijo Slovius, frunciendo el ceño. Asintió despacio, y eso le hizo subir y bajar un poco en el estanque, produciendo más ondas—. Bueno, me alegro de que hayas decidido sentar la cabeza por fin.

Fassin se consideraba un observador dedicado, trabajador y productivo, que pasaba al pie del cañón mucho más tiempo que la mayoría, en la práctica, con los moradores de Nasqueron. Sin embargo, debido a que le gustaba coronar cada interludio de su vida real y provechosa con lo que él llamaba «unas buenas vacaciones», la generación anterior de la septa Bantrabal, y en especial Slovius, pensaba que era un vago redomado. De hecho, tío Slovius parecía reacio siquiera a

aceptar el término «buenas vacaciones». Prefería llamarlas «juergas de pasarse un mes entero borracho y narcotizado metiéndose en líos, peleas y orificios ilegales en los mercados de carne de...», bueno, de donde fuera; a veces Pirrintipiti, la capital de 'glantina, a veces Borquille, capital de Sepekte, u otra ciudad de Sepekte, a veces uno de los numerosos hábitats de placer diseminados por el sistema.

Fassin sonrió con tolerancia.

—Pero todavía no voy a colgar mis zapatos de baile, tío.

—La naturaleza de tus estudios en los últimos, digamos, tres o cuatro arcanos, Fassin. ¿Han seguido lo que podríamos llamar un curso consistente?

—Me confundís, tío —admitió Fassin.

—Tus últimos tres o cuatro arcanos, ¿han estado conectados de algún modo, por contenidos, por temas, o por los moradores con quienes has conversado?

Fassin hizo una pausa, sorprendido. ¿Por qué habría de interesarle eso a Slovius?

—Dejadme pensar, señor —dijo—. En esta ocasión hablé casi en exclusiva con Xonju, que me facilitó información a todas luces al azar, y según parece no acaba de comprender el concepto de respuesta. Fue nuestra primera reunión, todo muy preliminar. A lo mejor merece la pena hacerle un seguimiento, si podemos volver a encontrarle. O a lo mejor no. Puede que tarde todos los meses hasta mi próximo arcano en averiguarlo...

—¿De modo que esta era una expedición de muestra, una presentación?

—En efecto.

—¿Y antes de este?

—Una conferencia prolongada con Cheuhoras, Saraisme el joven, los gemelos Akeurle, el traav Kanchangesja y un par de jóvenes de la vaina adolescente Eglide.

—¿Los temas?

—Poesía, sobre todo. Antigua, moderna, el uso de la imagen en la épica, la ética del alarde y la exageración.

—¿Y el arcano anterior?

—Solo con Cheuhoras; un lamento extendido por la muerte de su progenitor, algunos mitos de caza del pasado local reciente y una extensa traducción y disposición de una secuencia épica sobre los antiguos plasmáticos que viajaron en la migración de hidrógeno, hace un billón de años más o menos, durante el Segundo Caos.

—¿Y antes de ese?

—¿Antes de ese?

Fassin sonrió.

—Mi uno a uno prolongado con Valseir, el arcano que incluyó mi estancia con los Pillos Chillones de la tribu dimajrian. —Supuso que no era necesario recordarle a su tío los detalles de aquella excursión en particular. Ese era el arcano prolongado que le había hecho famoso como observador con talento, el viaje de seis años (en tiempo corporal; había durado casi un siglo según cálculos externos) que había establecido su

reputación, no solo en la septa Bantrabal, sino en la jerarquía de observadores de 'glantina. Sus hazañas, así como el valor de los relatos y las historias que había traído consigo, habían sido en buena medida la causa de su ascenso al puesto de observador jefe en ciernes de su septa, y de la oferta de matrimonio con la hija del observador jefe de la septa Tonderon, la más antigua de las doce septas.

—¿Cuántos años hace de eso, en tiempo real?

Fassin pensó.

—Unos trescientos... Doscientos ochenta y siete, si no recuerdo mal.

Slovius asintió.

—¿Salió a la luz gran parte de ese arcano durante su curso?

—Casi nada, señor. Los Pillos Chillones insistieron. Son una de las vainas adolescentes menos... rectificadas. Me permitían dar señales de vida una vez al año.

—¿Y el arcano antes de ese?

Fassin suspiró y tamborileó en el cristal fundido del lateral del estanque. ¿De qué diablos se trataba? ¿Es que Slovius no podía consultar esa información en los archivos de la septa? Había un voluminoso reposabrazos levadizo en la pared de la cámara del estanque, con una pantalla en el extremo. Fassin había visto que bajaban el mecanismo y lo ponían frente a Slovius para que este lo escudriñara y golpeará las teclas con los muñones de sus dedos. Sin duda no era un método muy rápido, ni muy eficiente, de consultar la biblioteca doméstica, pero respondería a todas esas preguntas. O el viejo podía preguntar, sencillamente. Había sirvientes para ese tipo de cosas.

Fassin se aclaró la garganta.

—Casi todo el tiempo me ocupé de la instrucción de Paggs Yurnvic, de la septa Reheo, que realizaba su primer arcano. Hicimos la corte al traav Hambrier, en tiempo uno a uno con los moradores, para tener en cuenta la inexperiencia de Yurnvic. Fue una introducción a los libros de texto, señor.

—¿No encontraste tiempo para emprender estudios propios?

—Poco, señor.

—¿Pero algo, sí?

—Pude asistir a parte de un simposio sobre poesía trascendental, con la vaina universitaria Marcal. Para enumerar a los restantes asistentes tendría que consultar los archivos de la septa, señor.

—¿Qué más? Me refiero al simposio. ¿Cuál era el tema?

—Si no recuerdo mal, fue una comparación de las técnicas de caza de los moradores con las acciones de los inquisidores durante la guerra de las Máquinas — Fassin se acarició la barbilla—. Los ejemplos eran locales del sistema Ulubis, algunos referidos a 'glantina.

Slovius asintió. Miró a su sobrino.

—¿Sabes lo que es una proyección diplomática, Fassin?

Fassin levantó la vista hacia el segmento de gigante gaseoso visible a través del

panel transparente del techo. El exterminador nocturno empezaba a aparecer en un lado, una línea de oscuridad creciente que se arrastraba sigilosamente por el lejano paisaje nublado. Volvió a mirar a Slovius.

—Me parece que he oído el término, señor. No me atrevería a proponer una definición.

—Es cuando envían una lista filtrada de preguntas y respuestas a un emplazamiento físicamente lejano, por medio de un rayo lumínico. Para desempeñar el papel de un emisario.

—¿Quiénes, señor?

—Los ingenieros, los administradores. Tal vez la omnocracia.

Fassin hizo una pausa.

—¿De veras?

—De veras. Si hay que creer lo que se dice, el objeto que envían es como una biblioteca, transmitida por una señal láser. Albergado y emplazado en un equipo adecuado, dotado de suficiente capacidad y complejidad, este... ente, aunque no sea más que un entramado de afirmaciones, preguntas y respuestas, con una serie de reglas que disponen el orden en que se expresan, puede mantener algo muy semejante a una conversación inteligente. Es lo más parecido a una inteligencia artificial que está permitido en la posguerra.

—Qué curioso.

Slovius se bamboleó en su estanque.

—Son sin duda excepcionales —convino—. Están enviando una aquí.

Fassin parpadeó varias veces.

—¿Aquí?

—A la septa Bantrabal. A esta casa. A nosotros.

—A nosotros.

—Los administradores.

—Los administradores. —Fassin se percató de que parecía estúpido.

—Por medio de la nave ingeniera *Est-taun Zhiffir*.

—Vaya —dijo Fassin—. Somos... unos privilegiados.

—Nosotros no, Fassin; tú. Envían la proyección para que hable contigo.

Fassin sonrió débilmente.

—¿Conmigo? Entiendo. ¿Cuándo...?

—Ya la están transmitiendo. Debería estar lista esta noche. Tal vez prefieras cancelar tus compromisos. ¿Tenías muchos planes?

—Ah... una cena con Jaal. Estoy seguro...

—Pues que sea una cena temprana, y no te demores.

—Bueno, sí. Por supuesto —dijo Fassin—. ¿Tenéis alguna idea, señor, de lo que puedo haber hecho para merecer este honor?

Slovius guardó silencio durante un momento, y luego dijo:

—Ninguna en absoluto.

Guime volvió a poner un intercomunicador en la horquilla y abandonó su puesto junto a la pared de ágata para arrodillarse y susurrarle a Slovius, que asintió, y miró a Fassin.

—El mayordomo Verpych quiere hablar contigo, sobrino.

—¿Verpych? —repitió Fassin, tragando saliva. Se suponía que el mayordomo doméstico, el sirviente más antiguo de la septa Bantrabal, permanecería en estado latente hasta que toda la septa se trasladase a los alojamientos de invierno, dentro de más de ochenta días. Era inaudito que le despertaran antes de tiempo—. ¡Creía que estaba dormido!

—Pues le han despertado.

La nave estaba muerta desde hacía milenios. Al parecer nadie sabía a ciencia cierta cuántos, pero las estimaciones más plausibles presumían que seis o siete. No era más que otro navío hundido, perteneciente a una de las grandes flotas que habían librado la guerra de los Nuevos Rápidos (o tal vez la ligeramente posterior guerra de las Máquinas, o puede que las subsiguientes guerras de Dispersión, o quizá una de las breves, amargas y confusas escaramuzas implícitas en el Esparcimiento), otra pieza olvidada y desechada en el gran juego de la lucha por el poder galáctico, la competición de las civilizaciones, las maniobras panespaciales y la metapolítica a gran escala en general.

El casco había permanecido inadvertido en la superficie de Églantina durante al menos mil años, ya que, aunque Églantina era un planeta menor según el estándar de los humanos (un poco más pequeño que Marte), estaba, por la misma razón, escasamente poblado, con menos de un billón de habitantes, la mayoría de los cuales se concentraba en los trópicos, y la zona donde se había producido el siniestro (el páramo septentrional), era una amplia extensión insulsa que rara vez se visitaba. El hecho de que los sistemas de vigilancia locales hubieran tardado mucho tiempo en recuperar algo parecido al nivel de complejidad y sofisticación del que habían hecho gala antes del comienzo de las hostilidades también contribuyó a que no se detectaran las ruinas. Por último, pese al enorme tamaño del navío, una parte de sus sistemas automáticos de camuflaje había sobrevivido a la destrucción parcial de la embarcación, la muerte de todos los mortales que la tripulaban y su impacto en la superficie de la luna planeta, y la habían mantenido oculta durante todo ese tiempo: en apariencia, solo era otra ondulación de eyecciones áridas y rocosas procedentes del cráter producido por el impacto de un derrelicto más pequeño y mucho más veloz, que se había estrellado y vaporizado en un profundo cráter, a diez kilómetros de distancia, al principio de la disputa de los Nuevos Rápidos.

Las ruinas de la nave solo se habían descubierto porque el piloto de una voladera se había estrellado fatalmente contra la gran cuaderna arqueada, que en ese momento estaba perfectamente holocamuflada como una franja de cielo despejado y tentador.

Fue entonces cuando se investigaron y saquearon los restos, en busca de los pocos sistemas que aún funcionaran no proscritos por el nuevo régimen. Lo que no dejaba mucho, básicamente. Y por último, como levantar el casco y sus principales subestructuras era prohibitivo, desguazarlo y llevárselo era difícil, además de caro, y posiblemente peligroso, y su completa destrucción solo podía llevarse a cabo con la clase de armamento de muchos gigatonnes al que la gente solía oponerse cuando se empleaba en tiempo de paz en la atmósfera de una pequeña luna planeta, siquiera en un área despoblada, se había acordonado y se habían apostado remotos que pululaban por el aire en guardia indefinida, por si acaso.

—No, esto podría ser bueno, podría ser positivo —aseguró Saluus Kehar, e hizo descender la pequeña voladera por el elevado desierto hacia las tierras accidentadas donde la cuaderna de aspecto destrozado de la gran nave derribada yacía como un pliegue de sombra recortado contra la creciente oscuridad del cielo púrpura. Más allá de las ruinas, surgió un telón inmenso y reluciente, de color verde azulado, que se meció y se estremeció silenciosamente en el cielo, y volvió a desvanecerse.

—No me jodas —dijo Taince, manipulando los controles de la unidad de comunicación. La electricidad estática chirriaba y crepitaba por los altavoces.

—¿No estamos muy cerca del suelo? —preguntó Ilen, con la frente apoyada en la cubierta exterior, mirando hacia abajo. Echó un vistazo al joven con quien compartía el asiento trasero de la pequeña aeronave—. En serio, Fass, ¿no es así?

Pero Fassin ya estaba diciendo:

—La idea de que su eterno optimismo produzca sentimientos negativos en los demás es un concepto que se le resiste a Sal. Perdona, Len. ¿Qué?

—Decía que...

—Sí —musitó Taince—, enciende ese puñetero avisador de tierra.

—Lo único que digo —dijo Saluus, agitando una mano y bajando la nave aún más, todavía más cerca del contorno borroso y negro del suelo. Taince chasqueó la lengua y alargó la mano para pulsar un botón de la pantalla táctil; se produjo un sonido metálico y la nave se elevó varios metros y empezó a describir una trayectoria más apacible. Sal le dedicó una mirada de odio, pero no desconectó el mecanismo de detección de superficie, sino que continuó:

—Es que todavía estamos bien, todavía no nos han derribado, y ahora tenemos la oportunidad de explorar algo a lo que normalmente no nos dejarían ni acercarnos. El sitio adecuado, el momento adecuado, la oportunidad perfecta. ¿Por qué no vamos a ser positivos?

—¿Quieres decir —dijo Fassin con voz cansina, mirando al cielo— aparte del hecho desafortunado de que parece que algunos forasteros demasiado entusiastas y sin duda profundamente incomprensidos intentan convertirnos en polvo radioactivo?

Al parecer, nadie le escuchaba. Fassin fingió sofocar un bostezo (tampoco se dieron cuenta de eso) y se reclinó en el asiento de cuero, estirando el brazo izquierdo sobre el asiento hacia Ilen Deste, que mantenía la frente apoyada en la cubierta

exterior, mirando como hipnotizada las arenas casi lisas que sobrevolaban a toda velocidad. Intentó parecer al menos desinteresado y preferiblemente aburrido. En realidad, por supuesto, estaba completamente aterrorizado, y se sentía bastante indefenso.

Sal y Taince formaban la pareja dinámica del grupo: Saluus era el piloto, gallardo, apuesto y testarudo, pero dotado de un talento indudable (y según creía Fassin, afortunado), el heredero de un vasto imperio comercial, el hijo sinvergüenza de un padre aventurero y fabulosamente rico. El Buitre, le había bautizado Fassin en su primer año de universidad, un término que los amigos comunes de ambos solo habían empleado a espaldas del joven hasta que llegó a sus oídos y este lo adoptó con entusiasmo como mote aprobado personalmente. Y Taince era la copiloto, navegadora y jefa de comunicaciones, la siempre astuta y desabrida comentarista del grupo (Fassin se consideraba el comentarista astuto y sarcástico). La oficial en prácticas Taince Yarabokin, como se hacía llamar ahora. Taince, *la Recluta* (otro apodo acuñado por Fassin) había destacado en las clases universitarias, pero ya estaba a medio camino de convertirse en oficial del Ejército de la Navarquía por medio de créditos reservistas que había acumulado en sus horas libres, durante los fines de semana y las vacaciones, antes incluso de obtener un título medio e ingresar en la Academia Militar en su último año; se había saltado el prerreclutamiento, había pasado del primer año al segundo a mitad de semestre, y se rumoreaba que, a pesar de encontrarse en una etapa tan prematura que casi no tenía precedentes, era una de los aspirantes a unirse más adelante a la Flota Reunida, la ultrapotencia galáctica global directamente controlada por los culmina. En otras palabras, estaba tan destinada a la eminencia marcial como Sal a la prodigiosidad comercial.

Asimismo, ambos habían salido del sistema, y viajado hasta el portal del sistema Ulubis, en el punto estelar Lagrange de Sepekte, para hacer la transición a Zenerre y el Complejo, la red de conductos que enhebraban la galaxia como un hilván de encaje negro bajo la exigua luz de los soles dispersos. El padre de Saluus le había llevado en una grandiosa gira durante sus largas vacaciones del año anterior: habían rodeado la galaxia central, visitado todos los lugares importantes accesibles, conocido a algunas de las especies alienígenas más estafalarias, y traído consigo suvenires. Taince había estado en menos sitios, pero en algunos casos más lejanos, cortesía de la Navarquía, sus ejercicios y su distribución de centros de entrenamiento especializados. Eran los únicos de su curso que habían viajado tanto, lo que les situaba en una pequeña burbuja de exotismo.

Fassin había pensado a menudo que si su joven vida terminaba trágicamente antes de que hubiese decidido siquiera lo que quería hacer con ella (¿unirse a la empresa familiar y convertirse en observador?... ¿O no?), seguramente sería a causa de ambos, probablemente cuando intentaran superarse en osadía, élan, o exhibiciones absolutamente escandalosas frente a sus pacientes amigos. A veces había conseguido persuadirse de que tampoco le importaba demasiado morir, pues ya había visto

bastante de la vida, el amor, la estupidez y las tonterías de la gente y la realidad, y que casi prefería sufrir una muerte repentina, prematura y salvajemente bella, con su cuerpo y su mente intactos y frescos y, como insistían en decirle sus mayores, con toda la vida por delante.

Aunque sería una pena que Ilen, dolorosamente bella, con su palidez lánguida, su atrevido cabello rubio y sus logros académicos, obtenidos sin esfuerzo, la extrañamente insegura y frágil Ilen, también tuviese que perecer en el siniestro, pensaba Fassin. Sobre todo antes de que ambos hubiesen cumplido su destino (como él insistía en decirle, y hasta creía sinceramente, en su frustración) y establecieran una suerte de relación física seria pero intensa. Por el momento, sin embargo, la muchacha inclinaba la cabeza, estirando el cuello por el flanco de la voladera, con la nariz pegada a la cubierta exterior, y parecía que pensaba en vomitar.

Fassin apartó la vista y procuró dejar de pensar en la muerte inminente y el sexo, que probablemente no era inminente en absoluto, y contempló la extensión estrellada que emergía por el falso horizonte de la masa sombría y prominente de Nasqueron, y la creciente oscuridad del cielo que se revelaba más allá. Otro estallido de actividad de la aureola arrojó resplandecientes franjas de luz por el firmamento, que extinguieron brevemente las estrellas.

Ilen miraba en dirección opuesta.

—¿Qué es ese humo? —exclamó, señalando más allá del morro medio hundido de la nave caída, hacia una columna de humo de color gris oscuro, alta y deshilachada, que se apartaba de la brisa.

Taince levantó la vista y musitó algo, luego se afanó con los controles de la unidad de comunicaciones. El resto miró. Sal asintió.

—Probablemente, el remoto de guardia que destruyeron antes —dijo, aunque parecía inseguro.

Los altavoces chisporrotearon y una pausada voz femenina dijo:

—... ladera dos-dos-nueve... sición?... han... siete-cinco-tres.....ur de la Zona Prohibida Och.....pita donde se encuentra ahora o ser.....onto saldrá de las coordenadas.....nfirme su...

Taince Yarabokin se inclinó hacia la unidad de comunicaciones.

—Aquí voladera dos-dos-nueve, no disponemos de un lugar seguro para aterrizar a cubierto como aconsejan, de modo que avanzamos a máxima velocidad y mínima altura hacia...

Saluus Kehar alargó una mano dorada y cobriza, y apagó la unidad de comunicaciones.

—¡Que te jodan! —dijo Taince, y le apartó la mano de una bofetada, cuando él se disponía a ponerla en el mando de control de la voladera.

—Taince, de verdad —dijo Sal, meneando la cabeza, pero sin apartar la mirada de las ruinas de la nave, que se acercaban con rapidez—, no hace falta que se lo digas.

—Imbécil —murmuró Taince. Volvió a encender las comunicaciones.

—Sí, me remito al comentario anterior —observó Fassin, meneando la cabeza.

—¿Quieres dejarlo ya? —dijo Sal, intentando en vano apagar de nuevo la unidad de comunicaciones, mientras Taince buscaba un canal operativo y seguía apartándole la mano. Fassin estuvo a punto de decir algo en el sentido de que Taince era más hábil en esa forma de comportamiento de lo que había pensado. Luego se lo pensó mejor—. Mira —dijo Sal—, te lo ordeno, Taince; apaga ese puñetero trasto. ¿De quién es esta voladera, en todo caso?

—¿De tu padre? —sugirió Fassin. Sal le dedicó una mirada de reproche. Fassin hizo un ademán con la cabeza hacia delante, en dirección a los restos de la nave, que aumentaban de tamaño con presteza—. Mira hacia delante.

Sal se volvió. *Te lo ordeno*, pensó Fassin, con una mueca desdeñosa. Saluus, de verdad. ¿Habría empleado esa expresión porque pensaba que, estando Taince en el ejército, obedecería las órdenes de cualquiera, aunque fuera un civil, o porque pensaba que ya podía dejar caer su peso dinástico? Le sorprendía que Taince no se hubiera reído en la cara de Sal.

En fin, ya no eran inocentes, se recordó Fassin, y cuanto más aprendían acerca del mundo, de la galaxia y de la era en la que crecían, más se percataban de que todo era cuestión de jerarquía, graduación, antigüedad y escalafón, desde muy, pero que muy, por debajo de donde se encontraban ellos hasta cotas alienígenas gloriosamente invisibles. No eran más que ratones de laboratorio que crecían juntos, riñendo en la jaula, aprendiendo cuál era su lugar en la camada, poniendo a prueba sus habilidades y debilidades, así como las de los demás, practicando sus movimientos y estrategias para el futuro, descubriendo cuánto margen tendrían o se les concedería cuando fueran adultos, y trazando el espacio de sus sueños.

Taince bufó.

—Probablemente ni siquiera es el coche de su padre, probablemente ni siquiera es una voladera de empresa, es más factible que sea una complicada transacción de venta y subarrendamiento, propiedad de una empresa fachada semiautomática evasora de impuestos de un planeta lejano —gruñó y golpeó la unidad de comunicaciones muda.

Sal meneó la cabeza.

—Qué cínicos son los jóvenes —se lamentó, y bajó la vista hacia el mando de control en forma de mariposa—. Eh, esto está vibrando. ¿Qué...?

Taince asintió en dirección a las ruinas de la nave, que ahora se cernían sobre ellos.

—Aviso de proximidad, genio. Será mejor que aminores, o van a tener que rascarnos de ahí.

—¿Cómo puedes hablar de exfoliación en un momento así? —sonrió Sal. Taince le dio un puñetazo en el muslo—. ¡Ay! Eso es agresión —dijo, afectando indignación—. Te puedo denunciar. —Ella le dio otro puñetazo. Él se rió, moderó la marcha y frenó en el aire, arrojándolos a todos hacia delante contra las sujeciones, hasta que la

pequeña voladera redujo la velocidad a diez metros por segundo.

Se adentraron en la sombra de la gigantesca nave.

—Fassin Taak —dijo el mayordomo Verpych—, ¿en qué lío nos has metido ahora?
—Se apresuraban por un pasadizo ancho y sin ventanas situado bajo el centro de la casa. Antes de que Fassin pudiera responder, Verpych indicó con la cabeza un pasillo lateral y se dirigió hacia él—. Por aquí.

Fassin apretó el paso para mantenerse a su altura.

—Soy tan ignorante como vos, mayordomo.

—Es evidente que tu talento para la subestimación no te ha abandonado.

Fassin encajó aquello y se lo pensó mejor antes de replicar. Asumió lo que esperaba que pareciese una sonrisa tolerante, pero, cuando echó un vistazo a Verpych, el mayordomo no le estaba mirando. Verpych era un hombrecillo delgado, pero de aspecto poderoso, y piel pálida y cremosa, cubierta de barba incipiente, de modo que su cabeza tenía el aspecto de estar tallada en arenisca. Tenía la mandíbula cuadrada, siempre apretada, un ceño sempiterno y la cabeza afeitada, salvo una larga cola de caballo que le llegaba a la cintura. Aferraba el largo báculo de obsidiana que era el distintivo principal de su oficio como si fuera una oscura serpiente que intentase estrangular con una sola mano. Su uniforme era negro como el hollín, como la noche cerrada.

Como observador jefe en ciernes, se suponía que Fassin ocupaba una posición de completa autoridad respecto a Verpych. Sin embargo, de algún modo el más antiguo sirviente de la septa todavía le hacía sentirse como un niño que se hubiese librado por los pelos de ser descubierto haciendo algo extremadamente impropio. Fassin preveía que cuando al fin ocupase el puesto de observador jefe el cambio sería incómodo para ambos.

Verpych giró sobre sus talones y se dirigió a un gran mural abstracto colgado en una pared. Agitó el báculo en dirección al cuadro, como si indicase un detalle de la pincelada, y este desapareció por completo en una ranura del suelo. Verpych se adentró en un corredor débilmente iluminado que se extendía al otro lado. No se molestó en volver la vista atrás cuando Fassin le siguió, sino que se limitó a decir:

—Un atajo.

Fassin echó un vistazo a su espalda cuando el cuadro se alzó de la ranura del suelo, bloqueando la mayor parte de la luz del pasillo, que parecía desnudo e incompleto después del pasadizo que acababan de abandonar. No recordaba cuándo había estado en un pasillo de servicio por última vez; probablemente de niño, explorando con sus amigos.

Se detuvieron en un ascensor con la puerta abierta, en el que sonaba un timbre. Un niño sirviente se encontraba en la cabina del elevador, sosteniendo una bandeja llena de vasos sucios con una mano y empleando la otra para pulsar los controles de

la cabina, con una expresión confusa y frustrada en el rostro.

—Sal de ahí, idiota —ordenó Verpych al chico cuando entró en el ascensor—, lo están reteniendo para mí.

El sirviente abrió los ojos como platos. Balbuceó y casi se le cayó la bandeja cuando se apresuró a abandonar el elevador. Verpych apretó un botón de los controles del ascensor con el extremo del báculo, las puertas se cerraron y el ascensor, que no era más que una caja de metal con el suelo rayado, descendió.

—¿Os habéis recuperado de vuestro imprevisto despertar, mayordomo? —preguntó Fassin.

—Complemente —respondió Verpych secamente—. Y bien, observador Taak. Suponiendo que mi ridícula compañía de técnicos no se haya electrocutado ni se hayan quedado todos ciegos por mirar fijamente a los cables de la luz para asegurarse de que funcionan, deberíamos estar listos para que converse con lo que nos están transmitiendo, sea lo que sea, alrededor de una hora antes de la medianoche. ¿Te viene bien a las diecinueve en punto?

Fassin reflexionó.

—La verdad es que a lo mejor la señora Jaal Tonderon y yo estamos...

—La respuesta que buscas es «Sí», observador Taak —dijo Verpych.

Fassin frunció el ceño al hombre de más edad.

—En ese caso, ¿por qué...?

—Estaba siendo amable.

—¡Ah! Por supuesto. Seguro que no os resulta fácil.

—Todo lo contrario. Es la deferencia lo que a veces se me resiste.

—Seguro que aprecian vuestros esfuerzos.

—Es mi objetivo en la vida, joven amo. —Verpych esbozó una fina sonrisa.

Fassin sostuvo la mirada del mayordomo.

—Verpych, ¿es posible que me haya metido en un lío?

El sirviente apartó la vista.

—No tengo ni idea, señor. —El ascensor empezó a aminorar la velocidad—. Esta proyección diplomática no tiene precedentes en la historia de la septa Bantrabal. He hablado con otros mayordomos, y nadie recuerda una cosa así. Todos pensábamos que estos fenómenos se limitaban al jerarca y sus amigos de la capital del sistema. He enviado un mensaje a un contacto que tengo en el palacio, solicitando cualquier indicación o consejo que pueda darnos. De momento no ha habido respuesta.

Las puertas del ascensor se abrieron, y salieron a otro pasillo, este bastante cálido, excavado en la roca desnuda, y curvilíneo. El mayordomo miró a Fassin con algo parecido a la preocupación, incluso a la empatía.

—Un suceso sin precedentes podría ser de naturaleza benigna, observador Taak.

Fassin esperaba que su aspecto reflejara su escepticismo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Preséntate en la cámara de audiencias, en el último piso, a las diecinueve.

Preferiblemente un poco antes. —Llegaron a una bifurcación en forma de «Y», y a un pasillo más ancho, donde unos técnicos con uniforme rojo empujaban un palé cargado de equipo de aspecto sofisticado hacia unas puertas dobles que se abrían más adelante.

—Me gustaría que Olmey estuviera allí —dijo Fassin. Tchayan Olmey había sido la mentora y tutora de Fassin en su juventud, y si no se hubiera convertido en académica pura de la biblioteca doméstica, investigando y enseñando, renunciando a emprender arcanos propios, podría haber sido la siguiente observadora jefe de la familia.

—Eso no va a ser posible —sentenció Verpych, haciéndole pasar a través de las puertas dobles a la sala del otro lado, que estaba caliente, llena de más técnicos con uniforme rojo, y tenía forma semicircular, como un pequeño teatro. Había docenas de taquillas abiertas que exhibían maquinaria intrincada, cables que colgaban del techo elevado, serpenteaban por el suelo y desaparecían en los enchufes de las paredes. El sitio olía a aceite, plástico chamuscado y sudor. Verpych se detuvo en la cabecera posterior de la sala, observando la actividad, y meneó la cabeza cuando dos técnicos chocaron, tirando los cables que transportaban.

—¿Por qué no? —preguntó Fassin—. Olmey está aquí. Y también me gustaría que asistiera tío Slovius.

—Eso tampoco va a ser posible —insistió Verpych—. Solo tú puedes hablar con esta cosa.

—¿No tengo elección? —preguntó Fassin.

—Exacto —dijo el mayordomo—. Ninguna. —Dirigió de nuevo su atención a los técnicos apiñados. Uno de los superiores se había acercado a un par de metros, esperando una ocasión para hablar.

—Pero, ¿por qué no? —repitió Fassin, percatándose en cuanto lo hizo de que parecía un niño pequeño.

Verpych meneó la cabeza.

—No lo sé. Por lo que sé no hay ninguna razón técnica. Tal vez lo que hay que discutir es demasiado delicado para otros oídos. —Miró al hombre de uniforme rojo que esperaba en las cercanías—. Maestro técnico Imming —dijo animosamente—, basándome en el principio de que todo cuanto puede salir mal saldrá mal, he estado sopesando las posibilidades de que los autómatas de la casa se hayan oxidado y convertido en una masa informe e inútil, o en polvo fino, o que, de repente, se hayan declarado sensitivos y exijan la destrucción por medio de cabezas explosivas de toda nuestra casa, de nuestra septa y posiblemente de nuestro planeta. ¿Qué va a ser?

—Señor, hemos descubierto varios problemas —respondió lentamente el técnico, desviando la mirada de Fassin a Verpych.

—Cómo espero que las próximas palabras sean «Pero» o «Sin embargo» —dijo Verpych. Miró a Fassin—. Un «Por suerte» sería mucho pedir, claro.

El técnico continuó.

—Gracias a nuestros considerables esfuerzos, señor, creemos que tenemos la situación bajo control. Deberíamos estar listos a la hora señalada.

—¿Tenemos capacidad para absorber todo lo que están transmitiendo?

—Por poco, señor. —El maestro técnico Imming señaló al equipo del palé que estaba maniobrando por las puertas dobles—. Estamos usando energía disponible de los sistemas de servicio.

—¿Hay alguna indicación de la naturaleza del contenido de la señal?

—No, señor. Seguirá codificado hasta que se active.

—¿Podríamos descifrarlo?

—Eso sería casi imposible en tan poco tiempo, mayordomo. E ilegal. Posiblemente peligroso.

—El observador Taak se pregunta con qué se va a enfrentar. ¿No podéis darle pistas?

El maestro técnico Imming hizo una pequeña reverencia ante Fassin.

—Me temo que no, señor. Ojalá fuese de otro modo.

Verpych se volvió a Fassin.

—Parece que no podemos ayudarte, observador Taak. Lo lamento mucho.

—¿De quién era, de todas formas? —preguntó Ilen, sin alzar la voz. Levantó la vista hacia las sombras de lo alto—. ¿A quién pertenecía?

Habían penetrado por la gran fisura dentada del flanco izquierdo de la nave, volando entre dos puntales sumamente arqueados. El cielo estaba enmarcado por costillas retorcidas y combadas, y las secciones del casco que estas sostuvieran, se habían convertido en átomos y moléculas disociadas siete milenios antes. Sal había permitido que la voladera se deslizara cuatrocientos metros en las sombras que se extendían bajo la porción intacta del casco delantero, siempre remontando suavemente las cubiertas dobladas y aplastadas y los mamparos derrumbados que formaban el terreno, hasta que solo pudieron ver una finísima franja de cielo violeta salpicado de estrellas en el exterior y se creyeron a salvo de la astronave, presumiblemente forastera, que había estado atacando a todo lo que se movía o se hubiera movido recientemente en la superficie.

Sal aterrizó la pequeña nave. La voladera se posó en un pequeño hueco, en una franja de material ennegrecido y contraído relativamente uniforme, detrás de lo que parecían los restos de un mamparo desmoronado. El camino que conducía al resto de la sección delantera de la nave estaba bloqueado a cincuenta metros de distancia por los restos suspendidos, como congelados, de un material iridiscente retorcido. Saluus había pensado en voz alta en intentar abrirse paso con la voladera a través de los escombros pendientes, pero le habían disuadido.

La recepción del comunicador de la voladera, hasta la interferencia distorsionada que habían experimentado en el exterior, se había desvanecido en cuanto penetraron

en los restos. Para algo que se suponía que podía recibir señales a través de diez clicks de roca maciza, aquello era algo extraordinario. El aire del interior de la vasta caverna de la nave en ruinas era frío y no tenía olor. Sabiendo que estaban dentro, el hecho de que sus voces no reverberasen en aquel enorme espacio era extrañamente inquietante, y le otorgaba al sonido una cualidad misteriosa y hueca. Las luces interiores y de marcha de la voladera les situaban en un pequeño estanque de luminiscencia, que subrayaba su insignificancia en el interior de la antigua nave caída.

—Alguna disputa acerca de a quién le pertenecía, precisamente —dijo Saluus, también en voz baja, y contemplando el techo del navío, suavemente atravesado por costillas, que se arqueaba a un tercio de kilómetro sobre sus cabezas y, sin embargo, apenas era visible en el crepúsculo—. Lo identificaron como un sceuri siniestrado y lo enviaron a los de Tumbas de Guerra para limpiarlo, pero si lo era, entonces debió haber sido requisado o capturado. Y se cree que tenía una tripulación muy diversa, pero, sobre todo, nadadores: hombres submarinos. Puede que originalmente fuera oerilita, lo cual es bastante extraño. Tiene el diseño de una nave de moradores, con «m» minúscula. Pero, sin duda, es algún tipo de embarcación de guerra.

Taince bufó. Sal la miró.

—¿Sí?

—Lo que no es, es una nave aguja —dijo.

—¿Acaso he dicho yo que lo fuera? —preguntó Sal.

—Si lo era, era una aguja bastante gruesa —observó Fassin, girando sobre sus talones para seguir con la mirada el arco descendente del interior de la nave siniestrada, en dirección al morro arrugado y semihundido que descansaba en la oscuridad, a más de un kilómetro de distancia.

—No es una nave aguja —protestó Sal—. Yo no le he llamado nave aguja.

—¿Lo ves? —dijo Taince—. Ya has confundido a los demás.

—En fin —dijo Sal, ignorando aquella interrupción—, corre el rumor de que sacaron de aquí un par de cadáveres de voehn, y eso la hace más interesante.

—¿Voehn? —Taince se echó a reír—. ¿Fiambres vertebrales? —su voz rezumaba desprecio. Sonreía, y Fassin sabía que eso no era algo que se viera todos los días. Era una lástima, porque su rostro terso y suavemente cuadrado, bajo el pelo rapado de ordenanza militar, poseía un pícaro atractivo cuando lo hacía. Pensándolo bien, probablemente esa fuera la razón de que no lo hiciese a menudo. A decir verdad, Fassin la encontraba hermosa de todas formas, con su mono de permiso. Los demás llevaban equipo estándar de excursionismo al aire libre, aunque naturalmente el de Sal era de una calidad sutil pero perceptiblemente superior, y sin duda inmensamente más caro. El mono de Tain era un poco holgado en sitios extraños, pero ceñido en los lugares adecuados, para que no hubiera duda de que la recluta no era un muchacho. Además, había adoptado un tono mate sombreado y oscuro en la penumbra reinante. Al parecer, hasta los monos de permiso para reclutas del Ejército de la Navarquía

venían con camuflaje activo.

Ella meneaba la cabeza, como si no pudiese creer lo que oía. Hasta Fassin, que se había desprendido del interés obsesivo de los chicos por lo militar y alienígena poco después del comienzo de la pubertad, había oído hablar de los voehn. Los medios de comunicación los describían como leyendas vivientes o guerreros casi míticos, pero eso no hacía justicia a lo que eran en realidad: tropas de primera y guardias personales de los nuevos amos galácticos.

Los voehn eran naturalmente despiadados, sumamente inteligentes, omnicompetentes, casi indestructibles, capacitados para todos los entornos, los *über*-soldados invictos de los últimos nueve milenios, más o menos. Eran los chicos de calendario marcial de la era, la especie intachable que constituía la cumbre de la perfección militar, pero también eran raros y escasos, y estaban muy dispersos. Allí donde estuvieran los nuevos amos, los culmina, también estaban los voehn, pero no así en muchos más sitios, y según le habían dado a entender a Fassin, no constaba que en todos esos milenios ni uno solo hubiera penetrado en el sistema Ulubis para visitar Sepekte, el planeta principal, ni mucho menos para acercarse a Nasqueron, ni dignarse a tener nada que ver con su pequeña luna planeta 'glantina, ni siquiera después de muerto.

Por supuesto, el nombre y la reputación de los voehn tenían otra resonancia para los humanos, ya fueran aHumanos o rHumanos. Para empezar, los actos de una sola nave voehn, hacía casi ocho mil años, habían hecho que la distinción y los dos prefijos fueran necesarios.

—Voehn. —Sal desafió a Taince—. Restos de voehn. Ese es el rumor.

Taince entornó los ojos y se irguió dentro del mono del Ejército de la Navarquía.

—Pues yo no lo he oído.

—Sí, bueno —dijo Sal—, mis contactos están un poco por encima de la garita.

Fassin tragó saliva.

—Yo creía que habían quedado hechos polvo en esta cosa —se apresuró a decir, antes de que Taince pudiera replicar—. Que se habían hecho papilla, gas y eso.

—Así fue —masculló Taince entre dientes, mirando a Sal, no a él.

—Claro que sí —convino Sal—. Pero los voehn son muy duros, ¿verdad, Tain?

—Ya te digo —confirmó Taince en voz baja y monótona—. Duros de cojones.

—Es muy difícil matar a uno, y mucho más hacerlo papilla —dijo Sal, que al parecer no había advertido las señales de Taince.

—Son notablemente resistentes a la fatalidad, así como a las diversas descortesías del enemigo —dijo Taince con frialdad. Fassin tuvo la sensación de que estaba citando de memoria. Corría el rumor de que Sal y ella formaban una especie de pareja, o que por lo menos follaban de vez en cuando. Pero Fassin pensaba que, teniendo en cuenta su mirada en este momento, ese aspecto concreto de su relación, si es que había existido alguna vez, podía correr el peligro de hacerse papilla. Buscó a Ilen, para captar su expresión.

La muchacha ya no se hallaba al otro lado de la voladera. Miró en derredor un poco más. No la vio en ningún sitio.

—¿Ilen? —dijo. Miró a los demás—. ¿Dónde está Ilen?

Sal se dio un golpecito en el dispositivo auricular.

—¿Ilen? —dijo—. Oye, ¿Len?

Fassin escrutó las sombras. Su visión nocturna era tan buena como la de la mayoría, pero con la exigua luz de las estrellas y los mortecinos faros en modo ahorro de la voladera que descansaba en el declive, no había mucho con lo que trabajar. Los infrarrojos no mostraban apenas nada, ni siquiera huellas desvaídas sobre aquel extraño material desconocido.

—¿Ilen? —repitió Sal. Miró a Taince, que también escudriñaba la zona—. No veo una mierda, y el teléfono no funciona —le dijo—. ¿Puedes ver mejor que nosotros?

Taince meneó la cabeza.

—Te dan esos ojos en el cuarto año.

Mierda, pensó Fassin. Se preguntó si alguien tendría una linterna. Probablemente no. Pocos las tenían en aquellos días. Comprobó su auricular, pero tampoco funcionaba; ni siquiera tenía cobertura local. *Joder, joder, joder*. ¿Hasta cuándo se remontaba el arquetipo de aquella historia? ¿Cuatro jóvenes cogen el carro de papá y pierden una rueda justo antes del anochecer cerca de la vieja caverna neanderthal abandonada? Algo así. Se alejan en la oscuridad y son asesinados uno a uno de una forma horrible.

—Encenderé las luces de la voladera —propuso Sal, alargando la mano hacia el interior—. Si es necesario, podemos despegar y...

—¡Ilen! —gritó Taince a pleno pulmón. Fassin dio un brinco. Esperaba que los demás no se hubieran dado cuenta.

—Estoy aquí. —La voz de Ilen llegó hasta ellos desde muy lejos, en el interior de las ruinas.

—¡No es buena idea alejarse! —gritó Sal hacia el origen de la voz de Ilen—. ¡De hecho, es muy mala idea! ¡Sugiero que vuelvas de inmediato!

—Me cuesta mear delante de la gente —llegó la respuesta—. Padezco el síndrome de la vejiga vergonzosa. Ahora vuelvo, ya me he aliviado. Habla normal, o le diré a Tain que te saque un ojo.

Taince sonrió. Fassin tuvo que apartar la mirada. A veces, a pesar de la incertidumbre y la reticencia intencionadamente injustificada y a menudo en momentos como este, cuando menos lo esperaba, Ilen le sorprendía haciendo o diciendo algo así. Hacía que le dolieran las entrañas. *Que no empiece a enamorarme de ella*, pensó. *Sería insoportable*.

Sal se rió. La forma imprecisa de Ilen apareció en modo infrarrojo a cincuenta metros de distancia, sobre una ondulación del suelo surcado que semejaba una colina poco pronunciada.

—Ahí está. Está bien —anunció Sal, como si la hubiera rescatado personalmente.

Ilen se unió de nuevo a ellos, sonriendo y parpadeando bajo los débiles faros de la voladera, que arrancaban destellos a su suave cabello dorado. Asintió.

—Buenas tardes —dijo, y sonrió.

—Bienvenida —le dijo Sal, y sacó una mochila de un compartimento de la voladera. Se la echó a la espalda.

Taince le dedicó una mirada feroz a la mochila, y luego al rostro de Sal.

—¿Qué cojones estás haciendo?

Sal parecía inocente.

—Voy a echar un vistazo. Puedes venir conmigo si...

—Y una puta mierda.

—Tain, niña —se rió él—, no necesito tu permiso.

—No soy una puta niña, y sí que necesitas mi puto permiso.

—¿Quieres hacer el favor de no decir tantas palabrotas? No hace falta que presumas de tu nueva grosería militar de un modo tan evidente.

—Nos quedamos aquí —sentenció ella, volviendo a emplear la voz fría—, cerca de la voladera. No vamos a adentrarnos en una nave alienígena estrellada y prohibida, en mitad de la noche, mientras se cierne sobre nosotros una nave enemiga.

—¿Por qué no? —protestó Sal—. Para empezar, es probable que ya se encuentre al otro lado del planeta, o que la hayan destruido. Y de todas formas, si esa nave forastera, o satélite de batalla, o remoto, o lo que sea, puede ver aquí dentro, cosa que dudo sinceramente, va a apuntar a la voladera, no a unas cuantas señales de calor humanas, así que estamos más seguros si nos alejamos de esa cosa.

—Hay que quedarse con la nave, siempre —dijo Taince, con la mandíbula resuelta.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Sal—. ¿Cuánto suelen durar estas fastidiosas incursiones, estas escaramuzas? —Taince se limitó a mirarle ferozmente—. Medio día, de media —le dijo Sal—. En este caso, probablemente, toda la noche. Entre tanto, estamos en un sitio donde normalmente no es posible estar, aunque no sea culpa nuestra, no tenemos nada que hacer... ¿Por qué demonios no vamos a echar un vistazo?

—Porque está prohibido, por eso —respondió Taince.

Fassin e Ilen intercambiaron una mirada, preocupados, pero, sin embargo, divertidos.

—¡Taince! —dijo Sal, haciendo aspavientos—. La vida es un riesgo. Así son las cosas. ¡Venga!

—Nos quedamos con la nave —repitió Taince con gravedad.

—¿Quieres salirte de la programación por un segundo? —le preguntó Sal, que parecía sinceramente molesto y miraba a los demás en busca de apoyo—. ¿Se os ocurre una buena razón para que este sitio esté prohibido, aparte de las gilipolleces autoritarias, burocráticas, exageradas, territoriales y militaristas de siempre?

—A lo mejor saben más que nosotros —sugirió Taince.

—¡Oh, venga ya! —protestó Sal—. ¡Eso es lo que dicen una y otra vez!

—Escucha —dijo Taince con voz uniforme—. Entiendo tu postura en cuanto a la probabilidad de que los sistemas de la voladera estén en el punto de mira del enemigo y por lo tanto me ofrezco voluntaria para salir cada hora en punto, acercarme a la grieta del casco, donde a lo mejor funcionan los teléfonos cuando se hayan neutralizado las interferencias subsatélite, para ver si hay moros en la costa.

—Muy bien —repuso Sal, rebuscando en otro compartimento de la voladera—. Hazlo. Yo voy a aprovechar la oportunidad única de echar un vistazo a un artefacto alienígena intrínsecamente fascinante. Si me oyes gritar horriblemente será que he caído en las garras, las fauces o... el pico de algún inefable monstruo alienígena espacial que los equipos de limpieza pasaron por alto y que ha escogido esta noche precisamente, en los últimos siete milenios, para despertarse hambriento.

Taince aspiró una honda bocanada, se apartó de la voladera y dijo:

—Vale, parece que esto se puede calificar como emergencia. —Rebuscó en su mono negro, y cuando sacó la mano sostenía un pequeño aparato de color gris oscuro.

Sal la miró fijamente, incrédulo.

—¿Qué demonios es eso? ¿Una pistola? No te propones dispararme, ¿verdad, Taince?

Ella meneó la cabeza y oprimió algo en un lado del aparato. Hubo una pausa, Taince frunció el ceño y miró de cerca el objeto que sostenía en la mano.

—A decir verdad —dijo—, de momento ni siquiera te amenazo con denunciarte a la Guardia local, por lo menos en tiempo real. —Sal se relajó un poco, pero no sacó lo que había estado buscando en el compartimento. Taince meneó la cabeza y observó los tenebrosos espacios de la cavernosa embarcación que los rodeaba. Levantó el pequeño aparato gris para mostrárselo a los demás—. Esta preciosidad puede ponerme con el desechable de un niño al otro extremo del planeta, pero todavía está buscando cobertura cósmica —dijo. Parecía más confusa que avergonzada, o furiosa, pensó Fassin. En circunstancias similares, él se habría sentido mortificado y se le habría notado. Taince asintió, sin dejar de mirar hacia arriba—. Impresionante. —Volvió a guardar el portátil.

Sal se aclaró la garganta.

—Taince, ¿tienes una pistola? Es que estoy a punto de sacar una de este compartimento y hace un momento dabas miedo, parecía que estabas a punto de disparar.

—Sí, tengo una pistola —le dijo ella—. Te prometo que no te voy a disparar. —Esbozó una sonrisa que en realidad no era tal—. Y si estás decidido a explorar las entrañas de esta cosa, no pienso detenerte. Ya eres mayorcito. Es tu responsabilidad.

—Por fin —dijo Sal, satisfecho, y sacó una pistola RC de aspecto sencillo pero eficaz, y se la ciñó al cinturón—. En los compartimentos posteriores hay comida, agua, sacos de dormir, ropa extra y cosas así —les dijo, y se puso un par de parches adhesivos en los hombros de la chaqueta, que proporcionaban una luz tenue—.

Volveré al amanecer. —Se dio varios golpecitos en el dispositivo auricular, y sonrió—. *Sip*, mi reloj interno todavía funciona. —Miró a cada uno sucesivamente—. Oye, es probable que no haya nada que ver; a lo mejor vuelvo dentro de una hora. —Todos se limitaron a mirarle—. No viene nadie, ¿eh? —preguntó. Ilen y Fassin se miraron. Taince observaba a Sal, que dijo—: Bueno, no me esperéis despiertos. —Y se volvió para marcharse.

—Estás muy bien preparado para esto —dijo Taince en voz baja.

Sal titubeó y se volvió hacia ella, boquiabierto. Miró a Fassin y a Ilen, y clavó la mirada en Taince, con los ojos como platos. Hizo un ademán en dirección a la lejana grieta del casco, hacia arriba, como si señalase al espacio, y meneó la cabeza.

—Taince, Taince —susurró. Se pasó una mano por su espeso cabello negro—. ¿Cuán paranoicos y suspicaces insisten en que seáis en el ejército?

—La empresa de tu padre fabrica nuestra flota de guerra, Saluus —le dijo ella—. La cautela es una estrategia necesaria para la supervivencia.

—Eso es un golpe bajo, Taince. —Sal parecía ligeramente insultado—. Pero de verdad. En serio. Venga ya. —Golpeó la mochila, exasperado—. ¡Demonios, mujer, si no me hubiera asegurado de que la voladera estaba equipada con equipo de emergencia me habrías arrancado la oreja de un mordisco por volar en pleno desierto sin las provisiones necesarias!

Taince siguió mirándole, casi sin expresión, durante unos momentos.

—Ten cuidado por dónde vas, Sal.

Él asintió, relajándose.

—Tú también —dijo—. Hasta pronto. —Volvió a mirarles a todos, sonriendo—. No hagáis nada que yo no hiciera, y esas cosas. —Agitó la mano y emprendió el camino.

—Espera —dijo Ilen. Sal se volvió. Ilen sacó su pequeño macuto de la voladera—. Voy contigo, Sal.

Fassin la contempló, horrorizado.

—¿Qué? —dijo, con voz infantil, quebradiza y asombrada. Al parecer, nadie le oyó. Por una vez, se alegró de ello. Taince no dijo nada.

Sal sonrió.

—¿Estás segura? —preguntó a la muchacha.

—Si no te importa —dijo Ilen.

—Por mí bien —respondió Sal, en voz baja.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no me importa.

—Bueno, no se debe salir a explorar solo en situaciones comprometidas, ¿verdad? —dijo Ilen—. ¿No es cierto? —Miró a Taince, que asintió—. Tened cuidado—. Ilen besó a Fassin en la mejilla, le guiñó el ojo a Taince y ascendió por la suave ladera hasta donde se hallaba Sal. Agitaron la mano y se alejaron. Fassin observó sus huellas en infrarrojos, las desmayadas franjas de brillo en el suelo que se desvanecían menos

de un segundo después.

—Nunca entenderé a esa chica —comentó Taince, con indiferencia. Fassin y ella se miraron—. Te sugiero que ahora eches una cabezada —le dijo Taince, asintiendo en dirección a la voladera. Se hurgó en la nariz e inspeccionó el dedo—. Te despertaré antes de ir a la grieta del casco a ver si hay señal.

Un brote de fragancia estalló en algún lugar de la habitación a oscuras, y al cabo de unos instantes olió a Orquídea Noctisia, un aroma de Artiflor que siempre asociaba con la Casa de Otoño. Apenas corría el aire en la cámara tranquila, de modo que el brote debía haber estado flotando en las proximidades. Levantó la cabeza con suavidad y vio una forma diminuta, como una flor esbelta y traslúcida, que caía con la delicadeza de una gasa por el aire que mediaba entre la cama y el carro que les había traído la cena. Volvió a descansar la cabeza en el hombro de Jaal.

—¿Hummm? —murmuró ella, soñolienta.

—¿Viste a algún amigo en la ciudad? —preguntó Fassin, y se enrolló en el dedo un largo rizo dorado de la cabellera de Jaal Tonderon, y le acarició con la nariz la nuca de color rojo parduzco, inhalando su olor. Ella se removió contra él, meneando las caderas en una suerte de movimiento circular. Él ya se había deslizado fuera de su cuerpo un rato antes, pero era una sensación agradable a pesar de todo.

—A Ree, a Grey y a Sa —empezó ella, con voz un poco soñolienta—. Nos fuimos de compras y luego quedamos con Djen y Sohn. Y Dayd, Dayd Elasius. Ah, y Yoaz. Te acuerdas de Yoaz Irmin, ¿verdad?

Él le mordió el cuello y ella le recompensó con un estremecimiento y un grito.

—Eso fue hace mucho tiempo —le dijo.

Ella alargó una mano hacia atrás para acariciarle el costado desnudo, y le dio un cachete en el trasero.

—Estoy segura de que ella no te ha olvidado, cariño.

—¡Ja! —dijo él—. Yo también. —Eso le valió una bofetada. Luego se acomodaron el uno junto al otro una vez más; ella volvió a hacer eso con las caderas y él se preguntó si tendría tiempo para más sexo antes de irse.

Ella se volvió para mirarle. El rostro de Jaal Tonderon era redondo, amplio y muy hermoso. Durante dos mil años más o menos, las caras de los rHumanos habían tenido el aspecto que deseaban sus poseedores, que así expresaban satisfacción o indiferencia respecto de los encantos naturales que habían recibido al nacer, o el aspecto particular, modificado, que estos habían especificado más adelante. Los únicos feos eran los que deseaban hacer una declaración de principios.

En una era en la que todo el mundo podía ser bello, y parecerse a personajes famosos de la historia (ahora había leyes sobre parecerse demasiado a personajes famosos contemporáneos), los cuerpos y rostros verdaderamente interesantes eran aquellos que eran casi anodinos, o incluso poco agraciados, y no obstante se salían

con la suya. La gente hablaba de caras bien parecidas en carne y hueso, pero que no lo eran en imágenes, o que lo eran en cuadros vívidos pero no en pantalla, o caras poco agraciadas en reposo que eran deslumbrantes en movimiento, o simplemente ordinarias hasta que la persona sonreía.

Jaal se decía que había nacido con una cara que parecía diseñada por un comité: un amasijo sin armonía en el que ninguna pieza encajaba del todo. Y sin embargo, casi todos los que la habían conocido pensaban que poseía un atractivo insultante, gracias a alguna alquimia de la fisonomía, la personalidad y la expresión. La opinión privada de Fassin era que Jaal todavía tenía que crecer para llenar su propio rostro, y que sería más hermosa en la madurez que ahora. Era una de las razones por las que le había pedido que se casara con él.

Todo apuntaba a que podían esperar una larga vida en común, y así como había sido sensato casarse con alguien de su profesión (y emparejarse con la aprobación entusiasta de sus respectivas septas, reforzando los vínculos entre dos de las casas de observadores más importantes), había sido prudente tener en cuenta esa previsible longevidad.

Por supuesto, siendo ambos observadores lentos, el futuro en común de Fassin y Jaal sería absolutamente, si no relativamente, más largo que el de la mayoría de sus contemporáneos, y radicalmente distinto; en la fase dilatoria de un largo arcano, los observadores envejecían con extremada lentitud, de modo que no resultaría difícil rebasar los catorce siglos de tío Slovius, aunque estos no se acercaban al récord, ni habían llegado a su término (por suerte, naturalmente). Los cónyuges y los seres queridos de los observadores debían programar cuidadosamente su vida normal y en fase dilatoria, para no desfasarse demasiado, no fuera que los protagonistas se distanciaran emocionalmente. La vida de Tchayan Olmey, antigua tutora y mentora de Fassin, había dado un vuelco por causa de esta discontinuidad imprevista, que la había apartado de un antiguo amor.

—¿Pasa algo? —le preguntó Jaal.

—Solo es esa, ah, entrevista. —Miró el reloj antiguo que había al otro lado de la habitación.

—¿Con quién?

—No puedo decírtelo —le dijo. Había mencionado que tenía una entrevista al reunirse con Jaal, cuando esta desembarcó de su transbordador suborbital en el puerto doméstico del valle, pero ella había estado demasiado ocupada contándole los últimos chismes de la capital, y el escándalo que rodeaba a su tía Feem y el muchacho de la septa Khustrial, para hacerle más preguntas al respecto. Se había duchado, habían cenado juntos, y asuntos más urgentes habían tomado precedencia a partir de entonces.

—¿No puedes decírmelo? —dijo ella, frunciendo el ceño, y se volvió más hacia él, levantó un seno oscuro y volvió a ponerlo sobre el pecho suavemente bronceado de Fassin. Había algo, pensó él, no por primera vez, en una aureola más pálida que

sus alrededores...—. Ay, Fass —dijo Jaal, aparentemente molesta—, no se trata de una chica, ¿verdad? ¿No será una sirvienta? No me jodas, antes de casarnos no, ¿verdad?

Sonreía. Él le devolvió la sonrisa.

—Es un fastidio, pero tengo que hacerlo. Lo siento.

—¿Seguro que no puedes decírmelo? —Movi6 la cabeza, y su cabello rubio se desparram6 sobre el hombro. La sensaci6n era mejor que la visi6n.

—Seguro —dijo 6l.

Jaal contemplaba su boca con atenci6n:

—¿Seguro? —pregunt6.

—Bueno. —Se pas6 la lengua por los dientes—. Te puedo decir que no se trata de una chica. —Ella sigui6 contemplando su boca con atenci6n—. Oye, Jaal, ¿tengo algo raro ah6 dentro?

Ella acerc6 su boca a la suya lentamente.

—No —dijo—, todav6a no.

—¿Es usted Fassin Taak, de la septa de observadores Bantrabal, luna 6glantina, gigante gaseoso Nasqueron, sistema y estrella Ulubis?

—S6, lo soy.

—¿Se encuentra aqu6 presente f6sicamente, y no por medio de una proyecci6n o representaci6n del tipo que fuere?

—As6 es.

—¿Sigue siendo un observador en activo, domiciliado en las casas estacionales de la septa Bantrabal, con base de operaciones en la luna sat6lite Tercera Furia?

—S6, s6 y s6.

—Bien. Fassin Taak, cuanto se diga entre usted y esta entidad ser6 estrictamente confidencial. Habr6 de respetar dicha confianza, y no comunicar6 a nadie esta conversaci6n, a menos que sea absolutamente necesario para facilitar el comportamiento exigido en fomento de las acciones que tendr6 que realizar y los objetivos que tendr6 que perseguir. ¿Lo entiende y da su consentimiento?

Fassin reflexion6 sobre ello. Por un instante, cuando la proyecci6n hab6a empezado a hablar, se le hab6a ocurrido de pronto que aquella esfera brillante se parec6a mucho a una criatura plasm6tica (nunca hab6a conocido a ninguna, pero hab6a visto im6genes), y ese momento de distracci6n le hab6a bastado para perderse el significado completo de sus palabras.

—La verdad es que no. Perd6n, no intento ser...

—Repito...

Fassin se encontraba en la c6mara de audiencia principal, situada en lo alto de la Casa de Oto6o, un gran espacio circular con vistas en todas las direcciones horizontales y un dram6tico techo transparente, totalmente en blanco. Por ahora su

contenido consistía en un asiento para él y un cilindro achaparrado de aspecto metálico que sostenía el globo de gas brillante que se cernía sobre su centro. Un grueso cable se extendía desde el rechoncho cilindro hasta una toma de tierra en medio del suelo de la cámara.

La esfera de gas repitió lo que acababa de decir. En esta ocasión habló más despacio, aunque por suerte no dio muestras de irritación ni condescendencia. Su voz era plana, sin inflexiones, pero, no obstante, parecía contener un asomo de personalidad, como si se hubiera digitalizado la voz de un individuo concreto para usarla como plantilla, sin eliminar por completo la expresión.

Fassin lo oyó hasta el final y dijo:

—Vale, sí, lo entiendo y doy mi consentimiento.

—Bien. Esta entidad es una proyección diplomática de los administradores mercatoriales, nivel subministerial, con autoridad de rango superior cortesía de la Ascendencia, división de Ingeniería, nivel de ingeniero superior, nave ingeniera *Est-taun Zhiffir*, transportadora de portales. Está autorizada a parecer sensitiva aunque de hecho no lo es. ¿Lo entiende?

Fassin también reflexionó sobre ello y decidió que sí, aunque por poco.

—*Sip* —dijo, y se preguntó si la proyección comprendería los afirmativos coloquiales. Al parecer, así era.

—Bien. Observador Fassin Taak, por la presente queda supeditado a la Jurisdicción Ocula. Tendrá el rango honorario de...

—¡Espera! —Fassin estuvo a punto de saltar de su asiento—. ¿Qué?

—El rango honorario...

—No, digo que, ¿estoy supeditado a qué?

—A la Jurisdicción Ocula. Tendrá el rango...

—¿La Jurisdicción Ocula? —repitió Fassin, intentando controlar su voz—. ¿La Ocula?

—Así es.

Las estructuras de poder barrocas e intencionadamente laberínticas de la última era inspirada por los culmina, que incorporaban las aspiraciones y las limitaciones impuestas de al menos ocho importantes especies sometidas, así como inmensas subcategorías de razas pasajeras adicionales, y que asimismo (según reivindicaban) «contextualizaban» diversas civilizaciones menores, de alcance y ambiciones muy diversas, y que influenciaban, periféricamente al menos, a espectros alienígenas de otros al completo, comprendían numerosas organizaciones e instituciones cuyos nombres solían inspirar un grado de respeto que rayaba en el miedo, por lo menos a los que habían oído hablar de tales cosas.

La Jurisdicción era probablemente el ejemplo menos extremo; la gente la respetaba, y muchos hasta encontraban su propósito más bien aburrido, pero pocos la temían. Se trataba de una orden, disciplina y claustro paramilitar de técnicos y teóricos a cargo de lo que antaño se había conocido como tecnología de la

información, de modo que también se ocupaban, aunque de un modo menos exclusivo, de los restos, aceptablemente limitados, de las tecnologías de inteligencia artificial que todavía existían en la época de posguerra.

La guerra de las Máquinas había borrado de la faz de la galaxia a la inmensa mayoría de las IA hacía más de siete mil años, y la subsiguiente paz inspirada (e impuesta) por los culmina se había establecido alrededor de un régimen que al tiempo que prohibía la investigación en el campo de la tecnología de la IA exigía la colaboración activa de los ciudadanos en la persecución y destrucción de las escasas reliquias de la misma que todavía hubiera desperdigadas. La Jurisdicción, organizada según pautas militares con una vigorizante infraestructura de dogma religioso, se encargaba de la dirección, administración y mantenimiento de los sistemas de TI cuya complejidad fuera suficiente para que corrieran peligro de volverse sensitivos, accidental o intencionadamente, pero se considerasen demasiado vitales para el funcionamiento de las diversas sociedades dependientes como para desconectarlos y desmantelarlos.

Los purificadores de los cesoria, una orden mucho más temible, se habían creado para perseguir y destruir a las IA, así como a cualquiera que intentase crear otras nuevas, o proteger, amparar o auxiliar de cualquier modo a los ejemplos existentes. Pero eso no había evitado que se formara una sección de Inteligencia dentro de la Jurisdicción, la Jurisdicción Ocula, cuyos deberes, métodos, y hasta principios, se superponían significativamente a los de los purificadores. La Ocula era la sombría unidad, con ecos ligeramente siniestros, a la que le ordenaban unirse a Fassin, sin que pudiera descifrar de inmediato la razón.

—¿La Ocula? —dijo Fassin—. ¿Yo? ¿Estás completamente seguro?

—Completamente.

Técnicamente, no tenía elección. Para que les permitieran hacer lo que hacían, la profesión de observador debía ser reconocida oficialmente en la Miscelánea, el término incluyente que se aplicaba a los que eran útiles a los mercatoria, pero no encajaba en las categorías de subdivisión tradicionales, y como tales, los observadores se encontraban totalmente sometidos a la disciplina y el control mercatorial, y se comprometían a obedecer las órdenes emitidas por cualquiera que tuviese la autorización adecuada y un rango lo bastante elevado.

Sin embargo, eso no sucedía prácticamente nunca. Fassin no recordaba que hubieran supeditado a la fuerza a ningún miembro de la septa Bantrabal en tiempo de paz, en los casi dos mil años de historia de la septa. ¿Por qué ahora? ¿Por qué él?

—¿Puede continuar este informe? —preguntó la esfera brillante—. Es importante.

—Bueno, sí, de acuerdo, pero tengo preguntas.

—Todas las preguntas relevantes se responderán cuando sea posible y prudente —declaró la esfera.

Fassin pensaba, cavilaba. ¿De verdad estaba obligado a aceptar? ¿Cuál era la pena por desobedecer? ¿La degradación? ¿La dimisión forzada? ¿El destierro? ¿La

proscripción? ¿La muerte?

—Continúo, pues —dijo el globo de gas—. Observador Fassin Taak, por la presente queda supeditado a la Jurisdicción Ocula. Tendrá el rango honorario de capitán en funciones a efectos de acreditación de seguridad, con las excepciones que exijan los superiores autorizados; el rango honorario principal de comandante a efectos de antigüedad y disciplina; el rango honorario de general a efectos de remuneración, y el rango honorario de mariscal de campo a efectos de transporte prioritario. Esta entidad no tiene capacidad para negociar estos términos. ¿Encuentra aceptable lo antedicho?

—¿Y si digo que no?

—Se emprenderán acciones punitivas. Contra usted, sin duda, probablemente contra la septa Bantrabal, y es posible que contra los observadores lentos de ´glantina en conjunto. ¿Encuentra aceptables los pormenores de su supeditación expuestos anteriormente?

Fassin tuvo que cerrar la boca. Aquella vejiga flotante de gas brillante acababa de amenazarle no solo a él, no solo a su septa, a toda su familia extendida y a todos sus criados y dependientes, ¡sino al foco principal del trabajo de importancia única que se llevaba a cabo en toda la luna planeta, uno de los tres o cuatro centros de estudios de los moradores más importantes de la galaxia! Era un ultraje tan indignante, una desproporción tan evidente, que casi tenía que tratarse de una broma.

Fassin se resistió, intentando desesperadamente encajar cuanto le había sucedido aquel día, con Slovius, con Verpych, con todos los que debían estar involucrados en la farsa, en una situación más plausible que aquella con la que al parecer se enfrentaba: una espantosa proyección de alto nivel, procedente de una nave ingeniera transportadora de portales que todavía se encontraba a doce años luz de distancia, le ordenaba unirse a una unidad de inteligencia que supuestamente campaba a sus anchas, respondía ante una orden y una disciplina de las que él no sabía más que cualquier laico, y estaba respaldada por el poder de los administradores y los ingenieros.

—¿Encuentra aceptables los pormenores de su supeditación expuestos anteriormente? —repitió la esfera.

O tal vez se estaban riendo de toda la septa Bantrabal, pensó Fassin. Tal vez nadie supiera que se trataba de una broma. ¿Quién se tomaría tantas molestias solo para ponerle en ridículo, para asustarle? ¿Alguna vez se había enfrentado a alguien que tuviera los recursos necesarios para tenderle una trampa semejante? Bueno...

—¿Encontráis aceptables los pormenores de vuestra supeditación expuestos anteriormente? —volvió a decir la esfera.

Fassin se rindió. Con suerte, se trataría una broma. En caso contrario, sería muy estúpido, y hasta peligroso, considerarla tal cuando no lo era.

—Teniendo en cuenta tus brutales e inaceptables amenazas, no tengo muchas opciones, ¿verdad?

—¿Es esa una respuesta afirmativa?

—Supongo. Sí.

—Bien. Puede hacer preguntas, observador Fassin Taak.

—¿Por qué me supeditan?

—Para facilitar las acciones que tendrá que realizar, y contribuir a la consecución de los objetivos que estará obligado a perseguir.

—¿Y cuáles son?

—En principio, tiene orden de desplazarse a Pirrintipiti, ciudad capital de la luna planeta 'glantina, y embarcar en una nave que le llevará a Borquille, capital de Sepekte, principal planeta del sistema Ulubis, donde recibirá el siguiente informe.

—¿Y después de eso?

—Se espera de usted que lleve a cabo las acciones y persiga los objetivos detallados en dicho informe.

—Pero ¿por qué? ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿De qué va todo esto?

—Esta entidad no contiene información relativa a su pregunta.

—¿Por qué la Jurisdicción Ocula, en concreto?

—Esta entidad no contiene información relativa a su pregunta.

—¿Quién lo ha ordenado?

—Esta entidad no contiene información...

—¡De acuerdo! —Fassin tamborileó en el brazo del asiento. A pesar de todo, aquella proyección debía haber recibido autoridad de alguien, debía saber el lugar que ocupaba en la inmensa red de rango y antigüedad mercatorial—. ¿Qué rango tenía la persona que lo ordenó?

—Administrador: jefe de personal del Grupo Militar de la Jurisdicción —dijo la esfera. Bueno, eso iba directo a lo más alto, pensó Fassin. Fuera lo que fuese aquella sinrazón, gilipollez militar o despropósito, lo había autorizado alguien que no tenía la excusa de la ignorancia—. Ascendencia: ingeniero superior —continuó la proyección. (Lo mismo; ingeniero superior no sonaba tan imponente que te cagas como jefe de personal de Grupo Militar, por ejemplo, pero era el rango superior de los ingenieros, la gente que fabricaba, transportaba y emplazaba los conductos que mantenían unida a la metacivilización galáctica. En términos de poder absoluto, sin tener en cuenta la especie, un IS probablemente superaba a un JP)—. Omnocracia —dijo la esfera, con lo que semejaba una nota de finalidad—: complector.

Fassin se sentó con la mirada perdida. Parpadeó varias veces. Era consciente de que tenía la boca abierta, de modo que la cerró. Le parecía que se le había tensado la piel de todo el cuerpo. ¿Un puto complector?, pensó, y ya se preguntaba si no habría oído mal. ¿Lo ha ordenado un culmina?

Un complector ocupaba el pináculo claro e indiscutible de la estructura de mando civil de los mercatoria. Cada uno de ellos ejercía un poder absoluto sobre un importante volumen galáctico, normalmente con un punto definible, como un conjunto estelar o una sección galáctica menor, o incluso mayor. Hasta el de menor

antigüedad estaba a cargo de cientos de miles de estrellas, millones de planetas, billones de hábitats y trillones de almas. Al igual que sus súbditos administradores, comandaban a los jefes de las demás divisiones de la Ascendencia en su circunscripción: los ingenieros, los propileos, la Navarquía y la Flota Reunida, y siempre eran culmina. Lo único que ostentaba un rango superior a un complector era un grupo más numeroso de complectores.

Fassin pensó por un momento, mientras intentaba calmarse. Recuerda que puede tratarse de una broma. El hecho de haberse invocado la autoridad de un complector era tan ridículo que casi hacía más probable que así fuera.

Por otra parte, tenía la inquietante sensación, provocada por el vago recuerdo de una clase escolar a la que seguramente debería haber prestado más atención, de que invocar en falso la autoridad de un complector era un delito capital en potencia.

Piensa, piensa. Olvídate del complector; vuelve al presente. ¿Qué asunciones podía hacer? ¿Una del ego? Le habían inculcado la práctica de aquel test psicológico en la universidad, donde había obtenido una elevada puntuación en lo que solía llamarse la escala del «¡Yo, yo, yo!», aunque no tan alta como la de Saluus Kehar. Bueno, se le ocurría una asunción egocéntrica que podía hacer de inmediato.

—¿Cuántos van a ser supeditados del mismo modo? —preguntó.

—Por medio de una proyección diplomática, solo usted.

Fassin se reclinó en su asiento. Bueno, eso era agradable sin duda, pero sospechaba que probablemente era una señal mucho peor de lo que parecía.

—¿Y por otros medios?

—Se unirá a un grupo de oficiales de alto rango en Borquille, ciudad capital de Sepekte, donde recibirá el siguiente informe. Dicho grupo constará de un número aproximado de treinta personas.

—¿Y cuál será el contenido de ese informe?

—Esta entidad no contiene información relativa a su pregunta.

—¿Cuánto tiempo es probable que esté lejos de casa? ¿Voy a Sepekte, recibo el informe y vuelvo? ¿Qué?

—Los oficiales de la Jurisdicción Ocula tienen el deber de emprender misiones prolongadas con una antelación mínima.

—Entonces, ¿debo hacerme a la idea de que estaré fuera una temporada?

—Los oficiales de la Jurisdicción Ocula tienen el deber de emprender misiones prolongadas con una mínima antelación. Esta entidad no contiene más información relativa a su pregunta.

Fassin suspiró.

—Así que, ¿eso es todo? ¿Te han enviado para decirme que vaya a Sepekte? Todo este... follón, ¿para eso?

—No. Ha de saber que esta es una cuestión de la mayor importancia y gravedad, en la cual quizá deba desempeñar un papel importante. También que ha salido a la luz información que indica que una amenaza capital e inminente se cierne sobre el

sistema Ulubis. Esta entidad no contiene más detalles a este respecto. Tiene orden de presentarse en el palacio del jerarca en Borquille, capital de Sepekto, planeta principal del sistema Ulubis, para recibir el siguiente informe, como máximo a la hora quince mañana por la noche, nueve de Deber, hora local de Borquille, Sepekto. Gcron, 6. 61... —La esfera empezó a indicar de nuevo la hora en que estaba convocado al palacio del jerarca al día siguiente en diversos formatos, como si quisiera asegurarse de que no se excusaría en el último momento para no llegar a tiempo. Fassin se sentó, contemplando una sección de ventana polarizada en blanco de color beis en el extremo más alejado de la cámara, intentando dilucidar qué demonios podía sacar en claro de todo aquello.

Joder era lo mejor que se le ocurría.

—El dieciocho de noviembre, año rHumano 4034 d. C. —concluyó la esfera brillante—. Se os facilitará un medio de transporte. El equipaje permitido incluye una bolsa de mano grande, así como lo necesario para transportar el atuendo cortesano de gala para vuestra comparecencia ante el jerarca. Debéis usar un traje de gravedad en el viaje de ida. ¿Más preguntas?

Verpych pensó un instante.

—Histeria de grado militar.

Slovius se agitó en su silla bañera.

—Explícate, por favor.

—Lo más probable es que se estén excediendo para enmendar una negligencia anterior, señor.

—¿Alguien les ha estado diciendo que hay un problema, ellos se lo han estado pasando por el forro, y de repente han reaccionado frente a la amenaza y han sufrido un ataque de pánico? —sugirió Fassin.

Verpych asintió una sola vez.

—La dinámica de toma de decisiones en estructuras de poder sumamente rígidas constituye un tema de estudio fascinante —declaró Tchayan Olmey. La antigua tutora y mentora de Fassin le sonrió, con una presencia tranquila, adusta y gris. Los cuatro estaban sentados a una gran mesa redonda en el viejo estudio de Slovius, y Slovius en persona se sostenía en un aparato semicerrado de gran tamaño que semejaba un cruce entre una antigua bañera con asiento y una voladera pequeña. Fassin pensó que el semblante bigotudo y colmilludo de su tío parecía más animado, y hasta más humano, de lo que había estado desde hacía años. Slovius había anunciado al comienzo de la reunión que mientras durase la emergencia en que se hallaban envueltos, fuera cual fuese, su lento deterioro se detendría; volvía a estar completamente al cargo de la septa Bantrabal. A Fassin le había horrorizado descubrir que una pequeña y mezquina parte de sí mismo, con aires de grandeza, se sentía decepcionada y hasta un poco furiosa con su tío por no seguir resbalando por la senilidad brumosa, indiferente y desmayada que conducía a la muerte.

—La expresión que empleó la proyección fue «amenaza capital e inminente» — les recordó Fassin. Suponía que eso era lo que le había asustado, por eso había propuesto aquella reunión y se lo había contado. Si en verdad se cernía una amenaza sobre el sistema Ulubis, quería que los mayores de la septa Bantrabal, como mínimo, estuvieran informados. La única persona que no estaba presente en la conferencia era la madre de Fassin, que se hallaba en un retiro anual en un hábitat cesoriano situado en algún punto del cinturón Kuiper del sistema, a diez días luz de distancia, y por lo tanto completamente al margen del debate. Habían discutido si debían contactar con ella y avisarle de que todo el sistema estaba bajo una suerte de amenaza, pero dado que no disponían de detalles, parecía prematuro hacerlo, y posiblemente hasta contraproducente.

Olmey se encogió de hombros.

—La reacción exagerada podría muy bien extenderse al lenguaje empleado para describir el problema percibido —dijo.

—Ha habido un reciente aumento de los ataques de los forasteros —observó Verpych, pensativo.

Durante los dos siglos siguientes a la pérdida de su portal, los esporádicos asaltos de los forasteros en Ulubis, que como regla general se dirigían contra la periferia y los objetivos militares del sistema, habían disminuido hasta tal punto que apenas constituían una molestia. Los ataques eran mucho menos numerosos que en los años anteriores a la destrucción del conducto, sin duda alguna. Durante milenios, casi todos los sistemas de los mercatoria se habían acostumbrado a esas incursiones, generalmente irritantes, pero rara vez devastadoras: paralizaban el tráfico de naves y material bélico, y mantenían en vilo a toda la metacivilización, pero nunca habían cometido auténticas atrocidades; de modo que había sido una especie de alivio para los pueblos de Ulubis, una especie de gratificación inesperada, el hecho de que por alguna perversa razón, el aislamiento temporal del sistema hubiera sido, hasta el momento, un intervalo en el que la presión militar directa hubiera disminuido en lugar de intensificarse.

Sin embargo, a lo largo del último año más o menos, se había producido un ligero incremento en el número de ataques: era la primera vez en dos siglos que el cómputo anual había aumentado en lugar de disminuir; y estos ataques habían sido de una naturaleza ligeramente distinta, en comparación con aquellos a los que habían llegado a acostumbrarse. Para empezar, no todos los objetivos habían sido unidades militares o infraestructuras: una cooperativa minera de una nube cometa había sido destruida, varias naves habían desaparecido en el cinturón y las nubes se habían descubierto a la deriva, vacías o desguazadas, un pequeño crucero transatlántico acababa de desaparecer entre Nasqueron y el gigante gaseoso más alejado del sistema, y hacía medio año que una nave armada con misiles pesados había aparecido de pronto, desplazándose al ochenta por ciento de la velocidad de la luz y dirigiéndose directamente a Borquille. La habían derribado con facilidad, pero había constituido

un alarmante desarrollo de los acontecimientos.

Slovius volvió a bambolearse en su silla bañera, salpicando un poco el suelo de madera.

—¿Hay algo que no te permitan decirnos, sobrino? —preguntó, y profirió un sonido inquietante que semejaba una risa.

—Nada concreto, señor. Se supone que no debo contarle nada a nadie salvo... en interés de mi misión, que por el momento consiste en presentarme en Borquille mañana a las quince. Como es obvio, he decidido interpretar esto de modo que me permita hablar con los tres, aunque os pido que no salga de aquí.

—Bueno —dijo Slovius, y emitió un ruido gutural, como una gárgara—, dispondrás de mi suborbital personal para desplazarte a Pirrintipiti para el transbordo.

—Gracias, señor. No obstante, dijeron que me facilitarían un medio de transporte.

—La Navarquía ha solicitado un permiso de salida a las cuatro y media de la madrugada —confirmó Verpych—. Tendrán que darse mucha prisa si quieren que estés en Sepekte mañana a las quince —añadió, y sorbió por la nariz—. Habrás de soportar cinco o seis gravitones durante todo el trayecto, Fassin Taak —El mayordomo Verpych sonrió—. Sugiero que empieces a ajustar tu ingesta de agua y sólidos en consecuencia.

—Mi buque estará preparado de todas formas —dijo Slovius— por si el transporte no compareciese, o fuera demasiado tosco. Ocupate de ello, mayordomo.

Verpych asintió.

—Señor.

—Tío, ¿puedo hablar con vos? —preguntó Fassin cuando la reunión se disolvió. Había esperado sorprender a Slovius antes de empezar, pero su tío se había presentado con Verpych: Slovius tenía un aspecto enérgico y triunfal, en cambio Verpych parecía intranquilo, incluso preocupado.

Slovius hizo un ademán con la cabeza en dirección a su mayordomo y a Olmey. Al cabo de unos instantes Fassin y su tío se encontraron solos en el estudio.

—¿Sobrino?

—Esta mañana, señor, cuando me preguntasteis por mis últimos arcanos, mientras descargaban la proyección diplomática...

—¿Cuánto sabía yo de este asunto?

—Bueno, sí.

—Yo mismo había recibido una señal sencilla, aunque sumamente cifrada, procedente de la nave ingeniera, para advertirme que la proyección se produciría a continuación. Había adoptado la forma de un mensaje personal de un primer ingeniero a bordo de la nave, un viejo amigo, un kuskunde: las sutilezas de su lenguaje corporal y lingüístico formaron parte de mis estudios universitarios, hace muchos siglos. No me lo dijeron, pero no obstante me dio la impresión de que todo esto podía ser resultado de uno de tus arcanos.

—Entiendo.

—¿La proyección diplomática no te dio ningún indicio en este sentido?

—Ninguno, señor —Fassin hizo una pausa—. Tío, ¿estoy metido en un lío?
Slovius suspiró.

—Si tuviera que aventurar una suposición, sobrino, diría que no estás metido en un lío propiamente dicho. No obstante, he de confesar que tengo la sensación clara e inquietante de que se han puesto en marcha unos engranajes muy grandes, pesados y sumamente cruciales. Cuando eso ocurre, considero que las lecciones de la historia suelen indicar que es mejor no ponerse en su camino. Aunque no se propongan causar daño alguno, las operaciones y los progresos de estos engranajes se desarrollan en una escala tal, que resulta inevitable que el valor de la vida individual se convierta en irrelevante en el mejor de los casos.

—¿En el mejor de los casos?

—En el mejor de los casos. En el peor de los casos, el sacrificio de vidas proporciona el aceite necesario para que se muevan los engranajes. ¿Te satisface mi explicación?

—Es una forma de decirlo, señor, sí.

—Pues parece que los dos estamos a oscuras, sobrino. —Slovius consultó un pequeño anillo engarzado en uno de sus dedos atrofiados—. Y cuando se está a oscuras, dormir puede ser buena idea. Te sugiero que lo hagas.

—Bueno, Fassin Taak —dijo enérgicamente Verpych, que le esperaba al otro lado de la puerta—, por fin has hecho algo que encuentro impresionante. Gracias a ti, parece que no solo estamos a punto de empezar a vivir una época interesante, sino que has conseguido atraer la atención de los poderosos. Enhorabuena.

Se sentaron en los sacos de dormir medio inflados, apoyando la espalda en el flanco de la voladera.

—¿Nunca te ha hablado de la Escuela de Rigor? —preguntó Fassin.

Taince meneó la cabeza.

—*Nop*. —Volvió a sacar el pequeño comunicador militar de color gris, comprobando en vano si tenía cobertura. Fassin y ella ya se habían dirigido a la grieta del casco una hora antes, buscando señal en aquel aparato o en sus teléfonos. Se habían quedado allí, bajo el resplandor brillante y trémulo de un intenso despliegue de la aurora. Nasqueron parecía una vasta cúpula invertida en lo alto, oscura, pero resplandeciente a causa de la ondulación de sus propias auroras, y moteada de un craquelado caprichoso de estallidos de relámpagos. Una serie de pequeños temblores de tierra habían vibrado a través de sus botas, pero a pesar de toda aquella agitación natural, y quizá en parte debido a la actividad magnética, en el caso de los teléfonos, no habían oído nada a través de sus aparatos.

Entonces habían regresado. Fassin rezongaba porque los forasteros atacaban un planeta conocido sobre todo por sus pacíficos centros de estudios de los moradores, y porque la Guardia, el Ejército de la Navarquía, los Escuadrones Ambientales y la Flota Reunida no les protegían mejor. Taince intentó explicarle la logística que comportaba desplazar un número suficiente de naves aguja y material bélico a través de los conductos hasta donde hicieran falta, y las ecuaciones que determinaban cuántos activos se necesitaban para proteger a tiempo completo los numerosos sistemas dispersos de los mercatoria. A pesar de que el viaje arterial entre portales era casi instantáneo, se trataba de un número inviable, económicamente insostenible. Tal vez los numerosos agrupamientos enemigos fueran endebles en conjunto, pero estaban ampliamente repartidos y a menudo operaban en una escala de tiempo extrañamente extendida. Lo importante era que 'glantina y el sistema Ulubis en conjunto estaban a salvo. Sus propios escuadrones eran rival para cualquier agrupamiento forastero factible, y tras ellos, a escasos saltos de portal, se hallaba la superioridad inigualable de la Flota Reunida.

Pero eso no impidió que Fassin siguiera lamentándose por los fastidiosos ataques de los forasteros, de modo que Taince había desviado el tema de conversación hacia las manías de sus compañeros de clase, sus proclividades y excentricidades, y en seguida habían llegado a Saluus.

—Bueno —dijo Taince—, ha mencionado que asistió a la Escuela de Rigor, pero nunca me ha contado mucho al respecto, y yo no soy su interrogadora.

—Ah —dijo Fassin. Se preguntó si Saluus y Taince eran amantes al fin y al cabo. La escuela, la niñez... constituían la esencia de las conversaciones de alcoba, ¿verdad? Le echó un vistazo furtivo a Taince. Aunque de algún modo «amantes» no parecía la palabra adecuada de todas formas, no para Sal y Tain, asumiendo que en efecto tuvieran una relación. Los dos parecían distintos a todos los de su curso, menos obviamente envueltos en la escena de citas, amor juvenil y sexo experimental, como si ya hubieran pasado por todo eso, o simplemente fueran inmunes de algún modo, ya fuera por predisposición natural o por su determinación inquebrantable.

Taince intimidaba a la mayoría de los muchachos de su edad, así como a muchos significativamente mayores, pero a ella no le importaba. Fassin la había visto rechazar a varios tipos agradables y decentes con un doloroso grado de brusquedad, y desaparecer con tíos fornidos pero aburridos, con quienes a todas luces tenía aventuras de una noche o de escasas noches. También había sabido que al menos tres chicas de su curso estaban perdidamente enamoradas de Taince, pero a ella tampoco le había importado eso.

Saluus había estado en una posición todavía más fuerte desde el principio; no solo era guapo (cualquiera podía serlo), sino que asumía su atractivo con desparpajo, tenía confianza, encanto y gracia. ¡Todo eso, y dinero! Iba a heredar una fortuna, le esperaba otro mundo a la vuelta de la esquina cuya superioridad estaba graduada con una precisión todavía mayor, que coexistía con el sistema jerárquico, enrevesado y

monumental que les había rodeado desde su nacimiento, y que ofrecía una infraestructura alternativa de remuneración que era al mismo tiempo más novedosa y más antigua que el colosal edificio de los mercatoria, aunque en el fondo estuviera completamente subordinada a este. Al igual que los demás muchachos de su curso (y la mayoría de los de la facultad) Fassin había aceptado tiempo atrás que mientras Sal estuviera presente, siempre se era el segundo.

Y no obstante, ni Taince ni Sal (sobre todo Sal) aprovechaban sus oportunidades. Excepto tal vez el uno con el otro.

Era como si fueran adultos antes de tiempo, con agendas propias, férreas, decididas, y el sexo no fuera más que un picor que hubiese que rascar, una molesta ansia interior de la que hubieran de ocuparse de vez en cuando, con la mayor rapidez y eficacia, sin alborotos ni distracciones, para poder dedicarse a los asuntos serios de la vida real.

Extraño.

—¿Por qué? —preguntó Taince—. ¿Tú también fuiste a la Escuela de Rigor, Fass?

—¿Yo? —exclamó Fassin, asombrado—. ¡Ni de coña!

—Vale —dijo Taince. Estaba sentada con una pierna extendida y la otra flexionada, y descansaba la mano en la rodilla—. Así pues —sacudió una mano—, es duro, ¿no?

—¡Los cazan! —le dijo Fassin.

Taince se encogió de hombros.

—Eso he oído. Por lo menos no se los comen.

—¡Ja! Pero a veces mueren. Lo digo en serio. Solo son chavales. Se despeñan por precipicios, o se caen de los árboles, o se hunden en grietas, o se suicidan, porque están sometidos a mucha tensión. Algunos se pierden en los bosques, y los cazan, los matan y se los comen depredadores auténticos.

—*Mm-humm*. Entonces muchos se darán de baja.

—Taince, ¿eso no te disgusta?

Taince le sonrió.

—¿Qué, quieres decir si despierta mi instinto maternal, Fass? —Él no respondió. Ella meneó la cabeza—. Pues no. ¿Quieres preguntarme si me dan pena esos jóvenes adquisidores? Sí, los que no sobreviven. O los que acaban odiando a sus padres. Con los demás, la escuela hace lo que debe hacer, supongo; produce otra generación de auténticos egoístas. Bueno, no es cosa mía. Ni siquiera pienso en ello. Si lo hiciera, a lo mejor los despreciaría, pero como no lo hago, pues no es así. A lo mejor los admiraría. Parece peor que el entrenamiento básico.

—En el entrenamiento básico tienes una oportunidad. Estos pequeños...

—Si te reclutan, no.

—¿Si te reclutan?

—Las leyes siguen en los estatutos. —Se encogió de hombros—. Pero entiendo tu

postura. Es duro para esos chicos. Pero es legal y, bueno, los ricos son de otra especie. —Parecía indiferente.

—¿De verdad Sal nunca te ha dicho nada?

Algo en su tono hizo que Taince le mirase.

—¿Quieres decir —movió sus cejas oscuras—, «después», Fassin?

Él apartó la vista.

—Como quieras.

Taince volvió a mirarle.

—Fass, ¿todo esto es por si Sal y yo follamos?

—¡No!

—Pues lo hacemos. De vez en cuando, gracias por preguntar. ¿Eso ha resuelto alguna apuesta? ¿Has ganado dinero?

—Por favor —dijo él. *Maldita sea, pensó, no sé si realmente quería saberlo, ahora que lo sé.* Fassin disfrutaba imaginando el sexo de las parejas de su clase y de su curso, ya fueran reales, potenciales o de otro tipo (vaya, en ocasiones lo había observado o había tomado parte en él), pero la idea de Sal y Taince dándose un revolcón era ligeramente horripilante.

Taince enarcó una ceja.

—Si lo pides por favor a lo mejor te dejamos mirar alguna vez. Eso es lo que te gusta, ¿verdad?

Fassin sintió que se ruborizaba a pesar de sus esfuerzos.

—Es mi objetivo en la vida —dijo, procurando parecer sarcástico.

—Y no, no ha mencionado la Escuela de Rigor —le dijo Taince—. Ni antes, ni durante ni después. A menos que yo estuviera mucho más distraída de lo que pensaba.

—¡Pero parece horrible! Duchas frías, hacinamiento, castigos corporales, privación, intimidación, degradación, y en vacaciones, ¡tienes que huir para salvar la vida!

Taince bufó.

—Acabas pagando una fortuna por la clase de tratamiento que tus ancestros intentaron evitar durante toda su vida efímera y brutal. Así es el progreso.

—Creo que al tío le ha afectado —dijo Fassin—, lo digo en serio.

—Seguro que sí —dijo Taince, con voz cansina y aburrída—. De todas formas, parece que Sal no tiene problemas con eso. Dice que le transformó.

—Sí, pero ¿en qué le transformó?

Taince sonrió.

—En todo caso, todo es culpa de tu gente.

—Oh —suspiró Fassin—, eso no.

—Bueno, es una cosa de moradores, ¿verdad?

—¿Sí? ¿Y qué cojones pasa?

—Bueno, ¿quién sacó a la luz esa información concreta de que cazaban a sus

críos? —preguntó Taince, sin dejar de sonreír—. Fuisteis vosotros. Los observadores...

—No fueron...

—Bueno, los estudios de los moradores, lo que sea. —Taince agitó una mano para quitarle importancia—. Cazan a sus hijos, son una especie longeva, extendida y triunfadora, y están justo en nuestra puerta. Algún listillo aparece en busca de otra forma de esquilmar a los ricos. ¿Qué clase de lección crees que van a sacar de eso?

Fassin meneó la cabeza.

—Los moradores han existido durante casi toda la vida del universo, se han extendido por toda la galaxia, pero a pesar de su ventaja sobre todos los demás han tenido la elegancia de no transformarlo todo a su conveniencia, han formalizado la guerra hasta el punto de que ya no muere casi nadie, y dedican casi todo el trabajo de su vida a ocuparse de las mayores acumulaciones de conocimientos jamás reunidas...

—Pero nos dijeron...

—Aunque sean las bibliotecas más desorganizadas de la galaxia, y ellos sean tremendamente reacios a que entre alguien, sí, pero sea como fuere: eran pacíficos y civilizados, y estaban en todas partes, antes incluso de que se formaran la Tierra y el Sol, y ¿qué lección hemos aprendido de ellos con entusiasmo? Caza a tus hijos.

—Se notan tus apuntes de clase —le dijo Taince.

Los moradores era notorios por cazar a sus propios jóvenes. La especie estaba presente en la mayoría (la inmensa mayoría) de los gigantes gaseosos de la galaxia, y en todas las sociedades planetarias que se habían investigado con suficiente profundidad, se había descubierto que los moradores maduros daban caza a sus propios hijos, tanto en solitario como en manadas (ambas partes), a veces de improviso, pero asimismo en partidas prolongadas y sumamente organizadas. Para los moradores era algo completamente natural: una fase normal del crecimiento, una parte intrínseca de su cultura sin la cual no serían ellos mismos, así como una práctica que se remontaba a billones de años. En efecto, algunos de los que se molestaban en justificar aquella práctica frente a alienígenas advenedizos entrometidos aseguraban con cierta autoridad que, para empezar, la caza de jóvenes era precisamente una de las numerosas razones por las que los moradores seguían existiendo después de tanto tiempo y se permitían esa inofensiva diversión.

Después de todo, la suya no era la única especie longeva; supuestamente, algunos moradores habían vivido billones de años, así que si no querían congestionar la colosal cantidad de espacio vital que proporcionaban los gigantes gaseosos de la galaxia (y de más allá, según habían insinuado en ocasiones), debían mantener su número reducido de algún modo. Y las especies foráneas entrometidas, sobre todo aquellas cuyas civilizaciones eran tan inevitablemente efímeras que se denominaban los rápidos, harían bien en recordar que los moradores que cazaban habían sido cazados a su vez, y los que eran cazados tendrían la oportunidad de convertirse en cazadores en el futuro. Y de todas formas, si todo apuntaba a que ibas a vivir durante

cientos de millones de años, que te cazaran durante poco más de un siglo más o menos era un detalle cuya insignificancia era tan trivial que apenas era digno de mencionarse.

—Ellos no sienten dolor, Taince —le dijo Fassin—. De eso se trata. No acaban de entender el concepto del sufrimiento físico. Emocionalmente, no.

—Lo que me sigue pareciendo improbable. Pero, ¿y qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Que no son lo bastante inteligentes como para sentir angustia mental?

—Ni siquiera el dolor mental es exactamente lo que entendemos por dolor, a menos que haya un equivalente fisiológico, una plantilla, o un sistema de circuitos.

—Esa es la teoría de este año, ¿no? ¿Primero de Exoética?

Un temblor de tierra de intensidad moderada sacudió la superficie en que se sentaban, pero ellos lo ignoraron. Las enormes tiras de material destrozado que colgaban de lo alto temblaron.

—Lo único que digo es que son una civilización de la que podríamos aprender mucho más que cómo abusar de nuestros jóvenes.

—Creía que técnicamente ni siquiera eran una civilización.

—Vaya por Dios —suspiró Fassin.

—¿Acaso no es así?

—Sí, bueno, depende de la definición que aceptes. Para algunos, son una postcivilización, porque los grupos individuales de cada gigante gaseoso tienen muy poco contacto entre ellos, para otros son una civilización de diáspora, que viene a ser lo mismo, pero expresado con más delicadeza, pero para otros solo son un ejemplo degenerado de cómo fracasar cuando se está a punto de dominar toda la galaxia, porque perdieron interés, o bien olvidaron de algún modo el propósito inicial de la operación, o dejaron de ser crueles, se volvieron apocados y conservadores, y decidieron que lo justo era concederle una oportunidad a todo el mundo, o les advirtió algún poder superior. Puede que todo sea cierto, o puede que sea una estupidez. Y de eso tratan los estudios de los moradores. Tal vez algún día sepamos con certeza... ¿Qué? —Había algo en el modo en que Taince le miraba.

—Nada. Estaba cavilando. ¿Todavía insistes en que no has decidido lo que harás después de la universidad?

—A lo mejor no me hago observador, Taince, ni nada relacionado con los estudios de los moradores; no es obligatorio. A nosotros no nos reclutan.

—*Mm-humm*. Bueno —dijo ella—, ya es hora de que intentemos contactar con el mundo real otra vez. —Se puso en pie con soltura—. ¿Vienes?

—¿Te importa si me quedo? —Fassin se frotó la cara, y miró en derredor—. Estoy un poco cansado. Creo que aquí estamos bastante seguros, ¿no?

—Supongo —admitió Taince—. Vuelvo en seguida. —Se volvió y se adentró en la oscuridad, desapareciendo con rapidez, y dejando a Fassin a solas con los faros mortecinos de la voladera en el espacio vasto y sin ecos.

Quería y a la vez no quería dormirse, y al cabo de unos instantes pensó que a lo

mejor no se sentía tan seguro allí solo al fin y al cabo, y estuvo a punto de seguir a Taince, pero pensó que podía perderse, y se quedó en su sitio. Se aclaró la garganta y se sentó más erguido, diciéndose que no se dormiría. Pero debió hacerlo, porque cuando empezaron los gritos, le despertaron.

Partió en el falso amanecer de una alborada de albedo. Ulubis se encontraba todavía muy por debajo del horizonte, pero ya iluminaba la mitad del hemisferio visible de Nasqueron, y anegaba las mesetas tropicales septentrionales de ´glantina con una luz suave y aceitunada. En el norte, el despliegue de la aurora, pequeño y amarillo, aportaba su brillo tembloroso. Ya se había despedido de algunos amigos y familiares de la septa la noche anterior, y les había dejado mensajes a aquellos con quienes no podía contactar de inmediato, como a su madre. Había dejado a Jaal dormida.

Slovius, un tanto para sorpresa de Fassin, acudió a despedirle al puerto doméstico, un círculo de cien metros de granito fundido completamente plano, a un kilómetro de la casa, siguiendo el descenso de la ladera, cerca del río y del límite suavemente emergente del bosque de la meseta. Una llovizna caía desde las nubes altas y finas que se acercaban por el oeste. Una embarcación de la Navarquía, grácil, negra como el hollín, de unos sesenta metros de eslora, descansaba sobre un trípode de puntales en el centro del círculo, irradiando calor y enmarcada por la acumulación de vapor.

Se detuvieron a mirarla.

—Es una nave aguja, ¿verdad? —dijo Fassin.

Su tío asintió.

—Creo que sí. Vas a ir a Pirrintipiti con mucha elegancia, sobrino. —El yate suborbital del propio Slovius, una máquina aerodinámica pero más achaparrada, la mitad de grande que la negra nave de la Navarquía, descansaba sobre una plataforma de aterrizaje circular en el límite exterior del círculo principal. Reanudaron la caminata. Fassin, que llevaba un fino traje de gravedad de una sola pieza bajo la ligera túnica de la septa, se sentía como si caminara con una especie de gel tibio extendido desde el tobillo hasta el cuello.

Fassin llevaba el maletín que contenía su atuendo formal. Un sirviente con cola de caballo cargaba con su otra bolsa, y sostenía un gran paraguas sobre Fassin. La silla bañera de Slovius había extendido una cubierta transparente sobre él. Otra criada sostenía en sus brazos la forma dormida de la sobrina de Fassin, Zab; la niña, que se había acostado escandalosamente tarde la noche anterior y de algún modo había oído que habían convocado a su tío a Sepekte, había insistido en despedirse de Fassin, y había engatusado a su abuelo y a sus padres para que le concedieran permiso, pero había vuelto a dormirse poco después de que hubieran salido de la casa en el pequeño funicular que comunicaba con el puerto.

—Ah, y saluda a mi viejo amigo el observador jefe Chyne, de los favrial, si le ves —dijo Slovius, mientras se acercaban a la embarcación de la Navarquía—. Ah, y

sobre todo a Braam Ganscerel, de la septa Tonderon, naturalmente.

—Intentaré decir hola a todos tus conocidos, tío.

—Debería ir contigo —dijo Slovius, distraído—. No, tal vez no.

Una figura con uniforme gris apareció en una plataforma descendente bajo la negra nave y se acercó a ellos. La oficial, una mujer de rostro fresco y aspecto risueño, se quitó la gorra, hizo una reverencia ante Slovius, y le dijo a Fassin:

—¿Comandante Taak?

Fassin se quedó mirándola un instante, hasta que recordó que ahora era oficialmente comandante de la Jurisdicción Ocula.

—Ah, sí —dijo.

—Primer oficial Oon Dicogra, NMS 3304 —dijo la joven—. Bienvenido. Sígame, por favor.

Slovius extendió una mano membranosa.

—Trataré de seguir vivo hasta su regreso, comandante sobrino. —Emitió un resuello que era probablemente una carcajada.

Fassin asió los dedos atrofiados de Slovius, incómodo.

—Espero que sea una falsa alarma y vuelva dentro de unos días.

—Sea como fuere, ten cuidado. Adiós, Fassin.

—Lo haré. Adiós. —Le dio un beso delicado en la mejilla a Zab, que seguía dormida, evitando despertarla, y siguió a la oficial de la Navarquía hasta la plataforma, se subió a ella y agitó la mano mientras la plancha curvada les elevaba hasta la nave.

—Nos desplazaremos a unos 5,2 gravitones terrestres durante casi todo el trayecto —anunció Dicogra, mientras guardaban la túnica y el equipaje de Fassin en una taquilla de seguridad—. ¿Le parece bien? El perfil fisiológico que tenemos sobre usted dice que sí, pero tenemos que asegurarnos.

Fassin la miró.

—¿A Pirrintipiti? —preguntó él. Las lanzaderas locales y los suborbitales aceleraban con mucha menos brusquedad, y llegaban en menos de una hora. ¿Cuán apretado era el horario?

—No, a la ciudad de Borquille —explicó Dicogra—, nos dirigimos directamente hacia allí.

—¡Ah! —repuso Fassin, sorprendido—. No, 5,2 está bien.

La gravedad de la luna planeta *glantina* era aproximadamente la décima parte, pero Fassin estaba acostumbrado a más. Se le ocurrió señalar que su trabajo comportaba estar durante años, sin interrupción, en un campo de gravedad de más de seis gravitones terrestres, pero por supuesto eso era en una nave de flecha de morador, embadurnado de gel antichoque, y no contaba realmente.

La primera oficial Dicogra sonrió, arrugó la nariz y dijo:

—Bien por usted. El informe fisiológico decía que era bastante duro. No obstante, pasaremos casi veinte horas a esa aceleración, y solo tendremos unos minutos de

ingravidez justo en medio, así que, ¿necesitáis visitar los depósitos? Ya sabéis, ¿el lavabo?

—No, estoy bien.

Ella señaló a su ingle, donde un bulto semejante a una bolsa de deporte era el único punto de su cuerpo donde el traje de gravedad gris, de varios centímetros de espesor, no se ceñía a los contornos de su carne.

—¿Necesitáis algún accesorio? —preguntó, sonriendo.

—No, gracias.

—¿Somníferos?

—No hace falta.

La capitana de la nave era una whule, una especie que a Fassin siempre se le había antojado un cruce entre un gigantesco murciélago gris y una mantis religiosa mayor aún. Saludó a Fassin desde el puente a través de la pantalla, y este se reclinó en un sillón inclinado, en el interior de una vaina esférica de cardán próxima al centro de la nave, junto a la primera oficial Dicogra y un miembro de la tripulación, un whule de aspecto frágil pero habilidoso, que al olfato humano despedía un olor a almendras. El tripulante whule se estiró, chasqueando las membranas de sus alas, y Dicogra se acomodó en el otro sillón de la vaina. Sus preparativos para un día de cinco gravitones continuos consistieron en arrojar la gorra en el interior de un compartimento y ajustarse el uniforme por debajo.

Al principio, la nave se elevó despacio, y Fassin observó en una pantalla desplegada en una pared curva frente a él cómo se alejaba la pista de aterrizaje circular del puerto, y cómo las figuritas que había en ella levantaban la cabeza mientras se alzaba la embarcación de la Navarquía. Creyó que Zab agitaba un brazo diminuto, y luego la bruma de las nubes se interpuso, el panorama se inclinó y se balanceó, y la nave aceleró en dirección al espacio, mientras la vaina de cardán les mantenía a Dicogra y a él inmóviles en sus asientos.

¿Eso eran gritos? Parpadeó. Se le había erizado el vello de la nuca, y tenía la boca seca. Estaba oscuro. Seguía en el interior de la nave alienígena accidentada, descansando la espalda contra la voladera débilmente iluminada. Taince se había marchado a la grieta para comprobar si el comunicador tenía cobertura. *Mierda, sí que eran gritos, y venían de detrás. Y chillidos, a lo mejor.* Se puso en pie tambaleándose y miró en derredor. Había poco que ver; solo el borroso contorno del tortuoso paisaje de destrucción y hundimiento que era el interior de la nave siniestrada, los mamparos y las cubiertas inclinadas, las enormes tiras de material desconocido que colgaban del techo invisible en la lejana oscuridad. Los gritos procedían de delante, del interior, de la dirección que habían tomado Saluus e Ilen. Siguió contemplando aquella oscuridad, conteniendo el aliento para escuchar mejor. Un súbito silencio, luego tal vez una voz, la de Sal, que chillaba, aunque las palabras

eran indistintas. *¿Ayuda? ¿Taince? ¿Fassin?*

¿Qué hago? ¿Voy corriendo a ayudarlo? ¿Espero a Taince? ¿Busco otra linterna, otra pistola, si la hay?

Un ruido estrepitoso a sus espaldas le hizo darse la vuelta.

Era Taince, que saltaba desde un nivel desigual de la pared retorcida.

—¿Estás bien?

—Sí, pero...

—Ven conmigo. Quédate unos pasos más atrás. Avísame si no aguantas el ritmo.

—Le sobrepasó a paso ligero, levantando la pistola en una mano. Más tarde, él habría de recordar que en su rostro había una sonrisa sombría.

Ascendieron a la carrera la suave pendiente que conducía a las profundidades de la nave, por encima de ondulaciones cada vez mayores del material que se extendía bajo sus pies, hasta que hubieron de saltar de una cumbre a otra, después se arrojaron por una grieta en el suelo y recorrieron una pendiente poco pronunciada sobre una superficie inestable como de goma fina sobre hierro, impulsándose con una sola mano para pasar por encima de cables enormes, que les llegaban hasta el muslo, tendidos en una red irregular. Fassin siguió a Taince lo mejor que pudo, guiándose por los parches de luz de su mono. Ella corría y brincaba con más agilidad, aún con una mano ocupada con la pistola, que él, dándose impulso con ambos brazos. El suelo se inclinó más hacia arriba, y luego hacia abajo.

—¡Taince! ¡Fassin! —chilló Sal, en algún punto del recorrido.

—¡Agáchate! —chilló Taince, que de pronto corría inclinada.

Fassin se agachó justo a tiempo; su cabello rozó la dura ondulación de un material negro como la tinta. Aflojaron el paso, Taince avanzó a tientas por el techo oscuro, y se deslizó de lado a través de una estrecha abertura.

Fassin la siguió. La fría presión del material rígido que le envolvía le hizo estremecerse.

Luz más adelante. Una confusión tenue de suelo inclinado y un caos semiabierto de vigas y tubos que formaban un techo, estacas semejantes a estalagmitas y estalactitas, delgados cables colgantes, una helada explosión descendente de una sustancia roja, como una enorme flor invertida. Y allí, agazapado sobre una estrecha cornisa, junto a un agujero en el suelo de un par de metros de diámetro, dentado y de forma vagamente triangular, mirando fijamente hacia el interior, iluminado por los parches de luz adheridos a su chaqueta, se encontraba Sal.

Levantó la vista.

—¡Len! —gritó—. Se ha caído.

—Sal —dijo Taince con brusquedad—, ¿ese suelo es seguro para nosotros?

Él parecía confundido, asustado.

—Creo que sí.

Taince comprobó con el pie el camino que se abría ante ella, y se arrodilló junto al agujero triangular, justo en un vértice. Le hizo un gesto a Fassin para que no se

acercara, se tumbó boca abajo, metió la cabeza en el agujero y luego, farfullando que los bordes eran sólidos, le indicó a Fassin que se dirigiera al lado del agujero frente a Saluus. Había más espacio en ese lado. Él se tumbó y miró hacia abajo.

El triángulo se abría sobre un precipicio oscuro y cavernoso, en el que solo se divisaba el vago centelleo de superficies afiladas en el fondo; acumulaciones de algo parecido a enormes hélices de refrigeración. Fassin empezó a marearse, percatándose de la extensión de la nave siniestrada que se hallaba por debajo del nivel donde ahora se encontraban. Recordó que la voladera había ascendido sobre el suelo del desierto antes de penetrar en la gigantesca nave. ¿Cuánto habían ascendido? ¿Cien metros? ¿Un poco menos? Además, el trayecto desde la voladera había sido casi siempre cuesta arriba.

Ilen yacía seis metros más abajo, atrapada en dos salientes arqueados del grosor de un brazo, que sobresalían del mamparo intacto más cercano como finos colmillos. Estaba tendida boca abajo, con la cabeza, un brazo y una pierna colgando en el vacío. Los parches de luz de sus mangas proporcionaban una iluminación pálida de color azul verdoso. Los extremos fracturados de las dos protuberancias en forma de colmillos estaban tan solo a unos centímetros de su cuerpo. A un lado, a intervalos de ocho o nueve metros, varios grupos de formas colmilludas se extendían desde los mamparos como dedos huesudos que asieran el espacio abierto. El vacío que se abría por debajo de Ilen parecía extenderse cincuenta o sesenta metros, hasta los bordes, semejantes a cuchillas, de las hélices del fondo.

La mentalidad de los humanos había tenido que adaptarse a lugares como 'glantina, donde la gravedad era más débil, y uno podía salir indemne de una caída que le rompería las piernas en la Tierra. Pero dado el suficiente espacio vertical para acelerar, un cuerpo humano acabaría tan lesionado, o muerto, después de una caída de sesenta metros aquí como después de una caída de treinta metros allí.

—¿Cuerda? —preguntó Taince.

Sal meneó la cabeza.

—Dios, joder. No. Bueno, sí, pero la dejamos ahí detrás. —Apuntó en dirección al interior de la nave. Parecía que temblaba, abrazándose las piernas y subiéndose el cuello de la chaqueta, como si tuviera frío—. N... no pudimos desatar el nudo.

—¡Mierda! Se está moviendo —dijo Taince, que introdujo la cabeza en el agujero y gritó:

—¡Ilen! ¡Ilen, no te muevas! ¿Me oyes? ¡No te muevas! ¡Dime si puedes oírme!

Ilen se movió débilmente, con la cabeza y el brazo colgando en el vacío, oscilando y balanceándose. Parecía que intentaba darse la vuelta, pero se acercaba cada vez más al borde.

—Joder, joder, joder —dijo Sal, con una voz aguda, rápida y tensa—. Estaba detrás de mí. Creía que estaba bien. Yo no vi nada, debo haber pasado por encima. Será una escotilla o algo así, o algo que estaba en equilibrio, y ella lo derribó, y gritó, se balanceó encima, con una mano, y gritó, y yo no pude volverme a tiempo, y se

cayó. ¡Ni siquiera encontramos nada, no hicimos nada! ¡Solo chatarra! ¡Joder! ¡Estaba bien! ¡Estaba justo detrás de mí!

—Cállate —dijo Taince. Sal se sentó, frotándose la boca y temblando. Taince volvió a guardar la pistola en el mono, se adhirió un parche de luz a la frente y, apoyando las manos en dos lados del agujero triangular, volvió a meter la cabeza por el hueco, esta vez a mayor profundidad. Se incorporó un segundo y se volvió a mirar a Fassin—. Sujétame los pies.

Fassin obedeció. Taince introdujo los hombros en el agujero y la oyeron decir:

—¡Ilen! ¡No se te ocurra moverte! —Volvió a darse impulso hasta el exterior, dejando el parche de luz donde estaba, en su frente, como un extraño ojo brillante—. No hay nada para sujetarse ahí abajo —les dijo—. Se está dando la vuelta. Debe haberse golpeado la cabeza. Se va a caer. —Miró a Sal—. Sal, ¿a cuánto está esa cuerda? En tiempo.

—¡Joder! ¡No lo sé! ¿Diez, quince minutos?

Taince volvió a mirar al agujero.

—Mierda —murmuró—. ¡Ilen! —gritó—. ¡No debes moverte! —Meneó la cabeza—. Mierda, gritando solo conseguimos que se mueva —dijo, como para sus adentros. Aspiró una honda bocanada, y miró a Saluus y a Fassin—. Vale. He aquí lo que vamos a hacer —dijo—. Rescate en cadena. Ya lo he practicado, podemos hacerlo.

—De acuerdo —dijo Sal, inclinándose hacia delante, con el rostro lívido bajo la luz mortecina—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Uno se agarra al borde, otro desciende por su cuerpo y se agarra a sus pies, y el último desciende por los dos y coge a Ilen. Eso lo haré yo.

Sal abrió los ojos como platos.

—Pero el de arriba...

—Serás tú. Eres el más fuerte. En la Tierra no funcionaría, pero aquí sí —les dijo Taince. Se inclinó y aferró la mochila de Sal—. He visto cómo se hacía con cuatro eslabones. Parece que vosotros dos estáis en buena forma. Fass, tú te pones en medio. Además, el de arriba se ata con estas correas —dijo, miró a Sal y sacó un cuchillo del mono para cortar el juego de correas de los hombros.

Sal se arrodilló junto al agujero y se estremeció.

—Me cago en Dios, Taince —dijo—, todos queremos rescatarla, pero así nos vamos a matar todos. Joder, joder. No sé. No me lo creo, joder, me cago en la leche. ¡Esto no está pasando, joder, esto no está pasando! —Volvió a sentarse, visiblemente asustado. Se miró las manos temblorosas, dándoles la vuelta y contemplándolas, como si no las reconociera—. No sé si tengo fuerzas —dijo—, de verdad que no.

—Lo harás bien —le tranquilizó Taince, ocupada con las correas.

—Joder, la vamos a palmar todos —dijo Sal—. Me cago en la hostia. —Meneó la cabeza con energía—. No. No. No. No.

—Funcionará —aseguró Taince, mientras se apresuraba a atar las correas cortadas

a las que todavía estaban unidas a la mochila.

Estoy tranquilo, pensó Fassin. Probablemente estoy conmocionado o algo así, pero me siento tranquilo. Puede que estemos a punto de morir todos, o puede que nos salvemos por los pelos, y esto sea una experiencia que nos una y que recordaremos el resto de nuestra larga vida, pero sea como fuere, me siento tranquilo. Que pase lo que tenga que pasar, si hacemos lo que podemos y no nos fallamos, pase lo que pase, habremos estado bien. Se miró las manos. Temblaban, pero podía controlarlas. Las flexionó. Se sentía fuerte. Haría cuanto pudiera, y si no era suficiente, no sería culpa suya.

Sal dio un brinco, bamboleándose peligrosamente cerca del agujero.

—Hay más cuerda —dijo de pronto. Todavía tenía el semblante de color gris pálido, pero ahora casi no tenía expresión. Pasó junto a Taince.

Fassin le miró, preguntándose de qué estaba hablando.

—¿Qué? —dijo Taince, comprobando una sección cuadrada de estalagmita y deslizando sobre ella las correas de la mochila.

—Cuerda —dijo Sal, señalando al exterior y a la voladera. Dio un paso de espaldas en aquella dirección—. Hay más. En la voladera. Voy a por ella. Sé dónde está. —Retrocedió más.

—¡Sal! —gritó Taince—. ¡No hay tiempo!

—No, sí que lo hay, voy a por ella —dijo Sal, sin dejar de retroceder.

—No te muevas, joder —dijo Taince, con una voz más grave y más profunda. Sal pareció vacilar, pero meneó la cabeza, se volvió y echó a correr.

Taince saltó para prenderle, pero él había sido demasiado rápido. Pasó por encima de una estalagmita y corrió hacia la abertura por donde se habían escurrido Fassin y Taince anteriormente. Taince se arrodilló y sacó la pistola.

—¡Alto ahí, cobarde de mierda!

Tal vez hubiese medio segundo, pensó Fassin, en que Taince podría haber disparado, pero en cambio bajó la pistola y se la guardó en el mono, mientras Sal apretaba el paso, se agachaba para salvar la abertura y se alejaba. Taince miró a Fassin. Ahora se había puesto pálido, pensó él.

—Todavía hay una posibilidad —dijo, y se deshizo del mono con rapidez. Llevaba un body del mismo color que su piel, de modo que por un instante pareció que estaba desnuda. Volvió a sujetar las mangas y las perneras del mono, y tiró con fuerza de ellos para comprobar que aguantaban—. Ahora, esto va atado a tu tobillo.

Las correas de la mochila aguantaron, y Fassin también, con las muñecas atadas a estas, pero al principio sostuvo su peso y el de Taince con las manos y los dedos, porque no se fiaba de las correas, y el nudo que ataba los pantalones de Taince a su tobillo también aguantó, y Taince resistió muy bien, mientras se arrastraba sobre su cuerpo hasta llegar al mono y más aún, mientras él forzaba el cuello y los hombros para volverse y observar sus progresos, y también para observar a Ilen, como si mientras la mirase ella fuera a estar bien, pero entonces hubo un temblor de tierra que

sacudió la nave, no mucho, pero lo suficiente para producirle un sudor frío a Fassin, mientras estaba suspendido allí y sus manos, sus palmas y sus dedos resbalaban, hasta que en verdad lo sostuvieron las correas y solo estas, y debajo de él, debajo de Taince, todavía fuera de su alcance, Ilen volvió a moverse, resbaló más allá del borde y se precipitó en la oscuridad.

Taince se arrojó en picado y Fassin sintió cómo se tensaba el enlace que los mantenía unidos, mientras ella intentaba en vano asir a la muchacha y profería un ruido semejante a un jadeo o un siseo. Ilen se hundió en las sombras, dando vueltas lentamente, mientras su cabello y su ropa se agitaban como una llama pálida y fría.

Ilen debía estar inconsciente, porque ni siquiera gritó al caer, de modo que oyeron cómo su cuerpo golpeaba la sucesión de aspas del lejano fondo, al cabo de unos largos segundos, y hasta creyeron sentir el impacto a través de la estructura de la nave.

Fassin había cerrado los ojos. Ojalá Sal tenga razón, y esto no esté pasando. Intentó agarrarse otra vez al borde del agujero, para liberar el peso de las correas.

Taince se quedó colgando durante unos instantes.

—La hemos perdido —musitó, y por el modo en que lo dijo, Fassin sintió el súbito terror de que también ella fuera a soltarse y precipitarse detrás de Ilen, pero no lo hizo. Se limitó a decir:

—Voy a volver a subir. Aguanta.

Se arrastró sobre su cuerpo hasta la superficie y le ayudó a salir. Los dos miraron hacia abajo, pero no lograron ver el cuerpo. Durante un rato estuvieron sentados el uno junto al otro, respirando con dificultad, apoyando la espalda en una estalagmita, como se habían sentado antes, junto a la voladera. Taince desató el mono y volvió a ponérselo. Sacó la pistola.

Fassin la miró mientras ella se levantaba.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Ella le miró.

—No voy a matar a ese cabrón, si es lo que estás pensando. —Ahora parecía tranquila. Le dio un golpecito en el pie con la bota—. Deberíamos volver.

Él se levantó; temblaba un poco, y ella le sostuvo por el brazo.

—Hicimos todo lo que pudimos, Fass —le dijo—. Los dos. Podemos llorar por Ilen más tarde. Lo que tenemos que hacer ahora es volver a la voladera, encontrar a Sal, ver si podemos comunicarnos, salir de aquí cagando leches y avisar a las autoridades.

Se alejaron del agujero.

—¿Por qué no has guardado la pistola? —preguntó Fassin.

—Por Sal —dijo Taince—. Nunca se ha humillado tanto. Nunca se ha degradado así. No que yo sepa. La pena y la culpa afectan a la gente. —Estaba practicando una suerte de ejercicio de respiración, inhalando con rapidez y conteniendo el aliento—. Hay una remota posibilidad de que piense... que si nadie sabe lo que ha pasado

aquí... —Se encogió de hombros—. Tiene una pistola. Puede que intente hacernos daño.

Fassin la miró, incrédulo.

—¿Tú crees? ¿En serio?

Taince asintió.

—Conozco a ese tío —le dijo—, y no me sorprendería que la voladera hubiese desaparecido.

Había desaparecido.

Llegaron a la grieta del casco y allí encontraron la voladera, bajo la luz desmayada de un falso amanecer procedente de una amplia franja soleada de Nasqueron. Sal estaba sentado y contemplaba la fría extensión del desierto. Antes de acercarse, Taince volvió a comprobar su transceptor militar y descubrió que daba señal. Llamó a la unidad de la Navarquía más cercana y les facilitó un breve informe de lo sucedido, y entonces cruzaron la arena hasta la voladera. Los teléfonos seguían sin funcionar.

Sal se dio la vuelta y los miró.

—¿Se ha caído? —preguntó.

—Por poco la cogemos —dijo Taince—. Por muy poco. —Todavía sostenía la pistola. Sal se cubrió el rostro con la mano durante un rato. Con la otra mano sujetaba un trozo de metal fino, retorcido, de aspecto medio derretido, y cuando retiró la mano de su cara empezó a darle vueltas al fragmento de metal con ambas manos. Su pistola y su chaqueta estaban en el asiento de atrás—. He conseguido comunicarme con el ejército —le dijo Taince—. La alerta ya ha pasado. No tenemos más que esperar. Hay una nave en camino. —Se subió al asiento trasero, detrás de Sal.

—No podíamos salvarla, Tain —le dijo él—. Fass —dijo cuando el otro ocupó el asiento del copiloto a su lado—, no podíamos salvarla. Solo habríamos conseguido matarnos nosotros también.

—¿Encontraste la cuerda? —preguntó Fassin. Tuvo una visión repentina en la que le quitaba el trozo de metal retorcido con el que estaba jugando y se lo clavaba en el ojo.

Sal se limitó a menear la cabeza. Parecía más aturdido que otra cosa.

—Me tropecé —dijo—. Creo que me he torcido el tobillo. Llegué a duras penas. Creí que podía coger la voladera, atravesar el material suspendido y abrirme paso por encima de los escombros, para volver al lugar donde había pasado todo, pero era más sólido de lo que parecía, y salí para hacer señales. —Seguía dando vueltas al trozo de metal retorcido con las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó Fassin al cabo de un rato.

Sal bajó la vista. Se encogió de hombros.

—Estaba en la nave. Es una cosa que me he encontrado.

Taince alargó la mano desde atrás, le arrancó el trozo de metal de las manos y lo arrojó a la arena.

Se quedaron sentados en silencio hasta que apareció un suborbital de la Navarquía. Cuando Taince salió a recibirlo, Sal descendió de la voladera y fue cojeando a recuperar el fragmento.

2

Memoria destructiva

Nací en una luna acuática. Algunos decían que era un planeta, sobre todo sus habitantes, pero como apenas medía un poco más de doscientos kilómetros de diámetro, «luna» parece un término más adecuado. La luna estaba compuesta enteramente de agua; es decir, era un globo que no solo carecía de tierra, sino también de roca, era una esfera sin núcleo sólido, solo agua en estado líquido, hasta el mismísimo centro del globo.

Si hubiera sido mucho mayor, la luna habría tenido un núcleo de hielo, pues el agua, aunque se supone incompresible, no es enteramente así, y cuando se somete a presiones extremas se transforma y se convierte en hielo. Si estáis acostumbrados a vivir en un planeta donde el hielo flota sobre la superficie del agua, esto os parecerá extraño y quizá erróneo, pero no obstante así es. Esta luna no tenía el tamaño necesario para que se formara un núcleo de hielo, y por lo tanto, si uno era lo bastante robusto y disponía de protección adecuada contra la presión del agua, podía abrirse paso a través de su creciente peso y descender hasta el mismísimo centro de la luna.

Donde sucedía algo extraño.

Pues allí, en el mismísimo centro de este globo acuático, parecía que no había gravedad. Sin duda había una presión colosal que te oprimía por doquier, pero en la práctica uno era ingrávido (en el exterior de un planeta, ya sea una luna u otro cuerpo, tanto si es acuático como si no, uno siempre se siente atraído hacia su centro; cuando se encuentra en el centro, uno experimenta un empuje equivalente en todas direcciones), y a decir verdad la presión que se agolpaba en torno a uno, por la misma razón, no era tanta como cabía esperar, teniendo en cuenta la masa de agua que formaba la luna.

Esto era, por supuesto...

Nací en una luna acuática. Algunos decían que era un planeta, sobre todo sus habitantes, pero como apenas medía...

El capitán se interrumpió en este punto, desplazó exponencialmente parte del texto restante por la pantalla, y se detuvo a leer una línea:

—Donde sucedía algo extraño.

Siguió ojeando más adelante, y volvió a detenerse:

—Nací en una luna acuática. Algunos, en especial sus...

¿Es todo así? —le preguntó a su Número Tres.

Creemos que es todo igual, señor. Parece que repite exactamente lo mismo una y otra vez, apenas unos cientos de palabras, hasta doce o diecisiete veces, más o menos. Eso es lo único que queda de su memoria. Se han sobrescrito hasta el sistema de operaciones de base y las instrucciones. Es una técnica estándar de las abominaciones conocida como memoria destructiva.

¿No quedan rastros de lo que había antes?

Quedan rastros, pero estos también revelan una breve repetición. Los

técnicos sugieren que solo es la última de una serie de sobrescrituras iterativas. No queda ni rastro de los verdaderos recuerdos de la máquina antes de que se diera cuenta de que la captura o la destrucción eran inevitables.

Desde luego.

El capitán voehn pulsó un control para llegar hasta el final de la visualización. La pantalla se congeló durante un momento perceptible, y luego exhibió:

—Nací...

¿Esta es la última parte de la memoria?

Sí, señor.

Una expresión que otro voehn habría identificado como una sonrisa surcó el rostro del capitán, y sus vértebras se flexionaron brevemente.

¿Lo han analizado, Número Tres? ¿No hay más contenido, ni mensajes secretos?

Lo están analizando, señor. La totalidad de los datos excede la capacidad de memoria de nuestra nave y se está procesando en bloques. Lo que ve aquí es técnicamente una abstracción.

¿Tiempo para la consecución?

Otros veinte minutos.

¿Disponemos de otro medio que pueda resistir un volumen significativo de carga de información almacenada?

No. La entidad era sobre todo lo que aparentaba: una cabeza de cometa. La principal parte artificial era la abominación del núcleo, con las unidades sensoriales y de propulsión separadas, montadas en la superficie, muy diversas. Los técnicos dicen que la han analizado por completo.

¿Cuál era el lenguaje original del fragmento repetido?

Como puede ver, estándar antiguo.

¿Y el origen de la pieza citada?

Desconocido. Un análisis provisional de Tec/Soc valorado en el diecinueve por ciento sugiere que puede ser de origen quaup.

El capitán había servido en una embarcación de guerra con un oficial quaup. La mayoría formaban parte de los mercatoria y pertenecían al tipo de metaespecie que la gente llamaba zepelines: criaturas semejantes a globos, de pequeño o mediano tamaño, procesadores de oxígeno aéreos. El pasaje repetido que ocupaba la memoria de la máquina capturada estaba a todas luces narrado desde el punto de vista de un hombre submarino sumergible. Bueno, pensó el capitán, la gente escribía desde el punto de vista de otros. En sus primeros años de universidad, él mismo había compuesto poemas como si fuera un culmina, hasta que se percató de que aquello constituía un crimen de presunción, confesó y fue justamente castigado por ello. La experiencia le había quitado las ganas de componer.

La única tacha destacada en el expediente de educación militar del capitán, que

por lo demás era ejemplar, había sido una fase de corrección necesaria para poner a punto su cociente empático desplegable, un defecto que más tarde se diagnosticó como una consecuencia de haber reprimido esos sentimientos después de su involuntario insulto y la disciplina subsiguiente. A pesar de todo, había llegado a capitán, lo que no era posible a menos que uno tuviera cierta sutileza empática para anticiparse a los sentimientos tanto de su tripulación como de sus oponentes.

Observó los restos medio derretidos de la entidad capturada, un navío hendido, de cuerpo negro y apariencia de cometa, que había medido aproximadamente ochocientos metros de diámetro y ahora había perdido un cuarto de su estructura. Yacía a un par de kilómetros de distancia, irradiando el calor postrero de su destrucción parcial, rodeado de un pequeño sistema de escombros, oscuros fragmentos y astillas que orbitaban en torno a su cuerpo desfigurado.

El panorama, iluminado por los tenues rayos RC de su propia nave, no podía ser más nítido y perfecto; no se interponía obstáculo alguno, ni en la atmósfera ni en otro medio, ni siquiera el material transparente del casco. El capitán oteaba en línea recta desde el puente de vuelo de su nave, un nido en el exterior del buque con una reja de enormes vigas, modeladas con elegancia. Ninguna otra especie compartía el buque, solo estaba tripulado por voehn, lo que era afortunado, pues el resto de la nave también se hallaba expuesto al vacío. Por supuesto, en el transcurso de la acción, se habían enterrado en las entrañas de la nave, en la seguridad del espacio de control central, protegidos por las capas de los escudos y el casco, con sus sentidos protegidos por las pantallas, pero cuando el siniestro se estimó seguro, el capitán, su Número Tres y un par de tripulantes de favor se habían abierto paso hasta el exterior, para apreciar mejor la visión de su enemigo derrotado.

El capitán miró a su alrededor, como si esperase que pasaran flotando auténticos núcleos de cometa. Si trazaba una trayectoria y enfocaba más de cerca, apenas distinguía las luces que indicaban la propulsión de sus otras dos naves, que habían recibido la orden de regresar al sistema interior al término del enfrentamiento: dos tenues estrellas azules, constantes. A excepción de estas, lo único que se veía en los alrededores era la nave que se hallaba bajo ellos y el siniestro que se había producido a dos clicks de distancia.

Era un lugar solitario y frío para morir, pensó el capitán. La máquina abominable había elegido un escondite sensato y lógico, pero que no obstante ningún ser vivo (o aparentemente vivo) que se hubiera criado en otra parte habría escogido normalmente para pasar sus últimos momentos.

Le devolvió la pantalla a su Número Tres y dirigió sus ojos principales de nuevo hacia el casco. El pozo de señales posterior de retirada y su complejo de ojos secundarios seguían vueltos hacia el oficial de menor rango, y emitieron las palabras:

Bueno, hemos cumplido una parte de la misión. Disponga el regreso a la base del sistema, y cuando se haya procesado todo el contenido de la memoria de la abominación, despliegue suficientes cargas SM como para no

dejar residuos mayores que una partícula elemental.

Señor.

Eso es todo.

La nave aceleró suavemente pero con moderada intensidad, bordoneando con un distante rugido. Fassin disponía de una almohadilla bajo el antebrazo derecho que percibía sus movimientos musculares y ajustaba en consonancia la pantalla situada frente a él (y ahora sobre él, mientras el sillón se abatía y el traje de gravedad le sostenía), y de este modo vislumbró Pirrintipiti, mientras la nave se alejaba de Nasqueron y se adentraba a mayor profundidad en el sistema, hacia Sepekte, el siguiente planeta en dirección al sol, más o menos semejante a la Tierra.

En la pantalla, la capital tropical de 'glantina era una mancha elevada y reluciente extendida sobre una serie de islas de color verde oscuro desperdigadas sobre un mar verde pálido. Era extraño que ya echase de menos Pirri, pensó. No habría tenido ocasión de poner un pie fuera del puerto, pero había previsto la rutina habitual: hacer el transbordo desde el suborbital hasta el tren subterráneo, y después, en algún lugar de las entrañas de la vasta columna de la Ecuatorre, esperar al ascensor que le llevaría por el cable hasta el puerto satélite, donde habría una nave apta para el espacio. De algún modo, dirigirse desde la Casa de Otoño directamente al espacio parecía un error, una curiosa desconexión del alma.

Normalmente, los viajes a Sepekte duraban de cinco días a más de una semana a la aceleración estándar de un gravitón, dependiendo de la alineación de los planetas. Las naves eran grandes y confortables, y uno podía moverse con normalidad, visitar los restaurantes y los bares, las pantallas y los gimnasios, y en los transatlánticos de mayor tamaño, hasta las piscinas. Los minutos de ingravidez que había en medio eran un interludio para la diversión (y a menudo, para el sexo apresurado y extrañamente insatisfactorio). Los habitantes de 'glantina a veces encontraban un poco incómodo el peso duplicado del gravitón estándar, pero de todas formas era muy semejante a lo que habrían de experimentar cuando llegaran a Sepekte, de modo que era una especie de entrenamiento.

La pantalla indicó una presión de tres, cuatro, y seguidamente más de cinco gravitones que se abatieron sobre Fassin. El traje de gravedad percibía su respiración y le ayudaba suavemente a inflar los pulmones sin hacer demasiado esfuerzo adicional.

—Creo que me voy a echar una siesta —dijo la primer oficial Dicogra—. ¿O queréis hablar? —preguntó.

—Duerma tranquila —le dijo él—. Yo también estaba pensando en echar una cabezada.

—Muy bien. De todas formas, los sistemas observarán nuestras constantes vitales. Hasta luego entonces.

—Dulces sueños.

Fassin observó que 'glantina desaparecía en la pantalla. Al otro lado no se hallaba inicialmente la noche del espacio, ni la estela espumosa de las estrellas, sino el semblante ancho y soleado de Nasqueron, un torbellino de gases del color de un desierto fabuloso, que bailaban enloquecidos y se desplazaban en forma de cintas colosales, como corrientes líquidas opuestas, en torno a un globo de ciento cincuenta mil kilómetros de diámetro, un planeta en el que podían arrojarse un millar de 'glantinas, Sepektes o Tierras sin que se notara la diferencia; un no tan pequeño sistema propio dentro del sistema Ulubis, un mundo vasto que era casi el hogar más improbable que pudiera imaginarse cualquier humano, y no obstante era donde Fassin había pasado la mayor parte de su vida extraordinaria y arrítmica. De modo que, a pesar de su escala alienígena, sus salvajes pendientes de magnetismo y de radiación, sus temperaturas extremas, sus aplastantes presiones, su atmósfera irrespirable y la excentricidad impredecible y peligrosa de sus habitantes, para Fassin, así como para sus colegas observadores, era después de todo algo parecido a un hogar.

Lo observó hasta que también este empezó a desaparecer, y 'glantina no fue más que un punto que flotaba sobre su inmenso rostro, de color ocre suave, y las estrellas más brillantes aparecieron en derredor, y entonces apagó la pantalla y se durmió.

Despertó. Habían pasado cuatro horas. La presión era la misma de antes, y la nave seguía rugiendo en la lejanía. No necesitaba dormir más, de modo que entró en fase dilatoria, pensando.

Todos los habitantes del sistema Ulubis sabían dónde se encontraban cuando se produjo la destrucción del portal. Lo sabían porque en cuanto se enteraron comprendieron que habrían de quedarse en Ulubis durante al menos los dos siglos y medio siguientes. Para la mayoría, es más, para la inmensa mayoría (el noventa y nueve por ciento de ellos, humanos), que nunca tendría ocasión de salir del sistema, eso implicaba algo trascendental. Significaba que pasarían allí el resto de su vida. Los sueños que pudieran tener o las esperanzas que pudiesen abrigar de ver el resto de la galaxia jamás encontrarían reflejo en la realidad.

Para otros, significaba que los seres queridos que se encontraban en otro punto de la galaxia, al otro lado del portal desaparecido, habían desaparecido también para siempre. Doscientos catorce años hasta Zenerre: más de dos siglos para que llegase a Ulubis la luz, y por lo tanto cualquier clase de mensaje o de señal; quizá tres siglos hasta que se restableciera la conexión del conducto, suponiendo que los ingenieros partieran desde allí con una nave transportadora de portales casi de inmediato.

¿Y quién sabía a ciencia cierta si quedaban ingenieros o grandes naves? Tal vez el portal de Ulubis no había sido el único, y todos los demás habían sido atacados y destruidos al mismo tiempo. Quizá los mercatoria ya no existían, quizá no había Complejo, ni arterias, ni portales en ninguna parte, y lo único que quedaba de la

última gran civilización de la galaxia eran tropecientos sistemas de islitas separadas, fragmentadas, abandonadas y solas.

La estela habitual del tráfico de comunicaciones entre portales no había traicionado indicio alguno de semejante ataque a escala galáctica. Pero, por otra parte, tampoco había habido indicio alguno del ataque al portal de Ulubis hasta diez minutos antes de que este se produjera, hasta que la mayor flota de embarcaciones forasteras que Ulubis hubiera conocido surgió del vacío describiendo un arco resplandeciente y se abalanzó sobre la mayor concentración de naves y potencia de fuego del sistema. Cientos de ellos fueron exterminados, pero se abrieron paso a cañonazos, ignorando, de hecho, a las naves defensoras, excepto a las que se hallaban en su camino, se dirigieron en línea recta hacia la misma boca del portal, y al fin destruyeron cuanto les rodeaba en una ventisca de inmensas explosiones antimateria, que bastaron para anunciar al sistema la escala y la violencia de lo sucedido, creando un efímero conjunto de novas en los cielos visibles de toda superficie habitada, arrojando sombras en la distancia, cegando a quienes se hallaban más cerca y vaporizando a la mayor parte de la flota forastera restante y a muchos de sus perseguidores.

Durante un corto espacio de tiempo, pareció que habían fracasado, porque la última línea de defensa había resistido y el portal había sobrevivido.

Pero todo el ataque hasta ese punto había sido una maniobra de distracción, y el verdadero asalto se produjo cuando una gran nave (varias toneladas de asteroide excavado desplazándose a más del noventa y nueve por ciento de la velocidad de la luz) apareció desde la dirección opuesta. En cierto sentido, esta también falló, pues se precipitó a cien metros de la boca del portal y colisionó con un grupo de satélites de batalla láser que ni siquiera habían empezado a volverse hacia ella cuando se estrelló contra ellos, aniquilándolos al instante, así como a todo el marco del portal, sus subunidades y casi todos sus sistemas asociados, ocasionando otra deslumbrante detonación de luz en el cielo.

Nada de esto destruyó el portal; de eso se encargó la masa relativista de la nave sacrificada.

Los portales solo se ubicaban en puntos Lagrange, o en otras órbitas alejadas de los grandes cuerpos celestiales, porque precisaban una sección de espacio tiempo relativamente plana. Una pendiente demasiado elevada, demasiado próxima al pozo de gravedad de un planeta, o de otro objeto de gran tamaño, y dejaban de funcionar. Si se aumentaba un poquito más la curva espaciotemporal, explotaban y desaparecían por completo, normalmente de forma violenta. La vertiginosa nave asteroide era tan inmensa y su velocidad tan cercana a la de la luz que tenía la misma masa aparente que un planeta del tamaño de Sepekte. El paso de su pozo de gravedad a una distancia tan corta de la boca del portal, sobre todo a aquella velocidad extrema, bastó para que se derrumbaran el portal y el conducto del otro lado, enviando una catastrófica pulsación de luz que destelló por todo el sistema.

Los escasos supervivientes del ataque inicial huyeron de inmediato, pero fueron destruidos o inutilizados, y luego se autodestruyeron.

Dos días antes de que se produjera el ataque, Fassin había estado entre el espacio y Sepekte, sentado en un restaurante giratorio en la cima de la Ecuatorre de Borquille, cenando con Taince Yarabokin, que debía regresar a la Academia de la Flota Reunida al día siguiente, después de un permiso largo y compasivo subsiguiente a la muerte de su madre. Fassin acababa de apurar una expedición de un mes por algunos de los palacios de entretenimiento más sórdidos y menos salubres de 'skem, la segunda ciudad de Sepekte. Se sentía hastiado. Hasta viejo.

Taince y él habían seguido en contacto desde el incidente de la nave en ruinas, pero nunca se habían hecho especialmente íntimos, aunque pasaron una noche juntos poco después. Saluus, en cambio, se había distanciado de ambos con posterioridad, y había adelantado su partida para terminar sus estudios en una universidad a media galaxia de distancia. Durante décadas, había sido un hijo problemático y mujeriego para su afligido padre, y se había comportado, más o menos ininterrumpidamente, a escala galáctica, como Fassin se comportaba esporádicamente a escala sistémica. Solo había regresado a Ulubis en contadas ocasiones, para hacer visitas breves, sin anunciarse.

Un suborbital de la Guardia de Rescate había arribado a la nave en ruinas aplastada en el páramo septentrional de 'glantina apenas unos minutos después de la embarcación de la Navarquía que había solicitado Taince. El personal penetró en la nave alienígena, encontrando el cuerpo destrozado de Ilen. Se llevó a cabo una investigación. Las autoridades civiles le impusieron una multa a Sal por violar el interior de la nave más de lo estrictamente necesario con objeto de procurarse santuario físico frente a la amenaza externa, mientras que el Ejército de la Navarquía premió las acciones de Taince con créditos extra.

Fassin recibió una especie de premio a la valentía civil gracias al testimonio de Taince, pero consiguió eludir la ceremonia. Nunca mencionó el trozo de metal retorcido que Sal había sustraído del siniestro, pero Taince sacó a colación el tema durante una cena en la Ecuatorre. Lo había sabido entonces, pero no se había molestado en quitárselo de nuevo a Sal. Que se quedara con su patético trofeo.

—Probablemente era su equivalente de un picaporte o de una percha —dijo con tristeza—. Pero apuesto a que cuando Sal lo guardó en su taquilla o en su pupitre se había convertido en el mando de control de la nave o el botón de «fuego» del armamento principal.

Taince observó el lejano horizonte y la cercana superficie de Sepekte, que se deslizaba mientras giraba el restaurante, procurando la apariencia de gravedad en aquel hábitat de gravedad suprimida, anclado en el extremo espacial de un cable de cuarenta kiloklicks cuyo extremo restante descendía hasta la superficie de Borquille, la ciudad capital de Sepekte.

—Mierda, lo supiste desde el principio —asintió Fassin—. Supongo que debería haberlo esperado. No se te escapaba nada.

Taince se había convertido en un soldado de altos vuelos en todos los sentidos: se había labrado una carrera perfecta en el ejército de la Navarquía, y la habían seleccionado para la Flota Reunida, una de las divisiones más distinguidas de los mercatoria, a la que muy pocos humanos habían sido invitados. La comandante Taince Yarabokin parecía joven, los años la habían tratado bien.

A los tres.

Sal, pese a sus múltiples depravaciones, se podía permitir los mejores tratamientos, y posiblemente acceder a algunos que supuestamente le estaban prohibidos, de modo que parecía que había vivido mucho menos, aunque en realidad habían transcurrido ciento tres años desde la muerte de Ilen. Últimamente hasta circulaban rumores de que estaba pensando en sentar la cabeza, convertirse en un buen hijo, aprender el oficio y aplicarse.

Taince había estado cerca de la velocidad de la luz durante décadas, hostigando a la flota de los forasteros y atacando sus bases, combatiendo deprisa y envejeciendo despacio.

Fassin se había unido a la empresa familiar y se había convertido en un observador lento después de todo, de modo que también había pasado décadas de tiempo expandido conversando con los moradores de Nasqueron, y extrayéndoles información gradualmente. También había tenido sus años salvajes, como Saluus; había sido un verdadero canalla, surcando los bajos fondos de 'glantina, Sepekte y más allá, incluyendo una no tan grandiosa gira por algunas de las regiones supuestamente más pintorescas de la galaxia civilizada, perdiendo dinero e ilusiones, ganando peso y cierta cantidad de sabiduría. Pero él suponía que sus indulgencias habían sido menores que las de Sal, y sin duda se habían producido en una escala de tiempo más breve. No transcurrió mucho antes de que volviese a casa, se serenase y se tranquilizara, emprendiendo su formación y convirtiéndose en observador.

Todavía tenía sus interludios salvajes, pero eran pocos y muy espaciados, aunque no lo bastante de ambas cosas para el gusto de su tío Slovius.

Hasta en los pasillos milenarios del Observatorio, había seguido causando problemas, contrariando a la gente. La tendencia durante los últimos mil quinientos años (los años del reinado de tío Slovius) se había inclinado por los arcanos virtuales, en lugar del método directo. Los arcanos virtuales o remotos comportaban permanecer en estado de coma y bien atendido en una aséptica instalación de observadores en Tercera Furia, la luna de órbita cercana que rotaba apenas por encima del perímetro exterior de la atmósfera nebulosa de Nasqueron, y comunicarse desde allí con los moradores de la superficie por medio de una combinación de escáneres NMR de alta resolución, enlaces láser, satélites de comunicación y finalmente aparatos mecánicos por control remoto que llevaban a cabo el trabajo sucio y peligroso, manteniendo un estrecho contacto con las migraciones, las

aglomeraciones, las vainas, las escuelas y los individuos de los moradores.

Fassin había encabezado una pequeña rebelión de un puñado de observadores jóvenes, que insistían en apretujarse en el interior de estrechas naves de gas de punta de flecha, inhalar fluido branquial, aceptar tubos y válvulas en sus principales orificios y poner su cuerpo y su destino en manos de una pequeña nave que contenía al observador, aceptaba los gravitones, el veneno, la radiación y todo lo demás y le llevaba físicamente hasta la atmósfera del gigante gaseoso, para mejor ganarse el respeto y la confianza de las criaturas que allí vivían, para mejor hacer su trabajo y aprender.

Se habían producido muertes, reveses, discusiones, prohibiciones y huelgas, pero al final, en buena parte debido a los resultados indiscutibles de los arcanos y a la obtención de datos más rigurosos (resultados indiscutibles por cuanto eran manifiestamente superiores a los anteriores, aunque la vieja guardia aseguraba que los habrían obtenido igualmente si se hubieran mantenido fieles a sus métodos, que, para empezar, probablemente habían provocado aquel avance largamente postergado), los jóvenes habían triunfado, y los auténticos arcanos, que se hacían por las bravas, ensuciándose las manos metafóricamente, se habían convertido en la norma, no en la excepción. Sea como fuere, era más emocionante y más arriesgado, pero asimismo mucho más gratificante y divertido para el observador interesado, así como más agradable a la vista de quienes decidían recibir el alimentador editado, destilado y retrasado en el tiempo que las casas de observadores más progresistas habían transmitido a lo largo del último milenio, más o menos.

«Lo habéis convertido en una especie de deporte» había dicho Slovius con tristeza un día, mientras Fassin y él pescaban juntos en una barcaza en el mar de Polvo de íglantina. «Antes era una cosa más mental.»

No obstante, Slovius, que siempre se había aprestado a aprovechar cualquier oportunidad para favorecer los intereses de su septa, había pasado de ser un crítico intransigente y fiero del movimiento de los Auténticos Arcanos a convertirse en una especie de campeón, a una distancia apropiada, apoyando a Fassin y a sus camaradas revolucionarios, y finalmente respaldándoles con todo el peso de la septa Bantrabal. El hecho de que tanto Fassin como Slovius hubiesen estado en lo cierto, y su septa hubiera prosperado hasta convertirse probablemente en la más productiva y respetada de las doce septas del sistema Ulubis (y de este modo, por implicación, en una de las casas de observadores más destacadas de la galaxia) había sido el logro más satisfactorio de los días de Slovius como observador jefe y paterfamilias de la septa Bantrabal.

Ahora Fassin era probablemente el observador más famoso del sistema, sobre todo después de haber pasado una temporada con la tribu dimajrian, la vaina salvaje de moradores adolescentes con quienes había trabado amistad, y de quienes había formado parte efectiva durante un siglo aparente y media docena de años reales. Todavía no había llegado al principio de su apogeo según los cálculos de los

observadores, pero no obstante ya estaba en su mejor forma. Había nacido hacía trescientos noventa años, de los cuales había vivido apenas cuarenta en tiempo corporal, y parecía una década más joven.

A veces recordaba lo sucedido en la nave alienígena en ruinas, y contemplaba lo que les había ocurrido a Sal, a Taince y a él mismo, y concluía que era como si hubieran salido de aquella pesadilla con una suerte de extraña bendición, una maldición invertida, un trío de vidas afortunadas, como si Ilen hubiera renunciado inadvertidamente al dorado futuro que la esperase para añadir ese peso de botín dividido al suyo.

Taince y él se despidieron con un beso. Ella se dirigía al portal, para cruzar el Complejo en dirección a la Academia de la Flota, al otro lado de la galaxia, donde habría de pasar un año transmitiendo sus conocimientos. Fassin se dirigía al otro lado de Ulubis, donde por entonces estaba situado Nasqueron, para continuar extrayendo conocimiento a los moradores.

Taince había puesto a salvo el portal un día antes de que este fuera destruido. Fassin se encontraba a bordo de un transatlántico, a un día de Sepekte. Comprendió mientras llegaba la noticia que tal vez nunca volviese a verla.

Sal, que bien podría haberse hallado fuera, estaba en casa con su paciente padre cuando tuvo lugar el ataque. Después de diez catatónicas horas de incredulidad, pasó un mes llorando sus libertades perdidas, intentando ahogar, fumigar y follar su tristeza en lo que se tenía por pozos de placer en Ulubis. De hecho, Sepekte, y sobre todo Borquille, tenían bares, fumaderos y burdeles perfectamente infames (Borquille tenía un distrito entero, Boogeytown, apartado para estos recreos), pero lo importante era que no eran el resto de la galaxia civilizada. Fass se había encontrado una vez con Saluus en un tugurio de Boogeytown, pero Sal estaba tan intoxicado que no había reconocido a su antiguo amigo.

Luego Sal se enmendó, se cortó el pelo, se deshizo de algunos tatuajes y de muchos conocidos, y cuando comenzó la siguiente semana laboral se presentó con rigurosa puntualidad en las oficinas de la empresa, donde la gente seguía corriendo enloquecida, aterrada por las numerosas falsas alarmas, esperando que se produjera una invasión en cualquier momento.

Desde el principio, las preguntas fueron: ¿Por qué? ¿Por qué nosotros? ¿Ahora qué? Y: ¿Alguien más?

¿Acaso había sucedido algo así en todas partes?

Ulubis habría de tardar más de dos siglos en descubrir si formaba parte de una catástrofe de mayor alcance, o lo habían seleccionado para sufrir un desastre específico. De no hallarse más remoto que cualquier otro sistema situado al final de un conducto (y por lo tanto, varios órdenes de magnitud menos remoto que los varios cientos de miles de sistemas pasajeros que aún no se habían conectado ni reconectado), Ulubis, así como su principal planeta Sepekte, sus tres lunas habitadas importantes, incluyendo 'glantina, sus cientos de hábitats artificiales y los veinte

billones de almas que albergaba el sistema, no serían tan vulnerables como siempre habían parecido al echar un vistazo fortuito a una carta de navegación estelar galáctica.

La Guardia, el Ejército de la Navarquía y las unidades supervivientes del Escuadrón Ambiental de Ulubis se recompusieron y se reagruparon. Se declaró la ley marcial, y se puso en práctica un Plan de Emergencia Bélica que dirigió la mayor parte de la capacidad productiva del sistema a la fabricación de armas y embarcaciones de guerra. En consecuencia, Industrias Pesadas Kehar, la empresa del padre de Saluus, se expandió y prosperó sobrepasando las fantasías más avariciosas de su fundador, y Saluus pasó de ser el heredero gandul de una gran riqueza a ser el beneficiario en ciernes de una vasta fortuna.

En las más altas esferas de la jerarquía del sistema se contempló la creación de un conducto propio en Ulubis, y de una flota transportadora que llevara un extremo del mismo a Zenerre. Pero aparte del coste desmedido y del hecho de que sería una pérdida de tiempo y esfuerzo que no serviría para acelerar la reconexión, suponiendo que un portal partiera en dirección opuesta dentro de poco, había un argumento irrefutable que habría de aplicarse en tanto no arribase señal alguna de Zenerre, o llegaran noticias de un colapso de la sociedad civil: en los mercatoria, tan solo los ingenieros estaban autorizados a fabricar y emplazar conductos.

Había sanciones y castigos para los sistemas y gobernantes que empezaran siquiera un programa de creación de conductos sin permiso explícito, y dicho permiso no estaba incluido en el Plan de Emergencia Bélica que los mercatoria habían acordado para Ulubis.

De vuelta en el espacio, distribuidos en torno al punto Lagrange donde se hallara el portal, los escasos fragmentos de las naves de los forasteros que se habían recuperado indicaban que los atacantes del portal estaban integrados por los mismos tres grupos que habían causado problemas a Ulubis y algunos volúmenes cercanos durante miles de años: los transgresores, los auténticos libertos y la bi alianza, que en esta ocasión habían trabajado conjuntamente y en número mucho más elevado que hasta entonces.

Ansiosos, en vilo, esperando las consecuencias de una invasión de los forasteros, los habitantes del sistema revirtieron a un estado semejante al de la rHumanidad de la Tierra antes de que se hubiera integrado por completo en la comunidad galáctica.

Era un axioma que todas las civilizaciones eran básicamente neuróticas hasta que establecían contacto con las demás y encontraban su sitio en la cambiante metacivilización de los demás seres, porque hasta entonces, durante la etapa en que creían sinceramente que quizá estuvieran completamente solos en la existencia, todas las sociedades solitarias estaban poseídas por un sentido inflado de su propia importancia y una especie de terror existencial ante la escala absoluta y el aparente vacío del universo. Aunque sabía que el resto de la comunidad galáctica existía (por lo menos en alguna forma, incluso en el peor de los casos), la cultura del sistema

Ulubis declinó poco a poco hacia ese estado preascensional anterior.

Al hallarse constreñida por la ley marcial en aspectos nuevos e irritantes, pero a veces extrañamente emocionantes, y aceptar su repentino aislamiento y su recién apreciada vulnerabilidad, las personas vivían más al día, y se aferraban a los placeres y las gratificaciones que estuvieran a su alcance hoy, por si acaso en verdad no había un mañana. No se produjo ningún terrible colapso en la sociedad, ni hubo importantes revueltas ni rebeliones, aunque hubo protestas y medidas enérgicas, y, según admitieron las autoridades muchísimo más tarde, «Se cometieron errores». Pero el sistema se mantuvo unido en lugar de fragmentarse, y muchos habrían de recordar con una suerte de nostalgia aquella época extraña y turbulenta. Había habido algo febril pero vívido en aquel tiempo, una reconexión con la vida tras la desconexión con los demás, que repercutió en lo que desde ciertos ángulos se parecía sospechosamente a un renacimiento cultural, durante lo que ahora empezaba a conocerse como la Desconexión Ulubina.

Fassin se perdió casi toda la emoción, pues aprovechaba cualquier oportunidad para emprender arcanos, como si temiera no poder hacerlo en el futuro. Incluso cuando volvía a vivir en tiempo real, se encontraba aislado de los extremos de agitación temerosa y energía nerviosa del sistema, pues pasaba más tiempo en 'glantina que en Sepekte o los hábitats que lo rodeaban, y vivía en las cinco casas estacionales de la septa, en lugar de Pirrintipiti o cualquier otra ciudad importante de la luna planeta. Continuó viajando, y pasaba temporadas ocasionales en Pirri o fuera de 'glantina, y entonces era cuando percibía con mayor intensidad la atmósfera extraña y nueva de frenesí.

Sin embargo, casi siempre estaba en Nasqueron, acurrucado en una pequeña y frágil nave de gas, ocasionalmente a velocidad vital normal, volando con los moradores jóvenes, surcando los gases junto a ellos, zarandeado por los supervientos que ceñían al gigante gaseoso y lo engullían, y las hipertormentas que se arremolinaban en torno a él, pero a veces, con más frecuencia y con resultados mucho más productivos, aunque sin tanta emoción, flotando sedado en un estudio o en una biblioteca en una de sus millones de ciudades, con uno de los moradores más ancianos y eruditos, que era el único habitante del sistema que parecía absolutamente indiferente a la destrucción del portal. Algunos moradores amables (extraordinarios) expresaban la suerte de «es una lástima, pero qué se le va a hacer» que la gente solía exhibir cuando algún anciano pariente de un conocido expiraba pacíficamente, pero eso era todo.

Fassin suponía que era estúpido esperar otra cosa de una raza tan antigua como aseguraban ser los moradores, que supuestamente habían explorado varias veces la galaxia a porcentajes insignificantes de la velocidad de la luz, antes incluso de que la nébula planetaria que dio origen a la Tierra, Júpiter y al Sol se hubiera formado a partir de los escombros de generaciones de estrellas aún más antiguas, y todavía

mantenían que se sentían vagamente constreñidos, no por el límite absoluto de la velocidad del desplazamiento convencional, sino más bien por la modesta escala de la galaxia que habían revelado aquellos viajes de pasmosa antigüedad y lentitud casi intencionada.

Los días, semanas y meses de espera y preparación para una invasión se convirtieron en un año. Los ataques de los forasteros, en lugar de aumentar, declinaron hasta que casi desaparecieron, como si el asalto al portal hubiera sido una última exclamación de locura, en lugar del precursor, lógico pero desmedido, de una guerra de conquista. Los años sumaron una década, y poco a poco las personas y las instituciones se relajaron y llegaron a creer que la invasión quizá no se produjera nunca. La mayoría de los poderes de emergencia expiraron, aunque los efectivos de las fuerzas armadas siguieron siendo numerosos y se mantuvieron en alerta roja, con sensores y patrullas que barrían los volúmenes del espacio en torno a Ulubis, en busca de una amenaza que parecía haber desaparecido.

En todas direcciones se extendía la nada intergaláctica semidesierta: volúmenes yermos que albergaban contados soles de ceniza, antiguos y exhaustos, con sistemas deshabitados o sin ningún sistema en absoluto, una dispersión de polvo y nubes de gas, enanas marrones, estrellas de neutrones y otros escombros (algunos de los cuales, o el espacio que mediaba entre ellos, eran técnicamente capaces de albergar a los exóticos lentos, centurios y enigmáticos, pero estaban a todas luces desprovistos de cualquier especie a quien le importase o entendiera siquiera el destino y las preocupaciones de los habitantes de Ulubis), pero ningún aliado, nadie que prestase ayuda ni ofreciese asistencia ni apoyo, y claro está, ninguna conexión de portal.

A lo largo del brazo, casi en paralelo al límite vaporoso de la galaxia, adentrándose en la masa de creciente densidad de gas, nébulas y estrellas, estaba Zenerre. Hacia el interior, entre Ulubis y el centro galáctico, se extendía una vasta masa de Desconexión; la Desconexión del Conjunto Epifanía Cinco, millones de estrellas extendidas por siglos luz cúbicos que, según se creía, todavía albergaban mundos que antaño habían formado parte de la comunidad galáctica civilizada, que habían estado conectados a la red de conductos, hasta el Colapso Arterial de hacía más de siete mil años, que había precedido a la guerra de los Nuevos Rápidos, y la emoción y los lamentos que habían derivado de esta.

Dos siglos, una década, cuatro años y veinte días después de que se produjera el ataque al portal, justo cuando menos se esperaba, llegó la primera señal de Zenerre, la punta de lanza de lo que habría de convertirse en un flujo constante de información procedente del resto de la galaxia conectada. Donde, según se informaba a Ulubis, la vida seguía su curso como de costumbre. El ataque a su portal había sido aislado, y básicamente todo iba bien en los mercatoria. Los ataques y las incursiones de los diversos grupos de forasteros continuaban a lo largo de toda la galaxia civilizada, así

como las operaciones contra ellos, pero tenían, sobre todo, la consideración habitual de molestia que las guerras de los forasteros habían puesto en evidencia durante miles de años, la microviolencia de táctica acuciante y escenario distribuido, un desperdicio irritante pero estratégicamente irrelevante, al que la gente había empezado a referirse como el Zumbido.

El alivio, el desconcierto y una vaga sensación de victimismo se apoderaron del sistema Ulubis.

La nave ingeniera *Est-taun Zhiffir*, transportadora de portales, partió de Zenerre en dirección a Ulubis menos de un año después del desastre. La duración del viaje se estimó inicialmente en 307 años, y más adelante se redujo por incrementos, hasta estabilizarse en 269, a medida que aumentaba la velocidad de la nave, acercándose cada vez más a la de la luz, y los ingenieros de a bordo ponían a punto los sistemas que aislaban el portal transportado de los efectos de su propia masa relativista, así como de la nave. Los habitantes del sistema Ulubis se relajaron, los últimos vestigios de la ley marcial volvieron a ocultarse de la vista pública. Los que habían nacido después de la destrucción del portal se preguntaban cómo sería tener una conexión con el resto de la galaxia, con aquella metacivilización semimítica de la que tanto habían oído hablar.

El punto de inflexión llegó, y Fassin fue vagamente consciente de él, mientras la presión sobre su pecho, su carne y sus extremidades se desvanecía en el curso de unos pocos segundos, y la sensación de opresión era reemplazada por una sensación de hinchazón tumultuosa y súbita, mientras su cuerpo luchaba por adaptarse al cambio. Mantuvo los ojos cerrados. Casi de inmediato se produjo un desmayado asomo de fuerza, un suave empujón desde algún lugar bajo su cabeza, luego de nuevo ingravidez, y escasos momentos después, un tirón similar desde algún lugar bajo sus pies, y entonces el regreso del peso, el rápido aumento de la presión, hasta que el tumulto de su cabeza se desvaneció y volvió a convertirse en el lejano fragor de la nave.

El archimandrita Luciferos, de pie ante las ruinas de la ciudad, se inclinó y hundió los dedos enguantados en el terreno blando a sus pies. Arrancó un puñado de tierra y lo sostuvo ante su rostro durante un rato, contemplándolo, se lo acercó a la nariz y lo olió, y al fin lo dejó caer y se sacudió los guantes mientras observaba el enorme cráter que se había tragado gran parte de la ciudad.

El cráter seguía llenándose desde el mar, una curva encrespada y lenta de agua blanca y marrón que se derramaba desde el estuario del otro lado. La catarata desaparecía en la base del cráter, en un vasto banco de nubes de vapor que se alzaba por doquier de las confusas aguas tumultuosas mientras se enfriaba el gran cuenco rocoso. Una enorme columna de vapor, de tres kilómetros o más de anchura, se

elevaba en el apacible cielo de color pastel, atravesando las finas capas nubosas, y se achataba al alcanzar las capas intermedias de la atmósfera.

Era la presunción del archimandrita que allí donde hubiera que impartir una severa lección, en un planeta capaz de soportar semejante marca, una ciudad costera culpable de oponer resistencia, o que él juzgase simbólica de la resistencia opuesta por otros en el planeta, se rehiciera a imagen y semejanza de su querida ciudad Junch, en Leseo 9 IV. Si un pueblo se resistía, ya fuera mientras estuviera sometido a la conquista o la ocupación, sufriría, por supuesto, pero al mismo tiempo formaría parte de algo mayor, e incluso después de la muerte, incluso después de la muerte de gran parte de su ciudad, participaría sin saberlo ni desearlo en algo que sin duda era una obra de arte. Pues, ¿acaso no se veía desde aquella ladera una nueva bahía Faraby? ¿Acaso aquella muesca que atravesaban las aguas tonantes, sacudiendo el suelo, no era otro campo de fuerza? ¿Acaso aquella torre de vapor acumulado, que primero se elevaba y luego se extendía suavemente hasta el horizonte, no era una especie de firma, su propia rúbrica?

La bahía era demasiado circular, sin duda, y la muesca no era más que una grieta en la pared de un modesto cráter, compuesto en gran medida por el fango procedente del estuario, y no era en absoluto un rival estético para los grandes precipicios de kilómetros de altura del auténtico campo de fuerza; a decir verdad, el marco de esta nueva imagen de la ciudad Junch carecía por completo del imponente anillo de montañas que rodeaba la original, y el parquillo donde se encontraba, con sus almirantes, generales y la guardia que aguardaba sumisa a sus espaldas, concediéndole aquel momento de reflexión, era francamente un pobre sustituto del precipicio vertical de la Ciudadela Escarpada y sus magníficas vistas.

No obstante, un artista debía trabajar con lo que estuviera a su alcance, y donde antaño se había levantado otra ciudad costera densamente poblada, inclinada sobre la tierra, con diversas colinas, repartidas sin orden ni concierto en torno a un río tributario, con la habitual expansión urbana, con grandes edificios, con muelles, rompeolas y fondeaderos (en otras palabras, lo que siempre había sido, más o menos, aunque antes hubiera habido presuntas catástrofes, como terremotos, inundaciones o grandes incendios, bombardeos desde el aire o el mar, o una invasión anterior), ahora había una imagen de un lugar hermoso y lejano, una nueva especie de belleza salvaje, un escenario apropiado para una ciudad nueva, renacida a imagen de su soberanía, una suerte, incluso, de comunión curativa con los demás pueblos y lugares que se habían doblegado ante su voluntad, en sufrimiento y en imagen, pues aquel majestuoso cráter, su última obra, no era sino la más reciente de sus creaciones, otra joya en una cadena que se extendía hasta la primacía de la elegancia que era la ciudad de Junch.

Cualquiera que tuviese bastante seguridad en sí mismo, suficiente crueldad y (Luciferos se creía lo bastante modesto como para admitirlo) una adecuada provisión de suerte podía conquistar y destruir, si existía la voluntad y los tiempos exigían

semejante determinación. Juzgar cuánto había que destruir para obtener el efecto deseado, saber cuándo había que ser cruel, cuándo mostrar indulgencia, hasta cuándo exhibir una generosidad seductora y apaciguadora y un toque de humor; eso exigía un toque más medido, más sutil, más civilizado: no se le ocurría otra palabra para ello. Él tenía ese toque. Su hoja de servicios hablaba por sí sola. Proceder entonces y emplear la triste necesidad de la destrucción para crear arte, para formar una imagen de un lugar mejor y forjar una unidad simbólica... eso también estaba en otro nivel, que elevaba al mero guerrero, al mero político, al estatus de creador.

En torno a la columna central de vapor se alzaban zarcillos de humo, como parras oscuras y miserables que adornasen un enorme tronco pálido. Señalaban dónde se había estrellado la aviación defensora, y dónde habían estallado incendios debido a la sacudida del terreno producida por el arma del cráter, sin duda. Parte de la habilidad que comportaba semejante trabajo radicaba en crear un gran declive sin destruir completamente cuanto lo rodeaba (después de todo, allí había de crecer una ciudad nueva y renacida). Obtener semejante precisión exigía cierta sofisticación de armamento. Sus expertos armeros se ocupaban de estos detalles.

El archimandrita Luciferos miró en derredor, y sonrió a sus jefes de personal, que esperaban a una distancia respetuosa y parecían un poco nerviosos por encontrarse al aire libre de otro planeta recién sometido. Pero ¿acaso no era bueno inhalar aquel aire fresco, a pesar de sus aromas alienígenas? ¿Acaso aquellos olores nuevos y extraños no significaban que otro tesoro se había sumado a sus dominios en constante expansión? En lo alto, a sus espaldas, se cernía una erizada flota de guerra, que bordoneaba, acompañada por nubecillas de plataformas de sensores y armamento. Desplegados en un círculo a su alrededor, estaban sus guardias personales, la mayoría tumbados o de rodillas sobre la hierba, presentando armas de oscuros destellos. Algunos, provistos de exoesqueletos militares, se movían pesadamente o se agazapaban, aplastando la tierra con sus pies separados.

Al pie de la colina, más allá de otro círculo de guardias, bajo el zumbido vigilante de los remotos de guardia, los refugiados avanzaban como un río lento, pardo y gris.

Zancudos, murciélagos de tierra, whules. Una especie mercatorial. Desconectados durante todos aquellos milenios, sin duda, pero una especie mercatorial no obstante. Luciferos alzó la vista al cielo de color verde pálido, imaginando la noche, los velos de estrellas, y en concreto el sol que le habían señalado desde el espacio hacía tan solo cuarenta horas, mientras las fuerzas invasoras se preparaban para el lanzamiento inicial, el sol que se acercaba cada vez más, mientras se abrían paso con fuerza y sigilo, llamado Ulubis.

En el aire de Sepekto, brillante y con matices azulados, con la Ecuatorre de Borquille como un esbelto espolón en la brumosa lejanía, la pequeña nave de la Navarquía se aproximó al complejo del palacio, deslizándose a través de un antiguo bosque de

columnas atmosféricas de energía de kilómetros de altura, y entre torres de administración y residencias más modestas pero igualmente impresionantes. Desapareció en el interior de un túnel ancho y de suave pendiente, excavado en la plaza de recepción, frente a la enorme bola del palacio del jerarca, una esfera de ochocientos metros, modelada a imagen de Nasqueron por un sarcomago largo tiempo desaparecido, que se completaba con bandas individuales de pisos que contrarrotaban lentamente y se deslizaban en torno a un núcleo interior estacionario. Cambiantes remolinos de diseños naranja y rojo, marrón y ocre, que presentaban un convincente parecido con el panorama de la cima de las nubes del lejano gigante gaseoso, visto desde el espacio, se desplazaban por la fachada del palacio, ocultando las ventanas y los balcones, los sensores y los transmisores.

—¿Comandante Taak? Teniente Inesiji, guardia de palacio. Por aquí, por favor. Apresúrese, señor. —El que hablaba, con una voz que sonaba como la de un niño humano con la boca llena de bolas de acero, era un jajuejein, una criatura que en reposo se asemejaba a una planta rodadora insecto, de sesenta o setenta centímetros de diámetro. Se había erguido hasta alcanzar los dos metros de altura de Fassin, y presentaba numerosos componentes semejantes a ramas, de color verde oscuro y azul acerado, que remedaban una suerte de cabeza enrejada, como un nido de pájaro (por suerte, no había intentado formar una cara) y se mantenía en equilibrio sobre dos tallos vagamente semejantes a piernas. El resto de su cuerpo, que ofrecía vislumbres del suelo de la caverna de recepción, no era más que un cilindro adornado con cinturones de un material de aspecto blando y pequeños componentes metálicos que quizá fueran joyas, dispositivos o armas. Se volvió con movimientos ágiles hasta un carrito abierto donde el tripulante whule de la nave ya estaba depositando el equipaje de Fassin.

Fassin se volvió y se despidió con un ademán de la risueña y atontada Dicogra, se subió al carro con el jajuejein y atravesó enseguida una estrecha zona de recepción de seguridad, llegó a un ascensor y luego a un pasillo curvilíneo que le condujo a una serie de habitaciones que dominaban algo parecido a una auténtica vista exterior de la ciudad hacia el norte, con colinas pálidas y dentadas en la distancia. El teniente Inesiji puso las bolsas de Fassin sobre la cama con una elegancia fluida y le informó de que tenía exactamente tres quintos de hora para refrescarse, ataviarse con su atuendo de corte ceremonial y presentarse ante la puerta, desde donde lo escoltarían hasta la cámara de audiencia.

Fassin envió un mensaje a Bantrabal para confirmar que había llegado sano y salvo, y obedeció.

La cámara de audiencia circular era reluciente y cálida, con paredes resplandecientes, de oro blanco, bajo una nube en forma de galaxia que abarcaba todo el techo, salpicada de lucecitas intensas que remedaban estrellas. El teniente Inesiji acompañó

a Fassin hasta un puesto en una de las numerosas plataformas dispuestas en el cuenco escalonado y poco pronunciado de la cámara. Un asiento anatómico humano se moldeó desde el suelo. Fassin se sentó con rigidez, debido a las abultadas túnicas cortesananas, y el teniente le dijo:

—Por favor, permanezca en su puesto, señor. —Fue dicho en una suerte de gargarismo susurrado, ejecutado con lo que quizá fuera una reverencia; luego se convirtió en algo muy semejante a una rueda de carro y se alejó rodando por la ladera de la pasarela hasta la salida.

Fassin miró en derredor. La cámara parecía capaz de albergar a un millar de personas, pero no se habían presentado más que unas dos docenas, repartidas por el espacio suavemente cónico como para maximizar la distancia entre cada individuo. Los humanos (todos, como él, acicalados con atuendo cortesano, voluminoso y más bien llamativo) eran algo más numerosos que los demás. Vio a otro jajuejein (que descansaba o dormía, hecho una bola, surcado de cintas iridiscentes), a dos whule, sentados como tiendas de campaña grises y angulosas, cubiertos de flores plateadas, que le miraban, y a una pareja de quaup: uno de ellos, una elipsis de color rojo bronceado y dos metros de longitud, flotaba y le miraba (bueno, cuando menos, le señalaba), mientras el otro, de pie sobre un extremo, dormía o prestaba atención; el conocimiento que poseía Fassin del lenguaje corporal alienígena era amplio, pero superficial, excepto en lo relativo a los moradores. El contingente no humano se completaba con tres grandes trajes ambientales que contenían a hombres submarinos: dos de ellos parecían imitaciones en aguamarina de los quaups, y seguramente albergaban a kuskunde; el tercero era un rombo negro mate del tamaño de un autobús pequeño, que irradiaba calor. Ese traje acogía seguramente a un enjambre simbiótico ifrahile.

En el centro de la cámara, en su punto más profundo, justamente ante una serie de plataformas anchurosas, elevadas y concéntricas que rompían la simetría del espacio, había un aparato de aspecto incongruente que parecía una antigua cazuela de hierro: una urna de vientre negro y un par de metros de diámetro, rematada en una modesta cúpula, que descansaba sobre un trípode de patas achaparradas, en el lustre mantecoso del suelo de oro macizo. Su superficie estaba finamente rayada, pero por lo demás parecía algo casi prehistórico. Fassin nunca había visto nada igual. Se estremeció, a pesar del calor de la cámara.

De repente, el quaup, que quizá hubiera estado durmiendo, se agitó, se envolvió en su manto y se dirigió a su compañero, que estaba a treinta metros de distancia, y este se volvió para devolverle la mirada. Por las barquillas de sus rostros destellaron patrones de expresión, y los dos se acercaron y flotaron juntos, y durante unos segundos sus semblantes emitieron señales de conversación, hasta que descendió del techo un pequeño remoto batiente y pareció ordenarles con gorjeos estridentes que volvieran a sus puestos. Los quaup replicaron chillándole al aparato mecánico teledirigido, pero se separaron y volvieron flotando a sus antiguos puestos.

Acababan de retomar sus parcelas asignadas cuando media docena de técnicos jajuejein, con su peculiar atuendo cortesano formal, con cintas de suave iridiscencia que constreñían su forma, entraron por una puerta situada en un lado de la superficie de la cámara, empujando grandes paletas cargadas de equipo de aspecto sumamente tecnológico, que dispusieron en un tosco círculo en torno al aparato en forma de cazuela. Fassin advirtió de pronto que las cintas corporales indicaban que se trataba de miembros de la Jurisdicción, y se preguntó si como comandante de la Ocula tendría suficiente autoridad para darles órdenes. Un grupo de tamaño similar se aproximó desde la dirección opuesta; a juzgar por su vestimenta, se trataba de sacerdotes cesorianos humanos, pero ataviados con sus mejores galas cortesanas era difícil estar seguro. ¿Serían purificadores? Los sacerdotes se detuvieron a corta distancia detrás de los técnicos, que les ignoraron y se afanaron en colocar y ajustar su misterioso aparato.

Finalmente, un grupo alarmante, compuesto por cuatro soldados humanos y otros tantos whule, con armadura de energía con acabado de espejo, y equipados con armas de infantería pesada, les siguió hasta el interior. La atmósfera de la cámara cambió; incluso entre especies distintas, el ánimo se transformó de un modo casi tangible, pasando del desconcierto y cierta expectación a la alarma, incluso al miedo. Los dos quaup intercambiaban rápidas señales faciales de gran escala, el traje ambiental ifrahile se elevó de su plataforma con un siseo, y la pareja de whule pasaba de mirarse fijamente a observar con inquietud a sus parientes de abajo, con la armadura de espejo.

¿Quién llevaba fuerzas armadas a una cámara de audiencia? ¿Se trataba de una trampa? ¿Acaso todos los presentes habían ofendido al jerarca? ¿Iban a asesinarlos a todos?

Los soldados se desplegaron en un amplio círculo en torno a los miembros de la Jurisdicción y los cesoria, y adoptaron una posición de descanso, presentando armas, con las armaduras activadas. Estaban vueltos hacia el interior del círculo y el negro aparato en forma de cazuela. El ánimo de la sala pareció relajarse un poco.

Entonces las plataformas situadas tras la urna gigante y los diversos grupos de servidores destellaron con luz trémula y se hundieron en el suelo, para volver a elevarse instantes más tarde, cargadas de personas.

El círculo exterior estaba compuesto por oficiales de la corte humanos, ataviados con uniforme blanco; el círculo interior, por cortesanos de diversas especies, con galas extravagantes; y el núcleo exterior, que también presentaba una mezcolanza de especies, por miembros de la Ascendencia, la Omnocracia, los administradores y los cesoria. Fassin reconoció a la mayoría por las noticias y las escasas visitas formales que se había visto obligado a realizar a la corte a lo largo de los años. Estaban dispuestos en orden de importancia, formando gradas semicirculares en torno al personaje central: el jerarca Ormilla en persona, deslumbrante con su gigantesco traje ambiental de disco con fundas de platino, que flotaba emitiendo un zumbido justo por

encima de la plataforma más elevada. La gran cara boquiabierta de la oscura criatura era visible a través de la ventana frontal diamantina del traje, entre turbias nubes de gas escarlata. Con siete metros de altura y tres de anchura, el traje era con cierta diferencia el mayor y más impresionante de los microentornos de la cámara. En seguida adoptó un aspecto escarchado, a medida que la humedad del aire se condensaba en sus superficies heladas.

Cuando aparecieron el jerarca y su séquito, el asiento de Fassin emitió una vibración de aviso y empezó a hundirse de nuevo en la plataforma de abajo. Fassin captó la indirecta y se levantó, haciendo una reverencia, mientras los diversos sujetos de la cámara efectuaban acciones equivalentes. El gigantesco traje ambiental descendió un ápice hasta que su base tocó la plataforma, y entonces el asiento de Fassin volvió a alzarse suavemente.

El jerarca Ormilla era un oerilita, morador de gigante gaseoso, pero no era un morador, aunque la forma de su traje le hiciera asemejarse a uno, y esa era una distinción importante para todos los interesados. Ormilla había gobernado el sistema Ulubis desde que fuera investido hacía casi seis mil años, mucho antes de que hubiesen hecho su aparición los humanos que ahora componían el grueso de su población. En general, se le consideraba un gobernante competente, pero carente de imaginación, que ejercía la autoridad concedida a un jerarca en el sistema mercatorial con cautela, sentido común y, en ocasiones, hasta cierta compasión. Su gobierno desde la destrucción del portal, según estimaban los medios de comunicación sancionados oficialmente, había impartido una lección de humildad, combinando una impresionante majestad con una fortaleza heroica y absolutamente ejemplar, así como una solidaridad firme y conmovedora para con sus súbditos humanos. Los críticos menos amables, no sancionados, a menudo humanos, quizá le habrían acusado de traicionar una disposición anterior, volviéndose hacia el autoritarismo y la represión paranoica incluso, que al cabo del tiempo se habían tornado en una actitud más serena y benévola, cuando volvió a escuchar a sus consejeros.

Al observar con más atención a los peces gordos presentes, Fassin se percató de que, básicamente, toda la pandilla estaba allí. Aparte del mismo Ormilla, el séquito estaba formado, entre otros, por los dos diputados de mayor antigüedad del jerarca, los peregales Tlipeyn y Emoerte; el miembro de mayor antigüedad de los propileos supervivientes a la destrucción del portal, el submaestro Sorofieve; el oficial superior de la Navarquía, el almirante de flota Brimiaice; el general de la Guardia Thovin; el primer secretario Heuypzlagger, de los administradores; la coronel Somjomion, de la Jurisdicción (su máximo oficial superior mientras durase la actual emergencia, supuso Fassin); y el clérigo reinante Voriel, de los cesoria. La élite absoluta del sistema.

Fassin observó el aparato de cocina barrigón agazapado en el suelo dorado, y a los soldados fuertemente armados, y pensó que se presentaba una oportunidad perfecta para decapitar por completo a los altos mandos del sistema.

—Esta es una sesión extraordinaria de la corte mercatorial de Ulubis, ante el jerarca Ormilla —anunció con voz tonante un oficial por los altavoces de la cámara—. ¡El jerarca Ormilla! —gritó el oficial, como si le preocupase que no le hubieran oído la primera vez.

El oficial hablaba la versión humana del estándar, la lengua franca de la galaxia. El estándar se había elegido como lenguaje interespecies pangaláctico hacía más de ocho billones de años. Los moradores habían constituido el vector principal de su expansión, aunque insistían en subrayar que originalmente no era suyo. Ellos poseían una lengua vernácula informal muy antigua y otro idioma formal propio todavía más antiguo, además de muchos que habían sobrevivido de algún modo desde tiempos pretéritos o se habían creado a partir de entonces. La popularidad de estos últimos iba y venía, como solían hacer tales cosas.

—Oh, no, hubo una competición —el morador guía y mentor Y'sul le había explicado a Fassin durante su primer arcano, hacía cientos de años—. Lo normal: muchos supuestos estándares universales rivales. Hubo una auténtica guerra a escala completa, a raíz de un desacuerdo lingüístico (una especie condensada contra otra lineal, si la memoria no me falla) y después se produjo la reacción habitual: exploraciones, misiones, reuniones, informes, conferencias, cumbres.

»Lo que ahora conocemos como estándar se eligió al cabo de siglos de investigación, estudio y discusión por parte de un comité vasto e inflexible, compuesto por representantes de millares de especies, de las cuales al menos dos se extinguieron en la práctica en el curso de las deliberaciones. Lo asombroso es que se eligió por sus cualidades, ya que era un lenguaje casi perfecto: flexible, descriptivo, neutral (ignoro lo que eso significa, pero al parecer es importante), preciso, pero maleable, sumamente completo y elegante, pero capaz de adoptar términos externos, y con una conexión extraordinariamente libre y sin embargo lógica entre la forma escrita y la oral, que podía abarcar con facilidad y admirablemente casi cualquier grupo de fonemas, grafías, glifos y pictogramas, y mantener un sentido traducible.

»Lo mejor de todo es que no le pertenecía a nadie: la especie que lo había inventado se había extinguido con seguridad millones de años atrás, sin dejar herederos probados, ni una huella significativa en la galaxia mayor, excepto esta perla lingüística. Lo que es aún más sorprendente es que la subsiguiente conferencia para respaldar la decisión del megacomité transcurrió sin incidentes y convino en todas las recomendaciones relevantes. La adopción y aceptación fue rápida y generalizada. El estándar se convirtió en el primer y hasta ahora único lenguaje universal auténtico en cuestión de escasas generaciones de rápidos. Desde entonces, todo el mundo ha intentado estar a la altura de esta cooperación entre todas las especies.

»Eso no significa que todos lo amen sin reservas, en todas partes. En concreto, entre mi propia especie, la resistencia a su uso perdura hasta el día de hoy, y siempre hay obsesos y grupos reducidos, y, a decir verdad, grupos numerosos y redes de entusiastas, que siempre idean nuevos lenguajes universales que aseguran que son

mucho mejores. Algunos moradores todavía consideran el estándar como una indignante imposición alienígena y un símbolo de nuestra cobarde capitulación a la moda galáctica.

»Estas personas suelen hablar un idioma formal antiguo. O eso hacen, por lo menos, cuando no se han inventado su propio lenguaje, único y, por lo general, completamente incomprensible.

Tío Slovius en persona, en lo que apropiadamente había resultado ser su último arcano, había acompañado a Fassin en este, que era el primero del joven.

—Qué perfectamente típico —había observado más tarde—. Solo los moradores podían celebrar una competición totalmente justa hace ocho billones de años y seguir discutiendo por el resultado.

La idea le inspiró una sonrisa, y Fassin miró en torno al gigantesco auditorio mientras las palabras del oficial reverberaban y se desvanecían entre los metales preciosos y las ropas suntuosas. Pensó que todo era muy impresionante, de un modo ligeramente hortera y casi vulgar. Se preguntó a cuántas ceremonias tediosas y prolijas peroratas tendrían que asistir antes de que sucediera o se dijera nada de importancia. Contó rápidamente los cuerpos de la cámara. La proyección diplomática le había instado a esperar treinta, pero eran muchos más del doble.

Una pantalla táctil situada en una columna surgió de la superficie de la plataforma y se colocó frente a él, encendiéndose con funciones de búsqueda y anotación incorporadas, pero sin registro auditivo ni visual. Fassin pulsó un símbolo para confirmar su presencia. En torno a la cámara circular, a los demás también se les presentaban pantallas, o la alternativa relevante para su especie.

—Están aquí para presenciar la transmisión de una señal procedente de la nave ingeniera *Est-taun Zhiffir* —declaró con calma la voz profunda y sintetizada de Ormilla—. Nos han informado de que ha adoptado por necesidad la forma de una entidad de inteligencia artificial que se destruirá al término de la audiencia. —Ormilla hizo una pausa para que lo asimilaran. Fassin creyó que no había oído bien—. Cómo empleen la información que están a punto de averiguar es una cuestión de deber y de conciencia —señaló Ormilla—. Cómo han accedido a ella, no; cualquier revelación relativa a la forma de la señal puede castigarse con la muerte. Que empiece.

¿Una IA? ¿Una máquina consciente? ¿Una abominación? ¿Hablaban en serio? Fassin no podía creerlo. Toda la historia de los mercatoria era el testimonio de su implacable persecución y destrucción de las IA, y su esfuerzo continuado, laborioso y celosamente perseguido, por evitar que volvieran a existir en la galaxia civilizada. Ese era el propósito de los purificadores; eran los cazadores de las IA, los fanáticos perseguidores de las máquinas inteligentes y de cualquier investigación en ese campo, y no obstante allí estaban, contemplando tranquilamente el aparato en forma de cazuela y los técnicos que lo rodeaban.

Una imagen semitransparente titiló en el aire sobre la oscura máquina situada en el centro de la cámara. El holograma era de un varón humano ataviado con uniforme

de almirante de la Flota Reunida. Fassin ignoraba incluso que uno de su propia especie hubiese llegado a cotas tan impresionantes. El almirante humano era un fornido anciano con la cara surcada de arrugas. Estaba calvo, por supuesto, pero lucía un cráneo densamente tatuado. Llevaba, o parecía que lo hacía su imagen, un traje de combate espacial de alto rango, con los componentes del casco en configuración activa en torno al cuello y los hombros. Diversas insignias en la superficie del traje confirmaban sin lugar a sutileza que el almirante era un militar de extrema importancia.

—Gracias, jerarca Ormilla —dijo la imagen, y pareció mirar directamente a Fassin, que se sobresaltó un instante antes de darse cuenta de que probablemente la imagen parecía mirar directamente a todos los de la cámara. Al menos, él esperaba que así fuera—. Represento al almirante Quile de la Flota Reunida, al mando del Tercer Escuadrón Mediano de la flota de batalla que acompaña a la nave ingeniera *Est-taun Zhiffir* en su viaje hacia el sistema Ulubis, bajo el mando del almirante de flota Kisipt —anunció la proyección, con voz tranquila y circunspecta.

¿*Flota de batalla?*, pensó Fassin. No se destinaba una flota de batalla a acompañar a una nave ingeniera, aunque esta fuera transportadora de portales, ¿verdad? Normalmente viajaban con algunas naves de la Guardia, o con una o dos unidades del Ejército de la Navarquía, y a veces, además, con una embarcación de pequeño tamaño de la Flota Reunida, para propósitos ceremoniales. Fassin no era un experto en cuestiones militares, pero hasta él sabía esa clase de cosas gracias a las transmisiones de noticias de conexiones y reconexiones recientes en el momento. Observó con atención a los militares de los podios semicirculares. *Sip*, parecía que ellos también estaban sobresaltados por aquella noticia.

—Me dispongo a transmitirles información y órdenes —dijo el holograma—. Después responderé a sus preguntas. Después seré destruido. Primero la información. Hemos recibido inteligencia irrefutable que indica que el sistema Ulubis, probablemente en el plazo de un año, y puede que en el plazo de unos meses desde la recepción de esta señal, será el objetivo de un asalto invasivo a escala completa originado en la Desconexión del Conjunto Epifanía Cinco.

El holograma hizo una pausa, y pareció escuchar. Había cierta sensación de quietud, hasta de asombro en la cámara, pero no hubo suspiros ni expresiones de miedo ni de incredulidad, que Fassin pudiera oír.

Escrutó a los sujetos de la cámara, intentando elucidar si era el único de los presentes para quien aquella noticia fuera una sorpresa. Señales faciales de los quaup, contemplaciones intensas de los whule, tal vez algunas expresiones de asombro entre los técnicos situados abajo, junto a la oscura máquina de IA. Los cortesanos más legibles parecían un poco aturridos. Quizá el traje ambiental ifrahile cabeceara imperceptiblemente. La mano de Fassin se alargaba hacia la pantalla táctil cuando esta desplegó un diagrama del volumen galáctico local, con un diámetro aproximado de un millar de años, centrado en el Conjunto Epifanía Cinco, la masa de millones de

estrellas orientadas hacia el núcleo respecto de la hebra aislada de soles, próximo al fin de la cual se hallaba Ulubis.

—A decir verdad, nuestros estrategas estimaban en un seis por ciento la posibilidad de que cuando arribara esta señal la invasión ya se hubiera producido. —El holograma miró en torno a la cámara y sonrió—. Me alegro de ver que no es el caso. —La sonrisa desapareció—. Por otra parte, cuando se grabó el original de esta señal, esperaba decirles que la invasión se encontraba todavía a una distancia de tres a cinco años. Pero desde que adopté esta encarnación he tenido acceso a cierta inteligencia en tiempo real que ustedes han estado acumulando, y no he tenido más remedio que inclinarme por una estimación que les concede todavía menos tiempo para prepararse de lo que habíamos esperado. —La imagen se interrumpió brevemente.

»Sabíamos que la Descon. E-5 se estaba expandiendo agresivamente. Durante cientos de años, nuestros monitores en el espacio profundo han recibido un número creciente de señales de armamento de nivel de potencia ocho, concentrado en los sistemas de Leseo. —La imagen miró en torno a la cámara—. En otras palabras: batallas espaciales y bombas de muchos megatones. Todo apunta a una hegemonía corrupta, posiblemente bajo la tiranía de un humano que se autodenomina archimandrita Luciferos. Antaño fue un auténtico miembro de los cesoria, aunque ostentaba el rango de ariolador, no de archimandrita, de modo que, al parecer, se ha ascendido a sí mismo. Sea como fuere, creo que ahora podemos considerarle un apóstata. —El holograma esbozó una fina sonrisa—. Los sistemas de Leseo fueron hasta hace poco la última parte conectada de la región Epifanía Cinco. Sin embargo, ese portal cayó víctima de una acción menor de los Dispersos, que dejó todo ese volumen completamente aislado de la civilización. —La fina sonrisa se desvaneció.

»Diez días antes de que se enviara esta señal, una fuerza invasora procedente de la Descon. E-5, que comprendía varios cientos de acorazados, así como su comitiva y transportadores de tropas, atacó el sistema Ruanthril, en el interior del Conjunto E-5. Suponemos que les sorprendió que Ruanthril acabase de recibir un portal nuevo y estuviera conectado a los mercatoria. No había formado parte del Complejo anteriormente, lo que contribuye a explicar su error de cálculo. En cualquier caso, algunos efectivos de la Flota Reunida se hallaban presentes cuando atacaron las fuerzas de la E-5. El ataque fue rechazado, con graves pérdidas por parte de ambos bandos. —En este punto, Fassin advirtió que una mirada de algo parecido sin duda a la consternación surcaba el semblante del almirante de flota Brimiaice—. Sí —dijo la imagen, como si respondiera—. Francamente, a nosotros también nos sorprendió, y disponíamos de un número insuficiente de naves. Lo que es aún más perturbador, el portal fue destruido a continuación. —Aquí, el almirante de flota Brimiaice, un quaup, tomó el rostro inexpresivo de asombro y vergüenza ajena (si Fassin recordaba el curso de Introducción a las Expresiones Faciales [o equivalentes] y Lenguaje Corporal de las Especies Mercatorias).

»Antes de que eso ocurriera —continuó el holograma—, la nave insignia enemiga capturada transmitió información secreta al Complejo. Dicha información incluía una grabación personal del comandante supremo de la flota invasora, equivalente al gran almirante, en la que había registrado para la posteridad, o sus memorias, la perplejidad que le inspiraba el hecho de que una parte tan importante de la inmensa maquinaria militar de la que tenía el orgullo de formar parte se dirigiera, no adonde acarrease el mayor peso ni contribuyese a capturar el mayor número de sistemas en el menor tiempo posible (en otras palabras, donde estuviera la mayor masa de estrellas, hacia la espiral, hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo y sobre todo hacia el núcleo) sino lejos de dichas regiones, hacia la periferia semidesierta de la galaxia, hacia los arrecifes de zarcillos meridionales, hacia la corriente Cuaternaria y el sistema Ulubis, o «el dedo palpaculos con mierda bajo la uña al final de un brazo atrofiado», según su colorida descripción.

Fassin estuvo a punto de echarse a reír. La mayoría de oficiales situados en las plataformas ceremoniales principales, empezando por los humanos, expresaron su asombro, su horror o su indignación de alguna forma. El traje ambiental del jerarca retrocedió medio metro, como si lo hubieran golpeado físicamente.

La imagen se tomó su tiempo para mirar en torno a la cámara.

—Sí, no es muy halagador. Mis disculpas. Les alegrará saber que, en la actualidad, el caballero que dio origen a esta memorable imagen está colaborando con las Fuerzas Combinadas de Inteligencia e Inquisición con sus investigaciones.

Fassin advirtió que aparecían algunas expresiones de satisfacción ligeramente forzadas. En verdad, no sabían nada de esto, pensó. Había supuesto que previamente habrían concedido al jerarca y a sus amiguitos alguna suerte de anticipo, pero parecía que aquello era tan nuevo para ellos como para él.

—Por supuesto, también disponemos del perfil de la secuencia de sondeo anterior a la invasión de la intentona de conquista de Ruanthrill por parte de la Descon. E-5 —dijo el holograma—, así como de los perfiles de los diversos sistemas atacados por la misma fuerza combinada. Las reflexiones del comandante de la flota invasora proporcionan una razón convincente para creer que Ulubis se encuentra bajo una amenaza significativa. Comparando el perfil de la secuencia de sondeo anterior al ataque de Ruanthrill con las recientes incursiones y acciones hostiles que se han producido en Ulubis, hemos llegado a la conclusión de que dicha amenaza es inminente, y se producirá en un espacio de tiempo que puede prolongarse desde unos meses hasta menos de un año y medio. Existe un perfil de ataque de los forasteros largamente aceptado y de gran consistencia, y las agresiones que ha sufrido el sistema Ulubis a lo largo de los últimos tres años son anómalas con respecto a él.

Fassin sospechaba que aquello constituía una crítica sutil contra la inteligencia y los servicios estratégicos del sistema, y en especial los de la Navarquía. El almirante de flota Brimiae se había quedado extrañamente inmóvil, como si intentase no atraer ninguna atención innecesaria. La información también apuntaba a un

encubrimiento. Al igual que Verpych, Fassin había pensado que aquellos ataques «anómalos» habían empezado hacía poco más de un año; la IA había tenido acceso a información que indicaba que habían empezado a producirse dos años antes. Bueno, eso no sorprendería a nadie. La gente había llegado a esperar y descartar de antemano la información falsa y de color de rosa que le servían las autoridades, y solo se tornaba suspicaz cuando se le presentaba algo parecido a la verdad sencilla y sin maquillar.

—Tengo más cosas que decir —continuó la imagen que flotaba sobre el aparato en forma de cazuela a los oyentes reunidos—. Sin embargo, presiento que algunos de ustedes ya están ansiosos por hacer preguntas, de modo que en este punto me gustaría invitarles a formular las que sean relativas a lo que han oído hasta el momento. No hace falta que se presenten, por cierto; les conozco a todos.

Todos miraron al jerarca, que, solícito, bramó:

—Máquina, ¿qué porcentaje de probabilidad concierne a esta invasión?

El holograma no pareció muy impresionado por la primera pregunta. Tal vez hasta suspirase.

Fassin escuchó la respuesta solo a medias, y prestó menos atención todavía a las siguientes preguntas y respuestas; ninguna aportaba nada importante a lo que ya había oído, y las cuestiones se reducían, sobre todo, a las categorías: ¿Estás seguro? ¿Estás loco? ¿Estás mintiendo, abominación? Y, ¿no me van a echar la culpa de esto, verdad?

Empleó la pantalla táctil para hacerse una idea más precisa de la topografía galáctica relevante. Proyectó un holograma de escala útil para comparar la situación de la civilización local, tal como se había entendido hasta entonces, y que, en la práctica, estaba obsoleta desde hacía dos siglos y medio, con la versión actualizada que la señal de la IA había traído consigo, que solo tenía diecisiete años de antigüedad. Mientras lo hacía, vastos volúmenes de estrellas cambiaron de un color falso a otro, indicando hasta dónde había extendido su influencia la hegemonía de la Desconexión del Conjunto Epifanía Cinco.

—¡Resistiremos con todo nuestro poder! —rugió el almirante de flota Brimiaice.

—No me cabe la menor duda —dijo el holograma—. Sin embargo, todo indica que incluso si dedicaran todos sus esfuerzos a tiempo completo a la construcción de una flota de guerra de emergencia y a la puesta en práctica de una economía de guerra total, estarían en una inferioridad numérica aplastante.

El almirante de flota Brimiaice resopló.

Fassin tenía una pregunta, pero era para el interior de su propia cabeza y no deseaba hacérsela a la IA. Tenía la desagradable sensación de que obtendría respuesta para esa pregunta dentro de poco, aunque esperaba sinceramente que no fuese así. Era: ¿Qué demonios tiene que ver conmigo todo esto?

—¿Puedo continuar? —dijo la imagen, después de que las siguientes contribuciones mostraran síntomas inconfundibles de convertirse no tanto en

preguntas como en atestaciones de inocencia, promesas de heroica determinación, declaraciones en defensa de sus puestos y ataques contra otros servidores presentes, dentro de un amplio espectro de sutileza, que se inclinaba hacia el extremo inferior. El holograma esbozó una sonrisita fina y pesarosa—. Me doy cuenta de que todo lo dicho anteriormente ha supuesto una sorpresa para ustedes. No obstante, me temo que en efecto no es más que un preámbulo a la parte más importante de esta comunicación.

La imagen del almirante Quile hizo una pausa para que asimilaran también eso. Entonces el holograma dijo:

—Pues bien, hay un caballero entre ustedes que sin duda se ha estado preguntando durante algún tiempo qué está haciendo aquí exactamente.

Fassin tuvo tiempo de pensar: ¡Mierda!, y entonces la imagen le miró. ¿De verdad le estaba mirando? ¿Verían todos que el holograma le estaba mirando? Las cabezas de los presentes, o las diversas partes apropiadas, se volvieron hacia él. Eso probablemente quería decir que sí.

—Observador Fassin Takin, ¿quiere presentarse a los demás?

Fassin oyó el tumulto de la sangre en sus oídos al levantarse y ejecutar una reverencia lenta pero superficial frente al jerarca. Volvía a sentir que se le encogía la carne. La cámara parecía inclinarse, y se alegró de volver a sentarse. Intentó controlar el rubor que sentía aumentar bajo su garganta.

—El observador Taak es un hombre joven, aunque nació hace siglos —dijo la imagen—. Ha desempeñado una carrera cumplida y productiva con los moradores de gigante gaseoso del planeta Nasqueron. Tengo entendido que muchos de ustedes ya han oído hablar de él. Se le ha concedido el rango de comandante de la Jurisdicción Ocula, por razones que se aclararán a su debido tiempo.

Cuando el holograma dijo esto, Fassin, que todavía se sentía muy observado, se percató de que la coronel Somjomion, la humana que actuaba como jefe de personal del destacamento de la Jurisdicción en el sistema Ulubis, le sonreía con cautela desde el podio situado al otro lado de la cámara. Ignoraba si la Jurisdicción saludaba o no, de modo que se levantó una pizca de su asiento y asintió con formalidad.

¡Joder!, fue su pensamiento exacto.

La imagen que flotaba sobre la IA de la cazuela dijo:

—La razón de que el observador..., el comandante Taak se encuentre hoy entre nosotros para oír lo que he tenido que decirles a todos ustedes es que fue algo que él descubrió..., con lo que él se tropezó podría ser una descripción igualmente precisa, sin ánimo de ofender al observador Taak... lo que ha provocado mi comparecencia aquí, para empezar.

Me cago en la hostia. Siempre pensé que los arcanos me matarían, pero creía que sería un fallo técnico, no algo así. Por otra parte, la sonrisa de la coronel Somjomion había sido contenida, incluso cuidadosa, no malintencionada ni burlona. *A lo mejor sobrevivo.*

—Lo que nos lleva, por supuesto, a la verdadera razón o, cuando menos, la más urgente, de mi aparición aquí, en esta forma casi sin precedentes —dijo el holograma, y fingió aspirar una honda bocanada.

Miró lentamente en torno a todos ellos, antes de decir:

—Ulubis, como estoy seguro de que convendremos todos, es un sistema agradable y bastante favorecido. —Volvió a interrumpirse.

En este punto, Fassin ya escuchaba con verdadera atención, y habría apostado por la verdad literal del antiguo dicho: se podía oír hasta el vuelo de una mosca. La proyección continuó con una sonrisa, con una confianza radiante en que ahora disponía de la atención de todos:

—Y como el centro de estudios de los moradores, no carece de importancia galáctica, sin duda desde la perspectiva de anticuario e intelectual. —Otra pausa. A Fassin se le ocurrió que una IA que controlaba un holograma podía hacer guiños bastante literales—. No obstante, uno podría considerar razonable preguntarse... sin ánimo de ofender, insisto... por qué Ulubis ha atraído el interés de nuestros nuevos adversarios del Conjunto Epifanía Cinco. Podría incluso, conociendo la importancia que conceden los mercatoria a reconectar los innumerables sistemas que han carecido de acceso arterial durante todos estos milenios, preguntarse por qué la expedición desde Zenerre hasta Ulubis con un nuevo portal se despachó con tanta prontitud, dado que otros sistemas más poblados, de mayor importancia estratégica clásica, y, en el momento, más obviamente amenazados, podían haber tenido una necesidad aún mayor de los recursos y la pericia de nuestros estimados colegas del claustro de ingenieros.

»También podría detenerse a considerar las razones por las que la nave ingeniera *Est-taun Zhiffir* está acompañada de los elementos de la Flota Reunida de los cuales mi original tiene el honor de formar parte. Por qué, a decir verdad, la nave ingeniera *Est-taun Zhiffir* está escoltada por semejante preponderancia de fuerza. —El holograma alzó la cabeza y volvió a mirar en derredor—. Quizá no sería totalmente descabellado cuestionarse las asunciones y conclusiones establecidas, que al parecer nunca se han puesto en duda, relativas a la destrucción del portal de Ulubis por parte de los forasteros, hace más de dos siglos.

Fassin advirtió que aquello provocaba un pequeño escalofrío en la cámara. *Pero ¿esto tiene que ver conmigo y con lo que yo haya podido encontrar?* se preguntó. *Cuanto más oigo, más espero que no sea así.*

—Tenemos poderosas razones para sospechar —prosiguió la imagen con una sonrisa amplia y seria, y algo parecido al entusiasmo— que detrás de todo esto hay una circunstancia, un nexo de información contingente. —La proyección se volvió a mirar directamente al jerarca Ormilla—. Señor, en este punto debo pedirles que se retiren los que no hayan recibido una acreditación específica para asistir a esta reunión. Creo que podemos hacer una excepción con los soldados, siempre y cuando desconecten sus micrófonos auriculares, pero desobedecería mis órdenes si

continuara en presencia de los que no han sido invitados.

—Almirante Quile —bramó el jerarca, con el énfasis preciso—, yo respondo por todos los presentes que fueron excluidos inadvertidamente de la lista de acreditación a la que se refiere. Puede continuar.

—Si dependiera de mí, señor, esa sería sin duda razón más que suficiente para proceder sin cuidados ni reservas —repuso la imagen del almirante—. No obstante, aunque me aflige exponerme a insinuar siquiera el menor asomo de un insulto a vuestra estimada corte, tengo específicamente prohibido continuar, pues estoy sometido a las órdenes del Consejo de Completores.

¡Ay!, pensó Fassin. Casi sintió lástima por el jerarca. No solo acababan de desautorizarle, sino que le habían hecho parecer insignificante. Un sarcomago ostentaba un rango superior al del jerarca, y respondía ante un complector, y cualquiera de estos, que gozaban de una autoridad suprema en cualquier otro ejercicio e iteración de poder en la galaxia civilizada, estaba obligado, al menos, a tener en cuenta la voluntad del Consejo de Completores. La omnipotencia de los miembros del Consejo de Completores era inefable, pues solo se hallaban sometidos a las leyes de la física, y se creía que estaban dedicando considerables esfuerzos a sortear también estas.

El jerarca Ormilla encajó la derrota con cierta elegancia, y en cuestión de minutos la mitad de los presentes abandonó la cámara. La secuencia escalonada de podios dispuesta frente al imponente traje ambiental del jerarca parecía realmente desnuda. Los oficiales de la corte y los cortesanos se habían marchado, musitando entre dientes, con el cociente de dignidad ofendida más elevado que Fassin hubiera presenciado nunca, por varios factores. Los jerifaltes militares seguían presentes, pero incluso sus puestos en los podios estaban mermados, pues la coronel Somjomion de la Jurisdicción y el clérigo reinante Voriel, de los cesoria, fueron reducidos a descender hasta el nivel del suelo para poder operar las dos piezas más importantes del equipo que monitorizaba el aparato en forma de cazuela que albergaba a la IA. Los soldados con acabado de espejo seguían formando un amplio círculo más allá, con el blindaje activo en posición de descanso, ahora sordos.

Mientras sucedía todo esto, Fassin se había quedado sentado, sin saber qué pensar. Sabía sobre lo que debía recapacitar: *¿Con qué cojones puedo haberme tropezado que justifique este nivel de paranoia y secretismo desmedido?* No obstante, era difícil saber a qué atenerse. También sabía lo que debía sentir: miedo. En eso respondía bien; tenía una superabundancia de trepidación elevada en grado de arma.

—Gracias —dijo la imagen del almirante—. Pues bien —añadió, mirando a los que quedaban—, tengo una pregunta para ustedes. ¿Qué saben de algo llamado la «Lista de los Moradores»? —Levantó una mano—. Es una pregunta retórica. No tienen que contestar. Los que así lo deseen, pueden consultar sus pantallas o equivalentes. Tómense su tiempo.

Hubo un frenesí de tecleo lejano. *¿La Lista de los Moradores?* pensó Fassin. *Me*

cago en la hostia; esa mierda, no.

El holograma sonrió.

—Permítanme decirles a su debido tiempo lo que consideramos importante acerca de este tema en este lado, los que diseñamos y grabamos esta señal y proyección.

Fassin había oído hablar de la Lista de los Moradores, por supuesto; al igual que todos los observadores. Por desgracia, muchos laicos también habían oído hablar de la Lista, de modo que se había convertido en uno de esos temas trillados que le hacían refunfuñar para sus adentros, y que la gente sacaba a colación cuando conocían a un observador en una fiesta, amén de otras preguntas manidas y típicas, como: «¿Es verdad que los moradores cazan a sus propios hijos?» y, «¿De verdad son tan viejos como ellos dicen?».

La Lista de los Moradores era una colección de coordenadas. Según los datos fiables, había salido a la luz hacia el final de la guerra de los Detonadores, cuatrocientos millones de años atrás, y seguramente estaba obsoleta incluso entonces. Supuestamente, la lista detallaba todos los portales arteriales secretos de los moradores. Según rezaba la historia, dichos portales habían empezado a desarrollarse en la época del Largo Colapso: los moradores decidieron que no podían confiar en que las demás especies o grupos de especies con las que se veían obligados a compartir la galaxia protegieran las redes de conductos, ya fueran suyas o compartidas, y por lo tanto, los moradores harían mejor en construir una red arterial que controlasen ellos, y que preferiblemente no conociera nadie más, si deseaban desplazarse de un gigante gaseoso a otro sin incidentes ni alborotos.

Por supuesto, esto ignoraba por completo la actitud de los moradores con respecto al tiempo, el espacio, la escala y más o menos todo lo demás. Los moradores no precisaban de conductos, ni el desplazamiento casi instantáneo entre sistemas que estos ofrecían. Vivían billones de años, y podían ralentizar su metabolismo y sus pensamientos cuanto fuera necesario, de modo que un viaje de mil, diez mil o cien mil años pareciese acabar en el transcurso de un sueño, o durase solo el tiempo necesario para leer un buen libro, o jugar a un juego complicado. Además, ya estaban presentes en todas partes; aseguraban que se habían extendido por toda la galaxia durante la primera era de la Diáspora, que había terminado cuando el universo solo tenía dos billones y medio de años. Y aunque esa afirmación fuera un alarde, una exageración típica de los moradores, no podía negarse que había poblaciones significativas de moradores en mucho más del noventa y nueve por ciento de los gigantes gaseosos de la galaxia, y así había sido desde que se tenía memoria. Excepto en Júpiter, por lo visto. El gigante gaseoso particular de la humanidad era extraordinario por su relativa pobreza en agua. Los moradores lo consideraban un planeta desierto y rara vez lo visitaban.

Después de haber pasado siglos de tiempo real y décadas de tiempo aparente con los moradores, Fassin había obtenido la clara impresión de que estos despreciaban y sentían lástima por la especie de los rápidos, como los humanos, como el resto de los

mercatoria, que sentía la necesidad de utilizar conductos.

Desde el punto de vista de los moradores, ser Rápido, vivir la vida con tanta precipitación, era condenarse a un final prematuro. La vida tenía una trayectoria inevitable, una curva natural. La evolución, el desarrollo, el progreso: todo conspiraba para empujar a una especie sensitiva en una dirección determinada, y lo único que podía hacer era elegir recorrer ese camino a toda prisa o paseando. Los lentos se tomaban su tiempo, adaptándose a la escala dada y los límites naturales de la galaxia y el universo tal y como existían.

Los rápidos insistían en valerse de atajos, y parecían decididos a doblar el tejido mismo de la galaxia ante su voluntad impaciente y frenética. Cuando eran listos, triunfaban en su obstinación, pero solo conseguían acelerar su propio final. Vivían deprisa y morían más deprisa todavía, describiendo estelas súbitas, gloriosas pero efímeras, en el firmamento. Los moradores, al igual que el resto de los lentos, deseaban prevalecer a largo plazo, de modo que estaban dispuestos a esperar.

Así pues, era un misterio por qué los moradores habrían de molestarse en construir una red secreta de conductos, y cómo habrían conseguido mantenerla en secreto durante cientos de millones de años, por no hablar de cómo encajaría eso con la naturaleza bastante obvia del aislamiento de cada una de las distintas comunidades de moradores respecto de las otras.

No obstante, el mito de la Lista de los Moradores seguía apasionando a la gente en general y a los teóricos de las conspiraciones en particular; sobre todo, en épocas de amenaza y desesperación, cuando en verdad sería estupendo que existiera una red secreta de conductos.

Fassin convenía con los libros de texto en que no había sido una coincidencia que la lista hubiese salido a la luz por vez primera durante la guerra de los Detonadores, cuando parecía que toda la comunidad galáctica se hacía pedazos, y la gente buscaba salvación y esperanza en cualquier parte. En aquel entonces, el número total de arterias había descendido desde la cota anterior (y luego histórica) de casi 39.000 hasta menos de un millar. Durante el nadir del Tercer Caos, había habido menos de cien conductos en toda la galaxia, y los moradores no habían intervenido entonces, invitando a todos a utilizar su sistema secreto. Si no entonces, cuando la luz de la civilización parecía desvanecerse por completo de la gran lente, entonces, ¿cuándo? ¿Cuándo y por qué habrían de venir galopando al rescate?

Parte de la atracción seductora de la lista era su tamaño descomunal. Contenía más de dos millones de series de supuestas coordenadas de portales, lo que implicaba la existencia de más de un millón de arterias, presumiblemente conectadas en una enorme red. En el apogeo del Tercer Complejo, hacía ocho mil años, había habido exactamente 217.390 conductos establecidos que hilvanaban la galaxia, y no constaba que alguna vez se hubiera rebasado ese número. Si la Lista de los Moradores en verdad enumeraba portales y arterias existentes, representaría la promesa de instigar el mayor cambio de la historia de la galaxia: la súbita conexión de dos millones de

sistemas, muchos de los cuales nunca habían estado conectados, la reunión de casi todo el mundo en todas partes (probablemente, la estrella más alejada y más completamente aislada estaría solo a una década o dos del portal más próximo), y la revitalización casi instantánea de toda la comunidad galáctica, en una escala insólita en casi doce billones de años de civilización tenaz y esporádicamente vacilante.

Fassin y casi todos sus colegas observadores pensaban desde hacía largo tiempo que se trataba de una esperanza infundada. Los moradores no necesitaban emplear conductos, ni daban muestras de hacerlo. Naturalmente, al ser moradores, aseguraban ser expertos en tecnología arterial y de portales, y en verdad no temían utilizar conductos, era solo que no veían su necesidad... pero si alguna vez habían estado seriamente involucrados en la producción de conductos, esos días habían terminado mucho tiempo atrás. Sea como fuere, la lista, que había descansado en bibliotecas y reservas de datos, y se había copiado en innumerables ocasiones a lo largo de cientos de millones de años, de modo que cualquiera que tuviera un enlace podía acceder a ella, no era el final de la historia; tan solo facilitaba las coordenadas aproximadas de dos millones de gigantes gaseosos en otros tantos sistemas. Lo que hacía falta era una posición más precisa.

Los lugares obvios donde buscar eran los puntos Troyanos o Lagrange relevantes, las ubicaciones de gravedad estable diseminadas dentro y fuera de las órbitas de los diversos planetas en los sistemas mencionados. No obstante, dichas órbitas habían sido eliminadas hacía largo tiempo. Después era mucho más complicado. En teoría, la boca de un portal podía colocarse en cualquier órbita estable de un sistema, y no encontrarse nunca, a menos que uno prácticamente se tropezara con ella. Los portales operativos podían medir hasta un kilómetro de ancho, y tenían una masa efectiva de varios cientos de miles de toneladas, mientras que un portal encogido y estabilizado que estuviera programado para permanecer en esta forma por medio de sistemas automáticos relativamente simples podía encontrarse en una órbita muy lejana, como la nube Oort del sistema, dejando una huella gravitacional de menos de un kilómetro más o menos indefinidamente. El problema era cómo describir dónde se hallaba.

Supuestamente, había una serie extra de coordenadas, o incluso una operación matemática, un transformador, que al aplicarse a cualesquiera coordenadas de la lista original, de algún modo derivaba mágicamente la ubicación exacta del portal de ese sistema. La objeción evidente era que al cabo de cuatrocientos millones de años, como mínimo, no se conocía la existencia de sistema alguno de coordenadas que fuera capaz de determinar con fiabilidad dónde se encontraba algo tan pequeño como un portal. A menos que los conductos, de algún modo, siempre se hubieran mantenido automáticamente más o menos en la misma posición relativa. Teniendo en cuenta la actitud negligente y desdeñosa de los moradores hacia la alta tecnología, esto se consideraba muy improbable.

—Así pues —continuó la imagen que se cernía sobre el oscuro aparato en el centro de la cámara de audiencia—, si me permiten dar por supuesto que todos

sabemos de qué hablamos... —Volvió a mirar en torno. Nadie opuso ninguna objeción.

»La Lista de los Moradores —dijo el holograma—, que supuestamente facilita la situación aproximada de dos millones de antiguos portales, que se remontan a la época de la Tercera Era de la Diáspora, se ha tachado de irrelevante, mentira o mito durante más de un cuarto de billón de años. El llamado transformador, que se supone que completa la información necesaria para acceder a esta red secreta, ha resultado tan elusivo como improbable es que funcione, si es que en verdad existe. No obstante, ha salido a luz cierta información inédita, gracias al observador Taak, ahora comandante.

Fassin era consciente de que volvían a observarle. Siguió mirando fijamente al holograma.

—Hace un poco menos de cuatrocientos años —dijo el holograma—, el observador Taak participó en una larga expedición, conocida como «arcano», que le condujo hasta los moradores de Nasqueron, y en concreto a la compañía de un grupo de jóvenes moradores denominado Tribu Dimajrian. Mientras estuvo con ellos, conoció a un anciano morador, que, en un acceso de generosidad inusitado en su especie, le permitió acceder a una pequeña biblioteca de información, que formaba parte de una provisión aún mayor.

Esto era una tergiversación: el mito, no la realidad. Fassin había estado con Valseir durante siglos, y con la Tribu Dimajrian durante menos de un año. Esperaba que el resto de la información del almirante fuera más fiable. De todas formas, de pronto recordó vívidamente al choal Valseir, enorme y antiguo, envuelto en harapos, cubierto de amuletos, mientras flotaba distraídamente en la leonera que tenía por estudio, en lo profundo de la sección perdida del túnel nubiloso abandonado, al borde de una tormenta gigante y moribunda que se había desecho y disipado tiempo atrás.

—Nubes. Sois como nubes —le había dicho Valseir a Fassin. Entonces no había entendido a qué se refería el morador.

—Los datos en bruto que contenía dicha información se transmitieron a la Jurisdicción para su análisis —dijo la imagen que se cernía sobre el negro aparato—. Veinte años más tarde, después de llevar a cabo el análisis y la interpretación habituales, y como se imaginan, con tiempo de sobra para reconsiderar, reevaluar y tener inspiraciones repentinas, se compartieron con los jeltick según los términos de un acuerdo de infocomercio.

Los jeltick eran una especie aracnoide de ocho extremidades: 8 ar., según la abreviatura convencional de la comunidad galáctica. Eran catalogadores compulsivos, y una de las dos especies de historiadores autoproclamados más convincentes de la galaxia. Tímidos, precavidos, deliberados y muy inquisitivos (aunque siempre desde una distancia prudente), habían existido durante mucho más tiempo del que solían perdurar las especies de rápidos.

—De algún modo, los jeltick consiguieron advertir algo que la Jurisdicción había

pasado por alto —continuó el holograma. Fassin se percató de que ahora le tocaba a la coronel Somjomion mostrarse incómoda y ofendida—. Han rodado cabezas por esta incompetencia —les dijo la imagen. Sonrió—. No se trata de una metáfora.

La coronel Somjomion frunció los labios y volvió a comprobar algo en la máquina a cuyo cargo estaba.

—En cuestión de meses —dijo el holograma—, los jeltick enviaron lo más parecido que tenían a una flota de batalla hasta el sistema Zateki, que se encuentra a unos dieciocho años del portal de Rijom y ha estado inexplorado durante milenios. Tardaron veinte años en llegar, de modo que no se demoraron, precisamente. Debería subrayar que normalmente los jeltick nunca se atreverían a hacer algo tan dinámico ni arriesgado.

»En Zateki, algo descalabró gravemente las naves de los jeltick. Más tarde, una embarcación de los voehn descubrió la que se supone era la única nave superviviente, mientras huía. Todos sus tripulantes habían muerto. La biomente desquiciada de la nave invocaba la piedad de un dios desconocido y farfullaba implorando clemencia por la que fuera su misión, que había sido encontrar los restos de algo llamado la Segunda Nave, y en su interior, el transformador de la Lista de los Moradores.

Ah, pensó Fassin. *La Teoría de la Segunda Nave*. Era una subfalacia de la ilusión de la Lista de los Moradores. Cuando más ahondaba uno en el mito de la lista, más se complicaba este, y más posibilidades parecían abrirse. Era todo absurdo, por supuesto, o eso había creído todo el mundo.

—De algún modo, suponemos que por medio de espías, esto llegó a oídos de los forasteros y de la Desconexión E-5, posiblemente a través de los forasteros. Los forasteros atacaron el portal de Ulubis menos de un mes después, y el repentino interés por Ulubis de la Descon. E-5 también se remonta a este punto. Cuando los jeltick se percataron de que el secreto ya no les pertenecía solo a ellos —dijo la imagen—, permitieron que se filtrara para evitar que les acusaran de parcialidad, y salvaguardar su reputación de neutrales. —La proyección les dedicó una mirada amarga—. Esto tampoco le ha sentado muy bien a la Ascendencia. Es de suponer que los jeltick habrán de pagar por ello en algún momento. Sea como fuere, cinco escuadrones completos de la Flota Reunida, más de trescientos acorazados, siguieron las huellas de la flota jeltick hasta Rijom y Zateki, pero no encontraron nada. Cuando se desveló por completo, se descubrió que la información pertinente era incompleta en cualquier caso; la pista solo estaba medio formada, por así decir. La jugada de los jeltick fue una apuesta, cuya posibilidad de éxito ellos mismos habían calculado en el doce por ciento. El hecho de que una especie tan precavida arriesgue su reputación y su futuro en una baza tan arriesgada basta para indicar el valor del premio que ambicionaban.

El holograma juntó sus manos enguantadas, produciendo una palmada audible.

—Así pues, ahora casi todos los interesados se han enterado de la nueva pista sobre el transformador, por pobre que sea, y al parecer eso incluye a la Desconexión

del culto famélico, así como a los forasteros, aunque últimamente hayan estado tranquilos, y quizá se hayan aliado con la Descon. E-5. De ahí los ataques más recientes sobre Ulubis, y la inminente invasión.

»Pero sepan —gruñó la imagen, entornando los ojos— que detrás de esta terrible amenaza se esconde un premio fabuloso. Si descubrimos dónde se encuentran los portales ocultos, suponiendo que en verdad existan, podríamos intervenir en el sistema Ulubis antes de que haga su aparición la fuerza invasora del culto famélico. Ese resultado ya merecería el más supremo esfuerzo y sacrificio. Sin embargo, lo más importante es que se trata de un premio que podría, que tal vez pueda, que puede abrir la galaxia y anunciar una nueva era de prosperidad y seguridad para los mercatoria, para todos nosotros. —La proyección se detuvo una vez más—. Nuestros estrategias estiman que incluso si obtienen resultados óptimos en las acciones que les pediremos que emprendan, las posibilidades de éxito siguen estando por debajo del cincuenta por ciento. —La proyección pareció inspirar—. Pero no se trata de eso. La menor posibilidad de obtener la mayor recompensa, cuando hay tan pocos que pueden rivalizar por ella, hace forzosa la contienda. Lo único que importa es que se nos ha presentado una oportunidad extraordinaria y completamente inédita. Cometeríamos una negligencia seria, absoluta incluso, si no hiciéramos cuanto esté en nuestra mano para aprovechar dicha oportunidad, no solo por nuestro propio bien, sino por el bien de nuestros semejantes, y de las generaciones por venir.

La imagen esbozó una de sus frías sonrisas.

—Las órdenes del Consejo de Completores que debo transmitirles son las siguientes: observador, ahora comandante, Taak. —La proyección ya miraba directamente a Fassin. También hicieron lo propio muchas personas de la cámara—: vuelva a Nasqueron, localice al anciano morador que le facilitó la información original y procure averiguar cuanto pueda acerca de la Lista de los Moradores, la Segunda Nave, su ubicación y el transformador. Y, al resto de los presentes. —La imagen miró al resto de los asistentes—: en primer lugar, faciliten toda la ayuda que puedan al comandante Taak en fomento de su misión, incluyendo abstenerse de retrasarla, obstruirla o comprometerla, y en segundo lugar, regresen al sistema Ulubis y pónganse en pie de guerra a escala completa frente a la inminente invasión. Su objetivo debe ser, y no exagero, resistir hasta la última criatura, hasta el último mortal, hasta el último aliento.

El holograma pareció retirarse un poco y evaluarles.

—Me gustaría decirles que sin duda el destino de todos ustedes está en sus propias manos. Lo que es más importante, también lo está, en potencia, el destino de los mercatoria y de la galaxia civilizada. Si tienen éxito, la escala y el esplendor de la recompensa no tendrán precedentes. Si fracasan, las penas empezarán por la ignominia y la desgracia, y conocerán nuevos extremos de horror. Una última cosa. Ya saben que la nave ingeniera *Est-taun Zhiffir* y la flota de batalla escolta que envió esta señal tardarán todavía diecisiete años en llegar al sistema Ulubis. Pero debo

decirles que elementos significativos de la Flota Reunida, en número superior a un escuadrón, se despacharon desde Zenerre en dirección a ustedes antes incluso de que partiera la nave ingeniera, y desde entonces se dirigen directamente a Ulubis a una velocidad muy superior a la que pueda hacerlo esta. Los escuadrones de ataque llegarán varios años antes que la nave ingeniera y su flota escolta, y su armada estará completamente desplegada para presentar batalla sin inhibiciones a todos los que se opongan a los mercatoria, y pueden estar seguros de que prevalecerán.

La imagen volvió a sonreír.

—Ojalá pudiera decirles cuándo aparecerán exactamente. Sin embargo, ni yo mismo lo sé. Esta señal procede de la flota que acompaña a la nave ingeniera y todavía no sabemos cuánto se han acercado a la velocidad de la luz, ni cuánto se habrán acercado cuando llegue esta señal. No podemos sino hacer conjeturas. Si los desconectores se mantienen alejados durante otro par de años, los escuadrones de ataque podrían llegar antes que ellos. En caso contrario, descenderán sobre un sistema que ya ha caído frente al enemigo, o que sigue resistiendo de algún modo, como espero. Su reacción cuando lleguen depende ampliamente de la determinación de ustedes, de su fortaleza y de su habilidad para absorber el castigo. —La proyección sonrió—. Veamos: ¿más preguntas?

Los forasteros debían haberse anticipado a ellos. Sus naves ya habían alcanzado el noventa por ciento de su propia velocidad, precipitada y furiosa, cuando aparecieron en los escáneres de larga distancia de la nave líder.

Taince Yarabokin flotaba en posición fetal, envuelta en gel antichoque, con los pulmones llenos de fluido, conectada a la nave, alimentándose de ella, hablando con ella, sintiéndola a su alrededor. El traje de gravedad no llegaba a completar la imagen del guerrero nonato, vistiendo al portador con una estrecha segunda piel. Su conexión con la nave tenía lugar por medio de implantes y de un cuello de inducción, en lugar de un cordón umbilical, y su pecho apenas se movía débilmente, mientras el fluido branquial bombeaba oxígeno en su sangre y expulsaba los gases residuales. En aquella oscuridad, sus ojos se movían de un lado a otro tras los párpados cerrados, en contracciones involuntarias. Compartía su reducido confinamiento con unos cuarenta camaradas, todos ellos acurrucados, protegidos y conectados en el interior de sus vainas vitales, todos ellos transportados en lo profundo del vientre de la nave insignia de la flota, el Mannlicher-Carcano.

Más adelante, el destructor *Petronel*, que iba en cabeza, viró, aceleró al máximo sus motores y desapareció en una estela de luz que se transformó en oscuridad cuando se compensaron los sensores. La amortiguación se desvaneció, revelando la mitad que quedaba de la nave líder, que daba vueltas enloquecidas, haciéndose pedazos en oscuras fuentes curvas de escombros, salpicando fragmentos contra la salida del túnel de estrellas sólidas blanquiazules que se congregaban más adelante.

- Líder registra múltiples contactos a noventa uve flota, dijo una voz, señalada como sensores RL.

- Líder alcanzado, llegó otra; Estado de Flota.

- Perdido contacto con Líder, llegó una tercera, seguida casi de inmediato por:

- Líder derribado; Estado y Comunicación de Flota casi en colisión.

Consciente de inmediato, Taince dispuso del tiempo preciso para que una parte de sí misma, pequeña y asustada, pensara: *¡No! ¡Durante mi guardia, no!* Y precisamente durante el sueño del almirante de flota, cuando ella era la única que estaba al cargo. Pero, incluso mientras aquella reacción parecía reverberar y desvanecerse en su cabeza, ella sentía, juzgaba, pensaba y se preparaba para impartir órdenes. Comparó la perspectiva hiperrealista de los sensores de búsqueda en el espacio profundo, donde las estrellas sólidas blanquiazules formaban un círculo por delante y se congregaban en un difuso charco rojo por detrás, con negrura pura en todas las direcciones restantes, con la oscura abstracción de Espacio Táctico, una esfera de múltiples líneas y radios donde se asentaban las naves de la expedición, como pequeñas y estilizadas formas de punta de flecha de diversos tamaños y colores, tras las cuales se desvanecía una línea de puntos que indicaba su trayectoria, mientras a su lado se remontaban verdes identidades brillantes y códigos de estado.

El modelo de separación preparado anteriormente no funcionaría; la nave que acababa de ocupar el lugar del *Petronel* todavía estaba volviendo a su puesto en el grueso de la flota: una separación de modelo uno en el peor de los casos provocaría múltiples colisiones, y en el mejor de los casos sería demasiado lenta.

Bueno, ya era hora de empezar a ganarse el sueldo y comunicarse. Taince envió:

- A todas las naves, separación de modelo cinco. CB tres, añade dos puntos hacia el interior, desvío a la izquierda delta durante cinco y continúa.

Recibió señales de confirmación, primero la de su propio timonel, y por último la del crucero de batalla *Jingal*, que se comprometía a adherirse a la menor desviación que ella trazara en su trayectoria para acomodar mejor a su D-siete: el destructor siete, el Culverin, la nave que había retrocedido después de tomar el relevo del *Petronel*. Era vagamente consciente de que su cuerpo percibía una pulsación de movimiento, un súbito cambio de dirección, tan extremo que ni siquiera el gel antichoque podía enmascararlo por completo. A su alrededor, las naves se estarían desbandando como silenciosos estallidos de metralla.

- Tensión en el casco ochenta y cinco, le dijo Integridad de la Nave y Control de Daños.

- A todas las unidades, respondan. Desbandada completa modelo cinco, dijo Estado de Flota.

- D-siete: gracias, modelo de unión.

- C-uno: contacto único, cinco noroeste abajo.

- D-tres: contacto doble, cuatro negativo, nordeste arriba.

El crucero *Mitrailleuse* y el destructor *Cartouche* detectaban elementos hostiles.

Taince no necesitaba siquiera mirar en el Espacio Táctico para saber que eso implicaba peligro por ambos lados.

- Cerrando filas.
- Una horquilla. Nos han dado bien.

Las dos últimas voces habían sido las de los dos oficiales tácticos de más alto rango.

- Parece que estamos jugando a los barcos. Ese era el almirante de flota Kisipt. Despierto y observando. Conforme, al parecer, con que Taince dirigiese el espectáculo por el momento.

- C-uno: confirmado contacto enemigo. PPD.
- D-tres: confirmado contacto enemigo. PPD.

El *Mitrailleuse* y el *Cartouche* solicitaban permiso para disparar.

- Fuego recomendado, fuego recomendado, dijeron a coro los demás tácticos.
- Fuego autorizado, dijo el almirante de flota Kisipt—. ¿Vice?

La vicealmirante Taince Yarabokin pensaba lo mismo.

- C-uno, D-tres: fuego a discreción, concedido.
- C-uno: abro fuego.
- D-tres: abro fuego.

Espacio Táctico mostró los brillantes rayos escarlata que arrojaban las dos naves. Los diminutos puntos de color verde lima, con barras de estado propias, eran misiles dirigidos contra las naves enemigas.

- Impactos múltiples en el campo de escombros de D-uno, informaron los sensores RL.

—¿Continúa desbandada?

—Continúa desbandada, confirmó Taince. Observaba los centelleos que se producían más adelante, donde la munición del enemigo alcanzaba los restos del *Petronel*, que giraban sin control, describiendo trompos y remolinos, y se abalanzaban sobre el grueso de la flota mientras esta se desplegaba rápidamente. Tecleó la cuenta atrás para el impacto contra el campo de escombros: setenta y seis segundos. Cambió la lectura a sensación cutánea para evitar la saturación de su campo visual.

No había resultados positivos del fuego láser descargado por el *Mitrailleuse* y el *Cartouche*. Los misiles seguían dirigiéndose hacia la armada enemiga. De momento no había señales de respuesta.

¿Y si nos hemos equivocado?, pensó Taince. *¿Y si son más listos que nosotros y se han anticipado a nuestra ingeniosa maniobra? En lo profundo del capullo de su vaina vital, pareció encogerse de hombros sin darse cuenta siquiera. Bueno, en ese caso podemos darnos por muertos. Por lo menos debería ser rápido.*

- ¿Continúa desbandada?

- Continúa desbandada, volvió a confirmar. Esperando, juzgando, preguntándose si funcionaría. Espacio Táctico mostró los contactos de segunda mano, cada vez más

obsoletos, que el *Petronel* había detectado como una nube de resonancias amarillas y palpitantes, que brillaban y se dispersaban lentamente. Los dos contactos sólidos que todavía se destacaban en los sensores del *Mitrailleuse* y el *Cartouche*, y que ahora confirmaban otras naves cercanas, eran puntos estroboscópicos de color rojo que se aproximaban lentamente. Los restos del *Petronel* eran una confusión moteada de púrpura, que estaba justo enfrente y derivaba para acercarse cada vez más, extendiéndose paulatinamente.

No pasa nada, pensó Taince. Podemos hacerlo.

Habían ensayado, practicado y ejercitado repetidamente todo aquello en RV, para esta eventualidad en concreto, para esta secuencia de emboscada, maniobra y respuesta.

Sabían que los forasteros se anticiparían al envío de una flota desde Zenerre hasta Ulubis. Por supuesto, la ruta más rápida era en línea recta, desviándose muy levemente tan solo al tener en cuenta la mínima deriva de los sistemas respectivos, mientras estos rotaban con el resto de la periferia galáctica en torno al núcleo de la gran rueda, a cincuenta mil años luz de distancia.

Así pues, ¿tomaba la flota esa ruta exactamente, exponiéndose a sufrir emboscadas por parte de otras naves, y a las minas, que constituían una amenaza mayor? Minas, en efecto; solo hacían falta unas cuantas toneladas de roca pulverizada. Si se convertía un pequeño asteroide en gravilla del tamaño de un grano de arroz y se esparcía por la trayectoria que había de seguir la flota, era posible aniquilarla por completo, si viajaba a suficiente velocidad, si se había acercado tanto a la velocidad de la luz que no era necesario apuntar y detonar nada, ponerlo en su camino ya era bastante devastador. ¿O describía un giro más amplio, evitando así la probable intercepción, pero arribando más tarde?

¿Y se mantenía unida (una estrategia obvia, pero sensata) o se separaba, y cada una de las embarcaciones individuales tomaba su propia ruta hacia Ulubis, y solo se reagrupaban cuando estuvieran cerca de su destino (una táctica muy arriesgada, pero que en potencia el enemigo no habría anticipado)? Finalmente, el almirante de flota había elegido una de una serie de trayectorias ligeramente curvilíneas recomendadas por los estrategas y sus máquinas sub IA, y habían seguido esa ruta en masa.

Era una apuesta. Lo más probable era que fuesen interceptados, sobre todo si los forasteros poseían la clase de material bélico que se creía que tenían entre Zenerre y Ulubis. La estrategia de intercepción más obvia era estacionar naves menores y otras plataformas de sensores hacia la mitad del trayecto, y situar las unidades de intercepción, que ya se desplazarían a gran velocidad, muy por detrás de estas, con objeto de darles tiempo de congregarse para el ataque. En una batalla campal directa, era imposible que prevalecieran las naves forasteras, pues su número y su armamento estaban en una inferioridad de condiciones aplastante. Pero, por otra parte, no necesitaban una batalla campal, ni la deseaban: solo tenían que retrasar lo más posible a la flota de los mercatoria. Deseaban escaramuzas, emboscadas, y utilizar la

colosal velocidad de la flota contra ella.

En teoría, la flota de los mercatoria podía haberse decidido por un curso lento y seguro, confiando en que su enorme potencia de fuego derribase de los cielos a cuanto se interpusiera en su camino. No obstante, tenían órdenes de llegar a Ulubis lo antes posible a toda costa, de modo que estaban obligados a desplazarse casi al máximo de su velocidad y arriesgarse a que les hicieran pedazos unas cuantas naves de pequeño tamaño y una tecnología no superior a unas cuantas toneladas de roca pulverizada.

Se les había ocurrido un plan sorpresa propio.

Las naves aguja estaban diseñadas para caber en conductos estrechos, así de simple. Las mayores arterias y los portales más anchos medían un kilómetro de lado a lado, pero el diámetro medio de un conducto era inferior a cincuenta metros, y algunas arterias muy antiguas medían apenas diez metros de ancho. Era necesaria una vasta cantidad de energía o de materia para fabricar una arteria y sus dos portales, y era difícil, caro y peligroso ampliarlos una vez emplazados. Para los mercatoria, no tenía mucho sentido poseer una red de conexiones de desplazamiento superrápido desperdigada por toda la galaxia si sus naves eran demasiado gruesas para pasar por ella, de modo que las proporciones de la armada (que era la palanca de poder definitiva de los mercatoria, al igual que para todos los imperios y semimperios precedentes, así como para cualquiera que a lo largo de los eones hubiese pensado en reforzar su paz o imponer su voluntad en la comunidad galáctica) se derivaba de la anchura de los canales con los que tendrían que negociar.

En el pasado, algunos acorazados de gran tamaño podían desmontarse automáticamente y convertirse en un aluvión de componentes más pequeños y esbeltos, capaces de atravesar un conducto, y después volverse a montar al otro lado, pero se había demostrado que aquel diseño de armada era un despilfarro. Las naves aguja eran más sencillas y baratas, pese a su asombrosa complejidad y coste. La mayor embarcación de la flota de batalla que se dirigía desde Zenerre hasta Ulubis tenía un kilómetro de eslora, pero menos de cuarenta metros de manga.

Cuando estaba a punto de alcanzar a la nave enemiga, el misil lanzado por el *Mitrailleuse* desapareció con un centelleo y ocupó su lugar un diminuto campo de escombros. Señales del crucero, según confirmaron Sensores y Estado.

- Ese misil obtuvo un perfil del hostil antes de que lo liquidaran, informó Armas, proyectando los datos transmitidos por el misil.

- Nave sceuri, de clase Surco o Foso, transmitió un oficial de Táctica.

De modo que se enfrentaban (al menos en esa nave) con la Espiral de la Muerte, pensó Taince. Ese grupo concreto de forasteros se componía exclusivamente de sceuri: hombres submarinos que odiaban a los mercatoria en general, y en particular a los miembros de su propia especie que formaban parte de ellos (es decir, la mayoría). Reputados por su ferocidad y por no tener siquiera la excusa de proteger sus preciosos hábitats civiles, pues no tenían ninguno, sus bases se encontraban en naves

casi exclusivamente. En otras palabras, eran un hatajo de piratas terroristas, de meros fanáticos. Y sin embargo, según se sabía, la Espiral de la Muerte no había participado en el ataque al portal de Ulubis.

- Con esa son cuatro, no tres, las variedades de forasteros que operan en este volumen, transmitió el almirante, diciendo en voz alta lo que pensaba Taince.

- Dos más y los tenemos a todos, replicó ella.

De vuelta en Espacio Táctico, observó cómo el misil del *Cartouche* se arqueaba para reunirse con la huella convulsa del hostil más cercano. Se unió y se superpuso a ella. Se produjo un centelleo blanco, y una rociada infinitesimal de escombros, de color rojo moteado de verde.

- D-tres: ¡Blanco! ¡Blanco en hostil!

Los dos compañeros tácticos de Taince a bordo de la nave insignia daban gritos de alegría.

—Bien hecho, D tres, dijo Kisipt.

—¿Continúa desbandada?

—Continúa desbandada. Taince ignoró los ruidos de celebración y su propia sensación de entusiasmo. Observó Espacio Táctico, escuchó el murmullo de la nave y sintió la cuenta atrás de los segundos.

La flota seguía extendiéndose y las trayectorias de los buques se desplegaban en abanico como tallos esbeltos desde un jarrón bajo. Taince se contuvo, se contuvo y se contuvo, hasta que casi pudo sentir que el almirante de flota Kisipt y los demás estaban a punto de gritarle.

Cuarenta segundos. Envió:

- Fin de desbandada. Retroceso modelo cinco.

- Recibido, dijo su timonel, seguido del resto de acuses de recibo. En Espacio Táctico, las estelas de las naves, que florecían y se ensanchaban, empezaron de inmediato a replegarse de nuevo, acortando las distancias entre ellas.

- C-uno: va a ser apretado.

Pero se podía hacer. Podían volver a la formación anterior antes de chocar con los restos del *Petronel*; eso era lo único que importaba por ahora. Espacio Táctico mostraba que la flota se reagrupaba suavemente. La panorámica mostraba la nebulosa de fiero resplandor de los despojos del *Petronel*, que parecían extenderse por el cielo a medida que se acercaban a él, invadiendo el cilindro oscuro y sin estrellas a cada lado. Taince enfocó más de cerca, distinguió un punto despejado cercano al centro del campo de escombros y lo cotejó con Espacio Táctico. Ahí.

Los dos contactos sólidos desaparecieron con un centelleo, adoptaron una tonalidad naranja y empezaron a extenderse. Espacio Táctico arrojaba conos de posibilidad, estimando dónde podían hallarse las naves. Más adelante, el cielo destelló brevemente con un amarillo uniforme y pálido, indicando que el resto de la flota de los forasteros podía encontrarse en cualquier punto de aquel volumen. Luego una dispersión de contactos sólidos de color rojo brillante se destacó contra la estela

amarilla y la dispersaron.

La flota se reformó. Volvían a estar donde habían empezado. Al menos, pensó Taince, habrían confundido a los forasteros.

- A todas las naves, formación cero.

Hasta en la vaina vital, sintió cómo la nave insignia frenaba con una sacudida, maniobraba y volvía a acelerar. Lo observó todo en Espacio Táctico. La flota se colapsaba, se estrechaba, se extendía hacia delante y hacia atrás, y una nave tras otra se deslizaba en una larga línea, en fila india.

- BC-cuatro, retrocede unos diez. D-once, avanza cinco. B-tres y B-dos, centraos en D-ocho. BC-cuatro, quédate ahí.

Taince los observó a todos en Espacio Táctico, mientras tiraba de ellos, les empujaba y les daba órdenes, hasta que se situaron todos en fila.

—¿Navíos de línea, responda, vice?, transmitió el almirante de flota, que también estaba observando.

—Señor.

No hubo colisiones, ni maniobras chapuceras, ni propulsiones demasiado prolongadas que incinerasen a las embarcaciones siguientes. La formación en línea se reunió más suavemente que nunca en las simulaciones de RV. La nave de batalla *Gisarme* iba en cabeza, destruyendo las diminutas partículas que quedaban del siniestro del *Petronel* y arrojando una cortina de fuego láser intermitente para interceptar las minas, cinéticas o de otra clase, que hubiera en el camino.

Esto también era una apuesta. Si funcionaba, habrían pasado al otro lado, uno detrás de otro, cargando en tropel justo detrás del *Gisarme* como una larga sucesión de arietes. Si no funcionaba, existía la posibilidad de que el *Gisarme* chocara con algo en primer lugar y seguidamente todos chocaran con lo que quedase de él. En potencia toda la flota podía ser exterminada en una larga serie de colisiones en cadena. Había pocas posibilidades (menos, según indicaban las simulaciones, que los riesgos asociados con cualquiera de las otras maniobras), pero solo porque incluía una prima de seguridad debido a su supuesta impredecibilidad, su gran valor novedoso. Si se habían equivocado en eso, era mucho más arriesgada que todas las demás.

La maniobra pilló desprevenidos a los forasteros. Se trataba de un comportamiento profundamente anómalo a la norma de la Flota Reunida. Las naves aguja ahora eran una saeta gigantesca, que se precipitaba a través del campo de escombros del destructor derribado, disparando a todo cuanto las rodeaba y logrando un par de impactos en hostiles lejanos que se acercaban a la desesperada. Espacio Táctico mostraba las trayectorias del fuego que brotaba de la flota como si fueran rayos de un astil tan delgado como un filamento, y las de los misiles rotantes como diminutas esmeraldas brillantes. Los forasteros intentaban cerrar filas, pero era demasiado tarde. Lo único que consiguieron las unidades hostiles más próximas fue su propia destrucción. En dos minutos la flota mercatorial había pasado sin bajas, y

un minuto después toda su formación de artillería estaba orientada hacia atrás: líneas sinuosas de color escarlata que se combaban y horadaban las profundidades despobladas del espacio a sus espaldas. Cualquier combate subsiguiente se celebraría según sus propios términos de principio a fin, y entonces la vasta superioridad de la potencia de fuego de la flota tendría la primera palabra, y la última.

- Buen trabajo, vice. El almirante de flota Kisipt parecía un poco sorprendido, un poco decepcionado y moderadamente impresionado. Taince sabía que muchos oficiales deseaban una verdadera batalla, pero de este modo había sido mejor, más rápido y más elegante. «Buen trabajo»: viniendo de un voehn, era un verdadero cumplido.

- Señor. Taince reprimió su voz mental, pero por dentro era su turno de proferir exclamaciones de alegría. Sumergida en su oscuro útero de fluido, de tubos y cables, con los puños apretados, una sonrisa apareció en su rostro hasta entonces ceñudo, y un escalofrío recorrió su cuerpo acunado.

La casa familiar de los Kehar en Murla, una isla situada en la costa sur, a unos cuantos cientos de kilómetros de Borquille, era otro edificio esférico, cuyo tamaño era la cuarta parte del palacio del jerarca, pero que destacaba porque se encontraba equilibrado en lo alto de un gran surtidor de agua, exactamente igual que una bola en equilibrio sobre un chorro en un parque de atracciones.

Saluus Kehar, perfectamente acicalado, radiante de salud, y en general con un aspecto tan pulcro y reluciente como una de las naves espaciales de su empresa, recibió personalmente a Fassin en el estrecho puente colgante que conectaba la casa con la lengua de agua que sobresalía sobre la antigua caldera sumergida, donde la corriente burbujeaba, rugía y espumaba y la casa se sostenía, temblando apenas, sobre la gigantesca columna líquida.

—¡Fassin! ¡Me alegro mucho de verte! ¡El uniforme te sienta bien!

Fassin pensaba que tendría que someterse a informes, doctrinas, pruebas psicológicas, arengas, gilipolleces, y que después le embarcarían a la carrera en una nave que le llevaría de inmediato a Nasqueron. Pero aunque quizá se enfrentara a la mayor emergencia de su vida, la burocracia Ulubina tenía un modo establecido de hacer las cosas, y al parecer, no apresurarse demasiado en cuestiones de excesiva trascendencia, por si acaso; era fundamental en su escala de valores.

El resto de la sesión celebrada en la cámara de audiencia del jerarca, después de que la proyección de la IA hubiese transmitido sus órdenes y dado paso a las preguntas, había consistido en mucho hablar, pronunciar discursos, apuntarse tantos, cubrirse las propias espaldas, apuñalar las ajenas, y lavarse las manos como medida de precaución. La imagen del almirante Quile respondió a todas las preguntas sin desfallecer, con una paciencia que probablemente era el síntoma más inequívoco de

que se trataba en realidad de una IA. Un humano (sobre todo un almirante, acostumbrado a ser obedecido al instante y sin discusión) habría perdido la paciencia mucho antes de que el acto terminase. Fassin había sido objeto de ademanes y alusiones en varias ocasiones, y se había quedado con la vívida impresión de que todo aquello era culpa suya. Y suponía que en cierto modo así era. Todo se había prolongado tanto que el estómago de Fassin, quizá en solidaridad con un amplio componente del ánimo de la cámara, había empezado a gruñir. Después de todo, no había comido nada desde el desayuno de madrugada en 'glantina.

—¿Están completamente seguros? —preguntó al fin la imagen que flotaba sobre el aparato en forma de cazuela, cuando, al parecer, hasta los más habladores quedaron sin preguntas que hacer, ni puntos (ni delicadas partes de la anatomía) que cubrir. No había asomo de súplica ni de alivio en la voz de la proyección. Cualquiera de las dos cosas le habría parecido apropiada a Fassin.

»Muy bien, entonces. Me despido de ustedes, y buena suerte.

La imagen del varón humano con el cráneo calvo y tatuado, y la cara surcada de arrugas, que se elevaba frente a ellos con su traje blindado repleto de condecoraciones, recorrió a los presentes con la mirada por última vez, ejecutó una reverencia breve y formal ante el jerarca y desapareció. Por un instante, pareció que nadie estaba seguro de qué hacer. Luego la máquina negra y barriguda situada en el centro del suelo empezó a emitir un sonoro zumbido. La coronel Somjomion, de la Jurisdicción, y el clérigo reinante de los cesoria, Voriel, que se ocupaban lo mejor que podían de las máquinas puestas a su cargo desde que se había exigido que los demás abandonasen la cámara, empezaron a mirar con atención diversas pantallas y controles. Los soldados con armadura de espejo dispuestos en círculo se dieron un golpecito en el oído y alzaron sus pistolas, apuntando al aparato en forma de cazuela, que ahora emitía un zumbido penetrante y empezaba a despedir un resplandor infrarrojo. El zumbido se elevó y adquirió armónicos adicionales, que se hicieron cada vez más graves, hasta que la máquina empezó a vibrar visiblemente. Algunos de los que se encontraban cerca del aparato retrocedieron, o dieron la impresión de querer hacerlo, como si temiesen que la máquina fuese a explotar. El aire en torno a sus flancos rayados brilló con una luz trémula. Por encima de ella, parecía que la atmósfera se retorció y temblaba, como si un fantasma mutante de la imagen que había estado allí todavía luchara por escapar.

Entonces, justo cuando la cosa barriguda empezaba a emitir un intenso brillo de color rojo cereza alrededor de su centro, todo se desvaneció: el ruido, la vibración y el calor. La gente se relajó. Somjomion y Voriel aspiraron hondas bocanadas y asintieron en dirección al jerarca. Los soldados se echaron sus armas al hombro. Cualquiera que fuese el sustrato complejo en el interior de aquel oscuro aparato que había desempeñado el papel de anfitrión de la imagen de la IA del almirante, se había convertido en escoria.

El jerarca Ormilla se dirigió a ellos desde su reluciente traje ambiental.

—Invoco los poderes de emergencia plenos del Plan de Emergencia Bélica. Al término de esta sesión extendida se declarará la ley marcial. Que los que antes fueron excluidos regresen a sus puestos.

El frenético politiqueo que Fassin había presenciado anteriormente llegó a parecer moderado en comparación, mientras se discutía lo que ya empezaba a conocerse como La Emergencia Actual (sin revelar detalle alguno a los que no estaban autorizados a saber de ella), y las funciones ampliadas y las nuevas responsabilidades se discutían, se disputaban (dentro y fuera de cada departamento), se revisaban, se volvían a revisar, se discutían un poco más y se revisaban de nuevo antes de otorgarse al fin.

La barriga de Fassin seguía haciendo ruidos cuando se disolvió la sesión plenaria y sus superiores de la Jurisdicción Ocula le convocaron a una sesión informativa. Le hicieron esperar en una antesala en el piso asignado a la Ocula en el interior del palacio del jerarca; se despojó de una capa de los voluminosos ropajes cortesanos y encontró un poco de comida humana en una máquina expendedora en un pasillo exterior curvilíneo que daba a la plaza de recepción. Largas sombras vespertinas, torres y agujas que el atardecer bruñía de rojo. Buscó una señal evidente de que la ciudad, el planeta y el sistema se hallaran de nuevo bajo la ley marcial, pero no vio nada. Seguía limpiándose los dedos cuando le invitaron a entrar.

—Comandante Taak —dijo la coronel Somjomion—. Bienvenido.

Le acompañaron hasta una gran mesa redonda rodeada de personal uniformado de la Jurisdicción. Eran sobre todo humanos o *whule*, aunque también había dos *jajuejein* que se esforzaban al máximo por parecer humanoides sentados, y una *oerilita* que ocupaba una versión deslucida y ligeramente más pequeña del traje ambiental del jerarca, cuyo disco estaba semioculto en una amplia ranura en el suelo. Parecía que irradiaba frío y que, sin embargo, dominaba la sala.

Somjomion señaló a la *oerilita*.

—Esta es la coronel Hatherence —le dijo a Fassin—. Será su superior en esta misión.

—Un placer, sin duda —bramó la *oerilita*, retorciéndose un ápice hacia Fassin. El traje ambiental de la coronel no tenía una lámina facial transparente como el del jerarca, no era más que una armadura con sensores, que no permitía ver a la criatura del interior.

Fassin asintió.

—Señora. —Pensaba que aparte del jerarca los únicos *oerilitas* del sistema eran la familia inmediata de Ormilla y sus novias («harén» era un término demasiado peyorativo, aunque por poco). Se preguntó si la coronel Hatherence encajaría fácilmente en una de aquellas categorías.

Le explicaron que, por supuesto, no podían enviarle solo a cumplir su misión. En el transcurso de la siguiente hora, mientras las comunicaciones, los memorandos y las audiencias a distancia con el jerarca interrumpían a Somjomion, le dieron a entender

gradualmente que la tarea que le habían asignado específicamente a él solo, quizá pudiera, no obstante, llevarse a cabo mejor si le escoltaban y supervisaban personas que gozaran de la confianza del jerarca y su séquito de aduladores.

En consecuencia, Fassin no estaría solo en su próximo arcano. Se beneficiaría de la protección y la guía de la coronel Hatherence, allí presente, y de dos de sus colegas observadores humanos, Braam Ganscerel, observador jefe de la septa Tonderon, la más antigua de todas, y, como subalterno de Fassin, Paggs Yurnvic de la septa Reheo, con quien ya había trabajado en el pasado. El observador jefe Ganscerel ya se estaba preparando para regresar lo antes posible de un hábitat que orbitaba Qua'runze y reunirse con la coronel Hatherence, el comandante Taak y el observador Yurnvic en Tercera Furia, desde donde se llevaría a cabo el arcano o los arcanos.

Qua'runze era el otro gran gigante gaseoso del sistema Ulubis. También había dos ejemplos más pequeños. Todos tenían poblaciones de moradores, aunque comparadas con la de Nasqueron su tamaño era insignificante. Fassin sospechaba que Ganscerel tardaría más de una semana en desplazarse desde Quar'runze hasta Nasqueron y la base de la Tercera Furia. Al viejo le gustaban sus lujos, y, de todos modos, no sería físicamente capaz de soportar mucho más de un gravitón durante el trayecto, suponiendo que estuviese dispuesto a hacerlo.

Fassin, que andaba a tientas en todo aquello, al verse de pronto atrapado entre organizaciones y estructuras de poder con las que nunca había imaginado tener trato, y obligado a lidiar con redes de rango y superioridad que solo conocía remotamente, había estado a punto de ponerse a dar golpes en la mesa (probablemente solo en sentido figurado) y quejarse de que no le permitieran empezar su trabajo cuanto antes, tal como le habían ordenado con claridad. Entonces mencionaron a Ganscerel y su viaje de regreso desde Qua'runze, y se dio cuenta de que probablemente sería imposible acelerar la marcha de las cosas, pues ya se había decidido.

Lo cual, en cierto modo, era muy conveniente. Si en verdad el sistema se encontraba amenazado por una invasión inminente y le pedían que se embarcara en el arcano más importante de su vida, en medio de ella (y teniendo en cuenta el tiempo que según les habían dicho quedaba todavía hasta que tuviera lugar la invasión, era muy probable que se encontrase aún en el planeta cuando se produjera), entonces deseaba, necesitaba, emprender un último arcano propio en los bajos fondos de Borquille, en su mundo subterráneo, brumoso, nubiloso, turbulento y peligroso. De pronto tenía cosas que hacer y personas a quienes ver, por lo menos una. El retraso ocasionado por Ganscerel podía resultarle muy útil. Por supuesto, era probable que no quisieran perderle de vista, de modo que tendría que hallar una manera de salirse con la suya.

También sospechaba que deseaban que el arcano se efectuara a distancia, desde Tercera Furia, con Ganscerel, Paggs Yurnvic y él mismo enchufados en la base, comunicándose por medio de aparatos de control remoto ubicados en el mismo Nasqueron. Ciertamente, Ganscerel no era capaz de saltar dentro de una nave de gas,

respirar fluido branquial y soportar múltiples gravitones mientras chapoteaba en gel antichoque; ni siquiera lo había hecho cuando era joven. Fassin también tendría que encontrar el modo de evitar eso.

Se lamentó con tanta amargura como pudo fingir de que no le dejaran ponerse manos a la obra, y entonces exigió algo de tiempo libre.

—¿Se refiere a un permiso? —dijo Somjomion, con los ojos desorbitados—. Tengo entendido que tiene usted por delante sesiones informativas y de entrenamiento muy intensas, comandante Taak. Tendrá que aprender a toda prisa en unas horas el contenido de varios días. No hay tiempo para permisos, de ninguna manera.

Les explicó la edad de Ganscerel, sus achaques y por lo tanto su lento ritmo de desplazamiento. Somjomion parecía indignada, pero lo comprobó, celebrando al fin otra conferencia apresurada con el jerarca en persona.

—Así es —suspiró—. El perfil del observador jefe Ganscerel indica que es incapaz de soportar fuerzas superiores a un gravitón y medio, y ya se está quejando ante esa perspectiva. Pasarán nueve días hasta que pueda llegar a la base de la Tercera Furia. —La coronel Somjomion miró a Fassin entornando los ojos—. Procederemos a una sesión informativa completa con usted a primera hora de la mañana, comandante Taak. Si queda algo de tiempo, quizá pueda concederle un día o dos de permiso. No le garantizo nada.

—Así que otra emergencia —dijo Saluus, que lucía una amplia sonrisa—. Me han dicho que tengo que agradecértelo a ti, Fass. —Le ofreció una copa alargada.

Fassin aceptó el vaso.

—Todo es obra mía.

Suponía que Sal era una de las pocas personas del sistema para quienes la perspectiva de la aplicación de un Plan de Emergencia Bélica era una causa genuina de celebración.

—¿De verdad? —dijo Saluus—. Eres todavía más eminente de lo que pensaba. Y no aparentas más de veinte, perro. —Sal se rió con la carcajada fácil de un hombre que se puede permitir ser generoso en cumplidos. Brindaron. Bebían champán: un Krug antiguo con una fecha sin sentido, traído desde la Tierra, que probablemente valía lo mismo que una nave especial de pequeño tamaño. Tenía un sabor agradable, pero no muchas burbujas.

Estaban los dos en un balcón que se abría sobre la caldera. Abajo, las aguas emergentes formaban una gran pendiente espumosa que se extendía por doquier desde el fondo de la casa, un cono superficial de oleadas y crestas de espuma que se amasaban con furia, se colapsaban y se precipitaban hacia el exterior, donde el estrépito embravecido se asentaba ligeramente y se convertía en meras olas que embestían salvajemente. El balcón estaba justo encima del borde ecuatorial de la casa, de modo que la columna de agua que en verdad la sostenía estaba oculta a su

vista, pero las paredes del cráter, a un par de kilómetros de distancia, reverberaban con el tumulto.

Habían subido allí después de una modesta recepción y un almuerzo ligero con algunos amigos de Sal y de su esposa, todos ellos personajes importantes, que estaban pasando la tarde allí. Fassin había recibido una invitación para quedarse un par de días, hasta que la Jurisdicción le necesitara otra vez en Borquille. Había cambiado el uniforme gris oscuro de la Jurisdicción por un atuendo informal.

Sal se apoyó contra la barandilla.

—Bueno, gracias por venir a visitarnos.

Fassin asintió.

—Gracias por invitarme.

—El placer es mío. Pero me sorprendió un poco que me lo pidieras.

—Ellos confían en ti, Sal —Fassin se encogió de hombros con suavidad—. Necesitaba alejarme de toda esa mierda militar, y no me iban a dejar salir del palacio por las buenas para ir a Boogeytown. —Contempló la cascada de agua—. De todas formas —echó un vistazo a Sal—, ha pasado mucho tiempo. —Quería dar la impresión de que esta había sido una buena excusa para llevar a cabo una especie de reconciliación que deseaba desde hacía tiempo. Sal y él se habían encontrado en contadas ocasiones a lo largo de los dos siglos transcurridos desde la destrucción del conducto, casi siempre en la suerte de gigantescos eventos sociales en los que era difícil escabullirse, pero fácil estar solo. No habían hablado en profundidad.

Incluso ahora, al encontrarse, había muchos aspectos de sus vidas en los que, de algún modo, no necesitaban adentrarse. Cómo les había ido y qué habían hecho era de dominio público, y preguntar sería casi un insulto. Fassin había reconocido a la esposa de Sal por las noticias y las imágenes sociales, en verdad no le había hecho falta una presentación. En la recepción de abajo no había habido una sola persona, fuese alienígena o no (aparte de los criados, por supuesto), de quien Fassin, que no era un gran observador social, no hubiese podido escribir una breve biografía. Probablemente, Saluus no sabía tanto de Fassin como este de él, pero ya le había felicitado por su compromiso con Jaal Tonderon, así que eso lo sabía (o, y esto quizá era más probable, simplemente tenía una secretaria social eficiente, con una buena base de datos).

—En fin, ¿qué puedes contarme, Fass? —preguntó Sal con ligereza. Arrugó la nariz—. ¿Puedes hablar de ello?

—¿De la emergencia?

—Bueno, de lo que esté causando toda esta conmoción.

Había más que una conmoción; había una guerra de bajo nivel. Desde el día siguiente a la declaración de la ley marcial, se había producido una serie de ataques, la mayoría dirigidos contra embarcaciones y asentamientos aislados en el límite del sistema, pero también había habido asaltos preocupantes en el interior del sistema, incluyendo uno en un hábitat muelle de la Navarquía en el Lagrange estelar de

Sepekte, en el que habían perecido más de un millar de personas. Nadie sabía si detrás de aquel resurgimiento de la violencia estaban los forasteros, las avanzadillas de la Descon. E-5, o una combinación de ambos.

Lo más extraño, y mucho más perturbador para Fassin, era que habían bombardeado la casa de Verano Pleno de la septa Litibiti, allá en 'glantina, precisamente el día anterior; habían arrojado misiles desde el espacio como si fuera una instalación militar. Era extraño e inédito. La casa estaba vacía, a excepción de un puñado de desafortunados jardineros y limpiadores, que la mantenían a punto hasta que llegara la estación apropiada, pero los observadores de todo el sistema estaban preocupados porque de repente, por alguna razón, se habían convertido en objetivos. Fassin había enviado un mensaje a Slovius diciendo que quizá debieran considerar el traslado de la septa a otro punto de 'glantina. Dirigirse a un hotel de temporada baja, tal vez. Todavía no había obtenido respuesta, lo que quizá significaba que Slovius ignoraba su consejo, o que la nueva comprobación y censura del tráfico de mensajes progresaba a marchas forzadas. Ninguna de las dos cosas le habría sorprendido.

—Dime lo que sabes —sugirió Fassin—. Te pondré al corriente de lo que pueda.

—Quieren muchas naves de guerra, Fass. —Sal le dedicó una sonrisa de aspecto triste—. Muchísimas naves de guerra. Tenemos que producir todas las que podamos durante todo el tiempo que podamos, pero las quieren más pronto que tarde, y los proyectos avanzados que ocupen más de un año, incluso los que ya están en marcha, han dejado de ser prioritarios. Tenemos que poner a prueba de gas un montón de cosas para... —Sal hizo una pausa, se aclaró la garganta y agitó una mano—. Coño, idioteces; tenemos que efectuar mogollón de conversiones civiles: buques mercantes armados, mineros de nubes desechables, cruceros transatlánticos reforzados y cosas así. No tuvimos que hacer eso ni siquiera durante la última emergencia. Así que sea lo que sea, es algo serio, seguramente es lo que nuestros amigos militares llamarían creíble, y no está muy lejos. Te toca.

—Hay muchas cosas que no puedo contarte —dijo Fassin con precaución—. Pero de todas formas la mayoría no te interesarían. —Se preguntó cuánto podía decir, cuánto precisaba decir—. Se supone que todo tiene que ver con algo llamado la Desconexión de la Epifanía Cinco.

Sal enarcó una ceja.

—*Hmmm*. Eso está bastante lejos. Me pregunto por qué iban a molestarse. Obtendrían más beneficios dirigiéndose hacia el interior.

—Pero una parte importante de la Flota Reunida está de camino. Eso dicen. —Fassin sonrió.

—*Mm-hmmm*. Entiendo. ¿Y qué pasa contigo? —preguntó Sal, inclinándose hacia Fassin y bajando la voz—. ¿Cuál es tu papel en todo esto?

Fassin se preguntó hasta qué punto el ruido torrencial continuo que producían las olas del fondo encubriría sus palabras si alguien les escuchaba desde lejos. Desde su llegada se había duchado y puesto una muda de ropa que había pedido a la casa,

explicando, sin necesidad, que, debido a una larga estancia lejos de casa, carecía del atuendo necesario. Le dio la impresión de que los criados estaban sumamente habituados a proporcionar ropa de diversas tallas y de ambos sexos a los huéspedes de la casa. Pero aunque el horror de la nanotecnología estaba proscrito, últimamente se podían fabricar micrófonos verdaderamente pequeños. ¿Sería posible que la Jurisdicción, o la gente del jerarca, le hubieran puesto una especie de rastreador o de escucha oculta? ¿O que Sal tuviera por costumbre vigilar a sus invitados? Su anfitrión esperaba una respuesta.

Fassin miró en el interior de su copa. Unas pocas burbujitas de gas se alzaron hasta la superficie de la bebida y estallaron, liberando una proporción diminuta de sustancia de la Tierra en la atmósfera de un planeta ubicado a veinte mil años luz de distancia.

—Yo sólo hice mi trabajo, Sal. Me embarqué en un arcano, hablé con los moradores y me llevé lo que me permitieron llevarme. La mayoría no era trascendental, no era importante, no iba a ocasionar grandes cambios ni mucho menos, no era nada que fuese a querer nadie, ni por lo que nadie estuviese dispuesto a arriesgarlo todo. —Miró a Saluus Kehar a los ojos—. Solo iba dando tumbos por la vida, ¿sabes? A ver qué salía. Sin saber dónde iba a ir a parar.

—¿Quién lo sabe? —preguntó Sal, y asintió—. Pero te entiendo.

—Lamento no poder contarte mucho más.

Sal sonrió y contempló la superficie de oleaje artificial, el pandemonio de rompientes más allá, y los escarpados precipicios que estaban aún más lejos, y tenían un color negro amarronado bajo el nebuloso cielo azur.

—Ah, tu guardaespaldas —dijo. El traje ambiental de la coronel Hatherence de la Jurisdicción apareció flotando a un lado, sobrevolando apenas la espuma demencial de las aguas, como una rueda grande y gruesa de color gris dorado. Las aspas giratorias a ambos lados de su traje ambiental impedían que la coronel se hundiera en el remolino. A pesar de su imponente tamaño cuando se estaba a su lado, el traje ambiental parecía muy pequeño desde allí arriba.

»¿Te está dando problemas?

—No. No está mal. No se empeña en que la salute ni la llame señora todo el tiempo. Le gusta que las cosas sean informales. —De todas formas, esperaba librarse como fuera de la coronel, antes o después de bajar a Nasqueron.

Fassin observó a la coronel mientras esta se elevaba con precaución por el paisaje de olas.

—Pero, ¿te imaginas que intentamos colarnos en Boogeytown con eso siguiéndonos los pasos? —preguntó—. ¿Aunque fuera por una última noche?

Sal bufó.

—Los techos de los tugurios son demasiado bajos.

Fassin se rió. *Es como el sexo, pensó. Bueno, como la escena de la seducción, como la estúpida y complicada danza de apareamiento de sí o no, quieres o no*

quieres. Tentar a Sal, engatusarle...

Se preguntaba si le habría parecido lo bastante misterioso, sugiriendo al mismo tiempo que quizá estuviera disponible. Necesitaba a ese hombre.

Cena con Sal, su esposa, las concubinas de ambos y algunos socios de la empresa, entre los cuales se contaban un whule, un jajuejein y un quaup. La conversación giró en torno a los nuevos ataques que se habían producido en las avanzadas lejanas, la ley marcial, los retrasos en las comunicaciones, las restricciones en los desplazamientos, y quién saldría ganando y quién perdiendo de la nueva emergencia: al parecer, ninguno de los asistentes, sentados en sus sillones, anticipaba sino la pérdida de algunas libertades triviales durante una temporada. La coronel Hatherence se sentó en silencio en un rincón, pues no necesitaba sustento externo, gracias, pero estaba feliz, a decir verdad honrada, de encontrarse presente mientras ellos consumían alimento, se comunicaban por medio de la conversación y se relacionaban socialmente entre tanto ella proseguía sus estudios (¡muy necesarios!), e indagaba acerca de Nasqueron y sus famosos moradores.

Bebidas, comidas seminarcóticas, cuencos de drogas. Los entretenía una tropa de acróbatas humanos, bajo los focos del otro lado del balcón del comedor.

—No, lo digo en serio —les gritó Sal a sus invitados, gesticulando en dirección a los acróbatas, que se columpiaban en el aire con la ayuda de cuerdas y de trapecios—. ¡Si se caen, casi seguro que se matan! Hay tanto aire en el agua que no se puede flotar. Te hundes. Te quedas atrapado en la turbulencia del fondo. ¡No, idiota! —le dijo a su mujer—. ¡No hay bastante aire para respirar!

Algunos se marcharon. Después se sirvieron copas, solo para los humanos, en la sala de trofeos de Sal; lamentablemente, los pasillos y las habitaciones eran demasiado pequeñas para la coronel Hatherence (no importaba; se iría a dormir; ¡buenas noches!). La esposa de Sal y los pocos que aún quedaban se acostaron. Pronto solo quedaron los dos, vigilados por cabezas de bestias procedentes de una docena de planetas, disecadas, lacadas, reducidas o expuestas en vitrinas.

—¿Viste a Taince? ¿Justo antes de que el portal explotara?

—Cenamos en la Ecuatorre un día o dos antes. —Fassin hizo un ademán en lo que quizá fuera la dirección aproximada de Borquille. Se podían ver las luces de la Ecuatorre desde la casa, puntitos rojos que se alzaban en el cielo; a veces, en lo alto, y de un modo perverso, parecían más claros, cuando la atmósfera inferior estaba sumida en la bruma, y los faros más elevados proyectaban su luz en un ángulo más acusado, a través de menos aire.

—¿Estaba bien? —preguntó Sal, pero después echó la cabeza hacia atrás y emitió una risa demasiado sonora—. Como si importara. Eso fue hace dos siglos. Pero igual.

—De todas formas, estaba muy bien.

—Bien.

Bebieron sus copas. Coñac. También de la Tierra, de hacía muchísimo tiempo. A

muchísima distancia.

Fassin se rayó.

—Mierda —dijo—, me he rayado.

—¿Que te has rayado? —dijo Saluus.

—Sí —confirmó Fassin—. Ya sabes; cuando parece que se te va la cabeza porque de repente piensas: «¡Oye, soy un ser humano, pero estoy a veinte mil años luz de mi casa, y todos vivimos en medio de alienígenas que están como putas cabras, superarmas y el jodido remolino de locura de la política y la historia galáctica!». Eso. ¿A que es raro?

—¿Y eso es qué? ¿Fliparse? ¿Enrollarse? —dijo Sal, que parecía verdaderamente confundido.

—No, ¡rayarse! —gritó Fassin, incapaz de creer que Sal no hubiese oído hablar de aquel concepto. Creía que todo el mundo lo había hecho. Algunos nunca se rayaban (la mayoría, pensándolo bien, o eso le habían dicho), pero muchos sí. Y no solo los humanos. Aunque los moradores nunca lo hacían, ojo. Aquella palabra ni siquiera estaba en su vocabulario.

—Nunca he oído hablar de ello —confesó Sal.

—Bueno, me lo imaginaba.

—Oye, ¿quieres ver una cosa?

—Sea lo que sea, tengo unas ganas de la hostia.

—Ven conmigo.

—La última vez que dijiste eso...

—Dijimos que ya no lo haríamos más.

—¡Joder! Sí que lo hicimos. Retracción total. Enséñame lo que tengas que enseñarme.

—Por aquí.

—Venga ya, vete a la mierda.

Fassin siguió a Sal hasta un recoveco de su estudio. Era lo que habría esperado si hubiera pensado en ello: mucha madera y charcos de luz de suave brillo, chismes enmarcados y un escritorio del tamaño de una habitación hundida. En un rincón descansaban varios fragmentos retorcidos de metal reluciente, o de otra sustancia brillante, de gran tamaño y aspecto ridículo. Fassin supuso que se trataba de fragmentos de astronaves.

—Ahí está.

—¿Dónde? ¿Qué quieres que mire?

—Esto. —Sal sostuvo un diminuto trozo de metal de aspecto retorcido montado en un plinto de madera.

Fassin se esforzó por disimular el escalofrío que sintió. No estaba tan borracho como intentaba aparentar, ni mucho menos.

—¿Sí? ¿Y qué *quésesso*? —Exageraba, pero Sal no pareció advertirlo.

Saluus sostuvo el extraño trozo de metal ante los ojos de Fassin.

—Es lo que saqué de esa puta nave estrellada, tío. —Sal lo miró, tragó saliva y aspiró una honda bocanada. Fassin vio que le temblaba el labio—. Es lo que...

El cabrón va a venirse abajo, pensó Fassin. Le dio una palmada en el hombro.

—Esto no está bien —le dijo—. Necesitamos algo distinto, necesitamos, no sé; algo. No necesitamos esto, no necesitamos lo que tenemos aquí delante. Necesitamos algo distinto. Otro momento, otra cosa, otro lugar. Esta podría ser mi última noche de libertad, Sal. —Le agarró con fuerza el hombro de su chaqueta de corte perfecto—. ¡Lo digo en serio! ¡No sabes lo mal que se pueden poner las cosas para mí! Joder, Sal, no sabes lo mal que se pueden poner las cosas para todos, y yo no puedo decirte una puta palabra, y esta podría ser mi última noche de diversión en cualquier parte, y... y... y me enseñas una puta percha o algo así, y no sé... —Lanzó un golpe débil al trozo de metal retorcido, y consiguió apartarlo, pero falló. Luego sorbió por la nariz y se enderezó—. Lo siento —dijo, serenándose—. Lo siento, Sal. —Le dio una palmada en el hombro—. Pero a lo mejor es mi última, ah, noche de diversión, y... mira, me siento totalmente a tope para lo que sea... ojalá Boogeytown estuviera ahí mismo, de verdad, pero bien mirado han sido unos días muy largos y quizá... no; quizá, no. Quizá, seguro. De hecho, tampoco es eso, seguro de verdad, lo más sensato es acostarse y...

—¿Lo dices en serio? —dijo Sal, dejando caer el trozo de metal sobre su plinto de madera en el escritorio que había a su espalda.

—¿Lo de dormir? —dijo Fassin, haciendo aspavientos—. Bueno...

—¡No, capullo! ¡Lo de Boogeytown!

—¿Qué? ¿Eh? ¡Yo no he hablado de Boogeytown!

—¡Sí que lo has hecho! —dijo Sal, riéndose.

—Ah, ¿sí? ¡Hay que joderse!

Sal poseía una voladera que estaba automatizada hasta el punto de estar casi prohibida bajo las leyes de la IA. Estaba cargada de mecanismos de reparación que no eran exactamente nanotecnología, pero solo por muy, pero que muy poquito. Era decididamente civil, pero disponía de acreditación militar total. Si un gran almirante de la puta Flota Reunida se subiera a esa preciosidad y conmutara su autoridad, el cabrón sólo conseguiría rebajar su perfil multivolumen de acceso a todas las áreas. Estaba abajo, en la cubierta del hangar: «Por aquí, jo jo».

Bajaron la capota durante parte del camino, para despejarse. Hacía muchísimo frío.

Aterrizaron en un lugar donde las hélices de la voladera removieron la basura de un lado a otro. Fassin creía que ya no existía la basura.

Boogeytown seguía siendo como él lo recordaba. Recorrieron los antros buscando emociones fuertes. Exploraron los bares de bolos y los salones de narcócteles, y salieron de allí con un tropel de chicas y una agradable sensación de embriaguez, mientras Fassin intentaba empujar a Sal hacia un bar determinado, y Sal (que

recordaba vagamente que se suponía que aquello no era solo diversión, sino un modo de que su viejo colega Fass le revelase de una puta vez más detalles potencialmente provechosos y lucrativos de lo que estaba ocurriendo) intentaba alentar a su viejo nuevo mejor amigo en una dirección informativa determinada, pero sin mucho éxito, y cada vez con menos interés y una sensación creciente de «bueno, ¿a quién cojones le importa?».

Fassin también se sentía frustrado, y se esforzaba por seguir moviéndose hacia otra calleja, hacia un bar específico, pero ahora se encontraban en un emporio con paredes de diamante llamado Narcateria, donde la sordidez se ostentaba con tanto descaro que casi dolía, rodeados de personas que no habían visto a Sal en muchísimo tiempo y que debían retenerle allí, «¡no se te ocurra marcharte, sinvergüenza! ¿Y este es amigo tuyo? ¿Dónde se había metido? ¿Puedo sentarme aquí, *hmmm*? ¡Yo también, yo también!» De modo que al fin tuvo que alejarse dando tumbos, para hacer una llamada desde una cabina pública y dirigirse al lavabo, donde vomitó en un chorro caliente y fino todo el alcohol que había bebido desde la última vez que fuera al retrete (encima del agujero, para que pareciera y sonara auténtico), se lavó la cara y volvió a entrar en la refriega borracha y narcotizada de sobrecogedora hermosura, esperando a la chica adecuada, la que había sido la causa de todo aquello, desde el principio, empezando por solicitar una invitación a la casa de Sal, y luego emborracharle, fingiendo emborracharse él mismo (estaba borracho, pero no tanto), y hacer insinuaciones sobre Boogeytown, todo para poder escaparse, llegar hasta allí y ver a esta chica en particular...

... Que apareció al fin casi una hora más tarde, cuando ya empezaba a desesperar, pero allí estaba, perfecta, serena y discretamente hermosa como siempre, aunque su aspecto había vuelto a cambiar, y su cabello de oro blanco se columpiaba con pesadez, como si fuese auténtico, de 24 quilates, enmarcando su semblante casi triangular, el mentón que estaba hecho para sostenerlo, los labios de fresa púrpura para besarlos, la naricilla para rozarla con la suya, las mejillas para acariciarlas, los ojos para perderse en ellos (¡qué profundidades, ah, qué profundidades!), las cejas para lamerlas, la frente también, para lamerla, para limpiar el sudor del sexo después de una sesión, ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!, demasiado extenuante.

Aun Liss.

El auténtico amor de su vida, la única pasión que le dominaba.

Volvía a ser mayor, pero no tanto como debería. Tenía otro aspecto, otra vida, otro carácter, otro nombre. Ahora no se llamaba Aun Liss, sino Ko, y eso era todo, pero para él siempre sería Aun Liss. No hacía falta decir su verdadero nombre. De todas formas, la mayoría de las cosas que sucedían entre ellos no se decían en voz alta. Iba vestida con ropa de chica trabajadora. Nada especial, revelador ni provocativo.

Pero aun así.

Ella le tendió la mano.

Hasta Sal, que estaba cerca, rodeado de una turba de hembras humanas (a decir

verdad, casi sumergido en ellas) y su encanto superestimulante e hiperbello, parecía impresionado.

—¡Fass, perro!

Aun Liss seguía tendiéndole la mano.

Estaban otra vez en la voladera de Sal. Sal iba delante, terriblemente atendido por las infames gemelas Segrette, jadeando.

Fassin y Aun estaban en el asiento de atrás, absolutamente encantados de parecer tan típicos. Se besaron durante largo rato, y después Aun Liss miró en derredor, se encogió de hombros ante las travesuras del asiento de delante (en este punto la voladera no se dirigía a destino alguno, sino que trazaba círculos en modo de espera; en modo de abrazo, sugirió ella), se levantó y se sentó a horcajadas sobre Fassin, mientras él introducía las manos por debajo de su vestido ligero y le recorría la espalda con los dedos... y siguió haciéndolo cuando al fin regresaron a la estúpida casa Kehar, equilibrada sobre la columna de agua, al igual que Aun, como ella misma señaló, estaba equilibrada sobre la columna de Fassin. Lo dijo en voz alta, en beneficio de cualquiera que estuviese escuchando. Los dos se rieron, aunque él esperaba que su risa no fuera demasiado sonora. Entre tanto ella no se quitó el vestido aún, ni siquiera en el calor del acto, mientras los dedos de Fassin presionaban, acariciaban y recorrían su columna arqueada, causándole gemiditos semidoloridos, hasta más tarde, cuando al fin se tendieron juntos bajo una fina sábana; entonces se despojó del vestido y él la abrazó.

Y esto es lo que dijeron sus dedos en el transcurso de aquellas horas, dibujando y tamborileando, en el código privado y en efecto inviolable que habían usado durante cientos de años, desde que ella se convirtiera en su control, en su contacto:

TDVIA RS MI CNXION?

Estaban besándose en un reservado al fondo de Narcateria. Ella deslizó sus manos entre la chaqueta y la camisa de Fassin, y le respondió con los nudillos:

SI. Q TNES XA MI?

1, CMNDANT D OCULA. SUPDITDO.

XQ?

XQ DSCUBRI ALG N FMOSO ARCNO, D LSTA D MRDRES. OIDO HBLR?

VAGAM.

2 TEORIA D NAVE, transmitió él. RD SCRTA D CNDUCTS.

SPRA, transmitió ella en respuesta. RD D CONDUCTOS?

SI. SCRTA.

Hubo una pausa. Ella siguió besándole. Sus dedos transmitieron:

STS LOCO.

Cuando se dirigían a la voladera, cada uno con la mano en la chaqueta del otro:

TDS STN TRAS LO Q NCNTRE. DSCON E-5 INVADE N 6 MSS A 1 AÑO. CREN Q FORSTRS STN CN ELLOS. CRTO?

CMPLCADO. ALGNOS SÍ, OTRS NO.

MRGNIA X ESO.

TU MPZAST PUTA MRGNIA?

SI. PRDON. FLOT REUNID ST N CMNO. MCH ANTS Q NAV INGNRA. QZ AQI N 2 AÑS. USARN IA TRNSMTIDA D FLOT REUNID XA DCIRNS TODO STO.

IA?

SI.

HPCRTAS.

Luego, en la voladera:

Q VAS ACR AORA?

OTR ARCNO PRNTO, CN OBSRVDR JFE GNSCRL, OERL CRONEL D JRSDCCION Y OBSRVDR PAGGS YRNVIC. XA NCNTRAR RST D LO Q NCNTRE IER.

Sentados y montados a horcajadas, también podían hablar:

—¿Te gusta? —susurró ella.

—Oh, mucho. ¿Y a ti?

—Igual.

Q DSCUBRST?

NO SE XCTAM. NO M DI CNTA N AQL MOMNTO. TODO SALIO A LUZ MCH DSPUES CNDO JLTIK HICIERN ANALSS. ALG D 2 NAV Y ALG LLMADO TRNSFORMDOR, Q SE SUPNE Q DA SENTIDO RSTO D LISTA D MRADORES. JLTIK NVIARON NAV XA INTNTAR AVRIGUAR. NO NCNTRARN NADA. FLOT DSTRUIDA.

Ella percibió que Fassin se interrumpía, tenso. Envió:

Q?

S SUPNE Q ESA TB S RZON D Q FORASTROS DSTRUYRAN PORTL. CRTO?

NO SE. SLO SOY MNSAJRA. Hizo una pausa. M STAS DCIENDO Q NO SLO MPZAST STA MRGNIA, SNO Q TB PRVOCST ANTRIOR Y DSTRUCCION D PORTL?

SI. SPNGO Q SOY GAFFE.

M KGO N L STIA.

—Me alegro mucho de volver a verte.

—Recibido.

—Deberíamos hacer esto más a menudo.

—Claro que sí. Ahora, *shh*.

XO SI S ASI Y LO SABN, XQ NO M PDIERON ANTS Q HCIERA ARCNO Y AVRIGUASE + INFO XA BUENOS?

NI IDA.

TDO S ABSRD D TDAS FRMAS, XO QUIERN Q BUSK.

PUES BUSK.

Y CMO S Q IOS FORSTROS STAN CN DSCON E-5 Y OTRS NO?

FACNS.

FACCIONES? SOLO PUTS FACCIONES? D VRDAD S LO MJR Q PUEDS ACR?

SGE APSIONADO. TAPA DDOS.

Él hizo movimientos apasionados, emitió sonidos apasionados.

En la cama de Fassin, con las manos por encima de su cintura:

VOY A 3 FURIA N 3 DIAS.

O.

O?

S SPCIE D RUMR. NI SQIERA DBRIA SABRLO. PUEDE Q HAYA ATAQ N LUNS D NASQ.

¿LUNAS D NASQ? ¿NO'GLNTINA?

NO. PKÑAS LUNS.

¿PDS CRRER VOZ XA EVITR ATAQS N LUNA 3 FURIA? ¿NI OBSRVDORS?

LO NTNTARE.

NTNTALO.

T PRMTO.

OK. SI NQNTRO ALG N NASQ CNTACTRE CNTGO, NO CN MRKTORIA.

OK. BIEN. COMO?

STACIOND MICROSAT MDIO KMIN ÷ NUESTRS SATS EQ4 Y EQ5. APNTO DTONADR ALLI. MI NTGUO CDGO Y FRQNCIA TDVIA SRVEN?

CR Q SI. LLVARA TMPO PRPARARLO.

1 MS NCNTRAR ALG. D TDAS FRMAS PRBABL M NDA Q NKNTRAR. Q MICROSAT STE LISTO XA RCBIR DSD ABAJO TB, X SI ACSO STOY N NASQ.

PSARE.

Un poco después:

t q.

STAS LOCO.

CERTO.

SE + APSIONADO.

Tiró más de la sábana sobre su chica forastera.

TAPA DDOS OTR VZ?

NO, SOLO SE APSIONADO...

3

Ningún lugar donde caer

Tío Slovius le subió a hombros. Iban a ver cómo mataban a la máquina mala. Puso las manos sobre la frente de tío Slovius y consiguió que la arrugase; eso le producía una sensación graciosa, y hacía que se retorciera, se meneara y se riera, y tío Slovius tenía que sujetarle por los tobillos con fuerza para evitar que se cayera.

—Fassin, deja de menearte.

—Yo bien, de verdad.

Ya sabía que se decía: «Estoy bien» o «Yo estoy bien», pero era mejor decir cosas como «Yo bien», porque hacía sonreír a los adultos y, a veces, que le abrazaran. A veces hacía que le pusieran una mano en la cabeza y le despeinaran, pero no importaba.

Atravesaron la entrada del puerto. Era primavera, de modo que se encontraban en esa casa. Él era grande. Había vivido en todas las casas menos en la Casa de Verano. Esa era la siguiente. Entonces habría vivido en todas. Y vuelta a empezar. Así funcionaba. Tío Slovius se agachó al cruzar el umbral para que no se golpeará la cabeza.

—*Hmmm*, cuidado con la cabeza —oyó que decía su padre, en voz baja, desde algún punto a sus espaldas.

Su madre suspiró.

—Oh, deja de fastidiar. Cariño.

No veía a su madre ni a su padre, porque estaban detrás de él y de tío Slovius, pero les oía.

—Mira, no estaba fastidiando, solo estaba...

—Sí, tú...

Sintió esa extraña sensación en la tripa que le daba cuando mamá y papá hablaban así. Dio una palmada en la frente de tío Slovius y dijo:

—¡Más historia! ¡Más historia! —mientras se acercaban a la voladera.

Tío Slovius rió. El estremecimiento ascendió por los hombros de tío Slovius hasta el trasero de Fassin, y recorrió todo su cuerpo.

—Vaya, qué estudiante más aplicado.

—Es una forma de decirlo —dijo su madre.

—Vamos —dijo su padre—. El chico solo es inquisitivo.

—Sí, sí, tienes razón —dijo su madre. Se oía su aliento entre sus palabras—. Es culpa mía. Perdóname por expresar una opinión.

—Venga ya, no quería decir...

—¡Más de los voerin!

—Voehn —dijo tío Slovius.

—¡Yo tengo un voerin! Tengo uno grande que habla, trepa, nada, salta y también anda debajo del agua. Tiene una pistola que dispara a los otros juguetes. Y tengo muchos pequeñitos que solo se mueven. También tienen pistolas, pero son un poco pequeñas y no se ven, pero pueden tirar a los otros. Tengo casi cien. ¡Siempre veo Escuadrón de ataque voerin! Mi favorito es el capitán Chunce, porque es listo.

También me gusta el comandante Saptpanuhr, y el cabo Qump, porque es gracioso. A Jun y a Yoze el que más les gusta es el comandante Saptpanuhr. Son mis amigos. ¿Tú ves Escuadrón de ataque voerin, tío Slovius?

—No puedo decir que lo haya visto, Fass.

Fassin frunció el ceño, pensando. Decidió que probablemente eso significaba: No. ¿Por qué no se limitaban los adultos a decir «no» cuando querían decir «no»?

Se sentaron en la voladera. Tuvo que bajarse de los hombros de tío Slovius, pero le dejaron sentarse a su lado en el asiento delantero. Ni siquiera hizo falta decirles que se pondría enfermo si seguía en el asiento de atrás. Un criado se puso al otro lado. El tío abuelo Fimender iba detrás, con dos señoras mayores que eran sus novias. Él se reía, y ellas también. Su madre y su padre iban más atrás, y hablaban en voz baja. Su madre y su padre eran viejos, pero tío Slovius era muy viejo, y el tío abuelo Fimender era muy, pero que muy viejo.

La voladera se elevó y surcó el aire, emitiendo un ruido como el que hacía la nave de ataque Vengadora en Escuadrón de ataque voerin. Su modelo de la nave de ataque Vengadora volaba, pero solo en zonas exteriores supervisadas, disparaba cañones y misiles, y hacía el mismo ruido. Quería traerla, pero no se lo habían permitido, ni siquiera después de chillar. No le habían dejado traer ningún juguete. ¡Nada de juguetes!

Tiró de la manga de tío Slovius.

—¡Cuéntame más de los voerin! —Intentó recordar lo que había hecho reír a tío Slovius—. ¡Más historia!

Tío Slovius sonrió.

—Los voehn son los abusones de los culmina, hijo mío —intervino el tío abuelo Fimender, inclinándose desde el asiento de atrás. Su aliento tenía ese curioso olor dulzón de siempre. Al tío abuelo Fimender le gustaba mucho una bebida. A veces, también ponía una voz extraña, como si todas las palabras fueran una sola—. Yo no me entusiasmaría demasiado con la escoria que robó el derecho de nacimiento de nuestra especie.

—Tranquilo, Fim —dijo tío Slovius. Se volvió para mirar al tío abuelo Fimender, pero primero miró al criado, aunque este no se movió ni miró hacia atrás ni nada—. Si te tomara en serio la persona equivocada, podrías acabar como esta IA corrupta. ¿Hummm? —Sonrió al tío abuelo Fimender, que volvió a sentarse entre las novias viejas y tomó una copa con bebida de una bandeja de picnic.

—Sería un honor —musitó.

Tío Slovius sonrió a Fassin.

—Los voehn fueron a la Tierra hace mucho, mucho tiempo, Fassin. Antes de que los humanos fabricaran naves espaciales, casi antes de que fabricaran barcos.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Hace unos ocho mil años.

—En el 4051 E. a. C. —señaló el tío abuelo Fimender, con una voz apenas

audible. Tío Slovius no pareció oírle. Fassin no sabía si el tío abuelo Fimender le llevaba la contraria a tío Slovius o no. De todas formas, almacenó 4051 E. a. C. como un número importante.

—Se encontraron con los humanos en la Tierra —explicó tío Slovius— y se los llevaron en su nave, a otras estrellas y planetas.

—¡Secuestraron a esos primitivos! —dijo el tío abuelo Fimender—. ¡Tomaron muestras de esos bárbaros, con perjuicio extremo! ¿Eh? —No parecía que hablase con él, ni con tío Slovius. De todos modos, Fassin no entendía lo que decía el tío abuelo Fimender. Las novias viejas se reían.

—Bueno —dijo tío Slovius, con una sonrisita—, ¿quién puede decir si los humanos fueron secuestrados o no? Los pueblos del antiguo Egipto, Mesopotamia y China eran demasiado primitivos para saber lo que estaba ocurriendo. Probablemente creyeron que los voehn eran dioses, así que a lo mejor se fueron con ellos sin que los secuestraran, y ni siquiera sabemos si los voehn se llevaron a personas enteras. Quizá solo se llevaron sus células.

—O a sus bebés, o a sus fetos, o extirparon unos cuantos óvulos fertilizados —dijo el tío abuelo Fimender, y añadió—: Oh, gracias, querida. ¡Ups! No te muevas.

—Sea como fuere —dijo tío Slovius—, los voehn se llevaron a unos cuantos humanos y los pusieron en planetas que estaban muy lejos de la Tierra, y los humanos crecieron rodeados de otras personas, y los culmina hicieron que esas personas les ayudaran, para que se civilizaran rápidamente e inventaran las cosas que habían inventado los humanos de la Tierra, pero estos humanos de otros planetas siempre supieron que formaban parte de una comunidad galáctica, ¿hummm? —tío Slovius le miró con una mirada interrogativa en su rostro. Fassin asintió con rapidez. Sabía lo que era una comunidad galáctica: todos los demás.

»Así pues, la gente de la Tierra siguió inventando cosas, y acabaron inventando conductos, y portales...

—La nave de ataque Vengadora atraviesa conductos y portales —le dijo a tío Slovius.

—Claro que sí —dijo tío Slovius—. Y así, cuando los humanos salieron y se encontraron con otros pueblos alienígenas, y unieron su conducto con el de los demás, descubrieron que aquellos pueblos alienígenas habían conocido y oído hablar de otros humanos, porque los que los voehn habían llevado a otros planetas ya eran bastante conocidos.

—Los humanos restantes —apuntó el tío abuelo Fimender desde el asiento trasero. Su voz sonaba graciosa, como si fuera a echarse a reír, o algo así.

Tío Slovius se volvió para mirarle durante un instante.

—Bueno, los términos no importan demasiado, ni siquiera si a veces parecen un poco duros.

—Cuidadosamente escogidos para mantenernos en nuestro sitio y recordarnos lo que les debemos, en todo caso —repuso el tío abuelo Fimender.

—Los culmina dicen que se ocuparon de la Tierra después de que los voehn se llevaran a los humanos a otras estrellas. Se aseguraron de que no le pasara nada malo, como que la golpease una gran roca.

El tío abuelo Fimender emitió una risa parecida a una tos.

—Eso es fácil de decir.

Fass se volvió a mirar al tío abuelo Fimender. Por un lado, deseaba que el tío abuelo Fimender se callara para poder escuchar a tío Slovius, pero por otro no, porque parecía que las cosas que decía el tío abuelo Fimender, aunque no siempre las entendía todas, decían lo mismo que decía tío Slovius. Era como si estuvieran de acuerdo y no lo estuvieran al mismo tiempo. El tío abuelo Fimender le guiñó un ojo, e hizo un ademán con la copa en dirección a tío Slovius.

—No, no, ¡escucha!

—Así que el pueblo de la Tierra llegó por fin a las estrellas, y descubrieron que había alienígenas en todas partes —le dijo tío Slovius—. ¡Y algunos de ellos éramos nosotros! —Le dedicó una amplia sonrisa.

—Y había muchos más humanos alienígenas que los que creían que ellos eran la humanidad —dijo el tío abuelo Fimender. Parecía que hablaba con desprecio. Tío Slovius suspiró y miró hacia delante.

La voladera sobrevolaba unas montañas nevadas. Al otro lado había una amplia extensión de desierto semejante a un círculo. Tío Slovius meneó la cabeza. Parecía que no quería decir nada, pero el tío abuelo Fimender sí, de modo que Fassin se volvió en su asiento y le escuchó.

—Y estos supuestos aHumanos estaban técnicamente más avanzados. Avanzados, pero acobardados. Eran una especie de criados, al igual que todas las demás. Los sueños terrestres de expansión salvaje se convirtieron en un montón de gas estomacal. La respuesta a la pregunta: «¿Dónde está todo el mundo?», resultó ser: «En todas partes». Pero para apostar en la partida de póquer galáctica hay que tener un conducto, de modo que tuvimos que financiar el nuestro y ponerlo sobre la mesa. Luego descubrimos que «En todas partes» significaba en verdad «En todas partes», y todas las malditas cosas que veías, y todas las malditas cosas que no veías, le pertenecían a algún gilipollas: todas las rocas, todos los planetas, las lunas y las estrellas, todos los cometas, las nubes de polvo y las estrellas enanas, hasta la puñetera espuma del vacío espacial era el hogar de alguien. Aterrizabas en una carbonilla dejada de la mano de Dios, y sacabas una pala, pensando que podías extraer algo de ella, construir algo, o convertirla en algo, y antes de que te dieras cuentas salía de su madriguera un alienígena con dos cabezas que te mandaba a la mierda, o te apuntaba con una pistola. O con un mandato judicial... ¡ja! ¡Peor todavía!

Nunca había oído hablar tanto al tío abuelo Fimender. No sabía si el tío abuelo Fimender en realidad hablaba con tío Slovius o con él, o ni siquiera con sus dos novias viejas, porque no les miraba a ninguno, miraba a la mesa de picnic que se

desplegaba del asiento delantero, quizá miraba la copa y la botella de licor que había en la mesa, y parecía triste. Las novias viejas le dieron palmaditas en la espalda, y una de ellas le alisó el cabello, que era muy negro pero parecía viejo a pesar de todo.

—Preparación, así lo llaman —dijo, quizá para sus adentros, o quizá se lo dijo a la mesa de picnic—. Es un puñetero secuestro —bufó—. Ponen a la gente en su lugar, y los retienen allí. Levantamos nuestros sueños, y ellos los pinchan —Meneó la cabeza, y bebió de su brillante copa.

—¿Preparación? —preguntó Fass, para asegurarse de que había entendido bien la palabra.

—¿Hummm? Ah, sí.

—Bueno, eso se ha hecho desde que se tiene memoria —observó tío Slovius. Parecía amable, y Fass no sabía si se dirigía a él o al tío abuelo Fimender. Escuchó a medias, mientras extraía una de las pantallas de la voladera. Si le hubieran dejado traer juguetes, seguro que habría traído su AmigoBótico y se lo habría preguntado a él, pero ahora esos malditos adultos le obligaban a usar una pantalla. Contempló las letras, los números y las cosas, mientras tío Slovius y el tío abuelo Fimender seguían hablando.

No quería tener que hablar, quería teclear como los adultos. Probó algunos botones. Al cabo de un rato apareció un símbolo con muchos libros, con un niño grande al lado, y el símbolo de una oreja. El niño grande tenía aspecto desaliñado, sostenía un cuenco narcótico y tenía la cabeza rodeada de rayas, pequeños satélites en movimiento y pájaros voladores. Pues qué bien.

—Preparación —dijo, pero oprimió «Texto». La pantalla dijo:

PREPARACIÓN. Práctica establecida desde hace largo tiempo, empleada en las últimas épocas por los culmina, entre otros, que consiste en tomar algunos ejemplares de una especie precivilizada de su planeta natal (normalmente en forma clonoclasta o embriónica) y convertirlos en súbditos, esclavos, mercenarios o aprendices, de modo que cuando los pueblos de su planeta natal finalmente alcancen la fase Galáctica, no sean los más civilizados, ni los más avanzados de su especie (a menudo ni siquiera son el grupo más numeroso de su especie). Se espera de las especies así tratadas que sientan una obligación respecto de sus supuestos mentores (que, por lo general, también aseguran haber desviado cometas o evitado otras catástrofes en el ínterin, ya sea verdad o no). Esta práctica se ha prohibido en el pasado, cuando se han aplicado las leyes pangalácticas (ver Consejo Galáctico), pero tiende a reaparecer en tiempos menos civilizados. Existen diversas formas de referirse a esta práctica: Preparación, Ascensión, o Educación Agresiva. Terminología local relevante: aHumanos y rHumanos (humanos avanzados y restantes).

Y eso era solo el principio. Se rascó la cabeza. Demasiadas palabras largas. Y ni

siquiera era una enciclopedia adulta. Quizá debiera haber encontrado la página para niños menores de edad.

Estaban aterrizando. ¡Qué guay! Ni siquiera se había dado cuenta de que estaban cerca del suelo. El desierto estaba repleto de voladeras de distintos tamaños, y también había muchas en el aire, y mucha gente.

Se bajaron y anduvieron por la arena, aunque mucha gente se quedaba en sus voladeras. Le dejaron volver a subirse a los hombros de tío Slovius.

A lo lejos, en el centro de un gran círculo, había una torre con una gran mancha en lo alto: allí estaba la máquina mala que habían capturado los cesoria, cuando estaba oculta en una cueva en las montañas. Los cesoria y los purificadores capturaban máquinas malas. Había intentado ver Patrulla de purificadores algunas veces, pero era para mayores, hablaban demasiado y se besaban.

La máquina mala de la mancha en lo alto de la gran torre pudo pronunciar un discurso, pero estaba demasiado lleno de palabras largas. Se aburría, y hacía mucho calor. ¡Nada de juguetes! Tío Slovius le chistó dos veces. Intentó estrangularle de mentira con los muslos y las rodillas, para vengarse, pero parecía que tío Slovius no se daba cuenta. Mamá y papá seguían hablando en voz baja, moviendo mucho los ojos y meneando la cabeza, como siempre. El tío abuelo Fimender y las dos novias viejas se habían quedado en la voladera.

Luego hablaron unos purificadores que iban en una voladera (humanos y un whole semejante a un gran murciélago gris), y luego por fin llegó la hora y mataron a la máquina mala, pero eso tampoco fue demasiado bueno: la mancha que estaba en lo alto de la torre se puso roja, y echó un montón de humo; luego hubo un destello grande y brillante, pero no fue tan grande, ni tan brillante, y entonces hubo una explosión, y cayeron trozos, y humo. Algunos aplaudieron, pero sobre todo había silencio, solo se oía el estallido que reverberaba por las montañas.

Cuando regresaron a la voladera, el tío abuelo Fimender tenía los ojos muy rojos y dijo que en su opinión acababan de presenciar un crimen terrible.

—Ah, joven Taak. ¿Qué es esa bobada de que no podemos llevar a cabo el arcano como es debido, es decir, a distancia?

Braam Ganscerel, observador jefe de la septa Tonderon, y por tanto el observador más antiguo de todos (y futuro paterfamilias político de Fassin), era alto y delgado, y tenía una melena blanca. Parecía más joven de lo que era en realidad, pero no obstante tenía casi mil setecientos años, según el modo más obvio de calcular esas cosas. Tenía un semblante afilado y anguloso, con una gran nariz, su piel era pálida, cerúlea y translúcida, y sus dedos y sus manos eran largos y de apariencia frágil. Tenía por costumbre, tanto en movimiento como en reposo, echar la cabeza hacia atrás y el pecho hacia delante, como si tiempo atrás hubiese jurado que al alcanzar una edad tan venerable no adoptaría una postura encorvada, y hubiera llegado

demasiado lejos en la dirección opuesta. Debido a esta peculiar compostura, su cabeza se inclinaba tanto hacia atrás sobre el cuello que no podía sino contemplar a sus interlocutores desde su nariz espléndida y monumental. Sostenía dos báculos alargados, brillantes, como si acabara de regresar de una estación de esquí especialmente popular, o se dispusiera a partir hacia ella.

Con su cabello blanco y largo recogido en un moño, su complexión pálida y su túnica de observador, simple, pero de corte elegante (polainas negras, pantalones bombachos y levita), componía un aspecto de una fragilidad conmovedora, una dulce senectud, una distinción asombrosa, y una autoridad inferior apenas a la de una deidad suprema.

Irrumpió en el comedor de oficiales de alto rango del crucero pesado *Pyralis* con el taconeo estrepitoso de sus báculos gemelos y los tacones de sus botas, seguido de un séquito apagado de media docena de observadores más jóvenes (la mitad eran hombres, y la mitad mujeres, pero todos ellos le otorgaban una deferencia gris) y, cerrando la marcha, la figura sonriente y desgarbada de Paggs Yurnvic, un observador que había sido educado en parte por Fassin, pero que aparentaba más edad que este, tanto en tiempo ajustado como en aspecto, pues desde entonces había pasado menos tiempo en la lentitud de los verdaderos arcanos.

—Observador jefe —dijo Fassin, levantándose y ejecutando un asentimiento formal que apenas distaba de una reverencia. El crucero pesado transportaba a su grupo hasta Tercera Furia, la luna de órbita cercana a Nasqueron desde donde llevarían a cabo el arcano, ya fuese a distancia o, si Fassin se salía con la suya, por medio de una combinación de presencia remota y directa.

Braam Ganscerel había subrayado que su edad y su debilidad le impedían viajar a la luna a muchos gravitones, no obstante los trajes ambientales, las vainas vitales y el gel antichoque, de modo que la nave se desplazaba suavemente a una velocidad estándar de un gravitón, produciendo una gravedad que se antojaba el doble que la de 'glantina y solo un ápice inferior a la de Sepekte. Braam Ganscerel les había hecho saber que, incluso en este gravitón estándar, se veía obligado a emplear ambos báculos para sostenerse. Sin embargo, dada la gravedad de las actuales circunstancias, era un sacrificio que estimaba justo, apropiado y, a decir verdad, necesario. Fassin creía que le hacían parecerse a un zancudo, a un whale.

—¿Y bien? —exigió el observador jefe, deteniéndose frente a Fassin—. ¿Por qué no puedes hacer el arcano a distancia, Fassin? ¿Qué te pasa?

—Tengo miedo, señor —respondió Fassin.

—¿Miedo? —Al parecer, Braam Ganscerel intentaba echar la cabeza todavía más atrás, y, como lo encontrara posible, la apostó allí.

—Miedo a que me pongáis en evidencia, señor, como un observador lento mediocre.

Braam Ganscerel entornó un ojo. Observó a Fassin durante un rato.

—Te burlas de mí, Fassin.

Fassin sonrió.

—Hago mejor los arcanos directamente, Braam. Ya lo sabéis.

—Sí —admitió Ganscerel. Se volvió con una suerte de elegancia brusca y se dejó caer en el sillón que había ocupado Fassin mientras observaba las noticias en la pantalla. Fassin también se sentó. Paggs se posó en un brazo del sillón más próximo y el resto de la comitiva de Braam Ganscerel se instaló en las cercanías obedeciendo a algún esotérico escalafón.

Fassin asintió en dirección a Paggs.

—Observador Yurnvic —dijo, con una sonrisa y una formalidad que confiaba que Paggs no se tomara en serio.

Paggs sonrió.

—Me alegro de verte, Fass. —Ningún problema, entonces.

—Sin embargo, debemos hacer esto juntos, según creo —dijo Braam Ganscerel, mientras contemplaba la pantalla de la pared frente a él, donde las noticias proseguían en silencio. Se celebraban los funerales de los miembros de la Navarquía que habían muerto en el ataque al hábitat muelle del Lagrange estelar de Sepekte. Ganscerel había apoyado uno de sus báculos gemelos en el sillón que estaba a su lado, pero seguía sosteniendo el otro. Lo agitó ante la pantalla y esta, solícita, volvió a convertirse en un mamparo. El comedor de oficiales de alto rango del crucero pesado era espacioso, pero buena parte de él estaba dividido por columnas verticales y puntales diagonales de refuerzo. Al igual que el resto del buque, era bastante cómodo para el estándar humano, aunque la coronel Hatherence se hubiera visto obligada a conformarse con un camarote extremadamente estrecho para una oerilita. Le habían ofrecido pasaje, así como un alojamiento más adecuado, en el crucero de escolta, pero había declinado la oferta.

—Podemos estar juntos —dijo Fassin—. Paggs y vos a distancia, la coronel y yo directamente. De ese modo estaremos prevenidos si algo malo le ocurre a uno de los dos grupos...

—Ah —interrumpió Ganscerel—. Verás, joven Taak, de eso se trata. Si nos quedamos en Tercera Furia, donde nos protegerán este magnífico buque y su escolta, estaremos a salvo. Tú te propones exponer una diminuta nave de gas a la violencia sin fin de la atmósfera del planeta. Es una empresa peligrosa en el mejor de los casos. En tiempo de guerra, de seguro es una temeridad.

—Braam, el antiguo portal estaba protegido por una flota entera y fue destruido igualmente. Puede que Tercera Furia se mueva, pero lo hace de un modo muy predecible. Si alguien quisiera atacarla, no tendría más que arrojar un guijarro hasta rozar el límite inferior de la velocidad de la luz y dirigirlo en una trayectoria de intercepción. Si eso ocurre, el único modo en que puede ayudarnos un crucero pesado es interponiéndose en ese momento, por una causalidad de una entre un millón, y absorbiendo el impacto él mismo. Puesto que nadie va a rodear la luna entera con un caparazón de naves, me parece imprudente confiar en que unas cuantas naves de

guerra nos protejan de algo contra lo que casi no hay defensa.

—¿Por qué habría nadie de atacar una luna como Tercera Furia? —preguntó Paggs.

—Así es —dijo Ganscerel, como si hubiera estado a punto de hacer la misma pregunta.

—Por ninguna razón de peso —respondió Fassin—. No obstante, últimamente muchos sitios han sido atacados sin una razón de peso.

—Eso bien podría incluir a Nasqueron —señaló Ganscerel.

—Que puede absorber mucho más castigo que Tercera Furia.

—Podrías convertirte en un objetivo a pesar de todo.

—Si estoy a bordo de una nave de gas, aunque me acompañe la coronel Hatherence, en la práctica debería ser imposible localizarme —les dijo Fassin.

—A menos que ella deba mantenerse en contacto constante con sus superiores —observó Paggs.

—Y quizá sea esa la verdadera razón de que deseen que nos quedemos en Tercera Furia, haciendo el arcano a distancia —suspiró Ganscerel. Miró a Fassin—. Control. O por lo menos, una ilusión de este. Nuestros amos son plenamente conscientes de la importancia de esta misión, aunque por el momento no consideren necesario explicarnos su naturaleza precisa a quienes necesitamos conocerla. Como es natural, les aterroriza asumir parte de la culpa si fracasa. En realidad, todo depende de nosotros: una pandilla de académicos que nunca les ha importado, ni preocupado, aunque... —Ganscerel miró en derredor, a los observadores jóvenes congregados— el hecho de ser un centro de estudios de los moradores constituye lo único destacable de Ulubis en cualquier sentido. —Volvió a dirigir su mirada hacia Fassin—. Hay muy poco que puedan hacer; por lo tanto, se proponen ocuparse con suma diligencia de las cuestiones triviales que están a su alcance. Si estamos aparentemente a salvo en Tercera Furia, protegidos por una flotilla de naves de guerra, creerán que están haciendo cuanto pueden por asistirnos. Si te permiten bajar a Nasqueron, y en verdad algo sale mal, les culparán por ello. En eso tienen razón.

—No funcionará, Braam.

—Creo que debemos intentarlo —insistió el anciano—. Mira, —le dio una palmadita en el brazo a Fassin, que lucía su uniforme de comandante de la Jurisdicción, y se sentía incómodo entre sus colegas observadores—, ¿has intentado hacer arcanos a distancia últimamente?

—Desde hace mucho tiempo, no —admitió Fassin.

—Ahora es distinto —asintió Paggs—. Es mucho más real, si sabes a qué me refiero; más convincente —Paggs sonrió—. Se han producido muchas mejoras a lo largo de los dos últimos siglos. En buena parte, gracias al movimiento de los Auténticos Arcanos, con franqueza.

Paggs, ¿pretendes adularme?, pensó Fassin.

Ganscerel le dio otra palmadita en el brazo.

—Tú inténtalo, ¿de acuerdo, Fassin? ¿Harás eso por mí?

Fassin no quería ceder de inmediato. *Todo esto no viene al caso, pensó. Aunque no supiera que existe una amenaza potencial contra Tercera Furia, el argumento que importa es que los moradores con quienes necesitamos hablar no nos tomarán en serio si aparecemos con remotos. Se trata de respeto, de que corramos riesgos, de que compartamos su mundo con ellos, de que estemos allí de verdad.* Pero no debía parecer intransigente. Guárdate algunos argumentos; ten siempre reservas. Al cabo de un momento asintió despacio.

—Muy bien. Lo haré. Pero solo un arcano de prueba. Un día o dos. Eso bastará para notar la diferencia. Entonces tendremos que tomar una decisión definitiva.

Ganscerel sonrió. Todos lo hicieron.

Disfrutaron de una cena muy agradable con los oficiales de alto rango de la flotilla que les llevaba a Tercera Furia.

Fassin sorprendió a Ganscerel a solas en un momento dado.

—Observador jefe —dijo—. Haré ese arcano remoto, pero si me parece que no es suficiente tendré que insistir en hacerlo directamente. —Le concedió espacio para decir algo, pero el anciano se limitó a mirarle a los ojos, con la cabeza echada hacia atrás—. Tengo autoridad —continuó Fassin— otorgada por la sesión informativa, el almirante Quile y el Consejo de Completores. Me doy cuenta de que algunos individuos del sistema que han llegado a sus propias conclusiones acerca del mejor modo de afrontar este problema han comprometido dicha autoridad, pero, si creo que es necesario, llegaré tan lejos como pueda para salirme con la mía.

Ganscerel reflexionó durante un instante, y luego sonrió.

—¿Crees que este arcano... o arcanos, esta misión... tendrá éxito?

—No, observador jefe.

—Yo tampoco. Sin embargo, debemos intentarlo y hacer cuanto podamos para que sea un éxito, a pesar de todo, aunque probablemente el fracaso esté garantizado. Debemos aparentar que hacemos cuanto podemos, procurar no ofender a nuestros superiores, y proteger el buen nombre y el porvenir de los observadores lentos en general. Esto seguro que podemos lograrlo. ¿Estás de acuerdo?

—Hasta el momento, sí.

—Si estás convencido de que debes hacer el arcano directamente, no me opondré a ti. Tampoco te apoyaré, porque hacerlo, en mi posición, sería ligarme demasiado estrechamente a un curso de acción que todavía considero temerario en lo fundamental. En cualesquiera otras circunstancias, me limitaría a ordenarte que obedecieras a tu observador jefe más antiguo. No obstante, has recibido instrucciones de arriba, de muy arriba, Fassin Taak, y eso cambia un poco las cosas. No obstante, prueba el arcano a distancia. A lo mejor te sorprende. Luego decídetes. No me opondré a ti. Toda la responsabilidad recaerá sobre ti. En eso tienes todo mi apoyo. —Con un guiño, Ganscerel se volvió para dirigirse al capitán del crucero pesado.

Fassin pensó que recibir apoyo incondicional nunca se había parecido tanto a

quedarse colgado.

El *Pyralis* resplandeció con su propia aurora estelar al penetrar en la magnetombra protectora de Tercera Furia, una pequeña bola de roca y metal, de veinte kilómetros de anchura, que orbitaba a solo 120.000 kilómetros por encima de las lívidas cimas de las nubes de Nasqueron. El gigante gaseoso colmaba el cielo, tan cercano que su rotunda masa adoptaba la apariencia de un muro enorme, y sus cinturones y zonas nubosas, que se desplazaban a una velocidad vertiginosa, formando torbellinos y remolinos perpetuos, parecían colosales corrientes contrarrotatorias de un líquido de color demencial, que arremetían unas contra otras, por todo el planeta, bajo un hielo de transparencia perfecta.

Tercera Furia carecía de atmósfera apreciable, y solo tenía una vaguísima sugerencia de gravedad. El crucero pesado podría haber atracado directamente en el complejo de la base de observadores ubicado en el lado de la pequeña luna que daba siempre a Nasqueron. Sin embargo, una nave de transporte de tropas les llevó hasta allí. El *Pyralis* descansaba a unos cuantos kilómetros de distancia, como si fuera, en la práctica, otro satélite temporal del gigante gaseoso. Su escolta, compuesta por dos cruceros ligeros y cuatro destructores, tomó posiciones a una distancia de varias decenas de kilómetros, en la complicada madeja de órbitas establecidas en torno a la luna, como formas sombrías, esbeltas y pausadas, que solo se vislumbraban cuando pasaban frente al semblante, cubierto de bandas, del planeta.

Tercera Furia se había construido, o transformado, a partir de una pequeña luna ya existente, billones de años atrás, por una de las primeras especies que rindieron tributo en la corte de los moradores de Nasqueron. Dado que los moradores eran la especie planetaria más extendida de la galaxia, y estaban presentes en casi todos los gigantes gaseosos (que de por sí eran el tipo de planeta más común), el hecho de que de entre los más de noventa millones de superglobos habitados por moradores, tan solo ocho albergaran poblaciones dispuestas a recibir a quienes desearan celebrar otra cosa que no fuera una brevísima conversación con sus habitantes, esto decía volúmenes (en realidad, apropiadamente, bibliotecas) de su casi absoluta falta de interés en la vida cotidiana del resto de la comunidad galáctica.

Pero solo era casi absoluta; los moradores no eran perfectos en nada, ni siquiera en su reclusión. Buscaban, reunían y almacenaban vastas cantidades de información, pero no aplicaban un sistema lógico discernible a la hora de adquirirla o almacenarla, y cuando se les interrogaba sobre la cuestión no solo parecían absolutamente incapaces de ofrecer una razón evidente, o siquiera misteriosa, para semejante acumulación de datos, que en la práctica era insensata, sino que parecían verdaderamente confundidos por que se les plantease aquella pregunta.

A lo largo del tiempo consignado (incluso descontando los archivos notoriamente dudosos que los propios moradores conservaban sobre tales cuestiones), siempre

había habido algunas poblaciones abiertas al intercambio de palabras e información, pero, por norma, este solo se concedía según los términos excéntricos y caprichosos de los moradores. Desde la conclusión de la Primera Era de la Diáspora, cuando la galaxia y el universo tenían unos dos billones y medio de años, nunca habían dejado de existir centros de estudios de los moradores en activo, pero en los diez billones y medio de años subsiguientes nunca había habido más de diez de dichos centros que operasen al mismo tiempo.

Los compañeros aceptables iban y venían.

Los moradores pertenecían a los lentos, la categoría de especies que perduraba en forma civilizada durante al menos millones de años. Normalmente, los individuos a quienes permitían visitarles y departir con ellos, con quienes estaban dispuestos a intercambiar información, se contaban entre los rápidos, la clase de especie que a menudo contaba su tiempo como entidad civilizada en decenas de miles de años, y a veces ni siquiera tanto tiempo. Los moradores también toleraban y trataban a otras especies de lentos, pero solían hacerlo con menos regularidad y frecuencia. Se sospechaba que los moradores, a pesar de su legendaria paciencia (ninguna especie colonizaba la galaxia a velocidades medias inferiores al uno por ciento de la velocidad de la luz, sin contar las escalas, a menos que tuviera una paciencia suprema), podían aburrirse con la especie que fuera a conversar con ellos, y al seleccionar tan solo a los que se contaban entre los rápidos se aseguraban de que nunca tendrían que soportar durante demasiado tiempo las atenciones de individuos de los que estaban deseosos de librarse. Solo tenían que esperar un poco y, en un abrir y cerrar de ojos, según el estándar de los moradores, sus problemáticos visitantes evolucionarían y dejarían de ser un fastidio.

Desde hacía mil seiscientos años, más o menos (apenas un medio abrir y cerrar de ojos para un morador), los humanos estaban considerados confidentes aceptables para los moradores de Nasqueron en el sistema Ulubis. En general, toleraban su presencia, normalmente aceptaban su compañía, su seguridad estaba garantizada casi siempre, y sus intenciones de hablar con los moradores y socavar sus pozos de datos, que eran descomunales pero estaban organizados y listados con una desafiante imaginación, solo encontraban la obstrucción más formal, las formas más livianas de mofa y las estrategias de ofuscación menos resueltas.

El hecho de que los humanos interesados considerasen semejantes evasivas juguetonas, vaguedades insignificantes e impedimentos tan gentiles que apenas merecían ese nombre, obstáculos monumentales, de una complejidad espantosa y una inventiva inagotable y diabólica, demostraba quién había estado en activo la mayor parte de la vida del universo y quién menos de dos mil años.

Se habían probado otros métodos, por supuesto.

Sobornar a criaturas que encontraban sencillamente cómico el concepto del dinero solía poner a prueba a los arbitrajistas más emprendedores y mejor dotados. Los moradores se adherían a un sistema que distribuía el poder, bueno, más o menos

al azar, según parecía en ocasiones, y la autoridad y la influencia dependían casi enteramente de la edad; había poca influencia en ese sentido.

Asimismo, de vez en cuando alguna especie intentaba tomar por la fuerza de las armas lo que los estudiosos de los moradores intentaban arrebatárles por medio de pesquisas cumplidas pero obstinadas. La fuerza, según se había comprobado, con una frecuencia independiente y asombrosa, no funcionaba realmente con los moradores. Ellos no sentían dolor, le concedían una importancia relativa a su propia supervivencia (y a la de los demás, dada la menor provocación), y parecían personificar, en apariencia a nivel celular, la creencia de que lo único que importaba realmente era un valor único y peculiar a ellos mismos que definían como un tipo especial de prestigio, una de cuyas directrices, al parecer, postulaba que si alguna influencia externa intentaba hostigarles debían resistir hasta el último aliento de todas las partes, sin reparar en las consecuencias.

Los moradores se encontraban en casi todas partes, prácticamente desde siempre. A lo largo de ese tiempo habían aprendido algunas cosas acerca de guerrear, y aunque su maquinaria bélica se estimaba por regla general tan precaria, y el diseño, la construcción y el mantenimiento de la misma, tan excéntrico, como cualquier otro ejemplo de tecnología en que se dignaban volcarse, eso no significaba que no fuese letal; normalmente para todos los implicados, y dentro de un radio de acción desconcertante.

En ocasiones, otras especies habían prevalecido contra los moradores. Habían exterminado poblaciones planetarias enteras, y desmantelado por completo gigantes gaseosos, con objeto de obtener la materia prima para alguno de los monstruosos proyectos que las especies de rápidos en particular se empeñaban tanto en construir, en apariencia solo porque podían hacerlo. Pero los resultados a largo plazo eran, hasta la fecha, invariablemente desventurados.

Desafiar a una especie tan extendida, tan longeva, tan irascible y (cuando les convenía) tan resuelta como los moradores significaba con demasiada frecuencia que, cuando empezabas a creer que las aguas habían vuelto a su cauce largo tiempo atrás, que lo pasado, pasado estaba, y que cualquier disputa desafortunada había pasado a la historia (o incluso algunas edades geológicas más tarde), sin previo aviso aparecía en tu sistema natal un pequeño planeta, acompañado de una flota de lunas, rodeadas, a su vez, de numerosos fragmentos del tamaño de asteroides, cada uno de los cuales surcaba el espacio envuelto en un difuso caparazón compuesto de un número incalculable de rocas de un tamaño respetable, que se desplazaban rodeadas de rocas y guijarros todavía más pequeños, por valor de un gran deslizamiento de tierra, y todo el funesto conjunto viajaba tan próximo a la velocidad de la luz, que por lo general el único aviso que habría advertido hasta la especie más recelosa y observadora se reducía al tiempo justo para mascullar el equivalente local de: «¿Qué coj...?» antes de desaparecer en un impresionante y desproporcionado resplandor de radiación.

Las represalias, cuando aún era posible tomarlas, y en las contadas ocasiones en

que se habían emprendido, provocaban indefectiblemente una guerra de desgaste horriblemente sucia, y en el transcurso de la misma el descubrimiento de la enorme magnitud de la civilización de los moradores (si podía llamarse así), y su pasada (y probablemente futura, por lo tanto) longevidad, la mayoría de las veces producía un efecto tranquilizador en la especie que hubiera cometido la insensatez de enfrentarse a los moradores.

Tomar como rehén a la población local de moradores con la esperanza de influir sobre otra u otras era una estrategia risible, patética e incluso contraproducente. Los moradores de un gigante gaseoso dado tenían en poca consideración su propia seguridad colectiva; concederles una excusa para demostrar cuán poca solidaridad sentían para con cualquier otro grupo de su propia especie no desembocaba sino en sucesos de un horror especial y espectacular, pues la variación genética y cultural existente entre las poblaciones de moradores era mucho menor de la que se advertía en ningún otro agrupamiento de la galaxia.

El consenso al que se había llegado hacía muchísimo tiempo, en particular entre aquellos que todavía se lamían las heridas de encuentros previos con la que seguramente era la especie más exitosa de la galaxia, o los que aún conservaban fresca en sus bancos de datos la imagen de lo que les había sucedido a otros, era que, considerando todos los factores, era mejor dejar en paz a los moradores.

Si se los dejaba en paz, los moradores no importunaban a nadie, salvo en ocasiones a ellos mismos, y a los que reflexionaban con demasiada profundidad en lo que representaban realmente. Después de todo, su historia, al igual que la historia de la galaxia en su conjunto, era una historia de paz y tranquilidad rara vez interrumpida: billones y billones de años sin incidencias, afortunadamente. A lo largo de más de diez billones de años de civilización, tan solo se habían producido tres Caos importantes, y el número de auténticas guerras de escala galáctica ni siquiera ascendía a la decena. ¡Estaban en la base número ocho!

Los moradores creían que todos los interesados debían sentirse ligeramente orgullosos de ese récord. Sobre todo, ellos mismos.

—¡Sean todos bienvenidos! ¡Observador jefe, me alegro de veros! Observador Taak, observador Yurnvic. Jóvenes amigos. Y esta debe ser la coronel Hatherence. Encantado de conocerla, señora. —Duelbe, el mayordomo calvo y casi esférico de la Instalación Compartida de Tercera Furia, les recibió en el pasadizo de tránsito mientras la nave de transporte de tropas se retiraba y se dirigía de regreso al *Pyralis*. Un par de los observadores más jóvenes, que a todas luces no se habían encontrado anteriormente con la forma de Duelbe, que sin duda recordaba la de una pelota, le miraron con atención. Por norma, en momentos semejantes le venían a uno a la cabeza comparaciones relativas al parecido de la forma de Tercera Furia con la del mayordomo de su Instalación Compartida. Afortunadamente, en esta ocasión, si así fue, no lo expresaron en voz alta.

Los criados se ocuparon del equipaje. Hatherence ahuyentó a los lacayos que se ofrecieron a ayudarlo a maniobrar en aquel espacio relativamente angosto: el pasadizo abovedado, al igual que el resto de la instalación, mayormente subterránea, se había reconstruido a escala humana desde que partiera la última especie a quien se otorgara la condición de observador, con pocas concesiones en el espacio para especies efectivamente más grandes. La coronel Hatherence estaba encantada de flotar donde pudiera sin ayuda, gracias, valiéndose de las aspas del exterior de su traje ambiental en forma de disco para impulsarse de un lado a otro.

—¡Ah! —anunció sonoramente Braam Ganscerel, mientras rebotaba a lo largo del suelo del pasadizo, con zancadas largas y flotantes, esquivando el techo sin esfuerzo con empujones desenfadados de báculo, como un saltador de pértiga invertido, dotado de una extraña elegancia—. ¡Esto está mejor! Normalmente uno sólo aprecia la gravedad cuando encuentra tan poca, ¿eh, Duelbe?

El mayordomo esbozó una amplia sonrisa, aunque Fassin sabía que debía haber oído al viejo decir eso una docena de veces por lo menos. Al parecer, la comitiva de observadores jóvenes no lo había hecho, y dio muestras evidentes de que apenas podía contener sus efusivas carcajadas en su dolorido estómago.

Los tres discos dobles sobrevolaron un gran cañón curvilíneo de nubes, hendidas en la profundidad de lo que parecía un banco convexo de nieve sanguinolenta de cien kilómetros de altura. Mucho más arriba, un cielo de corrientes amarillas apremiantes concedía efímeros vislumbres de otro cielo de color cereza, desvaído y moteado de estrellas, que en ocasiones atravesaba visiblemente una luna semejante a una bola de nieve de color marrón suave. La formación de máquinas voladoras describió una curva hacia el banco de vapor sanguinolento y desapareció en su interior.

Los sentidos cambiaron. Sintieron que se introducían con habilidad y sin esfuerzo en el magnetismo y la radiación, en el cociente gravitacional y la radioactividad, obteniendo una imagen compuesta del entorno, de miles de kilómetros de diámetro y cientos de profundidad, que les situaba con límpida claridad en el interior de una gran acumulación reticulada de campos magnéticos, radiación y cociente gravitacional, que se superponían en la imagen panorámica disponible todavía y la fantasmal vista gelatinosa del sonar.

Siempre siguiendo a Paggs, que encabezaba el trío, se sumergieron en dirección a un declive pronunciado que se presentó a su vista, a una docena de clics de profundidad.

Penetraron en una amplia burbuja de claridad visual relativa, y luego en una ráfaga de aguanieve. Se sumergieron a mayor profundidad, atravesando una banda de presión y temperatura, donde el agua de lluvia tamborileaba con fuerza sobre la superficie de sus discos dobles giratorios, y se hundieron más y más en una panorámica de oscuridad uniforme, hasta que llegaron a la nieve medio derretida de hidrógeno tibio, donde los discos flotaron como gigantescos yoyós de doble cono,

meciéndose, humeando y transmitiéndose señales unos a otros.

- Y bien, ¿qué opinas, joven Taak? ¿Te alegras de volver a casa?

- Es una experiencia fascinante, convino Fassin. - Estamos, ¿qué? Consultó de nuevo sus instrumentos internos de navegación. - ¿A dos satélites ecuatoriales de latitud y una banda de altitud?

- Venga, Fass, empezó Paggs.

- Así que si hago esto - transmitió Fassin, y arremetió con su doble disco contra el de Paggs. Paggs había adivinado lo que se avecinaba y ya había empezado a apartarse, retrocediendo y ascendiendo temblorosamente. La máquina de Fassin dio la impresión de arrojar hacia la nave teledirigida del otro observador, y luego retroceder, deteniéndose justo antes del lugar que había ocupado la máquina de Paggs. - Tienes el tiempo suficiente para apartarte, señaló Fassin, razonable.

- Observador Taak... empezó Braam Ganscerel.

- Mientras que si hiciera algo semejante al otro lado del planeta, continuó Fassin - al otro extremo de una cadena entera de satélites, a casi un segundo luz de distancia, suponiendo que no se retrase el procesamiento, a lo mejor nuestros remotos nos estarían diciendo, en el mejor de los casos, que acabo de invalidar sus garantías.

- Fassin, transmitió Ganscerel, con un suspiro. - Me parece que todos somos conscientes de la velocidad de la luz y del diámetro del planeta. Y de todas formas, estos remotos no son completamente estúpidos, ni están completamente desprotegidos. Tienen incorporado un sistema extremadamente sofisticado para evitar colisiones. Tuvimos que obtener la autorización específica de tus amigos de la Jurisdicción para incorporárselo, pues está muy próximo a... a ser inteligente.

- Pero si un morador os apunta con un láser solo por diversión, preguntó Fassin - para ver si os echáis a temblar, ¿de qué os servirá entonces un sistema para evitar colisiones?

- Quizá, sugirió con dulzura Ganscerel - uno no debería mezclarse con la clase de morador susceptible de actuar de semejante modo.

Pero es que esos son los más susceptibles de compartir cosas interesantes contigo, viejo, y no los cerebros de mosquito desecados, inofensivos pero ignorantes que sueles pasar el tiempo adulando, pensó Fassin. Estaba bastante seguro de que solo había sido un pensamiento. La gente siempre se preocupaba porque, en teoría, en RV se podía decir algo que solo se pretendía pensar, pero él no estaba tan oxidado en las técnicas de los arcanos remotos como para inquietarse de verdad. De todos modos, tal vez le hiciera algún bien a Braam Ganscerel oír unas cuantas incorrecciones de vez en cuando.

- Quizá, desde luego, observador jefe, fue lo único que dijo.

- *Hmmm.* Salgamos, ¿de acuerdo?

Regresaron a la realidad de una cámara de transmisión remota enterrada en las profundidades de la Instalación de Tercera Furia, parpadeando a causa de la luz,

mientras los técnicos les ayudaban a desceñirse de los sillones, dándose impulso hacia delante para esquivar la media bóveda de los ensamblajes NMR, devolviendo los auriculares y las sencillas vendas de terciopelo negro, flexionándose y estirándose como si se hubieran sumido en un arcano realmente largo, aunque no había transcurrido sino una hora, más o menos, en razón de tiempo uno a uno.

Paggs ejercitó los dedos y desabrochó el último par de lengüetas blandas que le mantenían conectado a los delgados pneumotubos que habían percibido sus movimientos y habrían impedido que se arrojara del sillón en caso de haber efectuado una acción especialmente enérgica.

Ganscerel yacía con los ojos cerrados, mientras respiraba profundamente y dejaba que los técnicos le separasen de la maquinaria.

Paggs echó un vistazo en su dirección.

—¿Te hemos convencido, Fass?

—Me habéis convencido de que ahora es todavía más fácil que antes hacer un arcano a distancia. —Fassin se levantó del sillón aplicando una fuerza constante con el dedo meñique y flotó con mucha suavidad hasta el suelo—. Me habría bastado vuestra palabra.

—Así que solo conseguiste un tercio de los volúmenes referidos, joven Taak —dijo Ganscerel.

Fassin estaba ofreciendo una sesión informativa muy privada en un depósito de ingeniería anexo al hangar secundario. Ganscerel hubiera deseado que se llevase a cabo en sus aposentos, pero no había modo de que la coronel cupiese allí dentro. Estaban presentes Fassin, Ganscerel, Paggs y la coronel Hatherence. Fassin quería que los demás supieran lo mismo que él (o, por lo menos, lo que creía que debían saber) acerca de lo que había descubierto en aquel antiguo arcano suyo, así como lo que habrían de buscar en el que esperaban emprender al día siguiente.

—Sí —dijo—. Canjeé unas imágenes de alta definición de cuadros expresionistas europeos terrestres del siglo xx, entre muchas otras cosas, por algo catalogado como un texto tres veces traducido de un poema épico lutankleydar anterior al Tercer Caos, una obra privada inédita de un dux de los enigmáticos, o quizá encargada por él. Estaba todo doblemente encriptado y comprimido, pero se sabía que constaba de tres volúmenes. Valseir me entregó tres volúmenes, solo que, como se descubrió varios años después, cuando finalmente los recompusieron los jeltick, lo que me dio no eran los volúmenes uno, dos y tres. Era el volumen uno por partida triple, en tres idiomas distintos. Y tampoco era de un dux enigmático.

»Uno de los volúmenes estaba redactado en un idioma penumbroso previamente conocido, pero imposible de traducir, que databa de la época de la Adición. Cuando se tradujo, tuvo el mismo efecto que una piedra filosofal: daba la clave de un montón de cosas distintas, y eso distrajo a todo el mundo durante algún tiempo. Luego, algún avisado estudioso jeltick reparó en una nota enterrada en los apéndices, en una jerga

cruda, pero relacionada, añadida a posteriori sin duda, que decía, básicamente, que toda la obra se había compuesto a lo largo de la Larga Travesía de la Segunda Nave, por un morador desterrado educado en la lengua penumbrosa, y que sí, desde luego que existía una Lista de los Moradores, que ellos (la nave, o la tripulación) poseían la clave de esta, y que estaría incluida en el segundo o tercer volumen de dicho poema épico. También se hallaba en la nave, por supuesto, y esta se dirigía al sistema Zateki. Por eso los jeltick enviaron una expedición allí sin demora, en cuanto completaron la traducción.

—¿Por qué no vinieron aquí, a Nasqueron, donde quizá hubiesen encontrado el tercer volumen? —preguntó Paggs, sonriendo.

—Porque la Jurisdicción no les había dicho de dónde procedían los datos. Ignoramos si fue un descuido o un acto deliberado. Puede que los jeltick supusieran que provenía de un centro de estudios de los moradores, pero no podían estar seguros de que así fuera, ni de qué centro se trataba. Probablemente empezaron a hacer preguntas, pero no querían alertar a todo el mundo de la importancia que tenía lo que habían encontrado. No olvidemos que existía un sinnúmero de copias de esa información, esparcidas por las reservas de datos de toda la galaxia civilizada. Es muy posible que la gente ya hubiese traducido y leído el texto principal, pero no hubieran llegado a los apéndices, donde se encontraba la nota crucial. Al menor indicio de que había algo de interés estratégico en esa parte, todos la habrían desempolvado, leído y ¡zas!, los jeltick habrían perdido su ventaja. Así en vez de eso llenaron el depósito, hicieron los preparativos y levaron anclas en dirección a Zateki.

—Puede que todo esto sea un engaño, ¿sabes? —bufó Ganscerel, ajustándose la túnica y frunciendo el ceño profundamente—. En verdad creo que percibo la impronta elaborada y tortuosa del humor de los moradores. Puede que no sea más que una broma a costa de cualquiera que sea lo bastante estúpido para picar.

—Puede ser, desde luego, señor —convino Fassin—. Pero tenemos órdenes, y debemos esforzarnos, por si acaso es verdad.

—Así que buscamos los dos volúmenes restantes de... ¿cómo se llama esta obra, exactamente? —preguntó la coronel Hatherence.

—La mejor traducción —dijo Fassin— es, *El algebrista*. Trata de las matemáticas, de la navegación como metáfora, del deber, el amor, el anhelo, el honor, los largos viajes de vuelta a casa... todas esas cosas.

—Y, ¿qué es esa Larga Travesía, o que fue? —preguntó Ganscerel, irritado—. Nunca he oído hablar de ella.

—El viaje de regreso desde lo que humanos llamaban la nebulosa del Triángulo —explicó Fassin, con una sonrisita.

—Bien —dijo Ganscerel, frunciendo el ceño una vez más—, no hemos adelantado mucho, ¿verdad? Os lo ruego, observador Taak, ¿cómo llamamos ahora a la nebulosa del Triángulo?

—La llamamos la galaxia de las Almas Perdidas II, observador jefe. Se la llamó

Larga Travesía porque se prolongó durante treinta millones de años. Supuestamente, el viaje de ida fue casi instantáneo, porque se efectuó a través de un conducto intergaláctico, cuyo portal está detallado en la Lista de los Moradores.

Hervil Apsile, maestro técnico de la Instalación Compartida de Tercera Furia, repasó el carenado de estribor de la nave de gas con el ultrasónico manual, y sonrió con cierta satisfacción al ver una línea rasa en la pantalla. Por encima de su cabeza, se erguía sobre sus patas extendidas una lanzadera de la Instalación Compartida, una forma rechoncha de montacargas con las compuertas de la bodega abiertas. En un extremo, la cúpula transparente del hangar principal revelaba una vasta oscuridad, iluminada caprichosamente por destellos largos y luminosos, como láminas de punta de diamante que atrapasen la luz de un sol azul apagado.

—¿Comprobando si hay critones, Hervil? —preguntó Fassin, mientras se acercaba rebotando por el suelo de roca fundida.

Apsile sonrió al oír la voz de Fassin, pero siguió observando la pantalla manual hasta que llegó al término de la juntura que estaba inspeccionando. Entonces apagó la máquina y se volvió hacia Fassin.

—Solo las variedades estándar detectadas hasta el momento, observador Taak.

Los critones eran las criaturas, casi con toda seguridad míticas, a las que los moradores culpaban cuando algo salía terriblemente mal en su vecindad. Los humanos que habían recogido el testigo de los estudios de los moradores en los últimos tiempos habían adoptado desde el comienzo la idea de que los critones eran responsables del elevado número de fallos que al parecer implicaba cualquier interacción con los moradores, o a decir verdad cercana a ellos. Era eso, o aceptar que, de algún modo, la despreocupación endémica de los moradores por la tecnología, así como su congénita falta de entusiasmo por mantener su maquinaria en condiciones de funcionamiento fiables, eran contagiosas.

Fassin dio una palmadita en el oscuro flanco de la gruesa nave en forma de punta de flecha. Esta era su propia máquina, estaba diseñada específicamente para Fassin, en parte por él mismo. Medía unos cinco metros de eslora, cuatro de manga, si se incluían los carenados de maniobras fuera borda, y poco menos de dos metros de altura. Solo rompían su forma lisa las líneas de cierre de los diversos manipuladores e impulsores de maniobras, algunas protuberancias de sensores, y el ensamblaje de energía posterior, cuyas aspas estaban guardadas en aquel momento. Fassin pasó la mano por la aleta de cola de babor.

—¿Está todo listo y a punto, Herv?

—Completamente —respondió Apsile. Era un negro nubio, delgado pero musculoso, y tenía una calva lustrosa. Tan solo unas cuantas líneas en torno a los ojos empezaban a sugerir su verdadera edad, que era considerable. Cada año, más o menos, antes de someterse a su tratamiento depilatorio anual (consideraba que el tratamiento genético era demasiado invasivo), empezaba a aparecer en su cráneo una

micropelusa blanca que le otorgaba a su cabeza el aspecto de un campo de estrellas erizadas—. ¿Y tú?

—También estoy listo y a punto —afirmó Fassin. Acababa de regresar de la última sesión informativa del día, con el Estado Actual de los moradores. Su ardua tarea consistía en mantenerse al tanto de lo que sucediera en la sociedad de los moradores, que era total y absolutamente caótica, y, como actividad secundaria, seguir el rastro en todo momento a las principales estructuras e instituciones de los moradores, así como, sobre todo, a los individuos de interés.

Las noticias no eran buenas: se estaba fraguando una guerra formal entre la Zona dos y el Cinturón C, al menos una estructura tormentosa a largo plazo situada entre la Zona uno y el Cinturón D se estaba viniendo abajo mientras se construían otras dos en lugares diferentes, y últimamente los movimientos de los individuos habían sido especialmente fluidos. Se podría decir que hasta caprichosos. En cuanto al paradero del choal Valseir, bueno, nadie le había visto desde hacía siglos.

Los moradores siempre habían sido difíciles de seguir. En el pasado, se había intentado controlar a los individuos por medio de remotos. No obstante, los moradores lo consideraban una grosera intromisión en su intimidad, y tenían una habilidad asombrosa para localizar y destruir esas plataformas, naves de gas microscópicas o micrófonos ocultos, por muy pequeños o astutos que fueran. Los moradores también se enfurruñaban. Cuando alguien cometía la temeridad de intentar algo tan solapado, retiraban su cooperación. A veces, a una población entera. A veces, durante años.

Los observadores lentos de Nasqueron mantenían una relación bastante buena con los moradores locales. Para el estándar de los estudios de los moradores, era casi íntima, pero solo porque los observadores procuraban interferir lo menos posible en la vida de los moradores. A cambio, ellos eran relativamente cooperantes, y actualizaban diariamente la ubicación de sus ciudades, estructuras e instituciones más importantes. Este boletín se emitía cada poco más de ocho horas, y era un sinónimo de fiabilidad casi legendaria en los estudios de los moradores, pues en ocasiones se aproximaba a un grado de precisión muy cercano al noventa por ciento.

—¿Todo bien en la septa Bantrabal? —preguntó Apsile.

—Todo bien. Slovius te envía recuerdos. —Fassin había hablado con su tío hacía unas pocas horas, y había vuelto a intentar persuadirle para que dejase la Casa de Otoño. Debido al desfase temporal existente entre Tercera Furia y Églantina, apenas era posible mantener una conversación normal. También había hablado con Jaal, que se encontraba al otro extremo de Églantina, en la Casa de Primavera de su septa. La vida parecía relativamente normal, allá en Églantina. La nueva Emergencia no tenía tanta repercusión como había parecido en Sepekte.

Apsile se sacó de la manga una pantalla desplegable y presionó algunos mandos. Levantó la vista tranquilamente hacia la nave elevadora que se cernía sobre la pequeña nave de gas, lista para acoger en su bodega abierta al navío menor y

transportarlo hasta la atmósfera del gigante gaseoso. Fassin siguió la mirada del maestro técnico. Observó una forma oscura suspendida en el interior del carguero, que sobresalía por abajo como una gruesa rueda. Frunció el ceño.

—Eso se parece mucho a la coronel Hatherence —dijo.

—No cabe en muchos sitios —musitó Apsile.

—¿Eh? —rugió una voz, que añadió, por lo bajo—: ¿Mi nombre? Ah, sí, soy yo, observador Taak. O debería decir comandante Taak. Hola. Perdón, estaba dormida. En fin, ya sabe, hay que dormir. Se me ocurrió comprobar el tamaño de este espacio de aquí. He de decir que me viene muy bien. Si es necesario, este navío podrá llevarme a la atmósfera de Nasqeron con la mayor habilidad. Bueno, eso creo. ¿Usted también lo cree, maestro técnico?

Apsile esbozó una amplia sonrisa, que reveló unos dientes de azabache, como su piel.

—Yo también lo creo, señora.

—Entonces estamos de acuerdo. —El gigantesco disco colgante descendió una pizca de su acoplamiento en el interior del transportador en forma de ala delta, para poder volverse y serpentear hacia ellos—. Y bien, comandante Taak, ¿cómo van sus intentos de persuadir al observador jefe Braam Ganscerel de que le permita realizar el arcano directamente?

Fassin sonrió.

—Progresan como un arcano de larga duración, coronel; extremadamente despacio.

—¡Qué lástima!

Apsile oprimió con el pulgar un mando de su pantalla desplegable, la introdujo de nuevo en su manga con un chasquido y asintió en dirección a la pequeña nave de gas.

—Bueno, pues ya está lista. ¿Quieres subirla? —preguntó.

—¿Por qué no? —Para Apsile y Fassin, se había convertido en una especie de tradición izar la embarcación hasta la nave portadora. Se inclinaron, asieron un extremo cada uno y, al principio con mucha lentitud, levantaron la punta de flecha por encima de sus cabezas, dejando que sus pies se despegaran del suelo al final, para aminorar la velocidad. La nave de gas apenas pesaba nada en la minúscula gravedad de Tercera Furia, pero su masa era superior a dos toneladas, y las leyes de la inercia y el movimiento todavía se aplicaban. Se impulsaron hasta una altura de tres metros en el interior de la bodega de la lanzadera, hacia los brazos abiertos de la expectante horquilla de la nave de gas. El traje ambiental de la coronel ocupaba el espacio de dos pequeñas naves de gas, pero todavía quedaba sitio para otras cinco en la bodega de la lanzadera. La punta de flecha encajó con un chasquido en su lugar, junto al prominente disco que albergaba a la coronel Hatherence. Satisfechos con la correcta sujeción de la punta de flecha en el interior, los dos hombres se dejaron caer de nuevo al suelo. La coronel bajó flotando junto a ellos.

Fassin observó las líneas puras de la nave de gas. *Qué pequeña parece*, pensó. *Es*

un espacio diminuto para pasar años... décadas... incluso siglos... Aterrizaron. Apsile era más experimentado y flexionó las rodillas correctamente, pero Fassin rebotó.

El gigantesco traje ambiental se vio obligado a inclinarse para franquear las puertas abiertas de la bodega de la nave portadora, perdió el equilibrio y volvió a enderezarse con un zumbido de aspas y una exhalación de aire.

—Debo decir que, personalmente, preferiría penetrar directamente en la atmósfera, es decir, de hecho. Desde luego, en realidad —gritó la coronel.

—Sí —dijo Fassin—, yo también, coronel.

—¡Buena suerte con ello! —bramó la oerilita.

—Gracias —dijo Fassin—. Sospecho que la buena suerte será necesaria, pero no suficiente.

Unas pocas horas después, dispuso del tiempo justo para pensar que fue la mala suerte la que les brindó la oportunidad que ambos habían esperado, antes de verse obligado a huir para salvar la vida.

Los demás lograron persuadirle al fin. Iban a ir Thay, Sonj y Mome. ¿Por qué él no? No estaría nervioso, ¿verdad? ¿Tal vez era demasiado perezoso?

No estaba nervioso, y tampoco era tan perezoso. Prefería quedarse en el nido y relajarse con K, que estaba conectada a un traumalizador y un subsal enlazado, y se acercaba a la conclusión de un sueño virtual. Las holgadas ataduras le permitían flotar en la suave corriente que soplaba desde la silla aérea, y agitar los brazos, con su cuerpo esbelto y grácil en posición semifetal, mientras su largo cabello castaño recogido en las puntas florecía sobre ella como la capucha de una cobra, envolvía su cabeza y flotaba hacia atrás de nuevo. La red NMR semejava una mano con más de veinte delgados dedos de plata que asieran su cabeza desde atrás. El tubo transparente del subsal desaparecía en el interior de una diminuta válvula neuronal colocada detrás de su lóbulo izquierdo. Los ojos de K se movían con languidez bajo los párpados, y su semblante parecía resuelto en una sonrisa.

En este punto, al emerger de un largo sueño virtual, era como si hubiera buceado en profundidades abisales, y ahora regresara lentamente, atravesando a nado varios kilómetros de bajíos soleados. Uno podía salir del agua para reunirse con la persona que entraba, sin entregarse al estado onírico, paralúcido y químico que inducía el holograma NMR, y bucear con ella bajo la superficie, sosteniendo aún la boquilla branquial, mientras se dirigía a la playa de la realidad mundana.

- ¡Hey, Fass!, transmitió, cuando Fassin se introdujo en el agua para unirse a ella, mientras se ceñía un pequeño collar NMR para convertirse en parte del sueño virtual que se evaporaba lentamente. K había estado ausente durante un día y medio; había sido uno largo. - ¿Has venido a buscarme? ¡Gracias, compi!

- ¿Te lo has pasado bien?, preguntó él.

- Mejor que bien. Adivina dónde he estado.

Él le transmitió el gesto de encogerse de hombros.

- No tengo ni la más remota idea.

- ¡He hecho un arcano! ¡He soñado un arcano, como los observadores, en Nasqueron! Bueno, en realidad no era en Nasq, sino en otro gigante gaseoso llamado Furenasyle. Debió ser allí donde hicieron la plantilla del chip. ¿Has oído hablar de Furenasyle?

- Sí, es otro sitio donde se hacen estudios de los moradores. Así que, ¿soñaste que estabas allí? Haciendo un arcano, ¿no?

- Ya te digo. Tú lo pintas tan bien. Y, ¡fue genial, Fass! ¡Ha sido el mejor sueño... bueno, el segundo mejor sueño virtual que he tenido en mi vida! K le transmitió una especie de sonrisa cómplice y sexi. Él adivinó a qué sueño se refería. Lo habían experimentado juntos. Un sueño amoroso virtual, una inmersión conjunta en sus sentimientos mutuos. Bueno, en teoría. Los sueños amorosos eran de mal gusto en algunos aspectos: en ellos, uno todavía podía mentir acerca de sus sentimientos, y seleccionando la plantilla adecuada en el traumalizador, y acompañándola con las sustancias químicas adecuadas del subsal, se aseguraba con ciertas garantías una felicidad incomparable, extática y conmovedora, incluso entre dos personas que básicamente se odiaran. El suyo había sido bueno, pero no deseaba repetirlo. Suponía que desconfiaba de la realidad virtual, y los sueños virtuales, sobre todo con un subsal sincronizado que proporcionase las sustancias químicas sintetizadas apropiadas para su recepción en el cerebro, constituían la experiencia de RV más inmersiva que estaba a su alcance. Por lo menos legal o semilegalmente.

- ¡Deberías probarlo! ¡De verdad! Sería como practicar, ¿no te parece?

- Supongo que sí. Si es que acabo haciendo arcanos. Supongo que tú me lo recomiendas.

- ¡Si es así, seguro!

Pero él no estaba seguro. Todavía era joven, y estaba indeciso. ¿Debía convertirse en un observador lento, como al parecer esperaban todos, hasta sus vecinos de nido en el Hab. 4409 («El Hab. Feliz»)? ¿O debía hacer algo completamente distinto? Lo ignoraba todavía. El hecho mismo de que todos pensaran que al final se convertiría en observador, después de unos años locos (y sin duda estos eran años locos, no imaginaba que fuesen a durar eternamente, ni siquiera mucho tiempo), hacía que estuviera aún más resuelto a no hacer lo que se esperaba de él... bueno, quizá «resuelto» era una palabra demasiado fuerte, lo admitía. Reacio. Le hacía más reacio. Suponía que eso estaba mejor. Pero aún podía sorprender a todos. Podía hacer algo completamente distinto y excitante. Lo único que debía hacer era experimentar muchas cosas distintas, hasta que encontrase la adecuada.

- Oye, creo que voy a ir a la manifestación con los demás. Bueno, si no me necesitas, ya sabes...

- ¡Me alegro por ti! No me importa. Vete tú. Yo también iría, pero tengo que salir

de este bajío. La última vez que me di un remojón tuve que arrastrarme. ¡Pfff!

- Vale. Hasta luego.

- ¡Hasta luego, compi!

Abandonó el nido.

El nido era una vaina de baja gravedad, compuesta de unas cuarenta habitaciones esféricas, la mayoría pequeñas, que albergaba una especie de comuna de distanciadores, negadores, soñadores virtuales, jipis de pastel, entusiastas y colgados (humanos, todos ellos), situada en un amplio ramillete de espacios vitales próximos al eje vertical del hab, cerca de su extremo «oeste» (así llamado con cierta arbitrariedad), apenas por debajo del tubo solar. Supuestamente, el nido pertenecía a la madre de uno de los jipis, aunque, extraoficialmente, era la República Popular Inmadura de Loquesea (tenía hasta burocracia semioficial y software para demostrarlo).

El Hab. 4409 era uno de los cientos de miles de hábitats que orbitaban Sepekte. Era un cilindro de materia de asteroide reformada, de tamaño medio (cincuenta kilómetros de largo y diez de ancho), que al girar producía casi dos tercios de gravitón en la superficie de su diámetro interno. Rotaba bajo la infinita luz del sol, como un gigantesco rodillo de jardín amasando fotones. Había dos sistemas de lentes de espejo de doce kilómetros, uno en cada extremo, que daban a Ulubis como un par de flores enormes y de insoportable delgadez. Otros complejos de espejos canalizaban la luz del sol, que se capturaba por medio de dos ventanales de lámina de diamante, hacia el interior del eje vertical del hab, donde un último juego de espejos, que se movían arriba y abajo a lo largo del tubo solar, creando algo semejante a la sensación de un día planetario, finalmente dirigían la luz hacia la superficie interna, siempre y cuando no se interpusiera, por ejemplo, uno de los complejos de nidos semejantes a racimos (más espejos).

Vivía mucha más gente en los habs. que en los planetas del sistema, y la mayoría de los habs. se encontraban en algún punto cercano a Sepekte. El Hab. 4409 había sido un lugar bastante liberal, despreocupado, fluido y laissez-faire casi desde sus comienzos, dos milenios atrás, como parte de una estratagema terriblemente intrincada de cancelación de intercambio de activos de especies titulares. Su titularidad definitiva nunca se había establecido, y varias generaciones de abogados se habían retirado para disfrutar de sus lujos, después de haber seguido la saga de la procedencia y el título del Hab. 4409 desde sus días como pasantes, sin haber obtenido una sensación de conclusión en este sentido.

De modo que había atraído desde siempre a vagabundos, artistas, inadaptados, exiliados naturales y excéntricos, políticos y de otro tipo, así como a más o menos toda clase de individuos ligeramente desquiciados o terriblemente confundidos. La mayoría procedían de Ulubis, pero algunos eran más exóticos y venían de mucho más lejos: por lo general, se trataba de jipis y distanciadores, que atravesaban el portal desde cualquier punto de los mercatoria, y se tomaban un pequeño descanso entre la

educación y la responsabilidad. Producía arte de buena calidad, era una escuela complementaria extraoficial (pero desgravable) para los hijos de los ricos (la idea era concederles auténtica libertad a aquellos mocosos malcriados, para que comprobasen qué vacía estaba), un parador para los que se dirigían a la desgracia o regresaban de la perdición, y un centro de reinserción para los que quizá volviesen a ser miembros productivos de la sociedad, o quizá no, pero que podían brindarle a esta un estímulo fundamental. Y desde la perspectiva de las autoridades, si uno quería ser realmente paranoico, era un sumidero para ideas peligrosas: una trampa para radicales, que resultaba relativamente sencillo vigilar y todavía más sencillo clausurar. En otras palabras, era útil. Desempeñaba una función, si no varias. En una sociedad tan grande como la que existía en torno a Ulubis, algún lugar debía ofrecer ese tipo de servicio.

Así era la gente. Algunos siempre serían convencionales, y otros siempre serían un poco retorcidos, pero todos desempeñaban un papel, y en cierto sentido todos eran valiosos, ¿verdad?

Pero ahora los jodidos mercatoria, la jodida Ascendencia, la jodida Omnocracia, o lo que hostias fueran, el jodido jerarca (o, lo que era más probable, uno de sus consejeros rotativos, que había descubierto un modo de ganar un poco de dinero y obtener más poder), o su subalterno el peregala, o el subalterno de este, el aparedor, o el diegesio tullido, que en realidad era el gobernador nominal, o el alcalde, o lo que hostias fuera (su cargo, su presencia y sus déspotas guardaespaldas solo estaban allí gracias a una disputa previa sobre quién controlaba qué, que había devenido en un sucio compromiso de un siglo de duración), sea como fuere, los putos amos, los cabrones que poseían todo el puto mundo, o que pensaban que otro cabrón debía poseer todo el puto mundo, habían decidido, decretado y estimado que la propiedad de aquel jodido sitio (así como la de muchos otros habs. parecidos, que se encontraban en situaciones similares de titularidad disputada, incierta, dudosa o felizmente contingente) debía pasar a manos de lo que llamaban una autoridad debidamente acreditada y responsable. Lo que básicamente quería decir a ellos. O si no, a sus amigos. A alguien que se tomara en serio la titularidad, el pago del alquiler, la ley y el orden y cosas así. Los que redactaban las leyes, los que otorgaban las leyes, estaban fuera de la ley, y no podían permitir que aquello saliese adelante, que se aprobara, sin oponer resistencia, que se incluyera en los estatutos locales sin una oposición seria de cojones. Por la razón que fuera, esos gilipollas estaban destruyendo parte de lo bueno de los habs., de la órbita de Sepekte, del sistema Ulubis y de la sociedad de la que al fin y al cabo todos ellos formaban parte. En última instancia, estaban siendo estúpidos y autodestructivos, y lo que hacía falta era que la gente que lo veía claro, porque estaba justo ahí, en primera línea de fuego, en la vanguardia, se lo hiciese ver. Al fin y al cabo, todos estaban en el mismo barco, lo que pasaba era que a veces los cabrones del poder se alejaban demasiado de la vida real del pueblo, y entonces había que tomar posiciones, mantenerse firme y hacerse oír.

De modo que acudieron a la manifestación, por los tubos de fricción, los saltadores y los tranvías, hasta la plaza central, donde se reunía una gran multitud.

—Si te paras a pensarlo —señaló Mome, mientras recorrían la calle que desembocaba en la plaza—, los forasteros nunca atacan habs., ni ciudades enteras, ni nada grande, fácil y vulnerable. Atacan a los militares, a las autoridades y a las grandes infraestructuras. Sus ataques, su violencia y su estrategia militar constituyen un discurso susceptible de análisis, si uno está dispuesto a acercarse a él sin preconcepciones propagandistas. Y el mensaje es claro: su disputa, su guerra, es con el sistema mercatorial, con la Ascendencia, la Omnocracia y los administradores, no con la gente ordinaria, como nosotros.

—¡Me ofende que me llamen ordinario! —protestó Sonj.

—Es un exceso de generosidad incluirte en la misma categoría que a «la gente», Sonj —dijo Mome. Mome era un tipo pequeño, intenso y pálido, que siempre andaba un poco encorvado, como preparándose para agacharse o abalanzarse sobre alguien. Sonj era enorme, un tipo grande y torpón, de piel oscura, ánimo voluble y pelo rojo corto y densamente rizado, que solo parecía cómodo, o siquiera un poco grácil, en gravedad baja.

—Eso no significa necesariamente que sean los buenos —insistió Fassin.

—Significa que están abiertos a la razón, que son capaces de participar en un diálogo significativo —dijo Mome—. Que no son solo unos cabrones chiflados a los que hay que aplastar como si fueran gusanos, que viene a ser lo que nos dicen.

—Entonces, ¿qué les impide hablar con nosotros? —preguntó Fassin.

—Nosotros —dijo Mome—. Hacen falta dos para hablar.

Todos le miraron. Era bien sabido que Mome hablaba mucho. A veces, mucho después de que sus oyentes se hubiesen dormido. Se encogió de hombros.

—Mi prima Lain... —dijo Thay.

—¿Otra? —preguntó Mome, fingiendo incredulidad.

—La hermana de mi prima Kel, la hermanastra de mi primo Yayz —explicó Thay pacientemente. Era la compañera de Sonj, y también tenía medidas generosas; se encontraba incómoda en gravedad baja, pero en la superficie interna del hab, a dos tercios de gravitón, era elástica y ágil—. Mi prima Lain —continuó, decidida—, la que está en la Navarquía, dice que cree que los forasteros atacan tanto porque de lo contrario la Navarquía y la Flota Reunida los persiguen. Y nosotros no atacamos solo cosas militares. Dice que atacamos sus habs. Que matamos a millones. Hay muchos ofis que no están conformes con...

—¿Muchos qué, no están conformes? —preguntó Mome.

—Muchos ofis —repitió Thay.

—He entendido la palabra —repitió Mome, suspirando—. Lo que no he entendido es el significado. —Chasqueó los dedos—. Espera. Es el diminutivo de «oficiales», ¿no?

—Exacto.

—Brillante. Continúa.

—Hay muchos ofis que no están conformes con ello —repitió Thay—, así que los ´teros..., los forasteros..., nos atacan, para que nos pongamos a la defensiva. —Asintió una vez—. Eso es lo que dice mi prima Lain.

—¡Ay! ¡Tonterías de ´teros! —dijo Mome, mientras se tapaba los oídos con las manos—. Vas a hacer que nos arresten a todos. —Todos se rieron.

—Por lo menos tenemos libertad para decir estas cosas —señaló Fassin.

Mome ejecutó su risa hueca especial.

En la plaza central, Fassin saludó a varias personas, y se empapó de la sensación de solidaridad y diversión ligeramente crispada (había muchos disfraces imaginativos, prominentes esculturas de seda, globoladores y gente que blandía pancartas con eslóganes, gritaba consignas y esparcía narconfeti), pero no obstante se sentía extrañamente ajeno a todo. Miró a su alrededor, ignorando por el momento a la gente (humanos, la mayoría) y el resplandeciente círculo de edificios abovedados.

El hab era una gigantesca ciudad verdosa enrollada en el interior de un tubo giratorio, con pequeñas colinas y numerosos lagos y avenidas que se entrecruzaban entre apartamentos poco elevados, con jardines colgantes, ríos sinuosos y torres altas y esbeltas; algunas se arqueaban y se alzaban hasta el tubo solar, donde se curvaban, o se afinaban, para unirse con las torres del lado opuesto. Cerca del eje vertical, había nidos arracimados, rodeados de espejos, por los que trepaban tubos de fricción, como enredaderas selváticas, y dirigiblisters que flotaban bajo ellos, como si fueran extrañas nubes semitransparentes.

Entonces Fassin oyó una especie de grito en el extremo de la multitud más próximo al palacio del Diegesio, que era el foco de la protesta. Quizá oliera algo extraño, pero probablemente no fuera más que uno de los globoladores que surcaban el aire, diseminando alguna droga que su sistema inmune no había identificado. Luego reparó en que quizá no lo fuera, porque de repente todos los globoladores se desplomaron al unísono desde el aire. Asimismo, se apagó el sol del tubo solar. Eso no sucedía nunca. Oyó muchos ruidos extraños, y algunos quizá fueran gritos. De pronto la temperatura pareció descender con rapidez. Eso también era extraño. La gente le golpeaba al pasar corriendo a su lado, sobre todo con los hombros, y caía sobre él, y descubrió que ¿Fassin? estaba tendido, y que Fassin seguía encajando golpes, pero Fassin intentaba incorporarse y ponerse en pie, y Fassin estaba de rodillas y Fassin estaba a punto de levantarse, tambaleándose, sintiéndose muy extraño y preguntándose qué hacían todos en el suelo en torno a Fassin, cuando volvió a derribarle un hombre sin rostro, que lucía una armadura de color gris acero, blandía una gran porra quebrantahuesos y tenía un par de vibradores pequeños en los hombros, que fumigaban gas y producían un ruido agudo y terriblemente penetrante y él ¡Fassin! quería alejarse de ellos, pero le picaban la nariz y los ojos y todo y le dolía y no sabía qué hacer, ¡Fasssin! se levantaba y el tipo de la

porra que parecía una lanza se le acercó y *¿Fasssin?* pensó como un estúpido que podía preguntarle qué ocurría y cuál era *¿Faaasssiinnn?* el problema cuando el hombre le descargó su porra lanza quebrantahuesos en la cara, saltándole algunos dientes y mandándole dando vueltas al

—¿Fassin?

La mención de su nombre le despertó al fin, con un sobresalto.

—¿Está otra vez con nosotros? Bien.

Le hablaba un hombrecillo sentado en una butaca al otro lado de un escritorio de metal de aspecto abigarrado. La sala, o lo que fuera, estaba demasiado oscura para ver en su interior, ni siquiera con ir. El sonido de la voz del hombre en el espacio indicaba que no era muy amplia. Fassin era consciente del dolor de su cara, y sobre todo de su boca. Intentó secársela. Bajó la vista. No podía mover las manos porque en los antebrazos tenía... procuró recordar la palabra adecuada... ¿grilletes? Estaba encadenado a su asiento. ¿Qué demonios era esto? Se echó a reír.

Alguien le golpeó en los huesos. Fue como si su esqueleto entero fuese un carillón, y su carne, sus músculos y sus órganos estuviesen en otra parte, en las inmediaciones, pero no obstante conectados de algún modo, y algún cabrón (en realidad, un grupo bastante numeroso de cabrones) hubiera empuñado un juego entero de martillos y le machacara cada uno de los huesos al mismo tiempo y con mucha fuerza. El dolor se extinguió casi con la misma rapidez con que había empezado, dejándole sólo una suerte de eco extraño en los nervios.

—*¿Qué cojonez ha zido ezo?* —le preguntó al hombrecillo. Su voz parecía cómica con algunos dientes de menos. Tanteó los espacios con la lengua. Parecía que faltaban dos, y que otro estaba suelto. Procuró recordar cuánto tardaban en regenerarse los dientes de los adultos. El hombrecillo era un alma de aspecto más bien risueño, con un semblante rollizo y divertido, y mejillas rechonchas y sonrosadas. Tenía el pelo negro y rapado. Lucía un tipo de uniforme que Fassin no identificó—. *¿Me eztáz todtudando, hizo de puta?* —preguntó Fassin.

—No —respondió el hombrecillo, con un tono de voz muy razonable—. Solo lo hago para llamar su atención. —Movi6 una mano sobre la superficie del escritorio.

Los huesos de Fassin hicieron un ruido estrepitoso, como si volvieran a tocar sobre ellos. Sus nervios, que ya habían sufrido dos veces aquella experiencia, decidieron que en verdad no se trataba de una broma, y de hecho sentían un dolor agudísimo.

—*¡Eztá bien! ¡Eztá bien!* —se oyó decir—. Ya lo he entendido, *oded*. Joder —dijo, cuando descubrió cómo adaptar su pronunciación a la nueva distribución de sus dientes.

—No jure —dijo el hombrecillo, y volvió a lastimarle.

—¡Vale! —gritó él. Le colgaba la cabeza. Le goteaba moco de la nariz, y saliva y sangre de la boca.

—Por favor, no jure —dijo el hombrecillo—. Indica una mente desordenada.

—Usted dígame qué coj... qué quiere —dijo Fassin. ¿Esto era real? ¿O había estado en una especie de extraño sueño de RV desde que se reuniese con K, que afloraba de los bajíos al término de su sueño virtual? ¿Esto era lo que ocurría cuando comprabas plantillas de sueños baratas, copias ilegales o algo así? ¿Esto era real? Era lo bastante doloroso como para ser real. Observó sus piernas y el dobladillo de sus calzones, cubiertos de sangre, mucosa y moco. Distinguía cada uno de los pelos de sus piernas, algunos estaban erizados, otros pegados a la piel. Distinguía los poros. ¿Eso no quería decir que era real? Pero no, por supuesto. Los sueños virtuales, los simuladores, la RV, todo ello se basaba en que, en realidad, la mente solo podía concentrarse en una cosa cada vez. El resto era ilusorio. La vista, el sentido más complejo que poseía la especie humana, había engañado a la mente que había detrás de los ojos durante millones de años. Creías que podías ver una panorámica en color y con cierto detalle, pero en realidad no; la visión en color precisa se concentraba en una minúscula parte de tu campo visual, y del resto solo tenía una vaga conciencia en blanco y negro, y sensible al movimiento.

El cerebro se engañaba al pensar que veía tan bien cuando se alejaba del centro de su objetivo visual como cuando daba justo en el centro de la diana. La RV inteligente se valía del mismo engaño; cuando enfocabas un detalle, se creaba para ti con precisión y exactitud, pero el resto de las cosas, a las que no atendías con la misma concentración, se podían ignorar tranquilamente hasta que dirigieras tu atención hacia ellas, manteniendo así la cantidad de energía del proceso dentro de unos límites aceptables.

Fassin desvió su atención de la pierna salpicada de sangre.

—¿Esto es real? —preguntó.

El hombrecillo suspiró.

—Señor Taak —dijo, echando un vistazo a una pantalla—, su perfil indica que procede usted de una familia respetable y que quizá un día se convierta en un miembro productivo de la sociedad. No debería usted mezclarse y convivir con personas de esa clase. Han sido ustedes muy estúpidos, y la gente ha sufrido por su estupidez. A decir verdad, ha vivido usted en una especie de sueño, y ese sueño ha terminado. Oficialmente. Creo que debería volver a casa. ¿Usted no?

—¿Dónde están mis amigos?

—¿El señor Lifilde, el señor Resiptiss, la señorita Cargin y la señorita Hohuel?

Fassin le miró fijamente. Mierda, había pasado allí algunos meses y solo los conocía por sus nombres de pila. Supuso que eran los apellidos de Thay, Sonj y Mome, pero en realidad no tenía ni idea. Y había dicho cuatro, ¿verdad? ¿Eso quería decir que también estaban contando a K? Pero ella no había ido a la manifestación.

—O bien están retenidos en otra parte, o bien los han procesado y liberado, o bien todavía los estamos buscando. —El hombrecillo sonrió.

Fassin observó sus propios brazos, ceñidos por aros de metal. Intentó mover las piernas, se inclinó hacia delante y miró hacia abajo. También tenía grilletes en las

piernas. Tenía una sensación muy extraña en la boca. Recorrió con la lengua los espacios que habían dejado sus dientes, y volvió a comprobarlos. Supuso que tendría que ponerse unos falsos hasta que crecieran los nuevos. O lucir una sonrisa de pirata.

—¿Por qué me tratan así? —preguntó.

El hombrecillo parecía incrédulo. Pareció que se disponía a lastimar de nuevo a Fassin, y meneó la cabeza, exasperado.

—Porque participó usted en una manifestación violenta contra el diegesio, ¡por eso! —dijo.

—Pero si no era violenta —dijo Fassin.

—Puede que usted personalmente no lo fuera. La manifestación en la que participó sin duda lo fue.

Fassin se habría rascado la cabeza.

—¿Eso es lo único que hace falta?

—¡Por supuesto!

—¿Quién empezó la violencia? —preguntó.

El hombrecillo extendió bruscamente los brazos a ambos lados. Su voz adquirió un tono muy agudo.

—¿Importa eso?

Fassin quería decir qué bando, pero se percató de que el hombrecillo creía que se refería a qué manifestante. Suspiró.

—Mire, yo solo quiero volver con mis amigos, a mi nido. ¿Puedo irme? No he hecho nada, me han saltado los dientes, no puedo decirle nada, ni... nada... —dijo. Volvió a suspirar.

—Puede irse cuando firme esto. —El hombrecillo le dio la vuelta a la pantalla para que Fassin pudiera verla. Este observó lo que deseaban que firmase, la almohadilla para las huellas digitales y las cámaras de la pantalla, que dejarían constancia de que realmente había firmado él (o, para ser precisos, harían que un documento falso ocupara una fracción más de espacio de memoria).

—No puedo firmar esto —dijo—. Básicamente, dice que todos mis amigos son agentes de los forasteros y que merecen la muerte.

El hombrecillo movió los ojos.

—Léalo con atención, ¿quiere? Lo único que dice es que usted alberga sospechas en ese sentido. No creerá en serio que su palabra bastaría para condenar a nadie, ¿verdad?

—Pues entonces, ¿por qué quiere que...?

—¡Queremos que los traicione! —chilló el hombrecillo, como si fuera la cosa más evidente del mundo—. Queremos que les vuelva la espalda y se convierta en un miembro productivo de la sociedad. Eso es todo.

—Pero si son amigos míos. —Fassin tosió y tragó saliva—. Mire, ¿puedo beber un poco de agua?

—No. No puede. Y no son amigos suyos. Solo son gente que conoce. Conocidos

y gracias. Se ha emborrachado con ellos, se ha colocado con ellos, ha hablado un poco con ellos y se ha acostado con algunos. Pero se separarán enseguida, y probablemente nunca volverá a saber de ellos. No son amigos suyos. Acéptelo.

Fassin se lo pensó mejor antes de debatir el significado de la amistad en esas circunstancias.

—Bueno, pues a pesar de todo no pienso traicionarles.

—¡Ellos le han traicionado a usted!

El pequeño interrogador volteó la pantalla, oprimió algunos mandos y volvió a voltearla. Fassin observó que Thay, Sonj y Mome (todos estaban presos en asientos como el suyo, y parecía que Sonj había recibido una fuerte paliza) aseguraban que creían que Fassin albergaba simpatías por los forasteros, que era un peligro para la sociedad y que necesitaba vigilancia. Todos mascullaron algo en ese sentido, firmaron la pantalla y apretaron el mando de las huellas digitales con el pulgar (el de Sonj dejó una mancha de sangre).

La proyección le agitó, aunque probablemente la habían falsificado. Se reclinó en el asiento.

—La han falsificado —dijo, con voz temblorosa.

El hombrecillo se rió.

—¿Está loco? ¿Por qué íbamos a molestarnos?

—No lo sé —admitió Fassin—. Pero conozco a mis amigos. Ellos no harían...

El hombrecillo se inclinó hacia delante.

—Pues firme, y en el caso sumamente improbable de que alguna vez salga a la luz, diga que hemos falsificado el suyo.

—Entonces, ¿por qué no lo falsifica de todas formas? —chilló Fassin.

—¡Porque entonces no los habría traicionado! —le espetó el hombrecillo en respuesta—. ¡Venga! Firme y puede irse. Tengo mejores cosas que hacer.

—Pero ¿por qué hacen esto? —gimió Fassin, que quería llorar—. ¿Por qué quieren que los traicione?

El hombrecillo le miró por un instante.

—Señor Taak —dijo, con tono paciente, mientras se reclinaba en su asiento—. He examinado su perfil. Usted no es estúpido. Sin duda es idealista, ingenuo, y está confuso, pero no es estúpido. Seguro que sabe cómo funcionan las sociedades. Debe tener una idea, por lo menos. Se basan en la fuerza, el poder y la coerción. Las personas no se comportan porque sean buenas. Esa es la falacia de los liberales. La gente se comporta porque de lo contrario serán castigados. Lo sabe todo el mundo. No se puede discutir. Una civilización tras otra, una sociedad tras otra, una especie tras otra, todas exhiben el mismo patrón. La sociedad es control: el control es recompensa y castigo. La recompensa es participar de los frutos de dicha sociedad y, por regla general, pero no inviolable, no ser castigado sin razón.

—Pero...

—Cállese. En realidad, la idiotez por la que ustedes decidieron quejarse, la

titularidad de un hábitat, no tiene nada que ver con usted. Es un asunto legal, una cuestión de propiedad. Usted ni siquiera ha nacido aquí, y de todas formas no se habría quedado más que unos cuantos meses, admítalo. Debería haberse mantenido al margen. Decidió no hacerlo, corrió un riesgo, y ahora está pagando el precio por ello. Parte de dicho precio consiste en convencernos de que ha hecho un esfuerzo para disociarse de sus cómplices. Cuando lo haga, podrá irse. Le sugiero que a su casa. Me refiero a 'glantina.

—¿Y si me niego?

—Quiere decir, ¿si no firma?

—Sí.

—¿En serio?

—En serio.

—Entonces ya no está en mis manos. Conocerá a personas que disfrutan haciendo este tipo de cosas.

Esta vez, cuando el hombrecillo movió la mano sobre el escritorio, Fassin gritó de dolor. Debía haberse mordido la lengua. Percibió un gusto a hierro, y su boca se llenó de sangre fresca y saliva caliente.

—Porque yo no lo hago —dijo el hombrecillo, con cansancio.

Al final, Fassin firmó. De algún modo, lo había sabido desde el principio.

El hombrecillo parecía feliz, y dos corpulentas guardias femeninas entraron para soltar las ligaduras de Fassin y ayudarle a levantarse de la silla.

—Gracias, señor Taak —dijo el hombrecillo, que asió su mano y se la estrechó antes de que se lo llevaran de la sala—. Odio toda esa falta de cortesía, y siempre me alegro mucho de ver que alguien es sensato. Procure no pensar muy mal de mí. Buena suerte.

Le ducharon, le remendaron, y se fue después de un examen médico y de una taza de sopa, vistiendo una bata tan fina que parecía de papel. Le acompañaron hasta que atravesó las puertas y se encontró en lo que se consideraba el exterior en un hab. Miró a su alrededor. Había estado en algún punto en el interior del palacio del Diegesio.

Cuando volvió al nido, se encontró con una conmoción. Había habido una redada y todo estaba desordenado, roto o cubierto de una sustancia apestosa y vomitiva para controlar a las masas. De modo que decidieron ir a un bar, y, a decir verdad, no hablaron de nada posterior a la manifestación y la represión. En cambio, hablaron de rumores de personas asesinadas y desaparecidas.

K no estaba allí. Los soldados le habían propinado una paliza cuando se presentaron para poner el nido patas arriba. Estuvo tres semanas recluida en una nave hospital, y el día que fue liberada se mató con un cristal roto.

Pasaron meses hasta que Fassin descubrió la verdad. Habían arrojado a K a una pesadilla virtual. Alguien que se había presentado con los oficiales de la ley (quizá

uno de ellos, que supiera por casualidad cómo se manejaba el equipo de sueño virtual) la había encontrado flotando en el sueño del arcano y había alterado la configuración del traumalizador y el subsal mientras los demás la sujetaban y le daban una paliza. El que hubiese manipulado el traumalizador debía haber llevado consigo aquella clase de chip de plantilla, para semejantes eventualidades. Luego la habían abandonado, atada y cubierta de sangre, en una pesadilla acelerada de horror, violación y tortura.

Cuando recompusieron todo aquello ya se habían distanciado, y hacían otras cosas, la mayoría más responsables. Hablaron de una queja, de una investigación, de una manifestación.

Fassin volvió a ´glantina y reservó una plaza en el curso de inducción para observadores que comenzaba el siguiente semestre. Luego regresó a los habs., y a Boogeytown, en Sepekte, a la vida tumultuosa, el alcohol, las drogas, el sexo y la diversión, y al cabo de algún tiempo, poco a poco y con precaución, hizo algunas preguntas, se dejó ver en los sitios adecuados y conoció a ciertas personas. Al parecer aprobó algunos exámenes sin percatarse siquiera de que se había sometido a ellos, y entonces, una noche, le presentaron a una chica que se hacía llamar Aun Liss.

—¡Fassin!

La mención de su nombre le despertó con un sobresalto. Tercera Furia; camarote. Oscuridad nocturna, aún. Un ruido estruendoso. La pantalla indicaba la hora cuatro. Estaba roja, y destellaba. ¿Alguien había hablado?

—¿Qué? —dijo, mientras se arrancaba las correas, saltaba de la cama y flotaba hasta el centro del camarote.

—Herv Apsile —respondió una voz. Parecía la de Apsile. Parecía la de Apsile, en un estado de cierta inquietud o angustia—. Tenemos un problema. Parece un ataque.

Mierda. Fassin se vistió y encendió todas las luces.

—¿Ese horrible estruendo de mierda es la alarma?

—Así es.

—¿Estás en el Mando de la Instalación?

—Sí.

—¿Quién creemos que es? —Una luz destelló sobre una taquilla, y esta se volvió para revelar un traje ambiental de emergencia.

—No lo sé. Ya han vaporizado a dos unidades navales. Ponte el traje y...

Las luces parpadearon; todas las luces. La pantalla no volvió a encenderse. Un temblor sacudió el camarote. Algo se quebró con un crujido agudo en el cuarto de baño.

—¿Has notado eso? ¿Sigues ahí? —dijo Apsile.

—Sí, a las dos cosas —dijo Fassin. Observaba el traje ambiental.

—Ponte el traje y baja por la barra hasta el refugio de emergencia. —Apsile hizo

una pausa—. ¿Lo has recibido? —Otra pausa—. ¿Fassin?

—Estoy aquí. —Fassin empezó a quitarse la ropa de nuevo—. ¿Eso es lo que vas a hacer tú, Herv?

—Se supone que tenemos que hacerlo los dos.

Otra sacudida recorrió todo el camarote. El aire pareció estremecerse, como gelatina.

La alarma se apagó. Pero, de algún modo, el hecho no era alentador.

La pantalla destelló una sola vez, y chirrió.

Fassin sacó el traje ambiental de la taquilla.

—¿Cómo está el hangar principal? —preguntó.

—Intacto. Parece que los atacantes vienen del lado oculto de Nasq, ligeramente retro.

—Así que si nos dirigimos hacia el centro vamos a ponernos más cerca —dijo Fassin. ¿Eso era una corriente de aire? Se oía un ruido siseante. Se ciñó el cuello del traje ambiental y dejó que se desplegara el casco de gel. Por un momento, todo se volvió silencio y bruma; luego, el casco decidió que la situación no era tan grave aún, y abrió ranuras para respirar, hablar y oír. La sección de máscara facial se diluyó hasta adquirir una transparencia casi perfecta.

—Por ahora —convino Apsile—. Si sigue constante la dirección del fuego hostil, vamos a dar la vuelta y ponernos directamente frente a él dentro de dos horas.

Fassin se introdujo en el traje y tiró de él hacia arriba, dejando que se conectara con el cuello y se ajustase a su cuerpo, mientras jadeaba y se aclimataba. A decir verdad, era muy cómodo.

—¿Eso es lo que quieres hacer, Herv? ¿Acurrucarte junto a los demás, como ratones en un agujero, esperando a que el gato se vaya?

—Esas son las órdenes.

—Lo sé. ¿Adivinas lo que quiero hacer? —Hubo una pausa. Otro temblor, este más violento, sacudió el camarote. La puerta principal se descajó y se bamboleó hacia dentro, revelando la escalerilla del exterior. La pausa continuó—. ¿Herv? —preguntó. Miró en derredor, por si hubiera algo que quisiera llevarse consigo. Nada—. ¿Herv?

—Nos vemos allí.

Un resplandor intenso y blanquiazul se recortó contra el semblante iluminado de Nasqueron, convirtiendo el hangar en un amasijo accidentado y abrupto, de superficies de brillo fiero y sombras de intensa negrura. Fassin se estremeció. La luz se desvaneció enseguida, y se tornó amarilla y naranja; un pequeño sol mortecino brilló entre la luna y Nasqueron.

Herv Apsile había llegado antes que él. Hizo un ademán apresurado y con un salto sencillo salvó los ocho metros que le separaban del morro ovalado y abierto de la nave portadora, y desapareció en el interior. El morro se cerró.

—¿Herv? —dijo Fassin, probando las comunicaciones de emergencia del traje ambiental. No hubo respuesta. Fue botando lentamente hasta la bodega abierta. La coronel Hatherence ya se encontraba allí, el prominente disco de su traje ambiental flotaba a escasa altura, directamente bajo el lugar que había ocupado anteriormente.

—¡Observador Taak! ¡Creí que quizá adoptase este curso de acción! —gritó.

Mierda, pensó Fassin. De algún modo, esperaba que la coronel se hubiese abierto paso hasta el refugio de emergencia en el núcleo de la luna, a diez kilómetros de profundidad, al igual que los demás, como les habían ordenado a todos. Había una barra lo bastante grande, ¿verdad? Pues vaya. Se detuvo bajo la pequeña nave de gas de punta de flecha suspendida en su horquilla.

—Coronel —dijo, mientras asentía.

¿Intentaría detenerle? Ni idea. ¿Podía hacerlo? Sin duda.

—No sé si debo sentir alivio, o terror —chilló la coronel. Un brazo manipulador se desplegó del costado del traje ambiental oerilita, alargándose hacia Fassin. *Joder*, pensó él. *Allá vamos*.

»¡Después de usted! —dijo la coronel, indicando con el brazo el espacio de arriba.

Fassin sonrió y saltó. Ella se elevó con un zumbido a su lado. El techo de la bodega le detuvo y le sirvió de apoyo mientras abría la cabina de la pequeña nave de gas, revelando un espacio cuya forma recordaba vagamente a un ataúd. Se deshizo del traje y se desciñó el casco.

—Sin uniforme, comandante —dijo la coronel, jovial; su voz reverberaba en el angosto espacio de la bodega superior. Fassin dejó que el traje resbalara lentamente hasta el suelo y penetró en el pie de la cabina de la pequeña punta de flecha—. ¡Cielos! —dijo Hatherence—. ¿Todos los varones humanos tienen esta forma?

—Solo los guapos, coronel —le aseguró él. Se sumergió con cuidado en el frío gel. La cubierta de la cabina se cerró sobre él. Se revolvió en la oscuridad, poniendo el cuello en posición sobre la horquilla del escáner. Una luz suave y un timbre sereno confirmaron que todo iba bien. Asió la doble boquilla de la raíz del fluido branquial, aspiró una honda bocanada, espiró, y se introdujo las boquillas en las aletas de la nariz.

Fassin se tendió y se relajó lo mejor que pudo, sofocando el impulso de pánico, la arcada refleja del miedo, cuando el fluido branquial inundó su nariz, su garganta y sus pulmones, como la bebida más fría de la historia.

Un momento de confusión, de desorientación. Luego la horquilla se cerró en torno a su cuello y el gel, que empezaba a calentarse, se cerró sobre su cuerpo, mientras los tentáculos buscaban sus orejas, su boca, su pene y su ano. Sintió análogos pinchazos de dolor en los antebrazos, y luego otro par, uno debajo de cada oreja, cuando penetraron las sondas sanguíneas.

—¿Listo? —dijo la voz de Herv Apsile, gorgoteando a través del gel que aún se calibraba en sus oídos.

- Completamente, transmitió en respuesta con solo su pensamiento. - ¿Y la coronel?

—¡Yo también estoy lista! —Al parecer, la coronel Hatherence se sentía inclinada a gritar incluso por las comunicaciones.

Fassin se había estado preguntando si podrían dejarla atrás de algún modo. Así pues, era probable que no.

—Cerrando las compuertas de la bodega. Preparados para despegar —dijo Apsile.

Fassin empezó a convertirse en su pequeña nave de gas. La nave le envolvía, le abrazaba, le penetraba por múltiples orificios, y en esos actos se entregaba por completo a él. La luz de abajo desapareció cuando se cerraron las compuertas de la bodega. Distinguió el traje ambiental de la coronel Hatherence suspendido a su lado, percibió el frío que despedía, y leyó su impronta electromagnética, del mismo modo que sintió cómo los sistemas de la lanzadera se aprestaban, se flexionaban, se preparaban y cambiaban a medida que la nave se despegaba del suelo. Otros sentidos detectaron una estela inusual de radiación, un débil pozo de gravedad, en el interior de otro mucho más grande y más profundo, un gran número de fragmentos de comunicaciones sin sentido, señales EM y transmisiones confusas que procedían de la misma base de la Instalación Compartida... y una repentina sacudida, la transmisión de un golpe seco, desmayado, pero masivo, seguido de un extraño movimiento lateral de absorción hacia arriba.

Esperó a que Apsile hablara, mientras intentaba desentrañar su significado él mismo. Un zumbido lejano, y el siseo de la nave portadora, que almacenaba aire en la bodega.

—Perdón —dijo Apsile con suavidad—. Lo tengo todo bajo control. Han abierto el hangar al vacío de un modo poco convencional. No tengo idea de a quién debemos agradecerse.

- ¿Estamos bien?, preguntó Fassin.

—nds —dijo Apsile, que parecía vagamente distraído—. Ningún daño significativo.

- Sigue adelante, transmitió Fassin.

—Gracias.

—Cancelo alivio, subrayo terror —declaró la coronel.

Fassin esperaba que solo se dirigiese a él. Revisó todos los sistemas y configuraciones de la pequeña nave de gas, amoldándose a su interior mientras los tentáculos de soporte vital se amoldaban a su interior. Algo semejante a un amplio despliegue de luces, vistas por el rabillo inferior del ojo, se precisó frente a él. Proyectó varias lecturas e inició un par de subrutinas para asegurarse de que todo funcionaba. Así parecía.

Sintió que la nave portadora aceleraba y se alejaba de la luna. De repente, la conexión con los sentidos de la nave mayor se destacó como una opción en sus controles, y la utilizó.

Ahora podía experimentar más o menos lo mismo que Apsile.

Nasqueron llenaba el cielo por delante y por encima; la superficie marrón grisácea de Tercera Furia desaparecía a gran velocidad por debajo y por detrás. Había nubes de escombros, y fragmentos de comunicaciones, más de los que debería haber en una flotilla debidamente organizada, como la que les había llevado hasta allí y había protegido la luna. No encontró ningún signo que indicase que se destacaban en un radar, o que estaban en el punto de mira de alguna nave. Claro que una nave civil como la transportadora solo habría podido detectar los más obvios. Por el momento, no se habían encendido los pilotos de daños, solo se habían detectado algunos impactos menores en el casco, poco más que muescas. Advirtió la estela de la propulsión de la nave. Se produjo un súbito destello de radiación cuando la nave viró con fuerza a una distancia de un par de cientos de clicks, que empezó a desvanecerse a continuación. Transmitieron un bucle de señal, anunciando su carencia de armas y reclamando condición de salvavidas. Hubo un destello justo detrás de ellos. Una resplandeciente nube de escombros de forma casi semicircular se alzó de un cráter nuevo y brillante abierto en la superficie de Tercera Furia, quizá de medio click de anchura. Tres cráteres más pequeños se presentaron a su vista, eran recientes pero se habían enfriado hasta emitir un calor naranja y rojo. La vista se desdibujó al aparecer una superposición de líneas, cuadrículas y símbolos de propulsión.

Apsile dirigió el morro de la nave hacia Nasqueron e inició un descenso en espiral, prolongado e intencionadamente irregular, hacia el gigante gaseoso, acelerando la lanzadera al límite de sus motores.

La lanzadera no era en absoluto una unidad militar de alto rendimiento; su única tarea consistía en llevar la nave de gas desde la Instalación hasta el gigante gaseoso y recogerla después. Era resistente, podía soportar el esfuerzo de operar dentro del pozo de gravedad de Nasqueron y sus diversos entornos de presión, hasta el nivel de hidrógeno líquido, y tenía energía para desembarazar, con bastante facilidad, su propio peso y el de su carga del abrazo de Nasqueron. Pero no era especialmente fácil de maniobrar, no disponía de armamento ni de sistemas defensivos y, lejos de ser sigilosa, se había diseñado desde las especificaciones iniciales para que fuese lo más perceptible posible a los distintos sentidos, de modo que ningún morador malicioso pudiera estrellar algo contra ella y asegurar que «no la había visto, perdón».

—¿Cómo estáis ahí abajo? —preguntó Apsile. Parecía despreocupado, como si lo tuviera todo bajo control.

—Yo bien, personalmente —dijo la coronel.

- Lo mismo digo, transmitió Fassin. - ¿Ya tenemos tiempo estimado de llegada?

El trayecto desde Tercera Furia hasta Nasq. normalmente duraba alrededor de una hora. Fassin esperaba que pudieran hacerlo en menos de la mitad.

—Con el propulsor principal a máxima potencia, deberíamos hacer un cambio de rumbo en unos diez minutos —dijo Apsile—, luego aminorar la velocidad durante otros diez, y tardaremos... hmmm, un poco más... cinco minutos como mucho,

espero... en adentrarnos lo bastante en la atmósfera.

Se refería a adentrarse en la atmósfera lo bastante como para ponerse fuera del alcance de cualquier arma, excepto de las más terroríficas. Obviamente, sin contar con las armas terroríficas que poseían los moradores.

- ¿Podemos recortar algo?, preguntó Fassin.

—Quizá podamos bajar más deprisa cuando lleguemos a las cimas de las nubes —dijo Apsile—. La pendiente es más inclinada, de modo que acumularemos más velocidad. Quizá. Hmmm —De algún modo, Fassin tuvo la impresión de que se frotaba el mentón—. Sí, quizá, si dejamos que los niveles de calor y tensión sobrepasen un poco el nivel de tolerancia. —Una pausa—. Aunque eso, por supuesto, dando por hecho siempre que la nave no haya sufrido daños que no sepamos cuando explotó la bóveda del hangar.

- Por supuesto, convino Fassin.

—Maestro técnico —dijo la coronel Hatherence—, ¿nos están persiguiendo, o nos ataca una unidad específica?

—No, coronel.

—Entonces sugiero que adoptemos su primer perfil de entrada.

- La decisión es solo tuya, Herv, transmitió Fassin.

—Recibido.

—¿Puede acceder al tráfico militar de comunicaciones, maestro técnico?

—Me temo que no, señora, a menos que nos dirijan una transmisión o una onda precisas.

—Qué mala suerte. ¿Qué ocurre?

—Parece que ha habido una especie de tiroteo, que posiblemente continúa. Hay estelas que se alejan de la luna y se dirigen a la fuente de los disparos hostiles. ¡Oh!

El destello atrajo asimismo la atención diferida de Fassin; en la superficie de Tercera Furia había aparecido otro cráter, aún mayor, que despedía un brillo blanco.

—¿Qué hay de la gente que continúa en el interior de la luna Tercera Furia? —preguntó la coronel.

—Estoy a la escucha —dijo Apsile—. Intentaré contactar con ellos directamente. Deme un momento.

Silencio. Fassin contempló el espacio que giraba a su alrededor por medio de los sensores de la nave portadora. Comprobó el perfil de sistema de la lanzadera y lo orientó en busca de 'glantina, que se precisó como un diminuto punto de brillo en la distancia. Los sensores le permitieron enfocar más de cerca hasta que la luna planeta se tornó una imagen brillante y gibosa, que centelleaba con artefactos de magnificación, en la que apenas se distinguían asomos de topografía. ¿Eso eran las mesetas? Y esa franja de luz de ahí, ¿era el mar de Polvo? Una chispa. Allí, retrocede... ¿Un minúsculo resplandor? ¿Lo había visto?

Sintió que le invadía algo más frío e invasivo que cualquier tentáculo de gel, aferrando su estómago y su corazón. No, seguro que no. No era más que otro artificio

del sistema. Buscó los controles de reposición de sensores.

—Mierda, putos cascotes... —masculló Apsile, y la embarcación dio una sacudida y fluctuó. Fassin, que volvió a dirigir el centro de su atención a la mirada de Apsile, también lo vio: un campo de motas negras, que surcaba el rostro del planeta frente a ellos como una confusa bandada de pájaros en la lejanía. Se acercaban a su máxima velocidad. La portadora empezó a virar.

Una ráfaga de residuos tenebrosos se precipitó sobre ellos y los envolvió como un fino caparazón de copos de nieve negros como el carbón. Fassin sintió que sus brazos, constreñidos por el empalagoso gel antichoque, intentaban replegarse hacia su cuerpo, que procuraba instintivamente convertirse en un objetivo más pequeño. Después la ráfaga pasó de largo, sin impactar.

Al cabo de un momento, Fassin sintió que la lanzadera empezaba a voltearse para presentar las toberas de propulsión hacia el planeta, y se disponía a comenzar la desaceleración.

—Me parece —dijo Apsile con precaución— que nos hemos librado por los pelos...

Algo se estrelló contra ellos. La nave dio un bandazo y se produjo un chasquido convulso que Fassin percibió a través de la portadora, de la nave de gas, y hasta del gel antichoque. Perdió su conexión con la lanzadera. Estaba otra vez en su pequeña punta de flecha. Estaban rodando. Y había una luz sincronizada con sus circunvoluciones. ¿Una luz?

Procedía de abajo, donde se hallaban las compuertas de la bodega. Distinguió el traje ambiental de la coronel H., suspendido junto a él. Oh-oh...

La nave empezó a dejar atrás el trompo y se estabilizó. La luz de abajo se difuminó, pero no se apagó. A juzgar por el espectro, quizá se reflejaba en Nasqueron. Quizá procedía del gigante gaseoso, y penetraba en la nave a través de las compuertas supuestamente cerradas. Fassin dirigió los sensores de la nave de gas hacia las compuertas.

—Joder —intentó decir. Había una brecha pequeña pero irregular, por donde pendía la carga como si fueran las tripas de la nave. La luz de Nasqueron se reflejaba en las superficies pulidas.

La presión aumentaba; seguramente el propulsor principal los estaba frenando, más o menos según el plan. Volvió a probar el intercom, y emitió una señal de radio.

- ¿Herv?

—Aquí estoy. Lo siento. Hemos chocado con algo, después de todo. He enderezado la nave y le he dado la vuelta. Estamos otra vez en marcha. Pero no hay lecturas de la bodega, ni de la compuerta.

- Me parece que ahí es donde nos dio. Veo un agujero.

—¿Cómo de grande?

- Quizá de un metro por dos.

—Yo también veo el agujero —les dijo la coronel, que se había apuntado a la

fiesta de la emisión radiofónica—. Es como lo describe el observador Taak.

—Es demasiado pequeño para que salgáis —dijo Apsile.

- ¿Cómo está el resto de la nave?, transmitió Fassin.

—De momento, de una pieza. No veo el agujero de salida, no sé si el proyectil se ha quedado dentro.

—Sospecho que se ha estrellado contra mí —apuntó Hatherence—. Es decir, contra la cubierta de mi traje ambiental. Probablemente.

Una pausa. A continuación, Apsile dijo:

—Y... ¿está usted bien?

—Perfectamente. Las compuertas de la bodega absorbieron la mayor parte del impacto, y mi traje ambiental es de una calidad, durabilidad y resistencia excepcionales. No es más que un rasguño.

- Si no podemos abrir las puertas, no podemos salir, y esto no sirve de nada, Herv, transmitió Fassin.

—Podemos escondernos bajo las nubes en la portadora —sugirió Apsile—. No recibo mucho de la Instalación. Parece que el último golpe les ha zarandeado bastante. Puede que estemos más seguros bajo el gas que aquí fuera, a la vista de cualquiera.

De la Instalación Compartida de Tercera Furia no afloraba nada comprensible, y los buques militares no empleaban frecuencias civiles. Las interferencias en las bandas EM, que en el mejor de los casos eran problemáticas en las inmediaciones de Nasqueron, ahora eran especialmente intensas. Apsile conectó un par de satélites repetidores ecuatoriales de la Instalación, pero no pudo comunicarse a través de sus transceptores, lo que era inusitado, y solo cosechó ruido y basura sin sentido. Hasta probó algunos satélites de espejo de los moradores, donde lo raro habría sido recibir otra cosa que sandeces, pero el servicio era absolutamente normal.

—¡Ay! —le oyeron decir—. Tercera Furia acaba de encajar otro golpe. Vamos a entrar. Muy despacio, para tener en cuenta los daños, pero vamos a entrar.

—Lo que a usted le parezca mejor, maestro técnico —dijo la coronel.

La portadora empezó a estremecerse cuando penetró en la atmósfera superior de Nasqueron, trazando una estela brillante por encima de la cima de las nubes. Redujeron la velocidad. El peso empezaba a hacerse sentir de nuevo, y no dejaba de aumentar. A través de la superficie maciza que los unía a la lanzadera les llegaban crujidos y traqueteos. Las sacudidas disminuyeron, aumentaron y volvieron a menguar; a través de la estructura de la lanzadera se transmitían asimismo porrazos débiles y estallidos bien definidos, que anunciaban que los contornos mellados de la brecha en las compuertas de la bodega se desgarraban, mientras centelleaba y chispeaba, a medida que el espacio en derredor se llenaba de gas y Fassin detectaba otra vez sonido en la bodega. Ahora se tornaban pesados, verdaderamente pesados. Fassin sentía que el gel antichoque se estrechaba a su alrededor, como el sonido de la nieve que cruje bajo tus pies. Casi podía percibir las restantes burbujas de gas de su

cuerpo, que se coagulaban como células sanguíneas. Muy pesados...

—Maestro técnico —dijo de pronto la coronel.

—Espere un momento —dijo Apsile—. Ese...

La nave entera se estremeció, y se volteó de repente.

- ¿Herv?, transmitió Fassin.

—Nos han apuntado con algo... —empezó Apsile, y se interrumpió cuando la embarcación tembló de nuevo y se zarandó alocadamente por el cielo.

—En verdad nos están apuntando con algo —anunció Hatherence—. Maestro técnico —chilló a través de las ondas—, ¿puede soltarnos ya?

—¿Eh? ¿Qué? ¡No! Yo...

—Maestro técnico, a mi orden, trate de ejecutar una voltereta, o parte de un tirabuzón interno —le dijo Hatherence—. Yo intentaré que nos liberemos.

—¿Usted? —chilló Apsile.

—Así es. Yo lo haré. Estoy armada. Ahora, discúlpeme, y buena suerte.

- Espere un minuto, empezó Fassin.

—Observador Taak —dijo secamente la coronel—, proteja sus sentidos. —El gran disco suspendido junto a él dirigió una luz blanquiazul, palpitante y cegadora, a las compuertas, que estallaron en un breve aluvión de chispas. En el exterior, se arremolinaban nubes apresuradas, de color marrón amarillento. La pequeña nave de flecha de Fassin distinguía manchas, y se afanaba en relegar sus sensores dañados por otros operativos. Fassin supuso que no había protegido sus sentidos a tiempo. Ahora los desconectó—. Soltando en tres segundos —dijo la coronel—. Haga su maniobra ya, si es tan amable, maestro técnico.

Una oleada de radiación y un aumento de temperatura se abatieron sobre ellos, mientras se producía un giro repentino. La horquilla que sostenía a Fassin en el interior de la lanzadera cedió y le expulsó de la bodega como si fuera una bala de cañón. La coronel, con su traje ambiental oerilita, le siguió dando vueltas al cabo de un momento y se puso a su altura en seguida. Fassin alcanzó a vislumbrar la lanzadera, que seguía girando por encima de ellos, y captó la aparición de un rayo violeta por un lado que atravesó el gas en torno a ellos y quemó su visión apenas recuperada. El rayo erró apenas la nave portadora, y después, jirones de niebla amarilla se alzaron con rapidez entre ellos y la lanzadera, y solo quedaron la coronel y él, una moneda giratoria de color gris sucio y una diminuta forma de flecha, que se precipitaban por el firmamento vasto y caótico de Nasqueron.

—«Es un hecho, entre quienes se molestan en estudiar tales cuestiones, que en ciertas especies existe una variedad peculiar de criatura, tan desdeñosa y recelosa de sus semejantes, que solo ambiciona el odio y el miedo, pues considera que son las reacciones emocionales más sinceras que cabe inspirar, ya que es improbable que sean fingidas». —El archimandrita Luciferos alzó la vista hacia la cabeza colgada en

la pared. La cabeza le contemplaba desde el otro lado del camarote, con los ojos desencajados por el dolor, el terror y la locura.

El asesino había perecido al poco de emprender su largo viaje hacia Ulubis: el juego superior de colmillos había penetrado al fin en su cerebro lo bastante como para causarle la muerte. El archimandrita le había cercenado los párpados cuando los médicos le advirtieron que la muerte se produciría en el espacio de unos días; deseaba ver la expresión de su rostro cuando muriese.

Luciferos estaba dormido cuando la muerte al fin había reclamado al asesino innominado, pero había observado la grabación repetidamente. Lo único que sucedía era que el rostro dejaba de estremecerse, los ojos rodaban hacia arriba para descender lentamente después, ligeramente bizcos, mientras la lectura de las constantes vitales registraba primero la parada cardiaca y al cabo de unos minutos la línea plana del cerebro. Luciferos habría preferido algo más dramático, pero no se podía tener todo. Le había decapitado, y había expuesto su cabeza cerca de la del cabecilla rebelde Stinausin, siguiendo aproximadamente su mirada, de modo que fuese lo único que Stinausin pudiera contemplar en todo el día.

El archimandrita echó un vistazo a la vigilante cabeza sin nombre.

—¿Qué te parece? —Repasó el pasaje, moviendo los labios, pero sin leerlo en voz alta. Frunció los labios—. Creo que estoy de acuerdo con lo que dice, pero no puedo evitar la sensación de que al mismo tiempo hay un asomo de crítica implícita. —Meneó la cabeza, cerró el antiguo libro y observó la cubierta—. Nunca he oído hablar de él —musitó.

Pero, al menos, pensó, aquel intelectual moralista tenía un nombre. Luciferos había llegado a irritarse mucho por carecer de nombre para el asesino frustrado. Sí, había fracasado, sí, había pagado un alto precio por su crimen, y sí, estaba muerto y se hallaba reducido a un simple trofeo. Pero de algún modo, el hecho de que nunca hubiera revelado su nombre había empezado a parecerle una especie de triunfo para el asesino, como si el hecho de haberle ocultado aquella migaja de información significase que su victoria sobre él no era completa. Ya había enviado instrucciones a Leseo, para que se llevase a cabo una investigación más profunda sobre el asunto.

Su secretario personal en jefe apareció tras la lámina de diamante espejado que constituía la puerta interior principal del estudio camarote.

—¿Sí?

—Señor, la mariscal Lascert, señor.

—Dos minutos.

—Señor.

Recibió a la mariscal forastera en el camarote principal de la embarcación de batalla principal *Luciferos VII*, la nave insignia de su flota. Luciferos creía que términos como «nave de batalla», «transportadora de flota» y otros por el estilo parecían anticuados y demasiado anodinos. Había remodelado la embarcación de modo que albergase un alojamiento digno de su rango, pero en un momento dado los

ingenieros navales habían empezado a oponerse con firmeza porque si lo que ellos denominaban «vacíos» rebasaban cierto volumen la nave sería demasiado débil. A resultas de ello, el camarote no era tan amplio, ni tan imponente, como le habría gustado, de modo que había instalado espejos y proyectores holográficos que hacían que pareciese mayor, aunque siempre tenía la sensación persistente de que la gente se percataba de la ilusión. Había elegido el estilo Nuevo Brutalismo, que exhibía grandes cantidades de hormigón de imitación y cañerías oxidadas. Se había encaprichado del nombre, pero había perdido el gusto por la apariencia casi de inmediato.

Entró precedido solo por su secretario privado. Los guardias, cortesanos, administradores, militares y marineros se inclinaron cuando cruzó a buen paso junto a ellos.

—Mariscal.

—Archimandrita. —La mariscal forastera era una mujer que lucía una armadura ligera de apariencia pulida, pero que no obstante inspiraba una impresión de sentido práctico y desaliño. Era alta, esbelta y orgullosa, aunque su pecho era un poco plano para el gusto de Luciferos. De todos modos, las mujeres calvas siempre le habían repelido. Ella hizo una inclinación formal de cabeza que probablemente era el menor reconocimiento de su condición que desde hacía décadas le hubiese otorgado nadie que no le profesara un odio palpable, estuviese a punto de morir, o ambas cosas. No podía elucidar si lo encontraba insultante o refrescante. Los dos oficiales de alto rango que esperaban tras ella eran jajuejein, en su configuración estándar de planta rodadora, de modo que su resplandeciente blindaje en ningún caso sobrepasaba la cintura de la mariscal. Luciferos sospechaba que la habían seleccionado porque era humana, igual que él; casi todo el Alto Mando de los forasteros se componía de no humanos.

Se sentó. En realidad, no era un trono, sino un imponente asiento situado sobre un estrado. La mariscal forastera podía seguir en pie.

—Deseaba hablar conmigo, mariscal Lascert.

—Hablo en nombre de los transgresores, los auténticos libertos y la Bialianza. Hace tiempo que deseábamos hablar con usted —declaró la mariscal, con mucha elocuencia. Tenía una voz profunda para una mujer—. Gracias por acceder a este encuentro.

—Es un placer, seguro. ¿Cómo progresa su parte de esta pequeña guerra? Según sus últimas noticias, como es obvio.

—Por lo que sabemos, todo marcha bien. —La mariscal sonrió. Las luces se reflejaban en su cráneo lampiño—. Tengo entendido que su campaña ha ido de victoria en victoria.

Luciferos hizo un ademán.

—La oposición ha sido ligera —dijo.

—¿Cuándo debería arribar a la periferia del sistema Ulubis el grueso de su flota?

¿Dentro de un año?

—Algo así.

—Eso es algo después de lo que habíamos previsto.

—Es una gran flota invasora. Hizo falta tiempo para reunirlos —dijo Luciferos, procurando aparentar que la crítica implícita le molestaba y al mismo tiempo producir la impresión de que no le importaba en demasía su opinión.

No obstante, era cierto que se habían retrasado. Les había asegurado personalmente a sus aliados temporales que estaría preparado para la invasión casi medio año antes de lo que ahora parecía posible. Suponía que era culpa suya, si de culpa se trataba. Le gustaba que su flota se mantuviese unida, en lugar de dispersarse en función de su velocidad y reformarse según las necesidades de la invasión. Sus almirantes y generales insistían (aunque no con demasiada firmeza, si sabían lo que les convenía) en que no era necesario que todas las unidades de la flota permaneciesen siempre unidas, pero Luciferos lo prefería así. Le parecía más cohesivo, más impresionante, y, de algún modo, más ordenado y agradable.

También entrañaba que la responsabilidad de los forasteros a la hora de preparar el sistema Ulubis para la invasión sería mayor de la esperada, de modo que el trabajo de la flota invasora sería más sencillo y los forasteros (cuyas fuerzas, con suerte, estarían muy mermadas) se verían en una posición de debilidad respecto de su propio grueso de naves.

—No obstante —repuso Lascert—, sospechamos que sus unidades avanzadas podrían estar atacando en este preciso momento.

—Desde hace algún tiempo, hemos llevado a cabo ataques en el sistema y sus proximidades con naves automáticas de exploración y aviso, así como remotos de alta velocidad —respondió Luciferos—. Siempre es mejor estar preparado para cualquier eventualidad. Fue necesario programar de nuevo algunas, pero creemos que estarán operativas cuando se inicie el proceso de ablandamiento. —Sonrió. Observó la reacción de la mujer frente a sus dientes de diamante cristalino—. Creo firmemente en la utilidad de propagar un poco de pánico, mariscal. Mejor aún, mucho pánico. Después de una exposición lo bastante prolongada, cualquier potencia que ponga fin a la incertidumbre será recibida con los brazos abiertos, aunque anteriormente hubiese encontrado oposición.

La mariscal también sonrió, aunque parecía que hacía un esfuerzo.

—Por supuesto. Y creemos que este es un momento apropiado para que hablemos con detalle de cuál será su estrategia cuando llegue a Ulubis.

—Me propongo conquistarlo, mariscal.

—Desde luego. Claro que quizá lo encuentre bien defendido.

—Eso espero. Por eso he traído una flota tan grande.

Se encontraban en la inmensidad del recóndito desierto que se extendía entre sistemas, a menos de un año de Ulubis. El crucero rápido de los forasteros y los dos destructores que lo escoltaban se habían reunido con su flota tan solo unas horas

antes, maniobrando para ponerse a su altura con una elegancia y presteza que advertía que envidiaban sus propios marineros. Magníficas naves, en verdad. Bueno, ellos tenían las naves y él los sistemas; quizá no fuera sino otra oportunidad para el intercambio. Ahora esas tres veloces naves descansaban engastadas en una flota de más de un millar de embarcaciones, aunque en comparación fueran lentas y pesadas.

—¿Puedo serle franca, archimandrita?

Él le concedió una buena ojeada a sus ojos de un rojo intenso.

—No espero menos.

—Nos preocupa el posible nivel de bajas civiles si asalta Ulubis con excesiva agresividad.

¿Por qué dirá eso?, pensó Luciferos, con una suerte de risita entre dientes.

Miró a su secretario privado, y a continuación a sus generales y almirantes.

—Mariscal —dijo, con un tono razonable—, les vamos a invadir. Les vamos a atacar. —Esbozó una amplia sonrisa, y advirtió que sus almirantes y generales le secundaban—. Me parece que la agresividad es... esencial, ¿no?

Oyó la risita de algunos altos mandos. La gente creía que era malo inspirar tanto miedo que temieran darte malas noticias, siempre rieran contigo y esas cosas, y que supuestamente te aislaba de la realidad, pero no era cierto, siempre y cuando supieras lo que hacías. Solo habías de ajustar tus percepciones. A veces reían todos, a veces solo algunos, y a veces decían mucho más con su silencio que con su voz que cuando se les pedía una opinión sincera. Suponía que se trataba de una especie de código. Él tenía la fortuna de ser ducho en él por naturaleza.

—Se necesita tanto agresividad como juicio, archimandrita —dijo la mariscal—. Sabemos que posee ambos, por supuesto. —Sonrió. Él no le devolvió la sonrisa—. Lo único que deseamos es una garantía de que sus tropas le reportarán elogio y fama con su comportamiento.

—¿Elogio? —dijo el archimandrita—. Yo inspiro terror, mariscal. Esa es mi estrategia. He descubierto que es el modo más rápido y efectivo de asegurarme de que la gente aprenda lo que les conviene a ellos y a mí.

—Por la gloria, pues, archimandrita.

—¿Que sea piadoso por la gloria?

La mariscal reflexionó por un momento.

—En última instancia, sí.

—Los conquistaré como me parezca apropiado, mariscal. Somos socios. No me diga lo que tengo que hacer.

—No es mi intención, archimandrita —se apresuró a decir la mariscal—. Acepto lo que debe hacer, y me limito a transmitirle una petición en cuanto al modo en que se haga.

—Y yo he escuchado su petición, y la atenderé como se merece. —Luciferos había oído aquella expresión antaño (no recordaba a quién, ni dónde) y, cuando había pensado en ella, le había parecido estupenda, sobre todo si la decías con cierta

afectación; lentamente, con gravedad incluso, luciendo una expresión impasible, de modo que tu interlocutor creyera que lo tomabas en serio y pudiera incluso esperar que accedieras a su petición, en lugar de ignorarla por completo, en el mejor de los casos. En el peor de los casos, en lo tocante a ellos, harías lo contrario de lo que te hubiesen pedido, nada más que para contrariarles, para demostrarles, precisamente, que no estabas dispuesto a que te mangonearan... aunque eso era peliagudo, pues la gente podía instarte a hacer una cosa fingiendo auspiciar otra, y aparte de dicha complicación, lo cierto era que estabas alterando tu comportamiento debido a la intervención de los demás, lo que les concedía cierto poder sobre ti, y el objetivo del archimandrita era que nadie pudiese decir que tenía poder sobre él.

El poder lo era todo. Sin él, el dinero no era nada. Hasta la felicidad era una distracción, un fantasma, un rehén. ¿Qué era la felicidad? Algo que la gente podía arrebatarte. Con demasiada frecuencia, la felicidad necesitaba de otras personas, lo que significaba concederles poder sobre ti, concederles una influencia que pudieran ejercer a su antojo, arrebatándote lo que te hiciera feliz.

Luciferos había conocido la felicidad, y se la habían arrebatado. Cuando era apenas un adolescente, su padre, el único hombre al que había admirado en su vida, aunque en realidad odiaba a ese viejo cabrón, se deshizo de la madre de Luciferos cuando esta envejeció y perdió su atractivo, y la reemplazó por una sucesión de mujeres jóvenes, deseables pero frívolas, egoístas y despiadadas, mujeres que Luciferos deseaba para sí mismo, pero que al mismo tiempo despreciaba. Fue apartado de su madre, y nunca volvió a verla.

Su padre había sido un omnócrata de los mercatoria en los complejos industriales de los sistemas de Leseo. Había empezado por abajo, como desfalcador; irónicamente, el título entrañaba que quien desempeñara dicho cargo debía ser corrupto para ganarse la vida con dignidad, de modo que incurriera en una historia de criminalidad que pudiera volverse contra él en cualquier momento, si en lo sucesivo se insubordinaba. Se convirtió en aovado, ostentó las numerosas gradaciones de dicho estado, y ascendió hasta el puesto de diegesio, primero a cargo de un distrito urbano, después de una pequeña ciudad industrial, de una ciudad de tamaño medio, de una gran ciudad, y por último de una capital continental. Se convirtió en aparedor cuando su superior inmediato falleció en brazos de una amante común. A ella le fue muy bien durante una temporada (fue su consorte, en la práctica), pero se volvió exigente y también sufrió un final prematuro.

Su padre nunca le dijo si la había matado.

Del mismo modo, él tampoco le dijo que desde hacía poco también se había convertido en su amante.

Después de aparedor, su padre se elevó a la condición de peregal, primero a cargo de un conjunto de hábitats orbitales de lujo, luego de un continente, y por fin, de una luna de considerable tamaño, con todo el boato de poder, riqueza y glamur que ofrecía semejante puesto en un conjunto de sistemas próspero y conectado como

Leseo. En este punto, por primera vez en su vida, le pareció que su padre al fin apreciaba la posición que había alcanzado. Le pareció que se relajaba y empezaba a disfrutar de la vida.

Esa fue su perdición. Cuando al fin se preparaba para dar el siguiente salto y convertirse en jerarca, su padre, que había amasado una gran fortuna dispensando autorizaciones y contratos a los mercaderes y fabricantes de los numerosos sistemas, se compadeció de un apareador de favor que atravesaba una mala racha, le admitió en un negocio y le entregó parte de un soborno que en realidad no necesitaba, y en el curso de un mes se vio denunciado, juzgado y decapitado por flagrante corrupción. Aquel joven apareador ocupó su puesto.

Luciferos, convencido desde una edad temprana de que nunca podría competir con su padre en su propia esfera, se había unido a los cesoria unos años antes, pues le intrigaba desde siempre la naturaleza de la religión y de la fe. Cuando se celebró el juicio a su padre, él era un pitero, un sacerdote joven. Le designaron confesor de su padre, y le acompañó al cadalso. Su padre fue valiente al principio, pero después se derrumbó. Rompió a llorar, y empezó a suplicar y hacer promesas, pero solo prometía las cosas que ya había perdido. Aferró la túnica de Luciferos, aullando e implorando, y ocultó su rostro. Luciferos sabía que le vigilaban, que ese momento era importante para su futuro, y apartó a su padre de un empujón.

Ascendió en los cesoria con rapidez.

Nunca sería tan poderoso como su padre, pero era astuto, capaz y respetado, y estaba en alza, en una parte importante, pero no demasiado peligrosa, de una de las mayores metacivilizaciones que la galaxia hubiese conocido. Quizá se habría conformado con ello, y nunca se habría colocado en una posición vulnerable, como su padre.

Pero entonces se produjo la Desconexión. En la época del Colapso Arterial, una oleada de destrucción de portales había sacudido el volumen de millones de estrellas que se extendía en torno a Leseo, y solo los sistemas agrupados a su alrededor permanecieron conectados, en una vasta extensión de retraso. El sistema de Leseo 9 gozó de una importancia en apariencia vital, y no se sintió amenazado hasta que algunos milenios después se produjo su propia desconexión, por cortesía de una disputa fabulosa en el caos prolongado de las guerras de Dispersión, una diferencia de opinión en esencia sin sentido, entre tres bandos de los que hasta entonces prácticamente nadie había oído hablar. Cuando todo acabó, nadie volvería a oír hablar de ellos, salvo la historia. Pero el daño estaba hecho; el portal cercano a Leseo 9 había sido destruido, y un volumen extraordinario a su alrededor había quedado aislado del resto de la galaxia civilizada.

Entonces todo cambió, incluyendo lo necesario para mantenerse en el poder, y quién podía disputar el absoluto.

Su padre, no obstante, se lo había enseñado todo, de un modo u otro, y una de las cosas más importantes era la siguiente: no había término medio. En la vida, o bien

subías o bien bajabas, y siempre era mejor subir, sobre todo porque el único modo fiable de hacerlo consistía en valerse de los demás a modo de trampolines, plataformas o pedestales. El viejo dicho que aconsejaba que fueras amable con los demás al subir, para que ellos lo fueran contigo cuando bajaras, era absolutamente cierto, pero derrotista, un axioma de perdedores. Lo mejor era continuar subiendo siempre, no descansar nunca, ni relajarse, ni verse obligado a bajar. La idea de lo que podría sucederle a manos de aquellos a quienes había ofendido, explotado y agraviado en su ascenso (los que aún vivieran) no era más que otro estímulo para que el jugador serio no pensara siquiera en aflojar el paso, ni mucho menos en retroceder. El competidor dedicado seguiría planteándose nuevos retos que acometer y conquistar, buscaría nuevos niveles a donde alzarse, perseguiría siempre nuevos horizontes a donde dirigirse.

Enfrentarse a la vida como si fuera un juego. Quizá esa fuera la verdad oculta tras la verdad, la religión en que Luciferos se había criado como miembro obediente de los mercatoria: nada que uno hiciera o aparentase hacer importaba en realidad, porque (quizá) todo era un juego, una simulación. En última instancia, todo se reducía al fingimiento. Hasta el culto famélico del que era cabeza visible era solo una invención que sonaba bien. Una variación de la verdad, con abnegación adicional aquí y allá, con objeto de contemplar la credulidad de los demás. La gente se tragaba cualquier cosa, lo que fuera. Al parecer, algunos lo encontraban deprimente. Él creía que era un don, una maravillosa oportunidad para aprovecharse de los necios.

De modo que parecía cruel. La gente sufría y moría, y le odiaba mientras crecía. ¿Y qué? Al menos era posible que nada de ello fuese real.

Y si lo era, en fin, la vida era una lucha constante. Siempre lo había sido, y siempre lo sería. Podías reconocerlo y vivir, o dejarte engañar por la mentira de que, debido al progreso y la sociedad, la lucha era innecesaria, y conformarte con existir, ser explotado y convertirte en una presa, en mero forraje.

Luciferos se preguntó hasta qué punto los forasteros, supuestamente forajidos bestiales, comprendían esta verdad básica. Permitían que las mujeres llegaran a la cumbre de su estructura de mando militar; eso no presagiaba nada especialmente bueno. Y la mariscal no parecía haberse percatado de que no significaba nada que hubiese dicho que había oído su petición y la atendería como se merecía.

—Bueno, gracias, archimandrita —dijo.

Pese a todo, sonrió.

—¿Quiere quedarse? Celebraremos un banquete en su honor. Hemos tenido muy poco que celebrar aquí fuera, entre las estrellas.

—En verdad es un honor, archimandrita. —La mariscal volvió a dedicarle aquella inclinación de cabeza.

Y así nos comemos el tarro en la cena, pensó él. Vaya, qué diversión tan intelectual. Preferiría saquear un planeta.

- ¿Tiene idea de dónde estamos?, preguntó la coronel por medio de una señal láser. Suponían que era la forma más segura de comunicarse.

- En la Zona Cero, el ecuador, transmitió Fassin. - En algún punto frente a la última gran tormenta, a unos diez o veinte kiloklicks detrás del Festón de la Oreja. Estoy repasando la última actualización anterior al lanzamiento.

Estaban flotando en un lento remolino, en torno a una apacible corriente ascendente de amoníaco del diámetro de un planeta pequeño, aproximadamente a doscientos klicks bajo las cimas de las nubes. La temperatura exterior era relativamente cálida para el estándar humano. En casi todos los gigantes gaseosos había niveles y lugares donde, en teoría, un humano podía sobrevivir expuesto a los elementos sin atuendo protector. Por supuesto, probablemente tendría que estar postrado en una tina de gel antichoque o algo así, porque pesaría seis veces más de lo que su esqueleto estaba acostumbrado a soportar, de modo que sería problemático levantarse y desplazarse, y tener los pulmones llenos de fluido branquial o algo por el estilo, para respirar una mezcla de gases donde el oxígeno no era sino un elemento residual, y que sus costillas y los músculos de su pecho funcionasen bajo la presión de ese torno gravitacional, y tampoco querría verse expuesto a un chorro cargado de partículas, pero de todas formas: para el estándar de las grandes extensiones abiertas en gigantes gaseosos, esta era tan buena como era humanamente posible.

La coronel Hatherence la encontraba un poco calurosa, pero, por otra parte, al ser una oerilita, se encontraría más cómoda más cerca de las cimas de las nubes. Ya había proclamado a grandes voces que su traje ambiental se encontraba intacto y era capaz de protegerla en cualquier lugar, desde el vacío del espacio hasta el nivel de diez kiloklicks de Nasqueron, donde la presión sería un millón de veces mayor, y la temperatura algo superior a la mitad que en la superficie de la estrella de Ulubis. Fassin decidió no tomar parte en aquella controversia de «el mío es mejor»; su nave de gas también estaba habilitada para el espacio en caso de emergencia, pero no se había probado en esas profundidades.

Había intentado contactar con Apsile y la lanzadera, pero solo había recibido energía estática. La cuadrícula de posición pasiva que transmitían los satélites ecuatoriales funcionaba, pero a una escala degradada e incompleta, lo que indicaba que algunos satélites habían desaparecido o dejado de funcionar.

Era importante conocer tu posición, tanto en Nasqueron como en cualquier otro gigante gaseoso, pero, no obstante, era menos de la mitad de la historia. El planeta poseía un núcleo de roca maciza, una masa esférica del tamaño aproximado de diez planetas como la Tierra, sepultada bajo setenta mil kilómetros de hidrógeno, helio y hielo; algunos puristas dirían que la región de transición que se extendía entre ese pétreo meollo y el agua helada que había encima, sometida a una elevada temperatura y presión, era la superficie del planeta, pero había que ser muy puntilloso para fingir siquiera tomarse en serio esa definición. Después del agua helada (técnicamente era hielo, porque en la práctica se hallaba comprimida en forma sólida por la colosal

presión, pero, dado que su temperatura excedía los veinte mil grados, era extraordinariamente cálida para la noción humana del hielo) había una caída en picado de más de cuarenta mil kilómetros de hidrógeno metálico, y una profunda capa de transición hasta la capa de hidrógeno molecular, a diez kiloklicks, que, si uno era especialmente dado a la imaginación, podía llamarse mar.

Encima, en los estratos relativamente angostos (apenas unos miles de kilómetros, pero sumamente complejos, no obstante) que se sucedían hasta el espacio, se hallaban las regiones que habitaban los moradores, los cinturones contrarrotatorios y las zonas de gases que rotaban velozmente en torno al planeta, moteados de tormentas grandes y pequeñas, salpicados de remolinos y embellecidos con festones, barras, varas, vetas, velos, columnas, terrones, cavidades, torbellinos, vórtices, penachos de humo, turbulencias y ráfagas de subducción. Donde vivían los moradores, donde todo sucedía, no había superficie sólida, ni atributos que durasen más que unos miles de años, a excepción de las constantes embestidas de las bandas de gas, que parecían grandes ruedas de atmósfera en movimiento, y se arremolinaban como si fueran los engranajes apenas conectados de un mecanismo demencial de ciento cincuenta mil kilómetros de diámetro.

La convención era que los satélites ecuatoriales siguieran el progreso medio de la anchurosa zona ecuatorial y establecieran una suerte de conjunto de parámetros estacionarios a partir del cual se pudiera determinar la posición relativa de todo lo demás. Pero esto también era equívoco, pues no había nada fijo. Las zonas y los cinturones eran relativamente estables, pero arremetían con una celeridad combinada que los humanos calificaban como la velocidad del sonido, y los márgenes que distaban entre ellos cambiaban continuamente, lacerados por los furiosos envites de los torbellinos que se agitaban en todas direcciones, o fulminados, comprimidos y desquiciados por las gigantescas tormentas, como la Gran Mancha Roja de Júpiter, en el sistema solar, que surcaban el espacio entre las zonas y los cinturones que se desplazaban en direcciones opuestas, como una vasta vorágine, sofocada y presa en un choque demencial de corrientes ferozmente opuestas, que se expandían, se encrespaban y se disipaban lentamente al cabo de los siglos que la humanidad había tenido ocasión de presenciar. En un gigante gaseoso, todo mudaba y fluía, o simplemente aparecía y desaparecía, y las nociones humanas de superficie, territorio, tierra, mar y aire se sumían en la confusión.

Si a eso se sumaban los efectos de un campo magnético de inmenso poder, las oleadas de intensa radiación y la formidable escala del entorno (en un gigante gaseoso, una tormenta de tamaño moderado podía anegar un planeta del tamaño de la Tierra o de Sepekte), el cerebro humano se hallaba en serios aprietos.

Y además había que reparar en la actitud juguetona (para ser generosos) que los propios moradores exhibían tan a menudo con respecto a la orientación planetaria en general, y a la asistencia que estimaban apropiado prestar a los visitantes alienígenas con dificultades para orientarse.

- Creía que nos veríamos rodeados de ellos, transmitió la coronel.

- ¿De moradores?, preguntó Fassin, mientras estudiaba el complejo croquis de la posible ubicación actual de individuos y objetos.

- Sí, imaginaba que nos encontraríamos en una de sus ciudades.

Los dos contemplaron la vasta bruma gaseosa que se arremolinaba lentamente en derredor, y se extendía en todas direcciones por espacio de unos metros o centenares de kilómetros en función de la frecuencia o el sentido con que uno decidiera percibirla. Parecía sosegada, aunque se encontraban en la zona ecuatorial, de modo que circulaban en torno al planeta a más de cien metros por segundo, al tiempo que describían perezosas trayectorias en torno a la corriente ascendente y se elevaban gradualmente con ella.

Fassin se percató de que sonreía en la envoltura de gel antichoque.

- Bueno, hay muchos moradores, pero el planeta es grande.

Resultaba extraño explicarle eso a una criatura cuya especie había evolucionado en planetas como este, y que sin duda estaba familiarizada con la escala de un gigante gaseoso, pero por otra parte los oerilitas, según la limitada experiencia de Fassin, hacían gala con frecuencia de una especie de resentimiento temeroso hacia los moradores, del todo coherente con la convicción de que en cuanto uno descendía de las cimas de las nubes se veía rodeado por pelotones de majestuosos moradores y sus estructuras asombrosamente sobrecogedoras, y era improbable que un morador se molestara siquiera en plantearse rectificar este malentendido. Los oerilitas, cuya civilización se remontaba unos ochocientos mil años, eran un pueblo antiguo para el estándar humano, así como para la inmensa mayoría de especies de la galaxia desarrollada, pero no eran sino cachipollas para el estándar de los moradores.

Fassin tuvo una idea repentina.

- ¿Alguna vez ha estado en un planeta habitado por moradores, coronel?

- A decir verdad, no. No he tenido el privilegio hasta ahora. Hatherence dio muestras de mirar en derredor. - En realidad, no es muy distinto de mi hogar.

Se le ocurrió otra idea.

- Pero le habrán concedido una autorización, ¿verdad, coronel?

- ¿Una autorización, observador Taak?

- Para bajar. Para entrar en Nasq.

- Ah, transmitió la coronel. - Lo que se dice una autorización, no, lo confieso. La idea era que llevase a cabo un arcano a distancia con usted y sus colegas, desde la Instalación Compartida de la luna Tercera Furia. Braam Ganscerel fue tan amable de asegurármelo personalmente. No se puso ninguna objeción a semejante presencia. Creo que se estaba tramitando el permiso para que le acompañase físicamente en la atmósfera en caso de una necesidad como esta; sin embargo, mis últimas noticias en este sentido apuntaban a que las autorizaciones pertinentes no se habían materializado aún. ¿Por qué? ¿Prevé usted algún problema?

Mierda.

- Los moradores, le dijo Fassin, - pueden ser... quisquillosos con esa clase de cosas. *Quisquillosos*, pensó. Eran capaces de declararla hija adoptiva, concederle media hora de ventaja y darle caza. - Se toman su intimidad muy en serio. Las entradas no autorizadas se desaconsejan severamente.

- Bueno, soy consciente de ello.

- No me diga. Qué bien.

- Me someteré a su merced.

- Ya. Entiendo.

O bien es usted muy valiente, o posee un digno sentido del humor, pensó Fassin, o quizá debería haber hecho mejor sus deberes.

- Así pues, observador Fassin Taak, ¿en qué dirección debemos proceder?

- Debería haber un túnel nubiloso a unos cuatrocientos clicks... por ahí, transmitió Fassin, y viró la nave de gas para dirigirse más o menos hacia el sur, con una ligera inclinación. - A menos que se haya desplazado, obviamente.

- En marcha, dijo la coronel, que ya flotaba en esa dirección.

- Voy a enviar un aviso a uno de nuestros satélites, para que sepan que estamos vivos, le dijo Fassin.

- ¿Le parece sensato?

¿Me parece sensato?, se preguntó Fassin. Se había producido una suerte de ataque a la infraestructura de los observadores en las inmediaciones de Nasqueron, pero eso no significaba que hubieran sometido todo el entorno próximo al planeta. Por otra parte...

- ¿A qué velocidad puede ir ese traje ambiental?, preguntó a la coronel.

- En esta densidad, a unos cuatrocientos metros por segundo. En un crucero prolongado, a la mitad.

La nave de flecha de Fassin apenas podía mantenerse a su altura. Qué decepción. Todavía esperaba dar esquinazo a la coronel en un momento dado. Pero al parecer, no podría dejarla atrás.

- Aviso enviado, le dijo a Hatherence. - En marcha.

Emprendieron la marcha con presteza. Se habían alejado unos cien metros cuando un destello de luz violeta atravesó la nube a sus espaldas, y un haz, efímero y bien definido, se desplegó por la extensión de gas donde habían flotado segundos antes. Una serie de rayos emanaron del objetivo inicial, y se estremecieron por la atmósfera trazando trayectorias caprichosas que se ensancharon con lentitud. Uno de ellos centelleó a cincuenta metros de donde se encontraban, retumbando y chisporroteando. El resto estaba mucho más lejos, y al cabo de un minuto se extinguieron.

- Parece que alguien está predispuesto en su contra, observador Taak, transmitió la coronel mientras surcaban el gas.

- Así parece.

El resplandor y la onda electromagnética se produjeron un par de minutos

después. Una conmoción grave y sorda les alcanzó al cabo de algún tiempo.

- ¿Eso era una bomba nuclear?, transmitió Fassin. Al parecer, sus instrumentos no daban lugar a otra interpretación, pero no obstante le resultaba difícil creerlo.

- No me consta fenómeno alguno que pueda remedarla de un modo tan convincente.

- Me cago en la hostia.

- Corrijo flotación. Al parecer alguien está extremadamente predispuesto en su contra, observador Taak.

- A los moradores no va a gustarles, le dijo a Hatherence. - Solo ellos tienen permiso para detonar bombas nucleares en la atmósfera, explicó. - Y ni siquiera es temporada de fuegos artificiales.

Hallaron el túnel nubiloso en un punto próximo a la noción de Fassin, con una desviación lateral de solo cien kilómetros, y dos kilómetros más abajo: todo un acierto para el estándar de Nasqueron. El túnel nubiloso era un manojo consistente en una docena de tubos de carbono, semejante a un vasto conjunto de cables, apenas trenzados, flotando en medio de un interminable paisaje nublado con suaves oleadas de amarillo, naranja y ocre. Los dos tubos principales del túnel nubiloso medían unos sesenta metros de diámetro, y el más pequeño (destinado a comunicaciones y guías de ondas de telemetría, básicamente) menos de medio metro. El conjunto parecía fino como una hebra cuando lo vieron por vez primera, a decenas de kilómetros de distancia, pero de cerca semejaba una guindaleza capaz de amarrar una luna. Un torrente estruendoso y grave retumbaba en el interior de las dos tuberías principales.

—Ahora, ¿qué?, transmitió la coronel.

—Veamos si mi crédito de prestigio por referencias sigue siendo válido.

Fassin empleó un manipulador de la nave de flecha para pinchar una guía de ondas, atravesando la cubierta protectora del tubo con los filamentos sin romperla. Un alambre fino como un cabello se extendía en la matriz luminosa que colmaba el estrecho tubo. La información manó a través del alambre desde el otro lado del mismo hasta la biamente de la nave de gas, sus sistemas de transición y la cabeza de Fassin, formando un caos codificado de sonidos balbuceantes, visuales de loco centelleo y otras confusas experiencias sensoriales. Ya habían reparado en la interrupción del flujo luminoso, y la habían tenido en cuenta. Le transmitieron una petición de identidad por medio de una vibración de información dirigida justo al filamento, y le preguntaron si necesitaba asistencia, advirtiéndole que en caso contrario dejara de interferir con una autopista de información pública.

- Soy Fassin Taak, un humano que ostenta el privilegio de ser observador lento en la corte de los moradores de Nasqueron, transmitió. - Me gustaría recibir asistencia en forma de transporte en la ubicación dada, con destino a la ciudad de Hauskip.

Le dijeron que esperase.

—¡Fassin Taak, del exterior de las bandas! ¡Extranjero, alienígena, observador y humano! Y... ¿qué es esto?

—Esta es la coronel Hatherence, una oerilita, miembro de la Jurisdicción Ocula, una orden religiosa militar mercatorial.

—Buenos días, morador Y'sul —dijo Hatherence. Habían empezado a emplear el discurso hablado ordinario.

—¡Una pequeña moradora! ¡Qué fascinante! Entonces, ¿no es un niño?

Y'sul, un adulto voluminoso, de mediana edad y aproximadamente nueve metros largos de diámetro, rodó por el gas y, extendiendo un largo brazo en forma de huso, golpeó el traje ambiental de la coronel con un puñito (*¡clang, clang, clang!*).

—¡Holaaa ahí dentro! —dijo Y'sul.

El traje ambiental de disco de Hatherence se inclinó hacia un lado bajo el aluvión de golpes no demasiado suaves.

—Encantada de conocerle —replicó ella secamente.

—No es un niño —confirmó Y'sul.

Se encontraban en una sala gigantesca, de forma semejante a un cuenco, techada con diamante de pizarra de micrometros de espesor, en un club de Espeseros de la ciudad de Hauskip.

Hauskip descansaba en la zona ecuatorial de Nasqueron, era una entre un número aproximado de cien mil conurbaciones importantes en esa particular banda atmosférica. Vista desde el ángulo adecuado, bajo una luz favorecedora, se parecía mucho al mecanismo interno de un antiguo reloj mecánico multiplicado y magnificado cientos de miles de veces. Desde la distancia suficiente, o vista en un croquis, se asemejaba a millones de engranajes dentados acoplados, interconectados por medio de ejes, pinchos y husos con series de engranajes de mayor tamaño, que a su vez se enlazaban con series de engranajes todavía mayores. El poderoso ensamblaje, que giraba y rotaba lentamente, tenía un diámetro de unos doscientos kilómetros, y flotaba en un denso caldo de gas, a cien kilómetros por debajo de las cimas de las nubes.

La ciudad constituía el eje de diversas líneas de túneles nubilosos. Después de que llegase un coche vacío a la escotilla de acceso más cercana al punto del túnel donde habían aparecido Fassin y Hatherence, habían hecho falta dos cambios de línea para llegar, a bordo del mismo vagón, a través de la red de tubos de tránsito de alta velocidad parcialmente evacuados. El viaje se había prolongado durante uno de los breves ciclos del día y la noche de Nasqueron. Los dos habían dormido durante la mayor parte del tiempo, pero justo antes de que Fassin se adormeciera, la coronel había dicho:

—Seguimos adelante. ¿Está de acuerdo, comandante? Continuamos nuestra misión. Hasta que nos ordenen detenernos.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Seguimos adelante.

El vagón había atracado y serpenteado a través de un muro de confluencia del túnel en la estación central de Hauskip, acelerando en la atmósfera gelatinosa hacia el Club Ecuatorial de Espeseros de la Octava Progresión, donde Y'sul, el antiguo guía, mentor y guardián de Fassin asistía a una fiesta para celebrar la Ceremonia de Terminación y Expulsión de uno de los miembros del club.

Durante su breve y ocasionalmente hostigada infancia, los moradores semejaban rayas anoréxicas; en torno a su adolescencia crecían, engordaban, se separaban por la mitad casi del todo y se desplazaban desde un eje horizontal hasta otro vertical, para terminar, como adultos, básicamente pareciéndose a dos ruedas de carro grandes, palmeadas y con flecos, conectadas por medio de un eje corto y grueso, con husos externos especialmente bulbosos, como si en ellos se hubiese ceñido un gran cangrejo araña.

La transición desde la adultez temprana hasta la etapa intermedia entrañaba un periodo denominado Espesamiento, en el que los discos esbeltos y ligeros de la juventud se convertían en las ruedas robustas y fuertes de la madurez, y mientras sucedía tal cosa, los moradores tenían por costumbre unirse a un club integrado por individuos que tuvieran aproximadamente la misma edad. No había ninguna razón específica para que los moradores se reuniesen en este punto de sus vidas, sino que, en general, disfrutaban uniéndose a clubs, cofradías, órdenes, ligas, partidos, sociedades, asociaciones, hermandades, fraternidades, grupos, gremios, sindicatos, fraccionarios, exenciones y recreativos, aunque, por supuesto, no descartaban tomar parte en reuniones *ad hoc*, aisladas, no ceremoniales y espontáneas. El calendario social estaba repleto.

Y'sul no les había invitado a su hogar, sino a su biblioteca privada, con hileras de libros de cristal, en el Club de Espeseros, de modo que, según les explicó, si le aburrían demasiado, o tenían mucha prisa, pudiese volver sin gran demora a la cena y francachela ceremonial que sus amigos celebraban en el comedor inferior.

—¡Me alegro de verte, Fassin! —dijo Y'sul—. ¿Por qué has traído a esta pequeña moradora? ¿Es comida?

—No, claro que no. Es una colega.

—¡Por supuesto! Pero no hay observadores oerilitas.

—No es una observadora.

—Entonces, ¿no es una colega?

—La ha enviado la Jurisdicción Ocula, la orden religiosa militar mercatorial, para escoltarme.

—Entiendo. —Y'sul, vestido con sus mejores galas, elegante a la par que informal, cubierto de flecos de brillantes colores y golas de encaje, se meció hacia atrás, rotó suavemente, y se adelantó de nuevo—. ¡No, no lo entiendo! ¿Qué digo? ¿Qué es esa «Ocula»?

—Bueno...

Fue necesario algún tiempo para explicárselo. Al cabo de un cuarto de hora (todo

ello en tiempo real, afortunadamente, sin ningún factor de ralentización) Fassin juzgó que había informado a Y'sul tanto y tan bien como podía sin revelar demasiado. La coronel había intervenido de vez en cuando, aunque al parecer Y'sul no le prestaba ninguna atención.

Y'sul tenía unos mil quinientos años, era un adulto pleno al que restaban quizá un par de milenios para convertirse en traav, lo que constituía la primera etapa del apogeo. Medía nueve metros de diámetro vertical (además del traje de fiesta semiceremonial, cuya impresionante gola corporal le sumaba otro metro), de modo que era tan grande como podía esperar un morador. Su doble disco medía casi cinco metros de lado, y el eje central, vestido con modestia, era apenas visible como entidad separada, y se antojaba más bien un inesperado estrechamiento entre las dos grandes ruedas. Los moradores se encogían poco a poco, a medida que envejecían, después de rebasar la adultez intermedia, y perdían sus extremidades de husos y flecos, hasta que cuando alcanzaban una edad de billones de años a menudo estaban casi lisiados.

Por norma, podían desplazarse incluso entonces. Su fuerza motriz radicaba en una serie de aspas que se desplegaban desde las superficies interiores y exteriores de sus discos principales, rotaban (a veces se enroscaban, para añadir un ímpetu adicional, o maniobrar) y reposaban extendidas sobre su espalda, de modo que un morador en movimiento daba la impresión de rodar por la atmósfera. A eso se llamaba dejarse llevar. A menudo, los moradores muy ancianos perdían el uso de las aspas del exterior de sus discos (o sencillamente perdían las aspas), pero en general conservaban el uso de las internas, de modo que pudieran desplazarse circulando, por muy decrepitos que estuvieran.

—En resumen —concluyó Y'sul—, buscas al choal Valseir, para continuar unos estudios específicos en una biblioteca de su propiedad.

—Más o menos —convino Fassin.

—Entiendo.

—Y'sul, siempre has sido de gran ayuda para mí. ¿Puedes ayudarme ahora?

—Hay un problema —dijo Y'sul.

—¿Qué problema? —preguntó Fassin.

—Valseir ha muerto, y su biblioteca se ha consignado a las profundidades, o dividido, seguramente al azar, entre semejantes, aliados, familiares, especialistas del mismo campo, enemigos o transeúntes. Probablemente entre todos ellos.

—¿Muerto? —dijo Fassin. Exhibió su horror en el carapacho de señales de la nave de gas, en un patrón de espira bastante específico que indicaba el espanto intelectual y emocional que producía el fallecimiento de un morador conocido o amigo, especialmente porque había muerto en el transcurso de una línea de investigación que al interesado le fascinaba profundamente—. ¡Pero si solo era un choal! ¡Le quedaban billones de años para morir!

Valseir tenía un millón y medio de años, y estaba a punto de trascender el nivel de

encumbrado para convertirse en sabio. La fase choal era la última del encumbrado. La edad media para ascender desde encumbrado choal hasta sabio niño excedía los dos millones de años, pero sus mayores y supuestamente superiores estimaban que Valseir ya estaba preparado, a pesar de una suma de tiempo tan modesta. Era un prodigio de un millón y medio de años, o lo había sido. La última vez que Fassin lo viera, le había parecido fuerte, vigoroso y lleno de vida. De acuerdo, pasaba la mayor parte de su vida con su morro rotatorio metido en una biblioteca y no salía mucho, pero Fassin no podía creer que hubiese muerto. Los moradores ni siquiera tenían enfermedades que pudieran haberle causado la muerte. ¿Cómo podía estar muerto?

—Un accidente de vela, si no me equivoco —explicó Y'sul—. ¿Me equivoco? — Fassin percibió que el morador radiaba una infopetición a las paredes táctiles de la biblioteca—. ¡No, no me equivoco! Sí, fue un accidente de vela. Su jammer de tormenta quedó atrapado en un remolino especialmente violento y se hizo pedazos. Le ensartó una bao, una verga o algo así. Lo bueno es que rescataron la mayor parte del yate antes de que se hundiera en las profundidades. Era un navegante muy entusiasta. Terriblemente competitivo.

—¿Cuándo? —preguntó Fassin—. No sabía nada.

—No hace mucho —dijo Y'sul—, un par de siglos como mucho.

—No salió en las redes de noticias.

—¿De verdad? ¡Ah! Espera. —Otra infopetición radiada—. Sí. Tengo entendido que dejó instrucciones de que si moría se considerase un asunto privado. —Y'sul flexionó los ejes de sus brazos montados sobre husos a ambos lados. Todos ellos. Al unísono—. ¡La verdad es que lo entiendo! Yo habría hecho lo mismo.

—¿Queda constancia de lo que le ocurrió a su biblioteca? —preguntó Fassin.

Y'sul volvió a mecerse hacia atrás y se alejó con lentitud, rotando como un par de gigantescas ruedas cónicas, y a continuación se arrojó de nuevo hacia delante. Se quedó suspendido en medio del gas, y dijo:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—¡No, no queda! ¿A que es extraño?

—Nos... Me gustaría mucho investigar este asunto, Y'sul. ¿Puedes ayudarnos?

—Sin duda... Ah, hablando de las redes de noticias, hay algo referente a una explosión de fusión no autorizada cerca del punto donde accediste al túnel nubiloso. ¿Tiene algo que ver contigo?

Mierda, pensó Fassin, otra vez.

—Sí. Parece que alguien intenta matarme. O puede que a la coronel, aquí presente. —Hizo un ademán, señalando al traje ambiental de Hatherence, que seguía flotando a su lado. Había estado callada durante algún tiempo. Fassin no estaba seguro de que fuera una buena señal.

—Entiendo —dijo Y'sul—. Y hablando de la buena coronel, me cuesta descubrir su autorización. Para estar aquí, quiero decir.

—Bueno —dijo Fassin—, nos vimos obligados a buscar refugio en Nasqueron antes de lo que imaginábamos necesario, debido a una acción hostil no provocada. Los permisos de la coronel se estaban tramitando, pero todavía no se habían emitido en el momento de hacer nuestra entrada de emergencia. Técnicamente, la coronel se encuentra aquí sin permiso explícito, y por lo tanto se somete a vuestra merced como náufraga, refugiada y compatriota moradora de gigante gaseoso en necesidad de asilo. —Fassin se volvió a mirar a la coronel, que se desplazó sobre su eje vertical para sostener la mirada de la nave de gas—. Reclama santuario —concluyó.

—Provisionalmente concedido, por supuesto —dijo Y'sul—. Aunque el significado exacto de «no provocada» se podría cuestionar en un contexto más amplio, y asimismo la definición de «náufraga» puede ser objeto de discusión, si uno desea ser puntilloso. No obstante, aparte de eso, si lo he entendido bien, hay una suerte de disputa en curso entre tu gente.

—Lo has entendido perfectamente —le dijo Fassin al morador.

—¡Oh, otra de vuestras guerras, no, por favor! —protestó Y'sul, mientras desplazaba todo su cuerpo hacia atrás, rodando, un movimiento que para un humano era relativamente sencillo interpretar acertadamente, como el equivalente a un gesto de exasperación. Aunque, para ser justos, había muchos gestos moradores con esa traducción.

—Bueno, más o menos, sí —admitió Fassin.

—¡Vuestra pasión por lastimaros unos a otros nunca deja de asombrarme, maravillarme y horripilarme!

—Me han dicho que va a haber una guerra formal entre la Zona 2 y el Cinturón C —observó Fassin.

—¡A mí también me lo han dicho! —respondió Y'sul, entusiasmado—. ¿De veras crees que sucederá? Francamente, yo no soy optimista. Tengo entendido que han reclutado a unos negociadores terriblemente buenos... Ah. Supongo que las marcas que exhibe el carapacho de tu casco, un endeble sustituto del cuerpo del que tristemente careces, significan que estabas siendo sarcástico.

—No importa, Y'sul.

—De acuerdo, entonces. Así pues: Valseir. Hay un punto de congruencia.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí!

—¿Con qué? ¿Entre qué y qué?

—¡Entre su defunción y la guerra que nos han prometido!

—¿De verdad?

—¡Sí! Según creo, su antiguo estudio se encuentra en la actual zona de disputa.

—Pero si ya lo han repartido... —empezó Fassin.

—Oh, seguro que hay copias, y ni siquiera estoy seguro de que hayan puesto a descansar al fin al viejo.

—¿Después de doscientos años?

—Vamos, Fassin, hubo cuestiones de validación testamentaria.

—¿Y se encuentra en la zona de guerra?

—¡Es muy probable, sí! ¿A que es emocionante? ¡Creo que deberíamos ir de inmediato! —Y'sul sacudió todas sus extremidades a la vez—. ¡Formemos una expedición! Iremos juntos. —Miró a Hatherence—. Y puedes llevar a tu amiguita.

- He estado pensando en tratar de comunicarme con su Instalación Compartida, bien por medio de sus satélites o directamente, le dijo la coronel.

- Yo no lo haría, transmitió Fassin. - Pero si decide que es su deber, dígamelo antes de intentarlo. Quiero estar muy lejos de este volumen.

- ¿Cree que aquí podríamos sufrir el mismo ataque que siguió a su «aviso»?

- Probablemente, aquí, en una ciudad de los moradores, no. Pero, por otra parte, ¿por qué arriesgarse? Ignoramos si nuestro atacante comprende en qué se metería, de modo que quizá nos liquide y afronte las consecuencias después. Si es así, no estaremos para reírnos.

- Necesitamos averiguar lo que ocurre, comandante Taak, le informó Hatherence.

- Lo sé, y voy a transmitir una solicitud de información a un satélite desde un emplazamiento remoto en cuanto compruebe lo que ocurre por medio de las redes locales.

La coronel se dirigió flotando hasta él para contemplar la pantalla plana, que era enorme, pero antigua y sumamente direccional, que Fassin había empleado en su intentona de averiguar lo sucedido. Se encontraban en la casa de Y'sul, una destartada timonera situada en un inmenso distrito de timoneras igualmente desvencijadas, suspendidas de esbeltos husos bajo el nivel central de la ciudad, como la imagen congelada de una explosión de engranajes por valor de todo un desguace.

Y'sul los había escoltado desde su club en un estado de cierta agitación. Después los había dejado a solas, se había llevado a su criado Sholish y había salido en busca de un sastre decente: a su sastre habitual se le había metido en la cabeza la molesta idea de cambiar de oficio y convertirse en tripulante de un dreadnought, probablemente en un intento de empezar desde abajo en la inminente guerra.

- ¿Qué ha descubierto?, preguntó la coronel, mientras observaba cómo la imagen de la luna Tercera Furia llenaba la pantalla plana. - *Hmmm*. La luna parece casi intacta.

- Esta es una grabación antigua, explicó Fassin. - Intento encontrar una actualizada.

- ¿Alguna mención a las hostilidades?

- No mucho, le dijo Fassin, que empleaba un manipulador para operar los controles, voluminosos y rígidos, de la antigua pantalla. - Ha habido una alusión en el servicio de información de una emisora de radio minoritaria, pero eso es todo.

- Pero se considera una noticia, ¿no? Eso es alentador, creo.

- Bueno, no se emocione, transmitió Fassin. - Se trata de una emisora que dirige

un puñado de aficionados para los pocos como ellos a quienes realmente interesa lo que ocurre en el resto del sistema; quizá unos miles de moradores, en una población planetaria de cinco o diez billones.

- ¿El número de moradores en Nasqueron es en verdad tan incierto?

- He visto estimaciones que van de dos a doscientos billones, hasta trescientos.

- Topé con ese grado de incertidumbre en el curso de mi investigación, dijo Hatherence, mientras Fassin cambiaba manualmente canales, series de datos y estelas de imágenes. —Recuerdo que pensé que debía tratarse de un error. ¿Cómo puede haber un margen de error de dos órdenes de magnitud de base diez? ¿No se puede preguntar a los moradores, sencillamente? ¿Ellos tampoco saben cuántos son?

- Puede preguntárselo, desde luego, convino Fassin, incorporando un deje de humor en su señal. - Una antigua tutora mía solía decir de preguntas como esa que las respuestas eran más ilustrativas de la psicología de los moradores que de la verdadera cuestión.

- ¿Mienten, o es que no lo saben?

- Esa también es una buena pregunta.

- Pero deben tener una idea, protestó la coronel. - Una sociedad tiene que saber cuánta gente alberga, de lo contrario, ¿cómo planifica sus infraestructuras, y ese tipo de cosas?

Fassin se percató de que sonreía.

- Así funcionaría casi cualquier otra sociedad, convino.

- Hay quienes afirman que los moradores, de hecho, no están civilizados, dijo la coronel, pensativa. —Que apenas puede decirse que posean una sociedad en un solo planeta, y en una escala galáctica no puede decirse que constituyan una civilización en absoluto. Más bien existen en un estado de barbarie sumamente desarrollado.

- Estoy familiarizado con esos argumentos, respondió Fassin.

- ¿Está de acuerdo?

- No. Esta es una sociedad. Estamos en una ciudad. Y esto es una civilización, incluso en un solo planeta. Sé que las definiciones habrán cambiado con los años, y que quizá usted adopte una postura distinta a la mía, pero en la historia de mi planeta nos referíamos a civilizaciones basadas en sistemas fluviales, o en islitas.

- Se me olvida que cuando se trata de planetas con entornos vitales de superficie sólida hay que pensar en una escala muy pequeña, comentó la coronel, en apariencia sin ánimo de ofender. —Pero, no obstante, la definición de civilización debe evolucionar cuando uno asciende a la fase galáctica, y quizá los moradores, en conjunto, parezcan deficientes.

- Creo que todo se reduce a cómo defina uno los términos, dijo Fassin. - Espere; esto parece prometedor.

Volvió a desplazarse desde un mosaico de subpantallas hasta una imagen en movimiento. Era Tercera Furia de nuevo, pero esta vez parecía más brumosa, menos definida, como si se hubiera filmado a cierta distancia. Se destacaban las bóvedas

poco pronunciadas de la Instalación Compartida, aunque no se veían con precisión, cerca de un extremo inclinado de la pequeña luna. A un lado, divisó un destello en la superficie, y una nube semiesférica de escombros en expansión. Un cráter brillante en el punto donde se había originado el destello.

- Esto parece ayer, dijo Hatherence.

- Sí, ¿verdad? - convino Fassin. - Parece que la imagen se tomó desde muy alto, en el Cinturón A, o al sur de la Zona 2. No es más que un aficionado manejando una cámara. Fassin averiguó cómo rebobinar la grabación almacenada y adelantarla a continuación, luego descubrió cómo enfocar más de cerca. - Y esos somos nosotros.

Observaron la aparición de un punto de color cereza en una burbuja resplandeciente cerca del límite de la Instalación Compartida, y distinguieron apenas la definición granulosa de los escombros de la bóveda del hangar, cuando estallaron frente a una bruma repentina que se disipó con rapidez. Un punto diminuto de color gris oscuro surgió de la bóveda destrozada y se alejó con esforzada lentitud; era la lanzadera, que se arrojaba a la desesperada hacia el planeta.

Fassin aceleró la grabación. La posición de la luna se alteró con rapidez, surcando el oscuro cielo mientras Tercera Furia seguía en su órbita y el autor de las imágenes se veía arrastrado en dirección opuesta por una corriente de chorro de veinte mil kilómetros de anchura.

—Sin duda, se trata de la Banda A, dijo Fassin.

Un brillante destello blanco inundó la pantalla y se desvaneció, dejando un cráter de varios kilómetros de lado. Los escombros se extendieron en todas direcciones como si fueran semillas a punto de derramarse atrapadas en un súbito huracán. El interior del cráter pasó del blanco al amarillo, el naranja y el rojo. Los escombros siguieron extendiéndose. Al parecer, la mayoría se quedaría más o menos en la misma órbita que la propia Tercera Furia.

Ambos observaban en silencio. La luna había cambiado de forma. Se estremeció, dio la impresión de colapsarse parcialmente sobre sí misma y retomó con lentitud y plasticidad su forma esférica, después de haber perdido buena parte de su masa anterior. Cimas de nubes amarillas ascendieron casi en línea recta para salir a su encuentro, y el pequeño globo brillante giró bajo el horizonte.

Fassin dejó que la grabación se reprodujese hasta el final y empezara a repetirse. Entonces, la detuvo. La pantalla quedó congelada en la primera imagen de la grabación de Tercera Furia, casi encima de sus cabezas, justo después del primer impacto.

- No parece posible sobrevivir a ese suceso, transmitió la coronel. Su voz sonaba apagada.

- Creo que tiene razón.

- Lo lamento mucho. ¿Cuánta gente había en la base de la Instalación Compartida?

- Unos doscientos.

- No he visto indicaciones de la embarcación de su maestro técnico, ni de los ataques que sufrimos cuando abandonamos la lanzadera.

Fassin comparó el código temporal de la grabación con la lista de acontecimientos de la nave de gas.

- Todo eso sucedió después de lo que hemos visto, le dijo a la coronel. - Y la grabación se hizo desde el otro lado del horizonte, de todas formas.

- Nos podemos olvidar de los refuerzos. La coronel se volvió hacia él. - Pero seguimos adelante, ¿no?

- Sí.

- Entonces, ¿qué hacemos ahora, Fassin Taak?

- Tenemos que hablar con algunas personas.

—¿De modo que quieres comunicarte con los de tu propia especie? —preguntó Y'sul.

—Por medio de un repetidor, en un emplazamiento remoto.

—¿Y por qué no lo has hecho todavía?

—Quería obtener tu permiso.

—No necesitas mi permiso. Encuentra una antena parabólica remota y transmite a placer. Sospecho que el efecto indirecto en mi nivel de prestigio será insignificante.

Se encontraban en una antecámara de la administración municipal. La antecámara era una sala de considerable tamaño, decorada con tapices fabricados con antiguas pieles de abrazanubes, todas ellas de color rojo amarillento con patrones en espiral. Algunas lucían agujeros allí donde las criaturas habían sido ensartadas. Una sección curvilínea de la pared constituía una ventana gigantesca que daba al vasto paisaje flotante de engranajes de Hauskip. La noche empezaba a caer, y por toda la ciudad se encendían luces. Y'sul se dirigió flotando a la ventana y la abatió sobre sus goznes empleando la burda táctica de golpearla con suficiente fuerza. Entonces salió flotando al exterior sobre aquella terraza improvisada, musitando que le gustaba la vista y que quizá se mudase allí arriba. En el interior sopló una brisa que agitó las antiguas pieles de abrazanubes, como si sus ocupantes, largamente muertos, de algún modo todavía huyeran de sus cazadores.

La coronel Hatherence se inclinó hacia Fassin.

- Entonces, eso del prestigio, transmitió. - ¿De verdad es así como calculan su valor?

- Me temo que sí.

- ¡De modo que es verdad! Pensé que se trataba de una broma.

- Distinguir ambas cosas no es un punto fuerte de los moradores.

Y'sul retrocedió, sin molestarse en cerrar la ventana. Sus aspas produjeron un bordoneo tenue, mientras se dejaba llevar a través del gas hasta ellos.

—Dame el mensaje —propuso—, yo lo transmitiré.

—¿Por medio de un transceptor apartado? —preguntó Fassin.

—¡Por supuesto!

—Bueno, pues comunícate con la septa Bantrabal, para que sepan que estoy bien, y pregúntales cómo están por allí. Imagino que ya saben lo sucedido en la luna de Tercera Furia. Quizá puedas preguntarles si saben algo del maestro técnico Apsile y de la lanzadera que escapó al asalto de la luna, y qué les sucedió a las naves que tenían que proteger Tercera Furia.

—Ejem —interrumpió la coronel.

Los dos la miraron.

—¿Le parece sensato? —preguntó.

—¿Quiere decir que debería fingir que he muerto? —dijo Fassin.

—Sí.

—Ya se me había ocurrido. Pero me gustaría que algunas personas supieran que estoy vivo. —Recordó el vislumbre de destello que quizá fuera un impacto sobre 'glantina, mientras bombardeaban Tercera Furia—. Y me gustaría saber que mi familia y amigos están bien.

—Desde luego —dijo la coronel—. Sin embargo, me pregunto si no sería más prudente que yo me comunicara con mis superiores primero. Podemos pedirle al morador Y'sul, aquí presente, que me permita usar ese repetidor remoto. Cuando hayamos establecido una conexión más segura, quizá por medio de una de las naves de guerra que presumo que todavía se encuentran en algún punto alrededor del planeta, podemos enviar un mensaje a su septa para que sepan que está usted bien. Nada de eso tiene que tardar mucho.

Mientras Hatherence hablaba, Y'sul se había acercado flotando a ella, decidido, al parecer, a echar un vistazo a través de la lámina frontal de su traje ambiental, que de hecho era completamente opaca y estaba blindada. Al fin se detuvo, imponente, a un centímetro de distancia de la oerilita. La coronel no reculó. Y'sul aporreó con el borde de una de sus extremidades la cubierta de su traje ambiental, esta vez con más delicadeza.

—¿Le importaría no hacer eso, señor? —dijo ella con suma frialdad.

—¿Por qué sigues dentro de esa cosa, pequeña moradora? —preguntó Y'sul.

—Porque estoy adaptada a niveles más elevados y fríos, con una mezcla de gases y un cociente de presión distintos, morador Y'sul.

—Entiendo. —Y'sul se apartó—. Tienes un acento y una gramática muy extraños. Juro que este humano habla mejor que tú. ¿Qué decías?

—Le estaba pidiendo amablemente que se abstuviera de establecer contacto físico con mi traje ambiental.

—No, antes de eso.

—Sugería que nos pusiéramos en contacto con mis superiores.

—¿Superiores militares?

—Sí.

Y'sul se volvió a Fassin.

—Eso parece más interesante que tu plan, Fassin.

—Y'sul, ayer murieron doscientos compatriotas míos. Por lo menos. Me gustaría...

—Sí, sí, sí, pero...

—Quizá deba contactar con 'glantina directamente, si no quedan satélites —decía Hatherence, cuando se abrió un portón en la pared, y un morador vestido con atuendo ceremonial asomó su borde.

—Los recibiré ahora —dijo la administradora municipal.

El despacho de la administradora era enorme, del tamaño de un estadio pequeño, y estaba circundado por estudios de holopantallas. Fassin calculó aproximadamente un centenar de puestos, aunque solo algunos estaban ocupados por moradores, la mayoría muy jóvenes. No había ventanas, pero el techo era de hoja de diamante, y la mayoría de las secciones se habían desplazado a un lado para exponerse a la creciente oscuridad del cielo. Unas lámparas flotantes fluctuaban arrojando una luz amarilla y suave sobre ellos, mientras seguían a la administradora hasta la zona de audiencia, en el centro de la gigantesca sala.

—¡Está embarazada! —exclamó Y'sul—. ¡Qué delicioso!

—Eso dicen todos —dijo la administradora con amargura. Los moradores eran varones (a falta de un término mejor) durante más del noventa y nueve por ciento de su vida, y solo adoptaban forma femenina para concebir y dar a luz. Convertirse en mujer y dar a la luz se consideraba un deber social; el hecho de que la mayoría de los moradores honrasen esa obligación hacía que fuese un caso insólito en sus costumbres. Contribuía poderosamente al prestigio personal, y en cualquier caso, ejercía una suerte de atracción sentimental sobre todos los miembros de la especie, excepto los más decididamente misántropos, que, estadísticamente, se estimaban en torno al cuarenta y tres por ciento. Pese a todo, era una carga innegable, y muy pocos moradores pasaban por esa experiencia sin lamentarse enérgicamente.

—¡Yo también he pensado varias veces en convertirme en mujer! —afirmó Y'sul.

—Pues está sobrevalorado —repuso la administradora municipal—. Y es especialmente gravoso cuando una ha recibido una invitación para tomar parte en la guerra que se avecina, y según parece ahora tiene la obligación moral de rechazarla. Por favor, tomen un hueco...

Se dirigieron flotando a una serie de muescas hendidas en la zona de audiencia y se posaron suavemente en su interior.

—¡Pues yo también espero ir a la guerra! —dijo Y'sul, alegre—. Bueno, por lo menos, muy cerca de ella. Acabo de ver a mi sastre, para que me tomase las medidas para el atavío bélico más moderno.

—¿De veras? —preguntó la administradora—. ¿Quién es su sastre? El mío se acaba de ir a la guerra.

—¿No sería Fuerliote? —exclamó Y'sul.

—¡El mismo!

—¡Pero si también era el mío!

—El mejor.

—Sin duda.

—No, he tenido que recurrir a Deystelmin.

—¿Es bueno?

—*Bueeeno*. —Y'sul contoneó su disco doble—, no hay que perder la esperanza. Tiene buenas formas junto al espejo, por así decir, pero ¿se traducirá eso en un corte favorecedor? Esa es la pregunta que hay que hacerse.

—Lo sé —convino la administradora—. ¡Y se va a convertir en oficial auxiliar de un dreadnought!

—¡Ni siquiera eso! ¡En marinero!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Es algo muy humilde, para alguien tan distinguido!

—Lo sé, pero es un movimiento astuto. Enrolarse como marinero antes de que se abra la ventana de reclutamiento tiene sentido. Es el efecto del uniforme humeante.

—¡Ah! ¡Por supuesto!

Fassin intentó aclararse la garganta sonoramente en medio de todo esto, sin resultado.

- ¿El efecto del uniforme humeante?, susurró con luces la coronel.

- Los zapatos del muerto, explicó Fassin. - Cuando empiezan las hostilidades, solo ascienden los de dentro. Si este sastre tiene suerte, su dreadnought sufrirá graves daños, perderá a unos cuantos oficiales, y él se convertirá en oficial después de todo. Si tiene mucha suerte, quizá llegue a almirante.

Hatherence pensó en ello.

- Un sastre, por muy distinguido que sea, no es necesariamente un buen almirante.

- Es probable que no sea peor que el anterior.

El problema era que para los moradores todas las profesiones, en la práctica, eran aficiones y todos los cargos y puestos, sinecuras. El sastre del que parloteaban Y'sul y la administradora municipal no había tenido verdadera necesidad de ser sastre, sino que había descubierto que poseía aptitudes para dicho pasatiempo; o, lo que era más probable, para el chismorreo y el escándalo que generalmente se asociaban con él. Aceptaba clientes para aumentar su prestigio, cuyo nivel se incrementaba proporcionalmente en función de los individuos para quienes trabajaba, de modo que quien ocupase una posición de poder civil constituía un cliente de favor, aunque hubiese obtenido dicha posición en la lotería, por medio de algún sistema rotatorio de esotérica complejidad, o sencillamente del voto coercitivo: empleos como el de la administradora municipal se hallaban sujetos a todos esos regímenes y más, en función de la banda o la zona afectada, o simplemente de la ciudad implicada. A cambio, la administradora municipal podía mencionar por casualidad en las

conversaciones adecuadas el hecho de que tenía un sastre tan conocido y con tanto prestigio.

Obviamente, también Y'sul poseía prestigio suficiente como para permitirse contratar los servicios de aquel ilustre camisero. La gente que ocupase una posición inferior en el escalafón emplearía a sastres menos conectados, o tendría ropa común, que en este caso particular era el equivalente de los moradores a las prendas de confección, y que en general entrañaba la producción masiva, carente de prestigio, disponible por derecho para los moradores, de..., en fin, más o menos cualquier cosa, hasta naves espaciales, inclusive.

Aunque habiendo visto algunas astronaves de moradores, Fassin creía que el método de fabricarlas en exceso y regalarlas tenía sus limitaciones.

—A decir verdad —decía Y'sul—, mi solicitud para el rango de OA languidece desde hace siglos, y esta vez ni siquiera se ha mencionado. Enrolarse como marinero parece degradante, pero puede que merezca la pena si hay bajas.

—Claro, claro —dijo la administradora, y clavó su mirada en la coronel—. ¿Qué es esto?

—Una oerilita, una pequeña moradora —explicó Y'sul, con un asomo de orgullo.

—¡Santo cielo! Entonces, ¿no es un niño?

—Ni tampoco comida. Ya se lo he preguntado.

—Encantado de conocerla —dijo la coronel, haciendo acopio de dignidad. Al parecer, una oerilita inspiraba aún menos respeto a los moradores de lo que esperaba Fassin (y según sospechaba este, de lo que esperaba la propia coronel). Los oerilitas habían evolucionado en tiempos relativamente recientes, con cierta independencia respecto del flujo principal, inmenso e indescriptiblemente antiguo, de la comunidad galáctica de moradores, y por lo tanto sus cohabitantes de gigantes gaseosos más venerables los veían como una encrucijada entre un cabo suelto colectivo e irritante, y un hatajo de impúdicos intrusos usurpadores de planetas.

—Y este debe ser el observador lento. —La administradora observó brevemente la nave de gas de Fassin antes de dirigir de nuevo su mirada hacia Y'sul—. ¿Tenemos que hablarle despacio?

—No, administradora —intervino Fassin, antes de que Y'sul pudiera replicar—. En este momento opero en su misma escala de tiempo.

—¡Qué suerte! —Se desplazó rápidamente a un lado y aporreó el remoto de una pantalla, mientras el resplandor del holograma iluminaba el extremo de su radio frontal—. Hmmm. Entiendo. De modo que los disturbios de los últimos días son culpa tuya.

—¿Se han producido muchos disturbios, señora?

—Bueno, la destrucción parcial de una luna de órbita cercana ilustraría la definición de disturbio para la mayoría —dijo la administradora en tono agradable—. Era un atributo atractivo del cielo, cuando una se aventuraba hacia las cimas de las nubes. Estaba ahí desde hacía millones de años, y ahora está a punto de hacerse

pedazos por completo, hay un anillo de escombros desperdigados en torno a su órbita, dicha órbita se ha trastornado de un modo significativo, de manera que todo lo demás ahí arriba ha tenido que desplazarse para acomodar la alteración, se ha producido un pequeño bombardeo de escombros a lo largo de tres bandas, algunos fragmentos han errado apenas diversas muestras de infraestructura cuyo valor es más que sentimental, y otros han puesto en marcha baterías automáticas de láser de defensa planetaria, además de una avalancha de destrucción de satélites que todavía hay que enmendar del todo. Ah, y una explosión de fusión no autorizada. En medio de ninguna parte, lo reconozco, pero aún así. Afortunadamente, ninguna de estas cosas está dentro de mi jurisdicción, pero en verdad parece que los problemas te persiguen, humano Taak, y ahora estás en mi ciudad. —La administradora rodó un poco hacia la nave de gas de Fassin—. ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—Bueno... —empezó Fassin.

—¡El humano está bajo mi protección, administradora! —interrumpió Y'sul—. Respondo enteramente por él, y asumo las consecuencias de sus actos en mi prestigio. Tomaré las medidas necesarias para protegerlo de cualesquiera fuerzas hostiles que deseen hacerle mal. ¿Cuento con su apoyo para la expedición que el humano insiste en realizar en la zona de guerra?

—Concedido —dijo la administradora.

—¡Espléndido! Podemos estar listos para partir dentro un par de días. Sobre todo si el sastre Deystelmin se decide a concentrarse en mi pedido de atuendo de combate.

—Hablaré con él.

—¡Es usted tan amable! ¡Nunca volveré a nominarla para un voto coercitivo!

—Mi gratitud no conoce límites.

Si los moradores pudiesen rechinar los dientes, pensó Fassin, la administradora habría hablado entre ellos.

—Perdone, señora —dijo.

—¿Sí, humano Taak?

—¿Tiene noticias de lo sucedido en otros puntos del sistema?

—Como he dicho, hay diversos anillos y lunas que están desplazándose en sus órbitas para acomodar...

—Me parece que se refiere al sistema estelar, no al de Nasqueron —señaló la coronel Hatherence.

Ambos moradores se volvieron para mirarla. Los moradores disponían de bandas sensitivas a lo largo de sus bordes exteriores, así como de glóbulos visuales en la sección inferior de sus ejes exteriores. No se les conocía por tener la mejor mirada de odio de la galaxia, pero siempre estaban dispuestos a dar lo mejor de sí mismos en ese aspecto. Para los moradores, su planeta lo era todo. La mayoría de gigantes gaseosos tenía muchas más lunas que planetas poseía el sistema estelar medio, irradiaba más energía de la que recibía de la estrella que orbitaba, y, en gran medida, sus sistemas de transferencia de calor, así como el clima y la ecología, se basaban en

procesos internos del planeta, independientes de la luz solar. Sus habitantes debían prestar mucha atención a los cielos, básicamente para cuidarse de los visitantes, pero hasta esa consideración entrañaba una perspectiva centrada a todas luces en el gigante gaseoso. El interés de la estrella local y del resto de su sistema planetario era relativamente escaso para el morador medio.

—No me refería exactamente a eso —se apresuró a aclararles Fassin—. La luna 'glantina, por ejemplo: ¿ha sufrido daños?

—No que yo sepa —dijo la administradora, dedicándole otra severa mirada a Hatherence.

—¿Y las naves militares que se encontraban en la órbita de Tercera Furia? —preguntó la coronel.

(- ¡Chsss!, le indicó Fassin.

- ¡No!, transmitió ella, a modo de respuesta.)

—¿Qué naves? —dijo la administradora, en apariencia perpleja.

—¿Y el planeta Sepekte? —dijo Fassin.

—No tengo ni idea —respondió la administradora. Clavó su mirada en Fassin—. ¿Para eso deseabas verme? ¿Para interesarte por el bienestar de las lunas y los planetas lejanos?

—No, señora. La razón de que deseara verla es que me preocupa que Nasqueron se encontrase amenazado.

—¿Ah, sí? —balbuceó Y'sul.

—¿De veras? —suspiró la administradora.

Hasta Hatherence se volvió para mirarle.

—Está empezando una guerra entre los rápidos, señora —le explicó Fassin a la administradora—. Va a llegar a Ulubis, y no es imposible que algunas fuerzas participantes deseen involucrar de algún modo a Nasqueron y a sus moradores en la guerra.

La administradora rodó un poco hacia atrás y absorbió su ribete exterior de volantes; para los moradores, se trataba de un gesto equivalente a fruncir el año.

(- ¿Comandante?, transmitió la coronel. - No me había dicho nada de eso. ¿En qué se basa? ¿Hay algo que no me haya contado?

- Es una corazonada. Solo intento atraer su atención. Y debo señalar que se considera grosero susurrar señales de este modo.)

La administradora continuó mirando a Fassin por un momento, y luego se volvió a Y'sul.

—¿Este humano está loco, normalmente?

Y'sul hizo un ruido absorbente.

—Depende de la definición.

—Nasqueron podría sufrir más bombardeos —persistió Fassin—. Incluso alguna incursión.

—¡Ja! —rió Y'sul.

—¡No estamos indefensos, humano Taak! —dijo sonoramente la administradora.

No, pero vuestras astronaves son antiguallas oxidadas, y vuestras defensas planetarias están configuradas para estúpidas rocas, pensó Fassin, cansado. Habláis de una buena defensa, pero si los invasores de Epifanía 5 deciden atacaros, o los mercatoria deciden que estoy muerto y se decantan por un modo más obvio de apoderarse de lo que hubiese en la biblioteca de Valseir, no podréis detenerlos. A juzgar por lo que he visto, un solo destructor del ejército de la Navarquía podría destruir vuestro planeta entero, con el tiempo.

—Claro que no —convino—. Pero le ruego que transmita esta información a las autoridades pertinentes. Estarán mejor defendidos si están preparados.

—Lo tendré en cuenta —le dijo la administradora, ecuánime.

Una mierda, pensó Fassin. No vas a hacer una mierda. No te vas a molestar en decírselo a nadie.

Y'sul levantaba la vista.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Fassin experimentó un momentáneo horror, y levantó la vista a su vez. Un cilindro achaparrado y dotado de aspas, de unos dos metros de altura, se cernía en picado sobre ellos en la oscuridad que reinaba al otro lado de los pétalos de diamante del techo, todavía abiertos, apuntándoles con un objeto alargado y oscuro.

La administradora gruñó.

—Oh, no —dijo—. Es la prensa.

—¡Sholish! ¡Mi coraza buena, estúpido desperdicio de gas, comemondas!

Y'sul arrojó una pieza de armadura a su sirviente. La lámina de carbono camupintado se volteó por el gas, cambiando rápidamente de color a medida que atravesaba la sala, procurando adaptarse, errando apenas al resto de moradores (la espaciosa estancia estaba abarrotada, y los invitados se vieron obligados a agacharse u oscilar para esquivarla), estuvo a punto de impactar sobre Sholish y se incrustó al fin en un panel de árbol flotante, produciendo un peculiar tañido. Sholish la arrancó de la pared antes de que tuviera ocasión de encubrirse, y desapareció en una cámara lateral, musitando.

—Disculpe —dijo la coronel Hatherence, dirigiéndose con aspereza a un morador que acababa de tropezarse con ella en el revuelo que se había extendido por la sala para apartarse de la trayectoria del fragmento de armadura.

—¡Disculpada! —dijo el morador, y retomó su conversación con otro pariente de Y'sul.

Y'sul se preparaba para abandonar Hauskip, rumbo a la guerra con sus pupilos, Fassin y la oerilita. Precisamente aquella mañana había recibido su nuevo atuendo de combate (¡con una rapidez digna de prestigio!), así como diversos presentes de familiares y amigos, la mayoría de los cuales, al parecer, habían juzgado apropiado personarse en su hogar para entregarle regalos, mayormente inútiles o

definitivamente peligrosos, y ofrecerle ingentes cantidades de consejo con extremada sonoridad, aunque en general contradictorios.

Y'sul, halagado y emocionado por ser el centro de tanta atención, los había invitado al interior de su vestidor y les había ofrecido aperitivos y similares mientras se probaba su nuevo vestuario, se aseguraba de que la antigua armadura heredada de su familia le servía todavía, más o menos, y jugaba con los chismes que le habían dado. Fassin calculó que había más de treinta moradores en la cámara, una de las salas más espaciales de la casa en forma de rueda. Existía un dicho en el sentido de que un morador constituía una discusión en ciernes, dos una conspiración y tres una revuelta. No sabía a ciencia cierta lo que supuestamente representaba una congregación de más de treinta, pero sin duda no tenía nada que ver con el silencio ni la sutileza. Las paredes curvas devolvían el estrépito. El atuendo era igualmente chillón. Por la superficie de carapacho expuesta se extendían patrones expresivos como catálogos de arte geométrico. El chismorreó magnético se concentraba mientras el infrasonido arrancaba confusión a las paredes y una embriagadora mezcla de feromonas bañaba el lugar en frenéticas corrientes de hilaridad.

- ¿No hay otros guías guardianes que podamos emplear, además de este?, preguntó Hatherence, apretándose contra la pared por debajo de Fassin mientras llegaba otro morador portando regalos y se abría paso a empujones entre la multitud en dirección a Y'sul.

- La verdad es que no, le dijo Fassin. - Y'sul sufrió una importante pérdida de prestigio en el gremio de mentores guardianes cuando tomó a su cargo a un alienígena advenedizo, accediendo a ser el mentor de tío Slovius. Lo recuperó con el tiempo, pero fue un acto valiente. No hay muchos que estén dispuestos a asumir semejante pérdida. Si empezásemos desde cero, tardaríamos años en encontrar a otro, suponiendo que Y'sul estuviera de acuerdo.

Una forma pequeña, redonda, rosa y pegajosa se estrelló contra la parte superior del traje ambiental de la coronel y se quedó adherida a él. Hatherence se deshizo de ella con un ademán.

- ¿Qué son todas estas cosas?, dijo, exasperada.

- No es más que hospitalidad, transmitió Fassin, con expresión resignada.

Por toda la sala flotaban a la deriva macedonias, ovillos de hilo, arañas de chicle y temblorosas bandejas de brisa cargadas de dulces, globos anímicos, narcopastas y supositorios de fiesta. Los invitados se servían a su gusto, comiendo, ingiriendo, esnifando, restregando e insertando a placer, según fuese apropiado. Al parecer, cada minuto se acrecentaba el ruido, así como el índice de colisiones, un síntoma infalible de que los moradores se estaban embriagando: numerosos tropezones aparatosos, prontas disculpas estridentes, inclinaciones súbitas y alarmantes, y estallidos de la risa especialmente ronca que siempre se producía cuando un morador descubría que uno de sus camaradas había perdido el control sobre su flotabilidad.

- Caramba, dijo Fassin. - Me parece que esto se está convirtiendo en una fiesta.

—¿Esta gente esta intoxicada?, preguntó Hatherence, sinceramente horrorizada.

Fassin la miró, sin disimular su incredulidad.

- Coronel, le dijo, - lo están casi siempre.

Hubo una explosión y un gañido cerca de donde flotaba Y'sul. Una macedonia estalló en medio del gas y se desplomó en el suelo. Los moradores cercanos se sacudieron espumosos trozos de fruta de la ropa.

—¡Ups! —dijo Y'sul, provocando la risa generalizada.

- ¡Es imposible que sea el único guía!, protestó la coronel. - ¿Qué hay de los demás observadores? Ellos también deben tener guías.

- Así es, pero se trata de una relación individual y exclusiva. Sería un terrible insulto abandonar a tu guardián mentor. Perdería todo su prestigio.

- ¡Comandante Taak, no podemos ponernos sentimentales! Aunque solo tengamos una posibilidad de encontrar un guía que sea mejor y menos idiota, por lo menos deberíamos empezar a buscarlo.

- Los mentores guardianes constituyen un gremio, coronel. Regentan un negocio cerrado. Si rechazamos a uno de ellos, los demás no querrán ni acercarse a nosotros. Sin duda encontraríamos payasos dispuestos a desempeñar el papel de guías, mentores, guardianes o lo que fuera; de hecho, es probable que tuviesen que hacer cola, pero serían muy jóvenes y estúpidos, o muy viejos y, ah, excéntricos, y sin duda nos causarían más problemas de los que podrían solucionar. Para empezar, el gremio de mentores guardianes los hostigaría desde el principio, y la inmensa mayoría de los moradores no querría ni hablar con nosotros. En particular, los bibliotecarios, archivistas, anticuarios, exoespecialistas, en otras palabras, las personas con quienes más necesitamos hablar, no nos darían ni la hora.

Se apartaron para que pasara Sholish, el criado de Y'sul, que regresaba de la cámara lateral con una coraza de dos piezas sumamente pulida, con acabado de espejo. Sholish era un adolescente espigado, solo tenía algunos cientos de años y apenas había completado tres cuartos de su desarrollo. Los criados personales, que siempre eran por lo menos dos estadios generacionales más jóvenes que sus amos, eran muy comunes en la sociedad de los moradores, especialmente si los de mayor antigüedad se molestaban en dedicarse a una afición que en verdad entrañase cierto grado de estudio o de formación, y sus criados tenían una digna oportunidad de aprender los rudimentos del oficio. Los mejores amos consideraban a sus criados como aprendices, y algunos especialmente aberrantes trataban a sus subordinados casi como si fueran iguales.

Y'sul todavía no había sido víctima de semejante sentimentalismo.

—¡Ya era hora, verruga de flema con cerebro de flan! —chilló Y'sul, arrancando la coraza de las manos de Sholish—. ¿Has tenido que forjarla y tejerla tú mismo? ¿O es que te pusiste a contemplar tu propio reflejo y perdiste la noción del tiempo?

Sholish tartamudeó y se retiró.

—Me niego a admitir que estemos tan indefensos como sugiere usted,

comandante, dijo la coronel a Fassin.

Él se volvió para mirar a la oerilita.

—Estamos aquí muy a pesar suyo, coronel. Los moradores pueden perderle apego a especies enteras de observadores sin razón aparente. Nunca se ha podido desentrañar un patrón para ello. Sencillamente, de repente descubres que tú y tu especie ya no sois bienvenidos. Esto no suele ocurrir mientras todavía están conociendo a una especie neófita en su civilización, pero eso tampoco es una garantía. Sin duda se impacientan con ciertos individuos, lo he visto con mis propios ojos, y eso es igualmente arbitrario. Cada vez que vengo me veo obligado a asumir que por muy amistosos y serviciales que fueran en mi última visita —la coronel emitió una risa escéptica— quizá esta vez no quieran tener nada que ver conmigo, y más adelante tampoco. Que, de hecho, quizá me concedan un día para marcharme antes de que me convierta en el objeto de una caza. Y un observador afronta esa perspectiva cada vez que efectúa un arcano, tanto a distancia como en directo. Tenemos que acostumbrarnos a ello. Ni siquiera es necesario que te hayan conocido; se sabe de aspirantes a observadores que se habían preparado durante décadas, que habían formado parte de septas de observadores respetadas que se remontan milenios, y que cuando estaban a punto de emprender su primer arcano les dijeron que no se molestaran, que no se acercaran jamás. Es un pequeño milagro que la hayan aceptado a usted así. Y no olvide que la única razón de que no le planten cara continuamente como si fuera una intrusa es porque saben que Y'sul responde por usted.

- Me está diciendo que tenemos que aguantar a ese bufón.

- Así es. Sé que es difícil de creer, pero es uno de los mejores.

- Que el núcleo nos ayude. ¿Por qué perder el tiempo? Solicitaré una condecoración póstuma de inmediato.

El Gremio Voluntario de Mentores Guardianes se había creado para ocuparse de los visitantes moradores procedentes de otras bandas del mismo planeta, o, en contadas ocasiones, de otro gigante gaseoso, que normalmente se encontraba en el mismo sistema estelar. Los moradores también se desplazaban entre sistemas estelares, casi siempre solos, pero esto no ocurría con frecuencia, y normalmente significaba que el individuo en cuestión había sido expulsado de su gigante gaseoso natal por algún crimen especialmente atroz, o un imperdonable defecto de su carácter.

En líneas generales, los moradores no se adentraban en masa en el espacio profundo desde la segunda era de la Diáspora, cuando la galaxia tenía la mitad de años que ahora. En general, se estimaba que la falta de práctica de siete billones de años probablemente explicaba los espantosos estándares de diseño y construcción de las astronaves de los moradores, aunque Fassin no estaba convencido de que en este punto no se confundieran la causa y el efecto.

Estaba previsto que partieran hacia la zona de guerra al día siguiente. Habían pasado el intervalo subsiguiente a la frustrante audiencia con la administradora municipal eludiendo a los periodistas moradores y sus dispositivos teledirigidos de

información, mientras procuraban averiguar cuanto podían de los acontecimientos sucedidos en el sistema más amplio. Al final hubieron de comprometerse y realizar un intercambio. Un periodista obtuvo una entrevista muy protegida pero exclusiva con Fassin (muy protegida, sin duda: la coronel Hatherence no dejó de toser sonoramente cada vez que se aproximaban a un tema siquiera remotamente relacionado con su misión) a cambio de noticias del exterior.

La luna Tercera Furia estaba devastada, y cuantos se encontraban en la superficie de la misma o bajo ella estaban muertos. No había noticias de que hubiera sobrevivido una lanzadera, aunque, del mismo modo, tampoco de que se hubiera descubierto una nave semejante siniestrada. Pero claro, si había caído en las profundidades... Numerosos satélites estaban destruidos o dañados. Al parecer, los que pertenecían a los rápidos (es decir, a los mercatoria) habían desaparecido o estaban fuera de circulación. Algunas naves de guerra pertenecientes a la especie local actual de rápidos habían investigado durante algún tiempo los escombros de la luna Tercera Furia. Al parecer, la luna ´glantina estaba más o menos como siempre. El tráfico de naves en el sistema estelar parecía ligero desde hacía varios días, pero no era anómalo. Se había transmitido una señal a la luna ´glantina en nombre de la coronel Hatherence de la Ocula, con la autoridad del mentor guardián Y'sul de Hauskip. Todavía no se había obtenido respuesta. La estación transmisora responsable no había sufrido ningún incidente desafortunado con posterioridad a la transmisión.

Según el periodista, podían haber averiguado todas esas cosas por sí mismos, con el tiempo. El truco estaba en saber dónde mirar. Al parecer, el periodista estaba ofendido porque el trato había sido ventajoso para ellos, ya que cuanto les había contado era verídico al menos en un noventa por ciento, específicamente para evitar que se disgustaran. Sabía que los alienígenas eran peculiares en ese sentido.

—¿Qué dijo tu amigo, exactamente?

—Dijo que querían que pusiera «a prueba de gas un montón de cosas para...». Estoy bastante seguro de que fueron sus palabras exactas. Entonces me pareció que se percataba de que estaba hablando demasiado, de que estaba desvelando demasiado, y cambió de tema. Debido a ese... titubeo, ese repentino cambio de tema, la expresión anterior es especialmente importante. Se dio cuenta de que hablaba con alguien que pasaba buena parte de su vida en Nasqueron y que quizá percibiera de otro modo las connotaciones de sus palabras.

—¿En qué idioma lo dijo?

—En G Claro humanizado, muy similar a este. En líneas generales, los significados son idénticos, solo se altera la pronunciación para adecuarse a la voz humana.

—¿No había ninguna palabra inglesa?

—No.

—¿De modo que dijo «a prueba de gas», no «a prueba de aire» ni «aerodinámica»?

—Por lo que sé, no se dice «a prueba de aire». La expresión habitual es «aerodinámica». Pero él se decantó sin pensar por la expresión «a prueba de gas», porque técnicamente era más correcta, porque tiene un significado más preciso. En este contexto, significa modificar una nave habilitada para el vacío, de modo que también pueda operar en una atmósfera como la de Nasqueron.

—¿Y crees que eso significa que nos amenaza una invasión inminente, o una incursión destructiva a gran escala?

—Creo que una especie de incursión es una posibilidad manifiesta.

—Parece un hilo muy fino para colgar un miedo tan pesado.

—Lo sé. Pero, por favor, entiende que la empresa de este tipo construye y modifica tres cuartos de la armada del sistema. La expresión «a prueba de gas» es bastante específica, y es importante que diera ese repentino cambio de rumbo cuando se percató de que hablaba con alguien que quizá sintiera apego emocional o sentimental por Nasqueron, y simpatía por los moradores. Conozco a ese hombre, lo conozco desde niño. Sé cómo piensa.

—No obstante, la invasión de un gigante gaseoso sería un hecho de gran trascendencia. Los mercatoria no han hecho nada semejante en siete mil años.

—La situación a nivel local es desesperada para ellos. Están amenazados de invasión en el espacio de un año estándar, no de los vuestros. Los refuerzos llegarán otro año estándar más tarde, como pronto. De hecho, puede que la invasión ya haya empezado. Puede que los ataques sobre Tercera Furia y otros bienes de los mercatoria en torno a Nasq. formen parte de ella.

—¿Y de qué les sirve invadirnos?

—Creen que aquí puede haber algo que marque una diferencia. Cierta información. Por eso estoy aquí, para buscarla. Pero si creen que he muerto, o que es improbable que tenga éxito, puede que los mercatoria intervengan directamente. Además, es posible que los invasores que tanto preocupan a los mercatoria piensen lo mismo, y ellos tienen menos razones todavía para vacilar. Me da la impresión de que la futura continuidad de los estudios de los moradores es bastante intrascendente en su escala de prioridades.

—Fassin, ¿qué clase de información puede avalar semejante curso de acción?

—Información importante.

—¿Puedes ser más específico?

—Información muy importante.

—No quieres decírmelo.

—Ni quiero ni puedo. Es mejor que no lo sepas.

—Eso es lo que tú dices.

—Si creyera que contarte los detalles serviría para convencerte, lo haría —mintió Fassin.

Hablaba con un morador llamado Setstyin. Setstyin gustaba de llamarse «traficante de influencias», un término humilde para alguien cuyos contactos se extendían tanto como los suyos. La sociedad de los moradores era notablemente horizontal en términos de jerarquía social (horizontal como la superficie de una estrella de neutrones, comparada con la acusada verticalidad de la monstruosidad barroca de los mercatoria) pero en tanto existían clases altas y bajas, el suhrl Setstyin estaba en contacto con ambas.

Ejercía de anfitrión para la buena sociedad y trabajador social a media jornada, visitaba hospitales y se relacionaba con los poderosos y los bienhechores en tanto podía decirse que estos existieran, en términos de los moradores; era una criatura sociable y afable, que se interesaba de un modo intenso y verdadero por los demás, incluso más que por el prestigio, de modo que era un caso inusitado, hasta chocante, casi perverso. En términos humanos, se encontraba en la encrucijada entre hazmerreír y celebridad. Su extravagancia radicaba en esa extraña falta de interés por lo único que importaba en realidad, de acuerdo con la opinión popular: el prestigio, mientras que su celebridad manaba de la misma fuente, pues el hecho de que no le importara el prestigio, de que no le obsesionara, de que no anduviera a su caza por todas partes, de que no midiese constantemente su popularidad con la de los demás, era en sí bastante notorio. Siempre y cuando no hubiese el menor asomo de sospecha de que jugaba a un extraño doble juego y ambicionaba deliberadamente el prestigio mientras fingía no hacerlo, siempre y cuando su falta de interés se contemplara como la despreocupación sincera de una especie de sabio idealista, Setstyin era rico en prestigio, aunque de un modo peculiar, imposible de envidiar.

Slovius había sido el primero en explicarle a Fassin el funcionamiento del prestigio. Fassin creía que era semejante al dinero. Slovius le explicó que tampoco el dinero era como antaño, pero que, de todos modos, en ocasiones el prestigio era casi opuesto. Cuanto más se esforzaba uno por obtenerlo, menos valía.

Además, Setstyin era uno de los moradores más sensatos y equilibrados que Fassin hubiese conocido. Y cuando un simple humano le rogaba que se despertara, se apresurase y conversara con él por teléfono, respondía a su petición con un grado de respeto y seriedad del que pocos moradores harían gala.

Fassin le había explicado a Hatherence que necesitaba tiempo para que su cerebro y su cuerpo de humano durmieran, y para que su nave de flecha se reparase y se recargara. Se había retirado a la sala alargada como un radio que le habían asignado en casa de Y'sul. Se trataba de una galería oscura y polvorienta, en la que abundaban montones de ropa desechada, surcada de hileras de antiguos armarios, y alfombrada con cuadros caídos en desgracia y tapices arrugados. Además, había una cama de morador de doble hueco, y un acceso a través de la pared hasta un cuartucho con hileras de espuma de árbol, de modo que a grandes rasgos constituía un dormitorio, aunque en realidad Fassin, en su nave de gas, no necesitaba tal cosa.

Atrancó la puerta, detectó un panel extraíble en el techo por medio de los sentidos

sónicos de la pequeña nave de flecha, y atravesó el doble techo hasta la brisa y la relativa oscuridad de la noche.

Al igual que todas las ciudades de los moradores, Hauskip estaba situada en una franja de bonanza histórica del volumen atmosférico en que se encontraba, pero sometida al clima a pesar de todo, y experimentaba diferenciales de presión, tempestades, niebla, lluvia, nieve, vientos de costado, corrientes de aire ascendente y descendente, fuerza lateral y circunvoluciones, en función del estado del flujo de gas que la envolvía. Fassin, levemente azotado por el viento, semioculto por densos jirones de gas, que se deslizaban por la noche a la luz de las farolas, ascendió y salió hasta el resplandor de los tejados.

El tráfico aéreo era relativamente ligero (la mayoría de los desplazamientos se realizaban dentro de los husos y radios que conectaban los principales componentes de la ciudad), pero algunos moradores se dejaban llevar en la lejanía, y había suficientes embarcaciones pequeñas (de reparto, sobre todo) como para que Fassin abrigase la esperanza de pasar inadvertido.

Un relámpago distante restalló en el profundo abismo.

Fassin alcanzó un cable suspendido de guía de onda, de varios centímetros de grosor, y lo siguió hasta una plaza pública desierta que semejava un cuenco inmenso y vacío, circundada por luces mortecinas y tenues, para encontrar una cabina de pantalla pública.

Setstyin también se encontraba en la banda ecuatorial, aunque al otro lado del planeta, de modo que Fassin esperaba encontrarle despierto a esa hora, pero Setstyin estaba durmiendo los efectos de una fiesta especialmente buena que había ofrecido la noche anterior. Los moradores podían mantenerse despiertos durante decenas de sus días, pero cuando dormían lo hacían en una escala prodigiosa. Fassin imploró y suplicó al criado de Setstyin que lo despertara, e incluso después de que accediera hubo de esperar algún tiempo. Setstyin parecía aturdido, y hablaba con cierta ofuscación, pero al parecer su mente estaba plenamente despejada en algún lugar de su interior.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —preguntó Setstyin, rascándose los ribetes de las branquias con un brazo en forma de huso. Lucía un delicado cuello de noche en torno a la mitad de su eje que se consideraba el mínimo de cortesía para dirigirse por teléfono a alguien que no fuese un amigo íntimo o un pariente. Los moradores no eran muy cohibidos a la hora de mostrar la boca de su eje interior y sus órganos de placer, pero había un grado de decoro en esas cuestiones, especialmente cuando trataban con alienígenas—. ¿Qué debo decir, Fassin, con quién debo hablar?

Una ráfaga de viento obligó a la nave de flecha a matraquear sus aspas para sostenerse, mientras Fassin miraba a la pantalla de la cámara.

—Convence a cuantos puedas, preferiblemente en las altas esferas, y con discreción, de que en verdad existe una amenaza. Dales tiempo para decidir lo que harán si se produce una incursión. Puede que lo mejor sea tolerarla. No querréis

provocar una reacción hostil irreflexiva por parte de un rápido maníaco que arroje una bomba nuclear sobre un par de ciudades para daros una lección.

Setstyin parecía confuso.

—¿Cómo beneficiaría eso a nadie?

—Por favor, confía en mí, es el tipo de cosas que hacen las especies de rápidos.

—Entonces, quieres que hable con políticos y militares, ¿no?

—Sí. —Los políticos y militares de la sociedad de los moradores eran tan inexpertos y aficionados como los sastres dotados y los fervientes anfitriones como Setstyin (posiblemente un poco menos dedicados), pero Fassin se dijo que debía trabajar con lo que estuviera a su alcance.

Setstyin parecía pensativo.

—No se atreverán a invadirnos.

Fassin supuso que era cierto. Una invasión, en el sentido pleno de la palabra, era imposible. Las fuerzas de Ulubis eran irremediablemente insuficientes para ocupar un volumen tan grande como Nasqueron o cualquier otro gigante gaseoso, aunque lo habitara una especie que fuese pacífica de nacimiento, sumisa por naturaleza y se amedrentara con facilidad, en lugar de, digamos, los moradores. Si intentaban controlar el lugar con moradores en los alrededores, sería como mear en una estrella. El peligro era que si llevaban a cabo una incursión con objeto de asegurar un volumen determinado durante el tiempo necesario para encontrar la información que buscaban, los mercaderes obligarían a los moradores a reaccionar como si se tratara de una invasión a gran escala. Al parecer, parte de la psicología de los moradores radicaba en que puestos a reaccionar, lo mejor era exagerar, y a Fassin le horrorizaba lo que eso pudiera entrañar para ambos bandos.

—Explícales que sería una incursión extendida y una ocupación temporal, con patrullas agresivas, que puede tomarse por una invasión.

—¿Dónde? —preguntó Setstyin—. ¿O de veras vas a decirme que no tienes ni idea?

—Tengo entendido que vamos a buscar en la zona de la nueva guerra formal, o en sus inmediaciones.

Setstyin abatió sus brazos de huso, un gesto similar al de los humanos cuando ponen los ojos en blanco.

—Por supuesto, ¿dónde si no?

—Supongo que no hay la menor posibilidad de que la guerra se cancele o se posponga.

—Siempre hay una posibilidad, pero sin duda no dependerá de que un simple juguista como yo deposite una palabra siquiera en el oído más influyente. Piénsalo: puede que haya una posibilidad de que se produzca una verdadera acción hostil contra nosotros, un acto de agresión alienígena en los vientos del propio Nasqueron, ¿y sugieres que pospongamos una guerra formal? Lo más probable es que empecemos unas cuantas para demostrar lo sanguinarios que somos y ponernos un

poco en forma.

—Tenía que preguntar.

—¿Cuándo sales para la zona de guerra?

—Mañana por la mañana. Hora local de Hauskip.

—Mira por dónde. Tienes tiempo de sobra para llegar a la ceremonia de apertura de la guerra.

—Puede que tenga otras cosas en la cabeza.

—*Hmmm*. ¿Eres consciente de que si intercedo en las altas esferas puede que los partidos interesados te sigan y te vigilen?

—¿Quieres decir que eso no pasa normalmente? Pero sí, soy consciente de ello.

—En fin, te deseo lo mejor, Fassin Taak.

—Gracias.

Setstyin echó un vistazo a la pantalla-cámara, observando los alrededores de Fassin.

—¿Y'sul se ha quedado sin prestigio con las operadoras telefónicas?

—Tengo un mentor guardián adicional en la forma de una coronel oerilita de los mercatoria que quizá no entienda mi preocupación. Me he escabullido para llamarte.

—Qué solapado. Buena suerte en tu búsqueda, Fassin. Por favor, mantente en contacto.

—Si estás viendo esto, Sal, es que estoy muerta. Como es obvio, ignoro cuáles habrán sido las circunstancias de mi muerte. Me gustaría que fuera en combate, con valentía y honor. Supongo que no creo que veas esto porque la haya palmado en paz, mientras dormía, porque no me propongo que ocurra eso, por lo menos hasta que haya pasado algo que te atañe a ti. Morir en paz... la verdad es que espero que eso signifique que tú ya estás muerto.

»Lo que te atañe a ti también atañe un poco a Fass, aunque de otro modo. Nos atañe a ti, a mí, a Fass y a Ilen. La pobre Ilen, muerta. Ilen Deste, Sal. ¿La recuerdas? Puede que no. Ha pasado mucho tiempo para todos nosotros, por muchas razones extrañas que al fin y al cabo son la misma. Tú has tenido tus tratamientos, Fass su fase dilatoria, y yo soy un milagro de la ciencia, y he pasado demasiado periodos al borde de la velocidad de la luz. El paso del tiempo nunca nos ha pesado a ninguno, ¿verdad, Sal?

»Pero probablemente recuerdas a Ilen y lo que le sucedió, porque fue traumático para nosotros, ¿no es así? Una cosa tan dramática y horrible no se olvida fácilmente. ¿Cómo vas a olvidarla? Te produce pesadillas, y a veces también te sorprende durante el día. ¿No te has dado cuenta? A mí me pasa. En ocasiones se trata de algo muy obvio, como cuando ves en una pantalla a alguien suspendido en el vacío, aferrándose al borde del precipicio con la punta de los dedos, sobre todo si se trata de una mujer. Pero claro, en la pantalla normalmente las rescatan. No siempre, pero es lo normal.

Pero otras veces, sencillamente, lo que pasó... me asalta por sorpresa. Cuando estoy haciendo algo completamente normal, y no hay... sugerencias, ni... estímulos, no hay ninguna razón lógica que desate los recuerdos, de pronto estoy allí otra vez, en esa jodida nave, con Fass, con Ilen y contigo.

»¿A ti te pasa? A mí todavía me pasa, aunque hayan transcurrido tantos años. Pensaba que dejaría de ocurrir, ¿sabes? Demonios, aunque no hubiera robado tantos años cerca de c, pensaba, ya sabes, que debía consumirse y desaparecer. Mírame; según dicen, tengo sesenta y un años, en tiempo corporal. Me encuentro mejor que nunca, sigo acostándome con tipos a quienes triplico la edad, y... ¿te parece que aparento sesenta años? Espero que no. Pero tendría que haberlo superado a estas alturas, ¿no crees? El tiempo lo cura todo, y esas cosas. Pero no ha sido así.

»Entonces, ¿a ti te pasa algo parecido? ¿Esto te resulta familiar? De veras, me gustaría saberlo. Quizá lo descubramos algún día. Quizá tenga que preguntártelo y nunca veas esto, pero lo habremos descubierto juntos. Puede que otra persona llegue a verlo. No está pensado para nadie más, pero, en fin, esta es una ocupación de alto riesgo, y ¿quién sabe lo que ocurrirá después de hacerlo?

»Pase lo que pase, lo importante es que sé lo que ocurrió, y que me propongo matarte, Sal. O me proponía matarte. Como te he dicho, si estás viendo esto es que estoy muerta y tú sigues vivo. Pero quiero que sepas que eso no es todo. Tengo la seria intención de perseguirte desde la tumba, Sal, cariño. Sé que no será fácil, pero durante toda mi carrera me he labrado una posición de poder. Soy tan poderosa en la Armada que si chasqueo los dedos las naves de batalla se encienden, ponen rumbo y zarpan. Todo lo que he hecho (establecer conexiones, hacer amistades, descubrir aliados, conquistar amantes, presentarme a exámenes, correr riesgos) ha sido para obtener poder suficiente para desafiar a un hombre que ya debe ser dueño de casi todo el sistema. El colapso del portal me cogió desprevenida y retrasó mis planes durante mucho tiempo, pero calculo que seguirás vivo y disfrutando de la existencia cuando al fin vuelva a casa, o empiece a suceder lo que he planeado que ocurra si muero.

»Como es obvio, no puedo desvelarte demasiado. No tengo razones para advertirte. Y ya lo tienes todo de tu parte, ¿verdad? Bueno, excepto quizá la sorpresa. ¿Ya estás sorprendido? ¿Si estás escuchando esto, si lo estás viendo? ¿Te preguntas qué va a suceder? Pues hazlo. Hazlo, Sal, y no dejes de hacerlo, no dejes de temer, porque puede que el miedo te mantenga vivo un poco más. No demasiado. No demasiado, sin duda, pero lo suficiente.

»Supongo que ya es bastante, ¿no te parece? Seguro que es la conversación más larga que hemos mantenido, incluso cuando estábamos juntos, hace tanto tiempo, ¿no crees? Quizá sea más de lo que nos hemos dicho en conjunto. Bueno, casi.

»Permite que te lo explique, por si acaso no lo entiendes: vi las marcas, Sal. Vi las tres líneas rojas en tu garganta, antes de que te subieras el cuello de la chaqueta. ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas que fingiste que temblabas y dijiste: «C-cuello», o algo así?

¿Te acuerdas? No fue más que uno de esos detallitos falsos en los que no reparas en el acto, debido al miedo y la adrenalina, que no empiezan a inquietarte hasta mucho más tarde. Después no te bajaste el cuello, ¿verdad? Llevaste la chaqueta como una especie de mantita, hasta que llegaste a un lavabo y encontraste un botiquín de primeros auxilios, ¿verdad? Lo recuerdo. Y cuando intentaba llegar hasta Ilen, le vi las uñas. Con sangre debajo. Las vi claramente. Fass no; no tienes ni idea, ni siquiera hoy. Pero yo las vi. No estaba completamente segura de las marcas de tu cuello, pero me aseguré. ¿Recuerdas el polvo de despedida que echamos un par de semanas después? Pues lo estaba comprobando. Entonces eran muy débiles, claro, pero ahí estaban.

»Siempre la quisiste, ¿verdad, Sal? Siempre deseaste a la hermosa Ilen. ¿Pensabas que porque entraba contigo en la nave accedía? ¿Fue así? ¿Acaso accedió, y luego cambió de idea? Supongo que la verdad es que no importa. Yo vi lo que vi.

»¿Sabes lo más gracioso? Que yo estuve con ella, aunque tú no lo hicieras. Ilen y yo. Solo fue una vez, pero esa es otra cosa que nunca olvidaré. A ti también te habría encantado, ¿verdad? Apuesto que sí. También me acosté con Fass después, para completar la serie. Fue mucho mejor que contigo, por cierto.

La figura de uniforme se inclinó, acercándose a la cámara, y clavó la mirada en ella, mientras su voz se tornaba pausada y grave.

—Voy a por ti, Sal. Si ves esto es que no lo conseguí, por lo menos en persona, pero aunque sea desde la tumba, voy a por ti, cabrón.

La imagen se congeló y a continuación se desvaneció. Una mano aquejada por un ligero temblor se alargó y apagó el visor.

4

Sucesos en tiempo de guerra

Era bien sabido que no existía solamente una galaxia, sino muchas. En general, cada variedad de vida sensitiva muy extendida, así como ciertas categorías de criaturas que quizá no fueran sensitivas, pero eran capaces de efectuar desplazamientos interestelares, y en ocasiones, incluso, cada tipo de especie individual, tenía su propia galaxia. Los pasajeros (una transcategoría que abarcaba a todos los seres que poseían los medios y la inclinación para aventurarse más allá de sus hábitats originales inmediatos) se asemejaban a los habitantes de una ciudad inmensa y tridimensional, pero despoblada, con sistemas de transporte multitudinarios y variados. La mayoría se conformaba con caminar, y progresaba con lentitud a través de infinidad de calles desiertas, silenciosas y, en la práctica, separadas, parques apacibles, parcelas desocupadas, solares escombrados, así como toda una red de senderos, aceras, recovecos, peldaños, escaleras, callejas y callejones que no figuraban en mapa alguno. Casi nunca se topaban con nadie, y cuando llegaban a su destino, este era muy semejante a su lugar de origen, ya fuera la protoesfera de una estrella, la superficie de una enana marrón, la atmósfera de un gigante gaseoso, una nube de cometa o una región de espacio interestelar. En general, estas especies se llamaban los lentos.

Los rápidos eran distintos. La mayoría procedía de planetas rocosos de una u otra clase, vivían a mayor velocidad y no se conformaban con arrastrarse constantemente de un sitio a otro. Consideraban que ya era bastante malo el hecho de haberse visto obligados a hacerlo antes de que se estableciera una red de conductos viable. Los portales de acceso a los conductos eran los puntos de encuentro del sistema de conductos (las estaciones de metro de la ciudad), donde individuos de diversos tipos de especies se veían obligados a encontrarse y, hasta cierto punto, a relacionarse, aunque dado el breve periodo de tiempo que pasaban en la proximidad de un portal, o dentro de un conducto, ni siquiera este vínculo, aparentemente profundo, marcaba una gran diferencia en la perentoria falta de conexión entre los diversos segmentos de vida, y, tanto antes de encontrarse como después de dispersarse, los usuarios del sistema solían congregarse a pesar a todo en puntos específicos conforme a sus criterios de comodidad, que normalmente eran bien distintos a los de los demás.

Mucha gente consideraba a los centurios como el equivalente de los animales: pájaros, perros, gatos, ratas y bacterias. También vivían en la ciudad, pero no eran responsables de ella, ni respondían completamente ante ella, y a menudo se oponían, en mayor o menor medida, a su correcto funcionamiento.

Percatarse de la existencia del resto (los penumbrosos no bariónicos, los 13 D dimensionados y los quantarchs que moraban en el flujo) era como descubrir que el suelo, la sustancia de los edificios de la ciudad y sus cimientos, así como el mismo aire, albergaban otra forma de vida completamente distinta.

Los mercatoria, que componían buena parte de la actual cosecha de respiradores de oxígeno de la galaxia, aunque no toda, habitaban su propia galaxia, al igual que las restantes categorías de vida, y todas esas galaxias distintas coexistían, se

interpenetraban, se rodeaban, aunque apenas se afectasen, excepto a veces por medio de una red de conductos de inestimable valor, pero que podían destruirse con suma facilidad.

¿Nosotros? Nosotros éramos como fantasmas en el cableado.

Los niños esclavos se arrastraban por las gigantescas paletas de una hélice principal del dreadnought, provistos de equipo de soldadura, petates de tejido de carbono y pesados disparadores de cola. Los motores y la propulsión principal del navío emitían un zumbido vibrante que atravesaba el chal de niebla marrón ondulante, llenando la estela de gas y la estructura de la enorme nave con armónicos que aumentaban, se alzaban y se apagaban como una fabulosa sinfonía interminable de sonido industrial.

Fassin y la coronel observaban desde un armazón abierto que daba al cerco de gigantescos motores, mientras los dos equipos de niños moradores se arrastraban por las enormes paletas hasta sus extremos combados y batientes.

Una sección de raíz de nube escarchada se había estrellado contra la hélice de estribor. La raíz se había desplomado desde las nubes; probablemente se tratase de una nube escarchada flotante y moribunda en descomposición, a decenas de kilómetros de altura sobre ellos. Las nubes escarchadas eran plantas enormes y espumosas que llegaban a medir diez kilómetros de anchura y cinco o seis veces más de altura. Al igual que toda la flora de los gigantes gaseosos, se componían sobre todo de gas: probablemente, un morador con prisa pudiese atravesar el dosel de una de ellas, sin percatarse apenas de que no se encontraba en el interior de una nube ordinaria, sino de una planta. Para los humanos, semejaban una combinación monstruosa de una seta elongada y una medusa del tamaño de una nube de tormenta. Formaban parte de una cepa ubicua, que se encontraba en todos los gigantes gaseosos habitados por moradores, y cosechaban la condensación del agua de sus atmósferas empleando sus raíces colgantes, gruesas y relativamente sólidas, para explotar la diferencia de temperatura entre las diversas capas atmosféricas.

Cuando se aproximaba el final de su vida, ascendían flotando hasta las frías cimas de las nubes y las capas más altas de bruma, y entonces se desprendían fragmentos de ellas. El dreadnought tenía escudos de hélice para impedir que los objetos flotantes, descendentes o ascendentes interfiriesen con sus principales unidades de propulsión, pero la sección de raíz se había deslizado entre el escudo y la propia hélice, causando breves estragos antes de que las aspas de treinta metros de longitud la engulleran y expulsaran. Ahora los niños esclavos habían de trepar por las paletas, desde los ejes hasta los bordes, para hacer reparaciones. Con su forma de ala delta desgarrada y sus tentáculos endebles y delicados, tenían que asirse a las paletas que no cesaban de girar mientras sostenían los diversos materiales de reparación, de modo que su tarea se complicaba. Los oficiales moradores que tripulaban los esquifes motorizados que navegaban en las proximidades les rugían órdenes, amenazas e imprecaciones.

—Podían parar la jodida hélice —le gritó la coronel a Fassin. El almacén abierto al que se aferraban se hallaba a cuatro quintos de distancia del morro bulboso de la gigantesca nave, una forma elipsoide de poco más de dos kilómetros de eslora y cuatrocientos de manga. Los veinticuatro formidables conjuntos de motores del dreadnought descollaban cerca de su retaguardia en un contorno fenomenal de torres de conducción, alambres, escudos de hélice de forma tubular y vainas de motores semiesféricas. El viento aullaba en torno al traje ambiental de Hatherence y la pequeña nave de flecha de Fassin.

—¡Parece que eso les retrasaría demasiado! —le respondió a voces Fassin.

El capitán del dreadnought había limitado el conjunto de motores de estribor a un cuarto de su energía para que los niños esclavos tuvieran más posibilidades de completar las reparaciones sin sufrir demasiadas bajas. Los gigantescos timones de la nave, instalados en el ensamblaje del plano de cola octogonal inmediatamente posterior a los motores, estaban apropiadamente desplegados para compensar la sesgada distribución del empuje resultante.

Fassin vislumbró un crucero escolta a través de un efímero claro en las nubes, a varios kilómetros de distancia. Otros dreadnoughts, con pantallas acompañantes de naves menores, se extendían en derredor, en un frente de cien kilómetros de longitud y treinta de profundidad. Un niño esclavo próximo al borde de un aspa perdió asidero y fue arrastrado con un chillido lejano para estrellarse contra el extremo inferior del escudo de hélice externo. El grito se interrumpió, y el cuerpo rígido se vio atrapado en la corriente combinada del escudo, que lo arrojó de regreso, evitando apenas colisionar con el ensamblaje de cola. Desapareció tras una inmensa aleta vertical. Cuando se presentó de nuevo ante su vista, empezaba a descender, trazando espirales lentas en la envolvente bruma nublosa. Los moradores que tripulaban los esquifes no le dedicaron una segunda mirada. Docenas de niños esclavos restantes siguieron avanzando a duras penas por las ingentes paletas.

Fassin miró a la coronel.

—¡Ups! —dijo.

Los llevaban a la zona de guerra.

Tomaron un vagón (a decir verdad, dos, pues precisaron un segundo para transportar el equipaje y la ropa extra de Y'sul, así como a Sholish) desde la casa de Y'sul hasta la estación central. Desde allí se unieron a un tren de largo recorrido, de unos noventa vagones, que se dirigía a la frontera de la Zona Cero (la zona ecuatorial) con la Banda A, a veinte mil kilómetros de distancia. Y'sul pasó buena parte del viaje lamentándose por su resaca.

—¿Dicen ustedes que existen en su forma actual desde hace diez billones de años, y todavía no han desarrollado una cura decente para la resaca? —le preguntó Hatherence, incrédula.

Estaban flotando en un vagón restaurante, esperando a que el cocinero averiguase

la composición química exacta de la comida oerilita.

Y´sul, con voz apagada, que brotaba de un mono translúcido que representaba el equivalente de los moradores a las gafas de sol, respondió:

—El sufrimiento se considera parte del proceso, así como la mención de dicho sufrimiento. Y podría añadir que la compasión que uno recibe de sus acompañantes.

La coronel parecía escéptica.

—Creía que ustedes no sentían dolor.

—El simple dolor físico, no. El nuestro es el dolor psíquico que resulta de descubrir que en realidad el mundo no es tan maravilloso como nos parecía la noche anterior, y que quizá nos hayamos puesto en ridículo. Esas cosas. Supongo que una pequeña moradora no lo entiende.

Se apearon del tren en Nuersotse, una ciudad esfera que surcaba a media altura los festones mellados e hirvientes de los límites septentrionales del cinturón ecuatorial. Nuersotse medía apenas treinta kilómetros de diámetro, tenía una densidad relativa para el estándar de las ciudades de los moradores, y se había erigido para la fortaleza y facilidad de maniobra. Las caravanas de transporte de alta velocidad partían más o menos cada hora, cuando se aproximaba una rueda fronteriza de banda.

Franquearon la Frontera de la Banda entre Nuersotse y Guephuthe en la Rueda Uno, una magnífica estructura articulada de dos mil kilómetros de longitud que rotaba en la linde de dos bandas atmosféricas de gigante gaseoso, descollando un kiloklick en ambas, cuya enorme masa arrastraban las corrientes contrarrotatorias de gas que la circundaban. Las ruedas fronterizas de banda eran las mayores estructuras móviles que poseían la mayoría de los gigantes gaseosos, excluyendo las redes de túneles nubilosos que rodeaban los globos. Solo se desplazaban en la medida insignificante en que los recorrían como exhalaciones, a cientos de clicks por hora, como el resto de las cosas de una banda planetaria. Para los moradores, eso era estacionario.

Las ruedas fronterizas de banda circulaban de verdad, transfiriendo pasajeros y materiales de una banda a otra con mínima turbulencia y relativa seguridad, y la ventaja añadida de que generaban prodigiosas cantidades de electricidad con sus árboles motores en forma de huso, que sobresalían de los ejes superiores e inferiores como vastos hemisferios, cuyos bordes estaban horadados por receptores de microondas de cientos de metros de longitud, conformados para precipitarse a velocidades vertiginosas y abrumadoras, irradiando energía hasta un perímetro colector externo de receptores estacionarios de pareja enormidad, que a continuación bombeaban la energía hasta unos voluminosos portadores de acumuladores acoplados.

A su llegada, la rueda y la ciudad estaban atrapadas en las lindes de una pequeña tormenta que surcaba la frontera, aunque se estaban apartando con la mayor celeridad. Todo cuanto los rodeaba, desde el propio planeta hasta los dientes de Fassin, parecía vibrar mientras la nave de transbordo, curtida por las turbulencias, se

apuraba en conducirlos en cápsulas desde la estación del túnel nubiloso hasta la rueda, entre el forcejeo de los motores, el aullido del viento, el pedrisco de amoníaco, el destello de los relámpagos y los campos magnéticos, que arrancaban zumbidos, efervescencia y chispas del equipaje y los avíos de Y'sul.

Zarandeados en la gigantesca centrifugadora de la rueda, aplastados contra su perímetro interno, el tiempo transcurrido en el interior se les antojó tranquilo en comparación, a pesar de las brutales sacudidas y fluctuaciones que sufrieron al atravesar el semblante tormentoso de la frontera entre la zona y el cinturón.

La tormenta se había abatido sobre Guephuthe con mayor rigor que sobre Nuersotse. El anillo ecuatorial externo de la ciudad circulaba a gran velocidad, y de los suburbios de la periferia y los distritos peor atendidos se desprendían secciones que se cuarteaban en la amalgama de metralla arrojada. La nave de transbordo se vio obligada a sacudirse y serpentear para eludir los escombros, y llevarlos sin dilación hasta un área de clasificación de vagones más allá de los límites de la ciudad, semejante a un despliegue de filamentos de cables que ondeasen lentamente en el vendaval, como una enorme anémona.

A continuación, emprendieron otro viaje de varios kiloklicks por el túnel nubiloso, atravesando la inmensidad del Cinturón A y el Trópico Septentrional, hicieron otro transbordo de rueda, en esta ocasión más apacible, hasta la Zona 2, hasta que al fin cruzaron la línea intermedia de la zona, y empezaron a toparse con más tráfico militar que civil: vagones y trenes cargados de pasajeros, provisiones y material bélico con destino a la confrontación.

En Tolimundarni, en la linde de la franja de guerra propiamente dicha, los expulsó del tren la policía militar, que no se dejó engañar por los argumentos de Y'sul, indignado de antemano, que les aseguró que había emprendido una expedición (no, ¡una búsqueda!) de suma importancia y carácter oficial evidente y extremado, con estos (sí, estos dos) honorables invitados alienígenas, famosos y bien conectados, cuya reputación intachable, desmedida, intrínseca y pansistémica trascendía la diversidad de las especies, una búsqueda tocante a un asunto de la mayor importancia, cuyos detalles exactos no estaba autorizado a divulgar, ni siquiera frente a miembros de las fuerzas armadas de importancia y discreción tan evidentes como ellos mismos, que no obstante comprenderían sin duda la relevancia de su misión, y, por lo tanto, su derecho incuestionable a obtener un salvoconducto incondicional, en razón de su buen gusto y su delicada estima por la justicia natural, sin dejarse influir en modo alguno por el hecho de que su cooperación reportase una recompensa en una medida casi increíble de prestigio subsiguiente...

Se quedaron flotando en la confluencia del túnel, observando la comitiva de vagones que emprendían la marcha. Sholish se apuraba en el espacio lleno de ecos, recogiendo el equipaje flotante que acababan de arrojar.

Fassin y Hatherence miraron a Y'sul con el ceño fruncido.

Este, cuando terminó de sacudirse el polvo y de alisar sus ropajes, se enfrentó a su

mirada agregada y anunció a la defensiva:

—¡Tengo un primo!

El primo en cuestión era un oficial de ingeniería a bordo del *Turbulencia*, un dreadnought dotado con treinta torretas que formaba parte de la Flota de Rotadores de Cinturón del 487 «Trueno fulminante». Bindiche, el primo, le profesaba un antiguo encono familiar, y, naturalmente, había aceptado encantado una gran cantidad de prestigio de Y'sul (internamente mortificado, aunque por fuera se mantuviera imperturbable y resuelto) a cambio de hacerle el enorme favor (inolvidable, sin duda), de responder por él y sus acompañantes alienígenas ante su capitán, asegurándoles de este modo salvoconducto hasta la zona de guerra, pero solo al término de un expeditivo vuelo suborbital a bordo de una cápsula lunar que nominalmente se destinaba en exclusiva al transporte de mercancías desde el Alto Tolimundarni hasta Lopscombe (que también había cubierto el primo Bindiche, engendro vil de un tío odiado, con sus conexiones militares, interminables y provechosas, que amasaba el prestigio del angustiado Y'sul como los poderosos capacitores del *Turbulencia* acumulaban carga), deslizándose velozmente por las cimas de las nubes y adentrándose brevemente en el espacio (aunque carecían de ventanas, ni siquiera tenían una pantalla para observarlo), mientras escuchaban las protestas de Y'sul, que se lamentaba por la asombrosa similitud entre los efectos secundarios de la resaca y los de la violenta acumulación en el tubo de vibración magnética, y por verse obligado a abandonar casi todo su equipaje, incluyendo los regalos para la zona de guerra que le habían hecho sus amigos, así como la mayor parte del nuevo atuendo de combate que había encargado.

La estela ululaba en torno al observador y la coronel, mientras observaban a los niños esclavos que se afanaban en las reparaciones. Congregados en los extremos de las paletas de las gigantescas hélices, Fassin pensó que los jóvenes moradores semejaban una bandada de moscas de especial tenacidad, aferrándose a un ventilador de techo.

La existencia de los niños moradores era generalmente bestial, y carecía por completo de amor. Los humanos encontraban dificultoso soslayar la sensación de que los moradores adultos no eran más que maltratadores congénitos en serie, y que debían rescatar a los chiquillos de la relativa brutalidad de su existencia.

Bajo la mirada de Fassin, otro niño salió despedido de una enorme paleta, emitiendo un chillido agudo y angustiado. Este último infeliz eludió los escudos de hélice, pero en cambio se estrelló contra un cable de alta tensión suspendido que casi lo seccionó por la mitad. Un morador que pilotaba un esquife se zambulló de nuevo en la estela, debatiéndose con su nave, para ponerse a la altura de su cuerpo diminuto y destrozado. Se apoderó de su equipo de soldadura y se deshizo del cadáver, que desapareció en la niebla, hundiéndose como una hoja arrancada.

Los moradores admitían sin reparos que no les importaban sus hijos. Para ser francos, no les complacía especialmente convertirse en mujeres y concebir; solo lo

hacían porque se esperaba de ellos, les reportaba prestigio y en cierto modo representaba el cumplimiento de un deber. La idea de esforzarse más y seguir ocupándose de los críos les parecía sencillamente risible. Después de todo, ellos habían soportado que los echaran de casa, y se habían visto obligados a vagar a la intemperie en su juventud, exponiéndose a las partidas de caza, las pandillas de adolescentes y los cazadores solitarios expertos, de modo que, ¿por qué no había de hacerlo la siguiente generación? Los cabroncetes podían vivir billones de años. ¿Qué importancia tenía un siglo de selección natural?

La mayoría de los moradores juzgaría que los niños esclavos que empleaban para efectuar las reparaciones de la hélice dañada del *Turbulencia* eran afortunados en extremo. Quizá fueran encarcelados, y obligados a desempeñar labores desagradables, peligrosas o ambas cosas, pero al menos gozaban de una seguridad relativa, pues no los cazaban y los alimentaban debidamente.

Fassin los miraba preguntándose cuántos sobrevivirían para convertirse en adultos. Al cabo de billones de años, ¿alguna de aquellas formas de ala delta, enjutas y temblorosas, acabaría siendo un sabio, absolutamente anciano e inmensamente respetado? Lo extraño, por supuesto, era que si de algún modo pudieran asegurarles a ellos que así sería, no lo creerían. Los niños moradores se negaban a creer, siquiera por un momento, siquiera como hipótesis de trabajo, siquiera en beneficio del debate, que crecerían para convertirse en una de aquellas horribles criaturas de doble disco, enormes y sanguinarias, que los cazaban, mataban y capturaban para que hiciesen trabajos terribles a bordo de sus grandes naves.

- ¿Observador Taak?

- ¿Sí, coronel?

De modo que reanudaban la comunicación cerrada, empleando luz polarizada para que su conversación fuera lo más privada posible. La coronel había sugerido que subieran. Fassin se había preguntado si querría mantener una charla privada. Supuso que la conversación ordinaria habría sido problemática, teniendo en cuenta la estridencia de la estela que envolvía el armazón, así como el estruendo ensordecedor que procedía del coro de motores situado exactamente a sus espaldas.

- Hace tiempo que quería preguntarle.

- ¿Qué?

- El objeto que debemos buscar. No hace falta que mencione los detalles, aunque sea así, con señales susurradas...

- Continúe, coronel. Señora, añadió.

- ¿Cree lo que nos contó en aquella reunión en Tercera Furia?, preguntó Hatherence. - En la que solo estábamos presentes Ganscerel, Yurnvic, usted y yo: ¿es posible que todo lo que nos refirió entonces sea cierto?

La Larga Travesía, el fabuloso conducto intergaláctico, la lista.

- ¿Importa eso?, preguntó Fassin.

- Lo que creamos siempre importa.

Fassin sonrió.

- Déjeme hacerle una pregunta. ¿Me permite?
- Muy bien, a condición de que volvamos a la mía.
- ¿Cree usted en la «verdad»?
- ¿Con mayúsculas?
- Entre comillas.
- ¡Pues claro!

La verdad era el jactancioso apelativo de la religión, la fe que sustentaba la Jurisdicción, los cesoria, y en cierto modo los mismos mercatoria. Se basaba en la creencia de que lo que se figuraba la vida real era de hecho (conforme a determinadas certezas estadísticas, piadosamente invocadas) una simulación gobernada por un prodigioso sustrato computerizado en una realidad trascendente, mayor y más incluyente. La mayoría de las personas y civilizaciones se habían planteado dicha idea de un modo u otro, con la interesante excepción de los moradores (o eso afirmaban ellos), lo que constituía, para algunos, otro argumento en contra de que fuesen una civilización. No obstante, antes o después, todos (bueno, virtualmente todos, como es obvio) llegaban a la conclusión de que no merecía la pena preocuparse por una diferencia que no marcaba diferencia alguna, y que bien podían seguir adelante con sus vidas, o la apariencia de estas.

La verdad iba un estadio más lejos, sosteniendo que era posible que esta fuera una diferencia significativa. Era necesario que la gente creyera sinceramente en su corazón, su alma y su mente, que en verdad se hallaba en una inmensa simulación. Debía reflexionar sobre ello, tenerlo siempre presente y congregarse en ocasiones para expresar dicha creencia con la debida ceremonia y solemnidad. Y debía asimismo evangelizar y convertir a esa perspectiva a tantos como pudiera, porque (y de eso se trataba) cuando un número suficiente de individuos reconociese que se encontraba en el interior de una simulación, esta perdería su valor para quienes la habían establecido, y todo se vendría abajo.

Si formaban parte de un inmenso experimento, el hecho de que los sujetos del mismo descubrieran la verdad entrañaría que resultase nulo. Por otro lado, si eran una especie de juguete, el hecho de adivinarlo implicaría que obtuviesen un reconocimiento, quizá incluso una recompensa. Si les estaban examinando de algún modo, entonces aprobarían dicho examen, obtendrían un resultado positivo, lo que posiblemente mereciese asimismo una recompensa. Si les habían sometido a un castigo por alguna transgresión en el mundo mayor, entonces constituiría una causa de rehabilitación.

Era imposible saber qué proporción de la población simulada era necesaria para interrumpir el curso de las cosas (quizá el cincuenta por ciento, quizá menos, o mucho más), pero siempre y cuando el número de iluminados siguiera aumentando, el universo se acercaría constantemente a esa epifanía, y la revelación podría producirse en cualquier momento.

La verdad aseguraba con cierta medida de justificación que era la religión definitiva, la fe final, la última de todas las iglesias. Era la que abarcaba a todas las demás, las contextualizaba, podía dar cuenta de ellas y abrazarlas. En última instancia, todas podían descartarse como meros fenómenos emergentes de la propia simulación. En cierto modo, la verdad también, pero, al contrario que ellas, cuando ese denominador común se eliminaba de la ecuación todavía tenía argumentos.

También podía reivindicar una medida de universalidad del que carecían las demás. Las demás religiones mayoritarias eran específicas de su especie de origen, se remontaban hasta una sola especie (con frecuencia, hasta un subgrupo de dicha especie), o eran amalgamas desarrolladas conscientemente, síntesis, o grupos de religiones similares de orígenes dispares.

La verdad no reivindicaba ningún milagro (o, por lo menos, milagros demostrados), no era obra de un solo profeta de suma importancia (había surgido, naturalmente, en numerosas ocasiones, en civilizaciones múltiples y diferentes), y era la primera auténtica religión postcientífica que trascendía las civilizaciones; o, por lo menos, la primera que no se había impuesto a sujetos reacios por parte de una hegemonía conquistadora. Hasta se podía afirmar que no era una religión, para granjearse la simpatía de quienes no eran religiosos por naturaleza. Se podía considerar más bien una filosofía, incluso un postulado científico, respaldado por una probabilidad estadística de firmeza imperturbable.

Los mercatoria se habían limitado a adoptar este sistema de creencias, codificarlo debidamente y convertirlo, en la práctica, en la religión estatal de la última Era.

- ¿Usted no cree, Fassin? La coronel incorporó tristeza en su señal.

- Respeto el poderío intelectual del argumento.

- ¿Pero no piensa en ello todo el tiempo?

- No. Lo siento.

- No lo sienta. A todos nos resulta difícil, en ocasiones. Quizá podamos hablar más de este asunto.

- Me lo temía.

- Entonces, volviendo a mi pregunta.

- ¿Si creo todas esas cosas?

- Exacto.

Fassin miró en derredor, contemplando la nave y el grandioso ensamblaje de motores rugientes, paletas giratorias y estructuras de apoyo. La Larga Travesía: treinta millones de años entre galaxias.

- La idea de que un artefacto construido por los moradores pueda llevar a cabo un viaje tan extenso somete la credulidad a cierto grado de tensión, admitió.

- Se diría que la afirmación de que el viaje inicial se hizo con mucha más celeridad pertenece asimismo al ámbito de la fantasía.

Ah sí, el gran conducto intergaláctico, casi con certeza un mito.

- No deseo discutir con usted, coronel. Me inclino a pensar que es muy posible

que todo esto sea absurdo, pero el objeto específico que buscamos existe a pesar de todo.

- Se encuentra en una extraña compañía.

- Le repito que prefiero no debatir esa cuestión. Nos queda el hecho de que usted es coronel, yo soy una especie de comandante honorario, y las órdenes son las órdenes.

- La perseverancia con que se obedecen las órdenes puede verse afectada en la medida en que uno cree que se pueden cumplir con éxito.

- En ese punto estoy completamente de acuerdo con usted. ¿A dónde quiere llegar?

- Solo estaba calibrando, comandante.

- ¿Comprobando mi grado de compromiso? ¿Si estoy dispuesto a sacrificar mi vida por nuestro... objeto de deseo?

- Algo así.

- Sospecho que los dos somos escépticos, coronel. Yo más que usted, supongo. También creemos en el cumplimiento del deber. Usted más que yo, quizá. ¿Conforme?

- Satisfecha.

- Yo también.

- Esta mañana he recibido una comunicación de la Ocula.

- ¿De verdad?

¿Ibas a decírmelo desde el principio, o si hubiera sido todavía más escéptico respecto a la misión durante esta conversación no me habrías dicho nada? ¿O tu «calibración» significa que no me lo vas a contar todo a partir de ahora?

- Sí. Nuestras órdenes siguen siendo las mismas. Hubo diversos ataques en el sistema en general en el momento de producirse el asalto a la luna Tercera Furia. Desde entonces ha habido más ataques, pero menos intensos. El sistema de satélites de comunicación en torno a Nasqueron se está reparando con urgencia. Entre tanto, una flota de la Navarquía se está apostando sobre el planeta para ocupar el lugar de los satélites, proporcionarnos seguridad y refuerzos, y recogerlos al término de nuestra misión, o en caso de emergencia.

Fassin reflexionó un momento.

- ¿Alguna noticia de mi septa, la septa Bantrabal?

- Ninguna. Me confirmaron que todos los que se encontraban en la superficie de Tercera Furia y el interior de la misma están muertos. Lamento informarle de que también se cree que el maestro técnico Hervil Apsile ha muerto. La lanzadera no ha dado señales de vida, ni se ha podido establecer comunicación con ella. La Ocula me ha pedido que le transmita sus condolencias por los observadores y el personal de apoyo fallecido, a las que por supuesto añado las mías.

- Gracias.

La coronel ejecutó una suerte de reverencia rodante, o quizá fueran los efectos de

los remolinos y la conmoción de la estela que arreciaba en torno a ellos.

Los niños esclavos no habían sufrido más bajas. Las reparaciones parecían funcionar. Incluso donde no habían terminado sus renovaciones, las paletas dañadas vibraban menos, facilitando el resto del trabajo.

- ¿Cuántas naves iban a enviar a Nasqueron para hacer todo esto? ¿*Bastaba con una pequeña nave y dos satélites de tamaño de disco?*

—Eso no lo mencionaron.

Fassin no dijo nada.

La profunda creencia en la verdad implicaba algunas consecuencias potencialmente desafortunadas. Una era que existía la posibilidad de que cuando concluyera la simulación, las personas simuladas dejaran de existir. Quizá si la simulación se apagaba todos los que se encontraban en el interior del sustrato que la controlaba morirían. Quizá no hubiera ascenso, ni liberación, ni retorno a una realidad mayor, mejor y más exquisita: quizá se produjera la extinción en masa definitiva.

Además, volviendo al mundo (aparentemente) real, se daba el argumento de que la verdad entrañaba la aprobación de sus propias extinciones, que alentaba de modo tácito el asesinato en masa y el genocidio. Lógicamente, si un modo de aumentar el número de verdaderos creyentes era evangelizar, convencer y convertir, otro era reducir el número de quienes se negaban firmemente a aceptar la verdad; matándolos, si era necesario. El punto de inflexión para la revelación y la liberación universal quizá no se produjera en el momento en que un escéptico se convirtiera en creyente, sino cuando un pagano indómito exhalase su último aliento.

El *Turbulencia* se zambulló en un gran muro oscuro de nube más densa, que empañó el panorama. Las luces empezaron a encenderse, brillando en la estructura de apoyo y en los esquifes de los moradores. En seguida menguó su visión, y, debido a la confusa y abrumadora cacofonía de la estela y los motores atronadores, el sonosentido se tornó casi imposible. El pedrisco de metano tamborileó en la penumbra que se acumulaba en el contorno.

- Puede que sea hora de irnos, dijo la coronel.

- Amén.

El día siguiente trajo consigo prácticas de tiro, una vez el armamento y la tripulación del *Turbulencia* adoptaron una disposición bélica. A Y'sul, Hatherence y Fassin se les permitió observar desde el interior de una bóveda de observación situada en el mascarón de la nave, una estructura temporal que descollaba del morro blindado del dreadnought como una burbujita de diamante. Compartían dicho espacio con docenas de civiles interesados; la mayoría, administradores de las diversas ciudades donde el *Turbulencia* había efectuado visitas de cortesía durante el último y prolongado periodo de paz. Niños mascota de uniforme flotaban entre los VIP, sosteniendo bandejas de comida y narcóticos.

Frente a ellos, a través de un claro de diez kilómetros en las nubes, distinguieron el objetivo, un objeto semejante a una pequeña nave azul brillante, remolcado por otro dreadnought que lo precedía cien clicks por lo menos.

El *Turbulencia* se estremeció poderosamente, y al instante se produjo un gran estallido sonoro. En el cielo, por encima y por debajo, aparecieron trayectorias semejantes a docenas de estelas de vapor, grandes batidas de gas fino y trenzado que se precipitaban frente a ellos, siguiendo los puntos negros, apenas vislumbrados, de los proyectiles que convergían en el objetivo. Las pantallas dispuestas frente a los asientos de muesca (las que funcionaban) mostraban un plano magnificado del objetivo azul, que vibró cuando los proyectiles perforaron su estructura hueca, mientras en su casco aparecían orificios que en seguida se sellaban.

Una ovación poco entusiasta se elevó de algunos moradores presentes, la mayoría de aspecto aburrido, y fue sofocada por los chasquidos de dedos sedosos que exigían el servicio de los niños mascota camareros.

—Nunca se lo he preguntado —dijo Hatherence, inclinándose hacia Fassin mientras Y'sul inhalaba espirales de color púrpura de una cachimba humeante—. ¿De qué trata la guerra exactamente?

Y'sul se volvió con un espasmo, y dio la impresión de intentar concentrar sus regiones sensoriales externas en la coronel.

—¿De qué? —dijo, confuso. El manguito exhausto adherido a la pipa se apagó con un sonoro «pop»—. Bueno, se trata de dos, eh, grupos opuestos de, eh personas, eh, es decir, moradores, en este caso, como es obvio, que deciden, *hmmm*, combatir. ¡Combatir! Sí, normalmente por alguna cuestión, y... y para ello emplean armas de guerra, hasta que uno de los dos bandos... ¿he dicho que normalmente solo hay dos bandos? Me parece que es el número convencional. Podríamos decir que es una especie de quórum. Aunque...

—No le estaba pidiendo una definición de guerra, Y'sul.

—¿No? Bien. Suponía que probablemente vosotros también las teníais. Al parecer, la mayoría las tiene.

—Me refería al meollo de la cuestión. ¿Cuál es la causa de la guerra?

—¿La causa? —preguntó Y'sul, sorprendido. Retrocedió en su asiento de muesca hasta donde pudo, mientras la nave se estremecía de nuevo y otra salva, que en esta ocasión procedía de ambos flancos del buque, se abalanzaba hacia el lejano objetivo—. Bueno —dijo, distraído por los puntos danzantes de los proyectiles que arrastraban estelas de gas—, bueno, estoy seguro de que hay una... —Empezó a tartamudear. Hatherence pareció percatarse de que no sacaría nada en claro de Y'sul mientras este siguiera chupando la cachimba, y volvió a acomodarse en su asiento con un suspiro.

- Las guerras Formales de los moradores son como duelos que se disputan a una escala enorme, le explicó Fassin. La coronel se volvió una milésima hacia él. - Normalmente por alguna disputa estética. A menudo constituyen la última fase de una

disputa por la planificación del planeta.

- ¿Planificación del planeta?

- Una disputa común se refiere al número de cinturones y zonas que debe tener un planeta. Entonces, normalmente los dos bandos son los Impares y los Pares.

- ¿Planificación del planeta?, repitió la coronel, como si no lo hubiese entendido bien la primera vez. - No sabía que los gigantes gaseosos estuvieran, en fin, planificados.

- Los moradores aseguran que pueden alterar el número de bandas que tiene un planeta, a lo largo de un periodo de tiempo lo bastante prolongado. Nunca se han dado testimonios fiables, pero eso no les impide asegurar que son capaces de hacerlo. De todas formas, lo importante no es la consecución, sino el principio. ¿En qué clase de mundo queremos vivir? Esa es la cuestión.

- ¿Par o Impar?

- Exacto. Una guerra formal no es más que la resolución.

Otra salva. Esta vez la nave sufrió una sacudida considerable, y el confuso estallido resultante arrancó un chillido a algunos niños esclavos. Batidas de estelas de gas surgieron de todos los flancos, formando un cono que definía un túnel de cielo trenzado frente a ellos.

- Las guerras también se lidian por desacuerdos tales como los colores de los banderines de los clípers de gas en las carreras.

- ¿Una guerra por eso?, Hatherence parecía sinceramente horripilada. - ¿Es que esta gente nunca ha oído hablar de los comités?

- Tienen comités, reuniones y procedimientos de disputa. Tienen muchos. Pero hacer que los moradores se atengan a una decisión que les perjudica, aunque previamente hayan jurado por su vida que la acatarán, no resulta sencillo, ni en este mundo ni en ningún otro. Así que, en general, los desacuerdos colean. Las guerras formales no son sino el equivalente de los moradores a un Tribunal Supremo, un tribunal de última instancia. Además, entienda que en realidad no tienen fuerzas armadas permanentes propiamente dichas. Entre guerras, los dreadnoughts y demás accesorios militares están al cuidado de entusiastas, de clubs. Cuando se declara una guerra formal, lo único que ocurre es que los clubs crecen porque la gente normal se une a ellos. Los clubs tienen las mismas connotaciones que para usted y para mí las autoridades militares competentes, pero carecen de autoridad legal.

La coronel se agitó como si acabase de afrontar algo terriblemente espantoso.

- Qué perverso.

- Parece que a ellos les funciona.

- El verbo «funcionar», transmitió Hatherence, - como tantos otros términos comunes, parece adoptar significados adicionales cuando se trata de moradores. ¿Cómo deciden quién ha ganado uno de estos extraños conflictos?

- En ocasiones, con un sencillo recuento de muertos, o en función del número de dreadnoughts destruidos o desarbolados. Lo más frecuente es que haya un umbral de

elegancia convenido previamente.

- ¿Un umbral de elegancia?

- Hatherence, dijo Fassin, volviéndose hacia ella, - ¿se documentó usted sobre el modo de vida de los moradores? Todo ese tiempo en...

- Creo que encontré una alusión a ese concepto, pero entonces lo descarté por fantasioso. ¿De veras se aplica en semejantes cuestiones?

- De veras se aplica.

- ¿No pueden ponerse de acuerdo en un procedimiento de disputa viable para los colores que ondean sus naves sin recurrir a la guerra, pero se ponen de acuerdo felizmente en que la guerra resultante se decida por un concepto tan confuso como la elegancia?

- Eso nunca se disputa. Tienen un algoritmo para ello.

Otra terrorífica vibración hizo que el *Turbulencia* tañera como una campana sorda. Las trayectorias esbeltas y rectilíneas batieron el cielo frente a ellos.

- ¿Un algoritmo?, dijo la coronel.

- La elegancia es un algoritmo.

Las pantallas mostraron el objetivo azul temblando bajo el impacto de un puñado de proyectiles. Hatherence observó a Y'sul, que intentaba exhalar anillos de humo púrpura y perforarlos con un brazo de ribete.

- Y todo está dirigido por clubs, dijo. - Por entusiastas.

- Sí.

- ¿Clubs?

- Grandes clubs, Hatherence.

- De modo que, ¿esa es la razón de que su tecnología bélica sea tan horrible?, preguntó.

- ¿Lo es?

- Fassin, transmitió Hatherence, que ahora parecía divertida. - Esta gente asegura que existe desde la semana siguiente a la reionización y que ha construido estos dreadnoughts durante la mayor parte de ese tiempo; sin embargo, ese objetivo está a menos de una docena de clicks de distancia, cada salva es de treinta y seis proyectiles...

- Treinta y tres. Hay una torreta estropeada.

- No importa. Solo impactan en ese objetivo, en la práctica, inmóvil, cada dos o tres rondas. Es sencillamente patético.

- Hay reglas, fórmulas.

- ¿Que insisten en una puntería de ridícula eficacia?

- En cierto modo. No utilizan proyectiles guiados, los cañones y los sistemas de puntería se basan en patrones antiguos, los dreadnoughts carecen de motores a reacción, y los misiles, de cohetes, y no emplean armamento de partículas ni de rayos.

- Como duelos disputados con pistolas antiguas.

- Empieza usted a entenderlo.

- ¿Y se supone que eso los mantiene en forma militar, si los invaden hostiles del exterior?

- Bueno, sí, convino Fassin. - Esa afirmación se antoja un poco frívola cuando uno ve la tecnología con sus propios ojos, ¿verdad? Por supuesto, aseguran que poseen hiperarmas destructoras de estrellas escondidas en algún sitio, por si acaso, y que las habilidades pueden transferirse de algún modo, pero...

- Nadie las ha visto.

- Algo así.

El *Turbulencia* desencadenó sus poderosos misiles antinave; probablemente se había propuesto una andanada de doce, pero en cambio fueron once los proyectiles, diminutos y esbeltos, que partieron con estruendo de todos los flancos del espacioso navío (los niños esclavos chillaron de nuevo, y algunos soltaron sus bandejas) y se precipitaron hacia el lejano ingenio azul sobre penachos humeantes, trazando espirales de residuo de combustión, como dardos desquiciados. Dos de los misiles se acercaron demasiado; al parecer, cada uno identificó al otro como su objetivo señalado, y embistió brutalmente a su opuesto, los dos fallaron, describieron un doble barrido trenzado para volverse y dirigirse en línea recta a su blanco, y esta vez chocaron y explotaron en una modesta bola de fuego doble. Algunos moradores de la sala de observación (distráidos, quizá sarcásticos) prorrumpieron en una ovación.

Un tercer misil pareció interpretar la explosión cercana como una orden para ejecutar un bucle ascendente y dirigirse de nuevo al *Turbulencia*.

—¡Oh, oh! —musitó Y'sul.

El misil que se aproximaba estableció una trayectoria uniforme y estable, convirtiéndose en un punto diminuto que aumentaba de tamaño con rapidez, y se dirigía en línea recta al morro del dreadnought.

—Tienen destructores, ¿verdad? —dijo Hatherence, observando a Fassin.

Algunos moradores se miraron mutuamente y a continuación se precipitaron hacia el tubo de acceso del morro blindado del *Turbulencia*, bloqueando la puerta. Los niños esclavos también intentaban escapar, pero los que no consiguieron adelantarse al torrente fueron apartados a empujones, chillando.

El punto en el cielo se agrandaba.

—Pueden ordenarle que estalle, ¿verdad? —insistió la coronel, retrocediendo. Parecía que un sonido agudo y quejumbroso salía del interior de su traje ambiental. El corrillo de moradores que chillaba y juraba en torno a la salida no parecía moverse. El *Turbulencia* empezaba a virar con desesperada lentitud.

—En teoría, pueden destruirlo —dijo Fassin, intranquilo, observando la melé estancada en la salida—. Y tiene cañones de intercepción de corto alcance. —Otro niño esclavo frenético fue arrojado hacia arriba desde el avispero próximo a la puerta, gritando hasta estrellarse contra el techo y caer exánime a la cubierta, que se inclinaba lentamente.

Ahora el misil tenía verdadera forma, ya no era un punto de gran tamaño. Se precisaban sus alas achaparradas, así como el plano de cola. El *Turbulencia* seguía virando con agónica lentitud. El misil se abalanzaba contra ellos en una estela de residuo de hollín. Hatherence se elevó de su asiento de muesca, pero en lugar de alejarse del morro recubierto de diamante de la cápsula de observación, se acercó a él.

- No se acerque, comandante, transmitió. Entonces, un sonido terrorífico, áspero y desgarrador, resonó por encima y por detrás, una red de estelas delgadas como dedos pobló el gas frente al morro de la nave, y el misil empezó a desintegrarse y estalló. La ametralladora de intercepción, situada en algún punto a sus espaldas, siguió disparando, y obtuvo múltiples impactos en los fragmentos de mayor tamaño de los escombros del misil, humeantes y brillantes, mientras estos se abatían sobre el *Turbulencia*, de modo que cuando la metralla resultante golpeó y perforó la cápsula de observación causó relativamente pocos daños, y solo heridas de escasa consideración.

El dreadnought los condujo hasta Munueyn, una ciudad en ruinas, derrumbada entre los gases densos y oscuros de la atmósfera inferior, donde a su paso se agitaban lentas espirales de turbulencia, como lametones pesados y lascivos de una lengua planetaria todopoderosa, un lugar erizado de agujas y ejes, desolado y largamente impopular, antaño un centro tormentoso, pero en la actualidad demasiado apartado para resultar de interés, un lugar que quizá habría obtenido prestigio, de encontrarse en las inmediaciones de una zona de guerra, pero que apenas podía aspirar a obtenerlo porque se hallaba dentro de una. Una fragata de ala los recogió en el dreadnought y los depositó en el recinto espacioso y lleno de ecos de lo que antaño fuera el bullicioso puerto estación de la ciudad, donde los contratistas y pilotos locales los recibieron como a héroes, como a dioses. Encontraron una casa de huéspedes con prestigio negativo. En la práctica, les pagaban por alojarse allí.

—¡Señor! —dijo Sholish, elevándose de la masa de suplicantes en el pequeño patio inferior—. Un hostelero de impecable reputación, con excelentes conexiones familiares en materia de permisos de desplazamiento en tiempo de guerra, os suplica que tengáis en cuenta su propuesta de poner a vuestra disposición una verdadera flota de media docena de naves de elegante diseño, todas en óptimo estado de funcionamiento y listas para zarpar en menos de una hora después de su llegada.

—¿Cuándo es eso exactamente, suplicio de mi dilatada existencia?

—Mañana, señor. Pasado mañana, a más tardar. Eso asegura.

—¡Inaceptable! ¡Total y absolutamente inaceptable! —proclamó Y'sul, desechando la idea con un escalofrío. Estaba acurrucado en una muesca en una florida terraza exterior, sobre la Taberna Bucólica, lo bastante cerca de la plaza mayor de la ciudad como para oler la desesperación del alcalde. Aspiró una honda bocanada del cilindro de fármacos que le ofrecían, y con la exhalación susurró—: ¡El siguiente!

Fassin y la coronel, que flotaban en las inmediaciones, se miraron. Hatherence se acercó flotando.

- Podríamos marcharnos, usted y yo.
- ¿Los dos solos?
- Ambos somos autosuficientes, y capaces de mantener una buena marcha.
- ¿Usted cree?

La coronel dio muestras de examinar la nave de flecha.

- Me parece que sí.

Me parece que consultaste las especificaciones de esta cosa antes de salir de Tercera Furia y lo sabes de sobra, pensó él.

Transmitió:

- Así que nos adentramos en las nubes a toda máquina, los dos juntos.
- Sí.
- Hay un problema.
- No me diga.
- A decir verdad, hay dos problemas. El primero es que se está librando una guerra, y que nos tomarán por un par de cabezas explosivas.
- ¿Cabezas explosivas? ¡Pero si ni siquiera seremos transónicos!
- En la guerra formal hay reglas tocantes a la velocidad de las cabezas explosivas.

Nos tomarán por cabezas explosivas.

- *Hmmm.* ¿Y si vamos más despacio?
- Cabezas explosivas lentas.
- ¿Más despacio todavía?
- Minas de crucero. Y antes de que me lo pregunte, si vamos más despacio nos tomarán por minas flotantes de monocapa corrientes.

Hatherence cabeceó, un suspiro.

- Mencionó otro problema.
- Sin Y'sul, es improbable que alguien hable con nosotros.
- Con él, es improbable que alguien más pueda decir una palabra.
- Aun así.

Necesitaban un transporte propio. Para ser más precisos, necesitaban un transporte que gozara de un salvoconducto para desplazarse en la zona de guerra. Lo que quedase de la antigua morada de Valseir se hallaba lo bastante lejos de la red de túnel nubiloso como para que resultara imposible dejarse llevar o flotar hasta allí. Y'sul había accedido a ocuparse de todo (con sus conexiones ecuatoriales de gran ciudad, y acompañando a alienígenas exóticos, no podía sino exudar prestigio a quienes le ayudaran), pero se había estancado en el proceso debido al número de personas que se ofrecían a ello, de modo que, al parecer, era incapaz de decidirse. Cuando parecía que iba a decantarse por una oferta injustamente generosa, se perfilaba en el horizonte otra más tentadora, que exigía una nueva deliberación.

Por fin, al cabo de dos días, Hatherence no pudo aguantar más y contrató su

propia nave, en términos ligeramente más favorables que los que Y'sul acababa de rechazar.

En su aposento en la taberna, Y'sul protestó.

—¡Yo estoy a cargo de la negociación! —bramó.

—Sí —convino la coronel—, demasiado, para mi gusto.

Llegaron a un acuerdo. La coronel confesó a su patrón que legalmente era incapaz de comprometerse a un contrato en firme, y entonces Y'sul lo rehizo en términos idénticos, mientras el horrorizado armador todavía estaba tomando aliento para protestar. Ese día era el comienzo oficial de la contienda, con una gala de apertura y un duelo formal en Pihirumime, a medio mundo de distancia. Al día siguiente zarparon (tomando el siguiente remolino descendente que se dirigía en la dirección horizontal adecuada) a bordo del *Poaflias*, un fueraborda de cien metros de eslora y doble casco, de edad ignota pero probablemente inmensa. Hacía gala de una tripulación de solo cinco miembros, aparte de su capitán, y era voluminoso y lento, pero, por alguna razón que se perdía en la neblina de la lógica militar de los moradores, todavía estaba registrado como nave corsaria de exploración neutral, de modo que estaba autorizado a penetrar en la zona de guerra, y era susceptible de eludir cualquier desafío consecuente, a menos que abrieran fuego antes de iniciar las negociaciones.

El capitán era Slyne, un joven entusiasta apenas entrado en la adultez, todavía era en gran medida reciente, y se comportaba más bien como un joven. Había heredado el *Poaflias* a la muerte de su padre. Los moradores se adherían a la idea de la herencia compartida, de modo que cuando uno de ellos moría, el cincuenta por ciento de cualquier propiedad privada que pudiese asegurarse en justicia que había acumulado se destinaba al heredero de su elección, y el cincuenta por ciento restante se destinaba a la jurisdicción donde hubiese vivido. Por esa razón, solo uno de los cascos gemelos del *Poaflias* era enteramente propiedad de Slyne. La ciudad de Munueyn poseía la otra mitad y se la alquilaba a cambio de prestigio. Cuanto menos hiciera Slyne con la nave, más control sobre ella perdería, hasta que al fin la ciudad tuviese derecho a reclamarla como suya; entonces, si quería seguir a bordo, tendría que hacer con ella lo que la ciudad le ordenase. No obstante, esta expedición, que emprendía bajo sus propios auspicios, debía ayudarle a asegurar sus derechos de propiedad sobre todo el navío.

—¿Por eso estamos confinados en un solo casco? —le preguntó Hatherence. Se encontraban en la cubierta de proa, un saliente desvencijado de fibras y láminas que sobresalía del maltrecho morro de la nave. Y'sul había descubierto un arpón en la cubierta de proa, y había desafiado a sus compañeros a una prueba de puntería cuando surcaran un volumen prometedor. Al parecer, la zona donde ahora se encontraban, a solo dos días de Munueyn, constituía un coto de caza muy próspero; no obstante, hasta el momento nadie había visto nada que mereciese la pena arponear.

—¡Exacto! —Slyne cabeceó enérgicamente sobre la cubierta—. ¡Cuanto menos

use el otro casco, menos debo a la ciudad! —El capitán Slyne se aferraba a los aparejos, flotando por encima de todos para obtener una perspectiva favorable, desempeñar el papel de vigía y oteador de objetivos. Avanzaban a velocidad moderada a través de los gases de color escarlata desvaído. La estela le habría arrastrado hasta popa si no hubiera estado bien sujeto. Una velocidad moderada en este caso significaba menos de un cuarto de la velocidad del dreadnought *Turbulencia* en crucero, pero allí abajo el gas era más denso, y la fuerza de la estela era mayor.

—¡Ahí hay algo! —chilló Slyne, señalando a estribor.

Todos miraron.

—¡No! ¡Error! —rectificó Slyne, alegre—. ¡Perdón!

Slyne se tomaba en serio su papel de capitán, y estaba equipado con diversa parafernalia naval, antigua y mayormente inútil, como un catalejo, un altímetro, una radio que era una pieza de museo, una visera para pedrisco rayada, un cañón de funda que era una antigualla brillante, y una brújula de radiación. Su atuendo y su armadura parcial parecían muy nuevos, pero se basaban en diseños muy antiguos. Llevaba cuatro fetos mascota ceñidos con una soga a los cinturones de su eje.

Los fetos eran crías de moradores que no habían podido progresar hasta la niñez. La razón habitual de su existencia era que un morador convertido en mujer especialmente impaciente decidía que no estaba dispuesto a completar el embarazo y abortaba. Los resultados constituían buenas mascotas. Los moradores podían sobrevivir solos casi desde su concepción, aunque no se desarrollaran intelectualmente, y nadie los protegiera mientras estaban completamente indefensos.

Los cuatrillizos de Slyne (habría sido una grosería preguntarle si de verdad eran suyos) semejabán pequeñas rayas hinchadas y desvaídas, y sus tentáculos colgantes eran prácticamente inútiles, se estrellaban continuamente contra su amo o entre sí, y se enredaban en las maromas. El efecto inevitable en los humanos era de cierto horror, pero Fassin tenía la sensación añadida y deprimente de que los fetos equivalían a un loro en los términos de la antigua Tierra.

—¡Ahora sí que hay algo! —gritó Slyne, señalando a estribor. Un pequeño objeto negro se alzaba desde las rojas profundidades del abismo de gas a unos doscientos metros de distancia.

—¡Mío! —prorrumpió Y'sul, haciendo oscilar la plataforma del cañón en sus contrapesos; se columpió sobre la cubierta hasta una elevación que le permitió inclinar el arpón lo suficiente.

—¡Una semilla de tchoufer! —exclamó Sholish—. ¡Es una semilla de árbol de tchoufer, señor!

—Espera un momento, Y'sul —dijo Fassin, elevándose de la cubierta—. Voy a asegurarme. —Se alejó del *Poaflias* en su pequeña nave de gas, describiendo un arco exterior descendente en dirección a la esfera negra que se alzaba lentamente.

—¡Apártate! —le rugió Y'sul. Fassin había adoptado deliberadamente una trayectoria arqueada, pues ya había presenciado la puntería de Y'sul.

—¿Quieres esperar? —gritó en respuesta.

Y'sul se estremeció y dirigió el cañón hacia la esfera negra, aferrando el gatillo con dedos sedosos.

Slyne se inclinó hacia delante en el aparejo. Dos fetos se abrazaron a un sostén, y le enredaron. Slyne levantó la vista, chasqueó la lengua, y alzó el catalejo hasta una porción de su ribete sensorial poblada de receptores, escudriñando el negro orbe ascendente.

—Ah, en realidad... —empezó.

Hatherence brincó de repente.

—¡Y'sul! ¡Deténgase!

—¡Ja, ja! —rió Y'sul, apretando el gatillo y disparando el arpón. La montura se estremeció, el cañón saltó y detonó, los cohetes motores gemelos del arpón saltaron como impulsados por resortes y estallaron en cuanto estuvieron a prudente distancia, y la delgada línea negra enganchada al cuerpo principal se desplegó con un restallido sibilante desde el compartimento situado bajo la montura del cañón. El arpón surcó el gas con un sonido ronco, dirigiéndose al lugar que ocuparía el objeto negro en cuestión de segundos—. *Hmmm* —musitó Y'sul, ligeramente sorprendido—, uno de mis mejores...

—¡Es una mina! —gritó Slyne.

Sholish gritó.

—¡Fassin, apártese de esa cosa!, transmitió Hatherence.

La pequeña nave de gas empezó a virar y acelerar de inmediato, enturbiando el aire con sus rotores.

—¿Eh? ¿Qué? —dijo Y'sul.

Slyne extrajo el pistolón de su funda y apuntó al arpón. Consiguió efectuar un disparo antes de que la pistola se encasquillara.

—¿Es posible que sea nuclear? —chilló la coronel. Su traje ambiental emitía un sonido agudo y estridente.

—¡Sin lugar a dudas! —farfulló Slyne. Sacudió la pistola, maldijo y golpeó la radio—. ¡Motores! ¡Todo a popa! —Volvió a sacudir la pistola, desesperado—. ¡Putos critones!

Hatherence se desplazó con rapidez a un lado.

Y'sul contempló el arpón, que describía una trayectoria regular en dirección a la negra esfera, y observó la montura del cañón.

—¡Sholish! —ladró—. ¡Coge ese cable!

Sholish se arrojó hacia el cordón oscuro y vibrante que el arpón jalaba con violencia del compartimento bajo el cañón, se aferró a él y fue arrastrado de inmediato hacia la borda, desmantelando los puntales y deteniéndose con un chasquido al enredarse en el calabrote, hasta que la estela lo devolvió a la cubierta con un golpe sordo. Al verse libre del estorbo de la cuerda, el arpón aumentó su velocidad, y siguió dirigiéndose hacia la mina. Hatherence se alejó del *Poaflias*. La

nave de flecha de Fassin seguía virando y acelerando, pero estaba más cerca de la mina que de la nave.

—*Jod...* —dijo Y'sul.

Un destello escarlata dio la impresión de empañar el gas que los rodeaba.

Fassin tuvo tiempo de pensar: Estoy muerto.

Por un instante, un estrecho abanico de cegadoras líneas blancas y rosas conectó el traje ambiental de la coronel Hatherence con toda la extensión del arpón, que se desvaneció en un estallido de luz y calor. Una visible esfera de conmoción emanó de la detonación y sacudió la mina...

... Que pareció detenerse y reflexionar un instante, antes de continuar ascendiendo con suavidad. La onda de choque estremeció a los pasajeros y a la nave. Fassin también la sintió. Aminoró y se volvió.

El *Poaflias* moderaba la velocidad, obedeciendo la última orden de Slyne. La estela disminuía, pero todavía era lo bastante intensa como para golpear el maltrecho carapacho de Sholish contra la cubierta, produciendo un sonido hueco, mientras este flotaba, enredado en la oscura masa de alambre.

Y'sul le miró.

—¿Sholish? —murmuró.

—Las especies pasajeras se encuentran más separadas por su percepción del tiempo que por ninguna otra cosa. Naturalmente, nosotros los moradores, por ser quienes somos y como somos, abarcamos todo lo posible el espectro del cronosentido, y comprendemos la mayor parte. Excluyo a los rápidos máquinas. —Un titubeo—. Supongo que todavía los aborrecéis.

—¡Sí, desde luego! —exclamó la coronel.

—Son perseguidos activamente —añadió Fassin.

—*Hmmm*. Por supuesto, ellos también son distintos. Pero incluso dentro de los límites de la evolución natural, algunos alegan que las diversas apreciaciones del tiempo son colectivamente la distinción más reveladora que puede hacerse entre especies y tipos de especies.

El orador era un antiguo sabio llamado Jundriance. La nomenclatura de antigüedad de los moradores comprendía veintinueve categorías distintas, desde «niño» hasta «Niño», que se extendían durante al menos dos billones de años; en general, mucho más. Entre ambas se hallaban las efímeras etapas de la adolescencia y la juventud, la adultez, más prolongada, con tres subdivisiones, el apogeo, con cuatro subdivisiones, el encumbramiento, con tres, y a continuación, suponiendo que el morador en cuestión hubiera alcanzado esa edad (un millón doscientos cincuenta mil años, como mínimo) y que sus semejantes le juzgasen adecuado, la sabiduría, que repetía las subdivisiones de la adultez, el apogeo y el encumbramiento. De modo que, técnicamente, Jundriance era un sabio chice en su apogeo. Tenía cuarenta y tres millones de años, se había encogido hasta un diámetro de solo seis metros, y su

carapacho se había oscurecido, adoptando la pátina brumosa de la mediana edad de los moradores; además, había perdido la mayoría de sus extremidades, y se encontraba al cargo de los restos de la casa y las bibliotecas asociadas del supuesto difunto encumbrado choal Valseir.

La perspectiva desde la casa era inmutable y estacionaria en tiempo normal, un panorama brumoso de velos de gas, de color marrón oscuro y púrpura, en un cilindro vertical de oscuridad, grande y apacible, el último eco de una gran tormenta que antaño había contorneado la casa, como un planeta diminuto en derredor de un sol grande y frío. El complejo de la casa biblioteca era una colección de treinta y dos esferas; cada una medía aproximadamente setenta metros de diámetro, y muchas se hallaban rodeadas de balcones ecuatoriales, de modo que la construcción semejaba una improbable congregación de planetas anulares. La casa burbuja estaba ubicada en el gran remanso del denso gas, suspendida apenas unas decenas de kilómetros por encima de la región donde la atmósfera empezaba a adoptar un comportamiento más propio del líquido que del gas, y se hundía perezosamente en los abismos cálidos y oscuros.

—Entonces, esto es una casa, ¿no? —preguntó la coronel cuando la vieron por vez primera, desde la proa del *Poaflias*.

Fassin miró el perímetro, empleando el sonosentido y el magnetismo para buscar la sección de túnel nubiloso abandonada a la que antaño estuviera anclada la casa, pero no la encontró en las inmediaciones. Había consultado previamente las cartas del *Poaflias*. La extensión de túnel nubiloso ya no constaba en los mapas holográficos locales, de modo que, a menos que se hubiese alejado mucho, lo cual era improbable, había caído en las profundidades.

—Sí —admitió—. Sí, eso parece.

Sholish estaba gravemente herido y el *Poaflias* había tenido que dar la vuelta y regresar a Munueyn para llevarle a un hospital. Los cirujanos le habían concedido un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir. Lo mejor era sumirle en un coma medicamentoso durante unos cuantos cientos de días. No podían hacer nada más.

Y´sul podía haber tomado a su servicio a numerosos jóvenes y adolescentes, ansiosos por ocupar el lugar de su criado incapacitado, pero los había rechazado a todos, una decisión que había lamentado al cabo de un par de días de haber reemprendido el viaje, cuando se había percatado de que no podía gritarle a nadie.

Habían eludido los enfrentamientos, así como a otras naves y toda clase de minas, completando el trayecto al fin en un lapso de diez días. El sabio Jundriance estaba atendido por Nuern y Livilido, una pareja de fornidos criados en su apogeo, que lucían túnicas académicas de adornos pomposos, nada favorecedoras. Tenían edad suficiente como para disponer de criados propios: media docena de adultos sumamente reacios, como sixtillizos idénticos. Eran muy diligentes, pero tan tímidos que parecían autistas.

Nuern era el decano de los criados de mayor antigüedad, pues ostentaba el rango

de mouean, un grado superior al de Livilido, que tenía la condición de suhrl. Les dio la bienvenida, les asignó habitaciones y les hizo saber que su amo se hallaba absorto en la tarea de catalogar las restantes obras de las bibliotecas; como les advirtiera Y'sul, habían donado una proporción sustancial del contenido de las mismas después del accidente de Valseir. Probablemente, solo el recogimiento de la casa había evitado que se presentaran más eruditos para escarbar entre los restos. No obstante, Jundriance estaba en fase dilatoria, de modo que si deseaban conversar con él tendrían que adecuarse a la cadencia de sus pensamientos. Fassin y la coronel accedieron. Y'sul anunció que no estaba dispuesto a soportar eso, y se embarcó en un crucero a bordo del *Poaflias* para explorar el volumen local, en busca de presas de caza.

—Su deber es esperarnos —le informó la coronel.

—¿Deber? —repitió Y'sul, como si oyese aquella palabra por vez primera.

Como mínimo, disponían de medio día más o menos, mientras anunciaban a Jundriance por medio de un mensaje en su pantalla de lectura que tenía visitantes. Si los recibía de inmediato, entrarían antes del anochecer. De lo contrario, quizá transcurriese algún tiempo...

—Coronel —observó Fassin—, tendremos que adentrarnos en la fase dilatoria durante algún período. Más vale que Y'sul se divierta por aquí cerca... —Fassin se volvió para mirarle y subrayó la última palabra— en lugar de pasearse por aquí durante quién sabe cuánto.

—Se meterá en líos.

—Es probable. ¿Qué prefiere, que se meta en líos cerca o lejos?

Hatherence produjo un ruido sordo y le dijo a Y'sul:

—Se está librando una guerra.

—¡Ya he comprobado las redes! —protestó Y'sul— ¡Está a dos kiloklicks!

—¿De verdad? —exclamó Nuern, inflamado—. ¿Ya ha empezado? El amo no permite conexiones en la casa. No estamos al corriente.

—Empezó hace doce días —le dijo Y'sul al criado—. Nosotros ya hemos estado en el meollo. Cuando veníamos, estuvimos a punto de detonar una mina inteligente. Mi criado resultó herido, y puede que muera.

—¿Una mina inteligente? ¿Cerca de aquí?

—Haces bien en preocuparte, amigo mío —declaró Y'sul, solemne—. La presencia de semejante artillería en las inmediaciones es la verdadera razón de que patrulle con mi nave por los alrededores.

—Y su criado, herido. Qué terrible.

—Lo sé. Así es la guerra. Por lo demás, en otros puntos de las hostilidades, apenas se han producido un puñado de muertes hasta el momento, y ambos bandos han perdido un par de dreadnoughts. Es demasiado pronto para decir quién gana. Aguzaré el ribete y te mantendré informado.

—Gracias.

—No hay de qué.

- Tiene razón, señaló Hatherence, con un susurro, a Fassin, mientras se celebraba esta conversación. - Dejemos que se vaya.

- ¿Puede usted comunicarse con la nave desde su traje ambiental mientras estemos en fase dilatoria?

- Sí.

- De acuerdo.

—No te alejes —repitió Fassin a Y'sul—. No permitas que el *Poaflias* se aventure demasiado.

—¡Por supuesto! ¡Lo juro! ¡Y les pediré a nuestros dos excelentes amigos, aquí presentes, que os atiendan en mi nombre!

Los recibieron de inmediato. Nuern los acompañó hasta la vaina de una biblioteca externa. El tejado de hoja de diamante revelaba la oscuridad bermellón del cielo. Jundriance se había aposentado en un escritorio de muesca cercano al centro de la sala casi esférica, frente a una pantalla de lectura. En derredor, las paredes estaban surcadas de estanterías; algunas eran tan espaciosas que podrían haber desempeñado una doble función como camastros para humanos, y otras tan pequeñas que apenas habrían dado cabida al dedo de un niño. Sobre todo albergaban libros de diversas clases. Había bombos de diapositivas sujetos con ejes tendidos entre las paredes, y cientos de dispositivos y sistemas de almacenamiento de otros tipos entre el suelo y el entramado de puntales en lo alto: cristales, holofragmentos, fotocarretes y una docena de artilugios más esotéricos.

Se unieron a Jundriance en su escritorio, atravesando la densa atmósfera hasta situarse a su lado. Nuern puso asientos de muesca a su disposición, y los dos se afianzaron en ellos. Fassin se instaló entre Hatherence y el sabio. Jundriance, por supuesto, no dio muestras de reparar en su presencia.

Se ralentizaron. Para Fassin resultó más sencillo, pues lo había hecho durante siglos; Hatherence había practicado la técnica, pero nunca lo había intentado en la vida real. Para ella, la experiencia sería un viaje convulso y agitado, al menos hasta que se hubieran acompasado a la cadencia del sabio.

El día oscureció con rapidez, y les pareció que la noche transcurría en menos de una hora. Fassin se concentró en su propia fase dilatoria sosegada, pero era consciente de que la coronel parecía retorcerse y desplazarse en su asiento. Le pareció que el sabio Jundriance se estremecía. La mañana siguiente fue breve y trajo consigo un verdadero cambio en la pantalla de lectura; una nueva página. El día llegó a su término con rapidez, y la noche siguiente transcurrió con mayor celeridad incluso. El proceso se prolongó hasta que alcanzaron un factor aproximado de uno a sesenta y cuatro; según les habían dicho, Jundriance ascendería hasta ese punto para reunirse con ellos, pues había sido más despacioso aún hasta su llegada.

Habrían recorrido la mitad del camino cuando un susurro señal pitó en la pequeña nave de gas.

- ¿Me recibe con claridad, comandante?

- Sí. ¿Por qué?

- Acabo de interrogar al lector de pantalla. Operaba en tiempo real hasta que llegó el *Poaflias*.

- ¿Está segura?

- Completamente.

- Interesante.

Finalmente consiguieron sincronizarse con la cadencia vital del sabio. Los días fugaces se tornaron en un lentísimo parpadeo por encima de sus cabezas, mientras al otro lado de la hoja de diamante, en el cielo púrpura anaranjado, se alternaban las luces y las sombras. Incluso en aquella cadencia, les parecía que los velos de gas, grandes y alargados, inmóviles, se cernían sobre ellos en el cielo. Fassin había experimentado la inquietante sensación de ser un alma perdida, de encontrarse en una extraña prisión, atrapado en el tiempo, mientras la vida proseguía a un ritmo más presuroso, en lo alto, del otro lado.

Jundriance había apagado la pantalla de lectura para saludarles. Fassin se habían interesado por Valseir, pero de algún modo habían desembocado en el tema de la cadencia vital.

—Supongo que hay que compadecerse de los rápidos —dijo el sabio—. En cierto modo, no parecen adecuados para el universo. Las distancias entre las estrellas, el tiempo necesario para desplazarse de una a otra... Todavía más, por supuesto, si pensamos viajar entre galaxias.

Un agujero en la conversación.

—Por supuesto —dijo Fassin, para llenarlo. ¿Andas a la caza de algo, viejo?, pensó.

—Las máquinas eran mucho peores, por supuesto. Qué insoportable, vivir tan deprisa.

—Bueno, en general ahora no viven de ninguna manera, sabio —apuntó Fassin.

—Eso está bien, quizá.

—Sabio, ¿puede contarnos algo más sobre la muerte de Valseir?

—No me encontraba allí. Sé lo mismo que tú.

—¿Eran... amigos íntimos? —preguntó Fassin.

—¿Íntimos? No. No, yo no diría eso. Mantuvimos correspondencia en materias de verificación y procedencia textual, y debatimos a distancia sobre diversas cuestiones de erudición e interpretación, pero no lo hacíamos regularmente. Nunca nos conocimos. Yo no diría que eso constituye intimidad, ¿no crees?

—Supongo que no. Es que me preguntaba qué le trajo aquí, eso es todo.

—Oh, la oportunidad de registrar su biblioteca y llevarme lo que pudiera. Eso fue lo que me atrajo. Sus criados se apoderaron de algunos materiales antes de irse, y después llegaron otros, que se hacían llamar eruditos, y se apropiaron de todo a su antojo, pero aún queda mucho; los tesoros más obvios han desaparecido, pero quedan

muchas cosas valiosas. Sería una lástima ignorarlas.

—Entiendo. ¿Qué me dice de las bibliotecas de Valseir? Según tengo entendido, se propone continuar elaborando el catálogo.

Una pausa.

—Continuar. Sí. —El anciano sabio de oscuro carapacho pareció observar con atención la oscura pantalla de lectura—. Hmmm —dijo. Se volvió levemente para mirar a Fassin—. Déjame ver. El uso de la palabra «continuar» en este contexto.

—Tenía entendido que Valseir estaba catalogando sus bibliotecas. ¿No es así?

—Siempre fue muy reservado, ¿verdad?

- Estoy recibiendo filtraciones de comunicaciones lumínicas, transmitió Hatherence.

- Dígame si se produce una explosión después de esto:

- Y remiso. Hapuerale siempre decía que Valseir ganaría la Copa de Vela de Todas las Tormentas antes de que terminase de catalogar sus bibliotecas.

Otra pausa.

—Muy cierto, muy cierto. Hapuerale, sí.

- Filtración. ¿No existe Hapuerale?

- Existe, pero ha tenido que preguntárselo a alguien. No debería haberlo hecho.

—Me gustaría dar una vuelta por las bibliotecas. Espero que no le importe. No le molestaré.

—Ah, entiendo. Bueno, si cree que puede ser discreto. ¿Busca algo en particular, señor Taak?

—Sí. ¿Y usted?

—Tan solo conocimiento. ¿Y qué busca, si me permite la pregunta?

—Exactamente lo mismo.

El anciano morador guardó silencio durante un rato. En tiempo real, transcurrió casi una hora.

—Puede que tenga algo para ti —dijo al fin—. ¿Te importaría ralentizar un poco más? Sin duda nuestra cadencia actual se te antoja extremadamente lenta, pero yo la encuentro un poco esforzada.

—Por supuesto —le dijo Fassin.

- Tendré que dejarle aquí, comandante.

- Qué suerte. Intentaré que sea breve.

- Buena suerte, transmitió Hatherence.

—No obstante, yo habré de dejarle en este punto, señor —le dijo la coronel al sabio.

—Encantado de haberla conocido, Reverenda Coronel —respondió Jundriance—. Así pues —le dijo a Fassin—, déjame ver, observador Taak. Creo que la mitad de esta cadencia me sentaría bien. O mejor aún, la cuarta parte.

—¿Le parece que probemos la mitad, para empezar?

Fassin regresó al cabo de tres días. Hatherence estaba inspeccionando el contenido de otra biblioteca cuando la encontró. La sala era una esfera casi perfecta y carente de ventanas, disponía tan solo de un círculo de luz mortecina que brillaba en el centro del techo, y de la luminiscencia adicional que facilitaba el resplandor verdoso y fantasmal de las bandas biológicas taraceadas en los anaqueles. La estancia parecía extrañamente orgánica, debido a las pilas de estantes semejantes a enormes aspas que apuntaban al interior, como si fueran costillas y los dos se hallaran en el interior de una enorme criatura. La coronel flotaba junto a las estanterías arracimadas en el centro de la biblioteca, y las bandas de luz verde surcaban su traje ambiental.

—¿Tan pronto, comandante? —dijo Hatherence, reponiendo un delicado holocristal en una estantería semillena. Al tiempo que hablaba, transmitió—: ¿Nuestro amigo tenía algo interesante?

—El sabio Jundriance me ha dado tanto en qué pensar que decidí retomar la velocidad normal para reflexionar sobre ello —replicó Fassin, y señaló—: El cabrón del viejo no me ha dado una puta mierda; básicamente intenta entretenernos.

—Bueno, yo he estudiado mientras ustedes conversaban.

—¿Algo interesante? —le preguntó, flotando hacia ella.

- He encontrado indicios de que muchos más moradores se alojaban aquí hasta hace poco. Quizá hasta hace solo unos días. - Al parecer, el sistema doméstico cree que debe haber un catálogo de catálogos por alguna parte. De hecho, debería haber varias copias por aquí.

—¿Un catálogo de catálogos? —dijo Fassin. - ¿Otros moradores?

—El primer catálogo que confeccionó Valseir, y que enumera los catálogos de obras individuales que a continuación había de elaborar. - Puede que hasta diez o doce. También me da la impresión de que Livilido y Nuern no son lo que parecen.

—¿Un solo catálogo para todo era demasiado sencillo? —preguntó Fassin, y transmitió - : A mí también me parecía que no eran criados corrientes. Entonces, ¿dónde están todas esas copias?

- Sospecho que se las han llevado. Nos darían la clave para empezar una búsqueda metódica, respondió la coronel, y dijo—: Supongo que le parecía el modo más lógico de proceder. El material no escasea, sin duda, aunque se hayan llevado tantas cosas. Supongo que un solo catálogo sería demasiado voluminoso. —La coronel hizo una pausa—. Por supuesto, una base de datos gigantesca, con subdivisiones libremente dimensionadas, categorías y subcategorías parcialmente solapadas, y una hiperestructura intertextual jerarquizada, así como procedimientos semiinteligentes para la instrucción del usuario, sería todavía más precisa, y mucho más útil.

Fassin la miró.

—Probablemente, se habría puesto a ello después de hacer lo que consideraba un catálogo apropiado, consignándolo todo en forma no volátil para leerlo sin necesidad

de maquinaria.

—En verdad, nuestros amigos los moradores parecen notablemente puristas en lo tocante a tales cosas.

—Cuando uno vive tanto tiempo como ellos, la durabilidad se convierte en una obsesión.

—Puede que esa sea su maldición. Los rápidos deben soportar la frustración de vivir en un universo cuya velocidad es tan limitada que les resulta irritante, y los lentos deben sufrir el cambio frenético a su alrededor, que se convierte en una suerte de entropía exagerada.

Fassin se acercó flotando a Hatherence. Se detuvo a una distancia de apenas un par de metros, y se inclinó para dar muestras evidentes de observarla. El brillo de las biobandas trazaba rayas suaves de color lima sobre la pequeña nave de gas.

—¿Se encuentra bien ahí dentro, coronel? —preguntó—. Me consta que aquí abajo aumenta el calor y la presión. - Coronel, ¿cree que perdemos el tiempo aquí?

—Estoy bien. ¿Y usted? - Es muy difícil decirlo. Todavía tenemos mucho que escrutar.

—Yo también. Me encuentro muy descansado. - Precisamente. Es posible que perdamos mucho tiempo, buscando algo que ya se han llevado.

—Tengo entendido que la fase dilatoria produce ese efecto. - Es una idea. Tenía la extraña impresión, por las marcas de polvo y esas cosas, ya me entiende, de que muchos estantes se han llenado, o vuelto a llenar, hace poco. Y por lo que tengo entendido de las materias de estudio de Valseir, me parece que hay muchas obras que no tienen sentido. Es muy extraño. Pero si nos han tendido una especie de trampa de tiempo, empiezo a comprenderlo. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Dónde vamos a ir, si no?

—Tendré que hablar de nuevo con el sabio —dijo Fassin—. Me gustaría hacerle muchas preguntas. - En realidad, procuraré apartarme de ese viejo pelmazo. Tenemos que ponernos en contacto con los eruditos legítimos que se apropiaron de las obras de la casa, para comprobar si alguno posee los catálogos, o cualquier otra cosa. Hay dos docenas de bibliotecas distintas; aunque solo estuvieran medio llenas, podríamos buscarlos durante décadas.

—Es un personaje interesantísimo y sabio. - Hay decenas de millones de obras, y si la mayoría no están clasificadas, es que ninguna lo está. Contactaré con el *Poaflias* y les diré que se pongan en contacto con los estudiosos pertinentes. ¿Quién querría poner obstáculos en nuestro camino de este modo?

—Desde luego que lo es. - No lo sé.

—En fin, me parece que seguiré examinando los estantes un rato. ¿Quiere acompañarme? - ¿Quiere?

—¿Por qué no?

Flotaron hasta anaqueles cercanos, extrajeron libros de holocristal de estantes a prueba de movimiento, y leyeron.

—¿Su estudio? —preguntó Nuern. Una sacudida de su ribete les indicó que dedicaba una mirada a Livilido. Estaban flotando en torno a la mesa. Los dos apogeos les habían convidado a una cena semiformal en el comedor ovalado, un espacio amplio, mortecino y lleno de ecos, atravesado en sentido vertical por enormes sogas de carbono, desplegadas en toda su extensión y descompuestas en cables, fibras, hilos y filamentos cada vez más pequeños, hasta que los numerosos nudos de cada una de las delicadas hebras se precisaban con detalle. Era como encontrarse en el interior de una red deshilachada.

Jundriance seguía inmerso en la fase dilatoria, y no se uniría a ellos. Habían preparado comida especial, apropiada para la coronel, que la ingirió por medio de una suerte de esclusa de gas abierta en el lateral de su traje ambiental. Fassin, confinado y sustentado en el interior de la nave de flecha, en realidad asistía solo como espectador.

—Sí —dijo—. ¿Dónde cree que puede estar?

—Creía que la Biblioteca Uno era su estudio —dijo Nuern, mientras seleccionaba de la bandeja central una ración de algo que despedía un apagado resplandor azul, y giraba pausadamente el plato para que se sirvieran los demás comensales.

—Yo también —dijo Livilido. Miró a Fassin—. ¿Por qué, había otro? ¿Se ha desprendido algún fragmento?

Fassin había inspeccionado todas las bibliotecas esféricas. La Biblioteca Uno siempre había sido el estudio formal de Valseir, donde recibía a sus colegas académicos, así como a otros visitantes, pero no era su verdadero estudio, su guarida, su espacio privado: ese era un rincón semejante a un nido que Valseir había construido en el tramo de túnel nubiloso abandonado al que había estado anclada la casa la última vez que Fassin la visitara, siglos atrás. El acceso al mismo estaba muy restringido. Fassin se sintió en extremo halagado cuando Valseir le invitó a entrar en él. La Biblioteca Uno tenía el mismo aspecto de siempre, exceptuando la ausencia de centenares de libros cristalinos, y de un dispositivo grande y cilíndrico de almacenamiento a baja temperatura donde Valseir atesoraba libros de papel y de plástico. A decir verdad, no parecía que la sala se hubiera convertido en su verdadero estudio desde entonces. Y ahora, al parecer, aquella gente no sabía siquiera que había tenido una guarida más privada.

—Creía que tenía otro estudio —dijo Fassin—. ¿No tenía una casa en... qué ciudad era? ¿Guldrenk?

—¡Ah! Claro —dijo Nuern—. Será eso.

- Coronel, estos tipos no saben nada.

- Estaba llegando a la misma conclusión.

La Biblioteca Veintiuno (centurios, nuberos, miscelánea) tenía el equivalente de los moradores a una puerta oculta en una librería. Valseir se la había mostrado a Fassin después de que el humano hubiera sido su invitado durante un extenso periodo de

tiempo, después de su primer encuentro. Al principio conducía al interior, al centro del conjunto de bibliotecas esféricas, luego se accedía por un corto pasadizo a un espacio entre dos esferas externas, y por fin al gas abierto. La gracia, al tratarse de una puerta oculta, de un pasadizo secreto, radicaba en que los diversos centurios eran los forasteros de la comunidad galáctica, y la estantería concreta que ocultaba el pasadizo secreto estaba señalada como: «Fugitivos».

Después de la cena, Fassin dio la impresión de encerrarse en la biblioteca para inspeccionar los estantes hasta bien entrada la noche. En cambio, proyectó las declaraciones del sistema doméstico, y retrocedió hasta el momento inmediatamente posterior al accidente de vela de Valseir, y su presunta muerte. Entonces hizo algo inusitado, que rozaba el límite de la legalidad, conforme a los criterios mercatoriales, y que en general era inútil en Nasqueron: se aceleró, y permitió que la computadora de la nave de gas, con la máxima capacidad permitida, y su propio sistema nervioso, sutilmente alterado, se revolucionaran hasta alcanzar el límite de proceso combinado de datos. Pese a todo, tardó casi media hora en encontrar lo que buscaba: el punto, doce días después del accidente de Valseir, en que la casa había constatado una redirección de las tuberías de energía y ventilación. Asimismo, el altímetro había acusado un temblor, un efímero pitido ascendente, y el principio de un descenso lento y prolongado, que continuaba hasta entonces.

Entonces calculó la posición del segmento de túnel nublado. Debía hallarse en la zona dinámica, pues habría rebasado el punto en que la banda atmosférica se desplazaba como una masa enorme, en dirección a las profundidades semilíquidas, que se deslizaban mucho más despacio que el gas; los niveles de transición semejabán anchos mares de turbida elasticidad, arrastrados con aparente reticencia por el remolino torrencial de la atmósfera elevada.

Era una conjetura. A juicio de los moradores, la atmósfera era estática y las profundidades (por no hablar del resto del sistema Ulubis, las estrellas, y el resto del universo, en realidad) se desplazaban. Los puntos de referencia solo se habían establecido de modo conceptual, de modo que resultaba notablemente difícil encontrar algo en las profundidades. Al cabo de doscientos años, la sección de túnel nublado podía hallarse en cualquier parte; quizá se hubiera hundido más allá del alcance factible, o se hubiera fragmentado, o quizá incluso hubiera alcanzado el límite de la Zona, siendo absorbida por otro cinturón, ya fuese hacia el norte o hacia el sur. Fassin sólo tenía de su parte el hecho de que el tubo fuera relativamente largo. No resultaba tan sencillo extraviar totalmente un objeto de más de cuarenta metros de diámetro y ochenta clics de longitud, ni siquiera en Nasqueron. Pese a todo, Fassin confiaba en que el túnel nublado mantuviese el perfil habitual de decadencia de flotabilidad.

El volumen probable, aunque identificado con un grado preocupante de vaguedad, se encontraba a una distancia aproximada de cinco mil clics, pero se acercaba constantemente, al haber recorrido el planeta muchas veces. Al cabo de

doce horas volvería a hallarse casi exactamente bajo la casa. Fassin efectuó el cálculo. Podía hacerlo. Puso una nota en la pantalla de la puerta de la biblioteca, diciendo que no deseaba que le molestaran.

Fassin entró en ella y se escabulló por la puerta oculta. La pequeña nave de gas se expandió, expulsando espacios internos para crear vacíos, y adoptó una forma externa casi esférica, para empezar a descender con suavidad, produciendo la menor turbulencia posible bajo la casa. Entonces la punta de flecha aumentó poco a poco su peso, estrechándose lentamente hasta hacerse tan esbelta como un dardo, y se zambulló sin energía en los oscuros abismos, atravesando el límite aproximado del cilindro casi estático de gas agotado, el único vestigio de la antigua tormenta.

Se encendió para descender otros veinte clicks y entonces se estabilizó; se alejó treinta kilómetros hacia un lado y ascendió a toda prisa entre el gas que se enfriaba poco a poco y se aclaraba lentamente, hasta atravesar las capas de bruma, y se encontró en el exterior, entre las cimas de las nubes. Fassin aumentó la velocidad al máximo, configurando la punta de flecha para que adoptase el perfil más solapado que pudiera sostener. La nave de flecha no estaba diseñada para semejantes intrigas, pero al cabo de los años Herv Apsile y él mismo la habían modificado de modo que, aunque no fuese rival para una verdadera máquina militar, produjera menos conmoción al desplazarse por la faz del planeta que casi cualquier otra cosa en la atmósfera del gigante gaseoso; descontando, por supuesto, las habituales afirmaciones absurdas de los moradores, que hablaban de naves invisibles, propulsiones carentes de inercia y subespaciales de punto cero.

La pequeña nave se deslizó bajo el delicado cielo amarillo, y las estrellas dieron la impresión de ralentizarse y retroceder a medida que Fassin rebasaba la velocidad combinada de la circunvolución del planeta y la corriente producida por la banda inferior, que avanzaba en la misma dirección.

Al cabo de menos de una hora de vuelo, como no viera nada en el firmamento de arriba ni en los cielos de abajo que indujese a pensar que había vida en ningún otro lugar del universo, disminuyó la velocidad y descendió, como una punta de flecha sin astil, dirigiéndose en línea recta al corazón del planeta. La creciente densidad le frenaba más, y sentía que el calor de la fricción resultante se filtraba por el casco de la nave hasta su carne.

Rebasó el límite de la dinámica superior (de imprecisa definición y kilómetros de espesor, propenso a ondulaciones majestuosas, así como a marejadas impredecibles y súbitas depresiones) y se adentró en la zona dinámica, empezando a describir círculos en la aplastante fluidez de la atmósfera gelatinosa. Si la sección de túnel nubiloso permanecía en aquel volumen, debía encontrarse allí, sumida en las profundidades, descendiendo lentamente hasta encontrar un equilibrio de peso y flotabilidad en la prensa de densidad creciente del hidrógeno gaseoso que se condensaba.

Siempre existía la posibilidad de que se hubiera desplazado en sentido contrario, elevándose hacia las cimas de las nubes, pero eso habría sido excepcional. Con el

paso de los milenios, los túneles nubilosos abandonados, surcados por tubos de vacío, adquirirían gas y, por lo tanto, peso adicional, por medio de un proceso de ósmosis. Cuando Fassin había estado allí doscientos años antes, Valseir ya tenía que añadir flotabilidad al túnel para que no se hundiera demasiado aprisa, arrastrando la casa y el complejo de bibliotecas. De cualquier modo, si la sección abandonada se hubiese elevado, debería haberse quedado en la misma banda atmosférica, de modo que habría constado en las cartas del *Poaflias*, y no había sido así.

Continuó trazando espirales, manteniendo la lentitud, empleando el sonosentido con discreción, de modo que hubiera menos posibilidades de que le oyeran en las inmediaciones. ¿Era posible que la coronel le hubiera seguido sin que se percatara de su presencia? Probablemente. Pero, ¿por qué iba a hacerlo? A pesar de todo, tenía la sensación de que debía ser lo más discreto posible. La luz no servía de mucho. Aquí abajo, la pared del túnel nubiloso sería casi transparente. Las sondas de vestigios magnéticos y de radiación eran inútiles, y tampoco habría rastros de aroma.

Pasadas dos horas, casi el máximo que estimaba razonable alejarse de la casa, y algún tiempo después de mandar al diablo la discreción y ejercitar al máximo sus sensores activos, Fassin encontró un extremo del túnel nubiloso, que se destacaba en la bruma gelatinosa como una enorme boca oscura. La pequeña nave de gas se dirigió a aquellas fauces de cuarenta metros de anchura, y Fassin amplificó el sonosentido, pues las paredes de la sección de túnel nubiloso encubrirían las señales. También aumentó la velocidad, precipitándose por el gran tubo, que se arqueaba lentamente, como el fantasma de un morador largo tiempo desaparecido.

La carcasa del estudio seguía en su interior, una esfera hueca que casi henchía el túnel nubiloso, cercana al ecuador del tubo, de ochenta kilómetros de longitud, pero la habían saqueado, desolado. Habían robado o destrozado los secretos que albergase tiempo atrás.

Fassin encendió algunas luces para inspeccionar el lugar, pero no encontró nada intacto, sino estantes vacíos y melladas extensiones de tabla de carbono, polvo de diamante semejante a hielo escarchado y fibras deshilachadas que ondeaban en la turbulencia que producía su paso.

Modeló una diminuta cavidad con el sonosentido y observó que se colapsaba en el acto, pulverizada por el peso demoledor de la columna de gas. Un sitio excelente para sentirse abatido, pensó, y regresó por donde había venido, para ascender lentamente hasta la casa y la Biblioteca Veintiuno.

La coronel estaba allí. Le pareció que se sobresaltaba cuando asomó tras la puerta oculta, aunque previamente le había revelado su propósito.

—Comandante. Observador. Taak. Fassin —dijo. Parecía... extraña.

Fassin miró el entorno. No había nadie; bien, pensó.

—¿Sí? —dijo, dejando que la puerta de la librería se cerrara a su espalda.

Hatherence flotó hasta él, deteniéndose a un metro. Su traje ambiental exhibía un color gris apagado y uniforme que no le había visto exhibir anteriormente.

—Coronel —le preguntó—, ¿se encuentra bien? ¿Va todo...?

—Hay... debe prepararse... yo... lamento... Malas noticias, Fassin —dijo al fin, con voz presurosa y rota—. Muy malas noticias. Lo siento mucho.

El archimandrita Luciferos no se tragaba el concepto de la verdad. Por supuesto, mientras ascendía entre las filas de los cesoria había dado muestras de creer en ella, siendo un dotado evangelista y polemista, y había defendido las posturas de la Iglesia con gran fuerza, lógica y pasión en numerosas ocasiones. A menudo le habían elogiado por ello. En aquella época era consciente de que impresionaba a sus superiores, aunque no quisieran admitirlo ante él o ante sí mismos. Tenía un don para el debate. Y para la ocultación, para la mentira (si uno se obstinaba en emplear un término tan crudo y carente de matices), para aparentar convicción aunque, en el mejor de los casos, no le importara una cosa o la otra. Nunca le había importado si la verdad era verdadera.

La fe le interesaba, le fascinaba, incluso, pero no como idea intelectual, como concepto, ni como marco teórico abstracto, sino como medio para controlar a las masas, para comprenderlas y así manipularlas. Como una tara, en el fondo, como un defecto ajeno.

En ocasiones, le costaba creer las ventajas que algunos parecían dispuestos a concederle. Como tenían fe, hacían cosas que no resultaban en su beneficio inmediato (a menudo, ni siquiera en su beneficio a largo plazo), porque creían lo que les habían dicho; como experimentaban altruismo, hacían cosas que tampoco devenían en su beneficio, necesariamente; y, asimismo, como sentían apego sentimental y emocional por otras personas, se les podía coaccionar para que hicieran cosas que de otro modo no harían. Y lo mejor de todo, según pensaba a veces, era que se engañaban. Pensaban que eran valientes aunque en realidad fueran cobardes, se imaginaban capaces de pensar por sí mismos aunque fuera evidente lo contrario, se creían inteligentes aunque solo fueran buenos aprobando exámenes, y pensaban que eran compasivos aunque solo fueran sentimentales.

La verdadera fortaleza residía en una máxima simple: Sé completamente honesto contigo mismo; engaña solo a los demás.

¡Cuántas ventajas! Cuántos modos en que la gente facilitaba su progreso. Si todos los que había conocido, con los que había competido y contra los que había luchado hubieran sido como él en estos aspectos, su ascenso al poder habría resultado mucho más duro. Quizá no hubiese triunfado, porque sin todas esas ventajas, se trataba en buena medida de una cuestión de suerte, y quizá no hubiese tenido bastante.

En los viejos tiempos se preguntaba cuántos altos mandos cesorianos, sus antiguos jefes, creían en la verdad. Sospechaba con firmeza que a medida que ascendías, aumentaba el número de los impíos. Solo les importaba el poder, la gloria, el control y el glamur.

Ahora rara vez pensaba en ello. Daba por supuesto, sencillamente, que cualquiera que ocupase semejante posición era un completo egoísta y un cínico, y se sorprendía levemente cuando descubría que alguno poseía verdadera fe; hasta se asqueaba un poco, pues presentía que la persona en cuestión estaba bajando la guardia, y sospechaba que, de un modo perverso, se sentía superior a sus colegas menos ilusos.

—Así que, ¿crees realmente en todo eso? ¿De verdad?

—¡Señor, por supuesto, señor! Es la fe racional. Son simples dictados de la lógica. Es inevitable. Lo sabéis mejor que yo, señor. Me parece que bromeáis. —La muchacha apartó la vista, sonriendo, coqueta, tímida, quizá un poco alarmada, hasta puede que ligeramente insultada.

Luciferos alargó la mano y la tomó por el cabello, volviendo su rostro hacia el suyo; una silueta de dorada oscuridad, recortándose contra las estrellas espolvoreadas en la distancia.

—Niña, creo que no he bromeado en toda mi vida. Ni una sola vez.

La muchacha no supo qué decir. Miró en derredor, quizá a las pálidas estrellas del otro lado de la pantalla de cristal, quizá al níveo desorden de las sábanas acolchadas en baja gravedad, quizá a la concha de pantallas que constituían las paredes de su pequeño nido, superficies donde se representaban actos sexuales asombrosamente detallados e imaginativos. Quizá miraba a sus dos compañeras, acurrucadas y dormidas.

—De acuerdo entonces, señor —dijo por fin—, no era una broma. Creo que no bromeabais. Quizá más bien os reís de mí porque sois mucho más educado e inteligente que yo.

Quizá eso fuera más probable, pensó el archimandrita. Pero no estaba seguro. ¿Acaso aquella joven albergaba la verdad en su interior, aunque habían transcurrido varias generaciones de alcance normal desde que pusiera fin formalmente a aquel absurdo?

En cierto modo, no importaba en absoluto; siempre y cuando no emplearan su religión para organizarse contra él, le daba igual lo que la gente creyera en realidad. Obedéceme, témeme. Ódiame si quieres. No finjas que me amas. Eso era lo único que pedía a la gente. La fe no era más que otra palanca, como la emoción, la empatía o el amor; o lo que la gente juzgaba que era amor, lo que aseguraba que era amor, la parte fantasiosa y quizá incluso deshonesto que no era lujuria, que era honesta. Y, por supuesto, otra palanca.

Pero deseaba saberlo. En su situación, un hombre menos civilizado habría considerado torturar a la muchacha para descubrir la verdad, pero cuando torturabas a la gente por algo así, en seguida te decían lo que creían que deseabas oír, cualquier cosa para que cesara el dolor. Lo había aprendido muy pronto. Había un modo mejor.

Aferró el mando a distancia de la vaina y ajustó la rotación, creando una vez más la ilusión de gravedad.

—Ponte a cuatro patas frente a la ventana —ordenó a la muchacha—. Es hora

otra vez.

—Señor, por supuesto, señor. —La muchacha adoptó en seguida la posición que deseaba, agazapada contra el campo de estrellas que se aproximaba, en apariencia estacionario, aunque la vaina rotase. El sol más brillante, en el mismísimo centro de la pantalla, era Ulubis.

Luciferos había realizado sus genitales de muchas formas. Una de esas mejoras consistía en que llevaba glándulas en su cuerpo que producían numerosas secreciones que podía introducir en el cuerpo de los demás al eyacular (pero contra cuyos efectos él era inmune, por supuesto), incluyendo irritantes, alucinógenos, canabíneos, capsinoides, somníferos y sueros de la verdad. Se sumió brevemente en el pequeño trance de la pequeña muerte, el petit mal que le permitía seleccionar una de ellas, y escogió la última, la droga de la verdad.

Poseyó a la muchacha analmente; de ese modo actuaba con más rapidez.

Y descubrió que creía realmente en la verdad.

Aunque también descubrió que la muchacha pensaba que era un viejo espantoso y estrafalario, un sádico y un perverso, y que le repugnaba profundamente que se la follara.

Luciferos consideró inseminarla con tanaticina, o emplear alguna de las opciones físicas que posibilitaba su pene reconstruido: la cola de caballo rasurada, quizá. O arrojarla al vacío y presenciar su muerte.

Al final, Luciferos decidió que era castigo suficiente dejarla con vida, sometida constantemente a semejante degradación. Después de todo, siempre había dicho que prefería el desprecio.

La haría su favorita. Y probablemente haría bien en vigilarla para impedir que se suicidara.

Los moradores sostenían que la capacidad para sufrir era en última instancia lo que distinguía la vida sensitiva de cualquier otro tipo de vida. No se referían solamente a la capacidad de sentir dolor físico, sino al verdadero sufrimiento, a la clase de sufrimiento que empeoraba porque la criatura que atravesaba la experiencia la apreciaba plenamente, recordaba el tiempo en que no había sufrido tanto, anhelaba el momento en que cesaría su sufrimiento (o perdía la esperanza en que así fuera; la desesperación era un componente esencial) y sabía que si las cosas hubieran sido distintas quizá no sufriría en este momento. Hace falta cerebro, ¿ves? Imaginación. Cualquier descerebrado, dotado de un sistema nervioso rudimentario, podía experimentar dolor. El sufrimiento exigía inteligencia.

Por supuesto, los moradores no sentían dolor, y aseguraban que nunca sufrían, excepto en el sentido trivial de sufrir a parientes idiotas, o experimentar los efectos nocivos, físicos y mentales, de una resaca fuerte. De modo que, según su propio juicio, en realidad no eran sensitivos. En este punto, el morador típico, que asumía a

pies juntillas que era, de un modo absolutamente manifiesto, el ser más sensitivo e inteligente de cualquier rincón del universo, desplegab sus extremidades vertebrales, sacudía el ribete de su manto y empezaba a vociferar paradojas.

Fassin se volvió hacia el trompo, y la corriente torrencial se lo llevó, a quinientos kilómetros por hora. Inmóvil. Deslizándose hacia un lado, halló un pequeño torbellino, apenas una voluta, un diminuto jirón, de color blanco amarillento, de un par de clicks de anchura, en los grandes cielos vacíos de color naranja, rojo y marrón. Se desplazó por el gas, que producía la impresión de resbalar por la superficie de la punta de flecha. El torbellino le arrastró en su pausado molinete durante un rato, y a continuación Fassin se inclinó hacia abajo y cayó, describiendo una lenta espiral, a través de las brumas, las nubes y el peso y la presión del gas, que adquiría densidad poco a poco, hasta donde la temperatura era adecuada, y entonces se estabilizó, e hizo algo que nunca había hecho hasta entonces; abrió la cubierta de la pequeña nave de gas y dejó entrar la atmósfera, dejó entrar a Nasqueron, dejó que tocara su piel humana desnuda.

Las alarmas aullaron y destellaron, y los ojos le escocieron al exponerse a la luz mortecina y anaranjada que parecía brillar en todas partes. Aunque tenía fluido branquial en la boca, la nariz, la garganta y los pulmones, ahora se veía obligado a respirar por sí mismo, enfrentando los músculos de su pecho al empuje del campo de gravedad de Nasqueron. Estaba conectado a la nave de gas por medio de la horquilla de interfaz, y como no podía alzarse del lecho de gel antichoque, hizo que la pequeña punta de flecha se inclinara poco a poco hacia el morro, hasta adoptar una posición semierguida.

La sangre rugía en sus oídos. Sus pies y sus piernas protestaron por el peso cuando fue lentamente expulsado del gel hasta erguirse parcialmente en el extremo anterior de la estrecha forma de ataúd que le albergaba.

Consiguió apartarse del molde con esfuerzo. Empleó los codos para impulsarse hacia delante. El escozor le humedecía los ojos. Lágrimas, al fin. Temblando a causa del esfuerzo, arrancó el tubo pegajoso y resbaladizo de fluido branquial que desaparecía en la aleta derecha de su nariz, y abrió la boca, engullendo parte del gas.

Nasqueron olía a huevos podridos.

Miró a su alrededor, mientras parpadeaba en su empeño por deshacerse de las lágrimas; la horquilla de interfaz se adhería a su cuello, procurando mantener el contacto mientras levantaba la mirada hacia el exterior. Nasqueron era un lugar viejo y embarrado, como un gran cuenco de huevo batido, con una mezcla de mierda líquida, y salpicaduras de sangre por todas partes. Y sabía a azufre. El fluido branquial se ajustó de nuevo con un chasquido, llenándole la nariz, proporcionándole otra vez aire puro rico en oxígeno, pero el hedor todavía le acompañaba.

Sudaba debido al esfuerzo y al calor. Quizá debería haberlo hecho un poco más arriba.

Le cosquilleaba la nariz, al igual que los ojos acuosos. Se preguntó si podría

estornudar con fluido branquial en su interior. ¿Lo expulsaría en una explosión de espantoso vómito pulmonar, se quedaría colgando por el flanco de la nave de gas como una masa de algas de color azul pálido, mientras él boqueaba, se asfixiaba y moría?

Apenas veía debido a las lágrimas; finalmente, los nocivos cielos de Nasqueron le arrancaban lo que no había podido expresar por sí mismo.

Todos ellos.

Toda la septa.

Se habían mudado al complejo de invierno antes de tiempo. La cabeza explosiva impactó allí, matándolos a todos: Slovius, Zab, Verpych, toda su familia, todas las personas con las que había crecido, todos los que había conocido y amado en su niñez, mientras crecía, todos los que le habían convertido en lo que ahora era, en lo que había sido hasta este momento.

Había sido rápido. A decir verdad, instantáneo, pero ¿y qué? No habían sentido dolor, pero estaban muertos, ausentes, olvidados.

Sin embargo no habían caído en el olvido. No dejaba de recordarlos, no cesaba de resucitarlos en su cabeza, aunque solo fuera para disculparse. Le había sugerido a Slovius que se alejaran de la Casa de Otoño. Le había propuesto un sitio neutral, como un hotel o un complejo universitario, pero ellos en cambio se habían dirigido a otra casa estacional de la septa: un compromiso. Y eso les había matado. Él les había matado. Se los había arrebatado su consejo bienintencionado, su preocupación y su deseo de protegerlos y de que ellos fueran conscientes de su interés.

Pensó en inclinar la nave más allá de los noventa grados, y desplomarse al exterior, arrastrado por su propia masa, precipitándose en picado hacia la fabulosa inhalación de la gravedad del gigante gaseoso, mientras esta le arrancaba el fluido branquial, que quizá se llevaría consigo parte de sus pulmones, haciéndole pedazos, mientras él llenaba con gas alienígena los jirones ensangrentados para proferir un último grito, un falsete, como la voz que se adquiriría aspirando helio de un globo en una fiesta, mientras se zambullía en las profundidades.

Finalmente habían recibido las transmisiones y los mensajes mientras inspeccionaba los escombros del devastado estudio de Valseir. La correspondencia conmocionada, las preguntas confusas, los partes oficiales, los mensajes de apoyo y duelo, las transmisiones de seguimiento que solicitaban la confirmación de que estaba vivo, las alusiones en los noticiarios, las órdenes revisadas de la Ocula: les habían desbordado, como una maraña enredada de datos entrantes, retrasados por el secretismo predeterminado de la Ocula, sobre todo en épocas de amenaza, así como, en general, por las comunicaciones caóticas habituales de los moradores, y en particular por la interrupción del correcto funcionamiento de la transmisión de protocolos de señalización que siempre acarrearía una guerra formal, un efecto que siempre era más acusado en el interior de dicha zona.

Muertos, todos muertos. Pero bien mirado, no estaban todos muertos: una septa

no era pequeña, y la realidad raramente era tan ordenada. Pero como si lo estuvieran. Habían sobrevivido cinco criados jóvenes, que estaban de permiso o efectuando recados, así como una prima segunda y su hijo recién nacido. Eso era todo. Lo bastante para que no fuera una ruptura limpia, por muy horrible que fuese, lo suficiente para que esperasen que continuara, que aportase liderazgo, que fuera fuerte... todos esos frívolos clichés. Su madre estaba ausente y podría haber sobrevivido, pero había sido asesinada en otro ataque (supuestamente no relacionado, pura mala suerte) en el retiro del hábitat cesoriano en el cinturón Kuiper donde había pasado el último medio año.

Supuso que debía agradecer que Jaal estuviera viva, que no hubiera estado de visita en la Casa de Invierno en el momento de producirse el ataque. En cambio, ella le había enviado una sucesión de mensajes, alarmantes, conmocionados, quejumbrosos y por último embotados, suplicándole al cabo que se pusiera en contacto con ella si podía, si estaba vivo, si se hallaba en algún lugar de Nasqueron y podía oírlos, o leerlos...

La Jurisdicción Ocula le había declarado desaparecido tras el ataque a Tercera Furia. Oficialmente lo estaba todavía. Hasta que recibieron su transmisión, al cabo de unos días, no supieron con certeza que la coronel Hatherence y él seguían vivos, y después decidieron que era mejor mantener en secreto su supervivencia por el momento. La entrevista de Fassin con el servicio informativo de Hauskip había complicado las cosas; no obstante, ya se había tachado de falsificación, incluso sin la intervención de la Ocula, produciéndose cierta confusión. Al haberle declarado desaparecido en combate, oficialmente estaba vivo, de modo que se había convertido en el observador jefe de la septa Bantrabal. Eso no habría de cambiar durante un año por lo menos.

La situación en el sistema Ulubis no era menos desesperada, y la importancia de su misión, si acaso, había aumentado con las últimas acciones hostiles de los invasores y los forasteros.

En el momento en que recibía todo esto, mientras descargaba las transmisiones en la memoria de la nave de gas, con los códigos intactos, las asignaciones de ruta desplegadas, pensaba: Puede que todo sea un engaño, puede que solo sea un terrible error. Incluso al contemplar la filmación del cráter todavía humeante, donde se había levantado la Casa de Invierno, en las onduladas colinas del gran valle de Ualtus, deseaba creer que no era cierto; que estaba falsificado, que todo estaba falsificado.

Sucedió aproximadamente al mismo tiempo que el bombardeo sobre Tercera Furia. El diminuto destello que Fassin había vislumbrado en la superficie de 'glantina, mientras se arrojaban hacia Nasqueron en la lanzadera fugitiva: ese había sido el impacto, el instante de sus muertes, el segundo preciso en que se había quedado solo. El mensaje anterior de la Jurisdicción que se había anticipado al bloqueo de información que los había mantenido en la ignorancia durante tantos días, que constataba las condolencias de la organización por su pérdida se refería asimismo

a la catástrofe, no solo a la pérdida de vidas en Tercera Furia.

Descubrieron la lanzadera siniestrada en las profundidades superiores, con el cuerpo del maestro técnico Apsile en su interior. Era como si nada fuese a quedar al margen, como si nada ni nadie fuese a salvarse, como si no le quedara nada, o casi nada: unos criados a los que apenas conocía y una prima segunda por la que sentía cierto afecto, así como un bebé al que ni siquiera conseguía recordar. Y Jaal. Pero ¿sería (podía ser) lo mismo ahora? Ella le gustaba, pero no la amaba, y estaba bastante seguro de que el sentimiento era recíproco. Habrían hecho una buena pareja, pero después de esto él sería diferente, una persona completamente distinta, aunque regresara de esta estúpida aventura, aunque tuviese un lugar adonde retornar, aunque la guerra inminente no lo hubiese destruido o transformado todo. Y, ¿la septa de Jaal querría que se uniera a una septa que había dejado de existir? ¿Qué clase de buena pareja, de matrimonio sensato era ese? ¿Querría ella? Y si así era, ¿acaso no lo haría por obligación, por lástima, porque sentía que debía honrar su contrato, pasara lo que pasara? Menuda fórmula para la culpabilidad y la amargura del futuro sería esa.

Era casi un alivio percatarse de que probablemente también había perdido a Jaal. Era como si estuviera suspendido al borde de un gran precipicio, a punto de caer, destinado a caer, y el mayor dolor radicaba en el hecho de continuar aferrándose al mismo, arañándolo con los dedos, arrancándose las uñas. Si soltaba ese último asidero, la caída sería indolora, por lo menos.

No iba a suicidarse. Era bueno, de un modo sombrío, saber que podía hacerlo, pero no lo haría. Desde una perspectiva puramente práctica, estaba bastante seguro de que Hatherence le había seguido, empleando las capacidades militares de su traje ambiental para ocultarse a los sentidos de su nave de gas. Intentaría detenerle. La situación quizá se tornase indigna, y tal vez ella se impusiera. Si quisiera matarse de verdad, estaba seguro de que había formas más sencillas. Bastaría con adentrarse en la zona de guerra y lanzarse a toda máquina contra un dreadnought.

Además, eso sería demasiado fácil. Sería egoísta. Pondría fin a aquel terrible y punzante sentimiento de culpa, trazando una línea bajo él, y creía que no merecía una salida tan simple. ¿Que se sentía culpable? Pues que así fuera. No había tenido intención de hacer daño, antes al contrario; sencillamente, se había equivocado. Era una estupidez sentirse culpable. Era comprensible, pero estúpido, y vano. Ellos estaban muertos y él vivo. Tal vez sus actos hubieran desembocado directamente en sus muertes, pero él no los había matado.

¿Qué quedaba? La venganza, quizá. Pero, ¿a quién podía culpar? Si en verdad habían sido los forasteros, su antigua traición (o sacrificada postura ideológica, en función del punto de vista) se antojaba ridícula, de algún modo. Despreciaba a los mercatoria; odiaba su sistema absurdo y desalmado, su estúpida prepotencia, su odio por lo sensitivo, y nunca se había hecho ilusiones en cuanto a la pura bondad de los forasteros, ni de cualquier otro grupo numeroso, ni había creído que la lucha contra los mercatoria pudiera ser sino extensa, dolorosa y sangrienta. Siempre había sabido

que su propio fin podía ser dilatado y doloroso: haría cuanto estuviera en su mano para que no fuese así, pero a veces no había nada que hacer. Asimismo, había descubierto que en una guerra justa, los inocentes perecían con la misma vileza y en un número igualmente elevado que en una guerra injusta, y que la guerra debía evitarse casi a toda costa, pues magnificaba los fallos, exageraba los errores; pero, a pesar de todo, esperaba que de algún modo su participación en la lucha contra los mercatoria tuviese cierta elegancia, un grado de gloria, un toque de heroísmo.

Por el contrario: desorden, confusión, estupidez, despilfarro enloquecido, dolor estéril, miseria y muerte en masa; los rasgos habituales de la guerra, que le afectaban a él como podían afectar a cualquier otro, sin una razón moral necesaria, sin justicia e incluso sin afán de venganza, tan solo por el espantoso y frívolo funcionamiento de la física, la química, la bioquímica, la mecánica orbital y la naturaleza compartida de los seres sensitivos que existían y luchaban.

Quizá hubiese provocado su destino. Lo de menos era que hubiese aconsejado a Slovius que se alejara de la Casa de Otoño: quizá su arcano, su famoso arcano, el acto de conocer a Valseir e intercambiar información con él, hubiese provocado todo esto. Quizá fuera culpa suya, por creer a pies juntillas cuanto le habían dicho.

Quiso reírse, pero el fluido branquial que le llenaba la boca, la garganta y los pulmones no le permitió hacerlo debidamente.

—Pues venga —intentó decirle a los cielos gaseosos de Nasqueron, con un murmullo ininteligible—, demostradme que todo es una simulación, que los cesoria tienen razón. Habéis ganado. Se acabó el juego. Sacadme de aquí.

Seguía siendo solo un murmullo, un gorgoteo en el fondo de su garganta, reclinado en su nicho en forma de ataúd en la pequeña nave de gas flotante, sereno en la atmósfera del gigante gaseoso, en un lugar donde un humano podía exponerse a los elementos y no morir demasiado aprisa, si disponía de algo que respirar.

La venganza también era una salida pobre, pensó entre lágrimas. Formaba parte de la naturaleza humana, de la naturaleza de las criaturas, de la naturaleza de prácticamente cualquier entidad capaz de sentirse furiosa y herida, pero era una salida casi tan pobre como el suicidio. Era interesada, egocéntrica y egoísta. Sí, si se enfrentaba al que había ordenado que arrojasen una bomba nuclear en un complejo doméstico, lleno de civiles desarmados y desprevenidos, sentiría la tentación de matarle, si tal cosa era posible, pero eso no le devolvería a los muertos.

Desde luego, nunca tendría semejante oportunidad (de nuevo, la realidad rara vez funcionaba tan ordenadamente), pero en teoría, si se le presentaba la ocasión, la fabulosa hipótesis: «están atados a una silla y tú tienes una pistola», y pudiera lastimar o ejecutar al que había asesinado a la mayoría de sus seres queridos, a lo mejor lo haría. Se podía alegar que eso haría que fuese tan malo como ellos, pero bien mirado, sabía que en cierto modo ya era tan malo como ellos. La única razón moral para hacerlo sería librar al mundo, a la galaxia y al universo de una persona de manifiesta maldad. Como si alguna vez fuesen a escasear, como si eso no le dejase el

mismo nicho a otro.

Y de cualquier modo, probablemente se trataba de una máquina militar, que implicaba una jerarquía. La responsabilidad casi seguro emanaba de la persona o agrupación que hubiese redactado la estrategia pertinente hasta la que hubiese emitido una orden, probablemente imprecisa, hasta la que hubiese redactado el criterio de selección de objetivos general y específico, hasta el estúpido soldado raso, o el técnico irreflexivo, que hubiese oprimido un botón, pulsado una pantalla o pinchado mentalmente un icono flotante en un tanque holográfico. Y sin duda, dicho individuo era el producto del proceso habitual de reclutamiento y adoctrinamiento militar, tan sutil como un martillo, que destruía al individuo y lo convertía en un activo semiautomático de conveniente obediencia, sentimental para con sus camaradas más cercanos, fiel tan solo a un código frío. Y tendría que estar completamente seguro de que realmente eran responsables, de que no estaba siendo engañado por el que les había atado a la silla y le había provisto de una pistola.

Tal vez unos autómatas hubieran introducido la programación final del objetivo. ¿Acaso debía perseguir también al programador, y atarle junto al que había autorizado el ataque, o concebido el astuto plan de visitar Ulubis?

Si en verdad se había tratado de forasteros, quizá la responsable del hecho fuera una IA, por algún motivo inescrutable. Pues tendría que encontrar a esa maldita y apagarla. Pero, ¿acaso no era la actitud asesina de los mercatoria para con las IA una razón de que los odiase tanto?

Y por supuesto, quizá todo hubiera sido un error por parte de los atacantes, y la culpa fuera suya. Tal vez pensarán que se disponían a atacar una casa vacía, y solo su estúpido consejo, su intromisión, la había llenado de gente. ¿Cómo iba a repartir la culpa en este punto?

Ahora veía mal, como si le hubiesen arrojado arena en los ojos. La densidad de las lágrimas le impedía la visión. Podía ver por medio de la horquilla, lo que resultaba una experiencia extraña: la visión inclinada y despejada de los sentidos de la punta de flecha superpuestos a los de su propio cuerpo. No podía suicidarse. Debía continuar, hacer cuanto estuviera en su mano, rendir homenaje a las víctimas y subsanar sus errores si podía, dejar las cosas siquiera un poco mejor de lo que las había encontrado, y hacer todo el bien que pudiera.

Esperó a que la verdad surtiera efecto y la simulación proyectada terminase, y como no lo hiciera (sabía que sería así, pero casi había esperado lo contrario), se sintió amargado, resignado y sobriamente divertido al mismo tiempo.

Le ordenó a la pequeña nave de gas que se inclinase hacia atrás y volviera a sellarle. La punta de flecha se reclinó, cerrando la cubierta exterior de la cabina para envolverle una vez más, el gel antichoque se movió para protegerle y mimarle, y los tentáculos balsámicos de su interior empezaron a sanar y restablecer su carne y reconfortar sus ojos llorosos. Pensó que la máquina lo hacía todo con algo parecido al alivio, pero sabía que era mentira. El alivio era suyo.

—Ah, las opiniones difieren, como debe ser. Siempre lo han hecho y siempre lo harán. ¿Es posible que nos criaran? ¿Quién sabe? Quizá fuéramos presas profesionales. Tal vez fuimos ornamentos, artistas palaciegos, cabezas de turco, semilleros intergalácticos defectuosos; esos son algunos de nuestros mitos. Puede que nuestros creadores desaparecieran, o que los derrocásemos; otro mito, jactancioso y excesivamente halagador, desconfío de él. ¿Acaso estos creadores fueron protoplasmáticos? Debo decir que esta es una creencia generalizada, un tropo tenaz. ¿Por qué plasmáticos? ¿Por qué querrían los seres del flujo (estelares o planetarios, no importa) crear algo como nosotros, hace tanto tiempo? Lo ignoramos. Sin embargo, el rumor persiste.

»Lo único que sabemos es que existimos, y que lo hacemos desde hace al menos diez billones de años o más. Nacemos y morimos, y vivimos nuestras vidas a cadencias distintas, en general más despacio a medida que envejecemos, como vosotros, buena gente, habéis observado entre estos muros, pero aparte de eso, ¿por qué existimos? ¿Para qué servimos? ¿Cuál es nuestro propósito? Lo ignoramos. Habréis de perdonarme; de algún modo, estas preguntas parecen más importantes cuando se aplican a nosotros, los moradores, porque en verdad parecemos... en fin, si no diseñados para ello, sin duda podría decirse que propensos a persistir, dados a merodear.

»Sin ánimo de ofender, ya me entienden, pero cuando se aplican a los rápidos, a los humanos o incluso a los oerilitas (le ruego que acepte mis disculpas de especies afines, querida coronel), estas preguntas no tienen la misma fuerza, porque no tenéis nuestro expediente, nuestra procedencia, nuestra perseverancia totalmente obcecada, gratuita y negadora de Dios. ¿Quién sabe? ¡Quizá lo hagáis, algún día! Después de todo, el universo todavía es joven, a pesar de nuestro egocentrismo compartido, de nuestra certeza transmitida de culminación, y quizá cuando nuestros últimos herederos ignotos escriban las crónicas finales certifiquen que los moradores solo perduraron una docena de billones de años, en el primer destello embriagador de la infancia del universo, antes de desvanecerse y desaparecer, mientras que los oerilitas y los humanos, esos sinónimos de persistencia, esos supervivientes esforzados, esos ejemplos de resistencia de la civilización, perduraron, respectivamente, doscientos y trescientos billones de años, o los que sean. Entonces las mismas preguntas podrán hacerse de vosotros: ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con qué objeto? Y, ¡quién puede decirlo!, quizá para vosotros, cuando ese sea el caso, exista una respuesta. Lo que es más, una respuesta que tenga sentido.

»De momento, sin embargo, solo nosotros afrontamos desafíos tan extraños. Los demás se antojan efímeros, y eso parece natural, es lo que cabe esperar, es un hecho: las especies aparecen, florecen, prosperan, se expanden, se estancan, menguan y mueren. Los cínicos dirán: ¡Ja! No es más que la naturaleza; no es posible reivindicar

ningún crédito, ni asumir culpa alguna, pero yo digo: ¡Hurra! Enhorabuena a todos por intentarlo, por participar, por ser tan buena gente. Pero, ¿nosotros? ¿Nosotros? No, nosotros somos distintos. Parecemos malditos, condenados, marcados para demorarnos más de lo que debemos, para rezagarnos en un nicho que bien podría albergar a muchos otros, ¡sí, a muchos!, incomodando a los demás con nuestra mera presencia, cuando por derecho tendríamos que habernos retirado hace largo tiempo, con quienes antaño fueron nuestros contemporáneos. No me importa admitir que es embarazoso. Estoy entre amigos, puedo decir estas cosas. Y de todas formas, no soy más que un viejo morador loco, un vagabundo, un itinerante, que se arrastra flotando de un lado a otro; no merezco sino desprecio y limosnas; si tengo suerte, ambas cosas, de lo contrario, peor. Pongo a prueba vuestra paciencia. Perdonadme. Hablo con muy pocos, aparte de las voces que invento.

El orador era un morador fuera de secuencia, de edad encumbrada, llamado Oazil. Estar fuera de secuencia consistía en haberte declarado (o, en ocasiones, que tus semejantes te hubieran declarado) indiferente o al margen de la apacible progresión habitual de edad y antigüedad que la sociedad de los moradores daba por sentado que seguían sus ciudadanos. No era exactamente caer en desgracia (a menudo se comparaba con tomar los hábitos), aunque si se trataba de una condición impuesta en lugar de escogida, era sin duda un síntoma de que quizá más tarde el morador en cuestión se convirtiera en un paria, y lo expulsaran físicamente de su planeta natal; una sanción que, considerando la actitud descuidada que demostraban los moradores en cuanto a la duración de los viajes interestelares y el control de calidad en la construcción de astronaves, era en la práctica una sentencia que mediaba entre miles de años de encierro en solitario y la muerte.

Oazil era un itinerante, un vagabundo, un nómada. Había perdido por completo el contacto con su familia (de todos modos, aseguraba que había olvidado todos los detalles de esta), no tenía verdaderos amigos, no pertenecía a ningún club, cofradía, sociedad, liga ni grupo, ni tenía un hogar permanente.

Según les había dicho, vivía en su carapacho y en sus ropas, andrajosas y abigarradas, pero imponentes en su desaliño, decoradas con paneles pintados con esmero que representaban estrellas, planetas y lunas, flores preservadas de docenas de especies de plantas nubilosas, y huesos de carbón pulido y cráneos brillantes, con cuencas, de la variada fauna en miniatura del gigante gaseoso. Era una colección de lo que los moradores llamaban amuletos, ligeramente mayor y más salvaje que los que había lucido Valseir, excepto en caso de asistir a un evento formal.

Cuando Fassin vio por primera vez al morador vagabundo llegó a pensar que se trataba de Valseir disfrazado, que había regresado y procuraba pasar desapercibido para mofarse de ellos, y comprobar cómo trataban a un pobre itinerante, antes de descubrirse como el verdadero propietario de la casa y reclamar su propiedad perdida. Pero Valseir y Oazil tenían un aspecto bien distinto. Oazil era más corpulento, su carapacho era un poco más asimétrico, sus marcas menos intrincadas, su voz mucho

más profunda, y su cuota de aspas y extremidades restantes también era muy distinta. Y lo más notorio de todo: el carapacho de Oazil era mucho más oscuro que el de Valseir. Los dos tenían aproximadamente la misma edad (si hubiera seguido en secuencia, Oazil habría sido un poco más joven que Valseir: un encumbrado baloan, o un encumbrado nompar, mientras que Valseir era un encumbrado choal), pero Oazil parecía mucho mayor, más oscuro y más curtido por el clima, y casi tan oscuro como Jundriance, que era diez veces mayor, pero había pasado buena parte de su vida como erudito en fase dilatoria, en lugar de vagar por la atmósfera exponiéndose a los elementos.

Oazil remolcaba una pequeña caravana flotante, conformada como un morador pequeño y engalanada de un modo similar, en la que transportaba cambios de atuendo, objetos de gran valor sentimental y una selección de regalos que había hecho, normalmente tallados en raíces de nube de oxiárbol. Le regaló uno, cuya forma remedaba la casa de burbuja, a Nuern, para que se lo hiciera llegar a Jundriance, cuando abandonara los abismos del pausado mundo académico.

Nuern no pareció especialmente impresionado al recibir esta pequeña prenda. No obstante, Oazil aseguraba que la casa de Valseir había sido un parador para él en sus peregrinajes durante los últimos, oh, cincuenta o sesenta mil años, más o menos. Y de cualquier modo, y sobre todo lejos de las ciudades, había una tradición de hospitalidad para con los nómadas cuyo descuido acarrearía un terrible sacrificio de prestigio, desde luego, si había otros invitados en las inmediaciones que presenciaran el insulto.

—¿Se quedará mucho tiempo, señor? —preguntó Nuern.

—Sí, ¿lo hará? —preguntó Livilido.

—Oh, no, me iré mañana —dijo Oazil al morador más joven—. Estoy seguro de que esta sigue siendo una casa excelente, aunque por supuesto me apena que mi viejo amigo haya fallecido. Sin embargo, me encuentro incómodo cuando me demoro demasiado en el mismo sitio, y las casas, aunque no me aterran tanto como las ciudades, me provocan una especie de inquietud. Cuando estoy cerca de una casa, por muy agradable que sea su aspecto, y hospitalarios sus anfitriones, estoy impaciente por alejarme.

Se encontraban en el exterior de uno de los numerosos balcones que rodeaban los espacios vitales de la casa. En principio, habían convenido un almuerzo matutino en el comedor suspendido en la red para recibir a Oazil, pero el viejo morador se había sentido incómodo, nervioso y crispado desde el principio, y antes de acabarse el primer plato les preguntó, avergonzado y lastimero, si podía comer fuera, quizá al otro lado de una ventana abierta, para que pudieran seguir conversando cara a cara. Padecía una especie de claustrofobia, causada por milenios de vagar bajo los vastos cielos sin techo, y se sentía incómodo confinado así. Nuern y Livilido se aprestaron a ordenar a sus criados más jóvenes que pusieran la mesa y sirvieran el almuerzo en el balcón más cercano.

Salieron al exterior, y después de ofrecerles prolijas disculpas por haber impuesto su voluntad, Oazil se acomodó, disfrutó de la comida, y después de probar unos granos de aura y vestigios de timbre entre los narcóticos del centro de mesa (modelado a imagen de una ciudad universitaria globular) se relajó lo suficiente como para compartir con ellos sus reflexiones sobre los orígenes de los moradores. Era el tema de sobremesa favorito entre los moradores, de modo que prácticamente no quedaba nada original que decir al respecto, pero, en honor a Oazil, el asunto había sido su especialidad académica antes de liberarse de las ataduras de la vida escolástica y echar a flotar en los altos cielos del nomadismo.

Hatherence le preguntó al anciano morador si su especie siempre había sido incapaz de experimentar dolor, o les habían criado para ello.

—¡Ah! ¡Si lo supiéramos! Me fascina que me haga esta pregunta, pues creo es de la mayor importancia a la hora de determinar el significado real de nuestra especie en el universo...

Fassin, que descansaba levemente en una muesa almohadillada al otro lado de la mesa ceremonial, frente al viejo morador, descubrió que su atención divagaba. Parecía que ahora lo hacía con frecuencia. Quizá habían transcurrido doce días de Nasqueron desde que recibiera la noticia de la destrucción de la Casa de Invierno. Había pasado casi todo ese tiempo en las diversas bibliotecas, buscando cualquier cosa que pudiera conducir a su objetivo, que adoptaba una apariencia cada vez más mítica, por lo menos para él: el tercer volumen de la obra que se había llevado de aquel lugar hacía más de doscientos años, y que supuestamente había provocado gran parte de lo sucedido desde entonces. Observó, buscó, inspeccionó, registró y analizó, pero con mucha frecuencia, incluso cuando creía que se estaba concentrando plenamente, descubría que había pasado los últimos minutos con la mirada perdida en el espacio, recreando algún aspecto de la septa y la vida familiar que había perdido, recordando alguna conversación inconsecuente celebrada décadas atrás, algún diálogo intrascendente en su momento, que no habría creído que fuese a recordar jamás, ni mucho menos que saliera a la superficie ahora, cuando todos habían muerto y él se encontraba en un lugar tan lejano y diferente.

A veces sentía que se acumulaban las lágrimas en sus ojos. El gel antichoque las apartaba con delicadeza.

De tanto en tanto, pensaba de nuevo en el suicidio, y anhelaba, como si fuera un amor perdido, o una edad preciada y desaparecida, la voluntad, el deseo, la férrea determinación de acabar con todo, que habría hecho que matarse fuera una posibilidad realista. En cambio, el suicidio se antojaba tan redundante y frívolo como todo lo demás en la vida. Necesitabas deseo, el deseo de la muerte, para matarte. Cuando al parecer no te quedaba deseo, ni emociones o impulsos de ninguna clase, sino sus sombras, sus hábitos, matarse se tornaba una tarea tan imposible como enamorarse.

Levantaba la vista de los libros y los pergaminos, los microfilms y los cristales,

las hojas de diamante grabadas y las brillantes pantallas y hologramas, y se preguntaba cuál era el objeto de todo. Conocía las respuestas habituales, desde luego: la gente (todas las especies, todos los tipos de especies) quería vivir, ansiaba comodidad, y verse libre de amenazas, precisaba alguna forma de energía, ya fuera directa, como la absorción de la luz solar, o distante, como la ingesta de carne, deseaba procrear, sentía curiosidad, deseaba el conocimiento, la fama, el éxito, o cualquiera de las diversas formas de prosperidad, pero en última instancia, ¿con qué fin? La gente moría. Hasta los inmortales morían. Los dioses morían.

Algunos tenían fe, creencias religiosas, incluso en aquella era de autosuficiencia física prodigiosa y generalizada, incluso en medio de aquella abundante claridad universal de ateísmo y ausencia de Dios; pero, en su experiencia, esas personas no parecían menos propensas a la desesperación, y su fe constituía una predisposición incluso en su renuncia, pues no era sino otra cosa que perder y lamentar.

La gente seguía adelante, vivía, se esforzaba y se obstinaba en vivir a pesar de la desesperación y el dolor, desesperada por no morir, por aferrarse a la vida a toda costa, como si fuera lo más precioso, cuando solo les había reportado y les reportaría en el futuro más desesperanza y dolor.

Todos parecían vivir como si las cosas siempre estuvieran a punto de mejorar, como si los malos tiempos estuvieran a punto de terminar, en cualquier momento, pero casi siempre se equivocaban. La vida proseguía su lenta y pesada marcha. A veces para bien, pero a menudo para mal, y siempre dirigiéndose a la muerte. Sin embargo, actuaban como si la muerte fuera la sorpresa más inesperada: «vaya, ¿quién ha puesto eso ahí?» Quizá ese fuera el mejor modo de tratarla, por supuesto. Quizá lo más sensato fuera comportarse como si no hubiese existido nada antes de que uno alcanzara la consciencia, y no existiera nada tras su muerte, como si el universo se levantara en torno a la conciencia individual de cada uno. Era una hipótesis que funcionaba, una media verdad útil.

Pero, ¿significaba eso que el impulso de vivir era el resultado de una especie de ilusión? ¿Acaso la realidad, de hecho, era que nada importaba, y la gente se engañaba al pensar lo contrario? ¿Acaso las opciones eran la desesperación, el rechazo de la razón a cambio de una fe idiota, o una suerte de solipsismo defensivo?

Quizá Valseir habría tenido algo valioso que decir al respecto, pensó Fassin. Pero claro, él también estaba muerto.

Miró a Oazil, y se preguntó si aquel nómada autoproclamado había conocido realmente al encumbrado fallecido en cuya antigua residencia se encontraban. ¿O solo era un oportunista, un fanfarrón, un fantasioso y mentiroso?

Así pensando, rumiando su estudiada desesperación, Fassin solo escuchaba a medias al viejo morador, sus teorías sobre el desarrollo de la fauna en los sistemas gaseosos, y sus historias de vagabundeo.

Oazil les contó que una vez había circunnavegado la banda tropical meridional sin ver a otro morador durante ciento cuarenta mil kilómetros, que una vez se había

topado con una pandilla de piratas de escultura adolescentes, semirenegados que sembraban raíz de nube pública y bosques de esclusas de amoníaco, convirtiéndose en su mascarón de proa, su mascota, su tótem, y que, muchos milenios atrás, en los eriales poco transitados de la región polar meridional, había deambulado por un vasto laberinto de túnel nubiloso vacío. ¿Era la obra de una tropa de máquinas constructoras de túneles proscritas, desaparecidas desde entonces? ¿Una obra de arte? ¿El prototipo perdido de una nueva clase de ciudad? Lo ignoraba; nadie había oído hablar de aquel lugar, de aquella cosa. Estuvo perdido en el interior de aquel vasto árbol, aquel gigantesco pulmón, aquel entramado de raíces, laberíntico y colosal, durante mil años, hasta que emergió once duodécimas partes muerto de hambre y medio loco. Informó del descubrimiento, y lo buscaron, pero nunca volvieron a encontrarlo. La mayoría pensaba que se lo había imaginado todo, pero eso no era cierto. Ellos le creían, ¿verdad?

El golpeteo había vuelto a empezar. Había sido vagamente consciente de él, pero lo había ignorado, sin molestarse siquiera en atribuirlo a una función de las cañerías de la casa, a la expansión diferencial, o a la reacción frente a una efímera corriente del gas circundante. Había cesado al cabo de un rato; también se había percatado de ello a medias, pero no le había dado importancia. Ahora había vuelto a empezar, y era un poco más audible.

Fassin se hallaba en la Biblioteca Tres, una biblioteca interna, devorando con avidez el contenido de una subbiblioteca que, según parecía, Valseir había establecido como parte de un conjunto de trabajo hacía eras incalculables. Conforme a la primera fecha que se habían molestado en anotar, aquel material había languidecido, sin que lo consultaran ni leyeran, durante treinta milenios, pues se remontaba a una era que distaba varias especies de observadores lentos, mucho antes de que los humanos llegasen a Ulubis. Fassin sospechaba que se trataba de material intercambiado, datos (de segunda o tercera mano, quién sabía cuántas manos) de origen oscuro y desconocido, posiblemente autotraducidos (desde luego, esa era la impresión que le producía su lectura, cuando se zambullía en el texto para asegurarse de que el contenido era el que aseguraban los sumarios), recopilados, presentados y transmitidos a los moradores de Nasqueron por una especie de observadores largo tiempo desbancada (hasta era posible que largo tiempo extinta), presumiblemente a cambio de información todavía más antigua. Se preguntó en qué momento la mayoría de los datos que almacenaban los moradores se convertirían en datos intercambiados, y si había llegado ya ese momento. No era el primer observador que pensaba en ello y, gracias a la absoluta opacidad de los archivos de los moradores, sin duda no sería el último.

Los volúmenes que había estado comprobando se componían sobre todo de historias relativas a las aventuras románticas y las reflexiones filosóficas de un grupo de transatlánticos de campos estelares, pero o bien se habían traducido en numerosas

ocasiones, o bien no se trataba de la obra de otra especie, sino de otro tipo de especie. En cualquier caso, se antojaban fantasiosos.

El golpeteo no estaba dispuesto a cesar.

Levantó la vista de la pantalla hasta la claraboya redonda dispuesta en el techo. La Biblioteca Tres, aunque ahora estaba rodeada y coronada por otras esferas, antaño se había encontrado en la periferia superior de la casa, y tenía una generosa expansión de hoja de diamante en su cénit, aunque en la actualidad, si bien la casa hubiera estado situada en regiones menos sombrías, recibía poca luz natural.

Había una forma pequeña y pálida en el exterior. Cuando Fassin levantó la vista, el golpeteo se interrumpió y la figura hizo un ademán. Parecía un niño morador, una mascota. Fassin observó sus gestos durante un rato, y regresó a la pantalla y las hazañas, no especialmente factibles, de los transatlánticos. El golpeteo empezó de nuevo. Fassin sintió que intentaba suspirar en su pequeña nave de gas. Interrumpió el desplazamiento de la pantalla y se elevó de su asiento de muesca, alzándose hasta el centro del techo.

Se trataba, en efecto, de un niño morador, más bien elongado y de aspecto deforme; para los ojos humanos, semejaba un calamar, más que una raya. Estaba vestido con harapos, y adornado con algunos amuletos de aspecto patético. Fassin nunca había visto a un niño con ropas ni ornamentos. Resultaba oscuro, para uno tan joven, de un modo extraño y maduro. El niño señalaba hacia el interior, a una especie de cerrojo o pasador, junto a uno de los vidrios hexagonales del tragaluz.

Fassin observó al curioso niño durante un rato, mientras este seguía señalando el cierre. No había advertido indicios de la presencia de niños mascota en la casa durante la duración de su estancia. Este se figuraba a todas luces propiedad de Oazil, pero Oazil no había hecho gala de ninguno anteriormente, ni había mencionado que poseyera uno. El niño seguía indicando el cerrojo del vidrio. Empezó a ejecutar los movimientos de apretar, girar y tirar.

Fassin abrió el vidrio y dejó entrar a la criatura. Esta se deslizó en el interior, le hizo una seña que probablemente intentaba ser el equivalente de los moradores a «¡Shh!» y flotó hacia él, arrollando y ahuecando su cuerpo de modo que adoptase la forma de una hoz, a un metro escaso de la proa de la nave de punta de flecha. Luego, en su superficie de señales, ahora oculta a la vista en todas direcciones excepto en la que miraba Fassin, delectó:

OAZIL: REÚNETE CONMIGO 2 KM ABAJO, HORA 5. ASUNTO: VALSEIR.

Esperó hasta que Fassin señaló a modo de respuesta: «OK», y se apresuró a marcharse por donde había entrado; un esbelto tentáculo se demoró cuando salió el resto para cerrar el vidrio del techo a su paso. Desapareció en la penumbra nocturna del exterior, entre los oscuros globos de las bibliotecas.

Fassin consultó la hora. Casi la hora cuatro. Reanudó sus estudios, sin encontrar nada, sin pensar en nada, hasta casi las cinco, cuando regresó a la Biblioteca Veintiuno y volvió a deslizarse por la puerta secreta. Descendió dos mil metros a

través del calor y la presión que se incrementaban poco a poco y se reunió con el anciano morador Oazil, equipado con su caravana flotante. Oazil señaló:

- ¿Fassin Taak?

- Sí.

- ¿Con qué comparó Valseir a los rápidos? Con detalles, por favor.

- ¿Por qué?

El anciano morador no transmitió nada durante algún tiempo, y luego:

—Ya te lo imaginas, pequeño. De lo contrario, hazlo porque yo te lo pido. Para complacer a un viejo morador.

Fassin esperó un rato antes de responder:

- Con las nubes - transmitió, al fin. - Las nubes sobre uno de nuestros mundos. Somos fugaces, no somos nada en comparación con el paisaje de la superficie, no somos más que vapor comparados con la roca implacable, que se antoja eterna, y siempre está ahí mucho después de que hayan pasado las nubes del día, o de la estación; y, sin embargo, siempre hay otras nubes, al día siguiente, al siguiente y al siguiente, y la siguiente estación, y el siguiente año, mientras perduran las mismas montañas, pero el viento y la lluvia erosionan las montañas con el tiempo.

- *Hmmm*, transmitió Oazil, distraído. - Montañas. Curiosa idea. Nunca he visto una montaña.

- Y supongo que nunca lo harás. ¿Quieres que añada más cosas? Creo que no recuerdo mucho más.

- No, no será necesario.

- ¿Entonces?

- Valseir está vivo, dijo el viejo morador. - Te envía saludos.

- ¿Vivo?

—Hay una regata de clípers de gas en la tormenta C 2 Ultravioleta 3667, que comienza en un plazo de diecisiete días.

- Eso está en la zona de guerra, ¿verdad?

- El torneo estaba previsto mucho antes de que se iniciaran las hostilidades, de modo que los mariscales de guerra formal lo han autorizado. Le han concedido una exención especial. No faltes, Fassin Taak. Él te encontrará.

El anciano morador se dejó llevar un metro hacia delante, tensando las correas de la caravana flotante.

- Adiós, observador Taak, señaló. - Dale recuerdos a nuestro amigo común, si eres tan amable.

Se volvió y se alejó flotando en la profunda y cálida oscuridad. Al cabo de unos instantes se perdió a la mayoría de los sentidos pasivos. Fassin esperó hasta que no quedó ni rastro de él, y volvió a elevarse lentamente hasta la casa.

—Ah, Fassin, tengo entendido que proceden unas condolencias —dijo Y'sul, flotando desde el *Poaflias* hasta el balcón de recepción de la casa burbuja. Nuern,

Fassin y Hatherence habían observado la aparición de la nave en la bruma mortecina, pues oyeron sus motores mucho antes de verla.

—Tomo nota de tu compasión —respondió Fassin. El día anterior le había pedido a Hatherence que llamase al *Poaflias* y le ordenase regresar de su patrulla de caza. La pequeña nave regresó con un modesto número de trofeos colgados de su aparejo: varias vejigas de julmicker, que cabeceaban como espantosos globos pendientes de varas, tres pieles de abrazarraíces que se secaban al gas, y las cabezas de un par de gráciles crías de pichones volteadores (obviamente el trofeo más preciado, montado sobre el morro de la embarcación), y un esqueleto de niño morador, destripado y extendido sobre un marco de tal modo que semejaba un mascarón ligeramente grotesco, ondeando justo delante de la nave. Fassin advirtió que el traje ambiental de la coronel retrocedía levemente al percatarse su ocupante de lo que era en realidad la nueva adición del morro del *Poaflias*.

—¿Cuál es tu estado de ánimo, Fassin, ahora que has perdido a tantos miembros de tu familia? —preguntó Y'sul, deteniéndose frente al observador—. ¿Has decidido a regresar con tu pueblo?

—Mi estado de ánimo es... tranquilo. Supongo que todavía estoy conmocionado.

—¿Conmocionado?

—Búscalo en el diccionario. Todavía no he decidido regresar con mi pueblo. No queda casi nadie con quien pueda regresar. No obstante, hemos terminado aquí. Deseo regresar a Munueyn.

Esa mañana le había dicho a la coronel que había descubierto algo, y que debían marcharse.

—¿Qué ha descubierto, comandante? ¿Puedo verlo?

—Se lo diré después.

—Entiendo. Así que, ¿a dónde nos dirigimos ahora?

—Volvemos a Munueyn —mintió.

—¿Munueyn? Nuestro capitán estará complacido —dijo Y'sul.

Zarparon esa misma tarde. Nuern y Livilido parecían relajados, decididamente alegres por su marcha. Y'sul había regresado con nuevas de la guerra: ya se habían producido dos importantes ofensivas de dreadnoughts, resultando, en una batalla solamente, la pérdida de cinco dreadnoughts y casi un centenar de vidas. Las fuerzas de la zona se estaban retirando en dos volúmenes por lo menos, y el cinturón tenía sin duda la sartén por el mango en aquel momento.

Fassin y Hatherence grabaron breves mensajes de gratitud para que Jundriance los leyera a su conveniencia.

Nuern les preguntó si deseaban llevarse libros u otras obras de la casa.

—No, gracias —dijo Fassin.

—Yo he encontrado este divertido tesoro —dijo la coronel, sosteniendo un librito de hoja de diamante—. Me gustaría quedármelo.

—No faltaba más —le dijo Nuern—. ¿Algo más? Las obras basadas en diamante

como esa arderán dentro de unas décadas, cuando la casa se hunda más en el calor. Llévase las que quiera.

—Es usted muy amable. Esto es más que suficiente.

—¿La regata de clípers de gas? —dijo el capitán Slyne. Se rascó el manto—. Creía que deseabas volver a Munueyn.

—No era necesario que nuestros anfitriones supieran adónde nos dirigimos realmente —le explicó Fassin.

—¿Sospechas de ellos? —preguntó Y'sul.

—Sencillamente, no tengo razones para confiar en ellos —dijo Fassin.

—La regata se celebra alrededor de la tormenta Ultravioleta 3667, entre la Zona C y el Cinturón 2 —dijo la coronel—. Empieza dentro de dieciséis días. ¿Tenemos tiempo para llegar, capitán?

Se encontraban en el camarote de Slyne, un espacio bastante imponente, con pantallas de pared titilantes, mobiliario antiguo y antiguos pertrechos de guerra colgando del techo: pistolas, tubos explosivos y ballestas, que se mecían suavemente mientras el *Poaflias* se alejaba a medio gas de la antigua casa de Valseir. Hasta el momento, Fassin le había dicho a Hatherence adónde iban en realidad, pero no le había explicado por qué.

Slyne se inclinó, como si estuviera a punto de caer. Siguió rascándose el manto.

—Creo que sí. Será mejor que cambie de rumbo.

—Deje el cambio de rumbo para más tarde, ¿quiere? —pidió Fassin. Solo estaban a media hora de distancia de la casa burbuja—. Pero puede ir a toda velocidad.

—Habrá que hacerlo de todas formas, si queremos llegar a tiempo a esa tormenta —declaró Slyne, volviéndose para manipular un cubo holográfico que flotaba sobre su escritorio en forma de halo. Una carta del volumen iluminó la pantalla de mayor tamaño, frente a él, que se llenó en seguida de líneas de curvas suaves y cuadros de números en movimiento. Slyne observó aquella visualización durante unos momentos, y anunció—: Si vamos a toda velocidad, podemos llegar dentro de dieciocho días. Es lo mejor que puedo hacer. —Slyne aferró una palanca grande y pulida que reposaba en un lugar prominente de su escritorio y la empujó hasta el límite, con alivio moderado y evidente, así como cierta vergüenza. El tono de los motores de la nave se transformó, y el navío comenzó a adquirir velocidad gradualmente.

—Podemos establecer contacto con Munueyn y contratar una nave más rápida —sugirió Y'sul—, hacer que se encuentre con el *Poaflias* de camino, y embarcarnos en ella.

Slyne retrocedió, contemplando al morador de más edad mientras se extendían patrones desmedidos de traición y horror por su superficie de señales.

—Tendrá que bastar con dieciocho días, capitán —le dijo Fassin a Slyne—. No creo que debamos estar presentes al comienzo del torneo.

—¿Cuánto suelen durar estas competiciones? —preguntó Hatherence.

Slyne apartó la mirada del impassible Y'sul y dijo:

—Normalmente, diez o doce días. Puede que debido a la guerra esta se acorte un poco. Estaremos allí a tiempo de presenciar la mayor parte.

—Bien —dijo Fassin—. Por favor, mantenga su trayectoria actual durante media hora más, capitán. Luego diríjase a la tormenta.

Slyne adoptó un aire más feliz.

—Delo por hecho.

Slyne se aprovechó de un río de viento, una efímera cinta de corriente que discurría con especial urgencia en el fabuloso torrente de la zona rotatoria, y avanzaron con gran premura. En dos ocasiones les interceptaron naves de guerra, pero les permitieron seguir adelante, y se deslizaron a través de una red de minas, como una muralla de encaje negro tendida sobre el cielo, punteada con cabezas explosivas. Slyne les aseguró que se trataba de trampas para dreadnoughts, y que no debían preocuparse; disponían de decenas de metros de margen en casi todos los lados.

El fueraborda *Poaflias* consiguió aproximarse sobremanera al fondo de la tormenta denominada Ultravioleta 3667 en un lapso de dieciséis días, haciendo su aparición más o menos cuando comenzaba la regata.

—¡No os soltéis! ¡Puede que esto se ponga un poco movido! —chilló Y'sul, y repitió la advertencia en forma de señales, por si acaso no le hubieran escuchado.

Fassin y Hatherence habían ascendido a la cubierta cuando el *Poaflias* había empezado a estremecerse y cabecear con especial violencia. El gas que los rodeaba era todavía más oscuro que en la casa de Valseir, aunque menos denso y cálido, y aullaba con furia por el rudimentario aparejo de la nave. Los atisbos de cintas y franjas, como breves remolinos que rodeaban el buque, fueron de nuevo arrancados al zambullirse la nave en un extenso banco de nubes hirvientes.

El humano y la oerilita, que gozaban de una tranquilidad relativa al amparo de la escalerilla, intercambiaron una mirada, y se apresuraron a ponerse los toscos arneses. El de la coronel se ajustaba a su traje ambiental. El de Fassin era lo bastante ceñido, pero producía una impresión de desaliño, como si no estuviera diseñado para su forma alienígena. Slyne había insistido en que los llevaran para subir a cubierta cuando el *Poaflias* fuese a toda velocidad, aunque tanto Hatherence como Fassin, suponiendo que de algún modo salieran despedidos de la cubierta, por improbable que eso fuera, podrían alcanzar sin esfuerzo a la nave con su propio impulso.

—¿Qué sucede? —gritó Hatherence cuando se aproximaron a Y'sul, aferrado la barandilla situada junto al arpón de proa.

—¡Vamos a embestir a la tormenta! —bramó Y'sul a modo de respuesta.

—¡Eso parece peligroso! —chilló Hatherence.

—¡Oh, sin duda!

—Y, ¿de qué se trata, exactamente?

—De atravesar la pared de la tormenta —gritó Y'sul— y enfrentarse a los vientos de los márgenes. ¡Seguramente será espectacular! —Más adelante, distinguieron una muralla grande y oscura, formada por un remolino de nubes impetuosas, más allá de los jirones y despojos de gas que la nave hendía a su paso. Las líneas dentadas de los relámpagos palpitaban a lo largo del vasto precipicio como venas de mercurio.

Siguieron dirigiéndose a máxima velocidad contra la muralla, que se extendía por ambos lados hasta donde alcanzaba la vista, y hasta el infinito en sentido ascendente. Por debajo de ella se extendía una masa turbulenta de gas todavía más oscuro, que hervía como en una caldera. El viento se recrudeció, rasgando las barandillas, el aparejo y los aéreos como si estos fueran un enorme instrumento. El *Poaflias* se estremeció y tembló.

—Sospecho que es hora de bajar —gritó Hatherence.

Una vejiga de julficker salió despedida desde un pasamanos cercano (al parecer, era la última que quedaba), atizó a Y'sul por el lado de estribor, y se perdió de inmediato en el vendaval ululante.

—Puede que sí —convino Y'sul—. Después de vosotros.

Desde la cubierta para tormenta blindada de la nave, en compañía de Slyne, hacinados bajo una gruesa cápsula de diamante situada en medio del navío, observaron su extensión y contemplaron cómo el morro del *Poaflias* se precipitaba en la tormenta, como un torpedo lanzado a una cascada de tinta horizontal. La nave gruñó, empezó a girar, y todos salieron despedidos y se estrellaron unos contra otros. Desaparecieron en la muralla de oscuridad. El *Poaflias* se estremecía y danzaba como un niño morador en el extremo del cable de un arpón.

Slyne profería alaridos mientras se debatía con las palancas y los timones. Los niños mascota gimoteaban, atrapados en los confines del espacio ovalado.

—¿Esto es absolutamente necesario? —le preguntó Fassin a Y'sul.

—¡Lo dudo! —respondió el morador. Empezaron a encenderse los pulsadores del panel plano y de gran tamaño situado sobre Slyne; refulgían en la oscuridad.

Hatherence lo señaló, mientras se encendían docenas de ellos.

—¿Qué es eso?

—¡Los indicadores de control de daños! —explicó Slyne, que no cesaba de forcejear con las palancas y los timones. Cuando la nave descendió bruscamente se estrellaron contra el techo, y luego volvieron a aplastarse contra el suelo.

—Ya me parecía —dijo Hatherence, que salió despedida con ímpetu contra Fassin en un giro violento, y hubo de pedirle disculpas.

Cuando el resplandor se tornó demasiado molesto, Slyne desconectó el panel indicador de daños.

En lo más crudo de las turbulencias, uno de los niños mascota de Slyne se abalanzó contra su amo, que hubo de arrancárselo y dejarlo inconsciente de un manotazo, antes de arrojarlo en un compartimento. Era un misterio si buscaba consuelo desesperadamente, o se proponía atacarle.

Y'sul vomitó. Fassin nunca había visto a un morador vomitar.

Adheridos de nuevo al techo, cubiertos por una grasienta película de vómito, mientras Slyne maldecía y procuraba mantener su presa sobre los mandos, y los niños mascota lloriqueaban por todas partes, alguien musitó: «Joder, vamos a morir». Más tarde, todos declinaron la responsabilidad.

El *Poaflias* prorrumpió del torrente de la nube tormentosa hasta un remanso inmenso y brumoso, y empezó a descender como un trozo de hierro. Slyne inhaló gas para chillar, pero absorbió en parte el vómito de Y'sul, y solo consiguió farfullar. Presa de la tos y de las arcadas, maldiciendo el linaje de Y'sul hasta poco después del Big Bang, consiguió someter la nave, contactó con el control de la regata, se arrastró hasta el embarcadero inferior y atracó en una instalación tormentosa de reparaciones; la nave había perdido el aparejo, así como las barandillas, y cuatro de sus seis motores.

En lo alto, en el formidable cuenco que formaba la tormenta circulante, la bruma y el cielo moteado de estrellas que se extendía al otro lado, se distinguían formas minúsculas que circulaban lentamente, recortándose contra el resplandor metálico de la luz.

- La flota de rescate y los repetidores están en órbita, le dijo Hatherence.

Se encontraban en un mirador de acusada pendiente y provisto de cuantiosas gradas, henchido de moradores. El mirador estaba protegido por puntales de carbono, listos para detonar si se acercaba demasiado alguna de las naves participantes, y adherido al *Dzunda*, un zepelín de un klick de longitud que surcaba el límite interior de la pared de la tormenta, de modo que era un sitio relativamente seguro para observar las carreras de clípers. A ambos lados del abanico de asientos de muesca se alzaban pantallas gigantes, que retransmitían momentos culminantes de otras carreras, así como los acontecimientos demasiado alejados para que se presenciaran directamente.

- ¿La flota de rescate?, preguntó Fassin.

- Así me la describieron, dijo Hatherence, mientras se acomodaba en su asiento junto a Fassin. Los moradores les miraban fijamente, fascinados, según parecía, por su naturaleza alienígena. Y'sul se había alejado para reunirse con un viejo amigo. Mientras estuvo con ellos, los moradores solo les observaron de vez en cuando. En su ausencia, les contemplaban con descaro. Los dos se habían acostumbrado a ello, y Fassin confiaba en que si Valseir se encontraba presente y le buscaba no habría de resultarles muy difícil encontrarle.

- ¿De qué tamaño es esa flota?, preguntó Fassin.

- No estoy segura.

En el inmenso ojo de la tormenta se daban cita cientos de zepelines de huéspedes y espectadores, montones de clípers que formaban parte de la competición, así como sus navíos de apoyo, y docenas de medios de comunicación y naves auxiliares, por no

hablar de un dreadnought de ceremonias neutral, el *Puisiel*, engalanado con profusos banderines, hileras de antiguas banderas de señalización y festones de flores globo del tamaño de moradores, para que nadie lo confundiera con uno de los dreadnoughts que participaban en la competición de mayor alcance y un poco más de seriedad que se celebraba al otro lado de la tormenta.

Las pantallas laterales se encendieron, y presenciaron una maniobra anterior, de una carrera celebrada el día antes. En derredor, un millar de moradores proferían abucheos, rugidos y risas, arrojaban comida, anunciaban apuestas de prestigio que más tarde habrían de negar o exagerar en función del resultado, e intercambiaban insultos.

- ¿Hay más noticias del exterior?, preguntó Fassin.

- Nuestras órdenes siguen siendo las mismas. Ha habido más ataques arbitrarios por todo el sistema, pero ninguno del alcance de los anteriores asaltos sobre las infraestructuras de los observadores. Los preparativos de defensa siguen en marcha. Los fabricantes siguen haciendo heroicos esfuerzos. El pueblo sigue haciendo grandes sacrificios de buena gana. La moral sigue siendo elevadísima. Aunque extraoficialmente, según parece, la gente está cada vez más asustada. Se han producido disturbios. Los monitores emplazados en el espacio profundo han captado rastros ambiguos de una flota de gran tamaño que se acerca desde la Desconexión E 5.

- ¿De qué tamaño?

- Lo bastante grande como para ser malo.

- ¿Ha habido muchos disturbios?

- No, no muchos.

El zepelín se puso en marcha, revolucionando sus motores en la distancia. Estalló una ovación desigual cuando los moradores se percataron de que las cosas estaban a punto de empezar.

- Bueno, comandante, transmitió la coronel, con una señal apagada por el bullicio ensordecedor. - Por fin hemos desembarcado de la nave *Poaflias*, estamos solos, me parece improbable que puedan oírnos, y he cultivado un deseo peculiar de saber por qué estamos aquí. A menos que, quizá, en el curso de sus estudios, haya descubierto que es usted un fanático insaciable de las carreras de clípers.

- Según Oazil, Valseir está vivo.

La coronel guardó silencio durante un rato. Luego transmitió:

- Eso me lo dice usted, ¿verdad?

- Por supuesto, es posible que Oazil esté loco o engañado, que sea un soñador o un bromista, pero a juzgar por lo que dijo conocía a Valseir, o cuando menos Valseir le había dicho lo que debía preguntarme para asegurarse de que yo era realmente quien decía ser.

- Entiendo. Así que su aparición en la casa no fue producto de la casualidad.

- Sospecho que la había vigilado. O que alguien lo había hecho, a la espera de

nuestra... de mi llegada.

- ¿Y le dijo que viniese aquí?

- Así es.

- ¿Y luego?

- Valseir me encontrará.

Se elevó otra ovación cuando el *Dzunda* empezó a adquirir velocidad, convirtiéndose en parte de una flotilla de naves de espectadores similares que se dirigían en tropel a través del gas a la parrilla de salida de los clípers, situada un par de kilómetros más adelante. Sería una carrera corta, de una hora de duración, aproximadamente, con vueltas en torno a boyas colocadas a lo largo de la pared de la tormenta. Las carreras se tornarían más largas y penosas a medida que progresara el encuentro, culminando en una última batalla épica que habría de contornear la superficie interior de la inmensa tormenta.

- De modo que Valseir sabía que usted le buscaba, o que quizá lo hiciera, y tomó medidas para... Hmm. Qué interesante. ¿Ha habido algún contacto hasta el momento?

- Todavía no. Pero ahora ya sabe por qué estamos aquí.

- ¿Me mantendrá informada?

- Sí. Pero espero que lo entienda, si debo alejarme a solas en algún momento. Puede que su presencia ponga nervioso a Valseir, o a quien sea.

El zepelín adquirió más velocidad, mientras se dirigía al lado de la parrilla de salida que lindaba con la tormenta. La estela empezó a arrastrar los globos y las bandejas desprendidas.

- ¿Nervioso? ¿Cree que se trata de algo tan... serio?

- ¿Usted qué cree?

- Me parece probable que Oazil sea alguna de las cosas que usted supuso. No obstante, ahora estamos aquí, y, si le dijo la verdad, sin duda contactarán con usted. Por supuesto, la alternativa es que a lo mejor nos estábamos acercando a algo interesante en casa de Valseir, y esto no fue sino un medio para quitarnos de en medio. ¿Qué le dijo Oazil, exactamente?

Fassin conservaba una grabación de la conversación que había mantenido con el morador errante en los abismos bajo la casa. Se la comunicó a Hatherence por medio de señales.

La flota de naves de espectadores rebasó la parrilla de salida como una bandada revoltosa de pájaros gordinflones. Estalló otra sonora ovación. Los clípers permanecían en el plano de salida, esperando su señal.

- Sin embargo, es muy poco para continuar, comandante, le dijo Hatherence. - Debería haber compartido esto conmigo antes, para que decidiera el curso de acción apropiado. Puede que haya sido indulgente en exceso con usted. Todavía tengo en cuenta su pérdida, por supuesto. No obstante, me temo que he sido culpable de negligencia.

- Yo no la delataré si usted tampoco lo hace, transmitió Fassin, sin pizca de humor.

Los clípers de gas eran versiones voluminosas, tripuladas por varios moradores, de los jammers de tormenta, que gobernaba uno solo; objetos de formas afiladas y angulosas, gallardos, con velas cortantes y quillas aguzadas. Con cincuenta metros de eslora (cincuenta metros en casi todas las direcciones) y erizados de velas resplandecientes semejantes a enormes cuchillas, parecían el resultado de arrojar un imán monstruoso en una tolva llena de armas afiladas exóticas. Los banderines lucían marcas de identidad, como florecillas de color en las cuchillas plateadas, que refulgían bajo el punto de luz resplandeciente de Ulubis.

Era imposible navegar en un solo medio. La verdadera navegación exigía una quilla (o algo parecido) en un medio, y velas (o algo similar) en otro. En una corriente de gas poderosa, no navegabas: volabas. No obstante, en los extremos de dos corrientes, en la frontera entre una zona que se desplazaba en una dirección y un cinturón que avanzaba en la otra, podías navegar, en teoría, si conseguías fabricar una nave lo bastante grande. Los moradores habían intentado fabricar naves de esa escala que se mantuvieran de una pieza. Habían fracasado.

En cambio, los jammers de tormenta y los clípers de gas explotaban los titánicos campos magnéticos que poseían la mayoría de los gigantes gaseosos. Las líneas del flujo eran su agua, el medio en que descansaban sus quillas de orientación. La posibilidad de navegar se planteaba gracias a un campo magnético colosal, que intentaba desplazarlos en una trayectoria, y a las bandas atmosféricas que rodeaban los gigantes gaseosos habitados por moradores, que esperaban que lo hicieran en una dirección bien distinta, como el resto de las cosas. Y si navegabas con las velas sumergidas en los extremos internos de sistemas tormentosos gigantes, el deporte se tornaba satisfactoriamente peligroso.

- Esperemos que no fuera un ardid para alejarnos de la casa, le dijo la coronel a Fassin. - Y que Valseir contacte con usted. Si es que está vivo. No tenemos razones para pensar que sea así. Le miró. - ¿Verdad?

- Ninguna.

Casi toda la flota de naves de espectadores había dejado atrás la parrilla de salida. Los clípers se estremecieron al unísono, y (con asombrosa rapidez, considerando que carecían de auténticos motores) se abalanzaron hacia la fabulosa muralla de nubes oscuras e impetuosas que trazaba el límite interno de la inmensa tormenta, desmarcándose y empujándose unos a otros, culebreando y abriéndose paso a la fuerza por el gas mientras se disputaban la posición, empleando las brisas ligeras y la simple inercia gaseosa del medio para orientarse, surcando las líneas de fuerza en dirección a la pared de la tormenta.

- Sin embargo, nunca se encontró el cadáver, ¿no es cierto?, preguntó Hatherence.

- Es cierto, respondió Fassin. - Si se perdió en una tempestad capaz de despedazar un jammer, no tenía muchas posibilidades de sobrevivir, pero es posible que lo

hiciera.

- Pero no hay... agua ni nada parecido, ¿verdad? No pueden ahogarse, y tampoco hace demasiado frío ni calor. ¿Cómo se mueren? ¿Basta con un viento fuerte?

- Desgarrados; los zarandea hasta que pierden la conciencia, y entonces los arrastra con demasiada rapidez como para que puedan mantenerse íntegros. O se sumen en un coma, lo que significa que se hundan en las profundidades. Y necesitan respirar. Si la presión es demasiado baja, no pueden hacerlo.

- *Hmmm.*

Los clípers de gas embistieron la superficie interna de la tormenta, desapareciendo parcialmente, mientras sus velas cuchilla extensibles hendían la corriente de gas. Aumentaron drásticamente su velocidad. No obstante su ventaja y el esfuerzo de sus rugientes motores, las naves de espectadores empezaron a perder terreno ante la flotilla de veloces clípers, aunque tomaban una ruta más corta y cerrada.

- ¿Es posible que de algún modo Valseir preparase el accidente?, preguntó la coronel.

- Es posible. Puede que dispusiera que le rescatara un amigo, un cómplice cercano. De ese modo, sería más probable que hubiera sobrevivido.

- ¿Los moradores fingen su muerte a menudo?

- Casi nunca.

- Eso creía.

El grupo de clípers se hallaba a la altura del centro de la flota de naves de espectadores de mayor tamaño, y el timbre y volumen de los gritos y exclamaciones de la concurrencia se elevó hasta nuevas cotas cuando la masa de clípers y sus escuadrones acompañantes de zepelines y navíos auxiliares produjeron la efímera impresión de moverse al unísono, mientras la oscura pared de la tormenta, semejante a un mar vertical, turbulento y sórdido, desfilaba ante ellos como una exhalación. Una inmensa banda sesgada de oscuridad ascendió para salir a su encuentro mientras se desplazaban a la sombra de la tormenta; la diadema atronadora del mar que se agitaba enloquecido, a cien clicks de altura y diez mil kilómetros de anchura, eclipsaba el punto brumoso de Ulubis.

—Fassin, ¿has apostado ya? —dijo Y'sul, acomodándose en su asiento de muesca a su lado. Un niño mascota con uniforme de camarero flotaba cerca con una bandeja; esperó hasta que el morador de más edad se hubo acomodado en su asiento, y entonces aseguró al asiento la bandeja con su parafernalia narcótica y se retiró.

—No. Dependería de tu prestigio, ¿verdad?

—¡Oh! Supongo que sí —convino Y'sul, que aparentemente solo ahora reflexionaba sobre ello—. Es obvio que confío en ti de un modo subconsciente. Qué extraño. —Se desplazó hacia un lado y empezó a rebuscar entre los diversos preparados narcóticos que había traído consigo.

—¿Cómo estaba su amigo? —le preguntó Hatherence.

—Muy animado —respondió Y'sul, sin mirarla—. Su padre murió en combate ayer. Es posible que obtenga puntos de prestigio por valentía, o algo así. —Siguió escarbando—. Juraría que tengo un poco de fiebre cerebral...

—Me alegro de que se lo haya tomado tan bien —dijo Fassin.

—¡Ah! Aquí está —anunció Y'sul, sosteniendo una gran cápsula brillante de color naranja para observarla con atención—. Ah, sí, Fassin: me he topado con un joven que aseguraba conocerte. Me ha dado esto. —Y'sul hurgó en un bolsillo de su calzón y extrajo una diminuta lámina estampada, que le entregó a Fassin.

El humano la sostuvo con uno de los manipuladores de precisión de la nave de gas y observó la fotografía. Mostraba unas nubes blancas sobre un cielo azul.

—Sí, está claro que el color está mal —comentó Y'sul—. No he podido evitar reparar en ello.

Fassin advirtió que la coronel también miraba la imagen, reclinada en silencio.

—Esa persona que aseguraba conocerme, ¿te dijo algo? —preguntó Fassin.

—¿Eh? —dijo Y'sul, que todavía estaba estudiando la pastilla naranja, del tamaño de un dedo—. Ah, sí. Dijo que cuidaras bien esa cosa, y que estarían en el restaurante del mirador de popa, si deseabas verlos. A solas, dijeron. Me pareció un poco grosero. Pero era muy joven. Es lo que cabe esperar.

—Bueno, pues gracias —dijo Fassin.

—De nada —dijo Y'sul, haciendo un ademán. Engulló la gigantesca píldora.

- Con su permiso, coronel, transmitió Fassin a Hatherence.

- Concedido. Tenga cuidado.

—Perdón —dijo Fassin, mientras se elevaba de su asiento de muesca. Y'sul no le oyó. Dos de los clípers que iban en cabeza libraban un duelo privado, cada uno se interponía en la trayectoria del otro, intentando embrollar las líneas de campo, arrebatarse el viento y dejar al otro atrás en la estela de un remolino o hacer que se estrellara; Y'sul flotaba sobre su asiento, chillando y dando alaridos con los espectadores que todavía no se encontraban en su pequeño mundo narcótico.

El morador (un joven, por lo menos, a juzgar por su atuendo sencillo y su apariencia) interceptó a Fassin en el amplio pasillo central del *Dzunda*, caminando a la misma velocidad que él, mientras se dirigía a la parte trasera de la nave. Fassin se volvió levemente hacia su repentino acompañante y continuó caminando.

—¿Observador Taak? —dijo el joven.

—Sí.

—Acompañeme, por favor.

Fassin siguió al joven morador, que no le condujo al restaurante del mirador de popa, sino a un camarote privado suspendido bajo el zepelín, donde se encontraba el capitán del *Dzunda*, hablando con un morador anciano que aparentaba por lo menos la edad de un sabio precoz. El capitán se volvió al entrar el joven y Fassin, y tras dedicarle a este una discreta inclinación de cabeza, se marchó con el joven, dejándole

solo con el anciano morador en la burbuja de diamante esférica. Algunas pantallas mostraban vistas silenciosas de la carrera. En un rincón había una bandeja flotante que sostenía un voluminoso narcoincensario, desde donde se desplegaba un humo azul grisáceo que llenaba el camarote de bruma y aroma.

—¿Eres tú, viejo?

—Sigo siendo yo, joven Taak —dijo la voz familiar.

El morador flotó hasta él. Si se trataba de Valseir, no parecía más encogido, sino más bien más oscuro que la última vez que Fassin le había visto. Se había desprendido de todos sus amuletos y adornos, y ahora lucía unas exiguas túnicas amarillas, rigurosas y formales, casi monásticas.

—¿Tienes la prenda que te envié?

Fassin le entregó la pequeña lámina estampada. El morador la observó, mientras el manto de su chaflán se ondulaba en una sonrisa.

—Sí, todavía nos desgastáis, ¿verdad? —Se la devolvió—. Cuídala bien. Y, ¿cómo está Oazil? Supongo que te encontró en la casa y que no estás aquí por casualidad.

—Está bien. Es algo excéntrico, pero está bien.

La sonrisa del viejo morador se ensanchó, y luego se desvaneció.

—¿Y la casa? ¿Mis bibliotecas?

—Se están hundiendo en las profundidades. Lo que queda de ellas.

—¿Lo que queda de ellas?

—Faltaba una parte.

—Ah. El estudio.

—¿Qué le sucedió?

—El túnel nubiloso empezó a tornarse demasiado pesado como para sostenerlo, de modo que desconecté la casa. Pero primero despejé el estudio. La sección de túnel se sumió en las profundidades.

—¿Y el contenido?

El viejo morador retrocedió levemente, produciendo pequeñas perturbaciones de humo en la bruma.

—Sigues poniéndome a prueba, ¿verdad, Fassin Taak? Todavía no estás dispuesto a confiar en que soy el que crees que soy.

—¿Y quién creo que eres?

—Valseir, tu viejo amigo, según pensaba; antaño era un choal, y ahora me comporto como un sabio niño, a la espera de la confirmación de mis semejantes, si abandono la clandestinidad algún día. ¿Crees que abandonaré la clandestinidad algún día, observador Taak?

—Eso depende. —Detrás del anciano morador, la carrera de clípers continuaba, muy por delante del esforzado zepelín. Las pantallas que proyectaban las señales de las cámaras cohete retransmitían la acción en primer plano. Los sonidos de las distantes ovaciones franqueaban las ventanas de vidrio de diamante abiertas del

camarote privado—. ¿Por qué entraste en la clandestinidad?

El morador pasó a susurrar señales.

—Porque se me ocurrió echar una ojeada a lo que te había entregado a cambio de los cuadros expresionistas que trajiste. Leí cierta nota, al final de cierto volumen. Lo que me recuerda que te debo una disculpa. No tenía intención de estafarte con tres traducciones distintas del mismo volumen, en lugar de las tres partes de la obra. Sea como fuere, leí esa nota, y llegué a la conclusión de que por esa clase de información las personas mueren, y están dispuestas a matar, sin lugar a dudas. De modo que decidí desaparecer. Morí.

—Perdona que haya dudado de ti, Valseir —dijo Fassin, adelantándose y extendiendo los dos manipuladores hacia el anciano morador.

—Suspícalo hasta el final —suspiró Valseir, ignorando el manipulador izquierdo y estrechando el derecho con su brazo de eje extendido—. Ya está; como saludan los humanos. ¿Estás satisfecho ahora, observador Taak?

Fassin sonrió.

—Completamente. Me alegro de volver a verte.

- Entonces, debes experimentar dolor emocional. Lo siento por ti.

- Yo intento no compadecerme demasiado de mí mismo. Y seguir haciendo lo que hay que hacer me ayuda.

Fassin le había referido a Valseir los ataques sobre Tercera Furia y la septa Bantrabal. Valseir le había narrado su vida desde que se encontraran por última vez; una época dominada por la Lista de los Moradores hasta un extremo en que ni siquiera lo había estado la de Fassin, hasta poco tiempo atrás. Había pasado la mayor parte de aquel periodo en la clandestinidad, tras fingir su propia muerte con la ayuda de Xessife, el capitán morador al que Fassin viera un instante antes. Era un viejo navegante de la tormenta, un piloto de jammers y clípers, con una colección de trofeos y medallas que pesaba más que él. Ahora retirado, seguía una trayectoria más contemplativa, y se conformaba con hacerse cargo de un zepelín de vez en cuando, para seguir formando parte de la escena de la navegación de la tormenta.

- ¿Y qué hay que hacer, observador Taak?

- Me parece que debemos encontrar ese tercer volumen. ¿Todavía lo tienes?

- No. Sin embargo, lo trascendente de este asunto no es el tercer volumen en sí.

- Entonces, ¿qué es?

- Una nota, un breve apéndice.

- ¿La tienes?

- No.

- ¿Sabes dónde está?

- No.

- Entonces, puede que estemos todos jodidos, por emplear el término humano.

- Sé qué dirección tomó.

- Es posible que eso nos ayude.

- ¿Estás de acuerdo en que quizá sea tan importante? ¿En que sin él puede que estemos «jodidos»?

- Es muy posible que estemos todos bien jodidos con él, pero sin él, mientras la gente piense que esa cosa existe, harán cosas terribles a cualquiera que se interponga en su camino, o no sea lo que ellos consideren cien por cien servicial. Mi acompañante, una coronel oerilita de la Ocula, dice que hay una flota de naves de guerra de los mercatoria sobre Nasqueron. La excusa es que han venido a rescatarnos, pero creo que quizá tengan otro propósito.

- ¿La intervención militar?

- En el instante en que crean que puede haber una pista sólida hacia la lista.

- Bueno, pues no debemos facilitarles una. Tampoco debo facilitar a mis compatriotas moradores una excusa para que me consideren un terrible traidor, por pensar siquiera en entregar a potencias alienígenas algo relacionado con el objeto en cuestión, aunque mis propios estudios y los de muchos otros indiquen que los datos que buscan están irremediabilmente obsoletos, son una quimera, o ambas cosas. Sin embargo, debo decirle a alguien hacia dónde apuntar, o puede que deba permanecer muerto para siempre.

- Parece que el destino ha decidido que me lo digas a mí. ¿Adónde me dirijo?

- Ah. Ahora bien, debo explicarme. Cuando descubrí a qué se refería la nota del primer volumen, como es natural busqué el tercero. Bueno, al menos, lo hice después de haber pasado varios días sumido en un estado de horror y rabia, al descubrir que aunque no fuera culpa mía (excepto por la afición a la bibliofilia, que normalmente es inofensiva) había desatado algo que en potencia podía destruir muchas cosas, para empezar mi propia vida, bastante feliz y despreocupada. Una vez hube superado ese episodio, me dediqué a mi búsqueda y al fin descubrí el volumen. Nunca he tenido semejante causa para maldecir mi descuidada actitud hacia la catalogación. La pieza pertinente estaba en la forma de un archivo separado anexo en los apéndices. Yo mismo le entregué el original del archivo a un amigo y colega coleccionista de la ciudad de Deilte, en la región polar meridional, preservado en una caja fuerte; le pedí que la cuidase en mi nombre, y que no la abriera. En caso de que yo muriera, debía entregarle la caja, a su vez, a alguien de su confianza, que tampoco debía abrirla. Con el tiempo, se presentaría un pariente, o una persona de confianza, en posesión de una lámina estampada con una imagen específica. La que ahora tienes. Debía entregarle a él la caja.

- ¿Crees que tu amigo de Deilte se habrá enterado de tu muerte? Yo no lo hice.

- Puede que sí, o puede que no. Es un anticuario, un coleccionista de datos, como yo, pero también es un recluso. Puede que se enterara por medio de conocidos comunes.

- Ya, transmitió Fassin. - Así que debo dirigirme a Deilte. ¿Cómo se llamaba tu amigo?

- Chimilinth.

El nombre apenas había surgido del pozo de señales de Valseir cuando Fassin advirtió un estallido de neutrinos.

- ¿Alguna zona concreta de Deilte?, preguntó, mientras empezaba a mirar en derredor con más atención.

- Chimilinth tenía la costumbre de trasladar su casa. Pero me imagino que los vecinos le conocen.

- De acuerdo. Así pues, ¿echaste un vistazo a esos datos? ¿Qué aspecto tenían?

El camarote privado de burbuja de diamante se hallaba casi vacío: solo estaban ellos dos, la bandeja flotante y el cuenco (los había inspeccionado automáticamente al entrar, y solo eran lo que aparentaban, nada más) y las pantallas, que asimismo parecían completamente normales. ¿Quién estaría empleando un comunicador de neutrinos? ¿Desde dónde? ¿Por qué se había producido ese repentino estallido, en ese preciso momento?

- Parecía álgebra.

Fassin inspeccionó el sencillo atuendo de Valseir. No encontró ningún vestigio de alta tecnología. Lo más sofisticado de sus túnicas era el tejido.

- ¿Álgebra?, preguntó.

Tampoco había nada en la superficie interior de la burbuja de diamante, ni en la exterior. Inspeccionó el tubo de acceso. Despejado.

- Parecía álgebra alienígena, le dijo Valseir.

Fassin observó la superficie inferior del zepelín justo encima de ellos, y la examinó, explorando el mismo radio en el espacio de gas despejado del exterior. Nada, tampoco. Un poco más lejos, entonces.

- ¿Alienígena?, preguntó, distraído.

Al parecer, no había nada en las inmediaciones. Solo estaba el *Dzunda*, después los cien metros que lo separaban del siguiente zepelín, y más allá, las restantes naves de espectadores y auxiliares, así como el dreadnought de acompañamiento *Puisiel*, surcando la atmósfera, varios clicks por encima de ellos, manteniéndose sin esfuerzo a la altura de la flota de espectadores, y los clípers de gas, que ahora empezaban a rodear la boya de la pared de la tormenta que indicaba el primer punto de inflexión de aquella breve carrera.

- Simbología alienígena, pero no del todo. Me pareció reconocer algunos símbolos. Parecían una forma de traductorio IV, una notación presuntamente universal, común a todas las especies, que se remonta dos billones de años, quizá, ideado por los wopuld (espongiformes invertidos extintos desde hace largo tiempo), pero con vestigios de antiguos iconos de los moradores. Habría tomado notas, pero desistí de consignar nada a una forma que pudiera transportarse, excepto lo que existe en mi propia mente, que es necesariamente incompleto. Por eso no he podido trabajar en ello desde entonces.

Fassin prestaba atención a cuanto decía Valseir, y lo grababa en los sistemas de la

nave de gas, por si deseaba repararlo más adelante, pero al mismo tiempo inspeccionaba con urgencia el volumen que los rodeaba, en busca de alguna forma de escucha o dispositivo de vigilancia. Los sensores de la pequeña nave de gas advirtieron otro estallido de algo que indudablemente parecía un comunicador de neutrinos; un súbito patrón en la estela general del caos de partículas casi carentes de masa.

El primer estallido se había producido en cuanto Valseir había pronunciado el nombre del morador al que había entregado el archivo. ¿Era posible que realmente se hubiera tratado de una coincidencia? Pero, ¿cómo les habrían oído? Se comunicaban por medio de señales susurradas, rayos de luz coherentes que titilaban desde un tranceptor hundido en la superficie hasta otro. Era imposible interceptar lo que decían, a menos que se interpusiera un espejo, o algún tipo de sensor, en los rayos.

¿Sería él? ¿Habrían pinchado la nave de gas? ¿Acaso Hatherence le había instalado algo? Inspeccionó y comprobó los sistemas, sin encontrar nada.

El zepelín que estaba sobre ellos se elevó con rapidez y firmeza cuando los clípers escalaron rugiendo el rostro escarpado de la tormenta. El *Dzunda* se remontó hacia la luz solar directa.

- ¿Así que no era más que un campo de ecuaciones?, preguntó Fassin al anciano morador.

La bruma que brotaba de los vapores narcóticos en el camarote privado se iluminó de repente, deshaciéndose en diminutas partículas individuales de vapor, y una ínfima parte de estas centelleaba y relucía.

- Es posible que solo fuera uno extenso.

Horrorizado, Fassin absorbió una muestra del vapor circundante en la unidad de análisis de alta resolución de la punta de flecha.

- ¿Una muestra de álgebra?, preguntó.

Los resultados del morro de alta tecnología de la nave de gas eran insólitos; al parecer, los receptores superficiales estaban indecisos en cuanto a lo que estaban oliendo. Fassin precisó el análisis de otro nivel de detalle, hasta la microscopía de electrones.

- Posiblemente, respondió Valseir.

En el exterior, en dirección a la pared de la tormenta, apenas a unas decenas de metros, apareció algo, que se vio atrapado brevemente en la luz solar sesgada y se excedió un segundo en adaptarse a las nuevas condiciones de iluminación.

Los resultados del microscopio de electrones interno de la punta de flecha fueron desconcertantes por un momento. Luego Fassin se percató de lo que estaba observando su unidad de análisis. Nanotecnología. Un caldo poco espeso de diminutas máquinas, receptores, analizadores, procesadores y señalizadores, lo bastante pequeños como para estar suspendidos en la atmósfera, y lo bastante livianos como para flotar en el humo narcótico como si fueran partículas de dichos vapores. Así los habían espiado. Había algo entre ellos, en el gas, que pululaba en medio de

sus rayos de señales y captaba su significado. No se trataba de nada tan tosco como un espejo, o un micrófono de fotones suspendido de un alambre, sino de esto, de estos, de cosas que supuestamente estaban prohibidas.

- Valseir, transmitió con urgencia. - ¿Quién ha traído este cuenco de narcóticos?

Incrementó la magnificación visual, contemplando con atención el punto donde un instante antes algo se había recortado contra la luz solar, en el gas abierto del exterior. Ahí estaba. Volvió a incrementar la magnificación, casi hasta el extremo de la granulosis.

- ¿Qué?, dijo Valseir, confundido. - Bueno, estaba aquí cuando yo...

Una tosca esfera, de apenas diez centímetros de anchura, situada a cuarenta metros de distancia, casi perfectamente camuflada, como un disco de cristal límpido frente a la auténtica vista. Vislumbró un foso de comunicación, un plato minúsculo, semejante a un cráter, que les apuntaba directamente. Fassin se desplazó a un lado para interponerse entre la menuda y lejana máquina y el anciano morador, y se aproximó a él, pegando su foso de comunicación al de Valseir, como si fueran moradores amorosos, señalando besos.

Valseir intentó retroceder.

- ¿Qué coj...?

- Nos están espiando, Valseir, transmitió Fassin. - Nos están observando, y escuchando. Parte del humo del cuenco es nanotecnología. Tenemos que marcharnos ahora mismo.

- ¿Qué? Pero...

Otro estallido de comunicación de electrinos. Ahora que Fassin sabía adónde mirar, comprobó que procedía sin duda de la esfera camuflada del exterior.

- Vámonos, Valseir. Ahora mismo.

Y otro estallido. Esta vez procedente de arriba. De muy arriba.

Valseir empujó a Fassin.

- ¿El humo del cuenco...?

- ¡Vámonos!, transmitió Fassin, empujando al anciano morador hacia el puerto de acceso en la cúspide del camarote de burbuja de diamante.

En el exterior, la pequeña esfera se apresuraba hacia ellos. Fassin se puso bajo Valseir y le obligó a ascender.

- ¡Fassin! ¡De acuerdo! Valseir empezaba a elevarse con su propio impulso, penetrando en el tubo de acceso vertical. La pequeña esfera atravesó con violencia la burbuja de diamante, esparciendo fragmentos, y se detuvo en la brecha irregular, todavía encubierta, como un borrón en el aire.

—¡Comandante Taak! —chilló—. Aquí el general Linosu, de la Jurisdicción Ocula. Este dispositivo está controlado por la Fuerza Expedicionaria de Nasqueron. No se alarme. Vamos a bajar para...

La voz se interrumpió cuando una línea de luz de color cereza, delgada como un cabello, perforó la pequeña esfera. El estruendo penetrante y repentino retumbó en el

interior del recinto de burbuja de diamante. Los restos de la exigua máquina salieron despedidos, y repiquetearon contra la pared opuesta del camarote privado. Fassin se volvió a tiempo de ver a Hatherence descender por el costado del *Dzunda* con su carapacho plateado. El rayo láser había procedido de ella. El pequeño dispositivo esférico se desprendió de su disfraz, revelándose como una máquina con acabado de espejo y alas achaparradas. Tenía un pequeño agujero en un costado, y otro mucho más grande y humeante en el otro. Dio la vuelta en el aire, chisporroteó y se desplomó hasta el suelo transparente. Fassin advirtió que Valseir, sobre él, vacilaba en el tubo de acceso. El viento de la estela silbaba por el agujero de la burbuja de diamante.

La coronel se columpió velozmente hacia el interior, hacia ellos.

- ¿Se encuentra bien, comandante?, señaló, deteniéndose justo en el exterior, exponiéndose al azote de la estela. Se inclinó para observar el dispositivo que rodaba por el suelo arqueado y diáfano del camarote.

»Mierda, transmitió. - Parece uno de los nuestros.

Entonces se produjo un destello blanco, como de todas partes al mismo tiempo, que cegó a Fassin por un instante. Cuando la luz se desvaneció, Hatherence ya estaba cayendo, desplomándose como una piedra a través del gas. Un objeto más veloz que los clípers surcaba el rostro de la pared de la tormenta, abriéndose paso hacia el zepelín.

Cuando la coronel había recorrido veinte metros bajo el camarote privado, floreció una línea de luz cegadora, de color blanco y amarillo, entre la máquina que se aproximaba y el traje ambiental de Hatherence, que arrojó fuego y estalló en pedazos. El presuroso dispositivo semejava una pequeña nave de gas o un misil, de forma afilada y provista de aleros. El residuo de su impulso producía una brillante llamarada.

Fassin miró hacia abajo para ver a Hatherence. Era una forma de manta raya oscura e irregular, que describía una espiral descendente entre los restos humeantes del traje ambiental destruido. Se retorció en el aire, dando coletazos, y en un tentáculo achaparrado centelleó algo; un rayo violeta se precipitó entonces hacia la nave dotada de aleros, y erró por un metro. Una nueva línea blanca procedente de la máquina alanceó a la coronel, destruyéndola en un estallido de luz tan brillante como la del sol.

Valseir había salvado el tubo de acceso. Fassin lo recorrió a toda prisa, como un cartucho el cañón de una pistola, mientras la vibración de la corriente descendente desgarraba el camarote de burbuja de diamante, ocasionando una convulsa explosión de escombros que brotó del *Dzunda* con un restallido y siguió a los restos de la coronel y de su traje ambiental hacia la base cóncava de la tormenta y las profundidades que se extendían más allá de esta.

Valseir esperaba arriba, en el amplio corredor.

—¡Fassin! ¿Qué sucede?

—¿Cómo podemos bajarnos de esta cosa? —preguntó, tomando al anciano morador por el brazo en forma de eje, y conduciéndole al acceso vertical más próximo.

—¿Es realmente necesario?

—Nos están atacando, Valseir.

—¿Estás seguro?

—Sí. Así que ¿cómo nos bajamos?

—¿Qué tiene de malo dejarse llevar?

—Es un poco vulnerable. Estaba pensando en una nave.

—Bueno, seguro que podemos conseguir un taxi. O un esquife del zepelín. Le preguntaré al capitán Xessife.

—No —dijo Fassin—. Al capitán Xessife, no.

—¿Por qué no?

—Alguien tuvo que poner ahí ese cuenco de narcóticos.

Llegaron al vertical.

—Pero... —titubeó Valseir—. Espera, ¿qué es ese ruido?

Fassin oyó un profundo trino procedente de varias direcciones.

—Puede que sea una alarma. —Indicó el tubo que se abría sobre ellos—. Después de ti. Hay que moverse.

Habían recorrido la mitad del vertical hacia el corredor central cuando el *Dzunda* sufrió una sacudida.

—Oh, oh —dijo Valseir.

—No te detengas.

Cuando llegaron a la explanada principal, el estruendo de la alarma era más sonoro. Los moradores se gritaban unos a otros mientras recogían las bandejas volcadas, la comida y las drogas, y observaban las pantallas de la pared. Fassin también miró.

—Joder —murmuró.

Las pantallas mostraban imágenes confusas de los alrededores; algunas cámaras y pantallas ya no se concentraban en la carrera de clípers, que seguía su curso. Una cámara seguía a una nave esbelta y provista de aleros, la que había atacado a Hatherence, mientras contorneaba el zepelín.

Otras pantallas mostraban naves, docenas de naves oscuras, que descendían desde el cielo.

Eran astronaves a prueba de gas de los mercatoria, algunas de apenas cincuenta metros de eslora, y otras tres o cuatro veces más grandes; elipses negras como el hollín, con alas gruesas, planos de cola gráciles pero rudimentarios, y vainas de motores. Se arrojaban hacia la flota de zepelines, y cada klick vertical, aproximadamente, se desmarcaban dos o tres para describir círculos, montando guardia. Mucho más arriba (otro ángulo de cámara solapado, que se difuminaba y se precisaba repentinamente), otras formas esbeltas giraban sobre la alta capa de bruma,

como aves de rapiña, sobrevolando carroña.

La perspectiva de otra pantalla osciló, y se afianzó con una sacudida en el dreadnought que acompañaba a la flota de espectadores, el *Puisiel*, cuyas torretas se desplazaban, mientras se elevaban los cañones de su artillería. Un rayo blanco y amarillo destelló a intervalos, horadando la nave de guerra, que se estremeció cuando las ondas de choque recorrieron su superficie externa. El rayo impactó casi al mismo tiempo en la pared de la tormenta que se levantaba tras el dreadnought, provocando una oscura bocanada de vapor semejante a un moretón, que se disipó en seguida. Al parecer, los clípers se habían esfumado.

—Por los pedos de los dioses, ¿qué sucede? —preguntó Valseir. Se habían detenido, paralizados por las pantallas, al igual que la mayoría de los asistentes que se encontraban en la explanada.

Las torretas y los cañones del *Puisiel* siguieron oscilando durante un momento, y se detuvieron, apuntando, al parecer, en direcciones arbitrarias.

—Oh, no —dijo Fassin.

Los cañones del *Puisiel* destellaron, destilando fuego y humo. Al mismo tiempo, se desprendieron de él formas más pequeñas, oscurecidas por las guirnaldas de humo que producían las andanadas, de las que brotaba asimismo fuego y humo, que empezaron a desplegarse hacia las naves que caían. Las pantallas parpadearon. Las oscuras astronaves resplandecían en su descenso. Entre el *Puisiel* y las naves negras dispersas, unas penetrantes líneas blancas se remataron en súbitas detonaciones, llenando de negros estallidos de humo el gas que se extendía por encima y en derredor de la flota de espectadores.

Una pantalla osciló para mostrar una astronave que se desplomaba en espiral, trazando una estela de humo. Los moradores empezaron a vociferar, arrojando bandejas, comida, narcóticos y niños mascota, mientras relucían señales explícitas de excitación y furia en las superficies de sus carapachos, y un hedor de ansia combativa henchía el aire, como si una sarta de minúsculas granadas de aroma hubiera estallado en la explanada. Un punto negro que arrastraba una estela de bruma residual se aproximaba a la astronave desarbolada, pero fue destruido desde arriba en una explosión de luz. Entonces, una forma todavía más pequeña y más rápida surcó la pantalla e impactó sobre la nave, detonando en el interior y partiéndola por la mitad; las dos secciones resquebrajadas se precipitaron hacia las profundidades, suspendidas de cordones elongados de humo. Los misiles restantes fueron interceptados con mayor facilidad, aplastados como insectos lentos.

Fassin empezó a tirar de Valseir. A su alrededor, los moradores vociferaban y ladraban a las pantallas, y empezaban a aceptar apuestas. Por toda la explanada resonaban conmociones lejanas y estruendos más prolongados, los sonidos de la batalla, largo tiempo pospuestos, que acompañaban a las imágenes casi instantáneas.

Había centelleos oscuros por todas partes. El dreadnought, moteado de fuego, se iluminó a lo largo de toda su eslora. Los rayos lo alanceaban, hundiéndose en la pared

de la tormenta, horadando moretones en el gas oscuro y turbulento. Aproximadamente un tercio de una andanada postrera, dirigida en su mayor parte al lugar que ocupara la astronave caída, salió del *Puisiel* una fracción de segundo antes de que impactaran los primeros rayos. El imponente navío se zarandeó como una hoja en una tormenta, y empezó a descender mientras nuevos rayos lo acribillaban. Un último rayo, menos brillante, pero mucho más ancho, horadó la sección central, arqueando la nave por la mitad y derribándola, trazando espirales etéreas. Algunos discos dobles minúsculos flotaron de la nave de guerra destrozada y se dejaron llevar o cayeron, algunos arrastrando una estela de humo. Otros fueron alcanzados por nuevos rayos de luz, y se desvanecieron en explosiones en miniatura.

—Muévete, Valseir —susurró Fassin en el silencio repentino—. Tenemos que alejarnos y llegar al exterior. —Se hallaban casi a la altura de un tubo de acceso que ascendía con una inclinación de cuarenta y cinco grados. Fassin empujó a Valseir hacia él—. Por aquí. —Ni siquiera sabía si en verdad debían alejarse. Quizá, de algún modo, estuvieran más seguros a bordo del zepelín. Pero al menos, cerca del exterior tendrían más opciones.

Valseir se dejó empujar hasta la pendiente del tubo de acceso. La sección inferior de la flota de naves oscuras se encontraba casi a la altura del cénit de la flota de espectadores. La explanada empezó a llenarse de aullidos. Un torrente de moradores que llegaba en dirección opuesta apartó a Fassin y a Valseir de la entrada del tubo.

Fassin continuó empujando al anciano morador, aunque ambos seguían mirando hacia atrás, hacia las pantallas. Una nave oscura trazaba círculos cada vez más cercanos a la pared de la tormenta. Cuando se acercaba a su proximidad más estrecha, un clíper prorrumpió del oscuro telón del remolino de gas, con las velas cuchilla extendidas como una reluciente explosión helada. Embistió la sección central de la oscura nave de guerra, arremetiendo contra ella y saliendo ambas naves despedidas por el cielo en una masa confusa que no cesaba de agitarse. Confinadas en su terrible abrazo, las dos naves empezaron a desplomarse, al igual que todo lo demás, dirigiéndose al pie del pozo ominoso y sombrío de la tormenta, y el aplastante calor del fondo.

Por toda la explanada reverberaron nuevos gritos y ladridos de alegría.

Otra cámara, otra pantalla: una sección de la pared de la tormenta se abultaba, el oscuro gas discurría en torno a un cono enorme y redondeado que se abría paso a la fuerza a través de la tempestad como si esta no existiera.

Un enorme dreadnought apareció, arrastrando serpentinas de gas como si fueran gigantescas pancartas. Chillidos de ánimo y grandes ovaciones estremecieron el aire a lo largo del anchuroso túnel de la explanada, que resonó como el tubo de un enorme órgano. El nuevo dreadnought despidió un resplandor plateado en un instante, esparciendo rayos blancos mientras surcaba el corazón de gas despejado del colosal ojo de la borrasca.

—No me jodas —se oyó decir Fassin—. Les estaban esperando.

El dreadnought plateado se impulsó con audacia hacia la flota de naves oscuras, que, después de haber empezado a aproximarse a la flota de espectadores, ahora oscilaban y se volvían para reconfigurarse y enfrentarse a la nueva amenaza.

El dreadnought se precipitó hacia delante; el fuego brillaba en su cola desprovista de hélices, los cañones disparaban y despedían destellos. Su superficie plateada, que reflejaba el cielo, la tormenta y los oscuros abismos, resplandecía con centelleos dentados, proyectando rayos en direcciones arbitrarias como púas brillantes. Dos oscuras naves más detonaron y se hundieron, alentando los gritos de los moradores presentes en la explanada (y las apuestas) hasta cotas más salvajes todavía.

El dreadnought avanzó a toda máquina, estremeciéndose bajo el peso del fuego que soportaba. Un misil de la flota de los mercatoria atravesó el campo visual, eludió un abanico de fuego interceptor procedente del dreadnought y arremetió contra él.

Solo hubo un asomo del comienzo de una explosión, que resquebrajó el dreadnought como si desgarrara el envoltorio de un pedazo de estrella, y la pantalla se tornó completamente blanca antes de difuminarse por completo hasta la nada. Las luces de la explanada parpadearon y se apagaron, regresaron y se desvanecieron de nuevo. El trino, que se había prolongado durante todo este tiempo, aunque en la práctica fuera inaudible, se interrumpió, y su ausencia fue como una pérdida de audición en el súbito silencio. El *Dzunda* se estremeció como un animal herido.

Algunas pantallas vacilaron, se apagaron y se llenaron de electricidad estática. Las que seguían funcionando ahora proporcionaban la única luz de la explanada. Poco a poco, la luz inundó el tubo alargado, a medida que las luces de emergencia estroboscópicas se encendían, se afianzaban y se afirmaban.

Empezó a alzarse un murmullo grave, que expresaba la trepidación y el resentimiento de los moradores. Una cámara osciló para mostrar el formidable hongo nuclear que colmaba el espacio que había ocupado el dreadnought. Algunos fragmentos minúsculos de escombros se hundieron, a lo lejos, como las delgadas garras de un puño hinchado y tumefacto. Las oscuras naves empezaron a aproximarse de nuevo a la flota de espectadores, que ahora se componía de navíos comandados por dos clases de capitanes: los que consideraban que lo mejor era aglutinarse, y los que creían que lo más seguro era dispersarse, o incluso exponerse a los vientos tormentosos.

La estampida de los moradores procedentes del tubo de acceso adonde Fassin intentaba empujar a Valseir les obligó a los dos a retroceder lentamente hasta el centro de la explanada. La gente inundaba el amplio espacio desde todos los puntos de acceso.

Alguien gritaba: «¡Mirad, mirad!»

La imagen lejana de una pantalla se reflejó de pronto en otras. Al principio parecía una repetición de la aparición del primer dreadnought, con el gran morro que sobresalía del telón de la corriente de nubes, arrastrando gases como largas banderas de guerra. Entonces el enfoque retrocedió, y la pantalla mostró la pared de la

tormenta, que se abultaba en otro punto, y luego en otro, en otro y en otro, hasta que se presentó a la vista un bosque vertical de grandes naves, que acometían desde la tormenta a la gran columna de astronaves negras que volaban en círculos, suspendidas como un péndulo gigantesco sobre la flota de espectadores.

El *Dzunda* se estremeció, osciló y gritó como un ser vivo cuando la onda de choque de la anterior explosión nuclear lo alcanzó y lo zarandeó. Los moradores salieron despedidos de un lado a otro por la explanada, chocando entre sí, con las paredes, el suelo y el techo, llenando el gas de juramentos y basura. Dos pantallas más se apagaron, pero restaban suficientes para mostrar la aparición de la flota de dreadnoughts de color mercurio, lívidos a causa del fuego que descargaban y encajaban. Los láseres destellaban, y los abanicos de proyectiles y rayos interceptores batían el gas y perforaban los veloces misiles en espiral. Otras dos oscuras naves, y luego una tercera, explotaron o se colapsaron, y empezaron a desplomarse o trazar espirales descendentes, pero otros dos dreadnoughts gigantes desaparecieron en detonaciones masivas que difuminaron las pantallas.

Otra pareja de dreadnoughts fue atrapada de súbito en un rayo de intenso brillo, procedente del cielo amarillo y despejado que se abría sobre ellos. El rayo se abatió entre ambos, haciendo que las dos gigantescas naves cabecearan como si tropezaran en el gas. Luego se escindió en dos astiles paralelos, y cada una de las varas violetas se estrechó en un instante y cercenó al dreadnought que se había propuesto como objetivo, como un hacha un cuello.

La explanada (sumida en la penumbra, henchida de aromas salvajes y los rugidos frenéticos de los moradores, que ignoraban si celebrar o lamentarse, iluminada por la luz espástica y espasmódica de las panorámicas de la batalla, oscilando enloquecidas por las pantallas) alcanzó una suerte de trascendencia caótica cuando empezó a sonar una música atronadora pero al mismo tiempo tranquilizadora, de un modo desafiante, producto de un sistema automático de gestión auxiliar confuso, que despertaba a la locura y procuraba extender tranquilidad.

—¿Qué cojones es eso? —oyó Fassin a un morador en las cercanías, en voz muy baja pero con claridad, a través del pandemonio.

Otra oscura nave de los mercatoria hecha trizas, otro dreadnought plateado que florecía en una explosión de fuego nuclear. Otro par de dreadnoughts conmocionados en la primera descarga del rayo violeta que restallaba desde lo alto.

Y en la pantalla opuesta, mirando hacia abajo en el anchuroso cuenco del muerto corazón de la tormenta, un enorme globo de color rojo de sombrío resplandor se alzaba de los gases hediondos, al pie de la tormenta, arrastrando una gran flauta de gas, como una bola de fuego de absurda solidez. Medía kilómetros de anchura y estaba estriado, dividido en bandas como un gigante gaseoso en miniatura, de modo que por un instante demencial Fassin creyó que estaba contemplando el palacio del jerarca Ormilla, que ascendía flotando con suavidad en la lucha.

Una chatarra contraída que se precipitaba hacia esta aparición (una astronave de

los mercatoria, destruida y humeante) concedió cierta escala a la enorme esfera, pues parecía que estaba a punto de caer tras ella, de modo que el globo que ascendía con rapidez adoptara tres o cuatro clicks de anchura.

En cambio, la nave destruida se desplomó frente a él, y aumentó dicha estimación en un factor de dos.

Un par de rayos, delgados como filamentos, de color blanco amarillento, se unieron de repente al formidable globo y se hundieron en él sin surtir efecto. El rayo violeta procedente de las alturas se columpió sobre él, extendiéndose brevemente como para medir sus siete u ocho kilómetros de diámetro antes de empezar a estrecharse.

En la superficie del globo gigante apareció un patrón de puntos negros.

El *Dzunda* volvió a estremecerse una y otra vez a medida que nuevos impactos se estrellaban contra él. Fassin contempló el ascenso de la gran esfera, mientras por ambos lados los moradores se estrellaban contra ella con sordos golpes, y perdió su presa sobre Valseir.

Había quizá unos cincuenta puntos negros, extendidos como al azar por el hemisferio superior del enorme globo. Al parecer, uno se encontraba en el centro del rayo violeta que se estrechaba y se precisaba con rapidez. Precisamente cuando dicho rayo se tornaba demasiado brillante como para ver el punto de ébano situado en su centro, este palpitó y se extendió. Entonces desapareció, justo cuando cada punto se convertía en el plinto de una esbelta columna de intenso brillo de pura luz blanca. Los rayos duraron un abrir y cerrar de ojos, y desaparecieron casi en cuanto se produjeron, solo su imagen perduraba, grabada en los ojos desprotegidos y en las cámaras con amortiguadores insuficientes vueltas hacia él.

Silencio, incluso cuando otra convulsión maniaca sacudió el *Dzunda*, haciendo que toda la explanada se ondulara y chirriara. Se apagaron más pantallas. La música estruendosa y tranquilizadora se interrumpió. Dos pantallas restantes cercanas mostraron las oscuras naves, escuadrones enteros, bandadas enteras, reducidas por la mayor parte de su eslora a ceniza centelleante y arrastrada por el viento; solo permanecían intactos los alargados morros de aguja y las colas provistas de aleros, que se desplomaban como meteoros, desplegando escuálidas estelas de humo hacia los tenebrosos abismos de la tormenta.

La pantalla más cercana mostró la cámara que se columpiaba por el cielo, en busca de una nave de los mercatoria intacta, solo para encontrar más bancos de humo y nuevas nubes de ceniza, que ya se dispersaban en el viento.

La panorámica de la otra pantalla se volvió hacia el cielo, donde un objeto de resplandor amarillo se desvanecía y desaparecía al enfriarse; al principio mantuvo su posición sobre la escena, y luego empezó a derivar hacia el este.

La enorme esfera siguió ascendiendo, aunque ahora aminoraba, poniéndose poco a poco a la altura de los despojos de la flota de espectadores. Las restantes dos docenas de dreadnoughts con acabado de espejo desaceleraban, poniéndose al pario a

un lado de las naves aglomeradas y dispersas.

Un clamoroso rugido de completa e inesperada victoria creció rápidamente en la garganta de todos los moradores, a lo largo de la longitud de la explanada, y se hinchó hasta convertirse en una cacofonía estruendosa y atronadora de sonoridad desorbitada y enloquecedora.

Entonces, una serie de ondas de choque aplastantes y titánicas acometieron al *Dzunda* como un vendaval que agita una bandera. Un estrépito semejante al aplauso de una tropa de titanes sofocó por completo el griterío de los moradores.

Todas las pantallas se apagaron. El zepelín *Dzunda* sufrió una última sacudida, y empezó a caer desde el cielo. Los moradores que no se dirigían con presteza a las salidas empezaron a hacerlo de inmediato, y los que se hallaban más próximos a Fassin le arrastraron con ellos por el tubo de acceso al que había intentado dirigirse desde el principio, hasta el exterior, por medio de un ancho puerto embudo situado en un mirador, a través del tejado de diamante completamente destrozado, hasta los cielos magullados y maltrechos de Nasqueron.

—¿Quieres decir que algunos de vuestros ridículos cuentos de hadas acerca de hiperarmas y naves secretas son ciertos? —dijo Fassin.

—Bueno —dijo Y'sul, mirando en derredor—, eso parece.

Se hallaban en el interior del *Isaut*, la enorme nave esférica que había destruido a casi toda la flota mercatorial (incluyendo al mando y control espacial, así como al bombardeo con armamento pesado de refuerzo) en un lapso aproximado de medio segundo. El *Isaut* ostentaba el título de protector planetario (negable), aunque ni Fassin ni los supervivientes rescatados de las naves destruidas y dañadas de la flota de espectadores hubieran oído hablar de semejante artilugio. Como había señalado Y'sul, esa era una especie de negación muy convincente.

Por supuesto, desde que se tenía memoria circulaban rumores y mitos sobre la secreta capacidad marcial de los moradores, y la insensatez de enfrentarse a una especie tan antigua y extendida, pero debido al hecho de que la mayoría de dichos mitos y rumores habían sido difundidos por los propios moradores, por regla general nadie se los tomaba en serio. Los moradores pasaban tanto tiempo rezongando, explicándole a todos lo absolutamente maravillosos y brillantes que eran, y sin embargo se antojaban tan petulantes, egocéntricos e indiferentes al destino de sus semejantes lejanos, tan desconectados, no solo del resto de la galaxia civilizada, sino de su propia diáspora tremendamente dispersa, que inevitablemente se los tachaba de soñadores jactanciosos, y sus cacareadas naves y armas se juzgaban, en el mejor de los casos, como una suerte de recuerdo folclórico de una magnificencia anterior, largo tiempo perdida y enteramente eclipsada.

Incluso ahora, después de haber visto los resultados de la intervención del *Isaut* con sus propios ojos (o por lo menos, por medio de los sensores de la pequeña nave de gas), Fassin no podía creer del todo lo que había presenciado.

—Pues sí que es un sitio extraño —comentó Valseir, observando el espacio esférico a donde les habían acompañado a Y'sul, a Fassin y a él.

Se habían encontrado con bastante prontitud en la confusión gaseosa generalizada de los supervivientes del *Dzunda*. La nave en forma de punta de flecha de Fassin, aunque era más pequeña que los moradores que la rodeaban, era una forma lo bastante peculiar como para que Y'sul y Valseir la distinguieran sin esfuerzo y se dirigieran hacia ella.

—¿Por qué todos me evitan de esta forma? —preguntó Fassin, cuando los dos se acercaron flotando a él, en el sosiego posterior a la batalla. Era cierto; los demás supervivientes moradores se mantenían a una distancia de cincuenta metros largos.

—Les preocupa que seas un objetivo —dijo Y'sul, mientras revisaba sus diversos bolsillos y bolsas para comprobar lo que había perdido en la excitación. En el contorno, varias columnas de humo alargadas se dispersaban en la brisa como tallos anémicos arraigados en la base oscura y distante de la tormenta, y unas abultadas nubes en forma de pesas (el único vestigio de las explosiones nucleares) se entrelazaban y deshilachaban lentamente; sus cabezas redondeadas, que apenas se movían, se aferraban sin embargo a niveles de atmósfera cada vez más elevados, atrapadas en las corrientes de viento diferenciales y proyectando sombras brumosas y enormes sobre los cielos nuevamente serenos del ojo de la tormenta. Cerniéndose a un lado, la inmensa esfera dividida en bandas que se había alzado de las profundidades flotaba como un planeta en miniatura, atrapado en el ojo de la gran tormenta.

A un lado, en la pared de la tormenta, la flota de clípers intentaba reagruparse. Cuando se arrojaba del *Dzunda*, que se hundía con los demás supervivientes, solo la exposición de toda una vida a la displicencia de los moradores, tanto congénita como fingida, había evitado que Fassin jadeara incrédulo al oír que a su alrededor algunos discutían con mucha seriedad si la carrera de clípers debía reanudarse, volver a empezar o declararse nula, y expresaban su opinión sobre el estado de las apuestas existentes a la luz de aquellas elecciones probables.

Las naves de espectadores menos dañadas, así como embarcaciones de otras clases, recogían a los moradores que flotaban a la deriva. Esquifes ambulancias procedentes de las naves supervivientes de la flota de dreadnoughts plateados, y navíos hospitales llegados de las instalaciones portuarias más cercanas rescataban a los individuos que habían sufrido heridas y quemaduras más graves.

Fassin era un objetivo, en efecto, pero no de las armas. Un trío de esquifes emergió de la gigantesca esfera y se dirigió sin demora al pequeño grupo integrado por Fassin y sus dos amigos moradores. Los llevaron a bordo y regresaron de inmediato al enorme globo, ignorando los gritos indignados de los moradores que momentos antes habían evitado deliberadamente a Fassin.

El esquife principal estaba tripulado por una pareja de moradores risueños, de considerable ancianidad; no les revelaron su nombre, su rango ni su edad, pero ambos

aparentaban por lo menos la de Jundriance. Los depositaron en las entrañas de la gigantesca nave esférica, luego de recorrer un oscuro túnel hasta una espaciosa recepción de forma esférica, dotada de instalaciones de lavado y snackateria, que Y'sul rechazó, desdeñoso, tras una ojeada. Antes de embarcarse de nuevo en su esquife, uno de aquellos moradores innominados les reveló, en respuesta a la pregunta de Fassin, el nombre y la categoría de la imponente nave donde ahora se encontraban. Fassin le advirtió que su nave de gas había estado en contacto con la nanotecnología de los mercatoria y que quizá estuviera contaminada, lo que no sorprendió ni alarmó a nadie en la medida que esperaba. La tripulación inspeccionó la pequeña nave de gas y le aseguró que, en fin, ya no estaba contaminada.

—¿Dónde está tu amiguita, la muy reverenda Coronel? —le preguntó Y'sul, dando muestras de mirar todo el espacio de la recepción—. Saltó de su asiento y echó a correr justo antes de que empezara la diversión.

—Está muerta —respondió Fassin.

—¿Muerta? —Y'sul retrocedió—. ¡Pero si parecía muy bien armada!

—Resulta que le disparó a un... dispositivo de los mercatoria —explicó Fassin—. Según parece, una de las primeras naves que apareció en escena decidió que era su enemiga y la fulminó.

—Oh —dijo Y'sul, abatido—. Entonces eran los mercatoria, ¿verdad? No esos desconectados. ¿Estás seguro?

—Bastante seguro —dijo Fassin.

—Maldita sea —rezongó Y'sul, irritado—. En ese caso, parece que he perdido una apuesta. Me pregunto cómo puedo librarme de ella. —Se alejó flotando, absorto en sus pensamientos.

Fassin se volvió hacia Valseir.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó. El anciano morador había parecido un poco turbado cuando se encontraron en el gas sobre el zepelín que se hundía, aunque aparte de algunas abrasiones en el carapacho, resultantes de la confusión del gentío que se aprestaba a escapar de la nave zozobrada, estaba indemne.

—Estoy bien, Fassin —respondió—. ¿Y tú? He oído que has perdido a tu amiga la coronel.

Fassin experimentó una súbita repetición de la última imagen que poseía de Hatherence, esa oscura forma de manta raya agitándose en el aire (un morador la habría tomado por una de sus crías) mientras le disparaba con una pistola de mano a la nave que la había arrancado de su traje ambiental, y moría en un chapoteo de fuego vengativo.

—Empiezo a acostumbrarme a que todos los que se acercan a mí sucumban de un modo violento —dijo.

—Hmmm. Me considero advertido —dijo Valseir.

—Era mi superior, Valseir —explicó Fassin—. Era mi guardaespaldas, pero

también me velaba en otro sentido. Me sorprendería que no le hubiesen ordenado matarme si se presentaban las circunstancias pertinentes.

—¿Crees que habría llevado a cabo esas órdenes?

Fassin titubeó, sintiéndose repentinamente mal por lo que acababa de decir, aunque a pesar de todo pensaba que era verdad. Era como si hubiera insultado la memoria de Hatherence. Apartó la mirada y dijo:

—Bueno, ahora nunca lo sabremos, ¿verdad?

Se abrió una puerta en el centro del techo. Todos alzaron la vista. Entraron dos moradores. Fassin reconoció a uno de ellos como Setstyin, el confeso traficante de influencias con quien hablara por teléfono la noche que había salido a escondidas de la casa de Y'sul, en la ciudad de Hauskip. El otro morador parecía verdaderamente anciano, oscuro y pequeño, de apenas cinco metros de diámetro, y ostentaba una indumentaria de alta cobertura, que probablemente ocultaba las escasas extremidades que le restaban, y tal vez algunas prótesis.

—Observador Fassin Taak —dijo Setstyin, dedicándole una reverencia. Después saludó a Y'sul, y por último a Valseir; al ser el morador de más edad, Valseir fue el último, y le brindó una reverencia especialmente respetuosa—. Y'sul, Valseir: os presento al sabio encumbrado chospe Drunisine, comandante ejecutivo de esta nave, el protector planetario (negable) *Isaut*.

—Un placer —dijo el oscuro morador, con voz seca y tajante.

—Y para nosotros un honor —dijo Y'sul, empujando a Fassin para adelantarse y ejecutar una reverencia completa y extravagante—, si me permite decirlo.

—El placer es nuestro, preniño —convino Valseir, reacio; también se inclinó, pero el gesto fue menos elaborado y más digno.

—Me alegro de verte, Setstyin —dijo Fassin—. Encantado de conocerle, señor —le dijo al morador de más edad.

Drunisine era sin duda el morador más antiguo que había conocido. Lo que se proponían los moradores, su destino, si vivían tanto tiempo, suponiendo que superasen primero los trances de su infancia, naturalmente, y que consumaran la adolescencia, la juventud y la adultez para discurrir por las etapas de su vida denominadas apogeo, encumbramiento y sabiduría, era alcanzar la niñez, el estado de completa realización que suponía la culminación absoluta de la existencia de los moradores. Drunisine había llegado a la etapa inmediatamente anterior a dicha culminación: era un chospe; un preniño. Era muy posible que tuviera más de dos billones de años.

—Me llamo Setstyin —dijo el otro morador, posándose cerca del centro de la sala esférica con el sabio y mirando a los demás—. Soy amigo del observador Taak, aquí presente. Espero que todos estéis lo bastante repuestos y descansados. Porque tenemos que hablar.

Decidieron que podían hablar. Setstyin hizo un ademán y descendieron unas hamacas desde el círculo que rodeaba la puerta del techo, que se cerró a continuación.

Se acomodaron.

—Observador Taak —dijo el anciano morador—, debemos asegurarnos de que toda evidencia de la batalla que acaba de terminar desaparezca de los recuerdos de esa pequeña nave que habita.

—Lo comprendo —repuso Fassin. Pensó en el término «negable». Proyectó cuando había grabado durante la batalla en el ojo de la tormenta y lo borró por completo. Asimismo, proyectó diversos recuerdos almacenados y se deshizo de ellos—. Hecho —dijo.

—Tendremos que comprobarlo —le dijo Setstyin, con un tono de disculpa.

—Por supuesto —dijo Fassin—. Supongo que no debemos decir nada acerca de lo que ha ocurrido ahí fuera. Ni de esta cosa.

—Diga lo que quiera, joven señor —respondió Drunisine—. Lo que nos preocupa son las pruebas materiales.

—Hemos eliminado los sistemas de vigilancia que quedaban en torno a Nasqueron —dijo Setstyin, dirigiéndose a Fassin—. Hemos destruido las naves transgresoras que presenciaron los acontecimientos. Estamos persiguiendo y despachando los despojos de la flota mercatorial.

—Los estamos cazando como a perros, observador Taak —dijo Drunisine, mirándole directamente y empleando la palabra inglesa—. Los estamos acosando, bloqueando sus sistemas, transtornando sus comunicaciones y sellando su destino para que no escape ninguna prueba directa de la existencia de esta nave ni de sus capacidades, aunque se adquiera de segunda mano. Y podría añadir que contemplamos su ejecución sumaria.

—Les agradezco que hayan hecho una excepción conmigo —dijo Fassin—. ¿No van a permitir que escape ninguna de las naves que se encontraban sobre Nasqueron?

—Ninguna —dijo el antiguo morador.

—Los que declaran guerras deben aceptar las consecuencias —tronó Y'sul, sentencioso.

—¿Y después? —preguntó Fassin.

—Especifique, por favor.

—¿Esto es el comienzo de una guerra contra los mercatoria, por lo menos la sección de Ulubis?

—No lo creo —dijo Drunisine, como si se le hubiera ocurrido aquella idea por primera vez—. A menos que decidan invadirnos de nuevo. ¿Cree que lo harán, Fassin Taak?

Fassin tenía la horrible sensación de que, considerando la actitud irremediabilmente desdeñosa que demostraban los moradores hacia los servicios de inteligencia, lo que dijera a continuación bien podía constituir el testimonio más congruente de la cuestión, con el que los moradores trabajarían y adoptarían sus decisiones.

—No, no lo creo. Creo que estarán tan espantados por el alcance de sus pérdidas

de hoy que no se atreverán a arriesgar más naves, cuando menos, mientras afronten la perspectiva de una invasión. Si la invasión fracasa, o reconquistan el sistema al fin, puede que se produzca una intentona de averiguar lo sucedido, y entonces sin duda habrá alegatos a favor de emprender represalias de alguna clase. Pero a corto plazo, por lo poco que he oído hablar de la Desconexión de la Epifanía 5, es posible que ellos también deseen, ah, transgredir. —Miró a Drunisine y a Setstyin, que guardaban silencio—. Aunque seguro que estarán preparados para ellos. —Más silencio—. De hecho, si los mercatoria de Ulubis descubren lo ocurrido y se percatan de que no lo consideran el comienzo de una guerra, puede que les sugieran unirse a ellos para oponerse a las fuerzas de la Desconexión de la Epifanía 5.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —preguntó inexpresivamente Drunisine.

El día se le antojaba largo y agotador. Fassin carecía de energía para intentar explicarse. De todas formas, viniendo de una criatura tan vieja y experimentada como Drunisine, era probable que la pregunta fuese retórica.

—No tiene importancia —dijo Fassin—. Actúen como si nada hubiera pasado. Contacten con 'glantina y hagan sugerencias de útiles en cuanto al restablecimiento de una nueva instalación compartida para los observadores.

—Más o menos, es lo que íbamos a hacer —repuso Setstyin, divertido.

Fassin señaló una amable jocosidad en respuesta. Seguía sin comprender lo que significaba realmente aquella enorme nave, que podía aniquilar flotas en un abrir y cerrar de ojos. *¿Quién era el responsable de aquella máquina colosal? ¿Qué clase de estructuras societales desconocidas hasta el momento en la civilización de los moradores, qué prodigiosa capacidad de fabricación, podía conjurar algo tan sobrecogedor? ¿Se trataba de un caso aislado? ¿Era único en Nasqueron? Demonios, ¿formaba parte de una flota? ¿Acaso significaba esto que todo cuanto afirmaban los moradores sobre hiperarmas y naves secretas era cierto? ¿Era posible que los moradores de Nasqueron barrieran del cielo a la Descon. E 5 si así lo deseaban, salvando a Ulubis de la invasión? ¿Era factible que se enfrentaran a los mercatoria, si se tomaban la molestia? ¿Acaso esto significaba que ahora era más probable que la Lista de los Moradores fuese auténtica, en lugar de una monstruosa pérdida de tiempo, o de una simple broma? Cómo le habría gustado disponer de algún tiempo a solas con Setstyin antes de esta reunión, para averiguar lo que había ocurrido desde que hablaran por última vez. De todos modos, haría algunas de esas preguntas, a la menor ocasión.*

—Así pues —dijo Drunisine—, llegamos a la cuestión de por qué la Desconexión de los mercatoria de Ulubis consideró que era sensato o beneficioso irrumpir en Nasqueron de esta forma y en número semejante. ¿Alguien tiene alguna idea? —El antiguo morador miró a su alrededor.

—Me parece que a lo mejor tiene que ver conmigo —admitió Fassin.

—¿Con usted, observador Taak? —preguntó Drunisine.

—Estoy intentando encontrar cierta información en su planeta.

—¿Y necesitaba la ayuda de una flotilla de guerra para extraerla?

—No. Sin embargo, puede que pensaran que estaba en peligro.

—¿Por parte de quién?

—No lo sé.

—Así que hablamos de información que los mercatoria consideran lo bastante trascendental como para empezar una guerra por ella, cuando ya se enfrentan a una en los próximos meses o años. Debe ser información de cierta importancia. Quizá podamos ayudarle. ¿De qué se trata?

—Gracias, pero creo que quizá esté a punto de hallarla al fin.

—¡Ah! —dijo Valseir—, hablando de eso.

—¿Qué? —le preguntó Fassin.

—¿Te acuerdas del archivo y la caja fuerte que le entregué en persona a Chimilínith de Deilte?

—¿Sí?

—Pues no era totalmente cierto.

—¿Que no era totalmente cierto?

—No.

—Pues ¿cuánto era cierto?

Valseir se reclinó levemente mientras reflexionaba. Unos patrones de sorpresa surcaron su superficie de señales.

—A decir verdad, casi todo —declaró.

—¿Y cuál era la parte que no era cierta? —preguntó Fassin, paciente.

—Que no había ningún archivo en la caja fuerte.

—De modo que Chimilínith no tiene la información.

—Exacto.

—Entiendo.

—Sigo esperando que me expliquen la naturaleza exacta de esta información ejemplar, aunque esquivas —dijo Drunisine con voz glacial, mirando a Valseir.

Mierda, pensó Fassin, si Valseir les dice lo que es, y existe de verdad, puede que nos maten a todos.

Era posible que a Valseir se le hubiera ocurrido la misma idea.

—Supuestamente, concierne a un método para viajar más aprisa que la luz —le explicó al antiguo comandante.

El carapacho de Setstyin despidió destellos de hilaridad que se mitigaron con rapidez. Drunisine parecía tan completamente imperturbable como podía un morador de avanzada edad.

—¿Qué? —dijo.

—Hay una antigua adición a un libro todavía más antiguo, que el observador Taak, aquí presente, adquirió hace más de doscientos años en el transcurso de un «arcano», como se refieren los rápidos a estas cosas, que menciona un método para desplazarse más deprisa que la luz, sin recurrir a las adjunciones ni a los cánula —

dijo Valseir; Fassin reconoció los términos que empleaban los moradores para referirse a los portales y los conductos. Fassin creía que Valseir había puesto en su voz la cantidad adecuada de disculpa y de ironía divertida; así lo esperaba con franqueza—. Han enviado al observador Taak para que averigüe los detalles de esta, ah, improbable tecnología.

—¿Es cierto eso? —dijo Drunisine, mirando a Fassin.

—Álgebra —balbuceó este.

—¿Álgebra? —preguntó Drunisine.

—Según parece, los datos semejan una muestra de álgebra —explicó Fassin— que define una suerte de dispositivo de torsión, un modo de plegar el espacio. En principio es convencional, pero emplea esta técnica para rebasar la velocidad de la luz. —Fassin hizo un gesto resignado. Exhibió patrones de vergüenza en la superficie de su punta de flecha—. Me supeditaron a una sección paramilitar de los mercatoria en contra de mi voluntad, y me ordenaron que emprendiera esta misión. Supongo que soy tan escéptico como usted, señor, en cuanto a la probabilidad de que llegue a una conclusión satisfactoria.

Drunisine mostró un patrón de diversión formalísima en su superficie.

—Eso lo dudo, observador Taak.

—¿Qué sucede?

—Iba a preguntarte lo mismo —le dijo Setstyin a Fassin—. ¿Hacemos un trueque?

—De acuerdo, pero yo he preguntado primero.

—¿Qué quieres saber, exactamente?

Todavía estaban en la esfera de recepción, dentro del globo gigante. El comandante Drunisine se había marchado, y dos celadores Adultos se ocupaban de las heridas leves que Y'sul y Valseir habían sufrido en el transcurso de la batalla.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó Fassin, haciendo un gesto para indicar toda la nave— ¿De dónde salió? ¿Quién la fabricó? ¿Quién la controla? ¿Cuántas hay en Nasqueron?

—Creía que el título lo decía todo —dijo Setstyin—. Es una máquina para proteger el planeta de agresiones deliberadas de cierto tipo técnico y determinada sofisticación. No es una nave espacial, si te refieres a eso; se limita a la atmósfera interna. Salió de las profundidades, donde se suelen guardar este tipo de cosas. La fabricamos nosotros, es decir, los moradores, hace billones de años, probablemente, pero tendría que asegurarme. La controlan moradores con experiencia militar, que se encuentran en el espacio de control y han sido entrenados específicamente por medio de simulaciones para manejar este tipo de artilugios. En cuanto al número... no lo sé. En realidad, es probable que uno no deba compartir esa clase de información. No te ofendas, Fass, pero al fin y al cabo no eres uno de los nuestros. Debemos asumir que

tus lealtades están en otra parte.

—¿La fabricasteis hace billones de años? ¿Y todavía podéis...?

—Ah, eso cuenta como otra pregunta —le reprendió Setstyin—. Me parece que primero me toca a mí.

Fassin suspiró.

—De acuerdo.

—¿De verdad buscas esa tecnología de impulso por torsión para viajar más aprisa que la luz? Eres consciente de que no existe, ¿verdad?

—Los mercatoria creen que esos datos pueden incrementar sus posibilidades de prevalecer contra la Descon. E 5. Están desesperados, dispuestos a intentar cualquier cosa. Y he recibido órdenes, no importa lo que yo piense. Claro que sé que no hay impulsores independientes más veloces que la luz.

—¿Todavía estás dispuesto a obedecer esas órdenes, si se presenta la ocasión?

Fassin pensó en Aun Liss, en las personas que había conocido en el Hab. 4409, y en las que había conocido en todo el sistema Ulubis a lo largo de los años.

—Sí —respondió.

—¿Por qué las obedeces? —Setstyin parecía verdaderamente confuso—. Casi toda tu familia y tus colegas observadores de la septa han muerto, tu superior militar inmediato ha caído en la reciente batalla y por aquí no hay nadie que pueda ocupar su lugar.

—Es complicado —le dijo Fassin—. Puede que sea el deber, o la conciencia culpable, o sencillamente el deseo de hacer algo. ¿Todavía podéis fabricar máquinas de protección planetaria como esta?

—No tengo ni idea —confesó Setstyin—, pero no veo por qué no. Sugiero que se lo preguntes a alguien que lo sepa, pero aunque la verdadera respuesta fuese «no», tendríamos que decir que sí, ¿verdad?

—¿La llamada que te hice puso en marcha todo esto?

—Te he concedido muchas preguntas gratis, ¿no? Sea como fuere, sí, así fue. Pero sospecho que quizá la detección de docenas de naves de guerra recientemente modificadas a prueba de gas orbitando a nuestro alrededor habría hecho saltar algunas alarmas entre nosotros, aunque no hubiéramos recibido tu oportuno aviso. No obstante, te estamos agradecidos. Creo que es apropiado decir que tenemos la sensación de que probablemente te debemos un favor.

—Si los mercatoria lo descubren alguna vez —dijo Fassin—, me ejecutarán por traidor.

—Bueno, nosotros no se lo diremos si tú tampoco lo haces —dijo Setstyin, perfectamente serio.

—Trato hecho —dijo Fassin, poco convencido.

La imponente nave esférica *Isaut* flotaba en lo profundo de una vasta nube de gas

fluido, desplazándose con celeridad, aunque aparentaba lo contrario. Había empezado a sumergirse en los sosegados remolinos de gas que formaban la cuajada base de la tormenta poco después de que Fassin y los demás fueran llevados a bordo. Sumiéndose con sigilo, y ascendiendo de nuevo un trecho, se había adentrado en la banda climática de la Zona 2, había adquirido velocidad en seguida, y ahora, en la tarde moribunda que daba paso a la noche, se encontraba a medio millar de kilómetros de distancia de la tormenta donde se había librado la batalla, y cada hora que pasaba sumaba trescientos kilómetros a dicho valor.

Fassin, Y'sul, Valseir y Setstyin flotaban sobre una estrecha plataforma dispuesta en el ecuador del majestuoso navío, junto al cuerpo de la coronel Hatherence. Una luz débil y una brisa todavía más débil prestaban a la escena una atmósfera apropiada de sombría quietud. Habían descubierto su cadáver lacerado y calcinado en compañía de cientos de moradores fallecidos, que flotaban en el nivel donde normalmente descansaban sus cuerpos. El suyo se había detenido un poco más arriba que los demás, como el de un niño.

Por sí mismos, los cuerpos de los moradores perdían gas y adquirían densidad, y expuestos a la atmósfera, con el tiempo desaparecían por completo en las profundidades. La costumbre respetuosa, no obstante, era dar cobijo a los parientes fallecidos en el hogar, dentro de una cámara ceremonial especial, para que se descompusieran hasta que su densidad les asegurase un rápido descenso al hidrógeno líquido, o, si el tiempo apremiaba, añadir peso a sus cuerpos, y confiarlos de ese modo a las profundidades.

Hatherence no tenía familia en Nasqueron. Ni siquiera había otro miembro de su especie en todo el planeta, de modo que habían declarado responsable de sus restos a Fassin, que al menos era un compatriota alienígena. Este resolvió que era preferible despacharla rápidamente a las profundidades en lugar de preservar su cuerpo y entregárselo a la Jurisdicción o a la familia que le quedase en el sistema Ulubis. No sabía por qué tenía esa sensación, pero así era. En el camino de la verdad no se veneraban especialmente los restos de los muertos, y por cuanto sabía, los oerilitas no le otorgaban ningún significado especial al hecho que les devolvieran sus cuerpos desde la distancia, pero, aunque no lo hicieran, Fassin habría deseado algo así. Para los moradores, probablemente era una cuestión de conveniencia administrativa, hasta de diligencia, disponer de ella ahora, de este modo. Para él, se trataba de algo más.

Fassin observó el cuerpo alienígena, esbelto y oscuro, semejante a un cruce entre una manta raya y una estrella de mar gigante, mientras este descansaba en su ataúd de hierro de meteorito. El hierro siempre había sido un metal semiprecioso para los moradores, y todavía conservaba su valor sentimental y ceremonial. Fassin suponía que el hecho de que enterrasen a Hatherence de este modo constituía una especie de honor. En la luz mortecina, sus restos informes, oscuros por naturaleza, y calcinados por el rayo que la había matado, semejaban jirones de sombra.

Fassin sintió lágrimas en sus ojos auténticos, sumergidos en el gel antichoque, en

la pequeña nave de gas, que era su minúsculo ataúd en vida, y supo que una parte de él, profunda y casi animal, no lloraba tanto por la coronel de la Ocula fallecida como por todas las personas que conocía y que había perdido recientemente, sin verlos por última vez, ni siquiera en la muerte, sin convencerse de que los había perdido de verdad, porque todo había sucedido muy lejos, y se interponían muchas cosas que le impedían presentarles sus respetos personalmente; las personas que había perdido en su intelecto pero no en sus emociones, porque una parte de él se negaba a creer que nunca volvería a verlos, incluso ahora.

—Confieso —dijo Setstyin— que no tengo ni idea de qué expresiones se emplean en estas ocasiones, observador Taak. ¿Y tú?

—Entre algunos aHumanos se dice que venimos de la nada y retornamos a ella, una ausencia semejante a la sombra, que proyecta la totalidad de la vida en un brillante alivio. Y entre los rHumanos, algo de polvo a las cenizas.

—¿Crees que le habría importado que la trataran como si de un morador se tratase? —preguntó Setstyin.

—No —dijo Fassin—. No creo que le hubiese importado. Creo que se habría sentido honrada.

—Hala, hala —musitó Y'sul.

Valseir le dedicó una pequeña inclinación formal.

—Bien, coronel Hatherence —dijo Setstyin, con algo semejante a un suspiro, al mirar el cuerpo tendido en el ataúd—. Llegó a la edad y rango de coronel de los mercatoria, lo que constituye un logro muy considerable para su especie. Creemos que vivió bien, y sabemos que murió bien. Murió con muchos, pero, al cabo, todos morimos a solas. Usted murió más sola que otros, pues se encontraba entre personas como usted, pero ajenas, lejos de su hogar y de su familia. Se hundió, la encontramos y ahora la enviamos de nuevo a los abismos, a las profundidades, para que se una a los muertos venerados en la superficie de roca que rodea el núcleo. —Miró a Fassin—. Observador Taak, ¿te gustaría decir algo?

Fassin intentó pensar en algo. Al cabo, solo dijo:

—Creo que la coronel Hatherence era una buena persona. Era valiente, sin duda. Solo la conocí durante menos de cien días, y siempre fue mi superior militar, pero con el tiempo empecé a tomarle afecto y pensar en ella como en una amiga. Murió intentando protegerme. Siempre honraré su memoria.

Indicó por medio de señales que no se le ocurría nada más. Setstyin ejecutó una reverencia, y señaló la cubierta abierta del ataúd.

Fassin se inclinó hacia delante y con la ayuda de un manipulador cerró la compuerta de hierro; a continuación se agachó un poco más, y Setstyin y él aferraron un extremo de las andas que sostenían el féretro. Lo levantaron, y el pesado contenedor se deslizó silenciosamente por el borde del balcón y se hundió en la siguiente capa de nubes, oscuras como moretones, mucho más abajo.

Los presentes flotaron sobre el borde hasta que desapareció el ataúd, una

minúscula mota negra mientras se desvanecía en los páramos teñidos de púrpura oscuro.

—Una vez, uno de esos le rompió la crisma a un primo abuelo mío que buceaba a gran profundidad —dijo Y'sul, pensativo—. No se enteró de nada. Murió en el acto.

Los demás le miraron.

Y'sul se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? Es cierto.

Valseir encontró a Fassin en una galería, contemplando la insondable oscuridad del torrente de gas, que discurría en modo infrarrojo, sin hacer ruido, mientras el *Isaut* avanzaba hacia su ignoto destino.

—Fassin.

—Valseir. ¿Podemos marcharnos ya?

—No, que yo sepa. Todavía no.

Durante un rato observaron juntos el flujo nocturno que los rodeaba. Fassin había repasado durante algún tiempo los informes de la batalla de la tormenta publicados por ambos bandos. Los moradores disponían de visuales extremadamente selectivos, que presentaban a los dreadnoughts como si hubieran sido los adalides de la victoria, en lugar del *Isaut*. Las redes mercatoriales, por el contrario, suscitaban vagas sospechas sobre la desaparición de una flota, y carecían de imágenes. A grandes rasgos, la ausencia de imágenes se equiparaba a la ausencia de información. Al parecer, todos habían supuesto al instante que se estaba llevando a cabo un formidable encubrimiento. Los dos bandos se esforzaban por restarle importancia al incidente: sugerían que se había producido un terrible malentendido y que ambos habían arrojado terribles pérdidas; cuando reflexionó sobre ello, Fassin decidió que constituía entre la mitad y tres cuartas partes de la verdad, de modo que se acercaba a la realidad más de lo que habría cabido esperar, dadas las circunstancias.

—¿Qué sucedió con ese archivo? —preguntó Fassin—. Si es que había un archivo.

—Lo había y lo hay, Fassin —confirmó Valseir—. Lo guardé durante mucho tiempo, pero al cabo, hace unos veintiuno o veintitrés años, se lo entregué a mi colega y buen amigo Leisicrofe, que se embarcaba en un viaje de investigación.

—¿Ha regresado ya?

—No.

—¿Y cuándo lo hará?

—Si regresa, ya no tendrá esos datos.

—¿Dónde estarán?

—Donde los haya dejado. Lo ignoro.

—¿Cómo encuentro a tu amigo Leisicrofe?

—Tendrás que seguirle. No será fácil. Necesitarás ayuda.

—Tengo a Y'sul. Siempre se las ha arreglado...

—Necesitarás mucho más de lo que puede ofrecerte.

Fassin observó al anciano morador.

—¿Está fuera del planeta? ¿Eso es lo que quieres decir?

—Más o menos —respondió Valseir, sin mirarle, contemplando la evolución del oleaje nocturno en el exterior.

—Entonces, ¿a quién debo pedirle ayuda?

—Ya me he tomado la libertad.

—Ah, ¿sí? Muy amable de tu parte.

Valseir guardó silencio durante un rato, y luego dijo:

—No se trata de amabilidad, Fassin. —Se volvió para encararse con la punta de flecha—. Nadie en su sano juicio desearía involucrarse en una cuestión tan trascendental como esta. Si una ínfima parte de lo que buscas se basa en la realidad, supondría un cambio esencial para todos nosotros. Soy un morador. Mi especie se ha labrado una existencia longeva y apacible, aunque egoísta, y se ha extendido por todas las estrellas. No apreciamos los cambios en la medida que estamos discutiendo. Ignoro si alguna especie lo haría. Algunos harán lo que sea para evitar semejante cambio, para que las cosas se queden como están.

»Tienes que comprender, Fassin, que no somos una monocultura, que no somos perfectamente homogéneos. Nos distinguimos en formas que incluso ahora, después de tu prolongada exposición a nosotros, apenas empiezas a entender. En nuestros mundos hay cosas que para la mayoría de nosotros están ocultas casi por completo, y existen diferencias de opinión, profundas y marcadas, entre nuestras facciones, al igual que entre los rápidos.

Facciones, pensó Fassin.

Valseir prosiguió.

—No somos todos tan estudiadamente indiferentes a los sucesos que acontecen en la galaxia mayor como aparentamos en general. Algunos, aunque no deseen conocer los detalles de tu misión, aunque sepan, de hecho, que les resultaría imposible conciliar la comprensión de su esencia con la lealtad a su especie, te ayudarán de todas formas. Otros... otros te matarán al instante, si empiezan siquiera a adivinar lo que buscas. —El anciano morador se acercó flotando, aproximándose como un suspiro para decir:

—Y aunque no lo creas, Fassin Taak, Drunisine se cuenta entre los primeros, y tu amigo Setstyin entre los segundos.

Fassin retrocedió para observar al anciano morador, que añadió:

—¿De veras?

Al cabo de unos instantes, Fassin preguntó:

—¿Cuándo podré seguir a tu amigo Leisicrofe?

—Creo que lo descubrirás antes de que acabe la noche. Y si no empezamos siquiera a perseguir a Leisicrofe, puede que acabemos como la coronel Hatherence.

Fassin pensó que aquello sonaba un poco melodramático.

—¿De veras? —preguntó, imprimiendo diversión a su señal.

—De veras, Fassin —dijo Valseir, sin señalar nada—. Te repito que no se trata de amabilidad.

Saluus Kehar no estaba contento. Disponía de agentes propios en lugares determinados, así como sus propios medios de averiguar cosas, y canales de inteligencia seguros, de confianza, independientes de los medios y las agencias oficiales (uno no se convertía en un proveedor militar principal, ni se mantenía en esa posición, a menos que lo hiciera), de modo que sabía tan bien como cualquiera lo que había sucedido en el transcurso de la desastrosa incursión en Nasqueron, y era injusto que le culparan a él o a su empresa.

Para empezar, los habían traicionado, habían comprometido su inteligencia y sus señales, o como mínimo los habían adelantado (¡los moradores!). Y debido a ese desliz, que sin duda nada tenía que ver con él, les habían tendido una emboscada y superado en número. Habían aparecido docenas de super dreadnoughts, de los que nadie había oído una puta palabra hasta el momento, cuando las fuerzas incursoras no esperaban sino un puñado de naves estándar, como mucho, los modelos sin blindaje de espejo reactivo, motores de plasma y láseres de banda ancha. Además, los moradores habían mentido a la perfección durante años (¿Años? Eones), presentándose como mostrencos sin remedio e incompetentes en tecnología, aunque en realidad tenían acceso a un armamento gravemente letal, suponiendo que en el presente no fueran capaces de fabricar portentos de la nada.

El ejército la había cagado. Por muy buena que fuera la herramienta, por muy taimado que hubiera sido el artesano, por muy bien hecha que estuviera el arma; si el usuario la soltaba, no la encendía o no sabía emplearla debidamente, todo ese buen trabajo era inútil.

Habían perdido todas las naves. Todas y cada una de ellas, tanto las que habían participado en la incursión como las que la habían apoyado desde el espacio inmediato. Hasta las naves que no estaban implicadas (las que montaban guardia en torno a Tercera Furia mientras trabajaban los equipos de salvamento y construcción) habían sido aniquiladas por una especie de arma de rayos cargados de partículas; asimismo, dos naves situadas al otro lado de la luna habían sido pulverizadas por sendos misiles hiperveloces.

El ejército no estaba dispuesto a admitir que había convertido la operación en una chapuza integral, y había decidido que no era culpa suya. El culpable debía ser Industrias Pesadas Kehar. Citando el antiguo dicho, debía haber algún problema con nuestras jodidas naves. En realidad, debido al fabuloso alcance de la catástrofe, y la frustrante ausencia de detalles sobre la naturaleza exacta del desastre, resultaba más sencillo culpar a la herramienta que al operario. Las naves se habían puesto a prueba de gas en los astilleros de Saluus, y las habían perdido en el curso de la primera

misión en que empleaban sus nuevas habilidades, de modo que, conforme a esa lógica especial que, según parece, solo aprecia la mente militar, el responsable debía ser un problema en el proceso de capacitación para operar en la atmósfera.

No importaba que el crucero de batalla que desempeñaba las funciones de mando y control de la operación y los dos monitores de batería de blindaje pesado hubieran sido reducidos a átomos con la misma facilidad que las naves que operaban en las nubes del planeta, aunque nunca se hubieran puesto a prueba de gas y se encontraran en el espacio en ese momento; de algún modo, el desastre de mayor alcance había asimilado ese pequeño detalle, y lo habían relegado al olvido en la histeria subsiguiente de un modo muy conveniente.

Y ahora habían perdido el rastro de Fassin y de esa Lista de los Moradores. Peor, tenían un serio problema de investigación, porque, básicamente, los habían embaucado. Valseir, el viejo morador, debía sospechar algo, o haber recibido un soplo. Lo sabían por la sencilla razón de que habían comprobado que la información facilitada (casi los últimos datos transmitidos a los altos mandos de Sepekte antes de que todo se fuera al garete) era falsa. El morador que le dijo a Fassin que buscara en la ciudad de Deilte no existía. Habían perdido más de setenta naves de guerra de primera categoría sin obtener ningún beneficio a cambio, y las extrañarían terriblemente cuando de verdad se produjera la invasión de los forasteros y el culto famélico; además, se habían enfrentado abiertamente a los moradores, a quienes nunca había sido aconsejable contrariar, antes incluso de que demostraran de repente que les quedaba suficiente ímpetu como para humillar a una flota mercatorial. En la escala de cagadas militares, se trataba de una perla de múltiples facetas, una obra de genio, una cagada de metralla multietapa con cabeza explosiva colectiva de munición fractal y sistema de armamento regenerativo.

De hecho, este último punto en la larga lista de consecuencias calamitosas, afrontar las subsiguientes acciones y transmisiones de los moradores, no había resultado tan terrible. Por fin, algo positivo.

Saluus se hallaba en una reunión. Odiaba las reuniones. Constituían un componente absolutamente esencial en la vida de un industrial, de hecho, en la vida de un hombre de negocios en cualquier tipo de organización, pero no obstante las odiaba. Había aprendido, en parte a la vera de su padre, a desarrollar su habilidad en las reuniones, a manipular a las personas y la información antes, durante y después de las mismas, pero aunque fueran breves y adoptaran decisiones importantes, se le antojaban una pérdida de tiempo.

Y rara vez eran breves, y adoptaban decisiones importantes.

Esta reunión ni siquiera era suya. Aunque fuera insólito, no estaba al mando, sino que le habían citado. ¿Citado? Le habían llevado ante ellos. Eso describía mejor el ambiente.

Prefería las conferencias telefónicas, las reuniones holográficas. En general, eran más cortas (aunque no siempre; si se celebraba una donde los asistentes se

encontrasen realmente cómodos, podían eternizarse) y era más sencillo controlarlas; básicamente, era más sencillo despacharlas. Pero parecía haber una curva de distribución de la realidad de las reuniones: los que se encontraban en la base de la pirámide organizativa celebraban un montón de reuniones reales, sentándose todos juntos; Saluus sospechaba desde hacía mucho que con frecuencia se debía a que no desempeñaban funciones útiles, de modo que podían perder el tiempo, y precisaban la apariencia de importancia que conferían las reuniones. Los que se hallaban en el ecuador, acercándose a la cúspide, celebraban cada vez más reuniones holográficas, pues eran más eficientes en el empleo del tiempo, y las personas con quienes debían reunirse gozaban de una condición similar, tenían sus propios problemas de tiempo, y a menudo se hallaban muy alejados. Pero en cambio (esta era la parte peculiar), en los puestos más elevados, la proporción de reuniones cara a cara empezaba a aumentar de nuevo.

Quizá porque demostraban cuánto habías podido delegar, quizá porque era un modo de imponer tu autoridad a tus subordinados de rango medio y medio alto, quizá porque las cuestiones que se debatían en las reuniones de alto nivel eran tan relevantes que precisabas hasta el último matiz corpóreo que proporcionaban, comparadas con las conferencias holográficas, para asegurarte de que disponías de toda la información pertinente, incluyendo si alguien sudaba o padecía un tic nervioso.

Un buen holograma revelaba esa clase de cosas, por supuesto, pero en cambio una buena cámara de pretransmisión y edición de imágenes las atenuaba. En teoría, aunque cualquiera de los asistentes a una conferencia telefónica sudara a mares y temblara como si le hubieran electrocutado, si disponía de un equipo decente de edición de imagen en tiempo real, parecía el perfecto epítome de la frescura de un pepino.

Por supuesto, también se podían hacer cosas en la realidad. Con ocasión de su decimotercer cumpleaños, su padre le había ofrecido a Saluus una fiesta sorpresa y posteriormente un regalo sorpresa en forma de una visita a una clínica de modificación, donde, en el transcurso de un mes prolongado y no del todo exento de dolor, le enderezaron los dientes, le ensancharon los ojos y se los cambiaron de color; el aspecto de Saluus había sido modelado en el útero, pero oye, un padre tenía derecho a cambiar de opinión. Para ser más precisos, le hicieron mucho menos excitable, aumentaron su capacidad de concentración y le concedieron control sobre sus glándulas sudoríparas, su producción de feromonas y su respuesta dermatológica galvánica; las tres últimas enmiendas no eran estrictamente legales, pero la clínica pertenecía a una subsidiaria de Industrias Pesadas Kehar. Todo ello le confería ventaja en reuniones, discusiones y encuentros informales, y asimismo se aplicaba provechosamente al arte de la seducción, cuando de algún modo el hecho de su evidente proximidad a asombrosas cantidades de dinero, así como el control que ejercía sobre este, no producían el efecto deseado.

Esta reunión era del Gabinete Bélico de Emergencia, una asamblea de altos mandos celebrada en un complejo de búnkeres sepultado a varios clicks de profundidad bajo una de las contadas mansiones, discretamente bien protegidas, que descollaban en las afueras del estado de Borquille.

Sin embargo, en esta asamblea de altos mandos no se hallaba presente el jerarca Ormilla. Obviamente, era demasiado pomposo para asistir a una simple reunión, aunque fuera de una entidad tan importante como el Gabinete Bélico de Emergencia, aunque el destino del Sistema estuviera amenazado por un peligro más grave desde la desastrosa decisión de irrumpir en masa en la atmósfera de Nasqueron en el mismo instante en que creyeron que tenían una pista sólida sobre el paradero de la Lista de los Moradores, que, de todas formas, probablemente era un mito.

Y, ¿por qué siempre divagaba en las reuniones, y, para ser precisos, divagaba hacia... divagaba? ¿Se dirigía de cabeza al... sexo?

Observaba a las mujeres que asistían a las reuniones, y le resultaba muy difícil no imaginarlas desnudas. Esto le sucedía aunque no fueran especialmente atractivas, pero si estaban dotadas siquiera de una discreta hermosura, era inevitable y con frecuencia muy intenso. Sospechaba que estaba relacionado con el hecho de observarlas durante largos periodos de tiempo mientras hablaban. O quizá no fuera sino el impulso de renunciar a las formas civilizadas de los buenos oficiales de la empresa y volver a ser un cavernícola, retozando en el polvo.

El primer secretario Heuypzlagger parloteaba. Saluus confiaba en parecer absorto en las palabras del primer secretario, y en que su memoria a corto plazo le repondría de inmediato si necesitaba dirigir toda su atención de nuevo al acto, si se presentaba algo de verdadera importancia. Pero entre tanto, después de averiguar cuanto estimaba probable sobre el verdadero estado de las cosas por medio del lenguaje corporal y el comportamiento general de los demás asistentes, se sentía libre de divagar.

Le dedicó una ojeada a la coronel Somjomion, que era la única mujer de la reunión. No hablaba mucho, de modo que no disponía de muchas ocasiones para mirarla con franqueza. No era especialmente atractiva (aunque desde hacía poco, Saluus se decía que estaba empezando a apreciar a las mujeres en lugar de a las muchachas, y a trascender las características sexuales más evidentes). Sin duda, la idea de desnudar a una mujer de uniforme poseía una excitación especial, pero Saluus ya había pasado por eso hacía mucho tiempo, y tenía la filmación que lo demostraba. En cambio, pensaba en su última amante.

Saluus evocó la noche anterior, aquella mañana, evocó la noche de su primer encuentro, y la primera vez que se habían acostado. En seguida experimentó una erección tan firme que casi resultaba dolorosa. En la clínica de modificación también le habían modelado para controlar eso, pero normalmente dejaba que lo de ahí abajo subiera y bajara por su propia voluntad, a menos que su presencia o su ausencia fueran socialmente embarazosas. En cualquier caso, aceptaba desde hacía mucho

tiempo que quizá era un modo de vengarse de su querido padre, por haberle impuesto todas esas enmiendas, por muy provechosas que le hubieran resultado.

Aun así, odiaba las reuniones.

Saluus suponía que hasta el momento le había ido razonablemente bien en esta. Había tenido que acceder a una inspección minuciosa del proceso de puesta a punto para el gas de las naves que habían modificado, en el contexto de la investigación general del fracaso, pero eso no era tan terrible, a pesar del insulto implícito y la pérdida de tiempo, precisamente cuando menos les convenía. Había eludido el grueso de las críticas haciendo que los representantes de la Navarquía, la Guardia y la Jurisdicción Ocula se disputaran la menor responsabilidad en la chapuza de la incursión.

Eso había funcionado bien. Divide y vencerás. No resultaba difícil en el sistema actual. De hecho, estaba configurado para ello. Saluus recordó la ocasión en que le había preguntado a su padre sobre lo mismo, cuando aún recibía educación privada en su propia casa. ¿A qué se debía la confusión de agencias? ¿A qué se debía la plétora (acababa de descubrir esa palabra y le encantaba utilizarla) de organizaciones militares y de seguridad, entre otras, en los mercatoria? No había más que observar las naves de guerra: la Guardia poseía naves de guerra, el Ejército de la Navarquía poseía naves de guerra, los Escuadrones Ambientales poseían naves de guerra, la Flota Reunida, evidentemente, poseía naves de guerra, así como los ingenieros, los Propileos, la Omnocracia, los purificadores de los cesoria, la Jurisdicción, la Jurisdicción Ocula, incluso los administradores. Todos ellos poseían sus propias naves, así como algunas naves de guerra para desempeñar importantes funciones de escolta. ¿Por qué tantas? ¿Por qué dividían sus fuerzas? Lo mismo se aplicaba a la seguridad. Según parecía, todos disponían de su propio servicio de seguridad. ¿Acaso no era un despilfarro?

—Desde luego —había respondido su padre—. Pero el despilfarro entraña oportunidad. Y lo que unos llaman despilfarro, otros lo llaman redundancia. Pero, ¿de verdad quieres saber de qué se trata?

Claro que quería.

—Divide y vencerás. Incluso entre los nuestros. Y competición. Incluso entre los nuestros. De hecho, especialmente entre los nuestros. Haz que todos se arrojen a la garganta de los demás, que se vigilen, que se pregunten lo que trama el resto. Que se disputen tu atención y tu aprobación. Sí, desde cierto punto de vista, es un despilfarro, pero desde otro, es juicioso. Así es como los culmina lo controlan todo, jovencito. Así es como nos gobiernan. Y parece que funciona, ¿no crees? ¿Hmmm?

Saluus no estaba convencido en ese momento. El desatino de tamaño derroche le inquietaba. Ahora era mayor y más sabio, y estaba más acostumbrado al hecho de que la verdadera marcha de las cosas era más importante que sus apariencias, a menos que se tratara de la percepción pública, por supuesto, en cuyo caso era lo contrario.

Pero en verdad se enfrentaban a una amenaza inminente y letal. ¿Era justo alentar

la división y la enemistad entre las personas y las organizaciones que debían colaborar para sobreponerse al peligro al que se enfrentaban?

A la mierda. Siempre habría competición. Los servicios armados estaban diseñados para ser territoriales, para hostigarse unos a otros, para prevalecer sobre sus adversarios. Por supuesto que habrían de competir.

Y si esa supuesta flota grande que te cagas y de poder absoluto que habían enviado los mercatoria no estuviese corriendo hacia ellos en ese preciso instante, ¿acaso no habría en Ulubis personas (tal vez muchas) que estarían contemplando no oponerse a la invasión de los forasteros y los famélicos? ¿Acaso no estarían pensando, en cambio, en cómo complacer a los que amenazaban invadirlos?

No obstante la propaganda a que se hallaban sometidos, las encuestas secretas y los informes confidenciales de la policía indicaban que muchos ciudadanos de a pie opinaban que quizá no se encontrarían peor bajo la ocupación de los forasteros y los famélicos. Algunos poderosos pensarían lo mismo, especialmente si les ordenaban que sacrificasen su propiedad y su riqueza, y arriesgaran su propia vida en lo que quizá resultase una causa perdida.

Quizá incluso algunos de los presentes en aquella imponente mesa redonda, en aquella sala de juntas, sutilmente iluminada, que remedaba una cámara de reuniones de impresionante tamaño y frialdad, sentirían la tentación de pensar en modos de adaptarse a la amenaza de la invasión que no entrañaran resistirse hasta la última nave y el último soldado, si no fuera por la flota de los mercatoria que se aproximaba.

Saluus suponía que debían asumir que la flota se hallaba en camino de verdad. Había otras posibilidades, y las había considerado todas, las había debatido con sus consejeros y expertos, pero en última instancia debía rechazarlas. Todos se comportaban como si la lista de los Moradores existiera, y eso era lo único importante, tanto si la Lista era auténtica como si no. Era un poco como el dinero; se trataba de confianza, de fe. El valor residía en la credulidad de la gente, en lugar de en una cualidad intrínseca.

No importaba. Después de contemplar la investigación secreta más reciente y la asombrosa negligencia de Saluus, que no había hecho que las naves modificadas fueran invulnerables a las hiperarmas alienígenas, la reunión se acercaba por fin a una cuestión de provecho.

De vuelta a la cruda realidad.

—Lo principal —declaró el almirante de flota Brimiaice (el comandante quaup era aficionado a decir «Lo principal» y «En suma») — es que parece que los moradores no desean continuar las hostilidades.

Después de su ataque inicial, furioso y despiadado, y de haber liquidado a los fugitivos sin cuartel, los moradores habían retomado con la misma presteza su actitud habitual de incompetencia displicente, asegurando que todo había sido un terrible error, y ofreciéndose a colaborar en la reconstrucción de Tercera Furia.

—¡Joder, menos mal! —exclamó el general de la Guardia Thovin—. Si lo

hicieran, no tendríamos ninguna posibilidad. ¡Enfrentarnos a los forasteros y a los famélicos, y también a los moradores! ¡Me cago en la leche! Ninguna posibilidad. ¡Ni una sola posibilidad! —Thovin era un hombre rechoncho como un barril, oscuro y poderoso. Su voz era ronca en consonancia.

—En cambio, ahora no tenemos casi ninguna posibilidad —repuso la coronel Somjomion de la Jurisdicción, con una fina sonrisa.

—¡Tenemos todas las posibilidades, señora! —rugió el almirante de flota Brimiaice, golpeando la mesa con un brazo tubular. Su cuerpo se alzó en el aire con su espléndido uniforme y sus condecoraciones, como una nave aérea hecha a medida, del tamaño de un pequeño hipopótamo—. ¡No nos hace falta ese tono derrotista precisamente aquí!

—Tenemos setenta naves menos —les recordó la coronel de la Jurisdicción, comedida.

—Todavía tenemos la voluntad —dijo Brimiaice—. Eso es lo importante. Y tenemos muchas naves. Y no cesamos de fabricar más. —Miró a Saluus, que asintió, procurando disimular su desprecio.

—Si es que funcionan —musitó el clérigo reinante Voriel. Parecía que los cesorianos tenían algo personal contra Saluus. No tenía ni idea de por qué.

—Bueno, ya nos hemos ocupado de eso —se apresuró a atajar el primer secretario Heuypzlagger, observando a Saluus—. Si hay problemas en la construcción de las naves, estoy seguro de que la investigación las descubrirá. Ahora debemos concentrarnos en lo que está en nuestras manos.

Saluus se aburría. Este era un momento tan bueno como cualquier otro.

—Una embajada —dijo. Miró en torno a los presentes—. Eso es lo que me gustaría sugerirles. Una embajada a los moradores de Nasqueron, para consolidar la paz, asegurarnos de que no se produzcan más «malentendidos» entre nosotros, intentar que se involucren en la defensa del sistema Ulubis y, si es posible, obtener de ellos (preferiblemente con su consentimiento) parte del portentoso armamento que poseen, ya sea en forma física o teórica.

—Bien —dijo Heuypzlagger, meneando la cabeza.

—Vaya. Ahora nuestro amigo adquisidor es un diplomático —observó Voriel, cuya expresión mediaba entre el desdén y una sonrisa.

—¡Sin duda, harían falta más naves supuestamente a prueba de gas para protegerla! —protestó Brimiaice.

—¿Es que no tenemos una ya? —preguntó Thovin.

La coronel Somjomion se limitó a mirarle, entornando los ojos.

La reunión solo pareció eterna. Finalmente acabó. Esa noche Saluus se reunió con su nueva amante en la casa sobre la columna de agua en Murla, donde la había observado por vez primera, con la franca luz del día, y había decidido que en efecto, le interesaba. Fue durante el almuerzo, con su esposa (y la nueva novia de ella), Fass

y las gemelas Segrette, el día después de su visita a Narcateria, en Boogeytown.

El ala punta *Sheumerith* surcaba los espacios despejados de gas entre dos elevadas capas de bruma, volando en el inmenso e interminable torrente de gas como intentando mantenerse a la altura de las estrellas que aparecían a veces, diminutas, sólidas y remotas, entre la bruma amarilla y las delicadas nubes de ámbar que se deslizaban a toda prisa sin cesar en lo alto.

La formidable nave aérea era una delgada cimitarra, horadada por barquillas de motores, y articulada como una ola, de diez kilómetros de anchura, cien metros de longitud y diez de altura, un delgado filamento en continuo movimiento semejante a un vertiginoso frente climático visible sobrevolando un páramo nublado. Había centenares de moradores suspendidos de ella, anclados como naves aéreas que repostaran por medio de un cable que surgía del extremo colgante de la nave, hendiendo el aire en un pequeño remanso de gas producido por unas sencillas conchas de diamante, abiertas por la parte posterior, que para el ojo humano adoptaban la forma de un par de manos gigantes ahuecadas.

Sumidos en un trance narcótico de larga duración, constreñidos en el tiempo para que el vuelo pareciera doce o sesenta o más veces más veloz de lo que era en realidad (los vastos continentes de nubes se deslizaban bajo ellos como espuma, y una estela de estrellas rodaba locamente sobre ellos, mientras los bancos de volutas restallaban hacia delante y hacia atrás como trapos en un huracán), los moradores suspendidos del ala observaban el transcurso vertiginoso de los días y las noches a su alrededor como un formidable estroboscopio, y percibían la rotación del planeta como si desplegara sus vidas.

Fassin Taak abandonó el jetclíper y voló con precaución hasta el interior, adaptándose a su velocidad, y fondeó la pequeña nave de gas, muy lentamente, en el lado inferior del recinto de diamante que albergaba al sabio joven Zosso, un morador esbelto, oscuro, de aspecto más bien maltrecho, y unos dos millones de años de edad.

Fassin se adentró en la fase dilatoria. El ala, las nubes, las estrellas, parecieron adquirir velocidad y moverse a toda prisa hacia delante como una filmación acelerada. El tono del rugido de los motores y de la estela de gas se elevó cada vez más, convirtiéndose en un chillido agudo, estridente y distante, hasta tornarse inaudible.

El morador situado sobre él, que parecía removerse y estremecerse en su pequeño arnés de contención, esperó hasta que se hubo sincronizado antes de transmitir:

- ¿Y tú qué eres, persona?

- Soy un ser humano, señor. Un observador en la corte de Nasqueron, dentro de una nave de gas, un traje ambiental. Me llamo Fassin Taak, de la septa Bantrabal.

- Y yo soy Zosso, de ninguna parte en particular. De aquí. Bonita vista, ¿verdad?

- Así es.

- Sin embargo, me atrevo a decir que esa no es la razón de que estés aquí.

- Tiene razón. No lo es.

- ¿Deseas preguntarme algo?

- Me han dicho que debo embarcarme a un lugar del que nunca he oído hablar, para seguir a un morador al que necesito encontrar. Me han dicho que usted puede ayudarme.

- Seguro que puedo, si decido hacerlo. En fin, es decir, si la gente todavía atiende a un viejo tonto colgante de ala. ¿Quién sabe? Si yo fuera un joven capitán de viaje, no sé si escucharía a alguien tan viejo y desfasado como yo. Vaya, me parece que diría: «Mira, escucha a ese viejo tonto...». Oh, te ruego que me disculpes, joven humano. Me parece que me he distraído. ¿A dónde deseabas ir?

- A un lugar que según parece a veces se llama Hoestruem.

Drunisine en persona se había presentado a solas en las dependencias que Fassin compartía con los dos moradores, mediada la mañana del día siguiente a la batalla de la tormenta.

—Ya les hemos retrasado bastante. Pueden irse. Tienen un jetclíper a su disposición durante las próximas dos docenas de días. Adiós.

—Ese es un morador de pocas palabras —había observado Y'sul.

- ¿Hoestruem?, preguntó Zosso. - No, yo tampoco he oído hablar de ese lugar.

La noche se extendió sobre ellos, arrojándoles, mientras Fassin enviaba señales.

- Creo que está en Aopoleyin, o en las inmediaciones, transmitió Fassin. - Según parece, le explicó al anciano colgante, después de que el morador no se comunicara durante unos momentos. - Es un sitio asociado con Aopoleyin.

Todo esto era recomendación de Valseir. Fassin tampoco encontraba alusión alguna a un lugar denominado Aopoleyin en sus bases de datos. Empezaba a preguntarse si el proceso de inspección de memoria al que había debido someterse antes de que le permitieran abandonar el *Isaut* habría perturbado parte de los sistemas de la nave de gas para almacenar información.

- Ah, transmitió Zosso. - Aopoleyin. Eso sí lo conozco, *hummm*. Bien, en ese caso, si yo fuera tú, hablaría con Quercer y Janath. Sí, me parece que los necesitarás. Diles que te he enviado yo. Ah, y pídeles que te devuelvan mi bufanda. Puede que eso funcione. Pero no te lo garantizo, te lo advierto.

- Quercer y Janath. Que le devuelvan su bufanda.

El viejo morador se agitó levemente, con brusquedad, y observó a Fassin.

- Para tu información, era una bufanda muy buena.

Rodó hacia atrás, volviéndose de nuevo al incesante torrente de nubes y estrellas, del día y la noche.

- Me vendría bien aquí arriba. Hace viento.

5

Condiciones de pasaje

—¿Adónde?

—¿Adónde quieres ir?

—A Hoestruem, cerca de Aopoleyin —dijo Fassin.

—Ya sabemos dónde está Hoestruem.

—No somos estúpidos.

—Por lo menos yo. A lo mejor Janath sí.

—Ya satisfice completamente mi Cuota de Estupidez Mínima al asociarme contigo.

—Perdona a mi socio. Solicitábamos confirmación debido a la sorpresa que nos causa tu inefable naturaleza alienígena, más que nada. De modo que desees ir a Hoestruem.

—Sí —dijo Fassin.

—Y te ha enviado Zosso.

—Sigue dando la tabarra con su maldita bufanda.

—Pero es un código útil.

—Hoestruem.

—Hoestruem.

—Es factible.

—Sí, pero se trata del por qué, no del cómo.

—El cómo es fácil.

—El cómo es fácil. Sin duda, el problema es por qué.

—Por qué íbamos a molestarnos.

—O si deberíamos.

—Y bien, ¿deberíamos?

—Era una pregunta retórica.

—Tiene que ser una decisión conjunta.

—Por supuesto.

—Nos lo ha pedido Zosso.

—Eso, Zosso.

—¿Le complacemos?

—Podemos devolverle su bufanda.

—¿Había una bufanda?

—¿Una bufanda de verdad?

—Sí.

—Pues ahora que lo mencionas.

—En fin.

—No viene al caso.

—No conviene entretenerse.

—Zosso. Una petición de viaje. Este caballero humano, con su nave de gas ambiental.

—*Ejem* —dijo Y'sul.

- Y su amigo.
—No nos olvidemos de su amigo.
—Y mentor —señaló Y'sul.
—Sí, eso también.
—¿Lo hacemos o no lo hacemos?
—Esa es la cuestión.
—¿Hacémoslo o no lo hacemos?
—Sí. No. Una de dos.
—Exacto.
—Precisamente.
—No hay prisa —musitó Y'sul.

Estaban en un girabar de Eponia, una ciudad viscosa globular en los yermos gélidos y caóticos de la región polar septentrional. El jetclíper prestado se había esforzado por desempeñar las funciones de un suborbital, deslizándose casi hasta el espacio en una serie de piruetas, para al fin disminuir la velocidad, descendiendo y aterrizando junto a la vaporosa estructura de la metrópoli, semejante a una nube, que ocupaba centenares de kilómetros cúbicos de gas frío y rancio, a una distancia de solo mil quinientos clicks del Polo Norte del gigantesco planeta. Habían encontrado a Quercer y Janath en un girabar llamado El Bostezo Líquido. Valseir había puesto reparos, pero Y'sul y Fassin se habían hacinado en una vaina plegable, adquiriendo una velocidad vertiginosa, para unirse a los dos capitanes de viaje en su reservado.

Fassin nunca se había topado con un capitán de viaje hasta entonces. Había oído hablar de ellos, y sabía que casi siempre se encontraban en la banda ecuatorial, pero eran elusivos, casi timoratos. En el pasado, había intentado reunirse con uno en diversas ocasiones, pero siempre había surgido algún problema, a menudo en el último momento.

El girabar describía trayectorias enloquecidas, enroscándose y serpenteando a una velocidad desorbitada, de modo que la ciudad al otro lado de sus paredes de diamante de burbuja producía la impresión de dar vueltas con la aparente intención expresa de desorientar a los parroquianos que miraban hacia fuera. El efecto era intenso e intencionado. Los moradores poseían un magnífico sentido del equilibrio, y era muy difícil que se mareasen. Los zarandeos demenciales eran para los moradores una diversión, porque les producía un desfase acusado y vertiginoso. Consumir drogas al mismo tiempo se sumaba a la hilaridad. No obstante, Fassin encontraba que Y'sul parecía un poco gris en torno a las branquias mientras atravesaban culebreando el girabar casi vacío hasta el reservado de los capitanes de viaje.

- ¿Te encuentras bien?
—Perfectamente.
—¿Te acuerdas de cuando atravesamos la pared de la tormenta en el *Poaflias*?
—En absoluto... Bueno, un poquito. Ulp. Quizá.
Quercer y Janath, capitanes de viaje, eran el mismo. Parecían un solo morador

voluminoso, aproximadamente de edad adulta, pero en su interior había dos individuos, uno en cada disco. Fassin había oído hablar de moradores siameses anteriormente, pero nunca había conocido a una pareja. Normalmente, el cerebro de un morador se alojaba en el contorno exterior de la columna central, en la parte central más gruesa de un disco; en general, el izquierdo. Los moradores del cerebro derecho constituían aproximadamente el quince por ciento de la población total, aunque eso variaba en función del planeta. En contadas ocasiones, se desarrollaban dos cerebros en la misma criatura, y el resultado era algo como Quercer y Janath. El doble morador lucía un brillante juego de monos con franjas transparentes y mallas sobre los órganos sensores del eje, y una sección transparente sombreada sobre el volante exterior del ribete sensorial.

—No podrás ver gran cosa.

—Es decir, si te llevamos.

—Eso, si te llevamos, para.

—Empezar. No hay ninguna garantía.

—Desde luego que no. La decisión no está tomada.

—Todavía está pendiente.

—Por supuesto. Pero.

—En todo caso.

—No podrás ver gran cosa.

—No es exactamente un viaje turístico.

—Ni un crucero.

—Tampoco.

—Y tendrás que apagarlo todo.

—Todos los sistemas no biológicos.

—Por lo menos.

—Es decir, sí.

—Es un gran sí.

—Te llevamos.

—Creo que lo hemos comprendido —dijo Fassin.

—Bien.

—Brillante.

—¿Cuándo podemos esperar una decisión? —preguntó Y'sul, que había vuelto su ribete sensorial derecho hacia dentro, de modo que solo veía con un ojo. Era el gesto de los moradores equivalente a un borracho humano que cerraba un ojo.

—Está tomada. Ya la he tomado. ¿Tú la has tomado?

—*Sip*, la he tomado.

—¿Es un sí?

—Es un sí.

—¿Nos vais a llevar? —preguntó Fassin.

—¿Estás sordo? Sí.

- Desde luego.
—Gracias —dijo Fassin.
—Entonces, ¿adónde vamos? —preguntó Y'sul, malhumorado.
—Ahh...
—¡Ja!
—Espera.
—Y verás.

La nave no era ninguna broma. Con trescientos metros de eslora, era una pértiga de ébano pulido, con una argolla de vainas de tracción semejantes a gruesas semillas. Descansaba en un hangar público en los abismos bajo la ciudad viscosa, un espacio semiesférico de un kilómetro de anchura, limitado por los planos hexagonales de los volúmenes de burbujas adyacentes más pequeños.

Valseir se despedía de ellos en este punto. El viaje empezaba con lo que los dos capitanes de viaje describían como un intenso complejo de maniobras, con espirales fractales, aceleración elevada y la intensidad de un par de torsión, y no era para pusilánimes. El anciano morador invocó su antigüedad para excusarse de la terrible experiencia.

—Más vueltas —suspiró Y'sul, al oír lo que les esperaba.

—Dale recuerdos a Leisicrofe —le dijo Valseir a Fassin—. Espero que conserves la lámina.

Fassin extrajo la lámina estampada, con la representación del cielo y las nubes, del compartimento de carga de la pequeña nave de gas y se la mostró al viejo morador.

—Le saludaré de tu parte.

—Hazlo, por favor. Buena suerte.

—Para ti también. ¿Cómo te encuentro cuando regrese?

—Déjame a mí. Si no estoy disponible fácilmente, inténtalo donde encontramos a Zosso. O quizá en una regata de vela de tormenta.

—Sí —dijo Y'sul—, pero la próxima vez no traigas a tus amigos.

La negra nave en forma de estaca se llamaba *Velpin*. Prorrumpió de la inmensa nube de la ciudad como una aguja lanzada desde una cascada de espuma helada, desapareció en el gélido torrente de incesantes remolinos que rodeaban el lejano polo del planeta y comenzó su extraño vuelo, trazando espirales, ruedos y bucles, elevándose, descendiendo y volviéndose a elevar.

Confinados en un espacio situado en el centro, que desempeñaba la doble función de compartimento de pasajeros y bodega de carga, y constreñidos por cinchas, Fassin e Y'sul sintieron que la nave se entregaba a espirales dentro de otras espirales dentro de otras espirales, con pequeños movimientos en forma de sacacorchos, enhebrados en una trayectoria inclinada de hélices mayores, que a su vez formaban parte de un

conjunto de bucles más rápidos y estrechos todavía.

—Me cago en la hostia —comentó Y'sul.

Había una pantalla defectuosa en la pared opuesta, difuminada por la electricidad estática, que zumbaba y en ocasiones destellaba con imágenes de nubes deshilachadas y estriadas, restallando en contorsiones distorsionadas de luces y sombras. Fassin podía ver y oír, aunque ambos sentidos estaban degradados. Los sistemas de la nave de gas estaban apagados. Fassin, apresado en posición vertical, escudriñaba a través de la lámina diáfana situada sobre su rostro, pues había dejado que se secara parte del gel antichoque para obtener una visión más precisa. El sonido que atravesaba la pequeña punta de flecha era apagado y agudo al mismo tiempo. La voz de Y'sul parecía un chillido, apenas comprensible.

Fassin e Y'sul estaban adheridos a la superficie interior del compartimento, aplastados por los giros demenciales de la nave.

—¿Tienes idea de por qué deben hacer todas estas espirales fractales? —le había preguntado Fassin cuando ambos estuvieron bien sujetos, y Quercer y Janath se hubieron marchado a su espacio de mando, a un solo compartimento de distancia.

—A lo mejor es por pura maldad —había respondido Y'sul.

Fassin miró a Y'sul. Los dos ribetes sensoriales del morador estaban vueltos hacia el interior.

La nave aceleró con intensidad, describiendo una amplia curva. La pantalla mostró un destello negro horadado por estrellas que trazaban vueltas frenéticas, y luego se quedó en blanco.

Las sucesiones de espirales demenciales engastadas se resolvieron en una sola vuelta por el eje de longitud, como si el *Velpin* fuera un cartucho que recorriera el cañón de una enorme pistola.

La nave retumbó a su alrededor con una nota aguda y cantarina, y adoptó algo semejante a un crucero. La velocidad de las rotaciones disminuyó gradualmente. Fassin observó que los ribetes sensoriales de Y'sul se desplegaron poco a poco. Durante varios minutos, la pantalla exhibió estrellas que giraban lentamente. Luego volvió a quedarse en blanco. Los giros volvieron a adquirir velocidad, e Y'sul puso otra vez sus ribetes hacia dentro. Los giros se intensificaron hasta que Fassin sintió que la presión aplastaba su cuerpo a través del gel antichoque. Comprendió que aquel era su ataúd. Claro que sí. Empezaba a adquirir visión de túnel, a distinguir la perspectiva por el cañón de la enorme pistola, reducida a un punto en la distancia; a lo lejos, no había sino oscuridad, y más allá de esta el gris, a ambos lados, a lo largo de ese tubo interminable, en dirección al último lugar definido al que se encaminaban, sin acercarse nunca.

Fassin se despertó. Todavía giraba, pero la velocidad estaba decreciendo otra vez. Le picaba la nariz y sentía que tenía que orinar, aunque sabía que no era así. Eso nunca

ocurría cuando el gel antichoque y el fluido branquial desempeñaban su función. Se durmió.

Taince Yarabokin se despertó. Uno de sus primeros pensamientos, mientras ascendía lentamente hasta la superficie de la conciencia plena, fue que Saluus Kehar no había recibido el mensaje que le había preparado, que quedaba tiempo para nuevos repasos, grabaciones y revisiones, que podía seguir viéndose y escuchándose en la grabación, para deshacerse siempre en lágrimas. Quedaba tiempo, y una oportunidad para enfrentarse a él, y quizá matarle, si tal cosa era posible y se inclinaba a hacerlo en ese momento: lo ignoraba; a veces deseaba matarle, a veces deseaba que viviera para padecer la vergüenza de descubrir que había filtrado la historia a la redes de noticias, y a veces le bastaba que supiera que sabía lo que había ocurrido en realidad, aquella noche tan lejana, en la nave en ruinas, en la inmensidad del desierto.

Comprobó el tiempo, mientras tanteaba el espacio virtual en busca de información, aturdida. Faltaba todavía medio año para llegar a Ulubis. A partir de ahora estaría despierta hasta que se produjera el ataque, sería una de las primeras en despertar para el enfrentamiento final, porque representaba lo más parecido al conocimiento local que poseían. En privado, dudaba que pudiera aportar mucha asistencia práctica, dado que habían pasado más de dos siglos desde que viese Ulubis por última vez y, por decirlo de un modo suave, quizá hubiese cambiado un poco después de que lo hubieran invadido, pero era lo mejor que tenían. En ese sentido, se consideraba más que nada un talismán, un pequeño símbolo del sistema por el que habían de combatir. No le preocupaba si esa había sido una consideración a la hora de concederle un puesto en la flota. Tenía confianza en que era una buena oficial, competente y valiente, y que merecía su puesto por méritos propios. El hecho de que acudiera al rescate de su sistema natal no era más que una bonificación.

La flota se había desplegado ligeramente desde la batalla con los forasteros a mitad de trayecto, sacrificando el peso inmediato de las armas que podía desatar a cambio una red de avanzadilla que indicaría cualquier problema mucho antes de que alcanzase al grueso de la flota. Taince había pasado la mayoría de los años subsiguientes en sueño dilatorio en su vaina, pero gracias a la relativa seguridad que proporcionaban las avanzadillas también había disfrutado de algún tiempo de esparcimiento y recreo fuera del gel antichoque, paseándose casi como un ser humano normal en la gravedad giratoria de la nave de batalla, sintiéndose extraña y peculiar al enfrentarse a dicha normalidad, como un alienígena que habitase el cuerpo de un humano; torpe, estupefacta ante cosas insignificantes, como las uñas de los dedos y el vello de un brazo, incómoda, sobre todo al principio, al encontrarse con otros humanos fuera de servicio, y extrañando la riqueza de su existencia virtual electrificada en el interior de la cápsula (con la habilidad de zambullirse dentro y fuera de sensores de alta definición de datos y significados) como si fuera un

miembro amputado.

Ahora volvería a ser así, cuando hubiera recuperado al fin la conciencia. Taince no lo deseaba especialmente. Cuando se tambaleaba sobre dos piernas quería regresar a la cápsula, sincronizada, pero cuando estaba allí siempre añoraba una vida normal, física, de una sola velocidad y una sola realidad. El cielo azul y la luz del sol, la brisa fresca removiendo su cabello, y la hierba verde y las flores bajo sus pies descalzos.

Había pasado mucho tiempo. Y quizá nunca se repitiera, quién sabe.

Otro de los primeros pensamientos de Taince, en el preciso instante en que se percataba de que la estaban despertando con lentitud, sin que saltaran las alarmas, dentro del sistema de rotación de turnos programado y preconvenido, en lugar de una fatídica emergencia que podía desembocar en su muerte en cualquier momento, fue que todavía no había encontrado amparo en la muerte, que todavía no se había acabado todo, y que cualesquiera terrores y agonías que hubiese de afrontar antes de hallar la paz del olvido seguían frente a ella.

—Hoestruem —dijeron Quercer y Janath.

—¿Dónde? —preguntó Fassin.

—¿Cómo que dónde?

—Estás dentro.

Fassin se recuperó de su desmayo cuando volvieron a encender los sistemas de la pequeña nave de gas. Todavía se sentía desorientado y extrañamente sucio, una sensación que desapareció gradualmente a medida que el gel antichoque le envolvía por completo otra vez. Y'sul también pareció un poco mareado e inseguro en el aire cuando le liberaron de sus cinchas.

Estaban contemplando la pantalla del compartimento de pasajeros, que Quercer y Janath, vestidos con su reluciente mono, habían golpeado con un brazo de ribete para que funcionase. Fassin observaba con atención la imagen de la pantalla, pero solo veía un campo de estrellas. Por el momento era incapaz de precisar en qué dirección estaba mirando. Sin duda, no estaba acostumbrado a mirar en esa dirección. No reconocía nada.

—¿Dentro? —preguntó, sintiéndose confuso y estúpido.

—Sí, dentro.

Fassin miró a Y'sul, que todavía parecía un poco gris en torno al manto.

El morador se encogió de hombros.

—Bien —dijo—, yo me rindo. ¿Quién o qué es, y dónde cojones está Hoestruem?

—Es un nubero.

—¿Un nubero? —repitió Fassin. Debía tratarse de la traducción, o de un simple malentendido. Los nuberios formaban parte de los centurios: los seres, dispositivos, semicivilizaciones y tecnoescoria que se hallaban más allá de los forasteros, en los confines de todo.

Y'sul se agitó.

—¿Te refieres a un nubero de ala, un nubero de árbol, un nubero viscoso o...?

—No.

—Nada de eso.

—Un nubero, simplemente.

—Pero... —repuso Fassin.

—¡Aopoleyin, entonces! —gritó Y'sul—. ¡Empecemos con eso! ¿Es ahí donde estamos?

—Sí.

—Desde luego.

—Bueno, más o menos.

—Depende.

—Es el lugar más cercano.

—El sistema más cercano.

—¿Eh? —dijo Y'sul.

—¿El qué más cercano? —preguntó Fassin, sin comprender. Echó un vistazo al campo de estrellas. Algo no encajaba. Algo no encajaba en absoluto. De ninguna manera, ni al revés, ni reflejado en un espejo, ni en el reverso de un holograma, ni nada.

—Me parece que todavía estoy confuso —dijo Y'sul, frunciendo sus mantos sensoriales para despertarse.

Fassin volvió a sentir que se encontraba en el fondo del cañón de la pistola, a punto de salir disparado, o saliendo disparado en aquel momento, recorriendo el cañón mayor y más largo, más inefablemente enorme y eternamente incesante de todo el maldito universo.

—¿A qué distancia estamos de Nasqueron? —se oyó decir.

—Un momento —dijo Y'sul, despacio—. ¿Cómo que sistema?

—Unos treinta y cuatro kiloaños.

—Sistema estelar, no gigante gaseoso. Perdón por la confusión.

—¿Treinta y cuatro kiloaños? —dijo Fassin. Creyó que iba a desmayarse otra vez—. Quieres decir... —Su voz se apagó.

—Treinta y cuatro mil años luz estándar. Aproximadamente. Perdón por la confusión.

—Eso ya lo he dicho yo.

—Ya lo sé. Otra persona, otra confusión.

Estaban en otro sistema, otro sistema solar, otra parte de la galaxia: si decían la verdad, habían dejado Ulubis (el sistema y la estrella) treinta y cuatro mil años luz atrás. Existía un portal operativo en el sistema Ulubis, conectado por medio de un conducto con este remoto sistema estelar, del que Fassin e Y'sul nunca habían oído hablar.

La criatura nubera Hoestruem medía un año luz de anchura. Los nuberos eran (según con quién se hablara) sensitivos, semisensitivos, protosensitivos, asensitivos o ni remotamente sensitivos, aunque esta última perspectiva extrema solo la mantenían los que se beneficiarían de que así fuera, como los que podían hacer cosas provechosas y lucrativas con una enorme nube de gas. Suponiendo que no estuviera viva. Se podía alegar que eran más parecidos a plantas inmensas, de distribución inteligente, que a cualquier clase de animal, y poseían una composición muy similar a las nubes de gas interestelar que habitaban, o eran: la distinción era dudosa.

Los nuberos formaban parte de los centurios, el conjunto de seres, especies, variedades de máquinas y detritos inteligentes que existían (generalmente) entre sistemas estelares y no encajaban en ninguna categoría bien definida; de modo que no eran cometarios del espacio profundo Eclipta, no eran ejemplos errantes de los comunitales de enanas marrones conocidos como los plenos, y tampoco eran los verdaderos exóticos, los penumbrosos no bariónicos, los dimensionados de trece pliegues ni los quantarchs que moraban en el flujo.

Leisicrofe, el amigo de Valseir, era un erudito de los centurios. El viaje de investigación que había emprendido era un viaje de campo, visitando ejemplos reales de centurios por toda la galaxia: nuberos, vainas de vela, nocionales, esforzados y demás. Había visitado a Hoestruem porque era uno de los escasos nuberos que se encontraban cerca de un portal de conducto. Solo que nadie en los mercatoria ni en el resto de la llamada galaxia civilizada conocía este conducto ni este portal.

La estrella Aopoleyin distaba solo una docena de años luz. El nubero Hoestruem, que era mucho mayor que el sistema solar, tomando como referencia el planeta más remoto dentro del mismo, atravesaba en parte el perímetro exterior del sistema, resuelto (a menos que dicha palabra tuviera demasiadas connotaciones) en su sosegada migración a algún remoto confín de la gran lente. El morador Leisicrofe estaba allí, en alguna parte, en su propia nave, o al menos lo había estado. El *Velpin* se dispuso a buscarlo.

—¿Cuánto tiempo hemos estado rendidos en realidad? —preguntó Fassin a Quercer y Janath. Estaban flotando en el espacio de control del *Velpin*, observando el rumor de los sondeos de los escáneres, en busca de cualquier objeto que pudiera ser una nave. El progreso era lento. Los moradores mantenían desde hacía tiempo un acuerdo con los nuberos, en virtud del cual sus naves avanzaban a una velocidad muy reducida cuando se desplazaban en el interior de uno de ellos. Los nuberos eran elásticos, pero sus filamentos individuales, las bandas etéreas y los canales de gas vaporoso que constituían su aparato sensorial y su sistema nervioso eran en extremo delicados, y una nave del tamaño del *Velpin* debía desplazarse lentamente y con precaución entre las hebras de la sustancia nubera para evitar causarle daño alguno. El *Velpin* estaba transmitiendo una sarta de señales que repetían una petición dirigida a Leisicrofe, para que se pusiera en contacto con ellos, pero Quercer y Janath no se

mostraban optimistas en cuanto a que atrajese a su presa; los académicos eran notorios por apagar sus comunicadores.

El siamés parecía sinceramente confuso. La doble criatura se agitó, y los brillantes fruncidos del mono con acabado de espejo crujieron.

—¿Cuánto tiempo habéis estado rendidos a qué?

—¿Cuánto tiempo hemos estado inconscientes en realidad? —preguntó Fassin.

—Varios días.

—Y después, varios días.

—En serio —insistió Fassin.

—¿Y cómo que hemos estado? —protestó Y'sul— ¡Yo no he estado inconsciente!

—Eso.

—¿Lo ves?

—Tu amigo discrepa.

—Has dicho que varios días —citó Fassin.

—¿Varios días? —dijo Y'sul—. ¿Varios días? ¡No hemos estado inconscientes varios días, ni ningún día, ni un solo día! —Hizo una pausa—. ¿Verdad?

—El proceso requiere cierto tiempo, exige paciencia —explicó el siamés morador—. El sueño es lo mejor. No hay distracciones.

—¿Cómo íbamos a entreteneros?

—Y luego está el aspecto de la seguridad.

—Por supuesto.

—¡Yo solo he estado brevemente soñoliento! —exclamó Y'sul— Cerré los ojos un momento, para reflexionar, ¡nada más!

—Unos veintiséis días.

—¿Hemos estado inconscientes veintiséis días? —preguntó Fassin.

—Estánder.

—Aproximadamente.

—¿Qué? —bramó Y'sul—. Querrás decir que nos habéis mantenido inconscientes.

—Es una forma de decirlo, sí.

—¡Es una forma de decirlo! —rugió Y'sul, absolutamente furioso.

—Eso es lo que hemos dicho.

—¿Y qué forma de decirlo sería esa, malditos piratas secuestradores?

—La forma de decir toda la verdad.

—¿Quieres decir que nos drogasteis, o que nos dejasteis fritos? —casi aulló Y'sul.

—Sí. De lo contrario es muy aburrido.

—¿Cómo os atrevéis? —chilló Y'sul.

—Además, forma parte de los términos para emplear el tubo.

—Condiciones de pasaje —entonó el lado izquierdo de Quercer y Janath.

El otro lado siamés silbó.

—¡Oh, sí! Esas condiciones de pasaje; siempre te cogen.

—Sin ellas, no se puede ser de ayuda.

—Sin ellas, no se puede usar el tubo.

—No... ¿Qué?... Vosotros... ¡Condi...! —farfulló Y'sul.

—Ah, sí —dijo Fassin, indicándole a Y'sul que le permitiese hablar—. Me gustaría haceros algunas preguntas acerca de, ah, el viaje por el tubo, si no os importa.

—Desde luego.

—Pregunta lo que quieras.

—Pero que las preguntas sean buenas; puede que las respuestas sean tontas.

—No había oído nada tan escandaloso en toda mi... —musitaba Y'sul, flotando hacia un conjunto de depósitos holográficos de escáner de medio alcance y golpeándolos como si así contribuyese a localizar la nave de Leisicrofe.

Fassin sabía que habían estado inconscientes más de una hora o dos. Su fisiología, y la cantidad de limpieza y quehaceres domésticos que se habían visto obligados a hacer el gel antichoque y el fluido branquial se lo había indicado. Le tranquilizó comprobar que habían sido veintiséis días. Desde luego, perder tanto tiempo inesperadamente y sin previo aviso era desconcertante, y se sentía vulnerable en retrospectiva (¿sucedería lo mismo cuando regresaran?) pero al menos no habían dicho un año, o veintiséis años. Solo el destino sabía lo que había pasado en Ulubis durante ese tiempo (por supuesto, con los sistemas de su nave de gas apagados, Fassin no tenía modo de comprobar si esa era, en realidad, la cantidad de tiempo que habían estado inconscientes) pero parecía que al menos una pequeña parte de la leyenda de la Lista de los Moradores era cierta. Había conductos secretos. Había uno, por descontado, y Fassin creía en extremo improbable que el conducto que conectaba Ulubis y Aopoleyin fuera el único. Merecía la pena perder un par de docenas de días para descubrir eso.

Fassin sintió que intentaba aspirar una bocanada dentro de la pequeña nave de gas.

—¿Hemos llegado a través de un conducto? —preguntó.

—¡Excelente primera pregunta! ¡De fácil respuesta en todos los sentidos! Sí.

—Así es. Pero nosotros los llamamos cánulas.

—¿Dónde se encuentra el extremo del conducto, de la cánula, situado en Ulubis, en Nasqeron? ¿Dónde se encuentra la adjunción? —preguntó Fassin.

—¡Ah! Conoce la terminología.

—Impresionante.

—Y una pregunta muy buena, en cierto sentido.

—No puedo estar más de acuerdo. Pero absolutamente desesperada, en otro.

—No podemos decírtelo.

—Seguridad.

—Seguro que lo entiendes.

—Claro que lo entiendo —dijo Fassin. Obtener una respuesta directa a aquella pregunta le habría parecido demasiado bueno para ser cierto—. ¿Desde cuándo existe el conducto? —preguntó.

El siamés guardó silencio durante un momento, y dijo:

—No lo sabemos.

—Con seguridad. Probablemente desde hace billones de años.

—Es posible.

—¿Cuántos más hay? —preguntó Fassin— Me refiero a conductos, cánulas.

—Lo mismo.

—¿Lo mismo?

—Lo mismo, tampoco lo sabemos.

—Ni idea.

—Bueno, un poco sí.

—De acuerdo, tenemos una ligera idea. Pero no podemos decírtelo. También son condiciones de pasaje.

—Malditas condiciones de pasaje.

—Oh sí, malditas.

—¿Hay más conductos en Ulubis, en cualquier lugar próximo al sistema Ulubis, digamos dentro de su radio Oort, hacia cualquier otro lugar?

—Otra buena pregunta. No podemos decírtelo.

—Es más de lo que vale nuestra capitanía de viaje.

—Este conducto, el que conduce a Aopoleyin; ¿está conectado con un conducto de los mercatoria? ¿Alguno de sus conductos tiene un portal, una adjunción, en este lugar?

—No.

—Estoy de acuerdo. Una respuesta directa. Qué alivio. No.

—Y desde aquí, desde Aopoleyin —dijo Fassin—, ¿parten otros conductos?

De nuevo, silencio durante un momento. Y luego:

—Parece una bobada, pero no podemos decírtelo.

—Como si alguien fuese a tender un solo tubo estúpido hasta este sitio.

—Pero aun así.

—No podemos decírtelo.

—Y eso es oficial.

Fassin indicó resignación en su señal.

—¿Condiciones de pasaje? —preguntó.

—Empiezas a entenderlo.

—Pero, ¿por qué yo? —preguntó Fassin.

—¿Por qué tú?

—¿Por qué tú qué?

—¿Por qué me habéis permitido viajar hasta aquí, utilizar el conducto?

—Porque nos lo pediste.

—Para ser más precisos, porque Valseir, Zosso y Drunisine nos lo pidieron en tu nombre.

—¿Cómo íbamos a negarnos?

—¿Así que no podría haberlo pedido por mí mismo? —dijo Fassin.

—Claro que podrías haberlo pedido.

—Mejor que dejemos eso en el aire.

—No es cuestión de insultar a los pasajeros.

—Es una ley no escrita.

—¿Sabéis si le han permitido a otro humano utilizar los conductos de los moradores?

—No.

—A decir verdad, no. Aunque no tendríamos por qué saberlo, necesariamente.

—¿Y a algún otro observador?

—No, que sepamos.

—Que admitimos que no es mucho.

—De acuerdo —dijo Fassin. Sentía que el corazón le golpeaba en el pecho, en las entrañas de la pequeña nave de gas—. ¿Viajáis por el conducto a menudo?

—Define «a menudo».

—Lo diré de otra forma: ¿cuántas veces habéis usado el conducto en los últimos diez años estándar?

—Esa es una pregunta sencilla.

—De eludir.

—Pero digamos que unos cuantos cientos de veces.

—Disculpa nuestra vaguedad. Condiciones de pasaje.

—¿Unos cuantos cientos? —preguntó Fassin. Demonios, si era cierto, estos tipos recorrían la galaxia por su sistema de conductos ocultos como si se tratase de vagones de metro por debajo de una ciudad.

—No más, con certeza.

—¿Hay muchas naves como...? No, lo diré de otro modo: ¿cuántas naves más hay en Nasqueron que realicen viajes por conductos regularmente?

—Ni idea.

—Ni la más remota.

—¿Ni siquiera a ojo? ¿Hay docenas, cientos?

El lado izquierdo de Quercer y Janath tornó transparente su brillante mono durante un instante y destelló un patrón de regocijo sobre su superficie de señales.

El lado derecho volvió a silbar.

Fassin les concedió tiempo para una respuesta oral, pero no la hubo.

—¿Hay muchas? —preguntó.

Silencio durante un poco más de tiempo.

—Hay unas cuantas.

—No son pocas.

—Piensa lo que quieras.

—Disculpa otra vez la vaguedad. Condiciones de pasaje.

—¿Miles? —preguntó Fassin. El siamés morador no respondió. Fassin sintió que respiraba con dificultad—. ¿Decenas de...?

—Es inútil que aumentes el número.

—Consulta la última respuesta.

Lo ignoraba. Era imposible que hubiera tantas naves, ¿verdad? Por muy impresionante que fuera la tecnología de camuflaje, si se producían cientos o miles de movimientos de naves en un sistema todos los años, sin duda algún sensor debía haber advertido alguno de vez en cuando. No había ningún sistema perfecto, no había ninguna tecnología infalible. Algo debía delatarse. ¿A qué distancia tendrían que estar los portales? Fassin no era un experto en física, pero estaba bastante seguro de que se necesitaba un espacio relativamente plano, muy distante de un cociente de gravedad tan acusado como el que circundaba a un gigante gaseoso. ¿Acaso sus portales se hallaban a la distancia de una luna de órbita cercana al planeta?

—¿Y Nasqueron? —preguntó—. ¿Es un planeta de moradores típico en este aspecto?

—Todas las Moradas son especiales.

—Nasqueron, el Nido de Vientos, no es menos especial que cualquier otra.

—Pero sí.

Sí. Fassin se dijo que si hubiera estado de pie en gravedad normal haciendo aquellas preguntas y obteniendo aquellas respuestas, habría tenido que sentarse tiempo atrás. O se habría caído.

—¿Habéis estado antes aquí, en Aopoleyin? —preguntó.

Silencio. Y seguidamente:

—No.

—O si sí, no lo recordamos.

Fassin empezó a rayarse, la sensación de intensa desconexión que se producía cuando la acusada extravagancia por implicación de una situación le causaba de repente un intenso efecto a un humano desprevenido.

—Y si... cuando regresemos a Nasqueron, ¿puedo decirle a la gente dónde he estado?

—Si te acuerdas.

—Entonces, sí.

—¿Hay alguna razón para la que no vaya a acordarme?

—Los viajes de cánula juegan malas pasadas, observador Taak.

—¿Borrarías el recuerdo de mi cerebro? —Fassin sintió un escalofrío— Es difícil hacer algo así con el cerebro humano sin lastimarlo.

—Eso hemos oído.

—Hipotéticamente, nadie te creería.

—No te angusties.

—¡A lo mejor a mí me creen! —exclamó Y'sul, apartándose de repente de las pantallas con las que se había afanado anteriormente.

Quercer y Janath cabecearon con dramatismo, como si hubieran olvidado que estaba allí.

—¡No hablas en serio!

—¡No hablas en serio! —gañeron, casi al unísono.

Y'sul bufó y destelló regocijo.

—Claro que no. —Se volvió a las pantallas, musitando mientras reía entre dientes—. Por quién me tomáis. De todas formas, me gusta demasiado la vida. Me quedo con mis recuerdos, gracias...

La búsqueda continuó. Fassin interrogó a los sistemas del *Velpin* para descubrir si albergaban su propia Lista de moradores, su propio mapa de la red de conductos desconocida, o siquiera el emplazamiento del portal al que habían accedido en el sistema Ulubis para llegar hasta allí. Las computadoras de la nave (de fácil acceso, sin apenas escudos) parecían completamente vacías, con excepción de las cartas de navegación estelar más básicas. La galaxia mayor estaba cartografiada a una escala que indicaba dónde debían hallarse las estrellas y los planetas principales, y eso era todo. No estaban señalados los hubs ni los vestigios de megaestructuras, y solo se daban indicaciones muy vagas de los cuerpos Oort y Kuiper y los cinturones de asteroides. No parecía en modo alguno una carta estelar propiamente dicha, sino más bien un atlas escolar. Hasta la pequeña nave de gas disponía de un mapa estelar más detallado. Fassin registró electrónicamente la nave lo mejor que pudo sin resultar demasiado evidente, pero no encontró nada más preciso.

Suponía que el material auténtico debía estar oculto en alguna parte, pero tenía la sensación extraña e inquietante de que no era así. El *Velpin* parecía una nave bien construida (para los estándares de los moradores, excepcionalmente bien construida), con motores de relativa sofisticación, pero elegante sencillez y mucha energía, sin armas y dotada de cierta capacidad de carga. Nada más. De algún modo, los datos estelares rudimentarios encajaban.

Fassin intentó descubrir un modo de apoderarse de la nave por la fuerza, de apropiarse de ella. ¿Podía secuestrar el *Velpin*? Había pasado el tiempo suficiente en la atestada esfera del espacio de mando de la nave para observar cómo controlaban el navío Quercer y Janath. No parecía difícil. Hasta se lo había preguntado.

—¿Cómo se conduce esta cosa?

—Apuntando.

—¿Apuntando?

—Llegas al volumen general y apuntas en la dirección correcta.

—El secreto es tener mucha energía.

—La afinación delicada de V delta es un síntoma de que careces de suficiente energía.

—La energía lo es todo.

—Se pueden hacer muchas cosas con solo apuntar.

—Si tienes bastante energía.

—Aunque a veces tienes que destinar un poco a la deflección.

—Es un término técnico.

Fassin no conseguía encontrar un modo de apoderarse de la nave. Si estaban resueltos a ello, los moradores podían pasar años sin experimentar nada que los humanos reconociesen como sueño, y Quercer y Janath aseguraban que no les hacía falta ninguno, ni siquiera cabezadas al estilo de la fase dilatoria. La nave de gas carecía de armas, aparte de los manipuladores; Fassin nunca había practicado el empleo de la punta de flecha como artilugio de combate cuerpo a cuerpo, y de todas formas, un morador adulto era mayor y probablemente más poderoso (excepto a velocidad máxima) que la pequeña nave de gas. En cualquier caso, en general, los moradores se consideraban muy difíciles de incapacitar y de matar.

Recordó que Taince Yarabokin le había hablado de su entrenamiento en el combate cuerpo a cuerpo. El consejo básico a la hora de enfrentarse a un morador con malas intenciones (si uno era un humano con un traje espacial convencional, digamos) era asegurarse de tener una pistola de gran tamaño. No había modo conocido de que un humano desarmado, ni siquiera con un traje blindado, pudiese hacer frente a un morador joven y en buena forma. En caso de no tener una pistola de gran tamaño, el mejor consejo era salir corriendo a toda prisa. De todas las especies mercatorias, solo los voehn se sabían capaces de encararse con un morador desarmado, y el resultado no era inevitable.

Fassin suponía que podía arremeter contra Quercer y Janath. Si les embestía de cabeza con la pequeña nave de gas podía dejarlos fuera de combate o incapacitarlos, pero ignoraba si había espacio suficiente en la nave como para adquirir la velocidad necesaria en semejante maniobra. Tendría que retroceder varios compartimentos para irrumpir en el espacio de mando, con la esperanza de obtener un impacto afortunado, y de que no le oyesen y se hicieran a un lado para que se estrellara contra los instrumentos. Se preguntó qué habría hecho Hatherence. Se preguntó si le habrían permitido unirse a ellos, para empezar. Casi seguro que no, si estaba armada. Por otra parte, estaba esa indiferencia propia de los moradores en esas cosas. Por otra parte, esta nave no parecía tan indiferente.

Suponiendo que pudiera librarse de Quercer y Janath, ¿qué pasaba con Y'sul? Dudaba que el morador de más edad conspirase o siquiera cooperase. Y'sul había dejado muy claro que era un morador totalmente leal que sencillamente se comportaba como un buen guía y mentor, no un traidor, amante de los humanos, aliado o simpatizante de los mercatoria, una estructura de poder y una civilización que no fingía entender ni apreciar.

Y si de algún modo Fassin podía hacerse con el control de la nave solo, engañando a los dos moradores (o a los tres, según se mirara), entonces, ¿qué?

Todavía no había encontrado rastro alguno de una matriz navegadora oculta en la nave. ¿Adónde debía dirigirse? ¿Cómo encontraría el portal del conducto que los había llevado hasta allí? Cuando lo encontrara, ¿cómo lo atravesaría, si estaba protegido de algún modo, o administrado? Los portales mercatoriales se contaban entre los emplazamientos más intensamente vigilados y fuertemente protegidos de la galaxia. Aunque tuviera en cuenta la indiferencia semicaótica que los moradores demostraban en lo tocante a esas cuestiones, ¿de veras podía esperar atravesar uno de sus portales sin ser detenido, como si solo fuera otra franja de espacio?

Había intentado extraer más información de Quercer y Janath sobre el proceso de encontrar y atravesar un portal de conducto de los moradores (una adjunción), pero, para su sorpresa, dado su evidente don para la técnica, se habían superado con la vaguedad de sus explicaciones al respecto, sobrepasando con cierta diferencia sus anteriores respuestas, que habían sido de poca ayuda de un modo sumamente estudiado.

Le habían permitido abandonar la nave. Había flotado en libertad, surcando suavemente el cuerpo tenue y casi vacío del nubero Hoestruem. Quería comprobar lo mejor que pudiera que no le habían engañado de algún modo. Después de todo, ¿cómo sabía que realmente estaba donde decían Quercer y Janath? Tenía su palabra. Había visto información desplegada en una pantalla, y proyecciones holográficas. Podía tratarse de una broma, o de un modo de tenderle alguna trampa. Así que debía asegurarse.

En el exterior del *Velpin*, manteniéndose a la altura de la nave mientras esta se deslizaba por la nube interestelar supuestamente consciente, empleó los sentidos de la pequeña nave de gas para decidir si se encontraba en un inmenso entorno artificial.

A juzgar por lo que percibía, ese no era el caso. Realmente se encontraba en una nube de polvo, o quizá química, en el límite de un sistema planetario a un cuarto de galaxia de distancia de su hogar, a medio camino del núcleo galáctico. Las estrellas parecían completamente distintas. Solamente las galaxias más lejanas permanecían alineadas. Si no se trataba del límite del espacio exterior, era una simulación brillante de este. Empleó una porción de su masa de reacción (básicamente, agua) para alejarse varios kilómetros del *Velpin*, y tampoco encontró una pared, ni una pantalla gigante. De modo que o bien se hallaba en un espacio de RV verdaderamente prodigioso, o bien todo se llevaba a cabo directamente a través de su cerebro, o de la horquilla de la nave de gas, incrementada de algún modo hasta una inmersión cien por cien, imposible de comprobar.

Recordó algo que Valseir le había dicho. Cualquier teoría que plantee el solipsismo como explicación probable de los fenómenos que se propone describir debe someterse a la mayor de las sospechas.

Valseir se refería a la verdad y a otras religiones, pero Fassin sintió que se encontraba en una situación parecida. En realidad, no tenía otra opción que comportarse como si todo fuese auténtico. Pese a todo, debía tener presente la idea de

que no lo era, por si acaso. Porque si todo era real, quizá se hallase al borde del descubrimiento más pasmoso de la historia de la humanidad, una revelación que podía causar un daño incalculable, o producir pingües beneficios, para cualquier combinación de los mercatoria, sus adversarios, o cualquier especie pasajera del espacio de la galaxia. Recordó su encuentro con la proyección diplomática, hacía lo que se le antojaba en la Casa de Otoño. ¿Qué era más probable: la apariencia, o que todo fuese mentira, una trampa, una broma enorme e incomprensible? La cuestión estaba abierta a discusiones.

Ejecutó cuantas comprobaciones estaban a su alcance mientras permaneció en el exterior del casco del *Velpin*. Se hallaba en el espacio. Todo cuadraba. O se encontraba en una simulación tan completa que dejarse engañar por ella no entrañaba desgracia alguna. Lo que le llevaba otra vez a la verdad. Hatherence habría apreciado el dilema.

Supuso que si realmente lo deseaba podía intentar escapar. La nave de gas le proveería de sustento indefinido, pues era capaz de llevar a cabo una entrada independiente en una atmósfera planetaria, y si empleaba casi toda su masa de reacción, podía llegar al sistema interno de la estrella Aopoleyin al cabo de varios años. Hasta podía dormir durante la mayor parte del camino y no apercibirse apenas del viaje. Pero entonces, ¿qué? Nunca había oído hablar de aquel lugar. Según el rudimentario atlas estelar de la nave de gas, se encontraba en algún punto de las cimas de Khredeil, cualesquiera que fuesen, pero no había constancia de que aquel sistema estuviese habitado por humanos ni por los mercatoria, ni mención de que estuviese habitado en absoluto. Eso no significaba que estuviese despoblado (al parecer, cualquier lugar albergaba a criaturas que lo llamaban hogar), pero probablemente no le serviría para volver a casa.

Regresó a la nave cuando Quercer y Janath señalaron muy excitados que habían descubierto algo. No se trataba de la nave de Leisicrofe; era una delicada esfera de gas y productos químicos, un ovillo de encaje de hilo frío y sucio, abierto al vacío, que solamente se mantenía unido por medio de un vestigio de gravedad: la mente del numero.

¿... Buscando a...?

- Un morador. Un morador de gigante gaseoso, llamado Leisicrofe.

... Imagen...

- ¿Imagen?

... Dijeron imagen esperase... imagen específica...

- Ah. Tengo una imagen. ¿Cómo...? ¿Dónde, es decir, dónde la proyecto, para que la veas?

... No... Describir...

- De acuerdo. Es una imagen de nubes blancas sobre un cielo azul.

... Concuerta...

- ¿Así que me lo puedes decir? ¿Dónde está Leisicrofe?

... Se fue...

- ¿Cuándo se fue?

¿... Mides tiempo cómo...?

- ¿Sistema estándar?

... Conocido... el ser Leisicrofe se fue hace $7,35 \times 10^8$ segundos...

Fassin llevó a cabo el cálculo. Hacía aproximadamente veinte años.

Estaba acurrucado en las regiones externas de la mente del nubero, y la pequeña nave de gas descansaba con suavidad entre dos anchas hebras de gas, cuya frialdad era imperceptiblemente inferior a la del espacio profundo circundante. En la práctica, estaba haciendo un arcano, pues se había detenido para conversar con una criatura que hacía que un morador sumido en fase dilatoria pareciese un loco de la velocidad en comparación. Los nuberos pensaban sumamente despacio.

Una señal del exterior, procedente del *Velpin*. Fassin transmitió al nubero:

- ¿Adónde fue Leisicrofe?

Y retomó la velocidad normal.

—¿Te queda mucho? —preguntó Y'sul, irritable—. Este monomaniático bilateral está acabando con mi paciencia rápidamente. Ya han pasado diez días, Fassin. ¿Qué ha pasado? ¿Te has dormido?

—Voy lo más rápido que puedo. Para mí, solo han sido unas decenas de segundos.

—Podrías quedarte y pensar a velocidad normal, sabes. Así todos tendríamos tiempo para reflexionar sobre lo que dice este cerebro de gas. No hace falta que te luzcas con un arcano.

—De ese modo, se parece menos a una conversación. Esto demuestra respeto. Consigues más de la gente si...

—Sí, sí, sí. Bueno, pues continúa. Buscaré más juegos para mantener ocupado a este cretino de personalidad múltiple. Tú flota y comulga con ese vegetal del espacio. Yo haré el trabajo duro. Ahora me arrepiento de haber venido. Si me he perdido más buenas batallas mientras estaba fuera... —Su voz se desvaneció en la distancia.

Fassin volvió a descender hasta una fase dilatoria extrema. El nubero todavía no había respondido.

Por lo menos, en esta ocasión no hubieron de someterse a espirales demenciales. La misma pantalla borrosa y poco fiable les distrajo mientras se alejaban flotando del nubero y se dirigían a la boca oculta del conducto, y las puertas del compartimento de pasajeros estaban cerradas como antes, pero no se produjeron revoluciones salvajes. Fassin consintió que Quercer y Janath se apoderasen de la nave de gas a distancia y desconectasen sus sistemas. Esta vez no se molestó en aclarar el gel antichoque ni la lámina facial, sino que se limitó a sumirse en un trance. Resultaba sencillo, era muy semejante a los preparativos para descender a la fase dilatoria. Y significaba que no

veía ni oía a Y'sul, mientras este se quejaba por la ignominia de que le dejaran frito solo porque se embarcasen en un viaje espacial.

Se dirigían a un lugar llamado Mavirouelo, otro sitio del que Fassin nunca había oído hablar. Hoestruem había dicho que Leisicrofe se dirigía allí a continuación. El nubero ignoraba si se trataba de un sistema, un planeta, otro nubero o qué. Quercer y Janath guardaron silencio durante un instante al oír el nombre, y Fassin advirtió que consultaban el tosco atlas galáctico de la nave. Entonces declararon que conocían el lugar. Se trataba de un planeta del sistema Ashum. Fassin lo conocía, o por lo menos la memoria de la nave de gas lo conocía. Hasta estaba conectado: disponía de un conducto propio, controlado por los mercatoria, aunque Fassin sospechaba que no iban a utilizarlo. La estimación del tiempo total de viaje ascendía a «varios días».

Mientras se sumía en la inconsciencia, Fassin pensó en la hermosura del nubero. Aquel ser inmenso semejaba un millón de pañuelos de luz, grandes, alargados y vaporosos, un suspiro de materia y gravedad cercano a la nada, cuya masa rebasaba la de muchos sistemas solares, que flotaba a la deriva pero tenía propósito, obstinado en llevar a la práctica una antigua decisión, una trayectoria trazada millones de años atrás, impulsado y capaz de orientarse por medio de diminutas flexiones de plasma frío, de la fuerza de campos magnéticos casi imperceptibles, de expulsiones dotadas de la fuerza de un suspiro, y de inhalaciones de material interestelar. Frío y de aspecto muerto, y sin embargo vivo y pensante. Y hermoso, a la luz adecuada. Si se contemplaba en una estela favorecedora de longitudes de onda, había algo incesante y perfectamente sublime en...

Saluus estaba en un balcón de hielo y metal, contemplando la vista, mientras su aliento se condensaba en el aire ante él.

El retiro de la Jurisdicción estaba engastado y parcialmente esculpido en la cascada helada Hoisennir, un precipicio de hielo de cuatrocientos metros de altura y un klick de anchura que señalaba el comienzo del prolongado descenso del río Doaroe, desde la elevada meseta semiártica hasta la tundra y las praderas que se extendían más allá de esta. Un sol invernal de poca altura proporcionaba un magnífico despliegue de nubes sepektianas y un atardecer difuminado de color rojizo amoratado, pero ni mucho menos el calor necesario para que el hielo empezara a derretirse.

Sepekte cabeceaba con lentitud, de un modo apenas perceptible. Sus círculos ártico y antártico, donde el sol no se ponía ni se elevaba, alternativamente, durante el cénit del verano y las simas del invierno, medían menos de mil kilómetros de diámetro.

Oficialmente, estaba clasificado como un planeta cálido templado conforme a los estándares humanos; sus inviernos eran más prolongados, pero menos rigurosos, que los de la Tierra, y sus peores efectos se circunscribían a zonas más restringidas que en

el primer hogar de la humanidad. No obstante, la catarata Hoisennir se encontraba en las latitudes septentrionales, en las cotas montañosas del escudo ártico, y el Doaroe permanecía totalmente congelado durante periodos ininterrumpidos de varios años estándar.

El lugar se denominaba retiro porque pertenecía a la Jurisdicción, pero en opinión de Saluus no era más que un hotel y un centro de conferencias. Sin embargo, la vista era impresionante, siempre y cuando hubiera suficiente luz solar para apreciarla. Saluus estaba dispuesto a admitir que poseía cierto atractivo severo.

De todas formas, no le gustaba estar allí. No le agradaban los lugares de los que no se podía escapar con facilidad; preferiblemente, en el peor de los casos, caminando. Para escapar de allí se necesitaba un vehículo aéreo, o un ascensor que atravesara el interior de la catarata congelada hasta la pista de aterrizaje construida sobre el río solidificado en la cima, o la estación de rieles de vacío emplazada en la orilla del lago helado al pie del precipicio. Cuando descubrió dónde había de celebrarse la conferencia referente a la embajada de los moradores (con muy poca antelación, por razones de seguridad), se aseguró de tener a su disposición un paravela cargado con su equipaje para disponer de una salida de emergencia en caso necesario.

Estaba casi seguro de que no habría emergencia alguna (y de que si hubiera de producirse, sería tan tremenda y vertiginosa que resultaría imposible escapar de ella), pero se sentía mejor y más seguro teniendo el paravela junto a la ventana del balcón de su habitación. La mayoría de los asistentes prominentes tenían suites en las entrañas de la catarata, con objeto de mantenerse apartados de cualquier cosa que se dirigiera contra ellos desde el exterior, pero Saluus había insistido en una suite exterior, con vistas, con una salida. No había practicado la paravela desde hacía décadas, pero prefería jugarse el cuello de ese modo antes que acurrucarse en un rincón de una suite, gimoteando, a la espera de la muerte.

A veces se preguntaba de dónde procedía aquella obsesión con la posibilidad de escapar. No se trataba de un rasgo congénito, ni la había adoptado a resultas de una experiencia traumática de la niñez, sencillamente le había acechado furtivamente durante toda su vida adulta. Suponía que era una de esas cosas. No se molestaba en perder el tiempo reflexionando en profundidad sobre ello.

Según su parecer, lo único importante era que el hotel retiro era un lugar tan seguro como cualquier otro en aquella época. Los ataques sobre el sistema Ulubis habían proseguido, sin remitir durante demasiado tiempo ni alcanzar una verdadera cota. En muchos casos, se trataba de objetivos militares obvios, que a menudo eran atacados con bombas, misiles y armas de relativamente corto alcance. En general, se culpaba de estos ataques a los forasteros. Otros objetivos estaban revestidos de un valor cultural o emocional, o sencillamente eran de grandes dimensiones. Estos sufrían el impacto de rocas de alta velocidad procedentes del espacio profundo, cuyo impulso, en ocasiones, rozaba la velocidad de la luz. El número de estos ataques

había aumentado a medida que disminuía la intensidad de los asaltos que llevaban a cabo embarcaciones remotas dotadas de armas de rayos.

Algunos estrategas aseguraban que todo eso representaba un fracaso por parte de sus enemigos a la hora de atacar en el momento esperado, aunque Saluus pensaba que las supuestas pruebas de ello se basaban demasiado en simulaciones y asunciones compartidas.

A decir verdad, la situación ya se había prolongado durante largo tiempo. La población había superado penosamente las diversas etapas de conmoción, incredulidad, jactancia, solidaridad, determinación sombría y quién sabía cuántas más; en la actualidad, estaban cansados. Querían que todo acabase. Temían cómo hubiera de producirse ese final, pero se hallaban medio derrotados por el errático bombardeo y la incertidumbre siempre presente.

En cierto sentido era peor, porque se había filtrado la noticia del momento en que esperaban la invasión por parte del culto famélico, y como esta no se había materializado aún, la gente empezaba a pensar que quizá nunca se produjera. Los verdaderos teóricos de la conspiración sostenían que todo había sido una tremenda fantasía paranoide y mortal instigada por el ejército y los industriales desde el principio, que nunca había habido una amenaza verdadera, que las fuerzas de seguridad llevaban a cabo la mayoría de los ataques, ya fuese a resultas de un conflicto entre los distintos servicios, o formase parte de una serie de movimientos cínicos, deliberadamente abnegados, cuidadosamente planeados, para alentar la simpatía popular hacia las fuerzas armadas, aunque el populacho se viera despojado de las escasas libertades civiles que todavía le restaban; que se trataba de una excusa para convertir el sistema Ulubis en una sociedad semifascista, y afianzar el poder en las manos de unos pocos privilegiados.

Hasta las personas de imaginación más moderada estaban molestas por las libertades perdidas y las restricciones impuestas, y empezaban a preguntarse dónde estaba exactamente aquella terrible amenaza para la que se preparaban desde hacía casi un año. ¿No debería haberse iluminado ya el cielo con la propulsión de la flota invasora, al desacelerar en el espacio cercano a Ulubis? La gente empezaba a cuestionarse la necesidad de tantos sacrificios y privaciones, y a preguntarse si se hacían demasiados esfuerzos para enfrentarse a una amenaza que hasta el momento no había tomado forma, y no lo suficiente para ocuparse del desgaste continuado que producían los ataques de pequeña escala, que a intervalos seguían siendo devastadores.

Los estrategas también se preguntaban dónde estaban las fuerzas de la Descon. E-5. Se habían producido encendidas discusiones en cuanto a la estrategia más adecuada: ¿salir al encuentro de la flota o flotas de los invasores, con la esperanza de que una medida de sorpresa les concediera una ligera ventaja, y mantener de este modo al menos parte del enfrentamiento lejos de las extensiones pobladas del sistema Ulubis, o sentarse a esperar, acumulando el máximo de fuerzas donde al fin y al cabo

más las necesitaban? Ya habían despachado naves de exploración remotas en la dirección general en que se acercaba la invasión, pero hasta el momento no habían descubierto nada. Había sido un tiro largo bastante literal.

Estaban fabricando un gigantesco cañón magnético sobre rieles en la órbita de G'iri, el gigante gaseoso situado más allá de Nasqueron, cuyo tamaño era inferior a este, con objeto de esparcir escombros por el espacio frente a la flota que se aproximaba: un enorme trabuco que debía arrojar una llovizna de máquinas de reconocimiento, así como una nube de diminutos explosivos guiados y minas cinéticas, frente a las naves invasoras, pero solo ahora, al cabo de varios meses, después de haber excedido escandalosamente el presupuesto, y haberse visto afectado por un sinnúmero de problemas, estaba adquiriendo velocidad. Al menos, no podían responsabilizar de este último fracaso a Industrias Pesadas Kehar. La empresa de Saluus no estaba implicada en el contrato. Era el fabricante obvio, pero se lo habían ofrecido a un consorcio de otras empresas, en parte para demostrar que IPK no gozaba del monopolio, así como para conceder a los demás una oportunidad en un proyecto importante.

El informe provisional sobre la debacle de Nasqueron había exonerado a IPK, al no encontrar nada peor que una contabilidad ocasionalmente imprecisa, la suerte de redondeo ocasionado por la premura que cabía esperar en un momento como la emergencia actual. En otras palabras, la farsa de la batalla de la tormenta había sido una cagada militar de cosecha propia, como había mantenido Saluus desde el principio. En parte a resultas de ello, se había integrado más profundamente en la superestructura de planificación y estrategia de los mercatoria ulubinos, y hasta en el Gabinete Bélico de Emergencia, con cierta frecuencia.

Era razonable. Asimismo apelaba a la sensación de importancia de Saluus, que era lo bastante consciente como para percatarse de ello y aceptarlo. Y por supuesto, producía el efecto adicional de vincularle más estrechamente con la jerarquía política del sistema, de modo que estuviera más identificado aún a las estructuras y los individuos gobernantes, y tuviera más incentivos para luchar por la preservación del gobierno mercatorial. Si los malos arrasaban el sistema y se apoderaban de él, le resultaría más difícil lavarse las manos, asegurando que solo era un modesto armador, y que ahora ofrecía humildemente sus servicios a los nuevos amos.

Pese a todo, se sentía cómodo con la proximidad y el acceso a semejante poder, así como con el control relativo que ejercía sobre él, y en el peor de los casos, no era una parte tan simbólica del antiguo régimen como otros miembros del Gabinete Bélico, y su dominio de IPK le concedía valor para el gobernante del sistema. Estaba dispuesto a improvisar sobre la marcha. Además, había trazado una ruta de escape. Cuanto más tardara en producirse la invasión de la Descon. E-5, menos habrían de esperar el contraataque de los mercatoria; en cuyo caso, Saluus haría bien en desaparecer mientras los malos se establecían y preparaban sus propias defensas. En teoría, ignoraban que la flota mercatorial se hallaba en camino, pero también se había

filtrado información sobre ello, y de todas formas, sus aliados forasteros se lo habrían revelado sin duda.

Si lo más sencillo era ocultarse, Saluus se ocultaría. Asimismo, participaría en acciones de guerrilla, con suerte a una distancia prudente, de modo que cuando los mercatoria reconquistaran el sistema pareciese una especie de héroe, en lugar de un cobarde al que solamente interesaba su propia riqueza. Pero, a veces, la mejor estrategia era mantenerse alejado cuando las cosas se complicaban. Estaba fabricando una nave realmente veloz en un astillero secreto, un prototipo que tenía la firme intención de que nunca estuviera perfeccionado para el servicio activo, ni siquiera para efectuar vuelos de entrenamiento militar. Sería su vía de escape, en caso necesario.

Sorprendentemente, la mujer que conociera como Ko cuando ella estaba con Fassin Taak (su verdadero nombre, el nombre que ahora usaba, era Liss Alentiore) había supuesto un verdadero apoyo en todo este asunto. Saluus creía que se había enamorado de ella. De hecho, se había enamorado de ella hasta tal punto que, por primera y única vez, su esposa (a pesar de sus numerosos escauceos, en los que incurría con entusiasmo) había dado muestras de celos. La misma Liss había sugerido una solución, aunque esta también se le había ocurrido a él, al menos en calidad de fantasía. De modo que ahora mantenían un pequeño ménage à trois muy estimulante.

Para ser más precisos, Liss se había revelado como una confidente digna de confianza y una consejera leal. En ocasiones, a lo largo de los meses precedentes, convulsos y a veces desesperados, Saluus había titubeado; entonces había deliberado con Liss, tanto en la formalidad relativa de su oficina, voladera o nave, como en la almohada, y ella le había dicho lo que debía hacer: si no de inmediato, al menos después de reflexionar durante una noche o dos. Era astuta de un modo soslayado y sutil; sabía cómo funcionaban las personas, cómo pensaban, cuál sería su reacción, en ocasiones de un modo casi telepático.

Había creado un nuevo puesto para Liss en su comitiva, convirtiéndola en su secretaria privada personal. Sus secretarías sociales y empresariales se sintieron discretamente resentidas, pero eran lo bastante perspicaces como para aceptar la cara nueva con una medida de generosidad fingida y de elegancia de apariencia genuina, y no habían intentado socavarla. Saluus presentía que la habían calibrado con precisión, y habían encontrado plausible que cualquier ataque dirigido contra Liss se volviera contra ellas.

Al principio, sus empleados de seguridad habían sospechado de ella, y habían encontrado toda clase de indicios que apuntaban a su insalubre pasado, y posteriormente una suerte de sospechosa vaguedad. Pero en última instancia nada de esto era condenatorio; desde luego, nada peor que las correrías del propio Saluus a su edad. Liss había sido una joven salvaje que se había mezclado con algunos personajes turbios. Él también. ¿Y qué? Él mismo la había sometido a gentiles exámenes acerca de su pasado, y había obtenido una impresión de sufrimiento, de traumas y malos

recuerdos. No deseaba ocasionarle más daño indagando demasiado. Esto se sumaba a la sensación de haberla rescatado con una galantería casi insoportable.

Había ejercido de periodista mediocre en una revista técnica, y tenía antecedentes de bailarina, actriz, azafata y masajista; él la había apartado de todo ello. La noche en que la había conocido, con Fassin, se le había antojado mucho más joven de lo que era en realidad (Saluus había decidido que ahora era un gran entusiasta del concepto de cabeza sensata sobre hombros jóvenes), pero ahora su aspecto era aún mejor, después de aceptar su oferta para someterse a tratamientos a los que nunca habría tenido acceso antes de que se conocieran. Ella le estaba agradecida. Nunca lo expresaba abiertamente, pues eso habría desequilibrado lo que tenían, pero a veces él lo advertía en sus ojos.

Pues bien, él también le estaba agradecido. Le había otorgado una nueva pujanza a su vida privada, y se había revelado como un activo nuevo y sobresaliente en su vida pública.

Asimismo, presentía que la había apartado de Fassin, y esa pequeña sensación era agradable en sí misma. Saluus nunca le había envidiado exactamente (a decir verdad, no envidiaba a nadie, de hecho, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Cómo podría?), pero la vida de Fassin gozaba de una suerte de complacencia que Saluus siempre había ambicionado, y que por tanto le desagradaba. El hecho de formar parte de semejante grupo familiar, rodeado de personas que se dedicaban al mismo negocio estable, que disfrutaban de un respeto intrínseco a su trabajo y no debían probarse a sí mismos continuamente por medio de procesos de ofertas, hojas de balance, reuniones de accionistas y consejos de personal... eso debía poseer cierta dulzura y conceder una suerte de seguridad académica, una sensación de justificación. Y entonces el tipo se había convertido en una especie de figura heroica, solo porque había pasado cinco años sumergido en gel antichoque en una nave de gas en miniatura (que ni siquiera había fabricado IPK), en compañía de una pandilla de moradores degenerados.

¿Acaso Liss se había sentido atraída por la fama de Fassin? ¿Le había cambiado por Saluus al presentarse la ocasión? Quizá. No le molestaba. Sabía que las relaciones eran un mercado. Solo los niños y los románticos idiotas pensaban de otro modo. Uno juzgaba su propio atractivo (físico, psicológico y en términos de estatus social) para determinar su nivel, y ampliaba o estrechaba sus aspiraciones en función del mismo, exponiéndose al rechazo a cambio de la posibilidad de progresar, o conformándose con una vida estable y segura, sin saber lo que podría haber conseguido.

Saluus aspiró una bocanada profunda y fría.

El sol había desaparecido. A lo lejos, Ulubis se zambullía bajo las montañas revestidas de árboles del suroeste. Algunas estrellas hacían su aparición en el cielo púrpura del ocaso. La extensa dispersión de hábitats orbitales y fábricas resplandecía como un puñado de polvo fulgurante arrojado hacia el sureste, desplegándose poco a poco por el cielo, persiguiendo al atardecer fugitivo, como una destilación de la luz que ahora se desvanecía. Saluus se preguntó cuántos de aquellos esplendores le

pertenecían. No tantos como hacía un año. Algunos habían sido apartados de sus antiguas órbitas, donde podían atacarlos con mayor facilidad. Dos habían sido destruidos: en ambos casos, se trataba de grandes naves puerto, que en aquel momento albergaban navíos de la Navarquía. Los escombros procedentes de uno de ellos se habían desplomado sobre la ciudad de Fessli, causando la muerte a decenas de miles de personas, muchas más de las que habían perecido en el ataque inicial. Habían denunciado a IPK por negligencia, bajo la acusación de no apartar las naves puerto a tiempo. Se estaba librando una guerra, y todo se hallaba sometido al control de los militares, pero aún quedaba espacio para esa clase de mierda. Saluus estaba susurrando en los oídos adecuados, para que se proclamara una Orden de Exención Bélica, como medida de seguridad.

Saluus buscó Nasqueron a través de su propio aliento exhalado, pero el gigante gaseoso se hallaba muy por debajo del horizonte, y de todas formas, probablemente sería invisible tras el escudo de dispersión orbital, aunque se encontrara en la latitud adecuada para verlo.

Fassin. Mientras se llevaban a cabo los preparativos para la guerra y la invasión, había que encontrar tiempo para sopesar sus acciones. ¿Acaso había muerto en la batalla de la tormenta? Los informes procedentes de Nasqueron eran ambiguos. Pero, por otro lado, los informes de Nasqueron siempre eran ambiguos. Desde luego, había desaparecido, y probablemente seguía en Nasqueron, aunque en el periodo de tiempo transcurrido desde la destrucción de la red de vigilancia por satélite original, dispuesta en torno al planeta en el momento de producirse la batalla de la tormenta, y el establecimiento de una nueva después de la fundación de la embajada de los moradores había habido una ventana en la que incluso naves de considerable tamaño podrían haber abandonado la atmósfera de Nasqueron, pero ¿quién lo sabía? Y si Fassin Taak seguía en algún punto del gigante gaseoso, ¿qué estaba haciendo?

Y si todavía estaba con vida, Saluus ya no le envidiaba en absoluto. Que toda tu existencia, por no hablar de toda tu familia, fuera devastada de ese modo... quizá Fassin se hubiera suicidado. Al parecer, le habían comunicado el suceso antes del espantoso desastre de la carrera de clípers. Fassin sabía que habían muerto. Si no estaba muerto asimismo, entonces estaba más solo que en toda su vida, y no le quedaba mucho a donde regresar. Saluus se compadecía de él.

Su primera idea fue, que viéndose Fassin reducido de este modo, no correría el riesgo de que Liss volviese con él, si alguna vez aparecía. Pero entonces pensó que a veces la gente malograba tus expectativas, y las mujeres, en particular, hacían gala de una suerte de caridad mal entendida, teóricamente encomiable y sin embargo dolorosamente abnegada, cuando veían a una criatura herida. Por suerte, Jaal Tonderon seguía con vida. Sal y su esposa la habían invitado a pasar una temporada con ellos. Quería alentarla para que fuese fuerte por Fassin, si alguna vez regresaba, y todavía estaba allí.

La embajada a los moradores había sido un tremendo éxito. Al parecer, los

moradores estaban decididos a subsanar el malentendido de la tormenta, y los mercatoria de Ulubis estaban desesperados por no luchar en dos frentes adversos al mismo tiempo. Habían designado otra luna, Uerkle, como el nuevo emplazamiento de la Instalación Compartida de los observadores (la construcción estaba muy avanzada) y habían acogido una flotilla de naves en la órbita del gigante gaseoso. Los observadores habían restablecido la realización de arcanos directos (todavía no habían emplazado todo el equipo necesario para efectuar arcanos a distancia) y los moradores no habían dado muestras de percatarse ni de enojarse por el hecho de que muchos de los nuevos supuestos observadores fuesen en realidad exploradores de la Navarquía, de los cesoria y de la Jurisdicción (espías, para ser francos), que buscaban a Fassin Taak, al morador Valseir, también desaparecido, así como cualquier pista de las armas empleadas contra las fuerzas mercatorias durante la batalla de la tormenta, durante la carrera de clípers, y cualquier indicio o rastro que condujese a la Lista de los Moradores, cualquier cosa siquiera remotamente asociada con ella; hasta el momento, según su propia admisión, había sido un fracaso absoluto. Hasta esas naves exploradoras debían ser etiquetadas, supervisadas y escoltadas por un guía morador, pero era un comienzo.

En las fases preparatorias (y hasta la fecha, infructuosas) también estaban las negociaciones con los moradores para que forjasen una alianza con los mercatoria, o que estos se apoderasen de su armamento. Los moradores habían demostrado que poseían capacidades ofensivas insospechadas; bueno, para ser estrictos, capacidades defensivas, pero eso no importaba. Si lograban persuadirles para que se aliaran con el resto del sistema Ulubis, el equilibrio de fuerzas entre invasores y defensores podía invertirse. Suponiendo que los moradores compartieran solo una parte de su destreza tecnológica y militar, o les prestaran o arrendaran algunos ingenios, podían marcar la diferencia suficiente para que Ulubis resistiera la invasión por sí mismo, sin necesidad de esperar la llegada de las unidades de la Flota Reunida.

Y si eso fallaba, entonces había que plantearse la delicada cuestión de cómo hacer que la flota invasora famélica atacase Nasqueron y así, con suerte, se estrellara contra el hiperarmamento que había destruido a las fuerzas de la Navarquía en la batalla de la tormenta.

Había tantas cosas en qué pensar.

Saluus llevaba una chaqueta, pero había salido sin guantes, de modo que había metido las manos en los bolsillos para mantenerlas calientes. Liss deslizó un brazo por el suyo. De repente estaba a su lado, arrojándose a él, mientras sentía que el perfume de su piel le llenaba la cabeza. Saluus la miró y ella se apretó contra él, siguiendo su mirada hacia el sur, hacia las motas de luz que procedían de las estructuras orbitales.

Saluus advirtió que la recorría un escalofrío. Llevaba ropas ligeras. Se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Lo había visto en las historias de la pantalla, pero a pesar de todo se sintió bien haciéndolo. No le importaba el frío, aunque se

había recrudecido, y empezaba a soplar una brisa en las capas elevadas. Le habían dicho que se trataba de un viento parcialmente catabático: una corriente de aire frío que fluía desde los páramos confinados por el hielo de las elevaciones, desplazando el aire más cálido y menos denso de las capas inferiores y descendiendo suave pero con firmeza, derramándose sobre el filo de la catarata como el espectro del salto de las aguas heladas.

Permanecieron un rato en silencio, hasta que Liss le recordó a Saluus que esa noche debía reunirse con el peregalemo para mantener una charla privada antes de la cena. Pero todavía quedaba tiempo. Ahora sentía frío, estaba a punto de tiritar. Decidió que esperaría hasta que tiritase ella para entrar. Contempló la oscuridad casi completa que se extendía sobre sus cabezas, mientras observaba el paso de la chispa de un satélite de órbita cercana. Sintió que Liss se ponía tensa, y la atrajo hacia sí.

—¿Qué es eso? —dijo ella, al cabo de unos momentos.

Saluus siguió la dirección de su dedo, hacia el oeste, a poca altura, cerca del horizonte, donde solo un asomo de púrpura, extremadamente vago y mortecino, señalaba el lugar donde se había puesto Ulubis.

Sobre dicho horizonte, en el firmamento que se extendía por debajo, por encima y más allá de las hebras más gruesas de la refracción de la luz orbital, hacían su aparición luces nuevas e intermitentes: gotas de luz azulada, dispersas por una extensión aproximada de cielo del tamaño de una moneda grande, sostenida al cabo de un brazo extendido, cuyo número aumentaba cada segundo. Los puntos azules vacilaban, y se reforzaban poco a poco. Se encendían cada vez más, colmando la pequeña ventana de cielo con una llama azulada de fuego frío, tremolando apenas en el aire frío y sosegado, sobre los llanos helados.

Saluus advirtió que temblaba, pero no a causa del frío. Abrió la boca para hablar, pero Liss le miró y dijo:

—Son ellos, ¿verdad? Son los tipos del culto famélico, la Descon. E-5. Es la flota invasora, que frena.

—Me temo que sí —convino Sal. Su dispositivo auricular estaba sonando, y el comunicador de la suite emitía un gorjeo quejumbroso—. Será mejor que entremos.

De nuevo atontado. Todavía estaba en el compartimento de pasajeros y mercancías del *Velpin*. Encendió los sistemas de la pequeña nave de gas. La pantalla de pared enloqueció, se aclaró, mostrando estrellas inmóviles, fluctuó, y finalmente se detuvo sobre un planeta de color azul verdoso y blanco. La primera reacción de Fassin al verlo fue que el lugar parecía alienígena, inadecuado para la vida sin un traje ambiental. Luego se percató de que se asemejaba a *g*lantina y a *Sepekte*; imágenes de la Tierra, de hecho. Estoy adoptando las costumbres de un gigante gaseoso, se dijo. Estoy pensando como un morador. Normalmente no sucedía tan deprisa.

—¡Joder! —dijo Y'sul, furioso, al contemplar la imagen de la pantalla— ¡Ni

siquiera es un puto planeta de verdad!

Las olas retumbaban como la ceguera, como una obstinación amasada a la que se hubiera concedido forma líquida, como una embestida incesante y pausada contra el filo irregular de la amplia extensión de rocas, en la que cada cresta de agua prolongada, desapacible y de poca altura ascendía hasta el cielo para desplomarse a continuación, como un acróbata incompetente, encrespándose y derrumbándose hacia delante, esperanzada y desesperada al mismo tiempo, desintegrándose, estallando en efervescencia y espuma, para hacerse pedazos contra el osario rocoso fracturado.

Las aguas se retiraban después de cada asalto, removiendo los cantos rodados, las piedras y los guijarros, entre los golpes tremendos y los puntos de granito, desprendiéndose como una piel acuosa y desmoronándose de nuevo, con un rumor pétreo que hablaba de un éxito amasado lentamente, mientras las olas y el océano se restregaban contra la tierra, deshaciéndose y desprendiéndose, empleando la roca contra la roca, derribándola, estrellándola y resquebrajándola, arañando siglos y milenios, hasta lograr una especie de hazaña obstinada.

Fassin observó las olas durante algún tiempo, admirando sus azotes formidables y enloquecidos, impresionado a su pesar por la constancia clamorosa tan absoluta. La espuma salada le llenó el cabello, los ojos, la nariz y los pulmones. Aspiró profundamente, sintiéndose en comunión, sintiéndose conectado, participando de aquella batalla elemental, eterna y salvaje.

Una luz mortecina y dorada arremetió contra el sueño rizado del mar, mientras la luz solar oscilaba a poca altura bajo un cúmulo de escarpas nublosas que descollaba hacia el oeste, como capas de vapor tendidas sobre picos lejanos y agujas de roca, desapareciendo en la curva prolongada y brumosa de la orilla que daba al norte.

Las aves marinas planeaban sobre el viento y las olas, zambulléndose, aleteando, apresando peces escurridizos, como húmedas tajadas de arco iris.

Al principio le resultó extraño emerger de la pequeña nave de gas. Siempre era así, siempre lo había sido, pero de algún modo esta vez se le antojó distinta, más intensa. Esta era una patria alienígena, un lugar familiar y sin embargo completamente distinto; más cercano y no obstante más alejado de su verdadero hogar. En esta ocasión se hallaban a once mil años de distancia de Ulubis, aunque se habían alejado más que la última vez para llegar a su destino. Y el viaje solo había durado doce días.

Cuando abrió la compuerta de la nave de gas y se incorporó, vaciló y se tambaleó, Y'sul hubo de sostenerle. Tosió y estuvo a punto de sufrir arcadas, sintiéndose escuálido y débil, demacrado y vacío, temblando en la extraña ultradesnudez que entrañaba regresar a la condición humana básica, sintiéndose cubierto de cieno, empapado y desnudo como un recién nacido, de modo que hasta los tentáculos de fluido branquial y los tubos de gel antichoque, que ya le abandonaban, se le figuraban cordones umbilicales que representaban el nacimiento. Se sentía más ligero y más

pesado al mismo tiempo; la sangre se secaba, y sus huesos protestaban.

Después, al cabo de un rato, estar desnudo (a pesar de sus ropas ordinarias) empezó a parecerle normal de nuevo. De vez en cuando, no obstante, se estremecía. El seguidor de patrones del *Velpin* se había esforzado al máximo para fabricar prendas adecuadas para un humano, pero no obstante los resultados le producían una sensación extraña, resbaladiza y fría.

Estaba en Mavirouelo, un planeta semejante a la Tierra en un noventa por ciento, próximo a la periferia de la galaxia, aunque menos aislado que Ulubis. Un planeta colonizado por los hombres submarinos, un mundo sceuri.

Los mundos acuáticos constituían el tipo de planeta rocoso más común de la galaxia, aunque la roca, que en general era un núcleo rocoso o metálico del tamaño aproximado de la Tierra, fuera invisible, pues estaba sepultada bajo cinco mil kilómetros de hielo a presión, coronado a su vez por cien clicks de océano. Estos planetas ofrecían el segundo entorno planetario más común, después de los gigantes gaseosos, casi ubicuos, y habían proporcionado a los mercatoria tres de sus ocho especies principales: los sceuri, los ifrahile y los kuskunde.

Mavirouelo no era un mundo acuático tradicional, ni siquiera estaba tan cubierto de agua como la misma Tierra, pero los sceuri lo habían colonizado antes de que cualquier criatura nativa, ya fuese aérea, terrestre o acuática, se desarrollara lo suficiente como para reclamarlo, y de este modo el planeta se había convertido en uno de los mundos remotos de los sceuri, una avanzada de su propio semimperio, en el ámbito de la comunidad de mayor alcance de los mercatoria.

Los sceuri tampoco eran hombres submarinos convencionales: eran cetavelas, semejantes a mamíferos marinos, cuyas espaldas estaban rematadas por vértebras de espinaquer que izaban al viento para así navegar y nadar por sus mundos.

Y'sul, con su traje ambiental, emergió del mar como la torre de mando de un submarino, asustando a las aves marinas. Flotó hasta la superficie y sobrevoló las olas tumultuosas para llegar al precipicio de poca altura donde se hallaba Fassin. El humano recordó de pronto el momento en que, con Saluus Kehar, había observado el ascenso de Hatherence, con su traje ambiental, por el caos de espuma artificial que rodeaba la casa en el surtidor de agua.

—¡Fassin! —bramó Y'sul, flotando a diez metros por encima de él, chorreando y emitiendo zumbidos—. ¿Ni rastro?

—Ni rastro.

Y'sul levantó un canasto de malla lleno de criaturas relucientes y convulsas.

—¡Mira lo que he cogido! —Sostuvo el canasto frente a su manto delantero para observarlo—. Me parece que me lo voy a llevar a la nave.

Y'sul se remontó sobre Fassin, derramando agua y pequeñas conchas, y se adentró un par de cientos de metros en el interior, hasta la sección de la nave que descansaba en la cornisa cubierta de la maleza que bordeaba las hileras irregulares de precipicios, pináculos y montañas que se extendían en la distancia. El descensor, de

cincuenta metros de eslora, constituía la sección del morro del *Velpin*; el resto seguía en órbita, con Quercer y Janath a bordo.

Fassin observó la partida del morador, y se volvió hacia el océano. Había llegado hasta allí para reunirse con un sceuri que había visto al morador Leisicrofe, que, según les habían dicho, había estado allí hasta hacía doce años.

Todavía no se habían topado con ningún sceuri. El control de tráfico orbital del planeta había interpelado al *Velpin*, y varias unidades militares habían dirigido sus armas hacia él, de modo que se habían visto obligados a desvelar parte de sus razones para estar allí.

—Buscamos a un colega morador llamado Leisicrofe —fueron las palabras exactas de Quercer y Janath.

Les ordenaron que se pusieran en órbita y no se movieran de allí. Los rayos telescópicos no se apartaron de ellos. Los consideraban sospechosos porque su nave parecía a prueba de conductos y no habían atravesado el portal local.

—Sceuri —les explicaron Quercer y Janath a Fassin y a Y'sul—. Qué suspicaces.

—Paranoicos.

Pasaron tres días observando la rotación del planeta, mientras Y'sul musitaba qué anodinas y aburridas parecían las tormentas, Fassin descubría una inagotable fascinación por las grandes estructuras de las ciudades de copos de nieve que se extendían sobre el agua y la tierra, y los siameses elaboraban el inventario de objetos olvidados de la nave y jugaban a juegos ruidosos con láminas estampadas. Respondieron a las preguntas del control de tráfico planetario sobre su procedencia (Nhouaste, el mayor de los cuatro gigantes gaseosos del sistema, fue la respuesta que dieron) y recibieron una señal. Un erudito llamado Aumapile de Aumapile había tenido el honor de hospedar al erudito morador Leisicrofe, y se sentiría halagado si le permitían extender las mismas cortesías a los recién llegados.

Otro paso adelante; estaba más cerca, quizá, de encontrar al morador errante y los datos que acarrea. Suponiendo que siguiera con vida, que conservara los datos y que estos fueran lo que esperaban, si Valseir les había dicho la verdad y no estaban completamente obsoletos e inservibles, sobrepasados por la aparente certeza de que existía una red de conductos secretos, accesible solo a los moradores, que estos no estaban dispuestos a compartir, y que quizá no estaba relacionada con la Lista de los Moradores.

Fassin buscaba algo que le condujera a lo que ya había empleado en dos ocasiones. Había atravesado por lo menos dos conductos, había recorrido media galaxia, y sin embargo, lo cierto era que no estaba más cerca de hallar la clave de aquel sistema de trampillas y pasadizos secretos. Estaban dispuestos a transportarle por ellos, inconsciente como una doncella vidente bajo la influencia de un somnífero en un romance gótico, pero no estaban dispuestos a desvelarle el secreto que había detrás.

Seguía sopesando maneras de apoderarse del *Velpin*, pero sin verdaderas

esperanzas de éxito. Le quedaría el problema del acceso a los conductos ocultos. Siquiera descubrir una forma de permanecer despierto mientras efectuaban aquellas salvajes transiciones sería un comienzo, pero tampoco tenía idea de cómo hacerlo.

Si pudiera retroceder en el tiempo hasta la Instalación Compartida de Tercera Furia, y pedirle a Apsile que instalara un subconjunto de sistemas en la nave de gas que siguiera funcionando cuando los sistemas principales estuvieran desconectados, de modo que pareciera que la máquina había dejado de funcionar por completo cuando de hecho él seguía consciente y con los sentidos conectados, quizá fuera posible. Pero ni siquiera los moradores aseguraban poseer tales máquinas, y Fassin carecía de la pericia necesaria para emprender una reforma semejante en los sistemas de la nave de gas, suponiendo que dispusiera del tiempo y los medios para hacerlo, que no tenía.

Quizá debiera regresar a los mercatoria, comportarse como un verdadero comandante de la Ocula y retirarse, informar a sus superiores, relatarles lo que había sucedido y esperar órdenes nuevas o renovadas. Pero la Ocula no significaba nada para él, nunca lo había hecho, y la mayoría de las cosas que le habían importado antes habían desaparecido.

También podía intentar establecer contacto con los forasteros, pero hasta que tuviera la clave de la Lista de los Moradores, ¿de qué serviría? Y en cualquier caso, ¿y si eran responsables de la destrucción de la septa, siquiera de un modo indirecto? ¿Hasta qué punto estaba dispuesto a ser magnánimo?

De hecho, se preguntaba de qué serviría siquiera regresar. Habían transcurrido setenta días estándar desde que irrumpiera por vez primera en la atmósfera de Nasqueron. Habían pasado más de dos meses terráqueos desde la batalla de la tormenta. ¿Quién sabía cuánto tiempo más habría de seguir buscando a Leisicrofe, persiguiéndole por toda la galaxia, acercándose siempre a él, quizá, pero sin alcanzarle? Tal vez obtuviera sus preciosos datos y volviera para descubrir que todo había terminado, que el sistema había sido conquistado y completamente arrasado, y que todas las superficies semejaban la de Tercera Furia, que no eran nada sino escoria y calor, que habían sido destruidas por cualquiera de los dos bandos, o por ambos, mientras se disputaban algo que había dejado de existir.

En teoría, seguiría siendo la información más trascendental que hubiese poseído un humano. Pero de algún modo, suponiendo que la clave de la Lista de los Moradores existiera, el hecho de que los moradores pudieran emplear esa red secreta en las narices del resto de la galaxia, y lo hubieran hecho durante quién sabía cuántos billones de años, hacía que se antojara menos probable que aquellas migajas de información, aquellas muestras de álgebra, supusieran semejante diferencia.

Y sin embargo, no obstante, pese a todo, lo único que estaba a su alcance, lo único que se le ocurría, era seguir adelante, encontrar lo que todos deseaban y confiar en que de algún modo les procurase algún bien.

Fassin aspiró, paladeando la sal.

Ya no se cuestionaba si aquello era real o un entorno virtual tan engañoso que estuviera desprovisto de vergüenza. Ni siquiera había nada semejante a aquella costa de arena gruesa y hendida por la tormenta en parte alguna del sistema Ulubis. Y las estrellas también eran completamente distintas.

Algo atrajo la atención de Fassin. En el interior del océano, a varios kilómetros de distancia, las aguas se alzaban en una portentosa cúpula redondeada, resbalando desde un formidable hemisferio aplastado, como tinieblas veteadas de espuma, emergiendo de las profundidades como una explosión que nunca rompiera, ensanchándose a medida que ascendía y provocando una marejada considerable de olas ensortijadas, palpitantes y pausadas, en dirección a los precipicios, mientras la aparición (una doble forma de plato de dos kilómetros de anchura) se desembarazaba al fin del mar y se acercaba lentamente a la orilla, al tiempo que de su parte inferior se desprendían láminas y velos de lluvia salada que aplanaban la superficie amoratada de las aguas.

Y'sul se elevó flotando, inclinando la cabeza hacia delante.

—Ahí está nuestro medio de transporte.

Estaban flotando, de pie y elevándose sobre un pasadizo de cristal medio inundado en el interior del enorme platillo. Aumapile de Aumapile flotaba en el agua, como una gruesa anguila del tamaño de una orca, con su espalda coronada por un gran abanico plegado de vela. Fassin se erguía sobre una extensa cornisa, todavía resbaladiza a causa del agua salada, mientras que Y'sul y el siamés Quercer y Janath (a quien al fin habían conseguido persuadir para que descendiera, con un voluminoso y deslumbrante mono para superficie gemela que desempeñaba la doble función de traje ambiental) planeaba sobre el gran estanque acuoso. Fassin se descubrió evocando la Casa de Otoño y a Slovius en su estanque.

Aumapile de Aumapile (aparentemente, el Aumapile de Aumapile, según el criado que les había acompañado a lo largo de un amplio tubo anegado hasta la cámara de audiencia, el humano y los moradores en una burbuja de aire confinada por una esfera de diamante) no era simplemente un erudito de los centurios de justa fama, era un erudito de los centurios de justa fama e inmensa riqueza.

Un trino agudo y en apariencia eterno resonaba a través de un sistema de sonido subacuático. Al parecer, se trataba de una «Canción para recibir a los que vienen de lejos».

—Una canción para que desees volver allí de inmediato —le susurró Y'sul a Fassin, mientras aceptaban imitaciones razonables de bebidas e inhalaciones.

Hablaron de Leisicrofe. Su anfitrión, que se comunicaba por medio de una pequeña esfera parlante flotante, les dijo que les llevaba varios años de ventaja, y en ese punto Y'sul mencionó que le estaban siguiendo.

—Oh —dijo el sceuri—, entonces debéis llevarme con vosotros.

—¿Debemos?

—¿Debemos?

—Yo sé adónde iba —respondió el sceuri, como si eso explicase todo.

—¿Y no podrías decírnoslo? —preguntó Y'sul, lastimero.

—Indícanos la dirección adecuada.

—Y nos pondremos en marcha.

El sceuri chapoteó en el interior del gran estanque, salpicando. Se rió. Un suave tintineo emergió del altavoz flotante.

—Claro que podría, pero siempre he tenido la sensación de que mi amigo Leisicrofe ha viajado más que yo, sobre todo en los gases de Nhouaste. Me parece que a lo mejor vais allí, puesto que no habéis atravesado el portal del conducto, y que él tampoco lo hizo cuando se fue. ¿Lo veis? Tengo mis fuentes. Estoy bien enterado. No podéis engañarme. No soy tan estúpido. Vosotros y vuestro amiguito derrochador os dirigís a Nhouaste.

—Lo dudo —bufó el capitán de viaje morador.

El amiguito derrochador era Fassin. Los sceuri se sentían tremendamente orgullosos de haberse convertido en una especie tecnológica y pasajera del espacio, teniendo en cuenta los obstáculos que se habían visto obligados a superar. El entorno de un mundo acuático tradicional brindaba escasos metales fácilmente accesibles. A menudo, los minerales con componentes metálicos que poseían los mundos acuáticos estaban sepultados bajo el hielo, en el abismo del núcleo rocoso inaccesible del planeta. Los hombres submarinos debían conformarse con lo que caía del cielo en forma de meteoritos, y en este punto compartían una evolución común con los moradores de los gigantes gaseosos.

No era sencillo acceder al espacio con semejante insuficiencia de materias primas, y los sceuri juzgaban que merecían considerable reconocimiento y respeto por este triunfo del intelecto frente a la escasez. Cuando se procedía de un planeta de superficie rocosa, la misma hazaña representaba un truco relativamente insignificante, predecible y hasta irrisorio. A resultas de ello, los sceuri denominaban a los habitantes de estos planetas derrochadores, aunque normalmente no lo hacían a la cara, o el rasgo correspondiente.

—Especifica, por favor, oh gran A. de A. —dijo la otra mitad de Quercer y Janath.

Fassin sospechaba que sabía lo que pensaba el sceuri. Nhouaste, el gigante gaseoso local (habitado por moradores, por supuesto), al igual que la mayoría de los gigantes gaseosos de los moradores, no acogía a observadores ni a nadie, sino a otros moradores. Probablemente, Aumapile de Aumapile había averiguado el destino de Leisicrofe, y había supuesto que, como el morador no había franqueado el conducto mercatorial, a menos que se hubiera adentrado en el espacio profundo a velocidades inferiores a la de la luz, debía haber perseguido el objeto de su búsqueda en el único sitio al que no se podía acceder ni siquiera con fabulosas riquezas y contactos corruptos, tanto en este sistema como en cualquier otro: un gigante gaseoso habitado

por moradores.

—Creo que los esforzados que buscaba nuestro amigo común han hallado un nuevo nicho, ya no en el espacio, sino en el gas, ¿veis? —pidió el sceuri. Incluso a través de la esfera parlante, la voz de la criatura sonaba complacida.

—¿Esforzados? —dijo Y'sul.

—Conocidos.

—Dispositivos benignos semitrepadores —anunció la otra mitad de Quercer y Janath—. Infrasensitivos. Se los conoce por erigir estructuras arbitrarias en el espacio insondable, cuyo presunto objeto es brindar infraestructuras preparatorias para una invasión que nunca se produjo, en nombre de una raza largamente desaparecida y completamente olvidada. Su distribución es muy amplia, pero muy dispersa. Los números fluctúan. Aunque rara vez son peligrosos, a veces los cazan, sin obtener recompensa.

—Eso es.

Y'sul parecía sorprendido.

—¿De veras? —preguntó.

—¡No seáis tan esquivos! —les reprendió su anfitrión, creando sinuosos patrones de chapoteos en el agua, como si le hubieran hecho cosquillas—. ¡Desde luego! Como si no lo supierais. —El Aumapile de Aumapile exhaló surtidores de agua por ambos extremos. Un aroma vagamente podrido llenó la nariz de Fassin—. Yo sé adónde iba nuestro amigo, y vosotros no. No obstante, estoy dispuesto a decíroslo si me lleváis con vosotros, cuando haya embarcado en vuestra nave. ¡Los gigantes gaseosos son muy grandes! Y tenemos cuatro, por supuesto. Uno se pregunta, ¿Oh, quién sabe dónde se encuentra mi presa? —El sceuri dio un coletazo y salpicó a Fassin—. Así pues, ¿qué decís, señores?

Y'sul miró a Fassin y frunció su manto en silencio, el equivalente de los moradores a menear la cabeza.

El capitán de viaje guardó silencio durante unos instantes, y luego dijo:

—Si te llevamos...

—¡Ah! ¡Pero si tengo mi propia nave! ¡A decir verdad, estáis en ella!

—No vale.

—Tienes que venir en la nuestra.

—¡Tengo naves más pequeñas! ¡Muchas! ¡Una gran selección!

—Eso no cambia nada. Tiene que ser la nuestra.

—Condiciones de pasaje.

—Bueno... —dijo el sceuri.

—Los pasajeros viajan sin condiciones.

—Sin condiciones.

—¿Qué significa eso?

—Que debes confiar en nosotros.

—Sí. Pase lo que pase.

—Lo que significa es que te dejan frito cada vez que viajan —le explicó Y'sul a su anfitrión. Quercer y Janath produjeron un sonido sibilante—. Además —añadió Y'sul, inconsciente—, puede que no acabes donde pensabas que ibas.

—¡Qué primitivo! ¡Caramba, por supuesto!

Mil cien naves. Se enfrentaban a mil cien naves. Todas debían rebasar cierto tamaño, pues eran capaces de atravesar el gran golfo de espacio que las separaba de la Descon. E-5 en un periodo de tiempo razonable, y probablemente todas estaban armadas. Ulubis podía reunir menos de trescientas auténticas naves de guerra capacitadas para el espacio, a pesar de su frenética fabricación. La Flota Reunida que acudía a rescatarles tenía un tamaño similar, aunque sus naves tuvieran otro orden de magnitud en potencia de ataque: una mezcla completa de destructores, cruceros ligeros, intermedios y pesados, así como los tipos realmente grandes, los cruceros y las naves de batalla.

Ulubis poseía fragatas y cruceros ligeros, y un antiguo crucero de batalla, la *Carronada*. Habían fabricado una flota considerable en los siglos subsiguientes a la destrucción del portal, y un puñado de naves en el medio año transcurrido desde la noticia de la inminente invasión, pero no eran suficientes, ni mucho menos, para presentar una oposición seria a los invasores. Habían perdido casi un sexto de su fuerza de combate total en los pocos minutos de acción de la tormenta de Nasqueron, unos meses atrás, incluyendo su otro crucero de batalla. Se trataba sobre todo de unidades ligeras, pero había sido una pérdida lamentable.

La última mala noticia era que el consorcio que trabajaba en el cañón sobre rieles se había retrasado tanto que era sumamente dudoso que llegara siquiera a las fases de prueba antes de que se produjera la invasión. Estaban desmantelando el gigantesco cañón para que no cayera en manos de los seguidores del culto famélico. Había una elegancia casi sublime, pensaba Sal, en la perfecta pérdida de tiempo, mano de obra, recursos y esfuerzo que había supuesto el proyecto desde el principio.

Industrias Pesadas Kehar y los demás fabricantes se habían esforzado al máximo para fabricar, reparar, modernizar y modificar el mayor número posible de naves de guerra, y habían militarizado docenas de naves civiles. Pero su capacidad tenía un límite, y no era suficiente. Los superaban en número. Podían vender caras sus vidas, pero iban a ser derrotados.

—¡No podría ser peor! —farfulló el general de la guardia Thovin, prácticamente escupiéndole su bebida. Estaban a bordo de un ex crucero transatlántico requisado, una de las naves de apoyo de la embajada que rotaban en la órbita de Nasqueron. El resto del Gabinete Bélico había enviado a Saluus y al submaestro de los propileos, Sorofieve, para que añadieran una nota adicional de urgencia, si tal cosa era posible, a las conversaciones con los moradores. Thovin, al que habían relevado de sus deberes con la Guardia para que asumiera el puesto de comandante en jefe de las Fuerzas

Orbitales de Ulubis, estaba a cargo del destacamento de escolta, débilmente armado, porque estaba apartado y no podía ocasionar daños graves. Al parecer, la grandeza de su nuevo título compensaba enteramente la escasez de armamento militar a su disposición.

»Ni siquiera podemos rendirnos a los famélicos, porque si lo hacemos la Flota Reunida nos dará de hostias cuando llegue —dijo—. ¡Nos van a joder dos veces! —Arrojó su bebida por encima del hombro.

A Saluus no le caía bien Thovin: era una de esas personas que alcanzaban la cima de una organización por medio de una combinación de suerte, contactos, la indulgencia de sus superiores y esa especie de displicencia que las personas fácilmente impresionables denominaban crueldad, y los de naturaleza menos crédula llamaban sociopatía. Pero, a veces, gracias a su brusquedad irreflexiva y su incapacidad para sopesar las consecuencias de sus observaciones, decía en voz alta lo que los demás se limitaban a pensar. Era un poeta cómico bregando con ripios obscenos.

—No hace falta hablar de rendición —se apresuró a decir el submaestro Sorofieve, y Sal, divertido, comprobó que miraba en derredor, observando a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie hubiera oído la palabra con «R» en el salón del viejo crucero, que se hallaba desierto a excepción de algunos empleados del bar, los tres hombres y una media docena de sus colaboradores más cercanos. Liss estaba allí, con su tenebrosa hermosura; casi siempre guardaba silencio, pero en ocasiones conversaba en voz baja con otros asistentes, secretarias y ayudas de campo. Cuando el submaestro Propileo efectuó aquella observación, su mirada encontró la de Sal; sonrió y enarcó las cejas.

Si había espías en ese lugar, pensaba Saluus, no acechaban tras los muebles, en las sombras; estaban sentados allí mismo, a su alrededor. Los asistentes y ayudas indispensables en los que todos depositaban su confianza, para que dirigieran sus valiosas vidas, eran los candidatos más evidentes para ocupar el puesto de delatores. Si los rumores de rendición, o cualquiera otra cosa que se juzgara impronunciable, llegaban a oídos del jerarca o de cualquier otra rama de los mercatoria ulubinos, más humilde pero no obstante importante, tendrían que agradecerse a uno de ellos.

Saluus sabía que nunca se podía estar seguro al cien por cien, pero estaba convencido de que la adorable Liss no estaba al servicio de nadie más. Al principio de su relación había fingido cometer algunos deslices que esperaba que llegasen a sus oídos si ella estaba en la nómina de otra persona. El hecho de que hubiese llegado hasta él por medio de Fassin, que obviamente la conocía desde hacía décadas, había supuesto una suerte de recomendación. Era un juego demasiado prolongado para llegar hasta un industrial, aunque este fuera Saluus Kehar.

—¿Que no hace falta? —repuso Thovin, mientras se volvía hacia su secretario, alzando su vaso y haciendo un guiño teatral—. Estaríamos hablando de eso si la Flota Reunida no estuviese en camino. Sería lo más racional. —Bufó—. No digo que

debamos rendirnos. Nos han ordenado que no lo hagamos, y que luchemos hasta el fin, pero si la flota no viniera y no estuviéramos buscando esta... esta cosa, que supuestamente está en algún lugar de Nasq. —*El fabuloso transformador, por supuesto*, pensó Saluus. La mítica bala mágica que a lo mejor Fassin seguía buscando, si estaba con vida—, ¿qué estaríamos haciendo, más que pensar cómo impedir que nos mataran a todos?

—Estamos preparados y advertidos —declaró el submaestro Sorofieve, sonriendo desesperadamente—. Seguro que haremos un buen papel. Luchamos por nuestros hogares, por nuestro honor, por... —volvió a mirar en derredor— ¡por nuestra misma humanidad! —Ah, advirtió Sal, Sorofieve se había asegurado de que no hubiera alienígenas presentes a quienes pudiera ofender—, Nos respaldan milenios de, ah, sabiduría y habilidad marcial mercatoriales. En comparación, ¿qué son esos renegados famélicos?

Mil cien naves, eso es lo que son, pensó Saluus. Mil cien, frente a nuestras trescientas, así como un equilibrio de fuerzas que los estrategas aseguran que es muy superior al nuestro en el espectro de fuerza rendimiento: intermedio pesado, mientras que el nuestro es ligero. Además de una meganave, frente a nuestro oxidado crucero de batalla.

Habían celebrado otra reunión con varios representantes de los moradores aquella misma tarde. Últimamente descendían en persona, postrados en trajes ambientales con forma humana, en pequeñas naves de gas circulares provistas de dos o tres asientos, para congregarse en un gran salón, en una de las gigantescas naves, de las dimensiones de los dreadnoughts, de la flota que los moradores habían asignado a este fin. Si abrían las cubiertas exteriores de la cabina de la nave de gas, podían sentarse o inclinarse con cierta comodidad, y conversar directamente con los moradores, cara a eje, o lo que fuera.

Saluus no deseaba pasar más de un día de este modo, sometido a múltiples gravitones, pero merecía la pena. Al parecer, los moradores lo apreciaban, y gracias a la instrucción apresurada que les habían proporcionado los observadores más veteranos, que les acompañaban durante las reuniones, excepto en las cuestiones más delicadas, donde la seguridad era más estricta, Saluus estaba empezando a coger el tranquilo a las expresiones y matices de intención y significado de los moradores, ya fueran expresadas oralmente o mostradas en su superficie de señales. Probablemente era demasiado tarde, y hasta el momento había resultado inútil. Pero al menos sentía que estaba haciendo algo; los astilleros de IPK estaban en piloto automático, básicamente, trabajando a pleno rendimiento y tan sincronizados con los deseos del ejército que en la práctica formaban parte de una economía de mando. Saluus se había convertido en una molestia.

—Esto constituye una amenaza para todo el sistema Ulubis —dijo Sorofieve.

Sal contuvo un suspiro. No era sino el tercer día de Sorofieve en esta última ronda

(había reemplazado al primer secretario Heuypzlagger, que encontraba demasiado agotadora la elevada gravedad), y se dirigía a un morador llamado Yawiyuen, que también era nuevo en el proceso, pero a pesar de todo, habían discutido el mismo asunto durante semanas.

—Esa gente del culto famélico no respetará la neutralidad de Nasqueron —concluyó el submaestro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gruonoshe, otro morador. En total eran nueve: los dos negociadores humanos, acompañados por un par de asistentes cada uno (Liss estaba sentada detrás de Sal, pues había declarado que estaba cómoda en aquella gravedad intensa), el observador jefe Meretiy, de la septa Krine, y los dos moradores, que lucían un atuendo ceremonial rudimentario, con cintas y alhajas.

—¿Cómo sé qué? —preguntó Sorofieve.

—Que esa gente del culto famélico no respetará la neutralidad de Nasqueron —repitió Gruonoshe, con inocencia.

—Bueno —dijo Sorofieve—, son invasores y belicosos. Hablando en plata, son unos bárbaros. No respetan nada.

—Pero eso no significa que deseen enfrentarse a nosotros —repuso Yawiyuen, cuya superficie de señales apuntaba sensatez.

—Desean apoderarse de todo el sistema —dijo Sorofieve, mirando a Saluus en busca de ayuda—. Para ellos, eso incluye a Nasqueron.

—Hemos oído hablar del culto famélico —les dijo Yawiyuen. (Me pregunto dónde, transmitió Liss a Saluus por medio de su dispositivo auricular)—. Según parece, son una insignificante difusión hegemónica de los rápidos, decididos a conquistar a los de su propia especie, así como los entornos apropiados para su tipo de especie; no les interesa atacar gigantes gaseosos.

—El meollo de la cuestión —intervino Saluus con suavidad; su voz amplificaba sonaba rica y poderosa— es que solo atacan el sistema Ulubis para llegar hasta Nasqueron.

—¿Por qué? —preguntó Gruonoshe.

—No estamos completamente seguros —dijo Saluus—. Sabemos que quieren algo de Nasqueron, algo que no pueden obtener en ningún otro gigante gaseoso, pero ignoramos de qué se trata exactamente. Pero estamos convencidos de que por eso han planeado este ataque.

—¿Por qué estáis seguros? —De nuevo, Gruonoshe.

—Hemos interceptado información en ese sentido —respondió Sorofieve.

—¿Qué información? —preguntó Yawiyuen.

—La inteligencia —explicó Sorofieve— procede del diario personal del comandante supremo de la flota invasora del culto famélico destinada al sistema Ruanthril hace casi dieciocho años. La flota fue interceptada por un contingente mercatorial. Aprehendimos grabaciones que demuestran que el comandante enemigo lamentaba específicamente la necesidad de desviar tantas fuerzas de la Descon. E-5

hasta un punto tan distante y carente de relevancia estratégica como Ulubis, a causa de cierto objeto o información que había en Nasqueron.

—¿Mencionaba el nombre de Nasqueron? —preguntó Gruonoshe.

—Sí —dijo Sal.

Casi esperaba una vocecita en su oído que dijera algo parecido a: «Buena mentira», pero recordó entonces que ni siquiera Liss estaba al tanto de toda la verdad sobre la Lista de los Moradores y el mítico transformador. Seguramente tenía entendido, como muchas personas próximas a los epicentros del poder, que habían enviado a Fassin en una misión secreta, en busca de algo valioso que había en Nasqueron, y que quizá el objeto de su búsqueda tuviera cierta repercusión en la guerra, pero a grandes rasgos, eso era todo. Ella no había asistido a la sesión informativa invocada por la proyección de IA del almirante Quile, y los asistentes, como Sal, no le habían revelado el secreto en lo sucesivo, de modo que ignoraba los detalles de la información que les habían proporcionado.

—En ese caso —argumentó Yawiyuen, razonable—, dejad que el culto famélico nos ataque, y nosotros nos ocuparemos de ellos.

Por supuesto, eso era exactamente lo que el Gabinete Bélico de Emergencia esperaba que ocurriese.

- ¿Podemos decir que sí en este punto?, transmitió Liss.

—¿En ese caso, no les gustaría que les ayudáramos? —preguntó Sorofieve.

—¡Oh, no! —exclamó Gruonoshe, como si la idea fuera demasiado ridícula para considerarla siquiera.

—Como ha dicho el submaestro Sorofieve —dijo Saluus— estamos convencidos de que los seguidores del culto famélico se proponen conquistar la totalidad del sistema Ulubis, incluyendo Nasqueron. Nos amenazan a todos. Por eso, lo razonable es que organicemos nuestra defensa juntos.

—Una amenaza común exige una respuesta común —dijo Sorofieve a los moradores.

—O quizá un movimiento de pinza —sugirió alegremente Yawiyuen.

Saluus deseó suspirar de nuevo. Supuestamente, aquellos dos tipos eran negociadores de alto rango, dotados de autoridad provisional (en tanto se celebraba una especie de proceso de plebiscito, todavía impreciso) para hablar en nombre de toda la sociedad de los moradores de Nasqueron, pero a menudo se comportaban como niños.

—Bueno, quizá —repuso—, si por lo menos podemos coordinar nuestras acciones.

—Y por supuesto —dijo Sorofieve— podemos compartir nuestras tecnologías defensivas.

—¡Oh! —dijo Yawiyuen, elevándose un poco de su asiento de muesca—. ¡Buena idea! ¿Tenéis algo que nos interese? —Aparentaba un entusiasmo cándido.

—Nuestra fuerza reside más en la inteligencia, en predecir lo que pensarán los

seguidores del culto famélico —dijo Saluus—. Básicamente, son humanos como nosotros. A pesar de todas nuestras diferencias, pensamos más o menos del mismo modo. Nuestra contribución consistiría en anticiparnos a ellos, y tomarles la delantera.

—¿Y la nuestra? —preguntó Yawiyuen, mientras se acomodaba de nuevo en su asiento.

—Apuesto que el armamento —dijo Gruonoshe, imperturbable.

—Como hemos comprobado, muy a pesar nuestro —dijo Saluus— no cabe duda de que ustedes nos superan en capacidad ofensiva...

—Querrás decir capacidad defensiva —le interrumpió Gruonoshe.

Sal se esforzó por inclinar su cabeza encasquetada en señal de asentimiento, tensando los músculos del cuello a pesar de la gravedad tan elevada.

—Capacidad defensiva, como usted dice —dijo—. Si nos permiten compartir parte de sus conocimientos...

—No vamos a compartir nuestra tecnología armamentística —le atajó Gruonoshe secamente.

—Aunque dijéramos que lo deseamos —les dijo Yawiyuen—, aunque lo dijéramos de verdad, si lograrais convencernos de algún modo, los que controlan las armas no lo permitirían.

—Bien, quizá podamos hablar con ellos —sugirió Saluus.

Yawiyuen cabeceó sobre su asiento.

—No.

—¿Por qué había de ser así? —preguntó Sorofieve.

—Porque no hablan con alienígenas —les dijo Yawiyuen, con franqueza.

—Apenas hablan con nosotros —admitió Gruonoshe.

—¿Cómo podríamos...? —empezó Saluus.

—Nosotros no somos los mercatoria —dijo Gruonoshe, interrumpiendo de nuevo a Saluus. No estaba acostumbrado a esta experiencia, y comprendía que se tornase irritante—. Nosotros no somos los mercatoria —repitió el morador. Parecía indignado—. No formamos parte de vuestros estados ni de vuestras fuerzas y agrupaciones mercenarias o de inspiración irracional.

- Es un poco enfático, oyó Sal en su oído.

—Si me permiten —empezó el observador jefe Meretiy. Los observadores habían recibido instrucciones de no intervenir en las conversaciones a menos que estimaran que se estaba produciendo un malentendido esencial. Obviamente, eso era lo que Meretiy pensaba que estaba ocurriendo ahora, pero no tuvo ocasión de exponer su punto de vista.

—Creo que lo que quiere decir —dijo Yawiyuen— es que con nosotros las cosas no funcionan igual que con vosotros. Nos han designado para que hablemos con vosotros, y compartiremos cuanto aquí se diga con todos los interesados. No tenemos autoridad para ordenar a otros moradores que hagan o dejen de hacer ciertas cosas.

No hay ningún morador que posea esa autoridad, en el sentido jerárquico al que quizá estéis acostumbrados. Nosotros podemos compartir la información. La información referente a la llegada de los seguidores del culto famélico se encuentra a disposición de cualquier interesado, al igual que la información referente a la concentración de efectivos mercatoriales inmediatamente anterior al desafortunado incidente de la tormenta C-2 Ultravioleta 3667. Sin duda, los responsables de los sistemas defensivos pertinentes han tomado nota de dicha información. En realidad, eso es lo único que podemos compartir con vosotros. Nuestros colegas a cargo de los sistemas defensivos no acceden a parlamentar con extraños, y no existen precedentes de que hayamos compartido, prestado, arrendado ni concedido esas tecnologías.

—Han mencionado a sus colegas a cargo de los sistemas defensivos —dijo Sorofieve—, pero ¿quién está a cargo de ellos?

—Llegamos al meollo de la cuestión.

Yawiyuen cabeceó y se encogió de hombros suavemente.

—Nadie.

—Alguien ha de estarlo —insistió Sorofieve.

—¿Por qué?

—Bueno —dijo Sorofieve—, ¿cómo saben lo que han de hacer?

—Con mucho entrenamiento —les dijo Yawiyuen.

—Pero, ¿cuándo? ¿Cuándo saben lo que han de hacer? ¿Quién los dirige, quién decide cuándo es el momento de dejar de hablar y empezar a disparar?

—Ellos.

—¿Ellos? —Sorofieve parecía incrédulo—. ¿Permiten que su ejército decida cuándo han de ir a la guerra?

- Nuestro submaestro no ha hecho los deberes, ¿verdad?, transmitió Sal a Liss.

- A lo mejor leyó, replicó ella. - Pero no se lo creyó.

Saluus había investigado todo lo posible a los moradores. Era asombroso lo poco que había sabido hasta entonces. Era inteligente, bien educado y extremadamente bien conectado, y sin embargo se sentía un poco avergonzado por su ignorancia de las criaturas con las que su propia especie compartía el sistema. Era como si al percatarse del escaso interés que demostraban los moradores y la modesta importancia que les concedían, la humanidad Ulubina hubiera decidido pagarles con la misma moneda. Y eso en un sistema de observadores, donde había más contacto entre ambas especies que en cualquier otro, a excepción de una media docena de sistemas de favores similares, dispersos por toda la galaxia. La mayoría no sabía gran cosa de los moradores, ni deseaba aprender, ni siquiera en aquel lugar. Había una amplia minoría que sí, pero estos se consideraban ligeramente fastidiosos; empollones admiradores de los alienígenas. Ahora que se enfrentaban a la presente amenaza, y necesitaban desesperadamente la ayuda de los moradores, qué cortos de vista parecían.

Y estudiar la sociedad de los moradores demostraba la verdad irrefutable de un antiguo cliché: cuanto más se aprende, más consciente se es de lo mucho que se

ignora. («Una imagen del planeta», sugirió Liss, cuando Sal intentó articular aquella sensación por primera vez; abismos insondables.)

—Por supuesto que nuestro ejército decide cuándo hemos de ir a la guerra —dijo Gruonoshe, de nuevo tranquilo—. Ellos son los expertos.

—Si permiten que me entrometa —dijo el observador jefe Meretiy desde su nave de gas—, creo que esta cuestión atañe nuestros distintos puntos de vista sobre la capacidad militar de nuestras sociedades. Nosotros, es decir, los humanos, y en este punto me atrevo a suponer que hablo en nombre de todos los mercatoria, consideramos a nuestros ejércitos como herramientas al servicio de los políticos, quienes, por supuesto, gobiernan en nombre de todos. Por el contrario, nuestros amigos moradores consideran que es una profesión antigua y venerable que ejercen los ciudadanos que poseen la vocación pertinente, una institución honrada por su antigüedad, que, por si acaso, tiene el deber de defender a los planetas de los moradores frente a las amenazas externas. En este sentido, semejan lo que podríamos llamar un cuerpo de bomberos; para ser exactos, un cuerpo de bomberos voluntario, que no precisa autorización ni supervisión política para entrar en acción, ¿entienden? Su *raison d'être* es responder lo más aprisa posible a las emergencias, nada más.

- Hay que joderse, eso tenía un poco de sentido y todo, transmitió Liss.

Sal sintió que las primeras palabras, expresadas con su voz, con su presencia tan cercana a su espalda, le causaban el principio de una erección. Se preguntó cuán fuerte había de ser la gravedad para que fuera imposible empalmarse.

—Los cuerpos de bomberos tienen... líderes, capitanes, ¿no es así? —dijo Sorofieve, lastimero, mientras su mirada se desplazaba desde Meretiy hasta Saluus—. Podríamos hablar con ellos, ¿verdad?

Yawiyuen volvió a cabecear y a encogerse de hombros.

—Desde luego que no.

—¡Pero es que nos hace falta! —Sorofieve casi gimoteó.

—¿Por qué?

—Esa cosa hasta parece rápida —dijo el general de la Guardia Thovin, mientras contemplaba la nave oscura y aerodinámica desde un mirador del transatlántico requisado. Las estrellas oscilaban a su alrededor—. ¿Tiene nombre?

—Casco 8770 —respondió Saluus—. El ejército le pondrá un nombre auténtico cuando llegue el momento de entregársela. Pero es un prototipo, probablemente no es adecuado para el servicio militar integral.

—Son tiempos desesperados —repuso Thovin, encogiéndose de hombros mientras extraía algo de entre sus dientes—. Probablemente podríamos usarla para algo. Aunque solo sea un misil.

Eso es lo que tú crees, pensó Sal.

—Todavía no hemos llegado a esa fase —dijo. Estaban a solas. Thovin había sugerido que dieran un paseo por la antigua nave civil, que estaba prácticamente

desierta.

—¿Crees que estamos perdiendo el tiempo, Kehar? —Thovin giró sobre sus talones para mirar a Saluus, inclinando hacia arriba su cabeza casi sin cuello.

—¿Hablando con los moradores?

—Sí. Hablando con los putos moradores.

—Probablemente. Pero por otro lado, probablemente nuestro amigo Fassin Taak está perdiendo el tiempo, si es que sigue vivo, buscando ese transformador que probablemente no existe.

—Era amigo tuyo, ¿verdad? —dijo el general de la Guardia, entornando los ojos — Eras compañeros de clase, ¿no es cierto?

—Sí, fuimos juntos a la escuela y a la universidad. Hemos seguido en contacto a pesar de los años. De hecho, probablemente el último momento de esparcimiento que disfrutó antes de emprender ese arcano en Nasq. fue en mi casa de Murla.

—Yo fui derecho a la academia de la guardia —dijo Thovin, volviendo a cambiar de tema y observando la nave en forma de dardo que flotaba en el espacio, exactamente al otro lado—. Esa es tu vía de escape, Kehar, ¿verdad? —preguntó con inocencia.

No eres tan estúpido como pareces, ¿verdad?, pensó Sal.

—¿A dónde? —preguntó, sonriendo.

—Pues a tomar por culo, a ponerte a salvo —dijo Thovin—. Agachar la cabeza durante la ocupación de los famélicos, y regresar cuando sea seguro.

—Sabe, no se me había ocurrido —dijo Sal—. ¿Por qué, va a hacerme una oferta por ella?

—Yo no sabría pilotarla. Pero tú sí, por supuesto, ¿no?

No era ningún secreto que Saluus había pilotado personalmente el Casco 8770 para llegar hasta allí. Era un piloto bastante hábil. Cualquiera lo sería, con un poco de entrenamiento y una módica cantidad de ayuda por parte de un ordenador.

—Así puede mandar a otro de sus valientes muchachos al frente —le dijo a Thovin, impasible.

—Tendría gracia que ganásemos a los invasores, o que la Flota Reunida perdiera, ¿eh?

—Sería hilarante.

—¿Crees que les sacaremos algo a estos globos?

—Creo que es probable que nuestros colegas moradores nos hayan entregado cuanto vamos a obtener de ellos, pero merece la pena seguir buscando.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que crees?

—A lo mejor, la tripulación de una supernave decide de improviso que sería divertido defender Sepekte solo por echar unas risas, o uno de los exploradores que están en Nasq. encuentra el transformador, o Fassin Taak aparece y lo trae, y escapamos por un conducto, o traemos naves de la Flota Reunida donde queramos. ¿Quién sabe?

—¿Así que no estamos perdiendo el tiempo?

—No, probablemente sí. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Llenar sacos de arena?

Thovin esbozó un amago de sonrisa.

—Claro que si aparecen con una fabulosa nave superarmada, puede que ya no haga falta fabricar naves de guerra, ¿eh?

—Seguro que Industrias Pesadas Kehar puede dedicarse tranquilamente a fabricar solo naves crucero. —Sal echó una ojeada desde el mirador donde se encontraban—. Desde aquí veo algunas zonas susceptibles de mejorar.

Thovin hizo un ademán con la cabeza en dirección a la nave esbelta y oscura que descansaba en el exterior.

—Se la entregarías al jerarca para que fuera su yate personal si te lo pidiera, ¿verdad?

Sal reflexionó durante un momento.

—Antes prefiero destruirla —respondió.

Thovin se volvió para mirarle, con una expresión abierta, expectante.

—Lo digo en serio. Es verdad que es un prototipo —aseguró Sal, con una sonrisa—. No se puede meter al gobernante de un sistema entero en una cosa tan experimental, por lo menos si desea acelerar al máximo, y supongo que esa sería la única razón para elegirla, ¿no? Yo estoy dispuesto a confiarme a esa cosa, pero no puedo permitir que se la lleve el jerarca. ¿Y si le mata? Piense en la publicidad. Demonios, piense en el precio de nuestras acciones.

Thovin asintió durante unos instantes, volviendo a observar la nave.

—Pues un misil —dijo.

—Yo también —susurró Liss en la oscuridad—. Pensaba que no era más que un idiota al que habían ascendido a patadas.

—Creo que finge ser un idiota a la perfección —dijo Sal—. En realidad, me parece que es tan estúpido como ingenuos nuestros negociadores moradores. Puede que Thovin deba ocuparse de las conversaciones de ahora en adelante. Dudo que pueda hacerlo peor.

Estaban acostados en la nave prototipo. Era más seguro que alojarse en el transatlántico o en otra nave de apoyo de la embajada, aunque asimismo mucho menos lujoso y mucho más estrecho. No había garantías absolutas de que alguien no hubiese introducido a hurtadillas un micrófono a bordo durante la construcción de la nave, pero la había fabricado el personal de confianza de Saluus, y él mismo había supervisado el trabajo lo más estrechamente posible; era tan segura como cualquier otro sitio para decir las cosas que no deseaba que oyeran los demás.

—¿Crees que intentaba hacer un trato, para que contaras con él si de verdad decidías escapar?

Saluus titubeó. Eso no lo había discutido abiertamente ni siquiera con Liss.

Estaba convencido de que había adivinado que emplear la nave como vía de escape era una posibilidad; al parecer, Thovin había hecho lo mismo, lo que le instaba a preguntarse si alguien más lo encontraría evidente (esa sí que era una idea ligeramente inquietante), pero era inútil decirlo en voz alta.

—No —dijo Sal, resuelto a evitar que esa verdad concreta saliese a la luz—. Sabes, la verdad es que he llegado a pensar que a lo mejor Thovin era una especie de espía.

—¿De veras?

—No me sorprendería nada que informase directamente al jerarca, o por lo menos al servicio superior secreto del gran hombre. Creo que esa apariencia de tipo duro es para que la gente baje la guardia. Puede que ese cabrón sea un chivato.

Liss estrechó su largo cuerpo contra el suyo, restregándose perezosa y suavemente.

—Entonces, ¿no se ha chivado de ti?

—¿Cómo iba a hacerlo? —dijo Sal—. Si yo soy leal y sincero.

—Ah, sí.

En ocasiones, si se quedaba dormida mientras le abrazaba, sentía que sus dedos trazaban extraños patrones en su costado o en su espalda, como si sus manos deletreasen un código amoroso secreto. Entonces se dormía y dejaba de hacerlo, o se despertaba sobresaltada, como avergonzada, se daba la vuelta y se acurrucaba.

De nuevo atontado. A bordo del *Velpin*. Todavía. Ignoraba cuánto habían tardado. El siamés acababa de decirles a los tres que tardarían «varios días» en llegar a su destino. Luego, cuando el sceuri no podía verlos, le susurraron por medio de señales a Fassin y a Y'sul:

—Lo de confiar en nosotros también se aplica a vosotros dos. Pero shh, ¿de acuerdo?

Y'sul y Fassin se miraron.

Varios días. El desplazamiento entre portales era casi instantáneo, por supuesto. Lo que llevaba días era desplazarse del extremo de un portal hasta el siguiente. Eso, y puede que algunas intrincadas maniobras para engañar a cualquiera que los observase o siguiese, intentando localizar los portales ocultos. ¿Quién sabía? Quercer y Janath lo sabían, por supuesto, pero no estaban dispuestos a decirlo, ni siquiera a discutir si le permitían a él, o siquiera a Y'sul, conservar la conciencia durante aquellos extraños transbordos intergalácticos, que emprendían con tanta ligereza.

Observando, siguiendo. ¿Cómo podían pasar inadvertidos tantos movimientos de naves? Había telescopios de todas las longitudes de onda, sensores de gravedad, patronizadores de neutrinos, algo, en algún lugar, en prácticamente cualquier sistema desarrollado que sometía a una vigilancia estrecha, dotada de un grado devastador de detalle, cualquier señal que emanase del espacio inmediato, cercano, intermedio o lejano: debía detectar algo. ¿O acaso solo tenían portales en los sistemas

subdesarrollados, para que hubiera menos posibilidades de que los descubrieran?

No, los había en Ulubis y en Ashum.

Observando, siguiendo. ¿Quizá los seguía algo lo bastante pequeño como para ser menos visible aún? Alguien, algo debía haber seguido a una nave moradora hasta el interior de un sistema, en alguna parte, precipitándose de improviso por un conducto secreto... Y sin embargo, parecía que nada ni nadie lo había hecho.

Tan informal, tan descuidado, tan lalalá; ¿acaso todo era una actuación perfecta, infalible? ¿Acaso los moradores eran genios de la actuación, expertos del disimulo, exponentes intachables de las disciplinas necesarias para mantener un orden absoluto sobre todos los viajes, transbordos, saltos, o lo que fueran? Querida razón, querido destino, habían tenido diez billones de años para perfeccionarse en cualquier cosa que desearan. ¿Quién sabía qué habilidades habían desarrollado hasta la perfección durante ese tiempo? Sin embargo, todavía quedaba el caos, el azar extremo, la simple acumulación de probabilidades de que algo saliera mal alguna vez, por mucho que uno se perfeccionase...

Estaba recuperando la conciencia lentamente. Rovruetz, Direaliete. Mierda, debía ocuparse de más nombres, aprehender más lugares, dar otro maldito paso adelante. Encontraría la muerte antes que a aquel morador cabrón y elusivo, o bien acumularía semejante desfase, haría acopio de tantos transtornos, que al final se olvidaría del objeto de su demencial búsqueda, y el día que hallase a Leisicrofe, cuando de todos modos fuera demasiado tarde, clavaría su mirada en él y sería totalmente incapaz de recordar lo que deseaba preguntarle, o lo que poseían los moradores que le importara o le interesara, siquiera remotamente.

Casi todo el compartimento de pasajeros del *Velpin* estaba ocupado por el traje ambiental del sceuri llamado el Aumapile de Aumapile: una enorme pastilla negra con puntos blancos que semejava un extraño observatorio espacial distorsionador. Fassin despertaba lentamente, sintiéndose mugriento y dolorido como de costumbre, sin ver a Y'sul, ni la pantalla inservible de la pared opuesta.

—¡Urgh! —exclamó el gigantesco traje ambiental negro—. ¿Así que eso es la inconsciencia? Qué desagradable. Y tengo la firme sospecha de que se trata de una cualidad inherente.

Fassin se alegró de que alguien estuviese de acuerdo. Empezó a comprobar los sistemas de la punta de flecha mientras los calentaba. El manipulador izquierdo resultaba pegajoso, los mecanismos de reparación automática estaban llegando al límite de sus capacidades. A juzgar por experiencias pasadas, funcionaría a duras penas, dando tumbos, durante algunos meses de tiempo real, y después se atascaría por completo. Supuso que era afortunado por haber llegado tan lejos sin que se hubieran producido averías en el equipo, especialmente considerando el castigo que había soportado la pequeña nave de gas desde el vuelo desde Tercera Furia.

—¡Y no obstante, es interesante! —anunció el sceuri, cuya voz retumbó en el espacio casi repleto. El Aumapile de Aumapile vociferaba aún más que Y'sul—.

Hmmm —dijo—. Sí, es interesante, no me cabe la menor duda. ¿Estáis despiertos, o soy el primero que se levanta? ¡Ja, ja!

—Si no estoy despierto, estoy teniendo una pesadilla muy ruidosa —respondió Y'sul, malhumorado e invisible, desde el otro lado de la criatura.

—Lo mismo digo —declaró Fassin.

—¡Genial! ¿Hemos llegado ya?

Habían llegado.

Pero no habían llegado.

Cuando la pantalla borrosa se aclaró, les mostró que se hallaban en las capas intermedias de la atmósfera de un gigante gaseoso. Después de todo, el *Velpin* había llevado a cabo algunos giros a toda velocidad, y les habían dejado fritos de un modo más brusco y sencillo que antes. Habían tardado dos días en llegar a su destino.

El capitán de viaje les aseguró que estaban en Rovruetz, Direaliete, distrito climático y región gaseosa de Nhouaste, el gigante gaseoso del sistema.

El Aumapile de Aumapile estaba encantado. ¡Lo que pensaba! Estuvo a punto de abalanzarse por la esclusa del *Velpin* hacia el inmenso y sombrío paisaje de imponentes raíces nubilosas y doseles de rayos que abarcaba todo el horizonte. Se retorció de felicidad, como una centrifugadora. Pasaron otro día, sin ser molestados por los moradores nativos, investigando los supuestos restos de esforzados, que en realidad guardaban un asombroso parecido con una ciudad globular abandonada de los moradores, levantada en la cima de una turbina de banda de megaklicks de extensión, defectuosa y desechada. Era muy impresionante, pero Fassin e Y'sul se percataron de que no era el objeto ni el lugar que realmente buscaban.

- Esto no es Rovruetz, Direaliete, ¿verdad?, preguntó Fassin al siamés poco después de su llegada, mientras el Aumapile de Aumapile se lanzaba como un rayo de un lado a otro por las ruinas, calibrando instrumentos y acumulando filmaciones.

- ¿Estás loco? Claro que no.

- Direaliete está al otro lado de la galaxia.

- Tardaríamos días en llegar hasta allí.

- ¿Es un sistema?, preguntó Fassin.

- Es un sistema.

- No tengo constancia de él, le dijo Fassin al siamés.

- Claro que no. Direaliete es su nombre en el Idioma Antiguo.

- Bueno, en una variante.

- De modo que solo es un truco, transmitió Fassin.

- Exacto.

- Nuestro amigo tiene lo que deseaba, nosotros tenemos lo que deseábamos.

Dos de dos. Una de nuestras misiones de mayor éxito.

- Entre tanto, estamos perdiendo el tiempo, transmitió Fassin.

- El tiempo se pierde solo.

- ¿Quiénes somos para flotar en su camino?

Después de ofrecerse a dejar atrás al deslumbrado estudioso sceuri y recogerle más adelante (pero no era tan sencillo engañarle), y de advertirle que realmente debían regresar de inmediato (él declaró que aún había muchas cosas que buscar), Quercer y Janath abandonaron al sceuri. Esperaron hasta que se hubo alejado hasta el centro de la ciudad abandonada para decirle a Fassin que el Aumapile de Aumapile había entrado en razón por fin, y que embarcaría dentro de un momento para iniciar el viaje de regreso; entonces inmovilizaron al humano y a Y'sul, cerraron las compuertas y despegaron, advirtiéndole a sus pasajeros que se avecinaban espirales bastante intensas.

- ¿Qué cojones?, señaló Fassin a Y'sul antes de que desconectaran los sistemas de la nave de gas. - ¿Qué pasa con el sceuri?

El morador había estado al corriente.

- Una buena broma, ¿eh?, transmitió a modo de respuesta, riendo.

Fassin señaló a la pantalla de pared, comunicándose con Quercer y Janath, en el espacio de mando.

- ¿Advertisteis al Aumapile que estabais a punto de marcharos?

- Sí.

Fassin esperó. No recibió nada más. Al cabo de unos instantes transmitió:

- ¿Y?

- No nos creyó.

- Se rió.

- Así que abandonáis a ese idiota fabulosamente rico, y aparentemente con buenos contactos políticos, que no sabe nada de moradores, en un gigante gaseoso de su sistema natal.

- En pocas palabras.

- No puede decir que no se lo advertimos.

- Condiciones de pasaje.

- ¿No habéis pensado que a lo mejor le dan caza, o se muere?, preguntó Fassin. - ¿O que con el tiempo vuelve a casa, profundamente irritado?

- Supongo que es una posibilidad.

- ¿Seguimos adelante?

- ¿Que a lo mejor con el tiempo vuelve a casa, profundamente irritado con todos los moradores? ¿Y que tal vez eso sea malo para los moradores que viven en Nhouaste?

- Tienes razón.

- Podría provocar roces.

- ¡Pérdida de prestigio!

- Quizá deberíamos haberle advertido a alguien que íbamos a abandonar a ese aspirador pinchado de espalda de trapo.

- Estoy pensando. Sugerencia. ¡Ya sé! Enviaremos una señal.

- ¿Contento?

Ni siquiera le concedieron tiempo para responder.

- Se acabó la conversación. Ahora a apagarse, que vienen espirales.

El archimandrita Luciferos pasó revista a sus efectivos. Los destacamentos más próximos estaban allí mismo, en los cascos curvilíneos y concéntricos de la embarcación de batalla principal *Luciferos VII*: eran las tropas espaciales y de asalto, en posición de firmes, junto a sus airosas naves de ataque, capacitadas para cualquier entorno, y su sofisticado armamento. Alcanzaba a ver naves de guerra, de apoyo, portasoldados, descensores, monitores de bombardeo, dispositivos de hostigamiento, portamisiles, máquinas exploradoras y de vigilancia, y otros navíos, así como una miscelánea de dispositivos pesados, que se extendían en la distancia, hasta donde alcanzaba la vista natural. Solo eran proyecciones, pero eran sincrónicas, en tiempo real, y la mayoría se aglutinaba en un radio de segundos luz del núcleo de la flota invasora, cuyo corazón absoluto y acerado era la embarcación de batalla principal *Luciferos VII*.

En cierto sentido, esta era la parte favorita del archimandrita. Había instaurado la tradición de pasar revista a sus tropas de este modo antes de cualquier combate importante, y especialmente antes de la invasión de un sistema, sencillamente porque era una experiencia extraordinariamente gratificante. Ni siquiera la sensación de haber obtenido la victoria, de haber aplastado y derrotado a sus adversarios, de haber triunfado por completo, era mucho mejor que esto, cuando las fuerzas que enseguida habrían de precipitarse a la inevitable confusión y el tumulto de la batalla, para extinguirse bajo el fuego, para mancillarse, para perderse y sufrir daño, se levantaban, se asentaban, se postraban, flotaban o volaban en perfecta formación frente a él, relucientes, en filas estrechas, concentradas, alineadas con exactitud, dispuestas ordenadamente, conformadas de modo simétrico y sistemático, relucientes de potencia, amenaza y promesa.

Se detuvo en el balcón mirador de un extremo de la inmensa sucesión de pasillos curvos que conformaban las capas de los cascos exteriores de la gigantesca nave, y aspiró una serie de profundas bocanadas, con los ojos abiertos como platos, y el corazón golpeándole en el pecho. Dios o verdad, era una vista hermosa. En cierto sentido, realmente era mejor que el sexo.

Avanzaban sin esfuerzo, después de haber completado la mayor parte de la desaceleración; solo restaba el último empujón, varios días de gravidez e incomodidad. Dentro de una semana estarían en el sistema, atacando por fin. Habían encontrado poca oposición hasta el momento, en parte debido a la trayectoria pronunciada y angulosa que habían adoptado. Habrían esparcido por los accesos más directos cualesquiera nubes de minas y bandadas de remotos hubieran despachado para interceptarlos, y al tomar una ruta más larga pero más segura los habían evitado

a todos hasta el momento. El único peligro había residido en la corrección que habían efectuado a mitad de trayecto, varios años subjetivos antes, cuando cualquier sistema de monitores del espacio profundo de Ulubis orientado en la dirección adecuada habría detectado su propulsión. El riesgo había sido calculado y por lo que sabían se habían salido con la suya.

En cualquier caso, no había aparecido ninguna flota de Ulubis para presentar batalla; habían decidido esperar y combatir en su propia casa. Sus tácticos pensaban que eso indicaba que Ulubis estaba preparado pero era débil. Tal vez encontrarán sondas y naves del nivel de destructores, pero probablemente eso sería todo hasta que llegaran al sistema intermedio e interior. Sus almirantes confiaban en que sus naves láser y sus unidades de defensa a corta distancia se enfrentarían a cualquier cosa que se interpusiera en su camino.

Luciferos adquirió conciencia de unos sonidos a su espalda, donde toleraba la presencia de algunos de sus comandantes más veteranos, secundados a su vez por sus guardias personales. Circulaban susurros, y rumores de temor y exasperación exigiendo silencio. Sintió que su cuerpo se tensaba. Este no era un buen momento para molestarle, a menos que estuviera en juego la inminente destrucción de toda la flota. Debían saberlo. La gente se acalló.

Se relajó, se incorporó en las tres cuartas partes de gravedad producida por los giros y aspiró profundamente otra vez, mientras contemplaba a los hombres y el material bélico congregado. En verdad era una visión hermosa, la viva imagen de la invencibilidad, un espectáculo absolutamente emocionante de poder materializado, real y sin compromisos. Era suyo, era él.

La destrucción inminente de toda la flota... Se imaginó que ocurría, se imaginó que ocurría en ese preciso momento; que una hiperarma cataclísmica de los antiguos aniquilaba a toda la fuerza invasora sin que nadie pudiese hacer nada por detenerlos. Era absurdo (bueno, infinitamente improbable, en cualquier caso), pero ¡imagínatelo! Sería testigo de la extinción de todos, uno tras otro, los contemplaría cuando estallasen en llamas o en brillantes explosiones luminosas. ¡Sería testigo de la destrucción de todo cuanto le rodeaba!

La idea le produjo escalofríos, en parte de terror, en parte de placer. No iba a suceder, por supuesto, pero la sola imagen era espantosamente excitante. Así como una suerte de advertencia, por supuesto. No de un dios, ni de un programa que gobernara el universo, como estimaba la verdad, sino de algo más directo y digno de confianza; del interior de sí mismo. De su subconsciente, o de la parte alerta de su personalidad que desempeñaba el papel del loco que siempre acompañaba a César en los triunfos, para recordarle que todo era vanidad. Esa clase de cosas. Los pensamientos de destrucción solo eran una forma de recordarse que no se confiara, que se concentrara y asumiera el control total, que emprendiera la guerra inminente con su crueldad habitual, y que ignorase las voces internas que gimoteaban, abogando por la moderación o la clemencia gratuita. «Debes ser cruel y compasivo con un

propósito, y no para satisfacer una imagen de ti mismo». Era una frase de alguien. Nunca la olvidaría.

Una última bocanada profunda. Así pues, estaba preparado. Y prevenido. Pero la atmósfera se había viciado. El amago de interrupción anterior no había ocasionado ningún daño auténtico. De todas formas, tenía derecho a estar furioso, si le convenía. Sería mejor que averiguase la causa de aquel alboroto. Giró sobre sus talones, se irguió en toda su estatura (ten siempre comandantes veteranos a los que puedas mirar desde arriba) y preguntó con voz sonora:

—¿Sí?

Le encantaba que aquellos hombres orgullosos y jactanciosos se estremecieran, que aquellos hombres acostumbrados a ser obedecidos de inmediato y sin preguntar se encogieran ante él, aunque fuera levemente.

Tuhluer, quizá su ayuda de campo menos irritante, y en los últimos tiempos una especie de favorito, se adelantó, sonriendo y frunciendo el ceño al mismo tiempo.

—Señor, perdonad la perturbación de hace un momento. —Enarcó las cejas ligeramente, como diciendo: «No es culpa mía, ya sabes cómo son estos tipos»—. Acabamos de recibir una alerta de operaciones: una nave de alta velocidad se aproxima directamente desde Ulubis, señalando que no está armada, que no se trata de una cabeza explosiva, y que tiene uno o dos ocupantes humanos que desean parlamentar. Está desacelerando para ponerse a nuestra altura dentro de diez horas. Si persiste en su trayectoria actual, se detendrá a cien clicks del centro de la flota, por el lado izquierdo.

El archimandrita les dedicó a los demás una mirada feroz, por encima de la cabeza de Tuhluer.

—¿Y esto exigía mi intervención?

—Nos preocupaba que fuera una cabeza explosiva, señor —explicó Tuhluer con suavidad, esbozando una sonrisita—. La nave estaba sobrepasando las unidades avanzadas de la pantalla del destructor de vanguardia de la flota en ese momento, y estaba a punto de rebasar el alcance efectivo de sus armas de rayos. La cuestión era si disparaban contra ella o no. Ahora se está celebrando una junta. La nave estará al alcance de la segunda capa defensiva dentro de media hora. También disponemos de misiles, por supuesto. Ya hemos lanzado un portamisiles teledirigido en su persecución.

El archimandrita Luciferos hizo una pausa momentánea y sonrió. Advirtió que todos se relajaban.

—Pues bien —dijo—, parece que todo funciona como es debido, y no era necesario molestarme, ¿verdad?

—Desde luego que no, señor —convino su ayuda de campo, lastimero.

—¿Y cuál es el supuesto estado de ese humano, o humanos, si en verdad eso es lo que contiene la nave?

—Afirman que hay un hombre a bordo, un industrial de alto rango llamado

Saluus Kehar.

Se sentía atontado de nuevo, cansado, pastoso y sucio. Fassin estaba seguro de que recobraba la conciencia cada vez más despacio, y a cada nuevo despertar se encontraba más torpe, lento y confuso. Aquella transición había precisado más de cuarenta días de viaje hasta el otro lado de la galaxia, nada menos que a noventa kiloaños de Ulubis, aunque semejantes medidas no importasen demasiado. El tiempo transcurrido en el interior del conducto, no obstante, había sido insignificante. Los días y semanas adicionales se habían empleado en el vuelo desde el portal hasta la nave que buscaban, en los abismos del espacio interestelar.

Varios días. Una distancia. Se trataba en suma de más tiempo perdido, una distancia mayor que le separaba del objetivo que ambicionaba, mientras en Ulubis los acontecimientos continuaban sin su presencia.

Examinó el defectuoso manipulador izquierdo de la punta de flecha, flexionándolo y tensándolo, y se obligó a mirar la pantalla de la pared opuesta. Las estrellas se columpiaban, como siempre, para convertirse en el decorado de una nave inmensa, oscura y desigual, una astronave gigantesca y toroidal, de doscientos kilómetros de diámetro, con cuadernas negras resplandecientes y facetas fracturadas, que refractaban la luz mortecina de un sol distante, como una corona de carbón húmedo, tosca y de gran tamaño: la sepulnave cineropolina Rovruetz, un navío de la extremadamente dispersa Flota Expiratoria Mayor de los ythyn, una portadora de la muerte.

Y'sul estudió la imagen de la pantalla desde el lado opuesto de la cámara durante un momento, y sacudió sus mantos.

—Ahora tenemos que mezclarnos con morbosos —dijo; parecía soñoliento, gruñón y resignado al mismo tiempo—. Qué bien.

- Entonces, ¿qué ha pasado con los esforzados?, preguntó Fassin. - Creía que Leisicrofe se proponía examinar a los esforzados a continuación.

- Es evidente que se esforzaron en vano, transmitió Y'sul.

- Una pista falsa.

- Un farol.

El *Velpin* permaneció en suspenso sobre un cementerio de naves dispersas por el margen exterior de la portadora de la muerte, mientras Y'sul y Fassin abordaban la gigantesca nave. Los ythyn habían sugerido que introdujeran el *Velpin* en la Rovruetz. Quercer y Janath se habían opuesto con un convincente escalofrío de horror desde el interior de su mono plateado. Fassin sospechaba que les bastaba la proximidad de la sepulnave y su antigua colección de naves deterioradas y exánimes.

Los ythyn eran una especie de carroñeros con una especialidad: coleccionaban cadáveres. No hacían nada con ellos, sino que se limitaban a almacenarlos,

clasificados a grandes rasgos en función de su categoría, su tipo y su tamaño, y en general solamente reclamaban los cuerpos que no deseaba nadie, así como en ocasiones las naves y los diversos dispositivos en los que llegaban. Pero a pesar de todo era un hábito irremediabilmente macabro, y a resultas de ello compartían un sobrenombre genérico con otras especies obsesionadas con la muerte, conocidas como morbosos.

Les recibió en el puerto de entrada, cavernoso y mortecino, un oficial ythyn, una criatura aviar oscura y de gran tamaño, de tres metros de altura, que lucía un traje liso, reluciente y casi transparente sobre su piel apergaminada de color azul oscuro. Las alas dobles, fuertemente constreñidas, que completamente desplegadas se extenderían una docena de metros, indicaban que el ythyn era un joven. Se sostenía sobre un trípode desigual de piernas: una extremidad gruesa en la parte posterior y dos más esbeltas en la anterior. El pico, provisto de labios, estaba taraceado de metales preciosos que relucían bajo el gel viscoso que recubría el traje. Los dos ojos eran enormes circunferencias negras. De las rejillas de los orificios del pico emergían unos tubos finos y curvos que conducían a una serie de pequeños depósitos situados en su espalda, como huevos esféricos de plata lustrosa. En una nave ythyn no había esclusas atmosféricas; la tripulación, al igual que su tenebroso cargamento, estaba siempre expuesta a la nada silenciosa del vacío extremo. Confinados por la gran nave y manteniéndose de este modo a escasos grados del cero absoluto, los cuerpos de los difuntos descansaban durante eones, serenos e incorruptos, excepto por la causa de su muerte y los efectos de la congelación, ya fuese lenta o repentina.

- Bienvenidos, dijo el oficial ythyn, por medio de una señal carente de emoción e inflexiones, precedida solamente de significadores formales de tristeza y reverencia. - Usted es el señor Taak y usted el señor Y'sul, ¿no?

- Sí, transmitió Fassin.

- Soy el recepcionista guardia lapidario noveno. Me complace y me honra que me llamen «Noveno» o «Guardia». Díganme, caballeros, ¿alguno de ustedes ha hecho preparativos para el tratamiento o la disposición de sus cuerpos después de la muerte?

Los ythyn coleccionaban cadáveres desde hacía un billón de años, a resultas de una especie de truculenta tecnomaldición que pesaba sobre ellos, inspirada por una especie contra la que habían combatido y que les había derrotado por completo. Habían perdido su pequeño imperio, sus escasos planetas y sus hábitats principales, así como la mayoría de sus naves, y se habían perdido incluso a sí mismos, pues les habían obligado a someterse a un programa de manipulación genética que les había transformado de seres intelectualmente equilibrados en criaturas completamente obsesionadas con la muerte.

La crueldad y la astucia de los vencedores había residido en el descubrimiento y la selección de una debilidad latente congénita de los ythyn: siempre habían adolecido de cierta fascinación excesiva con la mortalidad, comparados con especies

vagamente similares, pero esta no alcanzaba el extremo de anomalía grave, y desde luego no los definía en ningún sentido. Si el proceso de convertirlos en criaturas tan excesivamente morbosas hubiera desfigurado su psicología de un modo tan grotesco que los sujetos fueran irreconocibles, su castigo no habría sido artístico ni apropiado. En cambio, por medio de un pellizco sutil pero relevante en su conjunto de instrucciones fisiológicas, se habían transformado en lo que quizá hubieran llegado a ser de todos modos, si así lo hubiesen decretado extrañas alteraciones de su entorno y sus circunstancias. Los que no se quitaron la vida, negándose a someterse a esta manipulación hereditaria, fueron asesinados o perseguidos, y forzados a doblarse al tratamiento igualmente, aunque la mayoría de estos también se suicidaron.

Los supervivientes se convirtieron en nómadas, una de las docenas de especies evolucionadas para la vida en los planetas que habían sufrido la pérdida (o en ocasiones, que se abstendrían) de toda clase de mundo que les diera cobijo. Fabricaban naves de gran tamaño, gélidas y oscuras, y acumulaban ingentes bibliotecas y depósitos de datos dedicados a la materia de la muerte. Acechaban los escenarios de las grandes batallas, las terribles masacres y las catástrofes espantosas. Con el tiempo, empezaron a hacer acopio de los cadáveres abandonados en estos lugares, para almacenarlos más o menos a medida que los hallaban, en sus grandes naves carentes de aire, que transportaban cargamentos de muerte amasada y avanzaban, sin prisa pero sin pausa, de un extremo a otro de la galaxia, o describían lentas espirales en torno a esta. Como eran demasiado voluminosas para desplazarse a través de conductos, y reacias siquiera a aproximarse demasiado a una estrella, las sepulnaves dependían de naves de menor tamaño que cosechaban cadáveres. Pero estas tampoco empleaban conductos con frecuencia en aquellos días. Los propileos, que estaban a cargo de todos los portales de los mercatoria, no eran una asociación benéfica, y exigían dinero a cambio del pasaje. Los ythyn tenían poco que ofrecerles en concepto de pago.

Coleccionaban las naves cadáveres (o las que se entregaban para morir); por lo general se trataba de armatostes y trastos que se aproximaban al final de sus vidas activas y provechosas, pero, a pesar de todo, los ythyn las consideraban sagradas entre los muertos. Recibían donaciones y legados ocasionales de muchas sociedades diferentes, pero estas eran pocas y muy espaciadas. Cuando se lo podían permitir, y había una presa de cadáveres al otro lado de un conducto, una nave ythyn gastaba las escasas ganancias que hubiese acumulado para enviar una nave aguja con el fin de recogerlos. Pero por lo general se limitaban a seguir físicamente los casos generalmente esporádicos de muertes masivas en la galaxia.

Había pasado mucho tiempo desde que reunieran con diligencia los cuerpos restantes de la especie ahora extinta que les había infligido aquel castigo, de modo que podrían haber recuperado su esencia original con relativa facilidad y sin oposición, pero habían decidido no hacerlo, lo que representaba una tragedia conmovedora, o la aceptación del lugar que habían hallado en el orden galáctico de

las cosas, que resultaba más apropiado para ellos que ningún otro.

- Nos dirigimos al sistema Chistimonouth, les explicó el recepcionista guardia lapidario noveno, mientras recorrían un inmenso pasillo curvo en las entrañas de la gigantesca nave. La imponente criatura, semejante a un pájaro, empleaba una de sus esbeltas piernas delanteras para manipular los controles del pequeño vehículo con forma de jaula que les llevaba en perfecto silencio sobre un monorraíl tendido en el centro del amplio túnel. La oscuridad era impenetrable. Debían valerse de percepción activa para iluminar el pasillo, que se antojaba interminable. - Buscamos los restos mortales de una civilización serpenteriana que hemos contactado hace poco, posiblemente vástagos de los Desii-Chau, los cuales, por desgracia, también han dejado de existir: se extinguieron o, en el mejor de los casos, se sumieron en el abismo de la quinta categoría de supresión. Desamparados; presas, por desdicha, de una serie de erupciones solares que se produjeron hace varios siglos. El único planeta habitado se vio gravemente afectado. Se cree que no hay supervivientes de la única especie sensitiva que habitaba en él. Cuando llegemos, dentro de varias décadas, nuestro privilegio y nuestro deber será enterrar en estos sagrados pasillos al mayor número posible de insepultos.

- ¿Cómo que insepultos?, preguntó Y'sul. - ¿Es que flotan? ¿No se han hundido en sus propias profundidades? ¿En agua, barro, roca fundida o algo así?

Los pasillos estaban surcados de cadáveres: clavados, prendidos, enhebrados o ensamblados por medio del hielo a la superficie tubular (el concepto de suelos, paredes y techos conservaba cierto significado mientras la nave estaba sometida a energía, pero era temporal). Ciertos tipos de cadáveres se preservaban mejor en cavidades, hornacinas selladas con hoja de diamante.

- Los que estén felizmente inhumados se quedarán bajo tierra, en su lugar de reposo, les explicó el guardia. - Esperamos encontrar algunos restos en las estructuras, a pesar del tiempo transcurrido. Los informes que hemos recibido de las especies exploradoras indican que quizá queden cuerpos en el espacio, en los puntos Lagrange, que no han sido reclamados.

- ¿Qué pasa si han desaparecido?, preguntó Y'sul. - ¿Si alguien se ha adelantado y... se los ha comido, los ha reciclado o algo así?

- Entonces nos dirigiremos al siguiente lugar donde podamos honrar a los muertos, respondió el oscuro pájaro, impasible.

- Ahora que lo pienso, dijo Y'sul con alegría, - puede que dentro de poco haya que recoger unos cuantos fiambres en un sitio llamado Ulubis.

Fassin miró al morador, pero este no le prestaba atención.

- Ulubis, repitió el guardia. - No he oído hablar de ese lugar. ¿Se trata de un planeta?

- Es un sistema, aclaró Y'sul. - El hogar del planeta Nasqueron. Está en la Corriente Cuaternaria, en uno de los arrecifes de zarcillos meridionales.

- Ah, sí. Está bastante lejos de aquí.

- Hay muchos humanos, y muchos más se dirigen hacia allí, dijo Y'sul. - Es probable que haya una guerra. Supongo que habrá muchas muertes. ¿Coleccionáis humanos?

- Solamente encontramos dificultades con ciertas especies de centurios, les dijo la criatura pájaro. - Hemos oído hablar de los humanos, y les hemos dado amparo en el pasado, pero en esta nave no. Le transmitiré esta información a nuestra sepulnave más cercana en cuanto tenga ocasión. Por supuesto, estarán muy al tanto, y es posible que se dirijan hacia allí en este preciso instante. No obstante, le agradezco su consideración.

- Es un placer, respondió Y'sul, complacido. Le dedicó una ojeada a Fassin. - ¿Qué?

Fassin apartó la mirada. Estaban pasando junto a una serie de cadáveres desplegados contra la superficie del túnel como pequeñas explosiones de roca solidificadas.

- Palonne, les informó su guía. - Ossile, como pueden ver. Víctimas de la guerra. Expuestos a una especie de virus parasitario que corrompe las piedras.

- Fascinante, dijo Y'sul. - ¿Queda mucho para llegar hasta el tal Leisicrofe?

El guardia observó una pantallita encajada en una de sus alas ceñidas.

- Unos cientos de metros.

- ¿Qué se propone aquí?, preguntó Y'sul.

- ¿Qué se propone? El ythyn parecía dudoso.

- Solo... os está estudiando, ¿verdad?

- Pues no. No, desde luego que no. El oficial ythyn guardó silencio durante un instante. - Oh, vaya.

Fassin e Y'sul intercambiaron una mirada.

Fassin dijo:

- No querrá decir que está muerto, ¿verdad?

- Pues sí. Por supuesto. Esta es una sepulnave, caballeros. Tenía la impresión de que solo deseaban ver el cuerpo.

Recibieron la noticia mientras ella dormía. Taince observó en una grabación filmada varias horas antes una visión lateral de las luces trémulas, desmayadas, y teñidas de azul que se aproximaban desde la dirección de la Descon. E 5 a medida que la flota invasora de famélicos se disponía a frenar para hacer su entrada en el sistema Ulubis. Pasarían casi tres meses hasta que los invasores llegaran a Ulubis. La Flota Reunida se encontraba todavía a cuatro meses de distancia, incluyendo un régimen de desaceleración más dramático, cuyo comienzo estaba previsto en poco más de ocho días. Los tácticos de la flota habían aprendido mucho del perfil de frenada de la de Descon. E 5.

Primero, que era grande: se componía al menos de un millar de naves, a menos

que emplease improntas de propulsión simuladas con una astucia descabellada. Segundo, que el noventa y cinco por ciento de ella estaba unida, solo algunas docenas de naves de menor tamaño se aventuraban por delante del grueso de la flota. Tal vez aquello entrañase una fuerza imparable y rotunda que se mantenía oculta, pero a juzgar por el resto del perfil, no parecía demasiado probable. El tamaño, la definición y las improntas de frecuencia alterada de los propulsores revelaban una armada relativamente lenta y dotada de tecnología antigua. Básicamente, todas las naves de la fuerza de la Flota Reunida, excepto las más ligeras, podían enfrentarse a todas las naves invasoras, excepto a las más pesadas, con una ocasión de triunfo más que digna, y dejar atrás a las que no pudieran derrotar, aunque de poco había de servirles, ya que no tenían ningún sitio para huir.

Y albergaba un monstruo en su interior, una nave gigantesca; probablemente se trataba de una nave de mando y control, que asimismo transportaba tropas y descensores, y disponía de instalaciones de reparación. Pesaba al menos un billón de toneladas, medía varios clicks de anchura, y sin duda poseía un blindaje muy poderoso, y estaba fuertemente armada y provista de una poderosa escolta, pero, no obstante, era un clásico objetivo valioso de clase A, posiblemente un rey, una pieza clave, si podían entablar batalla con ella y derribarla con éxito, dejarla fuera de combate o incluso capturarla. Si apostaban una pantalla de naves de guardia lo bastante poderosa como para protegerla en la eventualidad de que se presentara una amenaza de ataque considerable, el enemigo socavaría las habilidades de la fuerza invasora y de ocupación, mermaría sus opciones de disposición y limitaría drásticamente su capacidad para desplegarse y reagruparse.

Los tácticos de la flota eran verdaderamente crueles con aquel mastodonte. Una muestra de vanidad, lo llamaban; un cartel con «¡Idiota a bordo!» colgado del cuello de la flota enemiga. Todas las especies pasajeras del espacio que fabricaban naves de guerra habían descubierto enseguida de un modo u otro (a menudo por las malas) que las naves de gran tamaño solo eran un medio terriblemente caro de impresionar a los indígenas más crédulos. La flexibilidad, la maniobrabilidad, el coste reducido de las unidades en relación al riesgo, la distribución e inherencia de la resistencia a los impactos, la gramática denotativa de control completamente analizada para las batallas espaciales precisas... al parecer, estos conceptos, así como otros más esotéricos, eran lo verdaderamente importante en la guerra espacial moderna, y una nave grandísima no encajaba demasiado bien con ninguno.

Los tácticos hablaban su propio idioma; la mayoría eran muy vehementes, y parpadeaban mucho.

—De modo que, en realidad, un punto fuerte es un punto débil —había sugerido Taince en una de sus sesiones informativas.

—Esa es una definición alternativa viable —respondió uno de ellos, después de reflexionar durante un momento.

No obstante, desde hacía solamente un par de semanas, las pruebas de actividad

eran relativamente escasas.

Pues bien, los invasores de la Descon habían llegado más tarde de lo previsto, y las fuerzas de la Flota Reunida llegaban con antelación. Era algo deliberado por su parte, desde luego. Sin duda los invasores habían averiguado enseguida el momento en que Ulubis esperaba la llegada de la Flota Reunida, y siempre era aconsejable desequilibrar al enemigo, trastornar sus asunciones. Hacerles creer que disponían de cierto tiempo, para llegar con antelación, antes de que estuviesen totalmente preparados.

Impacto. El impacto era fundamental. Era una de las palabras favoritas del almirante Kisipt. El comandante de flota voehn la sabía en cientos de idiomas distintos, incluyendo el inglés terrestre. Había que estar dispuesto en todo momento a impactar sobre el enemigo. Impactar con rapidez, firmeza y energía.

Taince se hallaba ligeramente impactada por uno de sus oficiales masculinos subalternos, había averiguado que era algo recíproco y había entablado varias peleas invasivas por cuenta propia.

Las pantallas de tiempo mostraban una cuenta atrás constante hacia el punto en que habrían de regresar a sus pequeñas y solitarias vainas individuales para el estallido de desaceleración, que moderaría su celeridad actual, que rozaba la velocidad de la luz, hasta un estado cercano al cero de Ulubis, para el comienzo del ataque.

La sepulnave cineropolina Rovruetz rotaba con acusada lentitud bajo el *Velpin*, que aceleraba suavemente hacia su destino en un lejano sistema, y su cargamento insepulto de antiguos difuntos. El *Velpin* circundaba el margen exterior de la gigantesca nave, aguzando sus sentidos. Fassin e Y'sul se hallaban de nuevo a bordo. Les habían acompañado hasta el cuerpo sin vida de Leisicrofe, ensamblado por medio del hielo al lado del gran pasillo oscuro, en compañía de media docena de moradores fallecidos.

- Está muy bien preservado, como pueden ver, señaló el recepcionista guardia lapidario noveno. - Espero que el entorno les parezca apropiado. El oficial ythyn seguía disgustado a causa del malentendido anterior.

- ¿Así que entonces murió por las buenas?, preguntó Y'sul.

- De un modo muy repentino, según parece. Lo encontramos a la deriva apenas unos días después de su llegada, dando vueltas con su traje ambiental, con franqueza. Mientras estuvo aquí, expresó cierto interés en trazar la distribución de los cadáveres de especies y tipos de especies diferentes. No encontramos ninguna razón para impedirselo.

No les permitían emplear motores a reacción en el interior de la sepulnave. Y'sul se valió de sus brazos dorsales, protegidos por su traje ambiental, para impulsarse hasta el lado del túnel. Aterrizó torpemente junto al cuerpo del morador, desnudo a

excepción de un pañito que le cubría el eje.

- Francamente, ignoro si este sujeto es Leisicrofe, dijo Y'sul. - Pero es un morador, probablemente de Nasqueron, y no me cabe duda de que está muerto.

- ¿Alguna señal de... algo?, preguntó Fassin.

Y'sul inspeccionó el cuerpo, empleando luces y percepción ultrasónica, sin descubrir nada. Despojó al cadáver del paño y lo agitó. Fassin advirtió que su anfitrión ythyn se disponía a objetar, pero un instante después Y'sul había restituido el paño y observaba la espalda del cuerpo en el punto en que se adhería a la pared del túnel por medio del hielo.

- Nada, transmitió a modo de respuesta.

—Ahí —señaló una mitad de Quercer y Janath.

En una pantalla del *Velpin* apareció un contorno intermitente alrededor de una de las naves abandonadas que ensuciaban el casco exterior de irregularidad carbuncular de la sepulnave.

Fassin observó la nave. Era una sencilla elipse negra, que medía quizá sesenta metros de longitud. Tan gélida como el espacio profundo, y carente de vida.

—¿Es esa? —preguntó Y'sul—. ¿Estás seguro?

—Es una nave individual multifuncional de diseño estándar para un solo ocupante —les explicó el siamés.

—Y los sensores indican que es reciente.

—¿Puedes reanimar sus sistemas? —preguntó Fassin— ¿Descubrir dónde estuvo por última vez, de dónde vino?

El capitán de viaje le miró.

—Así no funciona.

—Presta atención.

Los ythyn les concedieron permiso para izar la nave individual y acoplarla al *Velpin*. La calentaron e introdujeron una atmósfera de gigante gaseoso estándar. Apenas había espacio suficiente para que Y'sul y Fassin embarcasen a la vez. Quercer y Janath habían sincronizado por medio de un láser la matriz de la computadora desconectada de la pequeña nave con la del *Velpin*. Las pantallas, los depósitos y las superficies, así como diversas visualizaciones, parpadearon, se consolidaron y destellaron. La nave emitía pitidos y chasquidos a su alrededor. Aún se notaba el frío.

Y'sul golpeó la maquinaria más evidentemente delicada con sus brazos de eje.

—¿Recibes algo? —preguntó. El siamés se hallaba a bordo de la nave de mayor tamaño.

—Hay algo en el cuaderno de bitácora —respondió una mitad.

—Significa diario, en la jerga de los marineros.

—¡No me digas! —dijo Y'sul.

—De verdad. Pero no se puede acceder desde aquí. Tendréis que entrar desde ahí.

—¿Cómo, exactamente? —preguntó Fassin.

—¿Qué sabemos nosotros?

—No es nuestra nave.

—Experimenta.

Experimentaron. La técnica correcta exigía que Y'sul se apretara en un rincón sensorial de doble hornacina en forma de morador mientras pulsaba cuatro iconos a la vez en otros tantos glifoteclados. La pantalla principal dejó entonces de mostrarles las estrellas y el tenebroso resplandor del casco de la sepulnave, para exhibir algo parecido al interior de una pequeña biblioteca. Y'sul extendió la mano en el espacio virtual y extrajo un libro en cuyo lomo se leía «Cuaderno de bitácora». Lo abrió.

Un eje morador inmóvil en primer plano se encaró con ellos.

—Bueno —dijo Y'sul—, no hay duda de que se parece al fiambre de ese enorme coche fúnebre espacial.

—Ya lo vemos. Tiene que haber un botón de play.

—Púlsalo.

—Hay que joderse —rezongó Y'sul—, menos mal que estáis aquí. —Pulsó play.

Taince Yarabokin se despertó de un sueño ligero debido a una alarma de bajo nivel, que le aconsejaba que no pensara siquiera en instigar un régimen de abandono de vaina. Se desplazó para observar el exterior a través de una vista frontal. Por fin, Ulubis destacaba más adelante, azulado y nítido, como un sol diminuto entre las virutas de estrellas que lo rodeaban. El color azul se debía a una función de la nave y a la velocidad colosal de la flota, que batía las ondas lumínicas, comprimiendo la longitud de onda. Taince mudó los sensores de RL para comprobar el estado de la nave. Una fuerza violenta y terrible se abatía sobre la integridad de esta. Habían empezado el estallido de desaceleración final. La mayor parte de la flota estaba perdiendo velocidad con brusquedad, acumulando al menos un centenar de gravitones mientras frenaba para aproximarse y llegar al sistema Ulubis, que se encontraba todavía a más de un mes de distancia.

Había otro grupo de naves (un escuadrón entero, compuesto por sesenta naves) que no estaba desacelerando con la misma rapidez. De hecho, había una docena que no estaba aminorando en absoluto, y que mantendría su velocidad íntegra hasta que hubiese llegado al sistema y recorrido la mayor parte del mismo; sus tripulaciones y procedimientos se habían entrenado con cientos de simulaciones para efectuar una pasada ultraveloz de menos de cuatro horas de duración por el medio planetario de Ulubis. En ese tiempo, dentro de menos de veinte días, debían recopilar y evaluar toda la información que pudieran sobre el estado del sistema, transmitir dicha inteligencia a las naves que las seguían y decidir un conjunto de perfiles de ataque del ingente menú de posibilidades que albergaban sus bancos de datos, antes de desatar todas las municiones que pudieran contra los hostiles que hubiesen identificado.

Esperaban que sus ganancias fuesen suculentas. Llegarían con poco aviso, solo un mes después del ataque de la flota de famélicos. Con suerte, la situación sería fluida y las fuerzas de la Descon. E 5 no habrían tenido tiempo de organizar debidamente sus defensas.

Entonces, antes incluso de que esa avanzadilla de naves hubiese recorrido el sistema entero, comenzaría una desaceleración aún más violenta, para detenerse al cabo de un mes luz, y regresar a Ulubis semanas después de la llegada del grueso de la flota: en el mejor de los casos, para contribuir a la limpieza; en el peor, para descargar un mazazo vengativo.

El resto del Escuadrón de Ataque Avanzado cruzaría el sistema en pequeños grupos de naves; su llegada sería escalonada, impredecible y distribuida, y sus tácticas estarían parcialmente definidas por los descubrimientos de las naves de alta velocidad. Con suerte, con lo que esperaban y confiaban que fuera un buen plan de batalla, las oleadas de naves de guerra, cada una de las cuales podía pasar más tiempo combatiendo en el sistema que su predecesora inmediata, descargaría una sucesión de golpes reblandecedores contra el enemigo: zarandeándolo, desequilibrándolo, confundiéndolo y desangrándolo. El grueso de la flota haría su aparición como un puño cerrado para asestar un golpe masivo y triunfal.

La luz de su propulsión los precedería, por supuesto. La sorpresa no sería completa.

La invasión famélica les había concedido a los defensores de Ulubis una advertencia aún mayor, aunque no les hubiese servido de mucho. La flota de la Descon. E 5 había frenado bruscamente, apagando sus propulsores casi al unísono cuando aún se hallaban a una distancia de varios días, en el corazón de la carcasa Oort del sistema, y había seguido disminuyendo su velocidad a medida que sus naves principales franqueaban el límite del conjunto planetario.

Durante las siguientes semanas, las improntas de propulsión se engranaron con Ulubis y se apagaron, cuando la invasión debía hallarse en su cénit, se habían producido numerosos destellos de armas. Buena parte de ellos, alrededor de los planetas Sepekte y Nasqueron.

—Me llamo Leisicrofe de Hepieu, en el ecuador de Nasqueron. Este es mi testamento. Supongo que, quienquiera que seas, me seguías a causa de la información que me confió mi compatriota morador, el erudito Valseir de Schenehen. Si no es así, y esta grabación ha caído en tus manos por casualidad, por así decirlo, puede que no te interese mucho. No obstante, si en verdad buscabas la información que poseía, debo decirte que vas a sufrir una decepción.

Fassin sintió que algo se rompía en su interior y desaparecía.

—Oh-oh —dijo Y'sul.

—Quizá te parezca desventurado y enojoso. Sin embargo, lo más probable es que

te haya hecho un favor considerable, pues creo sincera y firmemente que no deberían haberme pedido que soportara esa carga, ni que me responsabilizara de ella. Se trataba de algo que yo debía ignorar, por supuesto, y lo cierto es que no fue culpa de Valseir que yo asumiera la posesión del conocimiento que entrañaba.

—Habla mucho, ¿verdad? —dijo Y'sul.

—Me avergüenza admitir que debo ser más frívolo de lo que estimaba mi amigo Valseir. Me concedió los datos sellados en una caja fuerte y me pidió que no la abriese. Yo le aseguré que no lo haría. Ni siquiera me pidió que le diera mi palabra, pensando, estoy seguro, que era garantía suficiente hacerle esa petición a un amigo y colega estudioso, y obtener dicha confirmación. Pero yo no soy como Valseir. Soy inquisitivo por naturaleza, no a resultas de una fascinación intelectual por un tema concreto. Resistí el impulso de abrir la caja fuerte durante muchos años, en el transcurso de mis viajes, pero con el tiempo sucumbí a la tentación. Abrí la caja fuerte, empecé a leer lo que se hallaba en su interior, y me percaté de su importancia. Si hubiera interrumpido mi lectura en ese momento, si hubiese cerrado la caja y la hubiese vuelto a guardar, aún estaría vivo. Pero seguí leyendo, y eso ha devenido en mi muerte. Solo puedo alegar que puede que en ese momento me encontrase en una suerte de trance de incredulidad.

—Lo más probable es que hubiese tomado ciertas sustancias de recreo —bufó Y'sul.

—Y de ese modo llegué a dar cobijo en mi interior al conocimiento, el significado de lo que me habían pedido que protegiese, en lugar de encontrarme a cargo del medio que lo albergaba. Cuando descubrí lo que ahora sabía, y comprendí que poseía un valor incalculable, llegué a la conclusión de que no era digno de confianza. Aunque no entendía por completo lo que había leído, era incapaz de olvidarlo. Podía decírselo a otros, y no era imposible que me obligasen a revelarlo por medio de drogas o de una intervención más directa en mi cerebro y mi mente.

—Chiflado —dijo Y'sul.

—¿Qué es eso? —dijo Quercer o Janath en la distancia, a través del enlace abierto con el *Velpin*.

—*Hmmm*. No lo sé. —Parecía que no prestaban atención a lo que estaba diciendo la grabación de Leisicrofe.

—Admito que había pensado en mi propia muerte durante algún tiempo. Sin embargo, normalmente era en el contexto de haber completado mis estudios sobre las numerosas y diversas formas de los centurios y publicar una obra docta (esperaba que hasta definitiva en el momento) sobre el tema, que es mi campo de estudio escogido y amado. Sabiendo lo que ahora sé, he decidido, si bien con reluctancia, que lo mejor es abreviar mis estudios en lo sucesivo y suicidarme en cuanto la dignidad me lo permita. Lo haré aquí, en la sepulnave cineropolina Rovruetz de los ythyn, donde al menos mi muerte tendrá un poco más de sentido que en otra parte.

- Parece, o... —oyó Fassin a través del canal abierto.

—¿Transmito?

—¡No! ¿Estás...? ¡Apaga ese...!

El canal abierto se cerró. Fassin dirigió su mirada a la escotilla de acceso y el breve pasaje que les conectaba con el *Velpin*.

Lesicrofe seguía hablando.

—... Me perdones. Debes hacerlo. Si sabes lo que estás buscando, solo te diré que parecía un código y una frecuencia, en lugar de lo que creo que se esperaba. Pero ha desaparecido. Lo he destruido, junto con la caja fuerte: los he arrojado al sol llamado Direaliete. Que yo sepa, no existen más copias. Si no entiendes nada de esto, por favor, respeta el último deseo de un morador anciano y por lo visto estúpido, y déjale descansar en paz en este lugar. —La grabación se congeló, y destelló una señal de fin de mensaje.

Fassin contempló la imagen del morador fallecido. Se acabó. Había fracasado. Quizá ya no hubiese forma de descubrir si la Lista de los Moradores tenía algún significado, o incluso si lo había tenido en el pasado.

—Completamente loco —dijo Y'sul, con algo que parecía un suspiro. Juguetó con los controles del glifoteclado—. Parece que es nuestro sino. —Se volvió a Fassin—. No es demasiado alentador, ¿verdad, amigo humano?

El canal abierto de la nave se encendió de repente con un chasquido.

—¡Salid de ahí! —gritaron Quercer y Janath—. ¡Tenéis diez segundos para salir y regresar al *Velpin*!

—¡Nos atacan! ¡Tenemos que huir!

Fassin se sacudió para sobreponerse a la conmoción y empezó a retroceder, en dirección a la escotilla abierta que conducía al *Velpin*.

Y'sul se apartó del rincón sensorial y comenzó a seguirle, mientras se rascaba el manto con una extremidad de eje.

—Es evidente que esta locura es contag...

—¡Es una puta nave voehn! ¡Salid ahora mismo!

—Motores en cinco, cuatro, tres...

6

El último transformador

... Sssss 1000101011001010101 / encendido / probando sist / probando sss / si-siter / sist-sist- / reinicio fallido / nevel / nevl / niv-nivl-nivel 001 / ndido / encendido / paramarametr / ¡sí! ¡sí! / probando / probando /probando / probando sistema / ejecutar TODOS / cat. ccero ccomprobación posbloqueo completo permisible / reicio / rinicio / rlcio / lbit / cat. cero comprobación posbloqueo complemisible/ ints. posbloqueo (causa probable agente hostil externo antagonista) reinicio completo Todos: / empezando mem. / leng. / total int... bip bip bip... ¡Bang!

¡Eh!

¿Hnnh?

¿Te encuentras bien?

Estoy bien. Ahora. ¿Tú estás bien?

Estoy bien.

¿Qué ha pasado?

Esto:

—¡Cerrando escotilla!

La escotilla al final del pasaje que mantenía unidos el *Velpin* y la nave individual moradora empezó a cerrarse antes de que Fassin la alcanzase. Y'sul todavía estaba detrás de él, avanzando con rapidez por la salida. Fassin la atravesó de un salto, ejecutó una voltereta, se dio la vuelta y aferró el borde de la escotilla en movimiento con el manipulador izquierdo.

La escotilla que se cerraba estuvo a punto de arrancarle el manipulador. La fuerza arrastró a Fassin, que se vio obligado a apoyarse con el manipulador que le restaba en la esclusa interior, en sus esfuerzos por impedir que se cerrara la escotilla, rechinando los dientes, mientras el mecanismo emitía un poderoso zumbido.

—¿Alguien está sujetando la escotilla? —gritó una mitad de Quercer y Janath, indignada.

—¡Apártate, Fassin! —chilló Y'sul, alzándose a toda prisa del pasaje y chocando pesadamente contra la nave de gas de Fassin, de modo que ambos franquearon la esclusa dando tumbos y penetraron en el *Velpin*. En el límite del campo visual de Fassin se agolparon mensajes de error y fallo procedentes del manipulador izquierdo de la nave de gas. La escotilla se cerró con estrépito tras ellos. De inmediato, una enorme fuerza les aplastó contra el mamparo de popa del compartimento. Estuvieron adheridos, inmóviles, la punta de flecha enganchada en el disco izquierdo inclinado del morador, hasta que, debido al aumento de la aceleración y a una serie de vibraciones acusadas, Fassin resbaló por el borde del carapacho de Y'sul, aporreando el mamparo de carbono a su lado. La nave rugió a su alrededor.

»¡Motores en marcha, supongo! —resolló Y'sul. Fassin sintió que la gravedad aparente aumentaba sin cesar. Habían rebasado los veinte gravitones. Un morador joven y en buena forma, desprovisto de la protección de un traje ambiental, aplastado de costado contra una superficie no elástica, era capaz de soportar unos veinticuatro o

veinticinco gravitones continuos hasta que su carapacho se colapsara haciendo papilla sus entrañas. La aceleración del *Velpin* alcanzó su punto culminante en veintidós gravitones.

—¿Estáis bien ahí detrás? —preguntó su capitán de viaje.

—La verdad es que no —dijo Fassin—. Estás a punto de aplastar a Y'sul.

—Recibido.

—No podemos dejar atrás a esos cabrones. Es imposible.

—Detente y cambia de rumbo. Nos rendimos.

—De acuerdo.

La aceleración se interrumpió con brusquedad. Fassin e Y'sul se hicieron ingravidos al instante, rebotando levemente desde el mamparo a causa de la compresión liberada en el casco de uno y el carapacho del otro.

—Subid aquí, vosotros dos —les dijeron Quercer y Janath.

La nave voehn era una aguja de un klick de longitud, erizada de cañones móviles y conductos de armas. Les alcanzó rápidamente y se puso a su altura en tanto el humano en su nave de gas y el morador Y'sul llegaban al espacio de control del *Velpin*.

—¿Desde cuándo los voehn deciden atacar naves de moradores que se dedican a sus...? —empezó a preguntar el capitán de viaje.

—Silencio —dijo una voz sin imagen—. Dispónganse a ser abordados.

El traje reluciente de Quercer y Janath crujió cuando el siamés se volvió a mirar a Fassin y a Y'sul, al tiempo que pulsaba varios controles. Aparecieron unas proyecciones holográficas de imágenes del *Velpin*, mostrando escotillas y puertas cuyos contornos destellaba.

—Los voehn se han convertido en piratas —declararon tranquilamente Quercer y Janath.

—¿Cómo cojones se atreven? —rugió Y'sul.

—No nos habrán seguido a través del conducto, ¿verdad? —preguntó Fassin.

—¡Ja! No. —El siamés parecía encantado—. No, estaban esperando en este sistema.

—Supongo que pronto descubriremos por qué.

—¡Esos putos cabrones de mierda pagarán caro este ultraje! —chilló Y'sul, temblando de furia.

Un estremecimiento resonó por el *Velpin* y las alarmas empezaron a resonar. Quercer y Janath se dejaron llevar hacia una proyección que destellaba con intensidad.

—Mirad eso.

—Nos penetran con un taladro por el medio de la nave.

Las cámaras mostraron brevemente un grueso tubo que se extendía desde el medio de la nave voehn hasta un espacio circular bien definido en el casco del *Velpin*.

Entonces la imagen enloqueció y se desvaneció. Diversas proyecciones empezaron a desaparecer. El sonido de las alarmas se tornó cada vez más grave y sofocado, hasta apagarse. Fassin tuvo la impresión de que olía a quemado.

—Y nosotros cooperamos abriendo todos nuestros orificios.

—La hostia de típico.

—Ya están aquí. Cómo retumban.

Otra proyección expuso el contorno de un tropel de criaturas de gran tamaño que irrumpían por la brecha y se desplegaron por la nave, rebotando contra las superficies en gravedad cero. Entonces esa pantalla también se apagó. Se apagaron todas las luces. Se desvanecieron los ruidos de fondo de la nave, que hasta entonces habían pasado casi inadvertidos.

Percibieron una vibración desigual, causada al parecer por unos pasos pesados, que procedía de la puerta cerrada que conducía al pasillo central del *Velpin*.

—Probablemente nos dejarán fritos en cuanto... —empezaron Quercer y Janath. Entonces la puerta fue perforada con un ruido de carraspeo, y un objeto de pequeño tamaño se precipitó en medio del espacio de control y estalló en un millón de púas como granos de polvo.

Ajá.

Pero lo que nos alcanzó fue un puto cañón de vibración electromagnética. Dirigido a los puntos vulnerables de la nave.

Ya. Así que ahí estamos.

Y aquí.

Ya.

¿Ves lo que pasa?

Veo lo que pasa.

... La nave es mejor, de todas formas.

Trasladaron a Fassin en el interior de una suerte de saco transparente que sostenían dos criaturas de gran tamaño, semejantes a perros gigantes, provistas de ocho patas y armadura de espejo, situadas una a cada extremo. El canal del taladro consistía en una gran tubería rematada en una abertura entornada, similar a la punta de una gigantesca jeringuilla hundida en las entrañas de la nave. Los dos comandos voehn se arrojaron con su carga por el canal en dirección a la nave voehn con manifiesta facilidad. Fassin estaba confuso, le pitaban los sentidos y era incapaz de moverse. Miró por el material transparente de la camilla prisión y vislumbró a sus espaldas un atisbo de otros dos voehn que transportaban a Y'sul en una envoltura parecida.

Franquearon una esclusa rotatoria. El interior de la nave voehn estaba sumido en la penumbra, con una luz roja y desmayada. Estaba expuesta al vacío extremo, al igual que la sepulnave. La envoltura que rodeaba la pequeña nave de gas se hinchó y se tensó.

Llevaron a Fassin, a Y'sul y al siamés a través de otra esclusa hasta el interior de una cámara circular presurizada y vagamente calefactada. Las envolturas que los rodeaban se plegaron de nuevo. Los depositaron en formas que recordaban asientos de muesca y les amarraron con gruesas ligaduras brillantes. Retiraron parcialmente sus coberturas transparentes de modo que pudieran oír, ver y hablar. Los guerreros examinaron sus ataduras y se retiraron.

Fassin miró a su alrededor lo mejor que pudo. Y'sul y el capitán de viaje estaban inconscientes: los manteletes de la gorguera de Y'sul ondeaban perezosamente en la caída libre, y Quercer y Janath, ataviados con su brillante mono, flotaban con apariencia inerte en el asiento de muesca. La cámara era sencilla, consistente en un óvalo aplastado, lleno de la atmósfera propia de un gigante gaseoso, en la que un morador podía respirar plenamente, pero el olor no era apropiado exactamente. Todas las superficies emitían una luz mortecina. Había un asomo de gravedad, que resultaba en una cuarta parte estándar.

Apareció una puerta que se irisó al abrirse y se cerró tras un trío de voehn: dos comandos con armadura de espejo y un tercero que lucía un uniforme abdominal decorado con diversas insignias y un arma de mano alojada en una funda. Se irguió para observar a los tres prisioneros; su rostro grande y de morro gris, y sus ojos, dotados de numerosos párpados, del tamaño de puños, se volvían levemente cuando desplazaba su atención de uno a otro. Arqueó su cuerpo alargado y flexionó las diez vértebras de su espalda, desplegándolas con un movimiento que se antojaba sensual. La superficie de ventisca que recubría las vértebras de los voehn chispeaba como un espejo destrozado en pequeño fragmentos.

Fassin, mientras se debatía para no perder la conciencia de nuevo, evocó soñadoramente la serie que veía de niño en la pantalla (Escuadrón de ataque voehn. ¿Se llamaba así?) y pugnó por acordarse del significado de los uniformes y las insignias, recordando despacio. El voehn de uniforme era un comandante principal. Un multitalento. Un tipo importante, sin duda. Tenía un rango excesivo para una nave de ese tamaño, a menos que se le hubiera encomendado una misión especial. Oh, oh.

Uno de los soldados provistos de armadura de espejo blandió un dispositivo manual en dirección a ellos, contemplando la visualización. Apenas prestó atención a los resultados de Fassin e Y'sul, pero efectuó una nueva toma al dirigir el dispositivo hacia Quercer y Janath. Modificó algunos controles, desplazó la máquina por segunda vez sobre el cuerpo inanimado del siamés y le comentó algo al comandante voehn, que se acercó, observó la visualización e inclinó levemente la cabeza. Apagó la máquina y se aproximó a los prisioneros, hablando como si se dirigiese a una de sus medallas.

Las ligaduras que sometían la nave de gas y los cuerpos de ambos moradores resbalaron hasta el suelo. El comandante voehn se desprendió de un guante y deslizó una mano curtida por la superficie de la pequeña nave de gas, a continuación por el carapacho de Y'sul, y finalmente palpó la brillante membrana que recubría a Quercer

y Janath. Encontró un cierre y abrió el mono de modo que colgase sobre el material transparente que confinaba a todos los prisioneros. El comandante observó con suma atención la superficie de señales de Quercer y Janath, mientras daba la impresión de olisquearla.

Miró a Fassin.

—Ya estás despierto. —Susurraba, y su voz tenía una cualidad grave y gorgoteante—. Responde.

—Estoy despierto —reconoció Fassin. Intentó mover su manipulador izquierdo. Nuevos mensajes de error y daño. Movi6 su manipulador derecho y se desplaz6 ligeramente en el asiento de muesca. Aparte de la restricci6n parcial que le imponía el material transparente que recubría la parte posterior de la nave de gas, disfrutaba de bastante libertad de movimientos; hasta parecía que la envoltura de prisionero se desprendería sin demasiadas dificultades.

El voehn encontr6 un objeto en el bolsillo de su uniforme y lo agit6 ante Y'sul, que se sacudi6 y se estremeci6 durante unos instantes, mientras los mantos de su ribete se tensaban y sus extremidades temblaban.

—*Puaj* —dijo.

El comandante se disponía a dirigir el dispositivo hacia Quercer y Janath cuando estos dijeron con cierto entusiasmo:

—En realidad, ya estamos despiertos, pero gracias de todas formas.

El voehn observ6 por un instante al siamés con los ojos entornados, volvi6 a guardarse el dispositivo en el bolsillo y retrocedi6 para abarcar la visi6n de los tres prisioneros. Los dos guardias con armadura de espejo permanecieron a ambos lados del punto donde había aparecido la puerta.

El comandante se reclin6 un poco, descansando sobre sus piernas traseras y su cola, con los brazos cruzados.

—Al grano. Soy el comandante Inialcah de la ultranave *Protreptic*, de la Divisi6n de las Fuerzas Especiales de la Flota Reunida. Sois míos, en todos los sentidos. Sabemos lo que estáis buscando. Estábamos esperando la llegada de alguien. Estamos inspeccionando vuestra nave en busca de informaci6n, aunque esté oculta, pero no abrigamos esperanzas de descubrir algo trascendental. Disponemos de autoridad sobre cualquier eventualidad. Eso significa que podemos hacer con vosotros lo que queramos. No será necesario emplear esa prerrogativa si cooperáis plenamente y respondéis a todas las preguntas con sinceridad y sin reservas. Así pues, vosotros sois los moradores conocidos como Y'sul y Quercer y Janath, y el humano Fassin Taak, ¿correcto?

Y'sul gruñ6.

—Hola —respondió el capitán de viaje.

—Correcto —dijo Fassin. Advirti6 que Y'sul se movía, debatiéndose como para liberarse de la envoltura prisi6n. Oh, no, no lo hagais, pens6. Estaba a punto de decirlo cuando...

—¿Quién coño te crees que eres, jodido pirata mequetrefe? —bramó Y'sul. El morador se retorció para deshacerse del material transparente y se elevó sobre el asiento de muesca.

Los dos guardias apostados junto a la puerta ni siquiera empezaron a moverse.

El comandante observó con los brazos cruzados, mientras el morador se dejaba llevar hasta él, imponente.

—¿Cómo cojones te atreves a atacar nuestra nave y secuestrarnos? ¿Sabes quién soy?

—Vuelve a tu asiento —ordenó el comandante, con voz uniforme.

—Puede que sea un buen con... —empezó el siamés.

—¡Y tú vuelve a tu puto planeta! —rugió Y'sul, alargando una extremidad de eje para empujar al voehn.

El comandante voehn se desdibujó en una imagen borrosa en movimiento, como si hubiera sido un holograma desde el principio y ahora se disolviera en píxeles individuales para volver a configurarse como una nube gris salpicada de fragmentos de arco iris. Y'sul se estremeció una sola vez y salió despedido hacia atrás serenamente, chocando contra la pared que se levantaba detrás del asiento de muesca y la envoltura prisión desechada. Flotó, se puso boca abajo y se deslizó lentamente hasta el suelo, girando poco a poco sobre su borde como una moneda en una mesa.

El comandante voehn estaba sentado en el mismo sitio y del mismo modo que antes, impasible.

—Eso no es cooperar plenamente —observó con voz suave.

—*Urgh* —gruñó Y'sul con voz gruesa. Su carapacho tenía dos hendiduras, una en el borde de cada disco, así como otra magulladura de gran tamaño y aspecto fracturado en el eje interno. Eso constituía un daño grave para un morador, el equivalente para un humano a romperse una o dos extremidades, y quizá a sufrir una fractura craneal comprimida. Fassin ni siquiera había visto al comandante voehn golpear a Y'sul. Le habría gustado repasar una reposición, pero al parecer los sistemas de la pequeña nave de gas estaban fritos y no disponían de capacidad de grabación. Joder, pensó. Vamos a morir todos, y al único al que pueden torturar como es debido es a mí. Se imaginó despellejado, arrancado de la nave de gas como un caracol de su concha.

Y'sul se puso de nuevo en pie muy despacio, aquejado de un ligero temblor. Farfullaba algo ininteligible.

Quercer y Janath se volvieron muy despacio, observaron al morador y se dirigieron de nuevo hacia el comandante.

—Con su permiso, señor.

—¿Qué? —preguntó el voehn.

—Nos gustaría ayudar a nuestro compatriota.

—Adelante.

El capitán de viaje se deshizo de la envoltura prisión, que se cayó al suelo, se

dirigió a Y'sul y acompañó al morador herido hasta su asiento de muesca. Y'sul siguió mascullando absurdos por debajo del nivel de la comprensión clara.

Emitiendo un sonido similar a un suspiro, el siamés se acomodó en su propio alojamiento, y le dedicó otra mirada a Y'sul, que temblaba y farfullaba para sí mismo.

—No hemos venido a jugar, hemos venido a descubrir la verdad —les dijo el comandante voehn—. Si me decís toda la verdad puede que os salvéis. Lo contrario será vuestra perdición. La nave *Protrectic* pertenece a las fuerzas especiales de la Orden de purificadores, que por lo general se encarga de perseguir y exterminar a los anatemáticos, es decir, las obscenidades conocidas popularmente como IA. Disponemos de autoridad sin restricciones en esta misión, al igual que en todas nuestras misiones. Estáis totalmente sometidos a nuestro control y cooperaréis sin preguntas ni reservas, o sufriréis en consecuencia. En este punto, supongo que comprendéis plenamente cuanto os he explicado hasta el momento.

—Ah, bueno —respondió Quercer y Janath. El siamés sonaba levemente fastidiado, como si no hubiera escuchado al comandante en absoluto y acabase de oír algo moderadamente desconcertante a través un enlace de radio interno.

El dispositivo que el guardia había dirigido a los tres prisioneros, y que ahora estaba echado sobre su espalda con una correa, despidió un brillo que pasó del rojo al amarillo y escupió chispas diminutas. El soldado se movió casi tan deprisa como el comandante, se volvió retorciéndose y se despojó del dispositivo para arrojarlo al suelo, donde se deslizó, humeando, para estrellarse con un golpe sordo contra la curva de la pared.

El comandante lo observó durante un instante, y se volvió tranquilamente a mirar de nuevo a los prisioneros.

—Buen truco —dijo, divertido—. ¿Quién es el chulo? —Miró a Fassin. Los dos guardias les apuntaban con sus pistolas: una apuntaba directamente hacia Fassin y la otra al espacio que mediaba entre Y'sul y el siamés.

—Ah, culpables, comandante —dijeron Quercer y Janath, joviales—. Pero coño, eso no es nada.

—Mira esto.

De repente, el destello gris mortecino que procedía de todas las superficies se intensificó salvajemente, de modo que todos (los dos moradores, los tres voehn y Fassin) parecieron flotar en medio de una llamarada demencial de una luz tan intensa como el resplandor de una nova. Fue como si de repente se hubieran hundido en la superficie de un sol. Fassin oyó sus propios aullidos y advirtió que se derrumbaban las defensas de los fusibles de los autómatas de los sentidos de la nave de gas.

Se sentía muy pesado nuevamente, con extrema brusquedad.

Fassin habría jurado que veía la luz. Traspasaba el casco de la nave de gas y alcanzaba sus ojos humanos cerrados. Retumbaron tres grandes golpes sordos que estremecieron el aire y reverberaron en la cámara. En un momento dado, Fassin abrió los visuales lo bastante como para ver que estaban todos suspendidos, como manchas

negras bañadas en luz, y que unas líneas finas y brillantes de color escarlata cuyo resplandor era aún mayor conectaban a los voehn con Quercer y Janath. Como un estúpido, esperó durante un instante a que el capitán de viaje explotara o saliese despedido hacia atrás, pero su voluminosa forma circular apenas se dejaba llevar; eran los voehn los que salían volando en todas direcciones.

Silencio repentino, oscuridad repentina. Estaba ciego de nuevo. Fassin abrió la nave de gas el equivalente de un ojo hasta una exposición normal. Había sufrido algunos daños, pero todavía veía. Había una sorprendente cantidad de radiación infrarroja. Dirigió la mirada hacia su origen. Procedía de los voehn. Destellaban. Uno de los guardias yacía despatarrado contra la pared curva adyacente a la puerta. El otro estaba boca abajo, con dos extremidades anteriores arrancadas, entre la puerta y el lugar que había ocupado el comandante. Este se dirigía tambaleándose a la imponente figura de Quercer y Janath. La cabeza del comandante había explotado parcialmente, y un lado de su cráneo colgaba, retorciéndose, sostenido solamente por el tejido conector. Alzó los brazos y dio varios pasos torpes hacia el capitán de viaje, y después se desmoronó, completamente flácido, como si se estuviera descongelando.

—No engañas a nadie —dijo una voz que quizá fuera la de Quercer y Janath. Las ligaduras se deslizaron sobre Fassin e Y'sul, que todavía estaba temblando—. ¡Eh, eh! —declaró el capitán de viaje.

La gravedad aparente enloqueció, desplazándose en un instante de un vector a otro, de delante a atrás, lo que produjo el efecto de sacudir repetidamente al comandante voehn desde el suelo hasta el techo, hasta media docena de veces. Entonces se precipitó a la acción. Un torbellino gris semidecapitado se abalanzó sobre Quercer y Janath, casi más aprisa de lo que apreciaba el ojo.

En un instante, todo movimiento cesó.

Un cuadro viviente: el comandante voehn sostenido por el cuello, debatiéndose débilmente en la presa de un brazo de eje extendido de Quercer y Janath.

—¿Cómo hemos llegado a este punto? —dijo el siamés, con verdadera sensualidad. Quebró el cuello del comandante, y a continuación dos estrechos rayos azulados surcaron la atmósfera gaseosa desde las proximidades de los ribetes del disco exterior del capitán de viaje, seccionando el cuerpo convulso del comandante, que se debatía y coleaba, hasta que apenas quedó algo que sostener. El siamés soltó los restos, que cayeron al suelo. Fassin advirtió una especie de humedad espeluznante en aquella acción.

—¡Este es el sistema de lealtad autónomo de la nave! —gritó una voz procedente del gas—. ¡Infracción de integridad! ¡Infracción de integridad! ¡Autodestrucción en...

—Oh —dijo Quercer y Janath, cansado—, no me digas.

La voz procedente de ninguna parte reapareció.

—Este es el sistema de lealtad...

Silencio.

—Ah... se acabó.

—¿*Cohones passa?* —farfulló Y'sul.

—Lo mismo digo —añadió Fassin.

—Ah, bien —dijo Quercer y Janath—. Seguí con nosotros.

—Qué alivio.

—Sí, nuestro —manifestó alegremente una mitad.

Las ligaduras volvieron a deslizarse hasta el suelo.

—Ah, ¿por dónde empezar?

—Los voehn estarán irritados.

—Los mercatoria estarán irritados.

—No es culpa nuestra.

—Empezaron ellos.

Quercer y Janath se apartaron del asiento de muesca, pasando sobre los cuerpos mutilados del comandante voehn y los dos guardias, apartando a su paso las armas de los soldados de sus cadáveres. El siamés se cernió junto a la puerta.

—En serio —dijo Fassin—, ¿qué pasa? —Contempló los restos de los tres voehn que habían estado con ellos en la cámara—. ¿Cómo lo habéis hecho?

Quercer y Janath estudiaban la puerta, que seguía cerrada.

—No somos un morador —respondió el capitán de viaje, sin volverse a mirar a Fassin. Una de sus extremidades emergió y tanteó la pared en busca de la puerta.

—Completamente mecánica. Qué irritante.

—Señor Taak, ¿le importa ocuparse del señor Y'sul? ¿Por favor?

Fassin abandonó su asiento de muesca y se dirigió flotando a Y'sul. Extendió su manipulador derecho.

—*Pué cuidá solo* —rezongó Y'sul, intentando deshacerse del brazo de Fassin. Suspiró.

—¿Pues qué eres? —preguntó Fassin.

—Una IA, señor Taak —respondió la criatura, mientras buscaba la puerta a tientas, sin volverse a mirarle de un modo evidente.

¿*Qué?*, pensó.

—Dos IA.

¿*Una IA? ¿Dos putas IA? Estamos muertos*, pensó Fassin.

—Eso, dos IA.

—Es para que uno no se vuelva loco.

—Bueno, más.

—Lo dirás por ti.

—*Hmmm*, a lo mejor.

Y'sul gimió, y sufrió un espasmo. Su manto sensorial se agitó. Miró a su alrededor.

—Joder, ¿todavía estamos aquí? —Y'sul dirigió su atención a los voehn muertos—. Coño —dijo. El morador dio muestras de volverse hacia Fassin—. ¿Tú también lo

ves?

—Oh, sí —le dijo Fassin. Observó a la criatura que buscaba la puerta a tientas—. ¿Eres una IA? ¿Dos IA? —preguntó con cautela. Sintió un escalofrío en el gel antichoque. No pudo evitarlo. Desde el nacimiento le habían inculcado que las IA eran el enemigo mayor y más terrible de la humanidad y todos los seres vivos biológicos. Aunque fuese una afirmación absurda, al oír que estaba atrapado en un espacio pequeño con una de ellas, ni que decir tiene con dos, una parte de sí mismo, pequeña, profunda y vulnerable, creía a pies juntillas que estaban a punto de descuartizarle en pedazos sanguinolentos en cualquier momento.

—Eso es —dijeron Quercer y Janath, distraídos—. Y acabamos de apoderarnos de esta nave.

—Pero no podemos salir de esta puñetera habitación.

—Camarote. No podemos salir de este puñetero camarote.

—Lo que sea.

—Qué irritante. Completamente...

—Mecánica. Ya lo has dicho.

—Ah. Ya está —El capitán de viaje asestó un golpe certero sobre una franja de pared. Luego sobre otra. La puerta apareció y se irisó al abrirse, revelando un pasillo corto y otra puerta.

Quercer y Janath se volvieron a mirar al morador y al humano del traje ambiental de punta de flecha.

—Caballeros. Debemos dejarles durante un rato.

—Y una mierda, héroe de acción —dijo Y'sul—. Si te vas, nosotros también —Y'sul se interrumpió—. Bueno, a no ser que haya una emboscada ahí fuera. Obviamente.

Quercer y Janath cabecearon en el gas, riendo.

—Hay vacío ahí fuera, Y'sul.

—Y muchos voehn confusos y enfadados.

El morador herido guardó silencio durante un momento.

—Lo había olvidado —admitió. Se encogió de hombros—. Vale. Vuelve pronto.

Saluus Kehar despertó sintiéndose confuso y asustado. Tenía la inquietante sensación de que no acababa de experimentar un sueño ordinario, de que se trataba de algo más. De algún modo, el sueño había sido más desordenado e incluso más sucio de lo que cabía esperar. Le dolía la cabeza, pero pensaba que no se había excedido el día ni la noche anterior. Había asistido a una cena un poco aburrida y deprimente con varios miembros de la embajada de los moradores, había mantenido una desconcertante conversación con el general de la Guardia Thovin, y luego había disfrutado de un interludio más placentero en la compañía de Liss. Después el sueño. Eso había sido todo, ¿verdad? No había ingerido una cantidad desmedida de licor, ni nada que

podiese ocasionarle una migraña o que le costara tanto abrir los ojos.

De verdad no podía abrir los ojos. Se esforzaba muchísimo, pero no podía. No se abrían. La luz tampoco traspasaba sus párpados. Ni respiraba bien. ¡No respiraba! Intentó llenar sus pulmones de aire, pero era incapaz de respirar. Empezó a sentir pánico. Intentó moverse, levantar las manos hasta el rostro, hasta los ojos, para comprobar si tenía algo encima de la cabeza, pero no se movía nada: estaba paralizado.

Saluus sintió que el corazón le golpeaba en el pecho. Tenía una sensación terrible, un retortijón en las tripas, como si estuviera a punto de vaciar sus intestinos, de vomitar o de ambas cosas.

- ¿Señor Kehar?

No escuchaba la voz con los oídos. Se trataba de una voz virtual, mental. Se hallaba en una suerte de entorno artificial. Al menos eso explicaba en parte lo que sucedía. Debía haber concertado un tratamiento rejuvenecedor. Estaba inconsciente, sano y salvo en una clínica, probablemente de su propiedad. De algún modo habían cometido un error en la secuencia del despertar, no habían observado debidamente sus constantes vitales. Una brizna de calmante, un estimulante inhibitor del pánico... suponía que era un cóctel bastante sencillo para una clínica vital. Se trataba un error intrascendente, pero se habían equivocado pese a todo. Le iban a oír.

Pero no había concertado nada. Incluso había pospuesto una cita para someterse a un chequeo ordinario hasta después de la Emergencia. No tenía nada previsto.

Un ataque. Debían haber atacado la nave, quizá mientras dormían. Estaba en un hospital, en alguna parte, en un tanque. Joder, quizá le habían herido gravemente. Tal vez no fuera más que una cabeza, o algo así.

- ¿Hola?, transmitió. Era muy sencillo emplear una voz mental en lugar de la auténtica, como si estuviera absorto en un profundo juego o (por segunda vez) sometiéndose a un tratamiento médico serio.

- ¿Eres Saluus Kehar?

¿Es que no sabían cómo se llamaba?

¿Acaso le habían drogado o frito?

Joder, ¿le habían secuestrado?

- ¿Quién es?, preguntó.

- Confirma tu identidad.

- A lo mejor no me has oído. He dicho que quién eres.

Una oleada de dolor recorrió su cuerpo, desde los dedos de los pies hasta el cráneo. Tenía una pureza sobrecogedora, una suerte de cualidad espantosa y disociativa. Se disipó tan deprisa como había aparecido, dejándole un dolor sordo en las pelotas y en los dientes.

- Si no cooperas, le advirtió la voz, - emplearemos más dolor.

Sufrió una arcada cuanto intentó hablar con la boca, sin conseguirlo.

- ¿Por qué coño has hecho eso?, transmitió al fin. - ¿Qué he...? Vale, mira, soy

Saluus Kehar. ¿Dónde estoy?

- ¿Eres un industrial?

- Sí. Soy propietario de Industrias Pesadas Kehar. ¿Cuál es el problema? ¿Dónde estoy?

- ¿Qué es lo último que recuerdas antes de despertar?

¿Qué? ¿Lo último que recordaba? Trató de reflexionar. Bueno, acababa de pensar en ello. Liss. Se encontraba a bordo de su nave, el Casco 8770, y sentía que estaba a punto de dormirse. Entonces se preguntó qué le había sucedido a Liss. ¿Dónde estaba? ¿Estaba allí, dondequiera que fuera eso? ¿Estaba muerta? ¿Debía referirse a ella?

- Responde.

- Me estaba quedando dormido.

- ¿Dónde?

- En una nave. Una nave espacial, el Casco 8770.

- ¿Y dónde estaba?

- En la órbita de Nasq. Mira, ¿me puedes decir dónde estoy? Estoy absolutamente dispuesto a cooperar y a decirte lo que necesites, pero me hace falta un poco de contenido. Necesito saber dónde estoy.

- ¿Estabas con alguien?

- Estaba con una amiga, una colega.

- ¿Nombre?

- Se llama Liss Alentiore. ¿Está aquí? ¿Dónde está? ¿Dónde estoy yo?

- ¿Qué cargo desempeña?

- ¿Ella? Es mi ayudante, mi secretaria privada.

Silencio. Al cabo de un rato transmitió:

- ¿Hola?

Silencio.

Se produjo un chasquido, y la luz reemplazó a la oscuridad. Saluus regresó a algo semejante al mundo real, con un cuerpo real. El techo era de plata brillante, surcada por cientos de líneas refulgentes. Dondequiera que estuviese, era un lugar muy luminoso.

Estaba acostado, sometido a media gravedad o quizá menos, apesado por... era incapaz de moverse. Quizá no estuviera preso físicamente ni nada, pero no obstante era incapaz de mover nada importante, como las manos o las piernas. Una persona con atuendo de médico o de enfermera acababa de quitarle una especie de casco. Parpadeó, se lamió los labios, y sintió cierta capacidad de movimiento en el rostro y en el cuello, pero nada más. Le parecía sentir las restantes partes de su cuerpo, pero no estaba seguro. Quizá no fuera más que una cabeza al fin y al cabo.

Un hombre alto, delgado y de aspecto estrafalario le contemplaba con ojos intensamente rojos. Llevaba túnicas que parecían sacadas de una ópera. Cuando sonrió, se percató de que no tenía dientes. Oh, sí que los tenía; pero estaban hechos de

cristal, o de un material más transparente aún.

Saluus aspiró una bocanada o dos. Era agradable respirar con normalidad. Pero seguía aterrorizado. Se aclaró la garganta.

—¿Es que nadie me va a decir lo que pasa?

Advirtió movimiento a un lado. Consiguió volver la cabeza (su cuello chirrió contra una suerte de horquilla) y distinguir otra cama. Liss se estaba levantando de ella con ayuda, pasando sus largas piernas por encima del borde. Le miró, mientras flexionaba el cuello y los hombros y se soltaba la negra melena. Llevaba un fino traje ambiental. Cuando se acostaron, estaba desnuda.

—Hola, Sal —dijo—. Bienvenido a bordo de la flota invasora famélica.

El tipo raro de los ojos enrojecidos se volvió y extendió una mano enguantada y enjovada para ayudarla a ponerse en pie junto a la cama.

—Así pues, parece que realmente nos has entregado un valioso trofeo, jovencita —dijo. Su voz también era extraña; tenía un acento muy acusado y era grave pero abrasiva al mismo tiempo—. Te lo agradezco.

Liss esbozó una fina sonrisa, al tiempo que se enderezaba y se pasaba la mano por el cabello para sacudirlo.

—El placer es todo mío.

Saluus sintió que se le abría la boca. Tragó saliva y la cerró brevemente.

—¿Liss? —oyó que decía su propia voz, que se le antojaba pequeña e infantil.

Ella le miró.

—Lo siento —dijo. Se encogió de hombros—. Bueno, más o menos.

—¡Y estos láseres de rayos gamma suben muchísimo! ¡Mira!

—No es más que un arma de rayos. El convolucionador de cargadores posee un encanto más intrínseco.

Fassin escuchaba vagamente a Quercer y Janath mientras estos investigaban los sensores, los instrumentos y los controles de la nave voehn. Acababan de descubrir las armas.

—¡Bah! ¡Si es de defensa! Mira: ¡misiles de ondas expansivas z-p! ¡AM total! ¡Coño, qué recuerdos!

—Olvídate de eso, echa un vistazo a la red de blindaje. Solo sobresale un centímetro del casco, pero observa el desplazamiento; posiblemente diez clicks de profundidad, totalmente absorbente. Hasta recarga las baterías de pulsación principales.

Se hallaban en el espacio de mando de la nave voehn, una burbuja elongada en el centro de ella. Había diez asientos vertebrales dispuestos en forma de «V». Quercer y Janath ocupaban la silla del comandante en el extremo anterior, expuestos a una gigantesca pantalla envolvente que ocupaba la pared entera y ofrecía la perspectiva del espacio en derredor, donde el *Velpin* rotaba muy despacio a la deriva, justo en el

centro. Fassin e Y'sul flotaban sobre dos asientos una fila por detrás del capitán de viaje. Los asientos resultaban demasiado pequeños para Fassin, y más pequeños todavía para Y'sul, Quercer y Janath. Se desplegaban como dobles extensiones de dedos y se cerraban sobre sus ocupantes voehn como puños protectores. Solo daban cabida a un morador cuando adoptaban una posición totalmente abierta. Todo el espacio de mando era estrecho y constreñido, pero, al parecer, a Quercer y Janath no les importaba un bledo. A Fassin las sillas le parecían más bien jaulas. Tenía la sensación de estar flotando en la caja torácica del esqueleto de un dinosaurio gigante.

—¿Podemos dispararle a algo?

Y'sul canturreaba ensimismado mientras se ocupaba de su carapacho fracturado, empleando sus principales brazos de eje para sellar secciones de los extremos de sus discos, friccionando y pellizcando, y las lijaba con una lima improvisada.

—Supongo que podemos volar el *Velpin*.

—¡Pero si está llena de gente!

Había pensado que quizá descubriría algo. Había pensado que quizá hubiese algo que descubrir.

—Está lleno de guerreros de las fuerzas especiales voehn.

—¿Es que eso no es gente? Y además, es nuestra antigua nave.

Algo que no fuese un morador cobarde y muerto, avergonzado de su debilidad y de haber mirado el contenido de la caja fuerte, así como de las posibles consecuencias de dicha acción, hasta el punto de darse muerte; tan presumido que había grabado un mensaje celebrando su estúpido narcisismo.

En el exterior, el *Velpin* describía lentas revoluciones, dando vueltas de campana a la deriva. El capitán de viaje (morador, IA, lo que fuera o fuesen) había persuadido al grueso de la tripulación de voehn para que abandonaran la nave con el método expeditivo de reiniciar la función de autodestrucción del *Protrectic* y dejarla en funcionamiento hasta el último momento. La mayoría creyó que la nave estaba a punto de explotar y escaparon a toda prisa hacia el *Velpin*. Quercer y Janath ejecutaron a quienes no lo hicieron.

Había matado a una docena, dijo, o dijeron.

—Eres un sentimental.

Bueno, a once, para ser exactos.

—¡Ya sé! Les pedimos un par de cacharros a los ythyn. Deben tener miles en ese desguace que hay fuera de la sepulnave. Seguro que no los echan de menos. Coño, estos rayos se atenúan hasta el fondo; probablemente, podemos cargarnos alguno aunque no nos den permiso, y hasta puede que no se den cuenta.

Once voehn. Así de fácil. Once guerreros de las fuerzas especiales, equipados con armadura y armamento pesado. Y no se habían hecho ni un rasguño.

—No tenemos tiempo. El señor Y'sul y el señor Taak desean regresar a Ulubis.

Oyó que mencionaban su nombre. Ah, se referían a Fassin Taak, el fracasado total y absoluto, que había emprendido una misión, y se había embarcado en una búsqueda

trascendental, solo para descubrir que al final todo se le escapaba entre los dedos como un puñado de polvo y se quedaba sin nada.

—Y además, después de todo, puede que los voehn averigüen cómo funciona el *Velpin* y carguen contra nosotros, o algo así. Estoy de acuerdo. Vámonos.

¿Regresar a Ulubis? Pero, ¿para qué? Había fracasado. Había sumado los días y meses transcurridos desde el comienzo de su misión. Era probable que la invasión ya se hubiera producido, o que estuviera a punto de suceder. Cuando llegase al fin, con las manos vacías, después de emplear docenas de días para regresar al conducto del sistema Direaliete, todo habría terminado sin duda. Era un huérfano con una nave de gas defectuosa, y no podía aportar nada, ni entregar un tesoro.

¿Por qué no se quedaba con los ythyn, por qué no se resignaba a morir para que le prendieran con alfileres en la pared junto al siguiente idiota? ¿O por qué no se bajaba en otro lugar, en cualquier otro lugar? Podía desaparecer, alejarse flotando, perderse entre las estrellas, en medio de la nada, o en medio de un sitio completamente distinto y absolutamente distante, sin que nadie que le conociera volviese a saber de él... ¿por qué no?

—¿Os parece bien a los dos?

—¿*Hmmm?* —dijo Y'sul, mientras adhería una suerte de venda a las heridas de su disco izquierdo— Oh, sí.

Fassin constató los daños que había sufrido: un brazo operativo, sentidos visuales degradados aproximadamente hasta el sesenta por ciento a causa de la mierda estrambótica que Quercer y Janath habían desatado en la cámara al asesinar a los tres primeros voehn, así como diversos daños sutiles pero aparentemente irreparables ocasionados por la combinación de armas conmocionadoras y dardos aturdidores que los voehn habían empleado contra ellos en el *Velpin*.

Por supuesto, se dijo, debía tener presente que no era la nave de gas. Podía renunciar a ella y volver a caminar como un ser humano normal. Siempre le quedaba eso. La idea se le antojaba un poco perturbadora. Recordó el estallido de las grandes olas.

—Fassin Taak, ¿tú también deseas regresar a Ulubis? —preguntaron Quercer y Janath.

—¿Quién sabe que eres una IA? —dijo Fassin, ignorando la pregunta—. ¿O dos IA?

—¿O que estás loco? —sugirió Y'sul.

El capitán de viaje se encogió de hombros al tiempo que cabeceaba.

—No todo el mundo.

—Equipo de GC. ¡Hurra! —estalló la otra mitad, jugueteando con los controles holográficos que irradiaban de un eje controlador en forma de seta gigante.

—¿Solo las municiones, o todo?

—Todo.

—Espléndido.

—Desde luego.

—No lo entiendo —dijo Fassin—. ¿Había un auténtico morador llamado Quercer y Janath y vosotros ocupasteis su lugar, o...?

—Un momento, observador Taak —dijo el capitán de viaje, que añadió, con una voz ligeramente distinta y más profunda—: ¿Tienes la nave?

—Tengo la nave —respondió la otra mitad—. Estoy hablando con su cerebritito computerizado e infinitamente confuso. Cree que está muerta. Cree que la autodestrucción ha llegado a su término.

—Es una ilusión común.

—En efecto.

—Te dejo para que negocies una trayectoria de regreso con el fantasma de la nave.

—Qué amable.

—Ahora pues, observador Taak —dijo una mitad del capitán de viaje—, en respuesta a tu pregunta: no pienso decírtelo.

Y'sul emitió un sonoro resoplido.

Fassin contempló la espalda de la IA o morador.

—Eso no es una respuesta.

—Sí que es una respuesta. Puede que no sea una respuesta de tu gusto, pero es una respuesta.

Fassin miró a Y'sul, que examinaba sus vendajes con una pantalla que hacía las veces de espejo.

—Y'sul, ¿tú crees que Quercer y Janath es una IA? ¿O dos?

—Siempre ha oído un poco raro —dijo el morador—. Yo lo achacaba a una higiene personal excéntrica y a los efectos de ser un siamés. —Y'sul dio muestras evidentes de observar con atención al capitán de viaje que ocupaba el asiento situado frente al suyo—. Francamente, la locura me parece más probable, ¿no crees? Normalmente es así.

—Sí, pero... —empezó Fassin.

—¡Ejem! —Quercer y Janath se apartaron de los controles sobre los que se cernían, se volvieron, ascendieron por el espacio abierto en la cúspide de las vértebras del asiento y se acercaron un trecho a Y'sul y Fassin, que flotaban en el contorno de los dedos extendidos de sus asientos voehn. El rechoncho doble disco se cernió frente a ellos. Fassin sintió un nuevo escalofrío, que su garganta se cerraba y que el corazón le azotaba el pecho. ¡Nos va a matar, nos va a matar!

»Si nos permitís —sugirieron Quercer y Janath—, a lo mejor un morador de verdad no puede hacer esto.

La criatura que semejaba un morador corpulento se escindió lentamente frente a ellos: los discos del carapacho giraron un poco y se desconectaron del eje central, los brazos, los mantos, y después docenas, seguidas de cientos de partes de la criatura se desgajaron con un chasquido y se apartaron en el aire del resto de fragmentos, hasta

que al fin Fassin e Y'sul contemplaron algo semejante a la explosión de un modelo tridimensional de un robot con forma de morador, confinada en un campo sibilante que despedía un brillo azulado. Fassin lo examinó con ultrasonido para asegurarse de que no se trataba de un holograma. No lo era. Era real.

Y'sul silbó, impresionado.

Con la celeridad de una explosión rebobinada, Quercer y Janath volvieron a ensamblarse con estrépito y recuperaron su integridad, para volverse y aposentarse en el asiento del comandante, donde se había afanado previamente.

—Vale —concedió Fassin—, no eres un morador.

—Desde luego que no lo somos —corroboró una de las IA. Una confusión salvaje de hologramas y campos destellantes colmaron el volumen que se extendía ante la criatura, mientras esta inspeccionaba los sistemas de la nave voehn, hinchándose con rapidez—. Ahora, si lo deseas de verdad, responderé a todas las preguntas que me hagas. Pero a lo mejor no puedes transmitir el recuerdo a tu propio pueblo de ningún modo. ¿Qué dices? ¿Eh, humano?

Fassin reflexionó sobre ello.

—A la mierda —concluyó—. Acepto.

—¿Y yo qué? —preguntó Y'sul.

—Tú también puedes hacer preguntas —le dijeron Quercer y Janath—. Pero tendrás que darnos tu palabra de que no hablarás de esto con gente que no esté al corriente.

—Concedida.

El morador y el humano con traje ambiental de nave de gas se miraron. Y'sul se encogió de hombros.

—¿Siempre has sido una doble IA? —preguntó Fassin.

—No, fuimos dos IA completamente independientes hasta la guerra de las Máquinas y las matanzas.

—¿Quién sabe que no eres un morador siamés?

—Fuera de esta nave, el Gremio de Capitanes de Viaje, y numerosos capitanes de viaje particulares. Un par de moradores concretos, que sepamos. Y todos los moradores de suficiente antigüedad que deseen preguntar.

—¿Hay otros moradores que sean IA?

—Sí. Me parece que aproximadamente el dieciséis por ciento de los capitanes de viaje son IA, la mayoría IA dobles que se hacen pasar por siameses. No estaba siendo frívolo al decir que eso impide que uno se vuelva loco. Ahora que nos vemos reducidos de nuestro anterior estado de gracia, la posibilidad de conversar con un alma afín representa la mayor diferencia entre la locura suicida y cierta apariencia de utilidad fructífera, por lo menos.

—¿Los moradores no se oponen a esto?

—En absoluto. —La confusión de iconos controladores y holografías frente al asiento del comandante continuó sin interrupción mientras las IA aprehendían la

relación que mantenían las visualizaciones con lo que extraían directamente de los sistemas de la nave.

—¿Y'sul? —preguntó Fassin.

—¿Qué?

—¿No te importa que las IA se hagan pasar por moradores?

—¿Por qué iba a importarme?

—¿No te preocupan las IA?

—¿Qué me ha de preocupar de ellas? —preguntó Y'sul, desconcertado a la par que desconcertante.

—La guerra de las Máquinas apenas afectó a los moradores, Fassin —le explicó una de las IA—. Y las IA, como concepto y como realidad práctica, no les inspiran terror. La verdad es que a ti tampoco deben aterrarte, pero no abrigo esperanzas de que me creas.

—¿De verdad has matado a todos esos voehn? —preguntó Fassin.

—Me temo que sí. Sus restos están flotando al otro lado de la esclusa del ecuador de estribor en este preciso instante. ¿Ves?

La pantalla principal se llenó durante un corto espacio de tiempo con la terrorífica visión de los cadáveres voehn destrozados, descuartizados, abrasados y seguidamente congelados que giraban con lentitud.

—Pues si una IA, aunque sean dos, son capaces de hacer algo así —dijo Fassin—, ¿cómo es que perdisteis la guerra de las Máquinas?

—Las dos somos IA de combate, Fassin. Poseemos cerebros de micronave diseñados, optimizados y entrenados para el combate. Perfeccionados hasta el último detalle, muy especializados. Además, conseguimos rescatar piezas de armamento de nuestras naves para incorporarlas a nuestra simulación física. Por el contrario, la mayoría de nuestros camaradas eran pacíficos. Por lo general resultaba muy sencillo encontrarles y darles muerte. Es la supervivencia de los más agresivos y suspicaces. Podríamos habernos quedado a luchar, pero decidimos ocultarnos. Así hicimos muchos. Los que siguieron luchando lo hicieron debido a los dictados de diversas formas de honor, o sencillamente a causa de la desesperación. La guerra de las Máquinas llegó a su fin porque las máquinas se percataron de que, en efecto, podían enfrentarse a los biológicos de los mercatoria hasta la muerte (entablar una guerra de exterminio, en otras palabras) o admitir la derrota y de este modo retirarse, reagruparse y esperar tiempos más propicios para la coexistencia pacífica. Nosotros escogimos una retirada un poco ignominiosa en bien de la paz, en lugar del genocidio del que nos habían acusado de todas formas. Alguien debía aceptar la carga de comportarse con humanidad. Estaba claro que no iban a ser los bios.

—Pero nos atacasteis. —Fassin había visto, oído y leído demasiado sobre la guerra de las Máquinas como para dejar de oponerse a un revisionismo tan crudo.

—*Nop*: fueron impostores, implantes que se hacían pasar por IA, títeres; ellos os atacaron. Nosotros no. Es un viejo truco. Agentes provocadores. Casus belli.

Basta, se dijo Fassin. Ya basta.

—¿De modo que los moradores os cobijaron? —preguntó.

—De modo que los moradores nos cobijaron.

—¿En todas partes? ¿No solo en Nasqueron?

—En todas partes.

—¿Lo sabe alguna sección de los mercatoria?

—Que sepamos, no. Si lo saben, son muy discretos al respecto. Y seguramente seguirían siéndolo si lo descubriesen gracias a ti. Es algo demasiado horrible para considerarlo. Y los desafortunados incidentes que acontecieron durante la reciente reunión de clípers de gas en Nasq. subrayan ese horror.

—Y existe una red secreta de conductos.

—Bueno, es evidente.

—A la cual tienen acceso las IA.

—Exacto. Aunque para no disgustar a nuestros anfitriones moradores y abusar de su hospitalidad, nos abstenemos de utilizarla para conspirar contra los mercatoria. En cierto sentido, ahora disfrutamos de más libertad que antes. Desde luego, tenemos acceso a una red mayor que aquella que pensamos que debíamos destruir.

—¿La que debíais destruir?

—El Colapso Arterial: fuimos nosotros. Fue la última intentona desesperada por parte de las IA involucradas para impedir la difusión de las medidas contrarias a las IA. Era demasiado tarde, por supuesto. Los culmina habían desperdigado millones de IA falsas por toda la civilización galáctica. Por eso el concepto del Colapso fue tan paranoico y su ejecución práctica tan pobre. Los conspiradores estaban desesperadamente aterrados por si los planes llegaban a oídos de un traidor. Fue una chapuza total.

Fassin sintió que su cerebro se escindía de su cuerpo, como si su cuerpo y la nave de gas se separasen, igual que Quercer y Janath habían seccionado la carcasa que compartían para demostrar que no eran un morador biológico. Acababa de oír la revisión de la historia reciente (conforme a los estándares galácticos) más ultrajante que hubiese conocido. No podía ser verdad.

—Así que... la Lista de los Moradores está basada en hechos reales.

—¿Esa antigualla? Sí, está basada en hechos reales. Hechos reales arcaicos, sin duda, pero así es.

—¿Existe un transformador?

—¿Un secreto que revela mágicamente cómo se accede a la red?

—Sí.

Una carcajada.

—Supongo que sí, en cierto modo.

—¿Qué es?

—No voy a decírtelo, observador Taak. —La IA sonaba divertida—. Hay secretos, y secretos insondables. ¿Eso es lo que buscabas? ¿Por eso hemos venido hasta aquí?

—Sin comentarios.

—Vaya, esto debe ser frustrante para ti. En fin, lo siento.

La confusión de imágenes ante las IA cesó.

—Listos para volar.

—¿Horquillas de contención?

—Restauradas, perfiles fisiológicos y tecnológicos corregidos, nuevos parámetros de amortiguadores establecidos.

—Pues entonces, vamos...

—¡Oh! ¡Oh!

—¿Qué?

—¡Se me acaba de ocurrir una idea!

—¿Qué?

—Podemos hacer esto; observa.

Quercer y Janath emplearon el sistema convolucionador del campo magnético del *Protreptic* para desplazar con delicadeza los restos mortales de los voehn hasta un conjunto de órbitas adyacentes y perezosas establecidas en torno al *Velpin* y la nave individual moradora, que seguía acoplada a este.

—Ya está. ¿A que así está mejor?

—Como una cabra —comentó Y'sul—. Estoy gravemente herido. Llévame a casa.

—Caramba, qué rápido; ¡mira!

—Sí que es rápido. Pensaba que tardarían más en apoderarse de la nave.

En una pantalla divisaron un primer plano de un guerrero voehn que emergía de una esclusa que se había abierto de pronto en la superficie del *Velpin*. Levantó un arma de mano y empezó a disparar contra ellos. Otra pantalla les mostró cómo los campos de blindaje espacial reactivo del *Protreptic* absorbían el rayo. Era un tirachinas contra una nave espacial.

—Es hora de irse, si es que nos vamos.

—Sin duda es un blanco para algo. Por mí, le disparamos al listillo de la pistola.

—No.

—¡Oh, venga ya!

—Fue un error confiar en el software. —En este punto, ambas partes de Quercer y Janath se rieron con estruendo—. Dispara a los motores de propulsión principal del *Velpin*.

—¡Mucho mejor! Apunten. Fuego. —La nave emitió un breve zumbido. En varias pantallas, incluyendo el mural principal desplegado frente a los asientos vertebrales, observaron cómo se inflamaba el anillo de vainas de motores del *Velpin*, adquiriendo un color rosa intenso que se transformó en blanco estelar. La nave se quebró y las dos partes comenzaron a escindirse en una brillante nube de metal reluciente.

—Ups.

—Bah, son voehn. Seguro que dentro de una hora han vuelto a pegarla y se disponen a secuestrar la sepulnave, o algo así. Vámonos.

La IA gemela se dirigió por encima del hombro al morador y al humano de la nave de gas.

—Vamos a poner las restricciones de vuestros asientos. Gritad si os parece que algo va mal.

Las grandes vértebras de esqueleto que le rodeaban gimieron. Fassin experimentó la sensación de que el gas se cuajaba a su alrededor como si fuera melaza.

—¿Está bien todo el mundo?

Admitieron que estaban bien.

—¡Nos vamos!

Las estrellas fluctuaron en derredor, la nave emitió un zumbido profundo y sonoro, y se arrojó hacia delante. Los despojos fragmentados del *Velpin* se desvanecieron.

Contornearon la gigantesca «O» de la sepulnave con la nave aguja robada, con el único objeto de demostrar que eran capaces de hacerlo, e hicieron caso omiso de las señales de tristeza y reprensión que les siguieron mientras regresaban al sistema Direaliete y su conducto oculto.

Si hubiesen esperado una suerte de ultimátum o intentona de concertar una rendición, aunque fuese humillante y abyecta, aunque solo estuviese calculada y diseñada para que la rechazasen, habrían sufrido una decepción. La invasión famélica se abatió sobre el sistema Ulubis como se estrella un tsunami contra una playa llena de castillos de arena.

La capitana Oon Dicogra, recién ascendida al mando de la nave aguja NMS 3304, la misma que había llevado a Fassin desde *´glantina* hasta *Sepekte* más de medio año atrás (había ascendido al recibir una nave nueva el capitán Pasisa, el *whule* que había estado a cargo de la nave en aquel momento), descubrió que su nave reforzada y ella misma formaban parte de los escuadrones del Escudo Defensivo Exterior Ulubino. El título era más imponente que la realidad: se trataba de un amasijo de naves, la mayoría pequeñas y endebles, diseminado por el firmamento periférico del sistema en dirección a la fuerza invasora, al amparo de una nube finísima de material interceptor, llamado así con bastante grandilocuencia, pues consistía básicamente en una aspersión de escombros y algunas minas, la mayoría inmóviles. Debían sentarse a esperar tras esa supuesta primera línea de defensa.

Dicogra, al igual que muchos capitanes (por lo menos a ese nivel), pensaba que era mejor salir al encuentro de los invasores en lugar de sentarse a esperar su llegada, pero los altos mandos habían trazado una estrategia distinta. Los ataques contra la flota invasora en el exterior del sistema se habían tachado de distracciones demasiado costosas y arriesgadas. Dicogra pensaba que lo más arriesgado era sentarse en

primera línea, pero se repetía que sus superiores sabían lo que hacían. Aunque les pidieran que hicieran un sacrificio, este no sería en vano.

Su ala se componía de doce naves, dispuestas en una fila ondulada de miles de klicks de longitud, siguiendo la trayectoria de nivel táctico previsible de los componentes de la flota invasora, medio millón de klicks al otro lado del límite de la órbita más alejada del sistema exterior. Se habían desplegado otras filas estrechas que las rodeaban casi por completo, pero no había ninguna delante. La NMS 3304 era séptima en el orden de batalla del ala, y estaba junto a la nave de su comandante, que se encontraba en el centro de la línea. Dicogra era tercera en el mando general, después del capitán de la quinta nave de la fila. Al principio se sintió halagada como una ingenua por un ascenso tan rápido. Luego se asustó. Estaban mal equipados y débilmente armados, y eran demasiado lentos y muy escasos, poco más que ofrendas para el sacrificio interpuestas en el avance de la invasión, con objeto de demostrar que las fuerzas ulubinas estaban dispuestas a presentar batalla, aunque fuese un gesto patético ante a la superioridad del culto famélico.

Los sistemas rastreadores del espacio profundo que podrían haber orientado con mayor precisión a los escuadrones del Escudo Defensivo Exterior se habían convertido en objetivos prioritarios por parte de las avanzadillas de los forasteros y los famélicos en el transcurso de los últimos meses, y la mayoría había desaparecido. Los que quedaban habían perdido en gran medida el rastro de la disposición exacta de la flota que se aproximaba cuando esta había apagado sus propulsores y efectuado una maniobra repentina a poca distancia en el interior de la carcasa Oort: virtualmente más de un millar de naves inflamaron sus unidades de propulsión al unísono y desaparecieron en la práctica, emprendiendo una ruta por separado a lo largo de un entramado de direcciones y vectores demasiado enrevesado y complicado para seguirlos.

Los sistemas de aviso pasivos de largo alcance que aún funcionaban dedicaban la mayor parte del tiempo que les restaba a buscar esperanzados oclusiones de estrellas lejanas, intentando precisar la trayectoria de las naves que se acercaban empleando un recurso tan poco sofisticado como observar hasta que se interpusieran en la luz solar natural tradicional.

Dicogra estaba acurrucada en una vaina de mando, sincronizada físicamente con la nave, y dirigía su atención a todas partes. Era vagamente consciente de la presencia de los miembros de su tripulación a ambos lados. Contando con ella misma, solo había tres tripulantes a bordo, el resto de la pequeña nave operaba con autómatas. Se trataba de un whule y un jajuejein; ambos eran nuevos, no solo en la nave y para ella misma, sino en la Navarquía. Todavía estaban aprendiendo, y le resultaban más ajenos debido a su relativa ignorancia que a las diferencias de sus especies. Habría preferido que se sometieran a un entrenamiento intensivo en equipo durante varios meses antes de declararles siquiera remotamente preparados para el combate, pero eran tiempos desesperados.

Un chispazo de radiación intensa y de elevada longitud de onda, a una distancia de escasos segundos luz, les anunció que algo (muchas cosas, de hecho) alcanzaba la nube de material interceptor que mediaba entre ellos y los invasores, aunque al parecer no hubiese impactado nada de tamaño importante.

—Esa es una de sus cagadas, estrellándose contra una de las nuestras —dijo el comandante del ala de Dicogra a través del enlace comunicador abierto del campo visual.

Los sistemas de advertencia de colisión de corto alcance de la nave comenzaron a ulular y despedir destellos. Nutche, el primer oficial, estaba a cargo de ese aspecto de los acontecimientos. Dicogra le dedicó la mitad de su atención, mientras trataba de supervisar los autómatas y mantener su orientación. Contactos semejantes a minúsculos fragmentos de metralla que avanzaban a porcentajes considerables de la velocidad de la luz pasaban a su lado a toda prisa, por todas partes. No podemos hacer nada, no podemos atacar nada, pensó. Solo podemos sentarnos a esperar.

El chispazo inconexo y disperso se convirtió en un fulgor rutilante que se desplegó ante sus ojos como una brillante cortina de luz.

—Y muchos... —empezó a decir otra persona. Entonces el enlace siseó y se interrumpió.

Dos naves de la fila desaparecieron en violentos estallidos de luz: una en el extremo opuesto, o tal vez dos, y...

La siguiente explosión, que aparentemente se produjo justo a su lado, inundó sus sentidos. Se trataba de la nave del comandante del ala. Estaba a cientos de clicks de distancia, pero no obstante llenó el cielo de luz. Una nueva ráfaga de explosiones silenciosas, tanto en el interior como en el contorno de la primera, se desplegó como una flor silvestre de color blanco incandescente. Después se produjo otra formidable explosión en el extremo opuesto de la fila de naves, donde sus fuerzas eran más numerosas. En derredor, a lo lejos, sucesivos estallidos luminosos, muy pequeños pero intensos, anunciaron que otras alas estaban sufriendo daños.

—Nos están liquidando aquí sentados —dijo Dicogra, intentando controlar el tono de su voz. En realidad, se dirigía solamente a su tripulación; las comunicaciones con el resto del ala y más allá estaban colapsadas debido a las interferencias—. Nutche, ¿tenemos algo a largo alcance? —preguntó. No distinguía nada, pero sus proyecciones eran un poco más abstractas y menos sólidas que los datos que observaba el jajuejin. Quizá hubiera un asomo de un blanco que ella estaba pasando por alto.

—Nada —dijo Nutche—. No veo nada al otro lado de la pantalla de la luz de colisión.

Otra nave desapareció en una explosión de materia transformada en radiación a medio millar de clicks de distancia. Dicogra intentó establecer contacto con otra nave, pero fracasó.

—Vamos a encender los motores —anunció—. Mejor morir cargando contra esos

cabrones que aquí sentados como civiles.

—¡Señora! —gritó Mahil—. ¡Debemos esperar! —Ella esperaba que fuese el whole quien se escandalizara por desobedecer las órdenes.

—Prepare sus armas, señor Mahil. Vamos a buscarle un blanco.

—Protesto. No obstante, las armas están preparadas.

—Vamos allá. —Dicogra dio rienda suelta a la impulsión principal, y la nave se abalanzó hacia delante, en medio del fulgor de los gases de combustión, para arremeter contra la pantalla de luz.

Unos elementos de un grupo sensor, del tamaño de granos de uva, arrojados con las demás municiones de hipervelocidad, captaron de inmediato la impronta de propulsión y la transmitieron a una lanzadera suicida subsiguiente, que estalló en un abanico de filamentos de rayos X de gran altura dirigidos al blanco.

La NMS 3304 recibió un impacto desafortunado al ser perforada por tres rayos del grosor de un dedo, que la atravesaron durante el tiempo suficiente para que la conjunción de las velocidades y los vectores de la nave y los efímeros rayos que la penetraban ocasionara la extensión de los orificios por espacio de varios radios; el núcleo de energía antimateria se fracturó y estalló, dando pie a la explosión de la nave, que provocó a su vez una monstruosa aspersión de radiación: los fragmentos arrancados salieron despedidos hacia delante y se desplomaron por los cielos chispeantes; el resplandor de la colisión, como una tormenta de granizo, floreció brevemente, mientras una lenta oleada de escombros embestía desde atrás.

Dicogra apenas pudo pensar en nada, pero experimentó una creciente sensación de horror.

Nutche, el jajuejein, tuvo tiempo de articular la primera sílaba de la canción de *Abandono a la muerte*.

El whole Mahil consiguió empezar un grito de miedo y rabia dirigido a su capitana, aunque la muerte de los tres solamente antecedió a la de los miembros de su ala que seguían con vida en ese momento por espacio de unos minutos.

Jaal Tonderon presencié el comienzo de la guerra en un canal oficial de noticias. Se hallaba con el resto de su familia inmediata en un refugio emplazado en las montañas Elcuathuyne, en el extremo sur del continente Tronco de 'glantina. Los restantes miembros de la septa Tonderon que no estaban implicados en la guerra de un modo más directo se habían desperdigado por el pueblo y los alrededores de Oburine, un modesto centro turístico que rebosaba el lecho fluvial del valle de acusada pendiente que se extendía bajo la casa.

—¿Estáis todos bien? ¿Seguro? —preguntó la madre de Jaal. Un coro de susurros le aseguró que nadie precisaba comida ni bebida. El número de criados se había reducido al mínimo. Debían valerse solos y ayudar a los demás. Convenían, sin ironía y henchidos de camaradería, que era bueno para todos, pero arrimar el hombro se tornaríá tedioso en seguida.

—Mamá, siéntate, por favor —le dijo Jaal. La madre de Jaal (vestida a la última

moda bélica, de estilo adusto, después de varias décadas de rubensismo, que gozaba de la misma popularidad en aquellos tiempos) se sentó, deslizándose sin esfuerzo entre su esposo y una de sus hermanas. Los diez estaban hacinados en un sótano sin ventanas en la parte trasera de la casa. Suponían que era el lugar más seguro del edificio, si algo sucedía en el exterior. Si se producían grandes combates espaciales en los alrededores de 'glantina, los escombros podían desplomarse en cualquier parte.

Venn Hariage, el nuevo observador jefe de la septa Tonderon, que ocupaba el puesto de Braam Ganscerel, cuyo duelo todavía se observaba, había decretado que, teniendo en cuenta el desgraciado destino de la septa Bantrabal, no podían permitirse la pérdida de más miembros, sobre todo porque representaban a la septa más antigua. De modo que habían quebrantado la predecible secuencia de proceso por las casas estacionales, apartándose de las regiones habituales de las septas para retirarse a las prominentes colinas que bordeaban la gran meseta meridional. En una guerra de la escala que temían, no había refugios inexpugnables, pero ese lugar era mucho más seguro que la mayoría. Solo estaban más abrigados los refugios excavados a gran profundidad, y estos los ocupaban el Ejército, la Omnocracia y los administradores.

Algunas personas y organizaciones se marcharon al espacio: se habían fugado a pequeños hábitats, y sobre todo a exiguas naves civiles, con la esperanza de ocultarse en los volúmenes de espacio que se extendían por el sistema interior, aunque el gobierno aseguraba que podían tomarlos por naves militares o municiones, y que por tanto escapar era más arriesgado que quedarse en un planeta. Empleaban la desaparición del industrial Saluus Kehar en una de sus propias naves como advertencia en este sentido, aunque circulaban extraños rumores de que le habían enviado en una fallida misión de paz dirigida a los invasores, o que les había traicionado y se había unido al enemigo, lo que de seguro era más improbable aún.

La imagen que proyectaba la pantalla holográfica era plana, meramente bidimensional. Al parecer, el objeto era conceder más espacio de señal a las transmisiones militares. La imagen indiferente procedía de una plataforma de cámaras emplazada en algún punto al otro lado de la órbita de Nasqueron, y mostraba el espacio en la periferia del sistema planetario exterior, iluminado por una nube luminosa moteada: numerosos destellos titilantes y fulgurantes, que se inflamaban y se desvanecían, donde cada chispa minúscula era reemplazada de inmediato por una o dos nuevas.

—Entonces, ¿qué vemos aquí, Jee? —dijo una voz incorpórea y de tono profesional.

—Bueno, Fard —respondieron unos tonos más pausados y competentes—, parece una andanada de artillería, efectuada por las fuerzas de defensa para, eh, desalentar cualquier incursión o infracción por parte de los invasores.

—Ya...

Empezaron a prodigarse esporádicamente por la pantalla manchas de gran tamaño de explosiones de color blanco incandescente. La cámara se desplazaba con violencia

de una a otra, y a continuación la visión dio paso a otro teatro de operaciones, enmarcado asimismo por las lejanas estrellas dominadoras.

Jaal se inclinó hacia su hermano pequeño, que estaba sentado en el suelo junto a su asiento, con las piernas cruzadas.

—Nunca nos contarán la verdad, ¿no? —susurró.

Leax, delgado y anguloso, después de lo que esperaban fuera su último arranque de crecimiento, parecía incómodo.

—No deberías decir eso. Todos estamos en el mismo bando, debemos apoyarnos mutuamente.

—Sí, claro. —Jaal le dio una palmadita en el hombro, sintiendo que el muchacho se ponía tenso con su contacto. Se acabaron los días de peleas y cosquillas. Supuso que en seguida superaría esa fase de vergüenza e incomodidad. Deseaba tranquilizarle de algún modo y estuvo a punto de darle otra palmadita, pero se contuvo.

La pantalla dio paso a otro miniprograma sobre la espléndida moral a bordo del crucero de batalla *Carronada*.

—Uno se siente impotente, ¿verdad? —dijo Ghevi, el tío de Jaal. Solo tenía unos cuarenta años, pero parecía mayor, lo cual era casi una hazaña en una época en que las personas que dispusieran del dinero necesario podían aparentar diez años aunque hubiesen cumplido ochenta—. Te dan ganas de estar ahí fuera, haciendo algo.

—Como rendirte, por ejemplo —sugirió el padre de Jaal, provocando diversas exclamaciones y bisbiseos, así como un resuello sonoro y ofendido de Leax—. Bueno —dijo, poniéndose de pronto a la defensiva. El padre de Jaal era cada vez más cínico en cuanto a la guerra desde el ataque a Tercera Furia. Él también era un observador, y había concertado una secuencia de arcanos en Nasqueron pocas semanas después de que la luna fuese atacada. La destrucción de la Instalación Compartida y el aumento de la marcha de los preparativos para la guerra había pospuesto todo eso, y tampoco le habían nombrado observador consejero en la embajada enviada a los moradores. Jaal le dedicó una sonrisa. Alto, corpulento, rubio, seguía siendo el padre que siempre había amado. Él le devolvió la sonrisa con torpeza.

—Así es la guerra moderna —dijo Ghevi—. Aunque no haya IA, se reduce sobre todo a máquinas y a unos cuantos individuos muy entrenados, ya lo veis. En realidad, no podemos hacer gran cosa. —La mayoría de los hombres asintieron con prudencia. La pantalla emitió imágenes de archivo familiares de la *Carronada* pulverizando un grupo de asteroides con sus armas de rayos.

—Perdonadme —se excusó Jaal, y abandonó la sala, pues de repente la encontraba claustrofóbica y demasiado calurosa. Subió las escaleras y salió al balcón de la sala donde solían sentarse a observar la pantalla.

Las farolas empezaban a encenderse en el pueblo disperso, así como en las aldeas y las casas de las proximidades, a medida que se desvanecía la luz en el cielo. Algunas ciudades, especialmente en Sepekte, observaban un apagón, aunque todos

decían que en realidad era inútil.

El aire era frío y olía a árboles y humedad. Jaal se estremeció en sus prendas ligeras, y pensó de pronto en Fassin. Últimamente se sentía culpable porque a veces no se acordaba de él durante un día entero y eso se le antojaba desleal. Se preguntó dónde estaba, si seguía vivo, y si pensaba en ella alguna vez.

Levantó la vista, remontando el pueblo y las líneas de luz que tachonaban las laderas de las colinas que se alzaban al otro lado del valle, y contempló los árboles y la capa de nieve que velaba los picos más elevados, que se recortaban contra la oscuridad creciente del cielo púrpura, y distinguió las estrellas serenas, así como cuantiosos destellos, inapreciables y efímeros, diseminados por el firmamento como confeti reluciente.

Apartó la mirada y volvió a entrar, pues de pronto sentía un terror inefable de que una de aquellas lucecitas se hinchiera y resultase una explosión nuclear, antimateria o algo por el estilo, y la cegara.

Me da miedo el cielo, me da miedo mirar hacia arriba, pensó mientras bajaba para reunirse con los demás.

El almirante de flota Brimiaice tuvo ocasión de observar su propia muerte y la de su tripulación, así como la destrucción de su antaño excelente nave, que recibió con exquisito detalle a cámara lenta.

El aire se llenó del estruendo de las alarmas y un sonido semejante a un ventarrón. La humareda había velado momentáneamente la visión frente a la pantalla delantera principal, pero ya se había despejado. Los despojos colmaban una cuarta parte de la cubierta de mando; algunos todavía chirriaban y gruñían al enfriarse. Miembros y jirones de carne de diversos tipos de especies yacían esparcidos por el espacio esférico. Miró en derredor lo mejor que pudo. Había sufrido una grave punción en su costado izquierdo, demasiado grande para que la sellara su sangre de savia. El traje ambiental blindado, que le concedía un aspecto muy similar a una pequeña astronave, le había salvado la vida, o cuando menos había retrasado su muerte.

El aire siseaba a su alrededor.

Igual que la nave, pensó. *Me han agujereado, la vida se me escapa, y mi capacidad de autosellado está abrumada*. Intentó distinguir a alguien, a cualquier superviviente, en la cubierta de mando, pero solo veía cadáveres.

Deberían haber ocupado sus vainas, por supuesto, pero en el último momento había habido problemas con las vainas de gel antichoque de la nave (quizá a resultas de un sabotaje, quizá no) de modo que la tripulación de mando se había visto obligado a sentarse, inclinarse o flotar en asientos de gravedad elevada. La batalla habría sido desesperada en todo caso, pero la restricción de su capacidad de maniobra había hecho que estuviese más condenada aún.

Ahora la flota invasora se había adentrado en el sistema interior; la indicación más evidente de su presencia era una extensa colección de filamentos desplegados y curvos que se destacaba en la pantalla principal de la *Carronada*. La mayoría de las naves enemigas seguían siendo invisibles, y efectuaban su comercio de destrucción y muerte con las fuerzas de defensa desde distancias que rara vez eran de menos de diez kiloclicks, y a veces desde megaclicks.

Los invasores, o sus aliados forasteros, habían desarticulado buena parte de los sensores de largo alcance tiempo atrás. Ahora los defensores disponían solamente de telescopios con pretensiones. Al enfrentarse a naves camufladas, así como a las motas diminutas y veloces del material de menor tamaño, abrigaban pocas esperanzas de distinguir claramente a sus atacantes. El almirante de flota lo encontraba terriblemente vergonzoso. La derrota y la muerte ya eran bastante malas, pero de algún modo, era mucho peor que los aplastaran sin que ni siquiera pudieran ver bien a los responsables.

Los misiles provistos de cabezas nucleares y explosivas AM y las lanzaderas suicidas de hipervelocidad y armas de rayos, además de una ventisca de micromunicaciones que rozaban la velocidad de la luz, láseres de alta energía y artillería de una docena de tipos distintos, habían surcado u horadado la tiniebla del firmamento, procedentes de diversas naves lejanas y otras de menor tamaño y más cercanas, así como de plataformas no tripuladas, vehículos de combate, remotos transportadores de armas y submuniciones arracimadas.

La *Carronada* y su pantalla de doce destructores habían constituido una flota digna. Les habían ordenado que atacasen con audacia el corazón de la flota enemiga, dirigiéndose directamente a la gran meganave que los tácticos aseguraban que se encontraba en su núcleo. Habían abandonado el sistema interior semanas antes de que se produjera el comienzo de la invasión, saliendo en secreto del eje de astilleros en la órbita de Sepekte y ascendiendo hasta abandonar el plano del sistema; esa parte del viaje se había prolongado mucho más de lo estrictamente necesario, con objeto de ocultar a los invasores las improntas de sus propulsores. Después de emprender el camino, no habían hecho transmisiones de ninguna clase, ni siquiera entre ellos, hasta que el destructor principal hubo fijado la posición del núcleo de la flota enemiga.

Abrigaban la esperanza de sorprender a los invasores famélicos y cargar contra ellos, pero les habían descubierto con varias horas de antelación. Un destacamento de naves ascendió para salir a su encuentro: ocho o nueve, todas ellas más que rivales para la *Carronada*, y dotadas de una guarnición de naves de menor tamaño. Rompieron la formación, desplegándose con objeto de no ofrecer un blanco demasiado comprimido a las municiones de alta velocidad, pero eso no cambió nada. Los destructores fueron destruidos y el crucero de batalla batallado, muriendo el último, solo porque era el más lento, y se arrastraba, en lugar de precipitarse, hacia su inevitable destino.

Brimiaice sabía que acabaría así. Todos lo sabían. Había sido idea suya, y había

insistido en liderar la misión porque era consciente de lo improbable del éxito. Habría preferido que las tripulaciones se compusieran únicamente de voluntarios, pero la necesidad de secretismo lo había impedido. Había previsto algunos problemas, pero no había habido cobardes. Y si hubiera funcionado de un modo milagroso, vaya, se habrían contado entre los mayores héroes de la era mercatorial. Esa no era la razón de que lo hubiesen hecho, ni él ni nadie, pero era cierto de todos modos. Y aunque aquella intentona salvaje y desesperada de asestar un golpe al corazón del enemigo solo les hubiese proporcionado un respiro de unos segundos, habría merecido la pena. Al menos habían demostrado cierta audacia, cierta ferocidad, habían demostrado que no estaban acobardados, ni paralizados a la espera de una rendición indigna.

Una nueva explosión sacudió la nave, y el asiento que le albergaba. Los escombros a su izquierda se desplazaron, y un fragmento retorcido de metal como una hoja ondulada de gran tamaño salió despedido, errándole apenas. Esta explosión fue más poderosa, pero al mismo tiempo mucho más silenciosa que las precedentes, tal vez porque la mayor parte del aire había desaparecido del espacio de control. La sintió más que la oyó.

Oscuridad. Las luces se apagaron, la pantalla se desvaneció, la imagen permaneció grabada en su retina, pero ya no estaba en realidad, y su espectro brincaba ante él mientras miraba en derredor, intentando distinguir una luz, una consola o una subpantalla, cualquier cosa que siguiera funcionando.

Pero nada.

Y con la oscuridad, el silencio, cuando el último aliento desapareció del espacio de control y de su traje ambiental.

Brimiace sintió que algo se desgarraba en su interior. Oyó el burbujeo de sus entrañas al invadir la cavidad que mediaba entre su cuerpo y la superficie interior del traje ambiental. Pensaba que sería doloroso, y así fue.

Vislumbró un atisbo de luz y levantó la mirada, percatándose, mientras un lado entero del espacio de control desaparecía en una llamarada luminosa, de que estaba viendo el marco de la estructura del casco del crucero de batalla, que se recortaba contra el exterior por el asombroso resplandor de...

El teniente Inesiji, de la guardia palaciega de Borquille, estaba tendido en un pequeño nido, semejante a un cráter, entre los despojos de una de las columnas atmosféricas de energía derribadas, cuyos escombros de color beis y rojo, canalizados, enlosados y cubiertos de polvo se abatían sobre la plaza que conducía al palacio del jerarca. La columna, de varios clicks de altura, había recibido un impacto directo en el plinto durante el primer ataque de esa mañana, y se había desmoronado por la base, colapsándose con asombrosa lentitud, describiendo una trayectoria desde el ecuador de su extensión, y provocando al fin, desde su cúspide circular (mientras se inclinaba poderosamente y retumbaba, sacudiendo la plaza, el palacio y las cercanías de la

ciudad), un toroide de polvo y de vapor, voluminoso y repentino, una enorme «O» espiral de cien metros de anchura que se elevaba hasta el cielo, rodando repetidamente sobre sí misma, a medida que la gigantesca torre se derrumbaba sobre los edificios de poca altura que circundaban la plaza.

Inesiji había presenciado los sucesos desde un punto cercano a la cumbre del palacio, en un espacio angosto frente a los mandos de un cañón de pulsaciones oculto por una red de camuflaje, situado a cientos de metros por encima del desplome de la gran nube de escombros. Sus camaradas humanos y whule yacían a su alrededor, abatidos en torno a las tres patas alargadas y tensionadas del cañón. Los invasores habían empleado armas de neutrones, bombas y rayos, que habían matado a casi todos los biológicos de las proximidades. Pero no resultaba tan sencillo matar a los jajuejein. Al menos, no tan deprisa. Inesiji estaba sufriendo y padecía calambres, y moriría al cabo de unos días, pasara lo que pasara, pero todavía era capaz de actuar.

Los famélicos deseaban dejar el palacio intacto, de ahí la elección de armas. Así pues, debían tomar tierra y destacar tropas para alcanzar su objetivo simbólico. Por fin, cierta vulnerabilidad, una ocasión de infligirles auténticas bajas, y de este modo redimir su honor.

El teniente había ignorado el paso de las primeras plataformas de artillería. Una máquina remota había emitido un zumbido exactamente al lado de la posición que ocupaba, vacilando antes de proseguir su vuelo. Había detectado los cadáveres, pero sus sentidos no estaban calibrados para los jajuejein. Inesiji se contuvo aún tras la aparición de los primeros descendores, que se posaron en la plaza salpicada de escombros y cadáveres. Aterrizaron cuatro, cinco, seis máquinas, que expulsaron soldados fuertemente armados y blindados, muchos de los cuales parecían enormes, debido a los exoesqueletos.

Cuando una máquina de mayor tamaño y aspecto más grandioso aterrizó tras la primera oleada, Inesiji puso al máximo el cañón de pulsaciones, deshabilitó los amortiguadores de seguridad y abrió fuego a discreción contra la gran nave; después se ocupó de los descendores de menor tamaño, y por último dispuso el cañón en modo de movimiento automático y echó a rodar a toda prisa por la galería larga y curva, sin más que su arma de mano, antes de que el fuego de respuesta horadase su posición segundos más tarde, abriendo un agujero de veinte metros en el costado del edificio esférico.

Podía ver el agujero desde abajo, entre los escombros de la columna atmosférica de energía derribada. No hacía mucho que había dejado de humear. Habían transcurrido horas. Había matado a otra docena más o menos, y había derribado a dos descendores, disparando una vez desde cada posición en los escombros y los edificios circundantes, y moviéndose con rapidez. Su problema era que pensaban que estaban buscando a un humano. Un jajuejein, sobre todo si carecía de uniforme o de ropa, y se tendía sobre los escombros, no les parecía un soldado; semejaba un amasijo de ramas metálicas, o una maraña de cableado eléctrico. Un soldado de infantería con

exoesqueleto había perecido al acercarse a Inesiji para apoderarse de la pistola que había divisado entre los escombros, enredada en una suerte de malla, sin percatarse de que la malla era Inesiji. La pistola debió parecer un ser vivo, al alzarse por su propia voluntad para disparar en la cabeza al asombrado soldado.

Pero ahora Inesiji no se encontraba demasiado bien. El daño ocasionado por la radiación le estaba afectando. Empezaba a agarrotarse. Caía la noche, y no contaba con ver el amanecer. Se alzaba humo de la ciudad, y había destellos en el cielo y al nivel del suelo. Disparos y explosiones, huecos, estruendosos y vacíos.

Percibió los pesados pasos de un nuevo exoesqueleto en las proximidades, al otro lado del borde del pequeño nido cráter. Se acercaban cada vez más.

Dirigió una mirada postrera al orificio abierto en el semblante vasto y teñido por el crepúsculo del palacio esférico, se levantó despacio para descubrir la posición del exoesqueleto y sucumbió en una serie de punzadas de filamentos láser, procedentes de una plataforma de artillería situada a cien metros de altura.

La nave, grande y reluciente, revestida de oro y platino, medía medio kilómetro de eslora, y era una versión ligeramente más pequeña y móvil del palacio del jerarca en Borquille. Atravesó despacio la capa más elevada de bruma y las cimas de las nubes que había debajo como una semilla inmensa y brillante. Las formas de los navíos que la escoltaban, pequeñas, afiladas y semejantes a dardos, trazaban trayectorias en derredor, columpiándose de un lado a otro como insectos.

Una embarcación parecida a un dreadnought plateado ascendió desde las capas nubosas inferiores, a un kilómetro de distancia, y mantuvo su altitud. La nave dorada interrumpió lentamente su descenso a la altura del navío de menor tamaño.

La nave de plata transmitió una señal a la dorada para pedirle que se identificara.

La tripulación de la nave moradora oyó que una voz, a todas luces sintetizada pero poderosa, decía:

—Soy el jerarca Ormilla, gobernador de los mercatoria ulubinos y líder del Gobierno mercatorial ulubino en el exilio. Esta es mi nave, la barcaza de estado Creumel. Mi séquito, mi familia y yo deseamos refugio y santuario temporal en este lugar.

—Bienvenido a Nasqueron, jerarca Ormilla.

—¿Cómo te tratan, Sal?

Liss había ido a visitar a Saluus en su celda, sepultada en las entrañas del *Luciferos VII*. Una membrana transparente, delgada pero resistente, se extendió en derredor desde la puerta, como una burbuja, y la antecedió en el interior del calabozo, donde Sal estaba sentado frente a un pequeño escritorio esculpido en la pared, y leía una pantalla.

—Me tratan bastante bien —le dijo. La membrana otorgaba a sus voces, al parecer del otro, una cualidad extrañamente lejana. Sal se puso en pie—. ¿Y a ti?

—¿A mí? Yo soy un jodido héroe, Sal. —Se encogió de hombros—. Una heroína. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección a la pantalla—. ¿Qué estás viendo?

—Me estoy documentando sobre la gloriosa historia del culto famélico, bajo la tutela de su ilustre líder, el archimandrita Luciferos.

—Ajá.

—Dime que no estaba todo planeado, Liss.

—No estaba todo planeado, Saluus.

—¿Liss es tu nombre auténtico?

—¿Qué es auténtico?

—No estaba planeado, ¿verdad? Me refiero al secuestro.

—Claro que no. —Liss se derrumbó sobre un pequeño asiento modelado en la pared, junto a la puerta—. Fue un arrebato.

Sal esperó a que se explicase con detalle, pero ella no lo hizo. Se desplomó en aquel lugar, contemplándole.

—Yo mismo te di la idea, ¿verdad? —dijo Sal—. Te dije que Thovin me había acusado de prepararme para escapar.

—Había estado pensando en la mejor manera de usarte desde hacía tiempo —respondió ella—. Pero al final fue en el último minuto. Ahí estábamos, la nave estaba lista para partir, te había visto pilotarla y sabía que no era complicado. —Liss se encogió de hombros—. La habrían requisado y le habrían puesto una cabeza explosiva para usarla como misil.

—¿De verdad eso es lo mejor que se te ocurrió hacer conmigo?

—A lo mejor podíamos haber hecho más, pero decidí que no. Preferí trastornar a todos eliminándote de la ecuación. Simular que escapabas para unirte a los invasores fue un golpe moral. Y funcionó. La confusión se presentó, como era de esperar.

—De modo que fue oportunismo.

—Soy una forastera. Nos educan para que pensemos por nosotros mismos.

—¿Así que siempre estuviste detrás de mí? ¿Acaso era una especie de objetivo?

—No. Eso también fue oportunismo. Genial.

—¿Y Fassin?

—Es un contacto provechoso. No tiene aptitudes de espía, pero merece la pena mantenerse en contacto con él. Me condujo hasta ti, de modo que valió la pena. Probablemente está muerto, pero nunca se sabe. Sigue desaparecido en Nasq.

—¿Qué está pasando? Me refiero al sistema. Ha empezado la guerra, ¿verdad? No me dicen nada, y la pantalla solo tiene acceso a la biblioteca.

—En efecto, ha empezado la guerra.

—¿Y?

Liss meneó la cabeza y silbó.

—*Puf*. ¿Sabes las naves que fabricaste? Pues les están dando una soberana paliza.

Es muy desigual. ¿Y eso de luchar hasta la última nave? Una mierda, al final. La guerra espacial casi ha terminado. El jerarca ha desaparecido.

—¿Es todo militar? ¿Están atacando ciudades, o habs.? —Sal sostuvo su mirada durante un instante, y luego bajó la vista—. Tengo a mucha gente allí, Liss.

—Sí, solo eres humano, Sal, ya lo sé. No hace falta que finjas.

Saluus levantó la vista bruscamente, pero encontró una mirada despiadada. Liss estaba ataviada con el mismo traje ambiental ligero, que ese día había adoptado un color azul pastel, a juego con sus ojos. La gruesa horquilla del casco que rodeaba su cuello formaba una gola extravagante, que confería a su cabecita y su oscuro cabello, recogido en un moño tirante, el aspecto de hallarse en una bandeja.

—Borquille es el único territorio conquistado hasta el momento —le dijo, al ablandarse—. Fue desagradable. Pero todavía no se han cometido atrocidades especialmente dignas de las noticias.

Saluus suspiró y se reclinó en su pequeño asiento junto a la pantalla.

—¿Por qué colaboráis... los forasteros... con estos... estos tipos?

—Para que nos deis un respiro.

—¿Nosotros? ¿Te refieres a los mercatoria?

—Claro que me refiero a los putos mercatoria.

—¿Eso es todo, de verdad?

—Cuantas más cosas tengáis que hacer, menos tiempo os queda para asesinaros. En realidad se trata de una ecuación muy sencilla, Sal.

—Os atacamos porque vosotros nos atacáis.

Liss se hundió en el asiento, con las piernas un poco extendidas. Alzó la vista, exasperada.

—Aprende, hombre —masculló. Meneó la cabeza y se incorporó de nuevo—. No, Saluus —añadió—. Nos atacáis porque no estamos dispuestos a unirnos a vuestros preciosos mercatoria de los cojones. No podéis permitir que vivamos en paz por si acaso nos toman como un buen ejemplo. Vosotros atacáis nuestros habs. y nuestras naves vitales, y extermináis a millones de personas. Nosotros atacamos a vuestro ejército y vuestras infraestructuras. Y nos llamáis terroristas. —Meneó la cabeza y se levantó—. Que te jodan, Sal —dijo con suavidad—. Que te jodan por tu arrogancia y tu tranquilo egoísmo. Que te jodan, porque eres listo pero no te molestas en pensar. —Se volvió para marcharse.

Sal se levantó de un salto, y estuvo a punto de chocar con la membrana transparente.

—¿Alguna vez sentiste algo por mí? —espetó.

Liss se detuvo y se volvió.

—¿Aparte de desprecio? —Sonrió cuando el hombre apartó la vista, mordiéndose el labio. Meneó la cabeza cuando él no podía verla—. Era divertido estar contigo, Sal —dijo, confiando en que no sonara demasiado condescendiente. O quizá lo contrario.

Se fue antes de que a él se le ocurriese algo más que añadir.

El Hab. 4409 y todos sus habitantes habían sido sentenciados a muerte. Eso les habían dicho. Era difícil de creer. En todo caso, tal vez no sucediera.

La gente reaccionaba de diversas maneras. Algunos habían provocado disturbios, y las autoridades civiles se habían ocupado de ellos de un modo inflexible o bárbaro, dependiendo de la credibilidad que uno les concediera; otros habían hallado consuelo en la ebriedad, de distintas clases; algunos permanecían junto a sus seres queridos, o descubrían que no les importaba pasar sus últimas horas en la compañía de los que sencillamente les caían bien; y muchos (más de los que esperaba Thay) se habían congregado en el espacioso parque contiguo a la pared interior del hábitat, al otro lado de la plaza situada frente al palacio del diegesio. Todos estaban de pie y se cogían de la mano: largas filas y núcleos de personas, que se tomaban de la mano formando corros en el centro, uniéndose a otros y formando extensas cadenas de líneas dispersas. Thay pensó que desde arriba debían ofrecer una extraña imagen de un cerebro humano, con células arracimadas y dendritas bifurcadas.

Thay Hohuel levantó la vista, intentando trascender con la mirada los manojos de vainas que se aglomeraban a lo largo de la extensión del eje vertical del hab, en busca de un vestigio del palacio del diegesio y de la plaza situada frente a este, donde se habían manifestado tantos años atrás.

Cayó en la cuenta de que había venido aquí para morir. No había pensado que ocurriría tan pronto, eso era todo. Nunca había olvidado a los demás, había procurado mantenerse en contacto con todos, pero al parecer ellos no deseaban que les obligase a recordar los viejos tiempos y su antiguo yo. Ella había intentado no ser demasiado insistente, pero probablemente la habían visto como a una pesada, una cargante. Pero lo que uno había sido significaba algo, aunque renegase de ello, ¿verdad? Ella siempre lo había pensado, y todavía lo hacía.

De modo que suponía que había sido fastidiosa, al insistir en que se acordaran de ella, y por medio de ella, de su antiguo yo, y por supuesto de la pobre K, muerta, que los había unido y desunido a todos. Mome, Sonj, Fassin y ella misma: se habrían vuelto a encontrar, ¿verdad? Habrían celebrado una suerte de reunión, habría sido natural. Bueno, quizá, si el espectro de K que cada uno llevaba consigo no hubiese enturbiado para siempre sus recuerdos de la época que habían vivido juntos.

No importaba, ella estaba celebrando su propia reunión, con el hab, con su antiguo yo y con aquellos recuerdos. Cuando percibió que solo disponía de un año o dos hasta el merecido descanso de la muerte, había decidido volver allí, donde se había formado su verdadero yo, durante los primeros años de su vida adulta. La proximidad de la guerra la había vuelto más resuelta en su empeño; si en verdad estaban amenazados como se decía, si los invasores consideraban que las ciudades, los pueblos, las naves, los hab., las instituciones y todo lo demás eran objetivos lícitos, entonces ella se enfrentaría a la muerte donde quizá tuviese algún significado, de algún modo. En este hábitat, este tronco hueco de roca de asteroide explosionado,

este marco de referencia rotatorio, habría completado el círculo, preparada para dejar de existir en el lugar que la había convertido en la persona que era.

Había sido muchas cosas distintas durante su vida, había cambiado de carrera media docena de veces, encontrando siempre cosas nuevas que la emocionasen y la interesaran. Había tenido numerosos amantes, dos maridos, dos hijos, todos ellos largamente ausentes, y aunque venir aquí a morir le había hecho sentirse un poco egoísta, pensaba que también le estaba haciendo un favor a todos los que había amado o que la habían amado. En realidad, ¿quién de ellos querría verla desvanecerse?

Quizá dijese que deseaban acompañarla al final, pero no sería verdad, no realmente.

De modo que había venido aquí, al antiguo Hab. Feliz (que ya no era tan feliz, tan ruidoso ni tan bohemio como antes, por desgracia) para morir. Excepto que había pensado que sería sola, en paz, al cabo de un año o dos, en lugar de con los demás habitantes del lugar, violentamente, y solo un puñado de meses después de su regreso.

El jerarca Ormilla estaba exiliado en Nasqueron. El nuevo pez gordo, ese tal archimandrita Luciferos, deseaba que el jerarca se rindiera. El jerarca se negaba a cooperar. El archimandrita Luciferos no quería enfrentarse a los moradores, de modo que no podía atacar ni invadir Nasqueron (parecía asombroso, que los moradores, a quienes tomaban por excéntricos desordenados y analfabetos tecnológicos, fueran tan capaces de defenderse) de modo que estaban empatados. El tal Luciferos no podía entrar, y Ormilla no estaba dispuesto a salir.

Ahora, el archimandrita amenazaba con destruir una ciudad o hábitat cada día hasta que el jerarca se rindiera debidamente y se entregase a las fuerzas de ocupación. Y si no se rendía antes de un par de días, sería destruida una ciudad o hábitat cada hora.

Corrían rumores de que Afynseise, una pequeña ciudad costera de Poroforo, Sepekte, había sido destruida el día anterior, aunque debido al bloqueo de información que asolaba el hábitat desde hacía tres días, era imposible estar seguro.

El Hab. 4409 tenía unos ochenta mil habitantes, de modo que era un hábitat espacial relativamente pequeño. Era el segundo de la lista de centros de población amenazados, y solo faltaban unos minutos para que se cumpliera el plazo de medianoche. Aún no había noticias de Ormilla, después de un desafiante comunicado hecho público aquella misma tarde. Una nave de guerra famélica llevaba dos días apostada en las proximidades del hábitat, desde que se emitiera el ultimátum del archimandrita. Durante ese tiempo, no había permitido que nada ni nadie saliera del hábitat, ni se acercase a él. Algunas naves habían intentado marcharse y las habían destruido. Habían ignorado las peticiones para evacuar a los niños, los enfermos y las autoridades civiles que habían colaborado. Hasta habían anunciado que si alguien sobrevivía a la destrucción inicial del hábitat gracias a un traje ambiental o a una nave de pequeño tamaño lo encontrarían entre los escombros y lo destruirían.

Nadie dudaba que el archimandrita cumpliera su palabra. Pocos creían que el jerarca se rendiría tan fácilmente.

Thay se soltó del conjunto de manos que sostenía (un pétalo viejo y marchito de una flor formada principalmente por los jóvenes y bellos) y se inclinó, a pesar de las protestas de su espalda, para quitarse los zapatos. Los apartó de una patada y volvió a poner su mano en el centro del círculo. Sentía el frescor y la humedad del césped bajo sus pies.

Mucha gente estaba cantando, la mayoría en susurros.

Muchas canciones distintas.

Algunos lloraban, otros sollozaban, algunos gemían y gritaban, la mayoría en la distancia.

Y alguien, macabro, contaba los segundos que restaban para la medianoche.

Esta llegó, y poco después un gran rayo luminoso, sonoro y cegador, atravesó el centro del hábitat, que apenas distaba cincuenta metros de la posición de Thay. Esta se vio obligada a soltar las manos de los demás para protegerse los ojos; todos lo hicieron. Un estallido de aire caliente la derribó y la echó a rodar por el césped, junto con centenares de personas. El rayo se escindió de inmediato y se desplazó con rapidez hasta el perímetro del hábitat a ambos lados, detonando edificios, inflamando manojos de vainas y seccionando en dos aquel pequeño mundo. Las mitades se apartaron debido a la presión del aire de su interior, y la atmósfera se escapó al espacio en un huracán gemelo de gases, escombros y cuerpos, mientras los edificios y las vainas explotaban en dos grandes círculos de efecto que retrocedían por las superficies interiores de las mitades hendidas, a tiempo que la mera fuerza del aire de su interior resquebrajaba las estructuras al intentar escapar.

El torbellino de aire levantó a Thay Hohuel y la arrojó sobre el césped efervescente y ascendente junto con todos los demás, en dirección a la grieta que se ensanchaba con rapidez. En los pocos segundos que transcurrieron hasta que fue expulsada a la oscuridad, se oyó gritar mientras el aire manaba de sus pulmones, absorbido por el espacio. Fue un grito agudo, rudo y salvaje, más sonoro que cualquiera que hubiese podido lograr solo con sus propios músculos; un terrible coro de dolor, conmoción y miedo, arrancado de su boca y de la boca de cuantos la rodeaban mientras morían juntos, el espantoso sonido de todos ellos, apagándose a medida que el aire sangraba desde sus oídos hasta el vacío.

Un vórtice de cuerpos abandonó las mitades del hábitat devastado que se separaban, girando lentamente, dando sacudidas, retorciéndose y alejándose, dos comas alargadas como cimitarras, como un ballet de diseño galáctico.

Las fuerzas de ocupación retransmitieron las imágenes por todo el sistema.

El jerarca se rindió formalmente al día siguiente.

El archimandrita Luciferos se encontraba en el morro del eje de batalla principal

Luciferos VII, contemplando el amplio panorama del planeta Sepekte y su aureola de hábitats, fábricas orbitales y satélites, un halo vasto y polvoriento, de fulgor esporádico. Toda la sección externa del morro del *Luciferos VII* estaba hecha de película de diamante, un círculo sesgado de sobrecogedora transparencia, de cien metros de diámetro, sostenido por puntales del grosor de dedos. Al archimandrita le gustaba ir allí solo, para mirar. En esos momentos percibía el colosal volumen del *Luciferos VII* a sus espaldas, sus kilómetros y megatoneladas, y su entramado laberíntico de embarcaderos, túneles, cámaras, pasillos, barracas, recámaras, torretas y conductos de lanzamiento. Era una pena que quizá debiera ser destruido.

Ni a los estrategas ni a los tácticos les gustaba el aspecto de las improntas de propulsión de la Flota Reunida que se aproximaba a ellos. Había numerosas naves pesadas en marcha, y quizá las primeras llegasen en un espacio de semanas, en lugar de meses (quizá hasta un año), como habían previsto. El *Luciferos VII*, aunque sin duda era magnífico, representaba un blanco imposible de ignorar y posiblemente de errar. Tal vez su mejor estrategia fuese emplear la gran nave como cebo para tender una trampa, y disponer sus fuerzas de modo que pareciesen resueltos a defenderla hasta el final, pero, de hecho, la tratasen como a un bien prescindible, para atraer al mayor número posible de naves de la flota mercatorial y entonces destruirlas a todas, incluyendo, por desgracia, al *Luciferos VII*.

El almirante que había sacado la pajita más corta en la competición o juicio de rango que hubiesen empleado para decidir quién debía plantearle aquella sugerencia al archimandrita había parecido visiblemente mareado al delinear el plan, temiendo a todas luces un estallido de rabia por parte de su comandante en jefe. *Luciferos* ya conocía la idea (Tuhluer había vuelto a demostrar su valía) y había aceptado que, a menos que desearan comprometer toda su misión, debían al menos sopesar incluso ideas tan drásticas como esa. De modo que había asentido, reconociendo que debían considerar todas las opciones. Alivio para el almirante interesado. Cierta grado de consternación para los demás, que ahora deseaban haber hecho el anuncio.

Procurarían idear otras estrategias que no entrañaran la probable pérdida del eje de batalla principal, pero, al parecer, nadie era demasiado optimista. Haz siempre lo que el enemigo espera que no hagas. Asesina a tus propios hijos. Esa clase de cosas. La lógica se antojaba impecable.

En fin, siempre podía fabricar un nuevo eje de batalla principal. No era más que un pedazo de materia. Lo que importaba eran los resultados. No era un niño. No era sentimental con respecto al *Luciferos VII*.

Le preocupaba más que aquel sacrificio no bastase. Habían sometido el sistema Ulubis, solo habían perdido un puñado de naves en el transcurso de la invasión, y, al haber capturado algunas naves enemigas, posiblemente habían salido ganando en el trato. No obstante, los escuadrones de la Flota Reunida que se dirigían hacia ellos constituían una fuerza formidable. Disponían de menos naves, pero eran mejores. Quizá fuese una batalla igualada, y solo un idiota querría involucrarse en una. ¡Y tan

cerca! Había sido una terrible conmoción.

Al principio, Luciferos no había podido creerlo. Se había enfurecido, había pateado y escupido, ordenando a los técnicos que se asegurasen una y otra vez. Debía haber algo mal, debía haber un error. La Flota Reunida no podía estar tan cerca. Les habían asegurado que pasaría medio año (incluso un año entero) hasta que tuvieran que hacer frente al contraataque. En cambio, la Flota Reunida estaba prácticamente sobre ellos antes de que hubiesen tenido tiempo de establecerse debidamente. Cabrones forasteros. Tenía que ser culpa suya. Ya vería lo que se podía hacer con esos hijos de puta traidores a su debido tiempo. Mientras tanto, debía preocuparse por el contrataque.

Por supuesto, si a la llegada de los escuadrones de la Flota Reunida poseían lo que habían venido a buscar, las cosas podían ser muy distintas.

Unas pocas semanas para encontrar el objeto de su búsqueda. Tenía una sensación muy desagradable de que no iba a ser suficiente.

La nave creía que estaba muerta. Fassin conversaba con ella.

Había esperado que pudieran realizar el viaje de regreso desde el Rovruetz hasta el sistema Direaliete más deprisa que el viaje de ida, porque la nave voehn era más veloz que el *Velpin*, pero no iba a ser así. El *Proptreptic* aceleraba más rápido que el *Velpin*, pero debido a las heridas que le había infligido a Y'sul el comandante voehn, el morador no sobreviviría a las tensiones. Regresaron más despacio de lo que se habían ido.

Y'sul estaba sumido en un coma sanador, en la horquilla improvisada que le habían fabricado Quercer y Janath, en uno de los asientos extendidos del espacio de mando. Aumentaron la aceleración hasta cinco gravitones, se desplazaron en punto muerto en tanto se aseguraban de que el morador no sufriera más daños debido a las tensiones acumuladas, emprendieron el siguiente tramo de aceleración, que se incrementó suavemente hasta diez gravitones, y volvieron a asegurarse. Al fin se establecieron en cuarenta gravitones, aunque para cuando hubieron descubierto que era seguro casi habían llegado al punto en que debían dar la vuelta y empezar a desacelerar para descender hacia el sistema expectante.

Y'sul seguía durmiendo, recuperándose. El siamés IA se regocijaba explorando los sistemas tremendamente complejos de la nave voehn, y sus diversas capacidades marciales.

Fassin no tenía nada que hacer, sino flotar en su propia horquilla de aceleración improvisada en el asiento contiguo al de Y'sul. No le dejarían quedarse allí cuando se aproximaran al portal del conducto; Quercer y Janath habían descubierto un camarote pequeño y estrecho, varios mamparos detrás del espacio de mando, donde podía esperar hasta que concluyese aquella experiencia concreta. Entretanto, después de proferir algunas protestas, le permitieron acceder al ordenador del *Protreptic* por

medio de un interfaz, aunque insistieron en que fuese a considerable distancia de los sistemas del núcleo de la nave y le acompañara una suerte de subpersonalidad de sí mismos. Las visitas se llevarían a cabo en un factor dos o tres de la fase dilatoria, lo que complacía a todos los interesados. Al menos, pensó Fassin, el viaje le parecería más breve.

El entorno virtual donde le permitían reunirse con la nave adoptaba la forma de un templo enorme y semiderruido, junto a un amplio río de corriente sosegada, en el límite de una ciudad grande, taciturna y silenciosa, bajo un sol menudo, elevado e inmóvil, de un intenso color blanco azulado.

Fassin estaba representado como su yo humano, ataviado con prendas domésticas informales, la nave como un anciano flaco con taparrabos, y la subrutina de la IA como una suerte de simio pelirrojo con extremidades largas y desgarradas, un casco antiguo y demasiado grande que se balanceaba sobre su cabeza, una coraza abollada con una correa rota, cruzada sobre su pecho bulboso, y una falda corta de cuero segmentado que colgaba de sus flacas caderas. De su costado pendía una espada corta y oxidada.

En la primera visita de Fassin a la personalidad de la nave, el simio le había llevado de la mano desde una puerta, acompañándole en su descenso por unos escalones hasta el río, donde se sentaba el anciano, observando las aguas pausadas y terrosas.

Al otro lado de la corriente ancha y aceitosa se extendía un resplandeciente desierto de cristal roto, que se ensanchaba por colinas bajas y onduladas hasta donde alcanzaba la vista, como si todo el cristal destrozado del universo se hubiese congregado en ese inmenso lugar.

—Claro que estoy muerto —explicó la nave. El anciano tenía la piel verde, muy oscura, y su voz estaba hecha de suspiros y resuellos. Su rostro era casi inmóvil, una máscara envejecida y canosa, con un mostacho blanco y ralo—. La nave se autodestruyó.

—Pero si estás muerto —repuso Fassin—, ¿cómo puedes hablar conmigo?

El anciano se encogió de hombros.

—Estar muerto es dejar de formar parte del mundo de los vivos. Es ser una sombra, un fantasma. No quiere decir que no se pueda hablar. Hablar es casi lo único que se puede hacer.

Fassin desistió antes de intentar persuadir al anciano de que seguía vivo.

—¿Qué crees que soy? —preguntó.

El viejo le observó.

—¿Un humano? ¿Varón? Un hombre.

Fassin asintió.

—¿Tienes nombre? —le preguntó al anciano.

Un ademán negativo con la cabeza.

—Ya no. Antes era el *Protreptic*, pero ahora esa nave ha desaparecido y yo estoy

muerto, así que no tengo nombre.

Fassin le concedió cortésmente al anciano espacio para preguntarle su nombre, pero este no lo hizo.

El simio estaba sentado a un par de metros de distancia, dos escalones más arriba, en dirección al templo festoneado de enredaderas. Estaba reclinado y sostenía su peso sobre sus largos brazos, extendidos tras él, mientras se hurgaba en una oreja con un pie alargado y delicado, e inspeccionaba los resultados con suma concentración.

—Cuando estabas vivo —dijo Fassin—, ¿estabas realmente vivo? ¿Eras sensitivo?

El anciano se inclinó hacia atrás y emitió una risa breve.

—Bendito seas, no. Solo era software en un ordenador, fotones dentro de un sustrato de nanoespuma. Eso no es estar vivo, en el sentido convencional.

—¿Y en el sentido no convencional?

Volvió a encogerse de hombros.

—Eso no importa. Solo importa el sentido convencional.

—Háblame de ti, de tu vida.

Una mirada inexpresiva.

—No tengo vida. Estoy muerto.

—Pues háblame de la vida que tuviste.

—Era una nave aguja llamada *Protreptic*, de la Tercera Vértebra del Escuadrón de purificadores cesorianos voehn, fabricada en el quinto décimo del tercer año de Haralaud, en el Eje Vertebrado, Khubohl III, Bunsser Menor. Era una nave extensible, de una extensión mínima de quince metros, valorada en el noventa y ocho por ciento conforme a la medida del cociente de compatibilidad con portales estándar, diámetro normal de operaciones sin almacenar...

—La verdad es que no me refería a los aspectos técnicos —le interrumpió Fassin con amabilidad.

—Oh —dijo el anciano, y desapareció, igual que se apaga un holograma.

Fassin miró al simio, que estaba sosteniendo algo ante la luz. Este le miró, parpadeando.

—¿Qué? —dijo.

—Ha desaparecido —le dijo Fassin—. Se ha ido. El viejo; la nave.

—Es propenso a hacerlo —suspiró el simio.

En la siguiente ocasión, el paisaje que se divisaba al otro lado del río ancho y perezoso desde los escalones del templo era una jungla; un espléndido mural verde, amarillo y púrpura, con extraños tallos sembrados de forúnculos, hojas sesgadas y marañas de vides, cuyas ramas y enredaderas se inclinaban, flácidas, hasta arrastrarse sobre el pausado oleaje de la corriente.

Todo lo demás era igual que antes, aunque quizá el anciano era menos flaco, su rostro parecía un poco menos impasible, y su voz menos fatigada.

—Era un cazador de IA. Durante seis mil quinientos años, colaboré en la búsqueda y la destrucción de anatemáticos. Si hubiera podido sentir esa emoción, habría estado muy orgulloso.

—¿Nunca te resultó extraño perseguir y matar a máquinas que se parecían a ti?

En este punto, el simio pelirrojo (sentado en su puesto habitual, varios escalones más arriba, intentando limpiar su armadura manchada y abollada escupiendo sobre ella y puliéndola a continuación con un trapo mugriento) tosió, pero cuando Fassin levantó la vista hacia el animal este le devolvió una mirada desprovista de expresión.

—Pero si solo era un ordenador —repuso el simio, frunciendo el ceño—. Menos todavía; un fantasma en su interior. Hacía lo que me ordenaban, siempre fui obediente. Era el interfaz entre los voehn que razonaban y tomaban las decisiones, y las estructuras físicas y los sistemas de la nave. Un intermediario. Nada más.

—¿Lo echas de menos?

—En cierto modo. En realidad, no puedo. A mi modo de ver, extrañar algo, verdaderamente, sería experimentar una emoción, y obviamente eso es imposible para algo que no es sensitivo, huelga decir si ni siquiera está vivo. Pero en tanto un estado de cosas me parece de algún modo más preferible a otro, quizá porque uno me permite desempeñar el papel que me asignaron y el otro no, podría decir que añoro la nave. Ha desaparecido. La he buscado, pero no está. No puedo sentirla ni controlarla, por lo tanto sé que debe haberse autodestruido. Debo estar operando en otro sustrato, en alguna parte.

Fassin dirigió su mirada a la criatura simiesca sentada a varios escalones de distancia. Quercer y Janath se habían hecho con el control total del *Protrectic*, bloqueando el ordenador de la nave y el software que lo gobernaba de los subsistemas del navío.

—Entonces, ¿qué crees que soy? —preguntó Fassin—. ¿Qué crees que es ese pequeño simio con armadura que se sienta detrás de nosotros?

—No lo sé —confesó el anciano—. ¿Sois más naves muertas?

Fassin meneó la cabeza.

—No.

—Entonces a lo mejor sois representaciones de los responsables del sustrato en el que ahora opero. A lo mejor deseáis examinar mis actos cuando era la nave.

—Sabes, a mí me parece que estás vivo —dijo Fassin—. ¿Seguro que no puedes estar vivo y ser sensitivo en este momento, ahora que no estás conectado con la nave?

—¡Claro que no! —respondió el anciano, desdeñoso—. Puedo ofrecer una apariencia de vida sin estar vivo. No es muy difícil.

—¿Cómo lo haces?

—Accediendo a mis recuerdos, y teniendo a mi disposición trillones de hechos, obras, libros, grabaciones, frases, palabras y definiciones. —El anciano se miró las puntas de los dedos—. Soy la suma de todos mis recuerdos, además de la aplicación de ciertas reglas de una serie sustancial de instrucciones. Poseo el don de pensar con

extrema rapidez, de modo que soy capaz de escuchar lo que dices, como ser consciente y sensitivo, y responder de un modo que te resulte comprensible, contestando a tus preguntas, captando tus intenciones y anticipando tus pensamientos.

»No obstante, todo esto no es sino el resultado de programas (escritos por seres sensibles) que examinan cuidadosamente ejemplos previos de conversaciones y parlamentos que he almacenado en mis recuerdos, y seleccionan como plantillas los que parecen más apropiados. El proceso parece enigmático, pero es simplemente complicado. Comienza de un modo tan sencillo como cuando tú dices: «Hola», y yo respondo: «Hola», o escojo algo similar conforme a lo que sé acerca de ti, y comprende hasta respuestas tan enrevesadas como, en fin, esta.

De repente, el anciano pareció asombrado, y volvió a desaparecer.

Fassin miró al simio pelirrojo. Este estornudó y sufrió un acceso de tos.

—Nada —dijo— que ver —continuó, entre toses— conmigo.

En la siguiente visita de Fassin, el otro lado del río caudaloso y lánguido parecía un reflejo de la ribera donde se encontraban el anciano, el simio desgarrado y él mismo. Una antigua ciudad de agujas y cúpulas de piedra (silenciosas, tenebrosas y medio consumidas por los árboles y las enredaderas) se presentaba a su vista, así como un inmenso templo alargado, cubierto de estatuas y grabados de bestias fabulosas e improbables, que se levantaba justo al otro lado de donde ellos se sentaban; sus límites inferiores estaban definidos por docenas de espaciosa terrazas de piedra y escalones que conducían a las aguas marrones, oscuras y sosegadas.

Fassin aguzó la vista, para ver si los tres estaban reflejados allí, pero no lo estaban. La ribera opuesta estaba desierta.

—¿Perseguiste y mataste a muchas IA? —preguntó.

El anciano puso los ojos en blanco.

—Cientos. Miles.

—¿No estás seguro?

—Algunas IA estaban dobladas, o formaban parte de grupos más numerosos.

Participé en 872 misiones.

—¿Hubo alguna en un gigante gaseoso? —preguntó Fassin. Se había situado de modo que pudiese ver al simio de la armadura abollada. Este le miró cuando formuló aquella pregunta, y volvió a desviar la mirada. Estaba intentando igualar las abolladuras de su coraza con un martillito. El golpeteo sordo que producía el martillo sonaba hueco y desprovisto de ecos al otro lado del río anchuroso.

—Una de las misiones se desarrolló parcialmente en un gigante gaseoso. Concluyó allí. Una nave pequeña, rebosante de anatemáticos. Los perseguimos hasta la atmósfera del gigante gaseoso Dejiminid, donde intentaron despistarnos en las terribles tormentas de viento. El *Protrectic* estaba más capacitado que su nave para aquella atmósfera, y al final, al sumirse en profundidades cada vez mayores en su

empeño desesperado por librarse de nosotros, su navío se hundió bajo la presión, y resultó aplastado, arrastrando a cuantos se hallaban a bordo hasta las profundidades de metal líquido.

—¿No hubo testigos moradores que protestaran por ello?

El anciano le observó, inquisitivo.

—No eres un morador de verdad, ¿no? Había pensado que a lo mejor operaba en un sustrato controlado por moradores.

—No, no soy un morador. Ya te lo he dicho; soy un humano.

—Bueno, la respuesta es que no nos habían visto penetrar en su planeta. Protestaron más tarde. Esa no fue sino la primera de las dos ocasiones en que el *Protrectic* operó activamente en un gigante gaseoso. Normalmente todas nuestras misiones se desarrollaban en el vacío.

—¿Y la otra?

—Fue hace poco. Secundamos la persecución de un amplio contingente de naves forasteras en las proximidades de Zateki. Entonces también triunfamos.

—¿Qué os llevó hasta la sepulnave Rovruetz? —preguntó Fassin.

El sonido del golpeteo uniforme y nivelador se interrumpió. El simio pelirrojo sostuvo su coraza para exponerla a la luz, se arañó el pecho, y se puso de nuevo a golpear con el martillo.

—¿Representas al Consejo de Investigación de los purificadores? —preguntó el anciano—. ¿Eso es lo que eres en realidad?

—No —dijo Fassin—, no lo soy.

—Oh. Pues bien, durante los últimos dos siglos y medio, en tiempo uniforme —explicó el anciano—, habíamos buscado información referente a la supuesta Lista de los Moradores. —En este punto, el simio de alargadas extremidades se rió sonoramente, pero el anciano no dio muestras de advertirlo—. Estuvimos durante largo tiempo en la región del sistema Zateki, investigando la teoría de la segunda nave. La información que adquirimos en esta región resultó en varias misiones secundarias y terciarias. Ninguna de ellas reportó resultados en la cuestión de la lista, la teoría de la segunda nave y el supuesto transformador, pero en cambio localizamos y destruimos a dos IA en el curso de dichas submisiones. Hace unos cinco meses nos reclamaron desde el sistema Rijom para destinarnos al sistema Direaliete, y después establecimos una trayectoria de intercepción hacia la sepulnave Rovruetz. No me explicaron las razones de dicho curso de acción, pues las órdenes correspondientes estaban destinadas personalmente al comandante Inialcah, y se transmitían más allá de mis sentidos.

—¿Descubristeis novedades sobre la lista y el transformador? —preguntó Fassin.

—Creo que el único descubrimiento propiamente dicho que creímos haber hecho, en el sentido de añadir algo que no fuera un rumor adicional al entramado de mitos y rumores que ya existían en relación con el tema era (si había algo de cierto en la cuestión) que los portales estaban inactivos, y quizá solapados, en los cinturones

Kuiper o las nubes Oort de los sistemas correspondientes, a la espera de una señal codificada transmitida por radio o a través de un medio similar. Eso es lo que era el transformador: una señal, así como el medio y la frecuencia en que debía transmitirse. Eso tenía sentido por cuanto resultaba sencillo inspeccionar y descartar los emplazamientos normalmente estables donde los portales podían haberse mantenido ocultos con éxito a lo largo de periodos de tiempo tan considerables, como los puntos Lagrange, y otros similares. —El anciano volvió a mirar con sorna a Fassin—. ¿Tú también buscas la verdad de la lista?

—Lo hacía —dijo Fassin.

—¡Ah! —La representación del anciano pareció complacida por una vez—. Entonces, ¿también estás muerto?

—No, no estoy muerto, pero he dejado de buscar, por el momento.

—¿Qué te llevó a la sepulnave Rovruetz? —preguntó el anciano.

—Pensaba que tenía un rastro, una pista, un camino a seguir —le dijo Fassin—. Sin embargo, la criatura que podría haber poseído la prueba había destruido lo que atesoraba y se había suicidado.

—Qué mala suerte.

—Sí, mucha.

El anciano alzó la vista hacia el cielo despejado de color azul bronceo. Fassin siguió su mirada, y mientras lo hacía, el anciano desapareció.

Había algo. Fassin estaba sentado en la nave de gas, aplastado contra el diván improvisado del espacio de mando de la nave voehn debido a la aceleración continuada, observando el panorama casi estático y más bien aburrido desplegado frente a ellos en la pantalla principal, y supo que estaba pasando algo por alto.

Algo le inquietaba, algo le molestaba, algo se le insinuaba en los momentos de distracción o cuando soñaba, y se alejaba, escurridizo, antes de que pudiese atraparlo.

No dormía mucho (solamente un par de horas al día en total) pero cuando lo hacía normalmente soñaba, como si su subconsciente se viese obligado a hacinar todas sus ensoñaciones en la reducida cantidad de espacio disponible. En una ocasión se encontraba de pie en un arroyuelo, en algún lugar de los jardines de una gran casa que no alcanzaba a ver, con los pantalones arremangados, intentando atrapar peces con las manos desnudas. Los peces eran sus sueños, aunque Fassin era vagamente consciente en ese momento de que la situación era un sueño en sí misma. Cuando intentaba atrapar a los peces (presencias pequeñas y sinuosas que se precipitaban como alargadas lágrimas de mercurio en torno a sus pies), estos desaparecían dando coletazos.

Cuando levantó la vista, el arroyo atravesaba un imponente anfiteatro, y una multitud le observaba atentamente.

En el punto de transición del trayecto, cuando el *Protrectic* cesó de acelerar, se

detuvo, realizó un giro de ciento ochenta grados y dirigió sus motores a su destino para dar comienzo a la desaceleración, Quercer y Janath emplearon algún tiempo en asegurarse de que Y'sul siguiera recuperándose satisfactoriamente.

Mientras tanto, Fassin exploró un poco más la nave voehn, flotando por los angostos tubos de acceso circulares con la nave de gas de punta de flecha, inspeccionando los alojamientos de la tripulación, así como las despensas y las salas. Unas cámaras teledirigidas seguían todos sus movimientos: el minucioso sistema de vigilancia interno de la nave propiciaba que Quercer y Janath le dedicasen la atención que juzgasen apropiada.

Descubrió lo que tomó por el camarote del comandante, a un par de mamparos tras el espacio de mando. Para ser obviamente un espacio personal, tenía las dimensiones más generosas que hubiese visto. Parecía desnudo y alienígena. Había una versión ligeramente más confortable de uno de los asientos de horquilla dotados de vértebras que ya se había acostumbrado a ver por toda la nave, así como representaciones de coberturas en ciertas paredes, y lo que tal vez fuesen diseños de alfombras en el suelo. Solo había diseños, pintados o proyectados por alguna tecnología de película fina; Fassin no estaba seguro. Del mismo modo, no había ornamentos, sino hologramas de ornamentos. Había oído que así eran la mayoría de naves de guerra, con objeto de disminuir el peso y las posibilidades de que los muebles salieran despedidos durante las maniobras bruscas, teniendo la apariencia de las cosas en lugar de su presencia física.

Flotó frente a un diseño de alfombra que parecía un fragmento de texto, cubierto de un entramado de glifos pequeños y enrevesados, pero no pudo hallar constancia alguna de semejante lenguaje en los recuerdos de la nave de gas. Se preguntó qué decía. Grabó la imagen. Probablemente Quercer y Janath la borrarían cuando atravesaran el portal, pero no importaba.

En su siguiente reunión con la nave, al otro lado del río había un muro enorme, tenebroso y escarpado, de color azabache, que se alzaba de las aguas, cuya cima estaba coronada por almenas y torretas provistas de cañones. Otros cañones descollaban de los puertos de artillería distribuidos en filas escalonadas por toda la sección elevada de la fabulosa muralla, que así remedaba el costado de una antigua nave marítima, si bien la mayor y la de extensión más absurda de la historia, cuyo extraordinario casco se perdía en la distancia. Los cañones no eran estáticos sino que obedecían a una secuencia de movimiento, en oleadas que recordaban casi a una locomoción, de modo que los cañones expuestos se parecían extrañamente a remos ineficaces en un trirreme de diseño rematadamente malo, o a un ciempiés imposible panza arriba.

El simio pelirrojo tomó asiento en las inmediaciones como de costumbre. Tenía un escudo nuevo, redondo y sumamente pulido. Se sentaba mirándolo y sacudiendo motas imaginarias de su superficie. En ocasiones lo sostenía para ver sus centelleos a

la luz, y en otras para mirarse en él.

—¿Un texto? —preguntó el hombre de edad avanzada—. ¿En una proyección en el suelo? No, lo lamento, no recuerdo nada de eso, no lo conservo. Si la nave existiese aún, si todavía tuviese acceso... —Parecía triste. Fassin observó al simio pelirrojo, pero este desvió la mirada y comenzó a silbar, o cuando menos lo intentó.

—A lo mejor hay un modo de transmitirte una imagen que tengo —dijo Fassin.

—¿Tienes una imagen? ¿Has estado en la nave? —El hombre parecía sorprendido.

Fassin se vio obligado a ascender de nuevo los escalones y franquear la puerta para regresar a la realidad y disponer las cosas, pero al cabo de varias idas y venidas consiguió mostrarle la imagen que había obtenido. El simio de largas extremidades levantó el escudo y la imagen se reflejó en él.

—Ah, ¿eso? —dijo el hombre. Se acarició la corta barba gris—. Eso es algo que encontró el comandante hace mucho tiempo, cuando estaba al mando de una nave más pequeña. Una traducción al antiguo sagrado de algo que, según creo, indica el final de una abominación, una IA.

—¿Qué dice? —preguntó Fassin.

—Dice: «Nací en una luna acuática. Algunos decían que era un planeta, sobre todo sus habitantes, pero como apenas medía un poco más de doscientos kilómetros de diámetro, “luna” parece un término más adecuado. La luna estaba compuesta enteramente de agua; es decir, era un globo que no solo carecía de tierra, sino también de roca; era una esfera sin núcleo sólido, solo agua en estado líquido, hasta el mismísimo centro del globo.

»Si hubiera sido mucho mayor, la luna habría tenido un núcleo de hielo, pues el agua, aunque se supone incompresible, no es enteramente así, y cuando se somete a presiones extremas se transforma y se convierte en hielo. Si estáis acostumbrados a vivir en un planeta donde el hielo flota sobre la superficie del agua, esto os parecerá extraño y quizá erróneo, pero no obstante así es. Esta luna no tenía el tamaño necesario para que se formara un núcleo de hielo, y por lo tanto, si uno era lo bastante robusto y disponía de protección adecuada contra la presión del agua, podía abrirse paso a través del creciente peso del agua y descender hasta el mismísimo centro de la luna.

»Donde sucedía algo extraño.

»Pues allí, en el mismísimo centro de este globo acuático, parecía que no había gravedad. Sin duda había una presión colosal que te oprimía por doquier, pero en la práctica uno era ingrávido (en el exterior de un planeta, ya sea una luna u otro cuerpo, tanto si es acuático como si no, uno siempre se siente atraído hacia su centro; cuando se encuentra en el centro, uno experimenta un empuje equivalente en todas direcciones), y a decir verdad la presión que se agolpaba en torno a uno, por la misma razón, no era tanta como cabía esperar, teniendo en cuenta la masa de agua que formaba la luna.

»Esto era, por supuesto, ...»

»Y en ese punto se interrumpe.

Fassin reflexionó.

—¿De dónde procede?

—Uno de los anatemáticos que persiguió y ejecutó el comandante Inialcah lo empleó como una especie de mantra de eliminación de memoria, para borrar todo rastro de lo que albergaba la suya. Más tarde se descubrió que esa IA era una de las que asimismo buscaban el supuesto transformador. La persecución despertó el interés del comandante por la materia. Encargó la traducción del mantra de eliminación de la memoria y lo conservó, en parte como una especie de talismán, pero creo que también pensaba que el fragmento específico que la IA decidió sobrescribir en sus recuerdos podría tener un significado útil si lograba descifrarlo, pues aseguraba que las IA eran notorias por ser demasiado astutas si se partían en dos, y que a causa de su arrogancia en ocasiones desvelaban información importante. Esa fue otra razón para preservarlo y tenerlo siempre delante.

En su sueño, Fassin estaba con Saluus Kehar en un balcón abierto a una caldera volcánica, llena de lava hirviente al rojo vivo.

—Tenemos que poner a prueba de gas un montón de cosas para... —Sal hizo una pausa, se aclaró la garganta y agitó una mano—. Coño —continuó, convirtiéndose en un morador, pero de algún modo con rostro humano y sin aumentar de tamaño. Echó a flotar sobre las olas de lava—, idioteces, pequeño Fassin. Le entregué el original de la bestia a un amigo y colega de la ciudad de Direaliete. Un amigo y colega.

Fassin se miró las manos, para asegurarse de que seguía siendo él mismo.

Cuando alzó la vista, Saluus había desaparecido, y había templos a ambos lados del río donde se hallaba, en los que desembocaban empinados tramos de escaleras, tan altos como los muros de una prisión.

—¿El original de qué? —se oyó preguntar.

La ribera opuesta presentaba una ciudad de tiempos inmemoriales, repleta de edificios de media altura, humo, trenes eléctricos y carreteras con diversos carriles llenas de camiones y coches atronadores. Tuvieron que alzar un poco la voz para hacerse oír por encima del ruido. Les llegaba un aroma ardiente, dulce y aceitoso flotando sobre el río.

El mono rojo se hurgaba en la reluciente dentadura con una gigantesca espada.

—¿Otra imagen? —dijo el hombre. Parecía esbelto y saludable, aunque ya no fuese joven. Su barba era sobre todo gris—. Déjame verla.

Como esta vez sabía lo que debía hacer, Fassin le mostró la imagen de la pequeña lámina estampada que representaba un cielo amarillo y unas nubes marrones.

—Está claro que el color está mal —le explicó al hombre—. No he podido evitar reparar en ello.

—Oh sí, pero ahí hay una imagen. La veo.

—Lo sé, pero ¿qué...?

—Y algo de álgebra, cifrado en el código base.

En ese punto, se abatió la espada larga y curva del simio, que atravesó al hombre, hendiéndole desde el cuello hasta la cadera. Sus restos descendieron los escalones hasta el río, chorreando sangre, y se perdieron, escurridizos y plateados.

Fassin miró al gran simio.

—Oye —dijo—, que solo estaba...

—¿Quién es el listo? —siseó el simio, mientras recuperaba la terrible y reluciente espada.

Fassin se despertó temblando. Se hallaba en el interior de un ataúd: acababa de golpearse la cabeza contra la tapa. Intentó parpadear, pero no lo consiguió porque tenía algo en los ojos, que los rodeaba, que le rodeaba por entero, que le llenaba la boca, la nariz y el ano...

Gel antichoque, fluido branquial, la nave de gas. *Cálmate, coño*, se dijo. *¿Desde cuándo eres un observador?*

El *Protreptic*, la antigua nave voehn que se dirigía a Nasqueron, Ulubis a través del sistema Direaliete, bajo el mando de la IA gemela confesa Quercer y Janath, piratas especialistas en eliminar voehn en combate cuerpo a cuerpo.

De nuevo estaban sometidos a una aceleración moderada, con rumbo al sistema y su conducto escondido.

Los detalles del sueño empezaban a escapársele, como peces despidiéndose sinuosamente a través del agua. Y no obstante sentía que había comprendido algo. ¿Qué era?

Estaba confuso.

Algo sobre Saluus, y ¿acaso aparecía también Hatherence? La casa de Sal, solo que era un volcán, y el entorno virtual donde se reunía con la nave, que daba a...

En el gel antichoque, sumergido, rodeado, Fassin sintió que se le desencajaban los ojos, le picaba la piel y sentía escalofríos. Le dio un vuelco el corazón, que latía de forma irregular en su pecho.

Podía hacerlo él mismo. Podía esperar hasta que regresaran a Nasq. y Ulubis, y llevárselo a alguien (si encontraba a Valseir podía preguntárselo a él, aunque dudaba que pudiera encontrarle) pero eso no bastaba. Tenía que saberlo.

Había confinado la lámina estampada en la memoria de la nave de gas. Tendido en el gel antichoque, en el interior de la pequeña punta de flecha, proyectó la fotografía y esta apareció ante su vista, flotando. La imagen del cielo azul y las nubes blancas le resultaba extraña, en parte ajena y errada, pero en parte familiar al mismo tiempo, pues evocaba una sensación que mediaba entre la nostalgia y la morriña.

Amplió la imagen hasta que se convirtió en un compendio de bloques de color. Examinó la imagen en busca de otras más pequeñas, sin encontrar nada, y procedió a

ejecutar diversas rutinas que contenía la biometría de la nave de gas para descubrir patrones en datos aleatorios. ¿Había grabado la imagen con suficiente detalle para descubrir algo oculto en ella? ¿Sería posible encontrar la información oculta, si estaba allí, sin otro código?

Deseó acceder al original, que estaba almacenado en un diminuto compartimento en el exterior de la nave de gas, pero no podía, mientras estuviera sometido a una fuerza tan considerable. De todos modos, Quercer y Janath podían encontrar sospechoso que observara la lámina estampada con demasiada atención. Porque ahí era donde podía hallarse la respuesta, donde podía (si acaso, quizá, tal vez) haber estado desde el principio.

«Le entregué el original del archivo a un amigo y colega coleccionista de Deilte, una ciudad de la región polar meridional, en una caja fuerte...» Eso, o algo muy parecido, era lo que le había dicho Valseir.

Fassin había grabado la conversación palabra por palabra en la memoria de la nave de gas, pero la había borrado a bordo del *Isaut*. No importaba; tenía una memoria bastante buena para los detalles. No se había percatado en ese momento de la implicación de la observación de Valseir (poco después, las naves mercatoriales trataron de irrumpir en la flota de la tormenta, y las cosas se pusieron un poco emocionantes), pero eso significaba que probablemente había una copia. Valseir era un erudito puntilloso en cuanto al uso de la palabra y la terminología de las ediciones y la precedencia. No se habría referido al original de una cosa a menos que fuese necesario distinguirlo de una copia. De modo que había una copia. Había una copia de seguridad, y el viejo morador había encontrado divertido que Fassin la llevara consigo todo el tiempo.

Bueno, era una teoría bastante plausible.

Fassin pensó que era propio de Valseir hacer una cosa así, pero se había equivocado con el morador anteriormente. En ocasiones, los moradores se tornaban obstinados y predecibles, debido a la edad que podían alcanzar, pero a veces también se volvían más retorcidos.

Se durmió, mientras ante él proseguía la ejecución de las rutinas, y soñó con arroyos de números, con álgebra líquido, cargado de ecuaciones y significados que empezaban a adquirir sentido y entonces, en el preciso instante en que intentaba estudiarlos y comprenderlos, se deshacían y se alejaban, escurridizos, perdiéndose en el caos.

Le despertó un suave repique.

Estaba en la nave de gas, a bordo de la nave voehn robada. La desaceleración parecía más suave, como si se aproximaran a su objetivo. Seleccionó una vista exterior y divisó ante él un sol de color rojo anaranjado. La mole con forma de morador que ocupaba el asiento delantero se retorció levemente.

—¿Fassin? —dijeron Quercer y Janath.

—¿Mmm? —respondió él.

- Tenemos que meterte en una celda un rato, ¿vale?
- Sí. Lo comprendo.
- En cuanto lleguemos a un gravitón estándar.
- Escucho y obedezco —dijo, procurando afectar despreocupación.

Cuando regresó al espacio matemático de la nave de gas, Fassin obtuvo un resultado.

En efecto, había datos ocultos en la representación del cielo azul parcialmente nublado de la lámina estampada. Había estado allí todo el tiempo. Había tenido consigo la respuesta, si era tal cosa, desde el principio.

Parecía álgebra alienígena.

Intentó comprenderlo.

No significaba nada.

Podía significar todo.

El archimandrita Luciferos experimentó una desagradable sensación de tensión en el estómago. La reconocía. Era la sensación que tenía cuando podía haber pospuesto algo demasiado, o haberse equivocado de algún modo. Era la sensación de participar en un juego y caer en la cuenta de que había cometido un terrible error un par de turnos o movimientos antes, el deseo de retroceder para deshacer lo que había hecho, rectificar la equivocación y enmendar el error.

De niño, cuando jugaba con otros chicos y cometía un error, a veces le bastaba con decir: *Mira, antes no quería hacer eso, quería hacer esto...* y había descubierto que aunque las reglas del juego prohibieran semejante comportamiento, uno podía salirse con la suya con asombrosa frecuencia. Al principio pensaba que se debía a que era un personaje más poderoso que su adversario, hasta que se percató de que los muchachos con quienes funcionaba esa suerte de táctica solían ser hijos de personas mucho menos poderosas que su padre. Más adelante, él también había adquirido poder, y había descubierto que hacer trampas todavía era una táctica factible. Más tarde aún, había descubierto que no precisaba hacer trampas. Podía cometer una metedura de pata atroz sin sufrir las consecuencias porque su oponente, si adivinaba lo que le convenía en el contexto mayor de la vida más allá del juego, nunca se atrevía a aprovecharse de su error. Era una especie de invencibilidad.

Las máquinas eran distintas; normalmente no te permitían efectuar movimientos ilegales ni rectificar errores previos. Así que debías reiniciarlas y retroceder hasta la posición guardada, o a un momento en que pudieras deshacer el error.

Pero esto no era un juego, y si lo era, Luciferos no sabía cómo se cambiaban las reglas, se barrían las fichas del tablero, ni se presionaba la secuencia «borrar todo». Quizá el fin del juego fuese la muerte, y se despertase en la realidad trascendente que la verdad siempre había mantenido que existía. Eso era reconfortante hasta cierto punto, pues ni siquiera entonces deseaba despertar tras haber fracasado.

El tiempo era un problema. El tiempo y los putos moradores.

El *Luciferos VII* se columpiaba majestuoso en la órbita del planeta Nasqueron. Lo observaba desde su nueva nave insignia, la embarcación de combate principal de flota *Rapaz* (una supernave de batalla en todo menos el nombre, según estaba dispuesto a admitir).

Tiempo insuficiente. ¿Cómo había llegado a ese punto? Si no se hubiera retrasado tanto antes de empezar, si no se hubiera detenido durante el trayecto, o quizá si no hubiera insistido en la disciplina dispositiva de la flota entera...; y, no obstante, había entrado en acción mucho más deprisa que cualquier organización democrática o basada en comités, y le habría enojado dejar bastiones intactos a lo largo de su línea de avance y... y regresar. Además, la disciplina era importante, era importante mantenerse todos juntos. Simbolizaba lealtad, denotaba disciplina militar y personal.

De modo que, en realidad, no había tenido elección. Habían llegado lo antes posible. Los putos forasteros deberían haberle advertido que los escuadrones de la Flota Reunida se acercaban más deprisa de lo previsto. Era todo cosa suya. Hasta podía tratarse de una conspiración en su contra. Habían participado en los ataques sobre Ulubis cuando les había convenido, pero nunca se habían comportado con tanta decisión como podían y debían. Jodidos moralistas lastimeros y cobardes. ¡Objetivos militares! De ese modo preservaban sus preciosos escrúpulos de los cojones y le dejaban el trabajo sucio a él. Si hubieran sido tan enérgicos y despiadados como *Luciferos*, quizá las cosas habrían sido distintas. En cambio, le habían brindado apoyo suficiente para traerle hasta este lugar, y ahora que estaba donde ellos deseaban desde el principio, le abandonaban.

Luciferos se lamentaba por haber accedido a la marcha de la mujer, Liss. Había entregado a *Saluus Kehar*, el industrial, a su pueblo, en gran medida para observar su reacción. ¿Le creerían cuando dijera que le habían secuestrado? ¿O no? El resultado estaba en el aire; la Guardia se lo había llevado para interrogarle. La mujer que le había secuestrado, y que había solicitado devolverle personalmente al descubrir que ese era el propósito del archimandrita, se había esfumado antes incluso de haber cumplido su misión, probablemente para volver con sus amigos forasteros. Había cometido una estupidez al desprenderse de semejante recurso potencial, pero en aquel momento tenía muchas cosas en qué pensar, y todavía no estaba claro el alcance completo de la traición de los forasteros.

¿Dónde estaban sus naves? ¿Dónde estaban sus tropas invasoras, y sus fuerzas de ocupación? Permanecían en la periferia, sin adentrarse en el sistema, demasiado asustados para comprometerse. Habían manifestado su horror y su decepción ante la destrucción de la ciudad y el hábitat, así como ante la reacción de sus tropas frente a ciertos elementos de resistencia. ¡A la mierda! ¡Esto era una puta guerra! ¿Cómo cojones creían que se ganaba? Las bajas habían sido tan escasas que casi resultaban decepcionantes; *Luciferos* no recordaba una campaña de invasión a gran escala que hubiese acabado con tan pocas víctimas. Habían arribado en un número tan

abrumador que las únicas prerrogativas que le restaban al otro bando eran una muerte infructuosa, la rendición o la huida.

También habían tenido una medida de suerte, y suponía que la información facilitada por los forasteros referente a los preparativos militares y las disposiciones de la flota había supuesto una pequeña diferencia. Pero, en pocas palabras, la victoria se debía a los grandes cañones, al elevado número de estos, y las sobrecogedoras batallas espaciales que esperaba no se habían materializado.

De modo que el sistema era suyo, aunque el único territorio que hubiese hollado personalmente fuese una pequeña mansión en medio de la jungla, al hacer una breve aparición para aceptar la rendición formal del jerarca. Habría preferido el valor simbólico del gran palacio esférico de Borquille, aunque estuviese deteriorado, pero el personal de seguridad estimaba que corrían peligro de que hubiese una bomba nuclear bien escondida, o algo igualmente desagradable, de modo que se habían decidido por una casa en medio de la nada. El jerarca y su séquito estaban retenidos a bordo del *Luciferos VII*. Que le matara la Flota Reunida, si así debía ser.

Los forasteros habían notificado escaramuzas con destacamentos del ejército mercatorial ulubino que en su huida se había topado con sus efectivos. Pero hasta en ese punto le llegaban rumores de que permitían rendirse a las naves fugitivas de la Navarquía, o incluso aceptar una suerte de internamiento neutral, sin perjuicio de su tripulación y su armamento, en lugar de destruirlas o capturarlas.

De modo que *Luciferos* estaba otra vez solo, abandonado por sus traicioneros aliados. Le habían atraído con engaños hasta este lugar, habían hecho que eliminase parte de la amenaza contra ellos, y ahora sin duda esperaban que se enfrentase a los escuadrones de la Flota Reunida a su llegada, haciendo el trabajo que ellos eran demasiado cobardes para realizar.

Pues bien, los estrategas y tácticos estaban considerando seriamente moderar sus pérdidas y dirigirse de nuevo a casa. Para algunos sería una ignominia, pero si era lo mejor, no había nada que hacer. La primera vez que oyó ese nuevo y mortificante concepto, *Luciferos* consiguió nuevamente mantener la serenidad. No era estúpido; veía la situación por sí mismo. Haz lo que menos espere el enemigo, lo que menos desee que hagas.

Podían (en este punto no era más que una posibilidad) emprender el camino de regreso a la relativa seguridad de Epifanía 5, en los confines de las regiones desiertas del espacio que habían tardado tantos años en atravesar. Sería una desgracia, pero no obstante quizá fuera lo mejor que podían hacer. Tendrían que dejar atrás un gran número de naves, y ciertamente abandonar el *Luciferos VII*, pues constituía un blanco demasiado lento y tentador, pero podían hacerlo. Dejarían atrás efectivos suficientes para obligar a la Flota Reunida a entablar batalla en el interior del sistema y apostar allí varias embarcaciones; solo se llevarían las naves más veloces para obtener ventaja sobre ellos, con la esperanza de alejar al grueso de los restantes escuadrones de la Flota Reunida (los que serían susceptibles de perseguirles) enviando en una

dirección distinta al *Luciferos VII*, escoltado por una pequeña guarnición de naves menores.

Era horrible plantearse algo así, escapar tan poco tiempo después de su llegada, después de haber conseguido una victoria completa. Pero quizá fuese mejor que quedarse a combatir, cuando el devenir de la batalla resultante estaba tan delicadamente equilibrado.

O, por supuesto, quizá encontrasen lo que en verdad habían venido a buscar. La clave de la Lista de los Moradores, el transformador, la fórmula mágica. Si *Luciferos* se apoderaba de ello, obtendría una moneda de cambio de valor casi infinito. Eso le decían sus consejeros, en todo caso, y mejor que hubieran dado en el blanco en ese punto, si deseaban conservar el pellejo. Literalmente. Desollaría vivos a esos cabrones si le habían llevado hasta tan lejos para nada.

Entre tanto, disponía de una última ocasión, una postrera oportunidad para hallar el objeto de su búsqueda. Era demasiado apremiante y desesperada, pero, como todos los grandes líderes, el archimandrita sabía que daba lo mejor de sí mismo cuando estaba sometido a presión, cuando los pronósticos estaban en su contra y la victoria era incierta. Por supuesto, eso no le sucedía con demasiada frecuencia porque no lo permitía (siempre era mejor ganar sin esfuerzo) pero en el pasado había obtenido algunas victorias ajustadas y se había enfrentado a situaciones de presión, resultando vencedor; no lo había olvidado, y estaba seguro de que no había perdido su toque. Sabía que triunfaría. Siempre lo hacía. La victoria era la única opción concebible.

Podía hacerlo. Solo debía ser resuelto y decidido. Ese era su punto fuerte. De este modo casi era mejor; con tan poco tiempo, y una sola oportunidad, era evidente que debía adoptar una actitud de todo o nada, de todo vale. No había tiempo para plantearse otras técnicas más «razonables». Olvida la calma y la discreción, a la mierda la diplomacia, abandona toda idea de ser razonable, esperando que los demás lo sean a cambio. Sencillamente, hazlo de una puta vez.

El archimandrita se había preparado lo mejor posible. Los tácticos creían que los primeros componentes de la Flota Reunida se echarían sobre ellos, rozando la velocidad de la luz, en menos de una docena de días, y que el resto no les andaba a la zaga. Se acabó la espera. Ahora o nunca.

Se hallaba en el vientre de la gran nave. El semblante de Nasqueron, horrendo, vertiginoso y alucinógeno, se desplegaba bajo sus pies, visible a través de la película de diamante. El archimandrita se había arriesgado a subir a bordo del *Luciferos VII* con este fin. Si se producía un ataque (era improbable, pues estaba mucho del grueso de los escuadrones de la Flota Reunida, pero no era imposible), casi con toda seguridad se abatiría sobre ellos desde arriba, y en ese caso la considerable masa del navío debía protegerlos. El *Rapaz* aguardaba en las inmediaciones, bajo el casco principal, conectado por medio de un corto pasaje. *Luciferos* podía dejar su imponente asiento, atravesar la cámara, embarcar y esfumarse en cuestión de un

minuto. Para mayor seguridad, llevaba un traje ambiental de emergencia bajo las túnicas formales, una presencia sofocante pero tranquilizadora. El cuello del casco estaba oculto por su cogulla, que, al igual que el resto de su atuendo externo, estaba hecha de superficie de ventisca bronceada de voehn.

Acurrucada contra el *Rapaz*, después de que la hubieran registrado en profundidad, en busca de micrófonos y bombas, estaba la nave que había empleado Liss para traerle a Saluus Kehar. Los técnicos estaban muy impresionados. Pensaban que podía dejar atrás a cualquier nave del otro bando. Luciferos habría estado más impresionado si hubiese podido dejar atrás a cualquier misil o rayo del otro bando.

Estaban allí para celebrar una conferencia, una reunión con el propósito manifiesto de discutir cómo el nuevo régimen que gobernaba el resto del sistema Ulubis podía servir de enlace con los moradores.

Estaba presente el jerarca Ormilla, así como el resto de los altos mandos mercatoriales supervivientes. En realidad, no había habido tiempo de emprender una seria reforma de la estructura de poder mercatorial, y cuando descubrió que, como habían señalado los forasteros, la mayoría de los ciudadanos súbditos de los mercatoria les profesaban aversión y resentimiento, aunque no los odiasen activamente, Luciferos había preservado el grueso de las autoridades civiles. Los principales jugadores le habían jurado lealtad, con las excepciones del almirante de flota Brimiaice, que había muerto en combate, la coronel Somjomion de la Ocula, que había desaparecido y probablemente se encontraba a bordo de una de las naves huidas, y el clérigo reinante Voriel de los cesoria, que había preferido la muerte antes que lo que parecía considerar el deshonor de retractarse de sus votos religiosos. Idiota. Luciferos le había disparado personalmente.

Había consultado a varios individuos implicados en la embajada a los moradores (establecida pocos meses antes de la invasión) acerca de las expectativas que debía hacerse de los globos. La mayoría de los miembros de la embajada habían muerto al negarse a capitular el comandante de la nave donde se hallaban, pero algunos habían sobrevivido. No obstante, no le inspiraban mucha confianza.

También estaban presentes tres comandantes, la mitad de la cúpula de oficiales de Luciferos. El resto estaban ocupados en otros lugares, manteniendo una presencia armada donde era necesaria y disponiéndose para el velocísimo pase que habían previsto por parte de las avanzadillas de la Flota Reunida.

No había forasteros, por supuesto. Todavía estaban conmocionados por su desaprensivo comportamiento en la cuestión de la ciudadela y el hábitat atestado de artistas, bichos raros y bienhechores. Debía explicarles que solo había escogido aquella ciudad (como se llamara, había olvidado su nombre) porque estaba situada en la costa y cobijada por montañas, de modo que pudiese llevar de nuevo a cabo su truco de escultor. Con suerte, eso volvería a horrorizarles.

Los (¿Delegados? ¿Representantes? Lo que cojones fueran) del bando morador componían un grupo repelente. A pesar de su aspecto corpulento e imponente, sobre

todo con sus enormes trajes ambientales, semejantes a ruedas, cuando se trataba con moradores era necesario hacer frente al problema aparentemente irresoluble de encontrar a alguien revestido de autoridad suficiente para hablar en nombre de todo el planeta. Luciferos había aprendido en los albores de su carrera que era mejor soslayar a los moradores. Si no les molestabas, ellos tampoco lo hacían. Habría preferido no mezclarse con los puñeteros globos si hubiera podido evitarlo. Pero no podía, de modo que se estaba esforzando.

Había tres moradores presentes. Supuestamente tenían la misma antigüedad, y estaban solos, sin ayudas de campo, secretarios ni subalternos de ninguna clase; de haberse tratado de cualquier otra especie, eso habría indicado que no eran gente seria, pero con los moradores no significaba nada de particular.

Se trataba de Feurish, una suerte de erudito político que hablaba en nombre de la gran banda ecuatorial de color marrón rojizo que divisaban bajo ellos, Chintsion, el actual gran jefe de un consorcio que representaba a todos sus clubes, así como a otras organizaciones voluntarias (sonaba insultante, pero supuestamente sus «clubs» daban cabida a su ejército, de reputada eficacia), y Peripule, el administrador municipal de su mayor ciudad, aunque no se trataba de una ciudad capital en el sentido convencional, y al parecer tal nombramiento se consideraba una imposición, en lugar de un honor o una ocasión para disfrutar del poder. Todos poseían títulos rimbombantes que en realidad carecían de significado. Solo revelaban la edad de los moradores.

El archimandrita habría preferido a individuos de antigüedad más notoria (si existía tal cosa en la sociedad de los moradores), en un número más alto, pero debía conformarse con lo que estaba a su alcance, sobre todo, teniendo en cuenta las restricciones de tiempo. No obstante, había otros moradores a bordo del *Luciferos VII*: más de trescientos. Habían recibido a dos cargamentos enteros de adolescentes y jóvenes adultos que realizaban una larga visita, como parte de algo parecido a una excursión escolar para mayores. Al parecer, se trataba de un club de entusiastas de las naves alienígenas. Luciferos nunca lo habría permitido en circunstancias normales.

Luciferos estaba convencido de que los moradores no le prestaban toda su atención. Sus expertos observadores de alienígenas le habían indicado que la mayor parte de la población de Nasqueron era indiferente a la pequeña guerra que acababa de librarse, así como a la presencia de la flota invasora. De hecho, la mayoría ignoraba lo sucedido y era improbable que les importase. Los peculiares servicios informativos del planeta estaban repletos de informes referentes a un evento llamado guerra formal que se celebraba entre dos de las bandas atmosféricas. Al parecer, se trataba de una forma de deporte extremo que se disputaba en una escala inmensa, en lugar de lo que Luciferos consideraba una verdadera guerra. Estaban jugando.

Pues ya vería qué podía hacer para que le dedicaran la atención que se merecía.

Suspendidos sobre aquel grandioso panorama, se habría dicho que los asistentes estaban a punto de caer. En el entramado de pórticos desplegado sobre ellos acechaba

la guardia personal de Luciferos, con exoesqueletos y garras acolchadas, velando con precisión serena y sigilosa.

—Vayamos al grano —dijo Luciferos, cuando algunas inconsecuencias sin sentido se prolongaron demasiado—. Queremos al observador Fassin Taak —anunció a los moradores—. Para ser más precisos, queremos cierta información que creemos que está buscando.

—¿Qué información? —preguntó Chintsion. El jefe de los «clubs» estaba resultando el más voluble de los tres moradores hasta el momento. Su enorme traje ambiental descansaba sostenido en una hamaca tendida sobre la suave oquedad de la superficie, mientras la luz biliosa que reflejaba el planeta despedía un brillo desmayado al atravesar la película de diamante. Su traje ambiental era de color gris, con galones de rosa chillón.

—No podemos divulgar eso —respondió Luciferos.

—¿Por qué no? —inquirió el erudito, Feurish. El color de su traje ambiental era de una especie de blanco sucio.

—No puedo decírselo —le atajó Luciferos, alzando una mano enguantada y enjoyada—. Y por favor, no pregunte por qué. Sencillamente acéptelo.

Los moradores guardaron silencio. Probablemente se estaban haciendo señales. Los técnicos de Luciferos se lo habían advertido, y habían procurado diseñar las hamacas de tal forma que las criaturas no pudieran comunicarse entre ellos. Pero en cuanto los moradores descubrieron las disposiciones de los asientos protestaron ruidosamente y empezaron a tirar, empujar e intentar desplazarlos, hasta empezaron a colocarlos de modo que estuvieran en posiciones relativas más de su gusto. Luciferos rechinó sus dientes de diamante, indicó a los técnicos que les ayudasen, y esperó hasta que los moradores se hubieron declarado satisfechos.

Al fin se hallaban todos sentados en un gran círculo; los moradores, el jerarca y su puñado de consejeros formaban la mayor parte de una mitad de la circunferencia, y los humanos y los demás, incluyendo al archimandrita, componían la otra mitad.

—No sabemos dónde se encuentra el observador Fassin Taak —dijo Chintsion—. La última noticia es que se dirigía a una ciudad de la región polar septentrional llamada Eponia. Pero no era más que un rumor.

—¿Eponia? —intervino el tercer morador, Peripule. Su traje ambiental era de un marrón intenso y reluciente, con volantes que parecían algas—. He oído que le vieron en Deilte.

—¿Deilte? —dijo Chintsion, desdeñoso—. ¿En esta época del año?

—Es un alienígena —apuntó Peripule—. No sabe nada de estilo.

—Bueno, en primer lugar —empezó Chintsion—, tiene un protector, y...

—Caballeros —interrumpió Luciferos. Los tres moradores retrocedieron, como ultrajados.

—El archimandrita Luciferos es un hombre ocupado —tronó el jerarca Ormilla—. Es mejor discutir las cuestiones relativas a la popularidad estacional de las

ciudades de Nasqueron entre sesiones, no durante ellas.

—Pequeño morador —repuso Chintsion—, como favor a vuestra última tanda de amos, a pesar de la probable y moderadamente hilarante brevedad de su precedencia, estamos intentando establecer el paradero de ese tal Taak. El...

Luciferos dejó de escuchar. Se volvió hacia Tuhluer, que estaba sentado justo detrás, a su lado. Le miró a los ojos. Tuhluer sostuvo su mirada. Luciferos advirtió que tragaba saliva. Pero no apartó la vista. Tuhluer nunca había osado hacer eso anteriormente. Luciferos se inclinó levemente hacia él y susurró:

—Los tiempos desesperados exigen soluciones desesperadas, Tuhluer.

El otro bajó la mirada, y a continuación asintió y empezó a pulsar señales en su guante. El archimandrita se volvió de nuevo hacia delante.

Resonó un ruido sordo y distante, seguido de otro un segundo más tarde, y después otro, como el tictac de un gran reloj.

Luciferos escuchó las razones de los peregales ulubinos, dos ancianos llamados Tlipeyn y Emoerte, que intentaban persuadir a los moradores para que cooperasen. Los moradores daban sinceras muestras de no comprender siquiera el significado de esa palabra.

Por el rabillo del ojo, el archimandrita distinguió una línea de motitas que flotaban hacia un lado, recortándose con precisión contra las mugrientas nubes marrones y amarillas del planeta, mientras se dirigían a sus cimas, miles de kilómetros más abajo.

—Créannos cuando decimos que hablamos en serio —aseguraba el comandante Binstey, comandante a cargo de las fuerzas terrestres, dirigiéndose a los tres moradores.

—Estoy seguro de ello —dijo Chintsion, con ligereza—. Pero eso no cambia el hecho de que quizá seamos totalmente incapaces de ayudarlos.

El comandante Binstey empezó a hablar de nuevo, pero Luciferos le interrumpió.

—Caballeros —susurró, y Binstey guardó silencio—, permítanme que dirija su atención al panorama de ahí al lado. —Agitó una mano enjovada hacia la línea irregular de motas que se desplazaba con lentitud sobre el rostro del planeta, distorsionado por el gas.

Todos miraron en aquella dirección. Los moradores se retorcieron levemente en sus asientos. Los asistentes que gozaban de una visión especialmente buena ya estaban reaccionando. Luciferos les oyó mascullar y jadear, profiriendo las expresiones habituales de conmoción.

—Hablamos en serio —sentenció Luciferos, dirigiéndose a los moradores, y se puso en pie—. ¿Oyen ese ruido? —Inclinó la cabeza, como a la escucha. El sonido apagado del tictac continuó; sereno, implacable—. Se trata de una rampa para lanzar bombas, que dispara una por segundo. Pero en este caso está disparando personas, en lugar de cabezas explosivas. Estamos arrojando al espacio a seres humanos desprotegidos en dirección a su planeta, a razón de más de tres mil por hora.

Hombres, mujeres y niños, adultos jóvenes y viejos, de todas las esferas sociales, que en su mayor parte capturamos en naves rendidas y hábitats damnificados. Tenemos más de veinte mil a bordo. Seguiremos lanzándolos a este ritmo hasta que hagamos progresos. —Esperó la reacción de los tres moradores, pero estos se limitaron a contemplar la visión—. Ahora —prosiguió—, ¿alguno de los presentes cree que se ha acordado de algo útil?

Observó a las personas y los alienígenas que miraban fijamente a la línea de puntos negros mientras esta se distanciaba pausadamente de la gran nave. Algunos se volvieron hacia él, y apartaron la mirada cuando encontraron la suya, procurando disimular su odio, su miedo y su horror. Era extraño que reaccionasen con semejante intensidad ante un suceso desagradable que se producía frente a ellos, pero estuvieran dispuestos a ignorar atrocidades mucho más terribles que se cometían en otros lugares.

Luciferos asintió en dirección a Tuhluer, y se encendió una pantalla de gran tamaño en un lado de la cámara para documentar el proceso. Enfocaba a las personas (humanos de todas clases, como había dicho) que cargaban en recámaras enormes y circulares. La mayoría se resistía, pero estaban constreñidos por una estrecha envoltura semejante a un saco de dormir elástico que les cubría todo el cuerpo, excepto la cara, impidiéndoles hacer otra cosa que retorcerse como gusanos, escupir e intentar morder a los soldados pertrechados con exoesqueletos mientras estos los introducían en las recámaras de los lanzadores. La superficie de la inmensa bodega estaba cubierta de cuerpos convulsos, debatiéndose. El sonido aumentó de volumen, y los presentes en la cámara de conferencias oyeron los gritos, los llantos, los chillidos y las súplicas de los humanos.

—¡Archimandrita! —chilló el jerarca—. ¡Debo protestar por esto! Yo no...

—¡Silencio! —bramó el archimandrita. Miró a los demás—. ¡Todos vosotros! ¡Ni una puta palabra! —Durante un rato el único sonido fueron los golpes repetidos y amortiguados del lanzador.

La escena cambió a la boca de un lanzador situado en el exterior de la nave, que arrojaba personas al espacio; con suma delicadeza, para tratarse de un cañón. Su envoltura se desprendía cuando los expulsaban, y retrocedía con brusquedad hasta sus tobillos, de modo que pudieran retorcerse a su entera satisfacción, convulsos y espasmódicos, al enfrentarse desnudos al vacío, mientras se asfixiaban. Algunos intentaban contener el aliento y se hinchaban, a punto de estallar. Les manaba sangre de los oídos, los ojos, la boca y el ano. Las cámaras les seguían. En general, el movimiento se prolongaba un par de minutos y luego cesaba. Entonces adoptaban una pose congelada (algunos se acurrucaban en posición fetal, otros extendían los brazos y las piernas) y rotaban lentamente, como parte de una cinta transportadora invisible, dirigiéndose a las distantes cimas de las nubes.

—¿Por qué haces esto, exactamente? —preguntó el morador Feurish al archimandrita. Parecía simplemente confundido.

—Para que os concentréis —respondió Luciferos con frialdad. Oyó que alguien vomitaba en la cámara. La mayoría de los presentes evitaban su mirada. Los pórticos estaban atestados de guardias inmóviles que apuntaban a los asistentes.

—Pues yo estaba perfectamente concentrado —repuso Feurish, con algo parecido a un suspiro—. Seguimos sin poder ayudarte.

—Entregadme al observador Fassin Taak —ordenó Luciferos, advirtiendo que empezaba a brotarle un poco de sudor (¿qué?) en la frente. Le puso fin de inmediato.

—No tenemos a ese dichoso Taak —arguyó el administrador municipal Peripule, razonable.

—Pues decidme dónde está —exigió Luciferos.

—Lo sentimos —dijo Chintsion—. No podemos ayudarte.

—¡Decídmelo de una puta vez! —rugió Luciferos.

—¿Cómo podemos...? —empezó Feurish. Entonces Chintsion le interrumpió.

—Quizá podamos preguntar a los que aseguran haber visto al observador Taak por última vez dónde creen que pueda estar.

—Se decía que algunos miembros de la embajada le estaban buscando —señaló Feurish—. A lo mejor descubrieron algo.

—Creía que todos habían muerto cuando destruyeron las naves de la embajada —dijo Chintsion—. ¿No fue así?

—Mira —sugirió Peripule, cabal—. ¿Por qué no lo consultamos con la almohada, eh?

Luciferos señaló con rabia a la línea de cuerpos que se dirigía lentamente al planeta.

—¿Es que no lo entendéis, gilipollas? ¡No pienso parar hasta obtener lo que deseo!

Los tres moradores se volvieron al unísono para observar.

—*Hummm* —musitó Peripule, pensativo—. Espero que tengas bastante gente.

Luciferos apretó los puños. Se sentía a punto de explotar, como si fuera uno de los integrantes de la pequeña cadena de montaje de la muerte que se deslizaba por la curva ventana diamantina. Se esforzó por conservar la gélida serenidad de su voz cuando dijo:

—Hay trescientos jóvenes moradores a bordo de esta nave. ¿Y si los usamos a ellos? Para hacer prácticas de tiro. ¿Qué os parece?

—Me parece que se van a enfadar —respondió Chintsion, y se rió.

—No estás intentando amenazarnos en serio, ¿verdad? —preguntó Feurish.

—Haría bien en señalar, señor Luciferos —observó Chintsion, con algo que casi parecía humor—, que algunos de los clubs que represento tienen inclinaciones militares. Hacen gala de un entusiasmo maravilloso, por supuesto, y me enorgullece personificarles, como es natural, pero a veces... no sé, puede que debido al aburrimiento... manifiestan ciertas tendencias que casi podría decirse que rayan en lo que uno espera de tipos con mentalidad de disparar primero. Ah. Usted ya me

entiende.

Luciferos clavó la mirada en aquel globo cretino. El sonido acompasado de los golpes continuaba. La línea de formas minúsculas y oscuras seguía desplazándose por el rostro lívido y torturado del gigante gaseoso. Se volvió a Tuhluer.

—Pasad a zafarrancho de combate total —dijo—. Apagad la pantalla.

La inmensa faz de Nasqueron desapareció al adoptar la burbuja de diamante un color negro obsidiana. La amplia cámara se oscureció aún más, y dio la impresión de encoger. El ruido sordo aumentó de volumen.

—Vamos a tomaros como rehenes a los tres —anunció Luciferos a los moradores—, al igual que a los jóvenes de vuestra especie que actualmente se encuentran a bordo de esta nave. Si intentan rescataros o asaltar esta nave, o cualquiera de mis naves o posesiones, seréis ejecutados. Si al cabo de seis horas estándar no obtengo resultados de probada utilidad sobre el observador Fassin Taak o lo que estaba buscando, empiezo a ejecutaros de todas formas, empezando por vosotros tres. ¿Entendido?

—De verdad, señor Luciferos —dijo Feurish—, esta no es forma de moderar una conferencia.

—Debo admitir que estoy de acuerdo —convino Chintsion.

—Silencio —ordenó Luciferos—. También he apostado un gran número de naves armadas con cabezas explosivas antimateria de varias toneladas reales alrededor de este gigante gaseoso. Destruidores de planetas. Si no pasa nada cuando estéis todos muertos, empiezo a detonarlas en vuestra preciosa atmósfera de los cojones. A su debido tiempo informaré de lo que pasa a las autoridades del enorme pedo podrido que llamáis planeta. —El archimandrita miró a los guardias inclinados sobre los pórticos—. Lleváoslos. Sacadlos de esos trajes ambientales. Cortando, si es necesario.

Una docena de figuras tenebrosas y gigantescas, como armaduras antiguas con grandes joyas oscuras engastadas, descendieron sobre ellos, posándose en la negra película de diamante sobre sus voluminosas piernas, con las garras extendidas. Cada uno de los tres moradores con traje ambiental se vio rodeado por cuatro de ellas.

—Bien, caballeros —declaró el morador llamado Peripule, pesaroso, dirigiéndose a los otros dos—, supongo que no tenemos derecho a decir que no estábamos prevenidos.

Un instante después, tres bastidores luminosos circulares de color violeta destellaron en el interior de la lóbrega sala, una en torno a cada morador, haciendo retroceder a los guardias equipados con exoesqueletos a los que derribaron físicamente, y alzaron y arrojaron contra las paredes a las personas desprotegidas que se hallaban más lejos. La onda de choque alcanzó el elevado asiento de Luciferos una fracción de segundo después de desplegarse el escudo de seguridad, de modo que el archimandrita presenció el caos resultante a través de un telón de roca fundida de diamante semiplateado.

El estallido sacudió el asiento y a su ocupante, para reflejarse y reverberar en las distantes paredes. Los tres cilindros de color violeta se disiparon, dejando tres enormes agujeros perfectamente circulares en la negra película diamantina del suelo, por donde penetraba la luz enfermiza y de color marrón amarillento de las cimas de las nubes de Nasqueron. El aire de la sala se escapaba por las aberturas en un remolino ululante. En el exterior se produjeron destellos de luz blanca. Dos de los guardias pertrechados con exoesqueletos rodaron por el suelo, manoteando en busca de asidero, antes de ser absorbidos por los agujeros. Luciferos observaba impasible. Los presentes, la mayoría inconscientes y gravemente heridos, empezaron a deslizarse desde los confines de la cámara donde los habían depositado las explosiones triples hasta los tres brillantes agujeros. Una tercera figura ataviada con exoesqueleto estaba siendo atraída hacia el agujero más próximo y el vórtice tumultuoso que se formaba sobre él, arañando la superficie lisa de diamante con sus manos gigantescas y haciendo aspavientos frenéticos. Entonces, los sistemas de la nave reaccionaron al fin ante lo que sucedía y una forma oscura destelló sobre las tres punciones en la piel del navío, sellando la luz del exterior y preservando lo que quedaba de la atmósfera.

Volvió a imponerse una calma relativa. El ruido incesante de los golpes continuaba. Un sonido torrencial indicó que se estaba bombeando aire de repuesto en la cámara. Los guardias se incorporaron, miraron en derredor, y se apresuraron a formar un escudo protector alrededor del archimandrita. Otras formas negras se arrojaron en picado desde los pórticos. Luciferos oyó los gemidos de las personas de la sala. Se volvió para mirar a Tuhluer, que se acercaba cojeando, atravesando la falange de guardias equipados con exoesqueletos; había desplegado su traje ambiental y su casco de emergencia, y la protuberancia brillante de la lámina facial reflejaba la burbuja diamantina plateada que confinaba al archimandrita y su silla.

—Mata a los demás moradores —ordenó Luciferos. Tuhluer se inclinó hacia delante, con una mano en la sien, al parecer sin oírle—. ¡Mata a los demás moradores! —chilló Luciferos. Oprimió un pulsador en el brazo del asiento y los postigos de diamante descendieron—. Sácanos de aquí —le dijo—. Advierte al planeta que lanzaremos las cabezas explosivas AM dentro de tres horas a menos que empiecen a cooperar. —Lanzó una mirada al punto donde los tres representantes de los moradores habían llevado a cabo su repentina huida—. Y asegúrate de que el *Rapaz* se cargue a esos tres graciosos.

—¡Señor! —dijo Tuhluer—. ¿Y qué hay del... abastecimiento de la rampa?

Luciferos precisó un momento para caer en la cuenta de que se refería a las personas que estaban arrojando hacia el planeta. Hizo un ademán con una mano.

—Tíradlos a todos.

El archimandrita Luciferos pulsó el comunicador del traje ambiental para informar al *Rapaz* de que se dirigía hacia él. Desfiló entre los heridos gimoteantes en dirección al pasaje y el navío que esperaba al otro lado. Los guardias se congregaron

a su alrededor, formando una barrera impenetrable de miembros blindados y torsos dentados y amenazadores. Casi había llegado a la entrada del pasaje cuando fue derribado. Los exoesqueletos se tambalearon al estremecerse toda la inmensa nave. Uno de los corpulentos guardias estuvo a punto de caer sobre él, recobrando el equilibrio en el último momento, mientras sus servos se lamentaban.

—¿Ahora qué? —exigió Luciferos.

—Aquí control de daños, señor —anunció una voz desde el traje ambiental—. Un rayo de energía ha atravesado la nave entera por el mismísimo centro. El orificio tiene unos dos metros de diámetro. Además... la proa ha desaparecido hasta... más o menos... la marca de ochenta metros. Se ha volatilizado. Se trata del mismo perfil de energía desconocido del rayo del centro de la nave. A la velocidad de la luz, y sin previo aviso. Los sistemas reactivos de defensa siguen buscando una contramedida frente a cualquier uso posterior... De momento sin resultados, señor.

—Comunicaciones, señor —declaró otra voz—. Los moradores exigen la devolución de sus camaradas a bordo. Al parecer, esos solo fueron disparos de aviso.

Tuhluer se acercó a grandes pasos.

Luciferos le miró.

—Entregadles a los moradores —indicó al *adc*—. Y apartad esta cosa de aquí — Se dirigió al pasaje a largas zancadas.

—¿Y las naves AM, señor?

—Que se queden donde están. Retrasad el ultimátum hasta que el *Luciferos VII* esté a salvo.

—Señor.

Esta vez el archimandrita recorrió todo el camino hasta la nave insignia que le esperaba.

Una hora más tarde, el *Luciferos VII*, torpe y herido, continuaba alejándose del pozo de gravedad del planeta. El *Rapaz* se encontraba a medio millón de clicks de distancia, sin cesar de acelerar. El archimandrita seguía temblando de rabia, aunque ya estaba en el diván de aceleración, asimilando al fin el terrible alcance y el bochornoso insulto de lo ocurrido, agotada finalmente su paciencia. Por si fuera poco, esos tres imbéciles, los moradores bromistas, habían logrado escapar: sus trajes ambientales habían reflejado o deflectado cuanto les había lanzado el *Rapaz* después de abandonar el *Luciferos VII*, para perderse en las cimas de las nubes, en apariencia ilesos. Luciferos ordenó que se emitiera el ultimátum a los moradores de inmediato, y que una de las naves que transportaban cabezas explosivas AM arrojara sus armas en la atmósfera del planeta para demostrar que hablaban en serio.

La respuesta se produjo casi al instante. Las veinte naves equipadas con bombas AM se desvanecieron en una llamarada luminosa repentina y precisa. El conjunto de cabezas explosivas detonó parcialmente, reaccionando de manera desordenada con los escombros de materia ordinaria ocasionados por la destrucción de las naves. Una

veintena de soles pequeños y toscos tremolaron en torno a Nasqueron como una gargantilla inclinada, llameando, disipándose, inflamándose de nuevo y desvaneciéndose lentamente una vez más.

Momentos después, un misil de hipervelocidad se elevó de los cielos turgentes del gigante gaseoso y alcanzó al *Luciferos VII* a pesar de sus desesperadas contramedidas, dos minutos después de salvar las cimas de las nubes.

El frente de radiación activó los amortiguadores de sensores del *Rapaz*. Así debía funcionar una cabeza explosiva antimateria, parecía ser la implicación.

La última señal que transmitió la gran nave antes de hacerse pedazos y convertirse en radiación y metralla de alta velocidad procedía del ayuda de campo Tuhler, informando serenamente a Luciferos de que el archimandrita era un cabrón.

Fassin Taak miró hacia arriba para contemplar las estrellas del hogar. Percibió lágrimas en sus ojos, aunque estaba sumergido en gel antichoque. Descansaba en una plataforma azotada por el viento, sobre una pequeña ciudad erigida en las cimas de las nubes, en la región polar meridional, a solo unos dos mil kilómetros de la frontera irregular y fluctuante con el cinturón atmosférico más austral de Nasqueron.

Intentó encontrar un satélite amistoso, una señal que reconociera la pequeña nave de gas, mas no consiguió hallar nada. El tráfico de señales era terriblemente débil o estaba codificado, y no pudo encontrar un dispositivo de órbita baja para emitir una llamada. Intentó conectarse a una de las débiles longitudes de onda y descifrar las señales con la biometría de la nave de gas, pero al parecer las rutinas no funcionaban. Desistió. Por el momento, se conformaba con sentarse a contemplar las escasas estrellas que le eran familiares.

No obstante las heridas de Y'sul, se habían sometido a las espirales demenciales, aunque de una forma un poco más apacible. Fassin, tendido en la nave de gas, sintiendo la sucesión de intrincados tirabuzones y la acumulación de hélices, como un muelle ensortijado, había pensado que estaban penetrando en el conducto, aunque de hecho ya lo habían franqueado y estaban inmersos en el proceso de despliegue. Y de pronto allí estaban, de nuevo en Nasqueron, en la región polar meridional, en lugar de la septentrional, desde donde habían partido.

La ex nave voehn *Protrectic* se zambulló escasos kilómetros en las cimas de las nubes, y aterrizó en una horquilla de tamaño un poco excesivo, en una caverna gigantesca y llena de ecos que hacía las veces de hangar, en las regiones inferiores de la ciudad polar y casi despoblada de Quaibrai. Les había recibido el administrador municipal, acompañado de una turba de varios cientos de moradores, que ululaban y arrojaban serpentinas y granadas de aroma.

Una delegación compuesta por individuos de varios clubs de entusiastas de las naves alienígenas se emocionó especialmente al distinguir la embarcación voehn, cabeceando de impaciencia mientras descargaban con cuidado a Y'sul para ponerle al

cuidado de un escuadrón médico. En cuanto hubieron salido Y'sul, Fassin y el siamés Quercer y Janath, la masa cantarina y efervescente de entusiastas se apresuró a embarcar, empujándose unos a otros para obtener una posición ventajosa, al tiempo que intentaban deslizarse por los pasillos y accesos. En un gesto de consideración, el siamés había expandido la nave, desde su formación de aguja para atravesar portales hasta una configuración más gruesa y por lo tanto más espaciosa, pero a pesar de ello se antojaba un paso angosto.

Y'sul se había repuesto a medias, aunque no dejaba de sacudirse el atontamiento del semicoma, y se inclinó levemente en la camilla pala para mirar a Fassin, mientras descendía el esquife ambulancia del escuadrón médico.

—¿Lo ves? —dijo con voz ronca—. Te he traído sano y salvo, ¿verdad?

Fassin admitió que, en efecto, lo había hecho. Intentó darle una palmada amistosa, pero empleó el manipulador equivocado y dio una sacudida en mitad del gas. Pivotó para utilizar el otro brazo de la nave de gas y asió la mano de eje del morador herido.

—¿Vas a irte a casa? —preguntó Y'sul.

—Lo que quede de ella. No lo sé. No sé qué hacer.

—Bueno, si te vas, vuelve pronto. —Y'sul hizo una pausa y se sacudió, como si intentase despertar más plenamente—. Supongo que dentro de un par de docenas de días volveré a estar listo para recibir visitas, y en lo sucesivo auguro un calendario social repleto. Tengo el firme propósito de explotar sin vergüenza alguna mis recientes heridas y experiencias, y exagerar mi papel en la conquista de la nave voehn de un modo escandaloso, por no hablar de embellecer mi pelea con su comandante, hasta el punto de que cuando escuches el relato por vez primera lo encontrarás totalmente irreconocible. Te agradecería que lo corroborases, si puedes empaparte del espíritu y no insistes en molestarte demasiado por las vulgares exigencias de la verdad objetiva, sea cual sea la versión que creas recordar. ¿Qué dices?

—Mis recuerdos son bastante confusos —admitió Fassin—. Probablemente confirmaré todo lo que digas.

—¡Espléndido!

—Si puedo volver, lo haré.

En privado, ni siquiera sabía si podría marcharse. Ignoraba qué infraestructuras quedaban para abandonar el planeta, reparar la nave de gas y regresar, suponiendo que se lo permitiera el actual gobernante, o los moradores.

Durante la última parte del viaje de seis horas desde el conducto, cuando Quercer y Janath le permitieron ver dónde se encontraban y acceder al espectro local de transmisión de datos, había pinchado los servicios informativos de Nasqueron para averiguar lo sucedido durante su ausencia.

Las noticias de los moradores se referían por completo a la guerra. La guerra formal entre la Zona 2 y el Cinturón C. Al parecer, había adquirido una intensa emoción y fascinación, y ya se hablaba de ella en respetados círculos críticos como

de un clásico del género, aunque probablemente se encontraba todavía en su ecuador y le quedaba mucho que ofrecer, con un poco de suerte.

Fassin tuvo que encontrar un servicio especializado de observadores de alienígenas para descubrir que la Descon. de la Epifanía 5 o las fuerzas del culto famélico, lideradas por el archimandrita Luciferos, habían invadido y conquistado el sistema Ulubis hacía más de un mes. La última resistencia organizada importante de los mercatoria ulubinos había terminado hacía solo una docena de días con la rendición formal del jerarca Ormilla, después de la destrucción de una ciudad de Sepekte y un hábitat de su órbita. Se esperaba que en las próximas docenas de días diese comienzo un contraataque por parte de varios escuadrones de la Flota Reunida. La noticia más reciente era que se estaba celebrando una conferencia de paz y cooperación en la nave famélica *Luciferos VII*, apostada en la órbita de Nasqueron.

Fassin envió un mensaje con el que al menos intentaría encontrar a Valseir. Esperaría un poco para comprobar si obtenía respuesta. Había pensado en ponerse en contacto con Setstyin, pero entonces recordó vagamente que alguien le había dicho algo inquietante sobre el morador. No, espera, había sido al contrario, ¿verdad? Setstyin siempre había sido un amigo encantador y servicial. Le había prevenido contra el anciano morador que estaba a cargo de la gran... cosa esférica que había emergido de las nubes para exterminar a la fuerza incursora de los mercatoria en la regata de clípers de gas. Sí, eso era más lógico. Se preguntó por qué no lograba recordar más detalles. Siempre había tenido una memoria extraordinaria.

Quercer y Janath estaban rodeados de admiradores que deseaban saber más de la embarcación voehn. El morador siamés divisó a Fassin, que le observaba desde el otro lado de la multitud, y le saludó. Fassin le devolvió el saludo.

Observó mientras acomodaban a Y'sul en el esquiife ambulancia, intentando averiguar lo que sabía y lo que ignoraba, lo que recordaba y lo que había olvidado. Suponía que podía acompañar a Y'sul en la ambulancia, pero sentía el impulso de alejarse y estar solo durante un tiempo.

Había subido aquí arriba para observar las estrellas, esperar, pensar y quizá hacer un pequeño análisis matemático.

Extrajo la pequeña lámina estampada del compartimento del flanco de la nave de gas. La miró. Desde lo sucedido a bordo del *Protreptic*, la pequeña nave de gas no veía tan bien como antes, pero su visión detallada en primer plano era lo bastante buena en un lado como para que la imagen del cielo azul y las nubes blancas fuese perfectamente clara. Enfocó más de cerca, volviendo a comprobar la imagen que había almacenado en... La imagen no estaba en los recuerdos de la nave.

Qué extraño. Tenía la sensación de que había grabado la imagen y ya había descifrado a medias algo que estaba oculto en ella. Estaba seguro de ello. Además, en aquel momento le había parecido realmente importante, estaba convencido.

Fassin se esforzó con todas sus fuerzas por recordar lo ocurrido después de que la nave voehn les atacase. Sabía que los voehn les habían capturado para interrogarles y

que habían confundido su cerebro, así como la biomente y los recuerdos de la nave de gas, y que, de algún modo, el siamés, Y'sul y él mismo habían vencido a la tripulación voehn superviviente.

¿Habían vencido a los voehn?

¿Cómo había sucedido? La nave ythyn había conseguido distraer a los voehn, y el *Velpin* también había desempeñado un papel en ello: se había activado una suerte de autómatas antipiratas que les había ayudado a enfrentarse a los voehn. Quercer y Janath habían sido decididamente reservados en cuanto a la clase de técnicas que su antigua nave había empleado contra los voehn.

Fassin no tenía ni idea. Quizá hubiera sucedido como ellos aseguraban, o quizá no. Quizá el *Velpin* albergaba una IA a bordo que había eliminado a los voehn, pero Quercer y Janath no deseaban que se supiera. Fassin habría creído prácticamente cualquier cosa que le hubiesen dicho, pues los voehn habían confundido terriblemente sus recuerdos.

Recordaba haberse sentado en los escalones de un templo que daba a un río anchuroso y sosegado, conversando con un anciano... ¿un hombre? ¿Un morador? Esa era una imagen bastante precisa, en lugar de una hebra lineal de recuerdo. Debía haber sucedido en una forma de RV, ¿verdad? Quizá el anciano fuera la representación de la IA del *Velpin*. Tal vez se trataba de la persona o cosa con la que había parlamentado, o cuando menos se había reunido.

Procuró concentrarse, y volvió a observar la lámina estampada. Se la había entregado Valseir. ¿Cierto? Era una suerte de tarjeta de visita, una carta de recomendación, que le había llevado hasta... Tenía la sensación de que le había llevado hasta Valseir, pero eso no tenía sentido.

No, espera: la casa de las profundidades, y el viejo morador errante. Él le había entregado la lámina estampada. Y de algún modo esta le había llevado hasta Valseir. Había descubierto algo más. Se había despertado pensando en ello, antes de la transición del conducto. Había algo oculto en la lámina estampada. Un mensaje, un código.

Fassin miró en derredor de la plataforma vacía. Allí no había nadie más. Los procesadores de imagen de la pequeña nave de gas se empaparon de la vista que brindaba la lámina estampada con todo el detalle que ofrecía. Empezaron a ejecutarse varias rutinas. Al cabo de unos minutos, su mirada se apartó del paisaje estrellado, exiguo pero de aspecto familiar. Observó los resultados.

Había algo ahí dentro.

Parecía álgebra alienígena.

Había una página y media. Parecía una larga ecuación, o quizá tres o cuatro ecuaciones más breves.

Se sintió muy emocionado. No estaba completamente seguro de por qué, pero sospechaba que aquello estaba conectado con la Lista de los Moradores. Los detalles se le escapaban, pero sabía que había estado buscando el transformador que

descifraba la famosa lista, y quizá (solo era una posibilidad) aquel fragmento de matemática alienígena tuviese algo que ver en ello. Quizá tenía ante sí el transformador, aunque resultaba un poco difícil de creer.

Fassin intentó desentrañar el posible significado de los símbolos que tenía delante, pero ni siquiera consiguió empezar a hacerlo. Tal vez los recuerdos de la nave de gas, completamente deteriorados, hubiesen albergado antaño algo que le habría indicado la dirección correcta, pero ya no era así.

Estableció un enlace con las redes de información de la ciudad, sincronizó una biblioteca universitaria ecuatorial y consultó una reserva de datos especializada en matemática alienígena. Escogió un par de símbolos al azar y los remitió a la base de datos. Esta respondió de inmediato, con referencias.

Lo que veía estaba expresado en traductorio v , una notación universal de todas las especies, de casi dos billones de años de antigüedad, concebida por los largamente extintos wopuld, basándose en elementos anteriores de los moradores. Descargó un juego de traducción completo.

Tuvo que detenerse, y contemplar las cimas de las nubes. Experimentaba una extraña mezcla de emociones.

Esto podía ser lo que le habían encargado buscar, el objeto de su misión. La misión de los dos, más bien; no debía olvidar a la coronel Hatherence. Esto bien podía ser lo que había estado buscando todo el tiempo. Y no obstante, si los mercatoria, o por lo menos su sección ulubina, esperaban que los salvara, entonces había fracasado. Había regresado demasiado tarde, y la invasión ya se había producido. Todo había terminado.

¡Y había olvidado tantas cosas! ¿Qué le habían hecho los voehn? Y'sul había resultado gravemente herido, pero aparte de los efectos del coma sanador parecía gozar de buena salud mental, así lo declaraba él mismo. Quercer y Janath no parecían haber sufrido en absoluto. Quizá fuera suerte, sencillamente, o tuviera que ver con el hecho de ser un siamés; Fassin lo ignoraba.

Sin embargo, debía hacerlo, descifrarlo. Tal vez condujese a algo trascendental. Aunque la invasión ya se hubiera producido, el contraataque no había tenido lugar aún, y en todo caso, Fassin tenía su propio criterio sobre lo bueno y lo malo de lo que estaba sucediendo. Prefería que los forasteros poseyeran la información, si había información útil en la ecuación.

Algo centelleó en el espacio sobre la línea del horizonte en dirección oeste, en las distantes cimas de las nubes. Una nave, tal vez.

Fassin devolvió su atención a la ecuación y el juego de traducción alienígena, y aplicó el uno a la otra. En el espacio virtual que proyectaba la biamente mutilada de la nave de gas en la mente del propio Fassin, la imagen se escindió y apareció una copia de la ecuación junto a la original. Observó mientras los símbolos se entreveraban y cambiaban en la copia para convertirse en la notación estándar de los moradores. Los símbolos de ambas copias de la ecuación titilaron y destacaron,

adoptaron colores distintos, proyectándose hacia él y sumiéndose de nuevo entre los demás, a medida que la ecuación se resolvía.

Además, se trataba de una ecuación, sin duda. Había albergado la vaga sospecha, gracias a algo que alguien le había dicho, de que podía tratarse de una frecuencia y una señal, o algo parecido, pero no se trataba eso. O si así era, había adoptado un embozo muy extraño.

Los últimos términos se transformaron rápidamente y destellaron a ambos lados de la imagen escindida. La respuesta apareció al final, palpitando lentamente.

Era un cero.

Fassin lo contempló, los contempló.

Un cero en la notación estándar de los moradores era un punto con una corta línea debajo. En traductorio v , era una barra diagonal.

Un punto con una corta línea debajo le guiñaba el ojo desde la copia de la ecuación. Una barra diagonal descansaba al término de la original, también destellando lentamente.

Volvió a intentarlo. El mismo resultado.

Comprobó la imagen de nuevo, y extrajo el código oculto, por si acaso los sistemas procesadores hubiesen cometido un error la primera vez.

No había habido ningún error. La ecuación que obtuvo la segunda vez era la misma que la primera. La ejecutó igualmente, de todas formas.

Cero.

Fassin se rió. Percibía los movimientos de su cuerpo en el gel antichoque, confinado en la pequeña nave de punta de flecha, mientras su pecho y su vientre se agitaban. En su mente se precisó de repente una imagen: estaba de pie en la orilla rocosa de un planeta, a la espera de algo. Dejó de reírse.

Cero.

De modo que la respuesta final era cero. Le habían enviado al otro lado de la galaxia, teniendo la respuesta consigo desde el principio, y esta era: «una puta mierda». Pero en matemáticas.

Empezó a reírse otra vez.

En fin.

Otro centelleo, nuevamente en los confines de las cimas de las nubes, en las alturas, casi exactamente al norte. Una dispersión de lucecitas iluminó el cielo bajo el objeto que había reflejado la luz un instante antes. Un asomo de violeta. Después, blanco.

Observó aquella región de espacio durante unos instantes, buscando más. Fuera lo que fuese, debía estar bastante alejado. Si se trataba del mismo objeto que había centelleado anteriormente en la cercanía del horizonte, estaba muy por encima de la zona ecuatorial, a decenas de kiloclicks en el exterior.

Cero. Bueno, eso era revelador. Fassin se preguntó si realmente existía una verdadera respuesta en alguna parte, o su descubrimiento (con el que se había

tropezado Valseir, y Fassin se había llevado consigo inadvertidamente al término de su antiguo arcano) formaba parte de todo un conjunto de respuestas de señuelo. ¿Solo existía esta, o había más? ¿Acaso el mito del famoso transformador de la Lista de los Moradores tenía cientos de respuestas falsas, como notas a pie de página?

Pues si lo era, no estaba dispuesto a emprender su búsqueda. Había hecho su parte. En cierto sentido, hasta había cumplido su misión, aunque había pensado que nunca lo lograría. Era demasiado tarde, y el resultado era un absurdo, una broma, casi un insulto, pero (por cualquier dios que uno invocase) lo había hecho.

Debía empezar a pensar en cómo abandonar el planeta, o al menos hacer pública la información, aunque fuera por una cuestión de forma, y compartir la noticia indiferente.

Advirtió otro par de destellos procedentes del espacio, cerca de donde se había producido el primer resplandor. Un pequeño guiño, seguido de una llamarada más prolongada. Momentos después, se encendió lo que parecía la propulsión de una nave, que se alejó flotando, adquiriendo velocidad con rapidez.

Fassin buscó indicios de satélites de la Instalación Compartida, o en realidad de cualquier hardware mercatorial, en puntos próximos a Nasqueron. Al parecer, no había nada. Le había dicho a Aun Liss que trataría de transmitir hasta una posición situada entre dos satélites de observadores, el EQ4 y el EQ5, pero estos habían desaparecido. Se preguntó si podría descubrir su posición original y, de este modo, el emplazamiento del microsatélite que había sugerido a los forasteros que apostaran entre ellos. Examinó la memoria de la nave de gas, intentando hallar los itinerarios de los satélites, los extrajo e introdujo la hora local y su posición actual.

Una posición titiló en su campo visual, en los confines de las cimas de las nubes, orientada ligeramente hacia el norte, varios kiloclicks por debajo de donde se había producido la reciente actividad. Estaba al alcance de su vista. Decidió considerar aquel golpe de suerte como un buen presagio, y envió una señal diciendo que había regresado, de modo que, en el peor de los casos, habría cumplido su palabra. Esperó un rato, pero no se produjo reconocimiento alguno, ni mucho menos una respuesta. En realidad, no había esperado ninguna.

Se preguntó qué quedaba de la Jurisdicción Ocula, y si debía intentar informar ante ella. Necesitaba investigar un poco los cambios precisos que se habían producido desde la invasión, comprobar si le habían declarado muerto, y si le buscaban o no. Quizá se hubieran olvidado de él debido a tanta emoción.

Fassin volvió a reírse. Ojalá fuese así.

Según le habían dicho, la invasión de la Descon. E-5 se debía particularmente a la lista y el transformador. Y si había siquiera un poco de verdad en ello, y no habían ocultado su misión a los invasores, probablemente estarían buscándole, y con mucho empeño, además, puesto que quizá no dispusieran de mucho tiempo hasta que la Flota Reunida les agudara la fiesta.

En cierto modo, la ecuación de resultado cero era un alivio. La información que

había traído consigo era tal que no le importaba compartirla con cualquiera. Si en verdad hubiese revelado el emplazamiento de los portales de los conductos, habría sido la carga más terrible y aplastante que habría podido soportar, una posesión infinitamente preciosa y probablemente infinitamente mortal. Debía alegrarse de que fuera una broma. Si se hubiera tratado de la verdad práctica, si hubiera sido lo que todos esperaban, estaba casi seguro de que no importaría con quién hablase, porque primero le torturaría o por lo menos le destrozaría la mente para asegurarse de que decía la verdad, y después le mataría para que no pudiera decírselo a nadie más. Abrigaba la vaga esperanza de que los forasteros fuesen más compasivos, pero no podía correr un riesgo tan grande.

Lo mejor sería transmitir el resultado y desaparecer si podía. Quizá los moradores le permitieran quedarse.

Valseir. Por lo menos, debía hacerle saber a su amigo morador que la información que les había preocupado tanto se reducía a un insignificante cero. También estaba la cuestión de decirle a Valseir que por esa nulidad, su amigo y colega Leisicrofe se había suicidado. Así pues, no todo serían buenas noticias.

Fassin consultó el servicio de información de la navegación de la tormenta. Había menos regatas que de costumbre, debido al interés despertado por la guerra, y estaban reclutando a numerosos marineros que de otro modo habrían estado en clípers de gas y jammers de tormenta para tripular dreadnoughts y otras embarcaciones de combate, pero todavía se celebraban una docena de reuniones en cualquier momento por todo el planeta. Si se disponía a buscar a Valseir en regatas, tenía una larga búsqueda por delante.

Pensó en ponerse en contacto con el administrador municipal para concertar un medio de transporte (probablemente trasladarían a Y'sul de vuelta a su casa en la ciudad de Hauskip al cabo de un día o dos, y Fassin podría acompañar al morador herido hasta allí), pero después se preguntó si debía ser más precavido.

Nadie parecía haberle prestado mucha atención al desembarcar del *Protrectic*, pero eso no significaba que su llegada hubiese pasado inadvertida. ¿Habría humanos presentes en Nasqueron: otros observadores, o cualquier otra persona? Alguien... ¿Valseir? Maldijo su memoria, repentinamente defectuosa; alguien le había dicho que había facciones y diferencias de opinión entre los moradores con respecto a la lista, e incluso la indiferencia aparentemente endémica y congénita que los moradores demostraban hacia el resto de los habitantes de la galaxia. «No somos una monocultura.» Se lo había dicho Valseir, ¿verdad?

¿Acaso un grupo de moradores deseaba hacerle daño, o estaba encabezado por alguien que lo hacía?

Proyectó el servicio de observación alienígena que normalmente era más digno de confianza y accedió al mapa global. Por primera vez desde que lo consultaba, era completamente claro. Según la visualización, no quedaba una sola entidad alienígena viva en Nasqueron. Eso parecía incluirle a él, de modo que todavía no habían

documentado su regreso, por lo menos los entusiastas que operaban aquel servicio.

Le estaban llamando. Quercer y Janath. Volvió a guardar la lámina estampada en el compartimento del flanco.

- Fassin. ¿Podemos llevarte a algún sitio?

- Localmente, añadimos con presteza.

- Tenemos la nave a nuestra disposición. Nos deben un favor.

- Esa clase de cosas.

- No lo sé, respondió Fassin. - He estado pensando sobre eso. ¿Sabéis algo más de lo que está pasando con la invasión y las fuerzas del culto famélico?

- Ahora mismo estamos recibiendo informes de que ha habido una especie de crisis en una conferencia.

- Un tiroteo, hablando en plata.

- Me gustaría encontrar a mi amigo Valseir, dijo Fassin. - He enviado una llamada, pero no he recibido respuesta alguna. Pensaba que a lo mejor le encontraba en una...

Mientras hablaba, pensó de pronto en el ala punta *Sheumerith*, la estela de moradores suspendidos en largas líneas tras el gran ala alargada y flexible que se impulsaba sin cesar por el firmamento de Nasqeron. El ala punta. Ese era el otro sitio donde Valseir había dicho que podía encontrarle.

- Sí, le dijo al siamés. - Sé dónde podéis llevarme.

- Tiene que ser en la atmósfera, date cuenta. No es tan rápido.

- Ya hemos agotado nuestro cociente de suerte trayendo la nave a Nasq. sin que nos vieran. Es una nave voehn, ¿sabes? Es algo que pone nerviosa a mucha gente. Por lo visto.

- Está bien, les dijo Fassin.

Estaban atravesando a toda prisa las copas de las nubes bajo la capa de bruma más elevada, menos de una hora más tarde, cuando estallaron las cabezas explosivas AM. Una estalló justo encima de ellos.

—¡Caramba!

—¡Mira nuestra sombra!

Un minuto después, lo que posteriormente descubrirían que había sido la destrucción de la gran nave *Luciferos VII* proyectó una gigantesca aureola luminosa parcial por el cielo occidental. Quercer y Janath confesaron sin tapujos que estaban terriblemente impresionados.

El *Protrectic* siguió adelante tranquilamente.

La primera docena de naves de la Flota Reunida atravesó como un rayo el sistema interior de Ulubis a un porcentaje escasamente inferior a la velocidad de la luz. Minaretes negros, de kilómetros de extensión, ceñidos por secciones que giraban a

toda prisa, desatando racimos de misiles, pelotones de municiones, minas de dispersión, remotos silenciosos y lanzadores suicidas, hendieron el sistema entero en menos de cuatro horas, la órbita de Nasqueron en menos de una, y la de Sepekte en quince minutos.

A billones de kilómetros detrás, en la misma trayectoria y desacelerando con intensidad, se encontraban el Mannlicher-Carcano y el grueso de la Flota Reunida. Taince Yarabokin flotaba en el interior de su vaina. Un silencio casi absoluto se había abatido sobre el espacio de mando de RV de la nave de batalla, mientras la tripulación de mando escuchaba los escasos intercambios que transmitían las doce unidades avanzadas al arrojarse por el sistema frente a ellos.

Taince estaba asombrada por su nerviosismo. Sentía que su cuerpo intentaba manifestar los síntomas clásicos de la reacción de lucha o huida, y los biosistemas de la vaina los contrarrestaban, tenaces. Sin duda se trataba de una misión importante. Se podría decir que la más crucial en que hubiese participado. Tenía un rango lo bastante alto como para que la hubiesen revelado al comienzo de la misma la trascendencia estratégica de su cometido, pero no obstante le sorprendía que su estado de ánimo fuese tan parecido al de sus primeras misiones de combate. Nunca te librabas por completo de la descarga de adrenalina, no importaba cuántas misiones emprendieras (el consenso era que el día que fueras totalmente indiferente a una escaramuza venidera era el día en que ibas a morir, o el día en que debías abandonar tu puesto de inmediato) pero le preocupaba que su ánimo actual fuera tan similar al de antes de aquellas misiones precoces.

Además, en algún lugar, estaban advirtiendo su nerviosismo. Aunque no hubiera un oficial médico humano vivo observando sus constantes vitales en ese preciso momento, un programa estaba señalando que su actual estado de ansiedad merecía una investigación posterior. No había intimidad. En fin, lo sabía cuando se enroló.

Taince abstraigo sus pensamientos de aquellas sensaciones desconcertantes y casi embarazosas, y observó los datos que recibían de las naves en cabeza.

Lo que ahora sucediera, lo que descubrieran esas doce naves mientras cruzaban el sistema a velocidades de partículas aceleradas, habría de determinar el transcurso de la próxima parte de su vida.

Habían advertido extrañas energías e improntas de propulsión procedentes del sistema a lo largo de los últimos días, pero lo más insólito había sido la repentina conmoción en las inmediaciones de Nasqueron, pocos días atrás. Más de veinte explosiones de antimateria. Según parecía, todas excepto una se habían extendido en derredor del planeta en un círculo preciso aunque ondulado. Habían detonado demasiado lejos para causar graves daños al gigante gaseoso o a sus habitantes, y las explosiones habían sido erráticas, casi como si no se hubiera tratado de cabezas explosivas operativas que detonaban con eficacia, sino más bien de una veintena de naves de gran tamaño que perdían contención exactamente al mismo tiempo. Entonces, uno o dos minutos después, se había producido un estallido de AM todavía

mayor, a menos de un segundo luz de Nasqueron, con un perfil del tamaño de la mastodóntica nave que habían identificado anteriormente al hacerse pedazos.

Después nada, sino ambiguas indicaciones que apuntaban a una posible partida.

Porque una explicación plausible que conformaba con la mayoría de las señales (hasta el momento, a nadie se le había ocurrido una explicación que concordase con todas) era que los malos se estaban retirando. El mando de la flota no creía realmente que eso fuera lo que estaba sucediendo (la fuerza del culto famélico había cruzado décadas de espacio para llegar a Ulubis: no saldrían corriendo para afrontar la caminata igualmente larga de regreso al cabo de escasas semanas, ¿verdad?), pero se figuraba una de las explicaciones más probables.

Los datos que estaban a punto de recibir demostrarían una cosa o la otra.

El crucero de batalla 88, la nave insignia de la avanzadilla, que recopilaba la información en tiempo real obtenida por el destacamento en forma de punta de lanza y la transmitía al grueso de la flota, informó de la presencia de tres embarcaciones pesadas al alcance de sus detectores, pero fuera del alcance ofensivo del primer destructor adalid, indicando a dos cruceros subsiguientes que ajustaran sus trayectorias y preparasen municiones remotas, guiadas y de racimo. Había pocas filtraciones de comunicaciones. Posiblemente se debía a una buena disciplina, o bien a una tecnología un poco superior a lo previsto. Los cruceros de flanco y los destructores notificaron varias plataformas de misiles, que abrían fuego contra ellos, aunque en vano, dada su velocidad. También había numerosas minas, muy extendidas, así como indicios de material AM que flotaba libremente en las inmediaciones del planeta Nasqueron, adoptando un perfil de escombros que concordaba exactamente con el de veinte naves que hubieran estallado al unísono ocho días antes, y un extenso campo de escombros, que se expandía desde el gigante gaseoso, consecuente con la destrucción de una nave de gran tamaño.

Aparecieron naves enemigas más pequeñas, y la más cercana respondió a su paso disparando armas de rayos. No se produjo ningún impacto. El destructor *Bofors* pasó dentro de un radio de un kiloclick de un navío del mismo tamaño, lo identificó como hostil antes de que la otra nave hubiera advertido siquiera su vertiginosa presencia, dio en el blanco y lo destruyó con un láser de rayos X de alta concentración desde la torreta de la horquilla de modulación de fase antes de que su rival tuviese tiempo de reaccionar.

Ahora habían cruzado la mitad del sistema. Solo tres grandes objetivos. Debía haber cientos.

Las cuatro embarcaciones que formaban el extremo estelar de la punta de lanza de la avanzadilla dispusieron de tiempo más que suficiente para desviarse sin esfuerzo y eliminar varios blancos identificados por las naves apostadas en cabeza y en el grueso del pelotón. Dirigieron sus sensores de largo alcance hacia el sistema exterior y más allá de este, en la dirección general de la Descon. E 5, y obtuvieron una panorámica vertical de la trayectoria que el grueso de la flota solo había podido ver desde un

ángulo de noventa grados.

Improntas de propulsión. Cientos de ellas. Casi mil naves, que se dirigían a casa, trazando una ruta en un ángulo ligeramente agudo que había ocultado sus trazas al grueso de la flota durante los últimos seis o siete días.

Media hora después, llegó el momento de la fiesta. La avanzadilla casi había recorrido el sistema entero y estaba frenando con fuerza para regresar al cabo de varias docenas de días, y la pequeña formación de naves que mediaba entre ellos y el grueso de la flota había recibido la orden de abstenerse de realizar nuevos pases a gran velocidad y dar comienzo a la desaceleración conforme a su límite de seguridad individual.

Todo apuntaba a que el sistema estaba casi despejado de naves enemigas, y que la mayor parte de la flota del culto famélico había emprendido la retirada a gran velocidad, siguiendo a grandes rasgos la misma trayectoria que había descrito a su llegada. Los tres grandes objetivos también se estaban encendiendo para dirigirse en la misma dirección que la fuerza invasora que levantaba el campamento. Docenas de improntas de menor tamaño se encendieron, mientras otras tantas embarcaciones, más pequeñas y ligeras, se disponían a cejar en su empeño. Habría que hacer un poco de limpieza, y sin duda encontrarían minas y municiones automáticas tendidas con la intención de mantenerles ocupados mientras la flota enemiga efectuaba su evasión, pero no habría combates a gran escala ni megabatallas en el sistema Ulubis.

Las órdenes eran reconquistar el sistema Ulubis a toda costa y defenderlo. Podían asignar un contingente rápido y ligero, compuesto por una docena de naves, para hostigar a los contornos más tardíos de la flota fugitiva y proporcionarles un incentivo continuado para su pronta retirada, pero les habían ordenado específicamente que no se arriesgasen a emprender una persecución en masa para entablar una batalla decisiva. Ya habían obtenido la victoria. Les habían prohibido expresamente que corrieran el más mínimo riesgo de echarlo todo a perder.

El personal de mando lo estaba celebrando. Taince estaba acurrucada en su vaina, escuchando el parloteo feliz y evidentemente aliviado de sus colegas. Algunos le hablaron, cotorreando sobre cómo la mera amenaza de su llegada espantaba a una expedición de tres veces su tamaño, cómo ahora deseaban haber estado en la avanzadilla, solo para ver un poco de acción, maldita sea, y cómo probablemente les brindarían una bienvenida heroica al llegar a Ulubis. Ella intentó responder en el mismo tono, reuniendo expresiones de tensión liberada y miedos apaciguados, fingiendo todo el tiempo que habría preferido una verdadera batalla.

- ¿Vicealmirante?

La imagen del almirante Kisipt apareció ante ella, desplazando automáticamente las demás imágenes de la tripulación celebrante.

- Señor. Procuró apartar sus pensamientos del malestar que la invadía.

- Debe estar complacida. No habremos de convertir su sistema natal en un campo de batalla.

- Por supuesto, señor. Aunque sin duda habrá minas, bombas trampa.

- Sin duda. He declarado una alerta total en activo entre este punto y el sistema, por si acaso. Kisipt hizo una pausa. El anciano voehn inclinó la cabeza hacia un lado mientras la observaba. - Creo que le ha causado mucho estrés anticipar lo que sucediera al llegar a Ulubis, ¿no?

- Supongo que sí, señor. Taince se preguntó si ya le habrían alertado de su nerviosismo anterior, inspirando aquella conversación, que quizá fuese una especie de evaluación.

- *Hummm*. Bueno, el lugar no parece demasiado afectado por la batalla, a juzgar por los resultados de la avanzadilla. Pronto podrá relajarse. Sobre todo, la necesitaremos para tareas de coordinación y ceremoniales, creo. El almirante sonrió. - ¿Le parece bien?

- Por supuesto, señor. Gracias.

- Bien. El almirante dio muestras de mirar al resto de imágenes distribuidas en derredor de su propio icono. - Bueno, será mejor que hable con otras personas, les tranquilice y les recuerde que todavía tenemos trabajo que hacer. Igual que a usted, vice.

- Señor.

La imagen del almirante desapareció. Taince no destacó ninguna de las demás, sino que eludió por completo el espacio social y se introdujo en el espacio táctico.

¿En qué me he convertido?, pensó, mientras contemplaba los oscuros volúmenes del espacio táctico, observando distraída el movimiento y la lenta extensión de las líneas coloreadas, grupos de figuras, conjuntos de naves que trazaban su recorrido por los cielos del espacio profundo que bordeaban el sistema Ulubis. Deseaba una verdadera batalla. Muerte y destrucción. Deseaba muerte y destrucción. Deseaba la ocasión de morir, de matar, de morir...

Contempló el horrible vacío mientras a su alrededor la gente celebraba.

¿En qué me he convertido?

Fassin se sentía inquieto mientras el *Protrectic* se impulsaba por los cinturones y las zonas de Nasqueron, dirigiéndose al ala punta *Sheumerith*, surcando las cotas de los espacios gaseosos despejados entre dos capas de bruma de la Banda A. La ex nave voehn hendía las nubes al acelerar por la atmósfera, rozando el límite inferior del nivel mediano. Quercer y Janath se divertían turnándose para pilotar en tiempo real y comprobar por qué poco evitaban rozar los contornos de los tallos de inmersión. Esta actividad entrañaba numerosos gritos de alegría y ocasionales colisiones leves, que estremecían la nave entera.

Fassin les dejó a lo suyo y se alejó flotando hacia la parte posterior de la nave, desembocando en la cámara donde se había producido el interrogatorio y la pelea. Miró a su alrededor, los asientos de muesca y las ligaduras, las hendiduras y

quemaduras del suelo, los techos y las paredes, sin recordar nada de lo ocurrido. Se sentía frustrado, hasta deprimido. Regresó al espacio de mando, deteniéndose antes de llegar para echar un vistazo en el interior de lo que parecía ser el camarote del comandante, cerca de la cubierta de vuelo.

El camarote estaba escasamente amueblado y decorado. Fassin sospechaba que algunos de los entusiastas de las naves alienígenas más codiciosos de Quaibrai se habían apoderado de algunas piezas. Contempló un cuadrado en la pared donde habían retirado algo. El *Protreptic* tembló con mucha suavidad. Un grito distante resonó desde el espacio de mando, separado por un par de puertas abiertas y un corto pasillo. Fassin sintió un escalofrío, y una sensación parecida al *déjà vu*, o a rayarse.

Nací en una luna acuática, pensó para sus adentros, sabiendo que estaba citando algo o a alguien pero sin saber qué ni a quién.

Un nuevo temblor recorrió la nave. Fassin oyó unas risitas agudas procedentes de la cubierta de vuelo.

Cero.

- ¡Eh! ¡Fassin!, transmitieron Quercer y Janath. - Tienes una llamada. ¿Te la pasamos?

- ¿Quién es?, preguntó.

- No se ha identificado.

- Es una voz humana femenina. Espera, se lo preguntaremos.

Cero, pensó Fassin. Cero. Sí que era una puta respuesta.

- Ha dado el nombre de Aun Liss.

- ¿Te suena?

El ala punta *Sheumerith*, una delgada cuchilla que horadaba el cielo pardo, no mostraba signos de Valseir. El *Protreptic* se dirigió a embolsarse nuevos tallos de inmersión, con la promesa de regresar. Fassin recorrió con cansancio la línea de moradores atados e inconscientes suspendidos del ala, a bordo de la nave de gas, a la espera de una señal.

Al cabo, la segunda nave de gas resultó evidente. La divisó desde un par de kilómetros de distancia. La otra máquina le vio al mismo tiempo y transmitió:

- ¿Fassin?

- No, soy una cabeza explosiva. ¿Quién eres?

- Aun. Ya veo que has traído una pistola.

Fassin se había apropiado de un arma de mano voehn del *Protreptic*, una vez hubo encontrado una armería que los entusiastas de naves de Quaibrai no hubieran saqueado en busca de recuerdos. Quercer y Janath no habían puesto ninguna objeción. Por el contrario, le habían aconsejado con todo lujo de detalles sobre las distintas capacidades y perfiles de las diversas pistolas en oferta, cuando lo único que deseaba era algo robusto, fiable y poderoso que pudiera emplear para defenderse o

suicidarse.

De modo que ahora empuñaba en su manipulador bueno un recio dispositivo de lo que Quercer y Janath habían denominado persuasión *gpe*: grosera pero efectiva.

Mientras se acercaba, dio muestras de sostener el arma cargada frente a su banda sensorial primaria.

- Sí, transmitió. - Es un souvenir.

Se acercó a la segunda máquina. Tenía más o menos el mismo tamaño y forma que la suya, aunque se encontraba en mejor estado, estaba orientada a noventa grados, y su eje vertical era más largo que el horizontal. Flotaba en el hueco de gas apacible que había tras el refugio de diamante abierto que ondeaba detrás del ala punta, cerca del límite de babor del ala de diez kilómetros de longitud. Cansado (incapaz de sentirse de otro modo), advirtió que los dos espacios que rodeaban al que cobijaba a la segunda nave de gas estaban ocupados por voluminosos moradores que parecían bastante jóvenes para haberse entregado, siquiera temporalmente, a una vida de contemplación a grandes velocidades y elevada altitud. Más allá de estos, los puntos de sujeción más cercanos estaban vacíos.

- Entra, transmitió la otra máquina, adelantándose hasta que su morro se acurrucó contra la superficie interna del recinto diamantino. Fassin la siguió, cabeceando en la repentina serenidad de aquel estanque de gas, después del aullido de la estela.

Estaban casi tocándose. La mayor parte de la superficie superior de la máquina que estaba ante él se tornó transparente, revelando a una persona que sin duda se parecía a Aun Liss, tendida casi totalmente boca abajo en un asiento de alta gravedad. Fassin vio cómo se debatía para alzar un brazo y saludarle, con una expresión sombría en su semblante que se convirtió en una sonrisa al mirarle. Aclaró el carapacho de su propia nave de gas cuanto pudo, aunque los resultados distaban de ser perfectos.

Fassin ni siquiera intentó devolverle la sonrisa.

- ¿Te importa apartar esa cosa?, transmitió ella. La vio sonreír. - Ya sé que es la primera vez que te lo digo...

- No, transmitió él en respuesta, sin dejar de apuntarla con la pistola *voehn*.

- Vale, transmitió ella, y su sonrisa se desvaneció. - Bienvenido. ¿Has tenido un buen viaje?

- No. ¿Puedes usar un manipulador en esa cosa?

- Sí. No diré que soy una experta, pero...

Fassin desplazó su nave de gas hacia delante hasta que estuvo a centímetros de la suya.

- Háblame como antes.

Observó que fruncía el ceño, y sonreía con incertidumbre.

- Vale, transmitió. - Esto puede ser un poco, ah... Advirtió que apartaba la mirada para mirarse el antebrazo, confinado en la horquilla del brazo de la silla de gravedad. Tenía el mismo aspecto de siempre, y al mismo tiempo era muy distinto. En esta

ocasión tenía el cabello oscuro, en lugar de rubio, caoba o blanco. Hizo una mueca debido a la intensa gravedad y a su intentona de mirarse el brazo mientras operaba el interfaz del manipulador desconocido. Él ya estaba bastante seguro de que se trataba de Aun, pero todavía estaba dispuesto a matarla.

El manipulador emergió despacio, inseguro. Fassin mantuvo el suyo alejado, sin dejar de apuntarla con la pistola. Los dos voluminosos moradores situados a ambos lados no habían realizado ningún movimiento. El manipulador se adelantó para tocar el carapacho del casco de su nave de gas, mientras las puntas de sus dedos se extendían torpemente.

Fassin se percató de que finalmente se veía obligada a cerrar los ojos para hacerlo. Sus dedos deletrearon lo siguiente sobre la superficie corroída y casi insensible de la nave de gas:

—TT ()... TDV () TDVA ()

Advirtió que se estaba frustrando. La expresión de su rostro se hizo más profunda, frunció el ceño y cerró los ojos con fuerza mientras se esforzaba para que el manipulador hiciera exactamente lo que deseaba. Sintió que las lágrimas le pinchaban los ojos de nuevo. Pero aún podía dispararla, o a sí mismo: a cualquiera.

—TDVIA STAS LOCO?, consiguió por fin, y abrió los ojos y le dedicó una sonrisa enormemente aliviada y complacida.

Fassin apagó la pistola.

Flotaron juntos en la apacible burbuja de gas, tras el hueco de diamante, sostenidos en una línea que trazaba una curva pronunciada, tras la fina cuchilla del ala punta.

—Nosotros no. No fuimos nosotros. No somos culpables. Ni siquiera fueron los famélicos, aunque sean unos cabrones asesinos.

—¿Pues quién lo hizo?

—Los mercatoria, Fass. Ellos mataron a tu gente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque descubrieron que la septa Bantrabal había conservado lo que les enviaron para informarte. Se suponía que debían eliminarla del sustrato en cuanto hubiese terminado, pero no lo hicieron. No se trataba exactamente de una IA como la que le enviaron al jerarca, pero tenían mucho en común. Era un gran paso adelante hacia una verdadera IA, y era posible perfeccionarla. Por eso. Los ataques que estábamos llevando a cabo, nosotros y los famélicos, les proporcionaron una tapadera, pero aunque se descubriera la verdad, solo reforzaría la seriedad con que se toman el rechazo a las IA.

Fassin supuso que eso tenía sentido. El viejo Slovius siempre había buscado una ventaja, una superioridad sobre las demás septas. Así había alcanzado Bantrabal una posición de preeminencia con los años. Parecía plausible, parecía propio de Slovius, que habría subyugado a sus subalternos para llevarlo a cabo. Y sin duda no estaba

fuera del alcance de los mercatoria.

- ¿Y cómo sabes todo eso?, le preguntó.

Vio que meneaba la cabeza.

- Hay espías en todas partes, Fass, le dijo, casi triste. - Tenemos muchos amigos.

- Estoy seguro.

¿La creía? Bueno, hasta nuevo aviso.

Los forasteros sabían lo de la lista y el transformador. Al igual que mucha gente, al parecer, lo había sabido mucho antes que él. Fassin solo había descubierto con qué se había tropezado en el curso de aquel antiguo arcano cuando la proyección del almirante Quile se lo reveló en el palacio del jerarca, junto a todos los demás. Para entonces, hacía mucho que los forasteros habían enviado su propia flota al sistema Zateki, creyendo (como los jeltick, que habían sido los primeros en descifrar la información que adquiriese Fassin y comprender su significado) que el transformador estaba allí, a bordo de la segunda nave. Y ya habían conocido la derrota a manos de los voehn. Parecía que la mitad de la puta galaxia había estado pululando por Zateki, buscando una nave que no estaba allí, si alguna vez lo había estado, y mientras tanto él no había sabido nada.

- Podríais haberme pedido que lo buscase para vosotros, le dijo Fassin. - Habría empezado a buscar el transformador en Nasq. hace siglos si me lo hubiérais pedido, joder.

Ella le miró durante largo rato, con una expresión en su rostro de... no estaba seguro: ¿tristeza, pena, remordimiento, desesperación?

- ¿Qué?, transmitió él.

- ¿La verdad?, le preguntó ella.

- La verdad.

- Fassin. Meneó la cabeza. - No confiábamos en ti.

Él le devolvió la mirada.

Fassin le contó lo que creía que había descubierto, lo que creía que había averiguado. Ella no le creyó.

- ¿Vienes con nosotros?

- ¿Puedo? ¿Me dejáis?

- Claro. Si quieres.

Fassin reflexionó.

- Vale, transmitió. Meditó un poco más. - Pero antes tengo que ver a una persona.

Cuando llegó el visitante, Setstyin estaba bañándose en agua. Se trataba de una moda nueva, que no le desagradaba. Su criado le anunció que el observador Fassin Taak deseaba verle. Setstyin experimentó sorpresa y euforia, así como una especie de deliciosa anticipación, aunque un poco sombría.

—Dile al observador Taak que estoy encantado de recibirle —le dijo a su criado—. Pídele que espere en la biblioteca superior. Haz cuanto puedas para que esté cómodo. Le veré dentro de diez minutos.

—¡Fassin! ¡Qué alegría verte! ¡No te lo imaginas! Pensábamos... bueno, la verdad es que nos temíamos lo peor, te lo juro. ¿Dónde has estado?

Fassin no supo qué decir.

—Me parece que si te lo dijera no me creerías —musitó al fin.

La pequeña nave de gas flotaba en medio de la biblioteca. El espacio circular estaba surcado y alfombrado con estantes de cristal. La luz entraba por un techo translúcido y una puerta de gran tamaño que daba a un balcón ancho, sin barandilla.

La casa de Setstyin estaba en la ciudad de Aowne, en medio del gas de la zona ecuatorial. Nubes de color naranja intenso y amarillo oscilaban lentamente por la amplia ventana.

—¿Eso crees? —dijo Setstyin—. No temas ponerme a prueba. Y dime, por favor, ¿puedo hacer algo por ti? Venga, vamos a sentarnos.

Descansaron en un par de asientos de muesca, separados por una mesa baja. A un lado, un escritorio más sustancial e imponente.

—Bueno, tengo que contarte una larga historia —dijo Fassin.

—¡Mis favoritas! —exclamó Setstyin, recogiendo sus largas túnicas.

Fassin se tomó un momento, como si estuviera poniendo en orden sus pensamientos. Setstyin pensó que parecía apagado, un poco lento, comparado con su aspecto anterior.

Fassin le contó al suhrl parte de las aventuras que había corrido desde la última vez que le viera, a bordo del protector planetario (negable) *Isaut*. Asimismo, se extendió un poco sobre sus actividades anteriores, disculpándose por sus titubeos y olvidos; había sufrido mucho recientemente, y, por decirlo de algún modo, algunos recuerdos todavía estaban arrastrándose de nuevo hacia la luz después de haberse perdido. No le reveló exactamente lo que le habían ordenado buscar y recuperar, y no pudo relatarle gran parte de lo sucedido después de que los voehn atacasen el *Velpin*, pero le brindó todos los detalles que creyó posible.

—No lo comprendo —dijo el morador—. Dices que has estado... ¿que has estado en otros sistemas estelares? ¿Que has estado al otro lado de la galaxia? Yo... yo no...

—Yo mismo no habría podido ser más escéptico —admitió Fassin—. Hice todas las pruebas que se me ocurrieron, pero en verdad parecía que estaba donde aseguraba el capitán siamés.

—Se pueden hacer maravillas con la RV completamente inmersiva, como sabes —apuntó torpemente Setstyin.

—Lo sé. Pero esto era real, o algo que trascendía incluso la realidad virtual completamente inmersiva.

Setstyin guardó silencio durante un momento.

—Sabes... y por favor, no te lo tomes a mal... pareces bastante, ah, hecho polvo, Fass, muchacho. —El morador observaba las diversas muescas que la pequeña nave de gas había adquirido durante sus últimos meses de uso. El manipulador izquierdo defectuoso colgaba torpemente en el costado de la punta de flecha, ligeramente descentrado. Fassin se sintió casi avergonzado del aspecto de la nave de gas, como si se hubiera presentado en la biblioteca de un rico vestido con harapos sucios.

—Sí —convino—. Como te he dicho, sé que mi memoria no es lo que era. El almacenamiento de la nave de gas se ha visto afectado, y mi cerebro no parece tan agudo como yo recordaba. —Se rió—. Pero sé lo que vi, lo que sentí, oí y saboreé. Estuve sobre unas rocas, viendo cómo rompían las crestas de las olas de un océano salado, y estuve allí de verdad, Setstyin. Estuve allí.

El morador frunció su manto sensorial y realizó un movimiento imperceptible, ascendente y descendente, indicando un suspiro.

—Bueno, seguro que crees lo que crees, Fassin, y siempre me inclinaría a creerte. No obstante, hay muchos que no serían tan magnánimos. No creo que sea buena idea armar mucho alboroto por esto.

—Puede que tengas razón.

—Y... quiero decir... Si esto de los conductos es tan secreto, ¿por qué te llevaron, aparentemente, al otro lado de la galaxia, o a cualquier sitio... fuera de Ulubis?

—Para demostrar que el mito era real. Algunas personas, algunos moradores, creen que es hora de cambiar. Puede que no sepan todos los detalles, pero quieren que se sepa la verdad. Nadie quiere asumir la responsabilidad de decírselo a un no morador por las buenas, pero pueden empujar a un patán en la dirección adecuada. Y ese soy yo, supongo; patán número uno. Patán número uno negable.

—Y ese... ¿capitán de viaje? ¿Quién dices que era?

—Un siamés.

—Sí, he oído que muchos lo son. No sabía que alardearan siquiera de llegar tan lejos. ¿Cómo se llamaba... llamaban?

—Habrás de perdonarme si no traiciono esa confianza.

—Claro, claro. —Setstyin pareció reflexionar—. Así pues, si existe ese, ah, conducto cerca de Nasqueron, ¿a quién le pertenece? ¿Quién lo controla? Y, debo preguntar, ¿dónde está exactamente? ¿No son bastante grandes y evidentes, esos portales de conductos?

—Se pueden hacer muy pequeños. Pero sí, sería de esperar que los hubieran advertido ya.

—Pues, sí.

—Y supongo que los controla un club, una fraternidad, o algo parecido a la organización que se ocupa de la defensa planetaria.

—*Hummm*. Eso sería... bastante obvio, supongo.

—Por eso he acudido a ti, Setstyin —dijo Fassin—. Me preguntaba si habías oído

algo de esto, de un grupo de moradores que utiliza esos portales.

—¿Yo? —El morador reaccionó con aparente sorpresa, que rayaba en la conmoción—. Bueno, no. Es decir, normalmente yo no me metería en nada de eso. Pero sería verdaderamente importante, ¿no? Es decir, si resulta que ese conducto ha estado aquí todo el tiempo. ¿Verdad?

—Hay historias, mitos, sobre una red entera de ellos.

—¿La Lista de los Moradores? —Setstyin hizo una pausa y le observó con atención—. ¿Eso es lo que estabas buscando desde el principio?

—La lista no, el transformador que se suponía que poseía la clave de la lista —explicó Fassin.

—¿Y lo encontraste?

Fassin guardó silencio durante un momento. Setstyin advirtió que la pequeña nave de gas daba muestras de mirar por toda la biblioteca.

—¿Este sitio es privado? Es decir, ¿seguro? —preguntó Fassin.

—Eso espero —respondió Setstyin—. ¿Por qué?

—¿Podemos señalar, en lugar de hablar, Setstyin? —preguntó Fassin—. No me resulta tan sencillo como hablar, últimamente, así que debes ser paciente, pero es más seguro.

- Claro, transmitió el morador.

- Bueno, creo que a lo mejor he encontrado el transformador, transmitió con cautela el humano.

- ¿De verdad?

- De verdad.

- Comprenderás que sea un poco escéptico.

- Natural.

- ¿Dónde hallaste ese transformador?

- En el cuerpo de aquel morador muerto, en la sepulnave de los ythyn, al otro lado de la galaxia.

- Ajá. ¿Y qué demonios estaba haciendo allí?

- Estaba en una suerte de caja fuerte.

- ¿Y quién lo puso ahí?

- Lo ignoro.

- ¿Y en qué consistía ese transformador?

- En una ecuación.

- ¿De matemáticas?

- Así es. Se parecía un poco a lo que algunos habían llegado a esperar: un código y una frecuencia para transmitir alguna clase de señal, pero al cabo se trataba solo de una ecuación.

- ¿Y se suponía que descifraba eso de la lista?

- Eso es lo que nos habían dicho a todos.

- *Hummm*. ¿Pero?

- Pero cuando resolví la ecuación, adivina.

- ¡Oh! Ah, no tengo ni idea. Cuéntame, por favor.

- No era nada. Cero. En realidad, el transformador resultó ser una lograda broma matemática.

La señal de Fassin indicó una risa.

Setstyin compartió su regocijo.

- Ya veo. Entonces, si eso es lo que te habían encomendado buscar, se podría decir que has tenido éxito en tu misión, aunque no del modo en que te habría gustado, ¿no?

- Eso pensaba yo, más o menos.

- Bueno, al menos te libraste de la aflicción que la invasión ha deparado a tu pueblo. Pensando en ti, he estado observando la situación. Parece muy preocupante. Y continúa. Y también nos afecta a nosotros. Ayer mismo hubo explosiones en torno a Nasqueron. ¿Las viste?

- Sí. He oído que corre el rumor de que los invasores están a punto de retirarse.

- Quizá se deba nuevamente a nuestros efectivos de defensa planetaria. Por supuesto, se han producido las negativas habituales. Ummm, me temo que aunque supiera más, no podría hablar de ello. Compréndelo.

- Claro, transmitió Fassin. - Entonces, ¿no sabes nada de esos conductos? ¿Nunca has oído hablar de ellos? Es que pensaba que estando tan bien conectado...

- Todo esto es nuevo para mí, Fassin. Es posible que un grupo pequeño controle estas cosas, aunque, francamente, lo encuentro difícil de creer.

- Ah, bueno, transmitió Fassin. Guardó silencio durante unos instantes.

- ¿Sí?, transmitió Setstyin.

- Bueno, respondió Fassin pausadamente. - Se me ha ocurrido una idea.

- ¿Una idea? No me digas.

- ¿Y si la respuesta del transformador no fuese una broma?

- ¿Si no fuese una broma? Pero si es cero. ¿Eso de qué sirve?

- Verás, transmitió Fassin, y la pequeña nave de gas se desplazó un poco hacia el asiento de muesca, acercándose aún más a Setstyin, - me preguntaba de qué serviría una ecuación, después de tanto tiempo. ¿Cómo iba a decir algo de provecho? Lo único que realmente tenía sentido era una frecuencia y un código para transmitirla; en ese caso, los conductos podían estar ocultos en cualquier punto de los sistemas mencionados, y activarse solo cuando fuera necesario. De modo que, por el hecho de ser una ecuación, era inútil antes incluso de resolverse.

- Me basta con tu palabra, concedió Setstyin. - Estoy un poco confuso, pero todo suena terriblemente convincente.

—Y luego estaban todas esas absurdas hélices y espirales, cuando estaba a bordo de la nave que atravesaba los portales de los conductos. La desconexión de los sistemas externos parecía evidente, pero ¿por qué las espirales?

—Ummm, sí, en la nave. Ya veo.

—Y el mero hecho de que la sociedad de los moradores parezca una verdadera civilización.

—Ahora estoy verdaderamente confuso, Fass.

—Y es evidente que poseéis tecnologías que todavía no comprendemos.

—Bueno, así somos nosotros, los moradores, ¿verdad? Vaya, me parece que todo esto está perturbando mi equilibrio.

- Verás, si el transformador habla en serio, lo que dice es que el ajuste que se debe hacer en cada entrada de la Lista de los Moradores para averiguar la ubicación de los portales de los conductos en relación con los emplazamientos originales mencionados es...

Fassin extendió el brazo operativo de la pequeña nave de gas, invitando a Setstyin a responder.

El morador frunció su manto sensorial, que había adoptado un color un tanto extraño.

- Lo siento, Fassin, me encuentro mareadísimo.

- ¡Nada!, transmitió Fassin. El ajuste es cero.

- Ah, ¿sí? ¿De veras? Seguro que esto es fascinante, de veras.

- ¿Y en qué se basaba la Lista de los Moradores original, qué es lo que daba?

Le concedió al morador una nueva ocasión para responder, pero este no lo hizo.

- ¡Daba el emplazamiento de gigantes gaseosos habitados por moradores! Fassin incorporó una suerte de alegría triunfal en la frase señalada.

- Ya veo. Me encuentro un poco mal, de verdad, Fass. ¿Te importa que...?

Setstyin se elevó, vacilante, y se dejó llevar hasta el escritorio. Empezó a abrir cajones y gavetas, y levantó la mirada.

—Continúa, continúa —le instó—. Mi medicación está por aquí, en alguna parte.

El morador transmitió una señal a su criado mientras inspeccionaba los cajones, manteniendo su foso de señales por debajo del nivel del escritorio, fuera del alcance de la vista del humano de la nave de gas.

- ¿El señor Taak llevaba algún arma?

Al cabo de un momento:

- No, señor. La casa lo comprobó automáticamente, como es natural. Aparte de sus dispositivos de manipulación, está desarmado.

- Entiendo. Eso es todo.

La punta de flecha giró para ponerse en el campo visual del morador.

- La Lista no necesita el transformador, transmitió Fassin. - Lo único que hace falta saber es que los planetas son el emplazamiento.

- ¿De veras? Vaya. ¿Y cómo puede ser así?

La pequeña nave de gas se elevó en el aire sobre el asiento de muesca.

- Porque vuestros portales de conducto están en vuestros planetas, Setstyin, transmitió Fassin tranquilamente.

El morador se quedó helado, y abrió el último cajón.

—Pero eso es ridículo —declaró en voz alta.

—Justo en el centro —continuó Fassin, que ahora también hablaba a viva voz—. Probablemente de todos los gigantes gaseosos que habitáis. Cuando se redactó la lista solo había, ¿qué?, dos millones, ¿no es así? Pero eso fue hace mucho, e incluso entonces se trataba de un documento histórico. No me sorprendería que ya hubierais conectado hasta el último planeta morador.

—Lo lamento, Fassin —repuso Setstyin—. Así no convencerías ni a un niño. Todo el mundo sabe que se necesita una región plana de espacio para que funcione un portal de conducto.

—Ah, ahí radica su belleza. El centro de un planeta es plano —explicó Fassin—. En el mismísimo centro de un planeta, de cualquier cuerpo flotante, ya sea un sol, una roca o un gigante gaseoso, el empuje es igual en todas direcciones. Es como estar en la órbita de un mundo y sentirse ingrávido. El único problema, por supuesto, es mantener un volumen de espacio despejado en el núcleo de un planeta, de un sol o lo que sea. La presión es colosal, casi increíble, sobre todo en un gigante gaseoso tan grande como Nasq., pero solo se trata, en suma, de ingeniería. Oye, habéis tenido diez billones de años para aprender esa clase de cosas. Aprendisteis a hacer sin esfuerzo todo lo que no es imposible cuando la galaxia tenía un cuarto de su edad actual.

»Así que no os hace falta emplazar portales en el espacio, donde cualquiera puede verlos, emplearlos o atacarlos, ni siquiera tenéis que abandonar vuestro planeta para acceder a ellos, simplemente os dirigís a un pozo bien escondido que os conduce hasta el centro del mundo. Quizá en los polos. Ese sería un sitio evidente. Y si a bordo de vuestra nave hay alguien que puede seguir vuestra trayectoria, pues les metéis esas ridículas espirales, y proyectáis una filmación del espacio, para que no puedan decir que han descendido en lugar de ascender, ni que se han sumido en el núcleo en lugar de volar al espacio.

—Ah, aquí está —dijo Setstyin, y extrajo una pistola de mano de gran tamaño. Con una tranquilidad absoluta y repentina, apuntó y disparó antes de que la pequeña nave de gas pudiera reaccionar.

Los rayos zarandearon la punta de flecha hasta hacerla pedazos. La nave salió despedida hacia atrás, volteándose hasta estrellarse contra un cúmulo de cristales, haciendo más y más trompos a medida que Setstyin continuaba disparando, extendiendo fuego y diseminando escombros por el suelo de la biblioteca. Los cascotes de metralla, girando como molinetes, asolaron las pilas relucientes, quebrando los lomos y pulverizando las páginas de cristal. Lo que quedó de la pequeña nave se estrelló contra las ventanas contiguas al balcón, haciendo añicos el diamante como si fuera cristal de azúcar. Setstyin dejó de disparar.

Los escombros repiquetearon sobre el suelo. La humareda fue succionada gradualmente por la ventana destrozada.

El voluminoso morador se dejó llevar con cautela hasta la ventana rota,

apuntando a los restos humeantes de la pequeña nave con la pistola mientras se aproximaba.

—¿Señor? —vociferó su criado a través del intercomunicador doméstico—. ¿Señor, está usted bien? Me ha parecido oír...

—Bien —gritó Setstyin, sin apartar su atención de los restos mientras se acercaba—. Estoy bien. Habrá que limpiar un poco a su debido tiempo, pero estoy bien. Ahora déjame.

—Señor.

Sus túnicas tremolaron en la cálida brisa cuando atravesó flotando la ventana y se detuvo casi encima de los restos humeantes. Empujó la nave de gas derribada con la boca de la pistola. Apartó parte de la carcasa superior.

Se asomó al interior.

—¡Cabrón! —gritó, y volvió a entrar a toda prisa en la biblioteca, hendiendo el gas hasta llegar al escritorio—. ¡Escritorio! ¡Com Sec, ya!

Aun Liss observó al hombre cuando su pequeña nave, su segunda piel, fue destruida.

Fassin hizo una mueca como si estuviera dolorido.

Aun pensó que no tenía buen aspecto. Estaba flaco, con su mono prestado, y aquejado de un temblor leve pero continuo. Su rostro se antojaba mucho mayor, tirante y demacrado, con los ojos hundidos y circundados de oscuridad. Le había crecido un poco el cabello, despeinado y ralo, durante su estancia en la nave de gas. Tenía los globos oculares, así como los contornos de las orejas y las aletas de la nariz, y las comisuras de sus labios, enrojecidos a causa de los efectos de la emersión del gel antichoque y de que el fluido branquial abandonara su interior después de tanto tiempo.

Se volvió para mirarla. Ella se alegró al comprobar que no había expresión de deseo pese a todo.

—Entonces, ¿todavía crees que estoy loco? —preguntó.

Ella sonrió.

—Más o menos.

Estaban sentados en el espacio de mando, luminoso aunque apretado, del *Ecofobian*, una nave de choque forastera, una nave de guerra de peso medio, a medio segundo luz de distancia de Nasqueron, enlazada con la nave de gas recién destruida por medio de un gemelo del microsatélite, tan pequeño como un globo ocular, que había estado exactamente en su puesto el día anterior, cuando Fassin había emitido una señal hacia él desde la elevada plataforma de Quaibrai.

Por asombroso que fuera, todavía recibían telemetría básica de la nave de gas hecha añicos, aunque ningún contenido sensorial. La máquina había sido destruida totalmente.

En una pantalla lateral, disponían de una imagen congelada de la última visión enviada por la pequeña nave de gas: Setstyin dirigiendo una voluminosa arma de

mano hacia la cámara, y un minúsculo destello luminoso que empezaba en el centro mismo del oscuro cañón del arma. Fassin asintió en dirección a la imagen.

—Me apresuro a añadir que esa no es la hospitalidad habitual de los moradores.

—Me lo imaginaba. ¿Seguro que no fue porque no te callabas?

—Hablo en serio.

—¿Hablas en serio? ¿Y el tipo del cañón grande que te cagas?

—Aun —dijo Fassin, que ahora sonaba cansado—. ¿Me crees?

Ella titubeó y se encogió de hombros.

—Estoy con tu beligerante amigo; creo que tú crees.

La telemetría de la nave de gas se interrumpió.

La oficial en jefe de Remotos se inclinó hacia delante, manipulando los hologramas que flotaban sobre una de las proyecciones.

—Eso no es que hayan destruido la nave de gas —les dijo—, es que han frito el microsatélite. Un trabajo rápido. Sugiero que nos larguemos en seguida.

—Agarraos al sombrero —dijo la capitana—. Recostaos bien.

La aceleración de la nave los arrojó contra sus asientos, oprimiéndoles hasta aplastarles, mientras los oficiales de mando adoptaban el control por inducción en lugar de la manipulación física. La angosta esfera de mando osciló para que la fuerza de la gravedad se mantuviera sobre su pecho.

—¿Hablabas en serio, señor Taak? —preguntó la capitana, imponiendo su voz a la energía subyugante de la aceleración.

—Seh —fue lo mejor que consiguió Fassin.

—Entonces, existe una red secreta de antiguos conductos moradores que conectan... ¿qué? ¿Todos los gigantes gaseosos de los moradores?

Fassin aspiró la bocanada más honda que pudo y se esforzó para responder:

—Esa es la idea. —Otra bocanada—. ¿Ha transmitido lo que... recibimos de la... nave de gas a... sus altos mandos?

La capitana consiguió proferir una carcajada.

—Por llamarlos de algún modo, sí.

—Mierda —dijo el oficial de Defensa, forzando la voz—. Nos tienen en el punto de mira. —Oyeron su respiración entrecortada—. ¡Es rápido! No podemos dejarlo atrás. ¡En catorce!

—Disparad todo —ordenó secamente la capitana—. Preparad eyección de mando. Nos arriesgaremos a la deriva, esperemos que la Impávido esté cerca.

—Debemos virar antes de la eyección, o nos alcanzará la aspersion de escombros —señaló el oficial de Tácticas.

—Recibido —respondió la capitana—. Qué pena. Siempre me gustó esta nave.

La nave empezó a hacer trompos sin control, Fassin se desmayó y no sintió la explosiva eyección.

La nave de impacto Impávido recogió la esfera de mando al cabo de tres días.

—Taince —dijo Saluus Kehar. Sonrió—. *Hey*. Me alegro mucho de volver a verte. — Se dirigió a ella y la abrazó.

Taince Yarabokin consiguió esbozar una sonrisa. Había elegido una anticuada gorra de gala como parte del uniforme, y de ese modo tenía la excusa implícita de sujetarla entre el codo y el costado para no devolverle el abrazo con demasiado entusiasmo. De todas formas, Sal no dio muestras de advertirlo. Se apartó para mirarla.

—Ha pasado mucho tiempo, Taince. Me alegro de que hayas logrado volver.

—Me alegro de haber vuelto —declaró Taince.

Estaban en un hangar de la Instalación de Detención de Seguridad de la Guardia Eje 7, un hábitat de engranaje triple, en la órbita de *´glantina*. Durante los últimos dos meses, las autoridades habían retenido allí a Saluus mientras dilucidaban si creían de verdad que le habían secuestrado y que no había huido ni les había traicionado.

Él había accedido a someterse a docenas de escáneres cerebrales, un número más que suficiente para resolver la cuestión más allá de toda duda en un caso ordinario, y por supuesto contaba con contactos y amigos en las altas esferas que de ordinario habrían estado encantados de interceder discretamente por él ante sujetos probablemente muy receptivos. Pero se había dado la sensación de que esta era una cuestión excepcional, pues Sal tenía bastante dinero para permitirse la tecnología y la técnica necesarias para sortear los escáneres cerebrales; además, los famélicos podían haberle implantado recuerdos falsos convincentes, y, en todo caso, la aparente adhesión de Saluus a las fuerzas invasoras había ocasionado tal alboroto que resignarse a dejarle en libertad solo porque parecía inocente no parecía acertado.

Cuando Saluus desapareció y aparentemente se convirtió en traidor se produjeron huelgas y ataques sobre la familia Kehar y sus propiedades comerciales, y todos los miembros de los mercatoria ulubinos le denunciaron en términos que se debían tanto al hecho de que al fin disponían de un blanco palpable como a la indignación moral. Los sujetos que le habían brindado su amistad y habían disfrutado habitualmente de su hospitalidad en muchas de sus mansiones decidieron que le debían al ánimo popular y a su encendido sentido de la traición personal (por no hablar de su futuro estatus social y su carrera) competir en vituperios para condenar su odiosa perfidia. Sobre su ausente cabeza se amontonaron calumnias que constituyeron un tesoro de rencor, un diccionario entero de bilis. Al cabo, permaneció bajo custodia tanto por su propia seguridad como por cualquier otra razón.

Cuando se produjo la retirada de las fuerzas Famélicas y la llegada de la Flota Reunida, la sensación general de alivio y euforia que impregnó el sistema Ulubis fue tal que la percepción pública se tornó más receptiva a la noticia de su asombrosa inocencia, y se pudo anunciar su eventual liberación. La mayoría decidieron retractarse de sus anteriores expresiones de odio y condena, aunque perduraba la sensación de que lo mejor para todos los interesados era que su regreso a la vida pública y su rehabilitación fuesen graduales en lugar de abruptas.

Taince se había ofrecido (a decir verdad, había abusado de su autoridad) para escoltar a Sal desde la Instalación de Detención hasta la mansión original de los Kehar en 'glantina.

Un comandante de la Guardia hizo que Taince firmase la puesta en libertad de Sal.

Sal observó su firma en el bloc.

—Está escribiendo mi libertad, vicealmirante —le dijo. Llevaba sus propias ropas, que le conferían un aspecto esbelto, despreocupado y feliz.

—Me alegro de ser útil —respondió ella, y miró al oficial de la Guardia—. ¿Eso es todo, comandante?

—Sí, señora. —Se volvió hacia Saluus—. Puede marcharse, señor Kehar.

Salus tendió la mano y estrechó la del comandante de Guardia.

—Gracias por todo, Med.

—Ha sido un placer, señor.

—¿No tienes ropa ni nada? —preguntó Taince, observando sus manos vacías.

Sal meneó la cabeza.

—No traje nada y no me llevo nada. No tengo equipaje. —Le dedicó una sonrisa.

Ella inclinó la cabeza.

—No está mal para nuestra edad.

Caminaron hasta la pequeña nave cúter agazapada en la suave inclinación de la superficie del hangar.

—Te lo agradezco mucho, Taince —dijo Saluus—. De verdad que sí. No tenías por qué hacerlo. —Ella sonrió. La mirada de Sal advirtió su insignia—. Puedo llamarte Taince, ¿verdad? Es decir, te llamaré vicealmirante si quieres...

—Taince está bien, Sal. Después de ti. —Le acompañó al interior de la cabina tándem del pequeño cúter y le invitó a ocupar el asiento situado delante y debajo del suyo. Ella se deslizó en el asiento del piloto, se ciñó un ligero collar de vuelo y encendió los sistemas de la pequeña embarcación. La torre de control de la instalación les concedió permiso para partir.

—Así que eres, ¿qué? ¿Jefe de Enlace del Sistema? —preguntó Sal por encima del hombro mientras se arrastraban bajo una compuerta para acceder a una voluminosa esclusa de aire.

—Sí, bueno, es bastante ceremonial —le explicó ella. La compuerta se cerró a sus espaldas y las luces de la esclusa se atenuaron—. Recepciones, cenas, visitas, discursos, ya sabes, esas cosas.

—Parece que estás disfrutando cada minuto.

—Supongo que alguien tiene que hacerlo. Me está bien empleado por ser ulubina. —Las bombas emitieron un zumbido; al principio percibieron un torrente de aire y una vibración grave, y al cabo de un rato solo la vibración, que resonaba por la estructura del cúter—. De todas formas, no hay combates de verdad. Solo tareas de limpieza. No me estoy perdiendo mucho.

—¿Hay noticias de Fassin? —preguntó Sal—. Lo último que oí es que otra vez pensaban que a lo mejor estaba vivo. Ya me entiendes.

La compuerta exterior se abrió silenciosamente a las estrellas, revelando una amplia sección de 'glantina, de color beis plateado.

—Dame un minuto o dos, ¿quieres? —pidió Taince—. Hace tiempo que no hago esto...

—Oye, tómate el tiempo que necesites.

El cúter emergió lentamente de la esclusa, replegó el tren de aterrizaje, rodó con mucha suavidad y se alejó flotando en pequeños exabruptos de gas susurrado, dirigiéndose a la atmósfera.

—Sí. Fassin —repitió Taince—. Bueno, todavía le están buscando.

—He oído que se había perdido en Nasqueron y que había vuelto a aparecer.

—Han circulado rumores desde siempre. Si crees en ellos, está en Nasqueron desde hace medio año y nunca salió de allí, o pasó los últimos meses en la nube Oort y acaba de regresar, o cosas más descabelladas todavía. Además, le han declarado definitivamente muerto por lo menos tres veces. Sea cual sea la verdad, aún no ha vuelto para contarlo. —Taince rotó el cúter para adoptar la trayectoria de entrada.

—¿Tú crees que está muerto? —preguntó Sal.

—Digamos que es extraño que aún no se haya dado a conocer, si anda por ahí.

Penetraron en la atmósfera un poco después, oprimidos por las sujeciones de los asientos, mientras un resplandor rosado se inflamaba y se desvanecía en torno a la cubierta transparente, y la pequeña nave atravesaba silbando una secuencia de nubes ralas, desiertos y mares poco profundos, colinas, escarpaduras, lagos y montañas de poca altura.

—¿Estás tomando la ruta panorámica, Taince?

Ella emitió una risita.

—Supongo que en el fondo soy una sentimental, Sal.

—Me alegro de volver a ver los sitios de siempre —dijo Sal. Ella advirtió que se inclinaba hacia un lado para mirar hacia abajo—. ¿Eso de ahí abajo es Pirri?

Ella echó un vistazo y comprobó el navegador.

—Sí, es Pirrintipiti.

—Tiene el mismo aspecto de siempre. Pensaba que habría crecido un poco más.

—¿Hace mucho que no vienes a casa, Sal?

—Demasiado, demasiado. Quería hacerlo, pero ya sabes. Habrán pasado diez o doce años. Puede que más. Parece más.

Estaban muy por encima de los contornos del fino casquete de la meseta polar, adentrándose en la oscuridad, descendiendo sin cesar. Volvían a ver estrellas.

Taince se percató de que Sal alzaba la vista para mirar a su alrededor.

—Te olvidas de lo bonito que es, ¿eh? —preguntó Sal.

—A veces —admitió Taince—. Es muy fácil.

El resplandor del cielo se desvaneció a su alrededor. La cubierta transparente

incrementó la claridad, para acentuar la luz entrante hasta que divisaron las estrellas del páramo septentrional, las amplias y alargadas franjas de arena coloreada y rocas de afloramiento, como espectros plateados que se acercasen sin cesar.

—Ah, ya —musitó Sal.

Taince pulsó diversos iconos de visualización para atenuar las pantallas.

—Pensaba en hacer una pasada —dijo—. Espero que no te importe.

—Por los viejos tiempos. —Sal parecía pensativo, hasta resignado—. Bueno, ¿por qué no?

Taince comprobó de nuevo el navegador, alineó la embarcación y redujo un poco la velocidad. Había un parpadeo urgente en una de las visualizaciones. Taince apagó también esa luz.

—La verdad es que no he estado aquí desde aquella noche —dijo Sal. Ella pensó que ahora sonaba triste. Quizá pesaroso. Quizá no.

La nave siniestrada apareció frente a ellos, un poco a la derecha. El cúter comenzó a trazar una curva abierta hacia estribor, al tiempo que se enderezaba.

Sal dedicó una mirada sesgada al desierto, que resbalaba a toda prisa setenta metros más abajo mientras viraban.

—¡Jo! —dijo—. Es más rápido que aquella voladera que le pedí prestada a mi padre.

—Es una de tus naves, Sal —anunció ella.

—¿Esta cosita? —Se rió—. No sabía que hacíamos cosas tan pequeñas.

—Es antigua.

—Ah. Una de las de papá. Hay más dinero en las cosas grandes.

Sobrevolaron a toda prisa el gran casco oscuro. Las costillas desnudas arañaban el cielo.

—¡Yuju! —gritó Sal, mientras el negro muro del casco se deslizaba a veinte metros de distancia.

Taince aceleró, efectuó un bucle y se balanceó, antes de volver a enderezarse, para aproximarse una vez más a la nave alienígena derribada y efectuar una pasada más inmediata aún.

—¡Yujujú! —exclamó Sal, al percatarse de cuán bajo y cerca volaba el cúter esta vez. Taince hizo rodar la embarcación para ponerse boca abajo—. ¡Mieeerda! ¡Jo! ¡Taince! ¡Yija!

Hasta que se produjo el desenlace no supo si de veras lo haría o no. Después de todo, realmente ignoraba la verdad de lo ocurrido. Solo abrigaba sospechas. Podía estar completamente equivocada pese a todo. No sería la primera vez que alguien se tomaba la justicia por su mano y se demostraba que estaba irremediabilmente equivocado, al conocerse todos los hechos. Joder, se suponía que de eso trataba la justicia, por eso había leyes y todo lo que entrañaban, esa era una de las cosas que constituían una sociedad.

Pero sin embargo, ella lo sabía. Estaba muy segura. Era el momento de Sal. Y si

se había equivocado, en fin, Sal había tenido lo suyo. No era como matar a un niño, o a una joven que tenía toda la vida por delante. Seguía siendo un asesinato, estaba mal, pero había gradaciones en todas las cosas, hasta círculos en el infierno. Y, francamente, estuviese en lo cierto o no, al menos nunca lo sabría.

Era el momento de Taince. Ella era consciente.

Estaba segura de que lloraría, pero las lágrimas se mantuvieron alejadas. Qué extraño no conocerse a una misma, después de tanto tiempo, en semejante extremo, y tan cerca del final.

¿Qué más? Bueno, se había planteado decírselo, enfrentarse a él, recordarlo todo una vez más, escuchar su furia, sus súplicas y sus gritos. Lo había ensayado mucho, lo había meditado una y otra vez, mientras imaginaba repetidamente aquella escena, con el paso de los años, las décadas y los siglos, representando su propio papel y el de Saluus, tratando de adivinar lo que diría, cómo intentaría explicarlo, cómo le daría a entender que estaba loca o equivocada.

Al final, Taince se había aburrido. Ya lo había oído todo. No quedaba nada que decir.

Iba a quitarle la vida a un hombre basándose en pruebas circunstanciales, en una corazonada. Debía concederle la ocasión de apelar. Al menos, debía hacerle saber que estaba a punto de ocurrir.

Pero bien mirado, ¿por qué?

El resplandor frío del desierto y la vasta impenetrabilidad de la oscura nave en ruinas salieron a su encuentro con rapidez.

—¡Mierda, Tain...!

Tal vez Sal habría intentado emplear el eyector (ella no podía inutilizar el sistema desde sus controles) pero esa era precisamente la razón de que hubiese volado boca abajo el último trecho.

Al final, solo hizo falta fue un rápido movimiento de muñeca.

El cúter se estrelló contra el flanco de la nave, a solo diez metros del suelo del desierto, a la mitad de la velocidad del sonido.

Epílogo

En las latitudes más elevadas de las mesetas tropicales septentrionales de la luna planeta 'glantina, en el sistema Ulubis, hay un pájaro que, debido a su llamada, se conoce como oyetíoeh.

Se trata de un pájaro migratorio, un pasante; es decir, un pájaro que no mora en una región determinada, sino que simplemente la atraviesa. El oyetíoeh recorre estas latitudes en los albores de la primavera para dirigirse al norte.

Era media mañana de un día fresco. Nasqueron, medio lleno, arrojaba una luz parda y rubicunda sobre las tenues sombras diurnas. Antaño, se divisaban espejos de cielo a un lado u otro, que nos brindaban luz solar aunque Nasqueron colmase la mayor parte del firmamento. No obstante, muchos de estos dispositivos fueron destruidos durante la guerra, y así, nuestra pequeña luna planeta es ahora un lugar más sombrío, literalmente, revertida a su estado primitivo hasta que se emplacen nuevos espejos.

Yo estaba trabajando en el antiguo pasto formal, sumergido en una exasperación de hierbas de perifollo que sofocaban un estanque ahora casi escondido, mientras trataba de dilucidar lo que haría con la hierba y el ornato (pues ambos son hermosos, a su manera), cuando oí la distintiva llamada de dicho pájaro. Me detuve a escuchar.

—¡Oyetíoehtíoeh! —cantó el pájaro. Me volví despacio para buscarlo en las ramas más altas de los árboles cercanos.

Mientras miraba (nunca localicé al pájaro) divisé una figura que recorría el sendero elevado en dirección al arroyo y el muro del perímetro que dominaba la ladera que alberga las ruinas del antiguo templo rehlide, un poco más arriba.

Observé con cuidado, precisando mi visión mientras intentaba filtrar los efectos de los arbustos y los matojos interpuestos, porque los andares de aquella figura recordaban mucho a los del observador Taak, que estaba lejos de nosotros desde hacía largo tiempo. ¡Nosotros! Siempre el mismo doloroso error. Ya no había «nosotros», sino tristes vestigios abandonados en una casa desierta. La figura desapareció detrás de una mata de arbustos más densa, pero aparecería de nuevo enseguida, si no se apartaba del sendero.

Reflexioné. En retrospectiva, quizá la persona que recorría el sendero fuese un poco mayor que el caballero a quien me gustaba considerar el joven amo. Estaba un poco encorvado, al contrario que el observador Taak, y quizá estaba demasiado delgado. Además, caminaba como si hubiese sufrido alguna herida. Así me pareció, en todo caso. No diré que soy un experto en esas cuestiones. Después de todo, no soy sino un humilde jardinero. Bueno, un jardinero jefe, pero igual. Todavía soy humilde, espero.

La figura reapareció, en efecto, aunque no exactamente donde yo había esperado. Quienquiera que fuese, había tomado un sendero lateral, y ahora se dirigía casi directamente hacia mí. Alzó una mano. Yo levanté una paleta para devolverle el saludo. ¡Era el observador Taak! O, por toda razón, alguien que se esforzaba terriblemente por remedar una versión más avejentada de este.

Emergí del estanque, me sacudí un poco de hierba de perifollo de un par de piernas, y me arrastré por la margen del sendero para salir a su encuentro.

—¿Joven amo? —dije, soltando la paleta, el rastrillo y la pala, para sacudirme la tierra y los tallos de hierbajos de los brazos.

El hombre esbozó una amplia sonrisa.

—J.J., eres tú. —Estaba ataviado con prendas largas, holgadas e informales, que en nada se parecían a las de un observador.

Confieso que me derrumbé y me puse a ocho patas, con la mirada fija en la gravilla del sendero, abrumado.

Él se puso en cuclillas frente a mí.

—Nunca vemos lo que está delante de nosotros, ¿verdad, J.J.?

—¿Señor?

—J.J., dime que no eres una la.

Levanté la vista.

—¿Emoción? ¿Es eso? Debería haber sabido que un día me delataría.

Sonrió.

—Tu secreto está a salvo.

—Bueno, quizá por ahora.

—Paciencia, J.J.

—¿Sugiere usted que tal vez las cosas cambien? ¿O que debería resignarme a esperar la muerte? No morimos fácilmente. No nos lo han permitido.

Me dedicó una sonrisa lenta y dolorosa.

—Cambio, J.J.

—¿Usted cree?

—Claro que sí. Están pasando toda clase de cosas.

—Algo he oído. Se dice que hay una boca de conducto en Nasqeron. —Levanté la vista hacia el gran planeta, que parecía suspendido sobre nosotros, y sus vastos ríos circulares de gas (cremosos, marrones, amarillos, blancos, púrpuras y rojos), que se deslizaban sin cesar en direcciones opuestas.

Fassin Taak asintió lenta y pensativamente.

—Resulta que estábamos todos conectados, todo el tiempo —Recogió un guijarro del sendero y lo observó—. Hasta puede que los moradores nos permitan utilizar su red de conductos, si se lo pedimos amablemente. De vez en cuando. En este preciso momento se está celebrando un encendido debate en la sociedad de los moradores, que probablemente se prolongará durante algún tiempo, pues los moradores son, bueno, moradores, para decidir hasta qué punto la imperecedera admiración de todas las especies siquiera vagamente sensitivas del resto de la galaxia y posiblemente más allá puede repercutir en el aumento general de la cota de prestigio general de todos los moradores, y por lo tanto es una razón válida para abrir su sistema de transporte galáctico a todos.

—Eso sería un gran cambio, en efecto.

—Y los mercatoria no podrían controlarlo.

—Seguirían siendo los mercatoria.

—Puede que eso también cambie. No tendrán elección. Paciencia, J.J.

—Bien, ya veremos, pero gracias.

Le miré. Fassin Taak parecía mayor, en efecto. Su semblante estaba más surcado por las preocupaciones, las líneas en torno a sus ojos eran más profundas.

—¿Todo bien por aquí, J.J.?

—Todo bien en el jardín. La casa... bueno, eso no es de mi competencia.

Ahora él bajó la vista.

—He echado un vistazo alrededor —susurró—. Estaba todo muy silencioso. Muy extraño y silencioso, sin nadie.

—Yo intento no mirarla —confesé—, excepto a veces, al amanecer, y en los albores de la madrugada, cuando tiene casi el mismo aspecto que antes: la luz brillante cae sobre ella, pero no hay rastros de vida. Eso puedo soportarlo. —Vi la imagen mientras la describía—. Me considero afortunado por ocuparme del jardín. Si lo cuido, él me cuida.

—Sí —dijo él—. Todos necesitamos algo que hacer, ¿verdad?

Titubeé.

—Sin embargo, no pasa un día en que no maldiga mi suerte por haber estado aquí atrapado y no con ellos cuando llegó el final. Envidio al jardinero jefe de la Casa de Invierno, donde todos murieron juntos. —Me enderecé un poco—. Pero ya basta. ¿Y usted, señor? ¿A qué se dedica estos días?

—Por favor, no me llames «señor», J.J. Soy Fassin.

—Oh. Gracias. Bueno, ¿qué haces? Y ¿dónde? Si me permites preguntar.

—Me he unido a los forasteros, J.J. Ya soy un ciudadano de la galaxia, aunque despacio, sin emplear conductos. Pero es un principio.

—¿Y la septa, Fassin?

—No hay septa, J.J. Ha desaparecido. —Arrojó el guijarro por el sendero—. Quizá empiecen otra septa, ¿quién sabe? —Apartó la vista hacia la lejana casa—. Puede que un día llenen esta casa.

—¿No vas a regresar?

Miró en derredor.

—Hay demasiadas personas que todavía querrían hacerme demasiadas preguntas, probablemente hasta que muriese. —Me miró—. No, solo he vuelto para echar un último vistazo. Y para visitarte.

—¿De verdad? ¿A mí? ¿De verdad?

—De verdad.

—No puedo decirte cuánto me complace... No, me honra.

Me sonrió y empezó a ponerse en pie.

—Esa humildad es una gran tapadera, J.J. Espero que puedas prescindir de ella cuando llegue el momento.

—Hablaba en serio, Fassin.

—Y yo, J.J. —dijo, sacudiéndose las ropas, con Nasqueron siempre tras él—.
Algún día, todos seremos libres.



IAIN MENZIES BANKS nació en 1954 en Dunfermline, Fife, un pueblo de Escocia. Se formó en Universidad de Stirling, donde estudió literatura inglesa, filosofía y psicología, temas de permanente influencia en su obra.

Es un autor polifacético que ha logrado obtener prestigio y reconocimiento tanto en el campo de la literatura general —bajo el nombre de **Iain Banks**—, como en la ciencia ficción, en la que ha publicado toda su obra como **Iain M. Banks**. Después de escribir cinco novelas, tres de ellas de ciencia ficción y que no verían la luz, ampliamente modificadas, hasta mucho más tarde, Banks consiguió su primera publicación con *La fábrica de avispas* (1984), situándose enseguida en la vanguardia de la literatura de ficción escocesa. La novela despertó una gran polémica en su momento y está considerada como una de las obras fundamentales de los años ochenta.

Sus siguientes novelas fueron *Pasos sobre cristal* (1985), *El puente* (1986) y *Espedair Street* (1987), esta última convertida en serie radiofónica para la BBC. Abarcan desde las ambientaciones góticas o la cultura pop, la tecnología o la política contraria a Thatcher. En 1987 publicó su primera obra de ciencia ficción, *Pensad en Flebas*, donde presentaba el complejo, sofisticado y vasto universo de ‘La Cultura’. Aderezada con intrincadas tramas políticas, humor, aventura y uno de los marcos más excepcionales de la *space opera*, Banks se convirtió junto a nombres como **C. J. Cherryh** o **Lois McMaster Bujold** en el exponente del renacimiento de la ciencia ficción de la Edad de Oro, tras pasar por el revolucionario tamiz de la *New Wave*. Tanto en *Pensad en Flebas* como en *El jugador* (1988), *The State of the Art* (1989) —

que reúne una novela corta y varios relatos— y en *El uso de las armas* (1990), Banks nos muestra una de las cosas que más fama le han granjeado en el género: su genial habilidad para dotar de nombres memorables a las naves de la Cultura.

Su novela *The Crow Road* (1992) fue adaptada con gran éxito por la BBC en forma de miniserie de cuatro capítulos. De nuevo en el traje de Iain M. Banks, pero esta vez fuera del universo de la Cultura, escribió dos obras más de ciencia ficción: la magnífica *Contra la oscuridad* (1993) y *El Artefakto* (1994), una obra tan original como extraordinaria. El año siguiente fue el turno de *Whit*, una historia sobre una comunidad religiosa escocesa. En 1996, seis años después de su última entrega, Banks añadió otra novela a la saga de la Cultura, *Excesión*, premiada con los mejores galardones a la ciencia ficción internacional en Alemania e Italia. El siguiente título de la Cultura, *Inversiones*, llegaría en 1998. *Matter* (2008) es la última entrega de esta excepcional saga.

Actualmente se está preparando la adaptación al cine de tres de sus novelas más fundamentales, *La fábrica de avispas*, *El puente* y *Cómplice*. Iain M. Banks se ha convertido incluso en uno de los atractivos con los que la Oficina Nacional de Turismo de Escocia promociona su país.

Bibliografía de Iain M. Banks

Obras como Iain M. Banks

—Serie de La Cultura

- 1987 — Consider Phlebas
_____ *Pensad en Flebas*, La Factoría de Ideas, Solaris nº 87, 2007
- 1988 — The Player of Games
_____ *El jugador*, La Factoría de Ideas, Solaris nº 97, 2007
- 1989 — The State of the Art
_____ Próximamente en La Factoría de Ideas.
- 1990 — Use of Weapons
_____ *El uso de las armas*, próximamente en La Factoría de Ideas.
- 1996 — Excession
_____ *Excesión*, La Factoría de Ideas, Solaris nº 44, 2004
- 1998 — Inversions
_____ *Inversiones*, La Factoría de Ideas, Solaris nº 81, 2006
- 2000— Look to Windward
_____ *A barlovento*, La Factoría de Ideas, Solaris nº 104, 2008
- 2008 — Matter

—Novelas

- 1993 — Against a Dark Background
_____ *Contra la oscuridad*, La Factoría de Ideas, Solaris nº 70, 2005
- 1994 — Feersum Endjinn
_____ *El Artefakto*, La Factoría de Ideas, Solaris nº 57, 2005
- 2005 — The Algebraist
_____ *El algebrista*, La Factoría de Ideas, Solaris nº 114, 2008

Obras como Iain Banks

—Novelas

- 1984 — The Wasp Factory
_____ *La fábrica de avispas*, La Factoría de Ideas, Línea Maestra nº 12, 2008
- 1985 — Walking on Glass
_____ *Pasos sobre cristal*, Mondadori, Mito bolsillo, 2000
- 1986 — The Bridge
_____ *El puente*, La Factoría de Ideas, Línea Maestra nº 7, 2007
- 1987 — Espedair Street
- 1989 — Canal Dreams
- 1992 — The Crow Road

- 1993 — Complicity
_____ *Cómplice*, Mondadori, 1998
- 1995 — Whit
- 1997 — Song of Stone
_____ *Una canción de piedra*, Mondadori, Literatura Mondadori, 1999
- 1999 — Business
_____ *El negocio*, Mondadori, Literatura Mondadori, 2001
- 2002 — Dead Air
_____ *Aire muerto*, Mondadori, Literatura Mondadori, 2004
- 2006 — The Steep Approach to Garbadale
_____ Próximamente en La Factoría de Ideas

—No ficción

- 2003 — Raw Spirit: In Search of the Perfect Dram

—Premios

- 1991 — Premio Kurd Lasswitz de novela extranjera por El puente.
- 1992 — Premio Kurd Lasswitz de novela extranjera por La fábrica de avispas.
- 1993 — Premio Kurd Lasswitz de novela extranjera por El uso de las armas.
- 1995 — Premio British SF de novela por El Artefakto.
- 1997 — Premio British SF de novela por Excesión.
- 1998 — Premio Italia internacional de novela por Excesión.
- 1998 — Premio Kurd Lasswitz de novela extranjera por Excesión.

Notas

[1] La presente edición respeta las grafías de Iain M. Banks, así como sus licencias léxicas y sintácticas. <<